

Pablo Garrido González

# Clasistas, antiimperialistas y revolucionarios

Trayectoria política e intelectual del socialismo  
chileno contemporáneo,  
1932-1973



Ariadna  
ediciones



Clasistas, antiimperialistas y revolucionarios  
Trayectoria política e intelectual del socialismo chileno contemporáneo. 1932-1973

Clasistas, antiimperialistas y revolucionarios  
Trayectoria política e intelectual del socialismo chileno contemporáneo. 1932-1973

Pablo Garrido González

ISBN: 978-956-6095-19-4

Santiago de Chile, junio 2021

Primera edición

Gestión editorial: Ariadna Ediciones

<http://ariadnaediciones.cl/>

<https://doi.org/10.26448/ae9789566095194.2>

Portada: Matías Villa

Obra bajo Licencia Creative Commons Atribución



# Tabla de Contenidos

Introducción: Una trayectoria político-intelectual del socialismo chileno contemporáneo.....	1
<b>1. <i>Contra el presente vergonzante:</i> de la República Socialista al Partido Socialista.....</b>	<b>21</b>
1.1 Doce días de revolución socialista.....	25
1.2 Socialismo. Un problema de definiciones.....	36
1.3 De la República Socialista al Partido Socialista: Marmaduke Grove y la campaña electoral de 1932.....	47
<b>2. Auge, crisis y transformación del socialismo chileno: 1938-1957.....</b>	<b>63</b>
2.1 Auge y crisis del socialismo chileno.....	67
2.2 La transformación del socialismo chileno.....	88
2.3 <i>¡Revolución socialista o miseria!</i> La invención de un Frente de Trabajadores.....	105
<b>3. Tensiones, debates y colaboración: el Partido Socialista frente al Partido Comunista y la Democracia Cristiana.....</b>	<b>123</b>
3.1 <i>Nuestros caminos conducen al socialismo.</i> Las disputas al interior de la alianza socialista-comunista.....	127
3.1.1 El Frente de Liberación Nacional y la Vía Pacífica.....	130
3.1.2 El Frente de Trabajadores y la disputa con el comunismo.....	138
3.2 <i>Reformistas y Revolucionarios.</i> El Partido Socialista frente a la Democracia Cristiana y la <i>Revolución en Libertad</i> .....	153
3.2.1 El ascenso de la Democracia Cristiana y la revolución en libertad..	155
3.2.2 No hay cambios ni revolución. El Partido Socialista frente a la Democracia Cristiana.....	165
<b>4. Desde Belgrado hasta La Habana. El itinerario internacional del socialismo chileno.....</b>	<b>187</b>
4.1 De la unidad Indoamericana a la revolución latinoamericana.....	192
4.2 Un socialismo con características nacionales. La Yugoslavia de Tito y la Tercera Posición.....	212
4.3 <i>Una revolución en castellano.</i> La Revolución cubana y la <i>continentalización</i> de la estrategia antiimperialista.....	231
<b>5. <i>¡Patria, revolución y socialismo!</i> La radicalización del socialismo chileno.....</b>	<b>263</b>
5.1 1964: año de prueba para la revolución chilena y la unidad socialista..	267

5.2 *El PS a la izquierda de la izquierda: recuperación ideológica y radicalización discursiva*.....284

**6 ¿Qué hacer con la revolución?**

**El Partido Socialista en el Gobierno**.....307

6.1 ¡Avanzar sin transar! Movilización de masas y poder popular en defensa del Gobierno y la revolución.....325

**A Modo de conclusión:**

**Clasistas, antiimperialistas y revolucionarios**.....341

**Bibliografía**.....355

## Introducción

### Una trayectoria político-intelectual del socialismo chileno contemporáneo

Se trata de ver si el “deber ser” es un acto arbitrario o necesario, es voluntad concreta, o veleidad, deseo, amor a la fantasía. El político en acción es un creador, un suscitador, pero ni crea de la nada, ni se mueve en el vacío turbio de sus deseos y sueños. Se funda en la realidad efectiva, ¿pero qué cosa es esta realidad efectiva? ¿Es acaso algo estático e inmóvil o no es más bien una relación de fuerzas en continuo movimiento y cambio de equilibrio? (...) El “deber ser” es concreción, incluso es la única interpretación realista e historicista de la realidad, es la única historia en acción y filosofía en acción, la única política.<sup>1</sup>

El Partido Socialista de Chile es una de las organizaciones políticas protagónicas del desarrollo político-social chileno durante el siglo XX. Fundado por diversas tendencias y corrientes de ideas socialistas en 1933, se erigió desde temprano como una alternativa de izquierda al comunismo, privilegiando una interpretación *no dogmática*, nacional e independiente del marxismo que caracterizó la impronta ideológica del partido y resultó novedosa para el debate público chileno. El PS alcanzó rápidamente altos niveles de institucionalización producto de una temprana inserción en el sistema político a través de ministerios y cargos de elección popular, logrando una nada despreciable representación parlamentaria y una organización de alcance nacional en menos de una década. Sin embargo, el consenso respecto de los fines y orientaciones de la política socialista fue más bien esquivo, configurando una vida interna rica en posiciones y lecturas políticas muchas veces enfrentadas sobre aspectos capitales del quehacer partidario.

Con la fundación del PS se institucionalizó la vocación de poder de corrientes socialistas de procedencias y trayectorias políticas diversas, configurando un partido de tendencias con un debate interno rico en diferencias ideológicas y referentes políticos, que relevó el papel de la discusión intelectual en la configuración de opciones tácticas y estratégicas.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel. Tomo V*, Ciudad de México, Ediciones ERA, 1999, 31.

<sup>2</sup> Hernan Rosenkranz y Benny Pollack, *Revolutionary Social Democracy: The Chilean Socialist Party*, Londres, F. Pinter, 1986, 10-48.

Pese a su rápida y exitosa inserción en la política formal, la presencia socialista en los espacios democrático-institucionales no fue argamasa suficiente para lograr la unidad, persistiendo las lecturas enfrentadas sobre cuestiones ideológicas de fondo y posiciones contrapuestas a la hora de caracterizar y proyectar el sentido de la acción partidaria en el proceso social chileno.

El socialismo es una ideología presente en el país desde el siglo XIX que asumió un rol protagónico en la articulación y desarrollo del movimiento obrero a inicios del siglo XX, sin embargo, la fundación del PS fue un hito clave en la trayectoria de esta ideología política. Sin ser los novísimos seguidores de la doctrina socialista en el país, la fundación del partido marcó el hito fundacional del socialismo chileno contemporáneo que, a partir de ese momento, adquirió una fisonomía novedosa y distinta a las expresiones políticas de inspiración socialista preexistentes. El nacimiento de la organización es el hito inaugural de un nuevo periodo en la reflexión política socialista, inspirada en las corrientes del pensamiento progresista y revolucionario de la primera mitad del siglo XX, de declarado sentido nacional y latinoamericano, crítico de las corrientes globales del pensamiento de izquierda y particularmente de la tradición comunista soviética. El PS, a cuya fundación concurren distintas facciones *socializantes* y tradiciones de izquierda, disputo con el Partido Comunista (PC) la hegemonía del movimiento sindical organizado durante sus primeros años, sin embargo, la coexistencia de dos partidos marxistas y abiertamente revolucionarios también se tradujo en notables momentos de unidad que redundaron en éxitos organizativos, electorales y políticos para ambas organizaciones.

Pese a la existencia de un PC más antiguo y previamente organizado, el PS logró desarrollar una trayectoria política e intelectual independiente que lo distanció de las corrientes del pensamiento de izquierda más difundidas del periodo, desarrollando una organización que obedeció a valores y prácticas políticas profundamente arraigadas en una lectura particular de los problemas nacionales. La laxitud de las definiciones ideológicas iniciales permitió a los intelectuales socialistas adscribir a marcos interpretativos y corrientes ideológicas diversas y novedosas para el espacio político chileno como el *indoamericanismo* y el *tercer mundismo*; y a liderazgos diplomáticos e internacionales como el *cardenismo*, el *castrismo* y el *titoismo*. La diversidad de fuentes intelectuales y referentes políticos convirtió a los socialistas en entusiastas seguidores de los distintos procesos nacionalistas y descolonizadores en Asia y África, llevándolos a forjar lazos con algunos de los movimientos y personeros más importantes de la izquierda progresista y revolucionaria del momento, permitiendo la formación de una nutrida red de intercambios políticos que dio forma al debate interno y a la reflexión partidaria.



La diversidad de matrices ideológicas se expresó en tendencias que, además de disputarse el control de las posiciones directivas de la organización, leyeron desde distintos marcos interpretativos la política nacional e internacional del periodo. El pensamiento socialista fue frecuentemente debatido y redefinido en un proceso dinámico, donde intervinieron diferentes corrientes de opinión inspiradas en distintas tradiciones, tendencias intelectuales y programas emancipadores reflejados en una variedad de discursos políticos no siempre de acuerdo sobre los medios, objetivos y fines de la política partidaria. Entre los socialistas convivieron diagnósticos disimiles sobre la realidad nacional e internacional, esquemas revolucionarios y tradiciones políticas que contribuyeron a modelar las opciones estratégicas, organizativas y doctrinarias disponibles para la acción política del PS durante todo el periodo aquí estudiado.

El presente trabajo reconstruye la trayectoria político-intelectual del Partido Socialista de Chile entre los años 1932 y 1973, revisando su irrupción y desenvolvimiento en la vida política nacional a través de momentos claves para el desarrollo de la reflexión partidaria. Como se expondrá en las próximas páginas, estos momentos frecuentemente sobrepasaron los límites de la vida partidaria, estando ligados a acontecimientos y procesos propios del desarrollo político global, continental y nacional del siglo XX. Se argumenta que durante el periodo en cuestión se registraron una serie de debates que dieron cuenta de distintas etapas en el desarrollo organizativo, social e intelectual del socialismo chileno contemporáneo. Estos debates se enmarcaron en tres conceptos clave y que fueron frecuentemente discutidos durante toda la trayectoria: clase, antiimperialismo y revolución. En distintos momentos, y con significados diversos, las tendencias se definieron a sí mismas y a su organización como clasista, antiimperialista y revolucionaria, sin que existiera un consenso sobre el alcance político y programático de estas definiciones.

En lo específico, el trabajo identifica aquellos momentos y coyunturas que evidencian estos debates, con sus cambios semánticos y discursivos; también reconoce las fuentes y experiencias, nacionales e internacionales, socialistas o no, que dieron sentido y sirvieron de inspiración a los distintos intelectuales del PS; y por último, caracteriza los diversos imaginarios, discursos y expectativas de los conceptos de clase, antiimperialismo y revolución en el pensamiento político socialista. Para esto, se recurre al análisis de aquellos acontecimientos donde el debate se intensifica, explicitando la configuración de posiciones políticas discursivamente divergentes. Por esta razón, y atendiendo a las lógicas internas del PS, en este libro se destacan instancias como congresos y plenos, espacios oficiales e institucionalizados de discusión e intercambio ideológico que fueron frecuentemente desbordados por el disenso, así

como acuerdos legislativos y procesos electorales, momentos siempre polémicos para la vida interna del socialismo.

Desde el punto de vista metodológico el trabajo se inscribe en el campo de la historia intelectual y del pensamiento político, que en términos generales se preocupa por los pensamientos, ideas, argumentos y creencias de las sociedades pasadas. La preocupación por los conceptos y sus significados pasados vuelve útil el enfoque de la historia conceptual propuesta por Reinhart Koselleck,<sup>3</sup> la cual postula que los conceptos políticos contienen experiencias sobre el pasado y expectativas sobre el futuro que son expresivos de la pluralidad semántica de un tiempo histórico. Al respecto, es necesario mencionar dos premisas fundamentales: en primer lugar, la historia se traduce y articula en conceptos, pudiendo ser interpretada mediante ellos; y, en segundo lugar, estos conceptos poseen una trayectoria histórica que es observable a través del tiempo. En este sentido, los conceptos políticos son magnitudes categoriales polisémicas y cambiantes a través del tiempo, revelando experiencias acumuladas sobre el pasado y las expectativas sobre el futuro que tienen los actores. Como apunta J. G. A. Pocock sobre la historia de los discursos políticos, es necesario reconocer que los discursos, la literatura y las declaraciones públicas en general, involucran un elemento de teoría y se llevan a cabo en una variedad de contextos.<sup>4</sup> En este aspecto, el lenguaje político es el medio por el cual los actores participan de una comunidad política, tomando parte de los intercambios discursivos que dan sentido al medio social en el que se desenvuelven. El lenguaje político, cuya característica esencial es su carácter incontrolable e imposible de monopolizar en sus usos, hace del discurso un medio esencialmente disputable por quienes cohabitan en un mismo contexto histórico y comparten un lenguaje común. Por último, hablar de una trayectoria intelectual implica reconocer que los proyectos políticos, así como las doctrinas y las ideologías, son construcciones que pese a expresarse de un modo “más o menos formalizado” siempre están sujetas al cambio de sus significados principales, careciendo de coherencia interna y continuidad a través del tiempo.<sup>5</sup>

Lo anterior implica reconocer en los distintos soportes del debate socialista el medio de entrada para pesquisar el desarrollo de la discusión ideológica, resaltar sus cambios y continuidades, y el conjunto de discursos

---

<sup>3</sup> Hans Bödeker, “Sobre el perfil metodológico de la historia conceptual. Temas, problemas, perspectivas”, *Historia y Grafía* 32, 2009, 131-168; Reinhart Koselleck, *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

<sup>4</sup> Stefan Collini et al., “What is intellectual history?”, *History Today* 35:10, 1985, 52.

<sup>5</sup> William Connolly, *The Terms of Political Discourse*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1993, y J. G. A. Pocock, *Pensamiento político e historia: Ensayos sobre teoría y método*, Madrid, Ediciones Akal, 2009, 35-49.

que conforman la “teoría” y la acción política.<sup>6</sup> Este enfoque toma distancia de la historia de los intelectuales, preocupada de las biografías, redes y soportes materiales de los personajes vinculados a la discusión intelectual, el cual, si bien reviste utilidad para este trabajo, tiende a relevar los grandes textos y a personajes particulares en desmedro del lenguaje de uso cotidiano en los distintos soportes escritos de la reflexión y difusión partidaria.

El pensamiento político es un objeto de estudio contingente que remite al amplio campo de lo político, relacionado tanto con la existencia institucional de la política —el Estado, las elecciones, el poder— como con aquellos aspectos constitutivos de una comunidad política —los símbolos, libertades y valores que dan forma a la vida en común—.<sup>7</sup> En este sentido, reconstruir la trayectoria intelectual de una organización partidaria implica rescatar sus proyectos, debates y principios situándolos en el espacio de la política, sus lógicas sociales y sus instituciones, reparando en sus aspectos contextuales y consecuencias prácticas. Para el caso socialista, la discusión respecto de las clases sociales y la naturaleza de la revolución chilena es inseparable de la disputa estratégica y el debate sobre la configuración de alianzas político-electorales; del mismo modo, la reflexión sobre el antiimperialismo está estrechamente relacionada a ideas y acontecimientos de la política global, que contribuyeron a dar forma y sentido a aspectos cruciales del debate político, organizativo e ideológico del socialismo.

El trabajo se sustenta en una amplia revisión de fuentes partidarias que incluye periódicos, revistas, folletos y documentos de circulación interna editados por el PS y algunos de sus miembros y facciones de manera independiente durante todo el periodo en cuestión. Además, se revisa el desarrollo de otras fuerzas políticas con las que el socialismo se vinculó directamente, considerando también documentos de otras organizaciones como la Democracia Cristiana (DC), el Partido Comunista y distintos grupos socialistas escindidos durante toda su trayectoria. Por último, se incluyen los diarios y sesiones del poder legislativo, espacio que por sus características deliberativas es una rica fuente de posiciones partidarias, discursos públicos y debates sobre distintas materias de interés para el desarrollo de este trabajo.

Entre las investigaciones y tesis sobre el desarrollo histórico del socialismo chileno abundan los trabajos inspirados en el doctrinarismo y la función político-militante del quehacer intelectual. Finalizando la década de 1930, comenzaron a circular distintas lecturas que vincularon la trayectoria del joven partido con aspectos cruciales del desarrollo político nacional. Así, figuras como Julio Balmaceda y Luis Zúñiga desarrollaron una

---

<sup>6</sup> Quentin Skinner, “Some Problems in the Analysis of Political Thought and Action”, *Political Theory* 2:3, agosto 1974, 277-303.

<sup>7</sup> Pierre Rosanvallon, *Por una historia conceptual de lo político*, Ciudad de México, FCE, 2003.

interpretación que relacionó el surgimiento del PS con los problemas de la dominación oligárquica, la penetración imperialista y el retraso socioeconómico, perfilando una primera política calificada como antifeudal, antioligárquica y antiimperialista. Sin embargo, fue entre 1950 y 1973 cuando la circulación de folletos y trabajos históricos sobre la trayectoria socialista fue más notable, haciendo las veces de balance y revisión política de la experiencia acumulada. Estos textos también dan cuenta de la diversidad de posiciones internas, reflejada en una rica variedad de lecturas, diagnósticos y evaluaciones sobre el desarrollo político chileno y el papel del socialismo organizado en el mismo.

Figuras como Alejandro Chelen, Oscar Waiss y Julio Cesar Jobet —entre otros— publicaron una serie de documentos que, mediante la revisión histórica de la trayectoria partidaria, esbozaron distintas lecturas sobre el devenir del proceso político social chileno y las perspectivas de una política socialista, antiimperialista y revolucionaria. En consecuencia, las diversas historias y concepciones de la experiencia acumulada adquirieron distintos lenguajes, dando cuenta de una rica diversidad de posiciones frente a los asuntos más polémicos del debate como la política de alianzas, el carácter de la revolución chilena o las características de la penetración imperialista en el país. Este grupo de textos, dirigidos a un público militante y orientados al debate interno, entrega valiosísima información respecto de la diversidad de marcos interpretativos presentes en la discusión interna, mostrando desde un ejercicio intelectual no siempre profesional, las diversas fuentes del pensamiento político socialista.

En este sentido, el caso más notable es el de Julio Cesar Jobet, quien desde la década de 1940 comenzó a acumular una numerosa producción historiográfica que mezcló artículos y libros sobre la historia de Chile con lecturas sobre la trayectoria del socialismo, insertando una interpretación particular del desarrollo político y social del país en el pensamiento y acción del partido. El momento culmine de su reflexión lo constituyen los dos tomos titulados *El Partido Socialista de Chile*, publicados en 1973. Este trabajo es la síntesis de numerosos artículos y folletos que abordaron la experiencia socialista, enmarcando la acción del PS en el esquema general de la lucha de clases en Chile desarrollada por el mismo autor en obras como su *Ensayo crítico del desarrollo económico social de Chile* publicado en 1951.

En la lectura de Jobet, el PS logró unir en una misma organización a sectores medios y proletarios, dando un nuevo impulso al descabezado movimiento popular chileno de inicios de la década de 1930. El socialismo surge como una expresión nacional y no dogmática del marxismo revolucionario y la teoría leninista de la organización partidaria, logrando aglutinar a una serie de movimientos marxista-revolucionarios y reformistas inspirados en distintas vertientes de la doctrina socialista bajo principios antioligárquicos y antifeudales. En este sentido, el socialismo destacó como un partido enfocado a la realidad económica y social chilena “con una

nueva y penetrante visión, desprovista de estrechos esquemas previos y recetas falsas”<sup>8</sup> venidas del extranjero, formando una organización de carácter “revolucionario y socialista, nacional y americanista”.<sup>9</sup>

Otro de los nombres interesantes es el de Oscar Waiss, autor de numerosos artículos periodísticos sobre las distintas disidencias internas y ensayos sociohistóricos como *Presencia del socialismo en Chile* (1952) y *Nacionalismo y socialismo en América Latina* (1954). En ambas obras, Waiss presenta un acabado esquema sobre la penetración imperialista en el continente y el papel cómplice de las oligarquías y burguesías criollas. El pensamiento socialista chileno, de raíces profundamente nacionales y americanas, constataría la impotencia de las clases dominantes para impulsar cualquier proceso de cambio progresivo hacia la superación del subdesarrollo económico y social, contrariando las tesis ampliamente difundidas en la izquierda del periodo sobre el potencial progresista de las burguesías nacionales.

Con el tiempo, éste se transformó en uno de los marcos interpretativos más difundido sobre la revolución chilena y latinoamericana, permeando a las corrientes de sensibilidad “revolucionaria” con un discurso clasista, emancipador y rupturista que caló hondo en la izquierda revolucionaria despuntando la segunda mitad del siglo XX.

También están los trabajos de Alejandro Chelen, quien aborda en los textos *Flujo y reflujos del socialismo en Chile* (1961) y *Trayectoria del socialismo. Apuntes para una historia crítica del socialismo en Chile* (1967) toda la experiencia acumulada en función de dos posiciones encontradas al interior del partido: el reformismo y la revolución. Para Chelen, el gran problema del PS a la hora de alcanzar sus objetivos revolucionarios es la acción sostenida de una dirección reformista e interesada en el aparato del Estado y sus espacios de representación formal, cediendo toda impronta transformadora frente a la política colaboración de clases. La representación de intereses sociales contrapuestos hace del PS un partido que, pese a plantear “una línea teórica justa y que las masas acogen con fervor porque interpreta sus inquietudes, no bien se ha recorrido un camino más o menos exitoso, vuelve a caer en tácticas y procedimientos ya superados”.<sup>10</sup>

Por último, está el trabajo de Fernando Casanueva y Manuel Fernández<sup>11</sup> quienes proponen desde la tradición marxista una lectura de largo plazo en la cual la trayectoria del PS obedece al desarrollo de la lucha

---

<sup>8</sup> Julio Cesar Jobet, *El Partido Socialista de Chile. Tomo I*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1973, 33.

<sup>9</sup> *Ibid.*, 45.

<sup>10</sup> Alejandro Chelen, *Trayectoria del socialismo. Apuntes para una historia crítica del socialismo chileno*, Buenos Aires, Editorial Astral, 1967, 152.

<sup>11</sup> Fernando Casanueva y Manuel Fernández, *El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile*, Santiago, Quimantú, 1973.

de clases en Chile. Desde el compromiso militante, el trabajo sostiene y afirma los principios políticos vigentes del partido, validando desde la reflexión historiográfica la línea política socialista del Frente de Trabajadores. Para los autores, el PS es un sujeto político natural del devenir histórico chileno cuya trayectoria esta entroncada al desarrollo del movimiento obrero, haciéndolo heredero de una larga tradición clasista y obrerista. Los autores ofrecen una mirada crítica de la experiencia partidaria durante el gobierno del Frente Popular, dirigida por la codicia administrativa y el reformismo, estableciendo el fracaso de la experiencia frentista como el punto de partida de una política “genuinamente” revolucionaria y contraria a la colaboración con partidos ajenos a la clase obrera.

En una línea similar, pero con posterioridad a 1973, se encuentra el trabajo de Eliecer Carrasco,<sup>12</sup> quien caracteriza la trayectoria histórica del PS en dos periodos. Un primer momento, comprendido entre 1930 y la mitad de la década de 1940, se caracterizaría por la convivencia de dos formas enconadas de leer la realidad nacional, una revolucionaria y otra reformista, animando el debate político e ideológico del periodo a propósito de la colaboración ministerial y la participación del PS en los gobiernos de coalición después del triunfo del Frente Popular. Un segundo momento se caracterizaría por el desarrollo de la política del Frente de Trabajadores, logrando a partir de 1955 aglutinar, homogenizar y fortalecer la estructura partidaria detrás de sus postulados teóricos y orientaciones políticas.<sup>13</sup>

Un segundo grupo de bibliografía proveniente de las ciencias sociales y producido en su totalidad después de 1973 apunta hacia la evaluación y balance crítico de la experiencia socialista a raíz de su participación en el Gobierno de la Unidad Popular, tomando el golpe de Estado como hito fundamental de la trayectoria partidaria. En esta línea, para Ignacio Walker<sup>14</sup> el factor central en el fracaso de la “Vía Allendista al socialismo” es la ausencia de una tradición *socialista democrática* en el PS. Si bien el trabajo reconoce en el humanismo socialista de Eugenio González una vertiente del mencionado “socialismo democrático”, el PS habría sostenido una actitud ambigua sobre la democracia política y una tendencia constante a los liderazgos populistas expresados en figuras como Marmaduke Grove y en los apoyos del Partido Socialista Popular (PSP) a la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez en 1952. Para Walker, el desarrollo del PS

---

<sup>12</sup> Eliecer Carrasco, *Acerca del desarrollo histórico del Partido Socialista de Chile*, París, Taller Orlando Letelier, 1980.

<sup>13</sup> *Ibid.*, 49.

<sup>14</sup> Ignacio Walker, “Democracia, populismo y leninismo. El Partido Socialista de Chile (1932-1973)”, *Socialismo y democracia. Chile y Europa en perspectiva comparada*, Santiago, CIEPLAN-Hachette, 1990.

después de la experiencia populista de Ibáñez se caracterizó por la radicalización de los antagonismos de clase, girando progresivamente hacia “una postura crecientemente leninista e insurreccional, que veía en las instituciones de la democracia representativa un obstáculo mayor en el proceso de instauración de una sociedad socialista”.<sup>15</sup> Producto de lo anterior, durante el gobierno de la Unidad Popular se habría registrado un desencuentro agudo entre las opciones políticas socialistas y la vía allendista en *democracia, pluralismo y libertad*.

También están los trabajos de Benny Pollack y Hernan Rosenkranz, quienes revisan diversos aspectos del desarrollo organizativo del socialismo chileno. Los autores destacan que con el PS emerge un partido marxista con una trayectoria independiente del Partido Comunista sin que esto imposibilite la colaboración entre ambos, configurando un movimiento de izquierda único en América Latina comparable solo con los casos de Italia y Francia. En este contexto, la autoproclamación del marxismo y la adopción *sui generis* de principios leninistas de organización configuraron un partido en el que la ideología ocupó un lugar central, generando una vida interna donde las corrientes socialdemócratas convivieron con otras altamente receptivas de los “ismos” propios de la segunda mitad del siglo XX —titoísmo, maoísmo, castrismo, latinoamericanismo, antiimperialismo, etc.—, delineando un debate de fuentes ideológicas diversas y expresiones organizacionales novedosas.<sup>16</sup>

Los autores reconocen tres fases en el desarrollo histórico del PS: La primera es la de consolidación (1933-39), caracterizada por la inserción del partido en la arena política nacional bajo principios marxistas, antioligárquicos, antifascistas, nacionalistas y latinoamericanistas. Durante este periodo, el socialismo cumplió un rol destacado en la organización sindical del movimiento obrero dando cabida a la colaboración de sectores medios y proletarios bajo la fórmula de los trabajadores “manuales e intelectuales”; la segunda etapa (1939-53) fue caracterizada por la división interna y el reflujo electoral del partido después de ingresar a labores ministeriales durante el Frente Popular. Con el ingreso a las tareas gubernativas, el PS habría caído en la burocratización, la corrupción y en prácticas de cooptación organizativa valiéndose de su nueva posición en la administración pública, motivando la aparición de diversas corrientes de recuperación política e ideológica críticas a las directivas; la tercera fase es la de la ideología (1953-70), la que está caracterizada por la consolidación del partido como representante de un importante sector de izquierda, una convivencia interna democrática, una relación de colaboración y

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, 169.

<sup>16</sup> Benny Pollack (ed.), *Mobilization and socialist politics in Chile*, Liverpool, University of Liverpool, 1981.

competencia con el PC reflejada el mundo sindical organizado y el debate estratégico entre ambas organizaciones.<sup>17</sup>

Otro de los trabajos es el de Edison Ortiz,<sup>18</sup> que pese a concentrar su análisis en el periodo posterior a 1973 aporta cuestiones interesantes para comprender el desarrollo de la colectividad. El autor señala la existencia de una subcultura socialista, destacando que el desarrollo de ideas y tendencias diversas al interior del partido obedece a las distintas fases del desarrollo político nacional. En este aspecto, los primeros 40 años de vida del PS se caracterizarían por los fenómenos de la restauración democrática luego de la dictadura de Ibáñez, la inspiración nacional desarrollista, la adopción del modelo de sustitución de importaciones y el desarrollo de distintas subculturas de izquierda subsidiarias y, hasta cierto punto, desarrolladas al alero de los partidos socialista y comunista.

Por último, se encuentra el trabajo de Paul Drake<sup>19</sup> quien reconoce dos fases bien definidas en el desarrollo histórico del PS. Un primer momento, desde su fundación hasta la década de 1950, se caracterizaría por el desarrollo y auge socialista bajo los influjos políticos de un movimiento con fuertes rasgos populistas, mientras que el segundo momento por el desarrollo de posiciones ideológicas que contribuyeron a la configuración de un partido revolucionario y de izquierda. Desde la utilización de la categoría populista, que incluye la preminencia de liderazgos carismáticos, organización de un movimiento de masas, una visión utópica de la revolución y una vocación *anti status quo* el autor propone que el desarrollo del PS se encuentra en una tensión constante entre “socialismo y populismo”, configurando una organización donde las *reminiscencias populistas* se expresaron constantemente a través de sus liderazgos y modos de hacer política.

Hay un tercer grupo de bibliografía que corresponde a memorias y reflexiones autobiográficas de distintos actores del socialismo chileno durante el periodo, las que pese a proponer lecturas globales y de largo plazo para caracterizar el desarrollo histórico del PS tienden a entroncar estas reflexiones con la experiencia militante y autobiográfica. En este aspecto, se encuentran las memorias de Carlos Altamirano basadas en un extenso trabajo de entrevistas con el historiador Gabriel Salazar<sup>20</sup> en las que analizó su trayectoria, la del partido y su papel como jefe de la organización. Entre las corrientes que habrían influenciado el pensamiento socialista,

---

<sup>17</sup> Rosenkranz y Pollack, *op. cit.*

<sup>18</sup> Edison Ortiz, *El Socialismo chileno de Allende a Bachelet (1973-2005)*, Santiago, Alerce talleres gráficos, 2007.

<sup>19</sup> Paul Drake, *Socialismo y Populismo en Chile 1936-1973*, Valparaíso, Instituto de Historia, Universidad Católica de Valparaíso, 1992.

<sup>20</sup> Gabriel Salazar, *Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias críticas*, Santiago, Debate, 2010.



Altamirano destaca el latinoamericanismo como la idea principal de los años fundacionales, influenciada por vínculos con distintos movimientos y caudillos políticos del continente que contribuyeron a dinamizar y dar contornos propios la reflexión política del PS. Sin embargo, el periodo clave de la trayectoria socialista fue la radicalización iniciada en la década de 1960, época de “acciones concretas” inspiradas en las luchas de liberación nacional. De esta forma, personajes como Fidel Castro y Ho Chi Minh, y experiencias como los movimientos estudiantiles del año 1968 y las guerras de liberación, marcarían el inicio de una etapa cualitativamente distinta en la política partidaria.

Otro trabajo es el de Ricardo Núñez,<sup>21</sup> quien revisa el desencuentro de las fuerzas políticas progresistas de centroizquierda, desde el PC a la DC, y el peso de la figura de Salvador Allende para hacer una síntesis del proceso que devino en el fracaso del Gobierno de la Unidad Popular. El autor señala que con la fundación del PS se verifica un cambio cualitativo de cómo hasta entonces se entendía y practicaba la política, destacando el desarrollo de una posición independiente e inspirada fundamentalmente en la realidad nacional. Entre las novedades se cuenta la capacidad de representar a grupos sociales diversos y una inclinación intelectual al humanismo, dando forma una organización con signos identitarios propios y de una rica cultura interna en la que convivieron matrices socialdemócratas, racionalistas y obreristas.

Por último, el trabajo de Belarmino Elgueta<sup>22</sup> sitúa el desarrollo de las luchas por el socialismo en Chile en el proceso cultural, ideológico y político global del siglo XX, relevando la influencia de experiencias extranjeras de alcance mundial como las guerras europeas y las distintas revoluciones después de 1917 como fuentes fundamentales del pensamiento socialista. En este sentido, el autor periodiza estas luchas en tres grandes ciclos: el primero comprende la fundación y organización de los primeros partidos obreros, caracterizado por la aparición del imperialismo y las masacres obreras; el segundo, se distingue por los 40 años de desarrollo del Partido Socialista desde su fundación a la derrota de la Unidad Popular, periodo durante el cual el PS ofrece una nueva orientación al movimiento popular chileno; un último periodo abarca los 27 años contados desde la instalación del régimen dictatorial hasta la primera década de restablecimiento democrático, caracterizado por la aparición del neoliberalismo y de nuevos desafíos para el pensamiento socialista frente al cambio de época vivido con el fin de la Guerra Fría. Ahondando en estos

---

<sup>21</sup> Ricardo Núñez, *El gran desencuentro. Una mirada al socialismo chileno, la Unidad Popular y Salvador Allende*, Santiago, FCE, 2018.

<sup>22</sup> Belarmino Elgueta, *El socialismo chileno durante el siglo XX. Experiencias de ayer para una construcción de futuro*, Ciudad de México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2007.

momentos, el autor señala que el periodo comprendido entre 1933 y 1973 posee una continuidad en torno a la política del Frente de Trabajadores, que tiene su “germen” en la alianza de trabajadores manuales e intelectuales de principios de la década de 1930 y su máxima expresión en la idea de poder popular agitada por el PS durante el Gobierno de Salvador Allende.<sup>23</sup>

El presente libro propone que la trayectoria política-intelectual del socialismo contemporáneo posee como característica fundamental el desarrollo de una serie de corrientes de opinión interna que además de disputar el control de la organización mostraron un desacuerdo constante respecto al contenido, fines ideológicos y políticos del socialismo. Ni la presencia de Grove ni el influjo de Ibáñez, dos casos icónicos en el estudio de la tendencia populista al interior del PS, lograron clausurar el desacuerdo ni poner fin a los recurrentes fraccionamientos. Si bien es innegable la tendencia populista de los dos personajes antes mencionados, su influencia debe ser leída críticamente, no porque el liderazgo de Grove e Ibáñez no cumplan con muchas de las características que los expertos acuerdan para definir el carácter *populista* de los mismos, sino porque el populismo está lejos de ser una influencia demasiado gravitante en el ideologizado debate socialista. Los liderazgos populistas cumplieron una función importante en el desarrollo del partido, permitiéndole institucionalizarse como organización política en 1933 y alzarse como la principal fuerza de izquierda en el Parlamento, superando momentos de división y menoscabo electoral en 1952. Sin embargo, la convivencia del partido con estas experiencias fue siempre conflictiva, contradictoria y, sobre todo, acotada en el tiempo.

La tensión característica de la trayectoria del PS es entre socialismo e ideología, es decir, entre las distintas vertientes ideológicas y tradiciones socialistas que se expresaron en la vida interna. En este sentido, durante el desarrollo histórico del PS hay un enfrentamiento constante entre tendencias *revolucionarias* y *reformistas* —también llamadas *socialdemócratas*— que, con diferentes vocabularios y lenguajes, propusieron distintos estilos de conducción, desarrollaron posiciones divergentes respecto de la estrategia de poder y del fin a largo plazo del partido. Esta discusión, lejos de ser meramente abstracta o puramente estratégica, construyó los imaginarios y las posiciones políticas, determinó las lecturas globales y delineó las distintas opciones político-organizativas. En último término, el debate construyó una ideología, un discurso y una práctica política propia que en los hechos estuvo lejos del purismo revolucionario y obrerista, y también de las demonizaciones antidemocráticas e insurreccionales.

La irrupción de la República Socialista y el liderazgo de Marmaduke Grove en 1932 inician esta trayectoria. Bajo el influjo de este acontecimiento, que otorgo sentido y contenido al socialismo chileno, las

---

<sup>23</sup> *Ibid.*, 216-221.

distintas tendencias ya existentes del socialismo revolucionario y reformista tomaron posiciones, agrupándose una parte de ellas en torno al liderazgo común de Grove. Si bien el influjo del líder carismático es indudable para explicar el movimiento de masas que convocó el ideal socialista tras la revolución del 4 de junio, la sublevación tuvo la particularidad de convocar a sectores provenientes tanto del movimiento obrero organizado como de las clases medias emergentes. El mismo programa de acción inmediata, que a la postre se transformó en el primer documento programático del PS, incluía una serie de medidas distributivas, industrializadoras y nacional-desarrollistas que lejos de despreciar el Estado y sus instituciones se valían de ellas para impulsar una serie de reformas sociales y promover el nacionalismo económico.

La temprana configuración del socialismo como un movimiento de masas obedece a las condiciones mismas del desarrollo político y social chileno. El PS de los primeros años fue un partido pluriclasista en el que convivieron tradiciones intelectuales diversas basadas en el mundo sindical y gremial.<sup>24</sup> Si bien el influjo de Grove y la República Socialista fueron, al menos inicialmente, suficientes para mantener la cohesión de un partido a penas definido en sus propósitos y medios, la convivencia interna se volvió conflictiva hasta vivir una primera escisión a propósito de la alianza con el Partido Radical y el Partido Comunista en la combinación del Frente Popular. Contrario a las interpretaciones posteriores que tendieron a ubicar al PS como un elemento de continuidad de una larga tradición socialista decimonónica y popular,<sup>25</sup> en sus inicios el PS se autoproclamó como *la revolución en marcha*, enarboló las banderas de la redención social y reivindicó una vocación renovadora y antioligárquica, promocionándose como una organización de nuevo tipo frente a los caducos partidos históricos. Las características renovadoras del discurso socialista fueron reclamadas por distintas facciones críticas durante el Frente Popular y los gobiernos de coalición subsiguientes, quienes no dudaron en criticar la burocratización del partido tras su ingreso a las labores de gobierno.

La alianza frentepopulista inauguró una nueva lógica en el disenso interno, marcada por la presencia en el aparato administrativo y la colaboración ministerial. El carácter del debate y las periódicas divisiones fueron socavando el liderazgo de Grove y de las directivas sucesivas hasta volver imposible la cohesión partidaria. Con el ingreso del partido al Gobierno, se registró un importante crecimiento electoral y parlamentario, sin embargo, la presencia en el Ejecutivo puso de manifiesto un desencuentro de marcado carácter ideológico respecto de los fines del PS

---

<sup>24</sup> Benny Pollack, "Class and Mass in the Chilean Socialist Party", Pollack (ed.), *op. cit.*

<sup>25</sup> Jobet, *El Partido Socialista de Chile... op. cit.* y Chelen, *Flujo y reflujo del socialismo chileno... op. cit.*

en la labor gubernativa. En algunos sectores, hubo rechazo a la alianza con el PC, considerado la expresión chilena de las ambiciones globales soviéticas; otros, desconfiaban de un partido oligárquico y reaccionario como el radical. La aparición de una corriente de oposición *inconformista* puso sobre la mesa la cuestión de las temporalidades del proceso transformador inaugurado por el Frente Popular, para estos sectores liderados por Cesar Godoy Urrutia, la participación en el Gobierno solo tenía sentido en función de llevar adelante un programa revolucionario y socialista.

Si bien los inconformistas fueron expulsados, el desencuentro sobre la participación gubernativa comenzó a perfilar el debate entre dos corrientes con fines y propósitos distintos al interior del joven partido. Por un lado, las tendencias de izquierda declaraban constantemente la necesidad de actuar orientados por el *socialismo revolucionario*, impulsando la movilización de masas y medidas concretas como la reforma agraria. Por el otro lado, la facción de Grove, Bernardo Ibáñez y Oscar Schnake bregó constantemente para mantener a la organización en la órbita del Gobierno, convencidos de que su participación en el Ejecutivo sería la garantía para llevar adelante medidas *socializantes* que inauguraran una fase de *transición* al socialismo. La participación del PS en distintas combinaciones de gobierno después del Frente Popular avivó el debate sobre los fines y objetivos del partido, las perspectivas revolucionarias de las alianzas pluriclasistas y un desencuentro con el PC que con frecuencia asumió las características de un enfrentamiento por la hegemonía del movimiento sindical. El escaso desarrollo programático y de definiciones ideológicas fueron el caldo de cultivo para que el debate se tornara crítico durante la década de 1940, periodo de retroceso electoral, ejercicio autoritario de los liderazgos y faccionalismo interno.

Durante sus primeros años, el PS logró reunir entre sus filas una diversidad de doctrinas y corrientes que, por momentos, se evidenciaron incompatibles entre sí. El temprano éxito electoral y sobre todo el uso de un lenguaje revolucionario, antiimperialista, antioligárquico y antifeudal configuró desde un principio una tensión entre las opciones estatistas y rupturistas. Importantes sectores del PS evidenciaron el divorcio entre la fraseología revolucionaria y el papel secundario jugado por el socialismo en los gobiernos de alianza con el PR, mientras que otra facción jamás se sintió representada por el discurso revolucionario y canónico del marxismo. El fortalecimiento de los sectores críticos, que se hicieron con el control de la organización a mediados de la década de 1940, es un antecedente destacado de la transformación intelectual del PS durante el decenio siguiente.

El PS fue una organización que prestó especial atención a los distintos procesos y referentes internacionales y, en ocasiones, trató de traducir y proyectar dichas experiencias a la realidad nacional. Este diálogo es una característica notable para comprender las etapas de transformación

intelectual, insertas en la rica diversidad ideológica de la izquierda mundial de mediados del siglo XX.

Los socialistas reflexionaron sobre la estrategia de frentes populares con los antecedentes de Francia y España sobre la mesa, radicalizaron sus posiciones frente al autoritarismo y al anticomunismo cuando la Ley Maldita acusó la presencia de la Guerra Fría global en el país, y miraron con atención las experiencias de los distintos movimientos anticoloniales en todo el planeta, debatiendo sobre estas experiencias en el marco de una reflexión propia que puso énfasis en lo nacional y latinoamericano.

La aparición de nuevos liderazgos y la redacción en 1947 de una nueva fundamentación teórica que estuvo a cargo de Eugenio González marcan el principio de un nuevo proceso de definiciones que, pese a no terminar con el faccionalismo, desarrolló nuevas orientaciones programáticas y configuró un vocabulario común que redefinió los contornos del debate político y el sentido de la acción partidaria. Estas definiciones no abandonaron los principios fundamentales sostenidos por el partido, sin embargo, propusieron lecturas novedosas sobre la naturaleza del proceso social chileno y sus perspectivas de transformación. Lejos de la continuidad, el programa de 1947 implicó un momento de profundas transformaciones que, pese a no desmarcarse por completo de la reflexión anterior, cambiaron de modo sustantivo la fisonomía del debate y la reflexión política del PS.

El documento teorizó sobre el proceso político nacional y la naturaleza de la revolución chilena, declarando la impotencia transformadora de las burguesías nacionales y la necesidad de llevar adelante, por medio del Estado y con participación exclusiva de los trabajadores manuales e intelectuales, la construcción de una república democrática de trabajadores. Estos principios fueron el antecedente directo de la política del Frente de Trabajadores (FT) que desde su proclamación en 1955 se transformó en la orientación con la cual el PS encaró sus definiciones tácticas y estratégicas para alcanzar el poder. Las tesis del FT redefinieron la relación con el Partido Comunista y teorizaron una nueva política revolucionaria, clasista y antiimperialista propiamente chilena, repensando las perspectivas democráticas del PS y su relación con la institucionalidad *burguesa*. *Un Frente de Trabajadores comandado por la clase obrera* fue a partir de este momento la consigna sostenida hasta 1973, sin que esto significase una unidad de criterios.<sup>26</sup>

El Frente de Trabajadores rechazaba que en Chile y el Tercer Mundo fuera necesario cumplir con las tareas “democrático burguesas” de la revolución, desechando la suposición de “etapas” para construir el

---

<sup>26</sup> Benny Pollack, “The Chilean Socialist Party: Prolegomena to its Ideology and Organization”, *Journal of Latin American Studies* 1:10, 1978, 117-152.

socialismo. Las características semicoloniales del régimen económico y las tendencias *regresivas* de la burguesía nacional, hacían necesaria que la “revolución democrática de trabajadores” fuera dirigida por una alianza con exclusiva participación de los partidos populares, rechazando de plano colaborar con partidos socialmente *híbridos* o representantes de la burguesía. El contenido eminentemente clasista, revolucionario y de masas de la tesis política fue materia de nuevos desencuentros, animando las distintas discusiones del partido después de 1955.

Desde estos preceptos, el PS enfrentó el complejo y cambiante escenario político de la década de 1960, periodo en el que la transformación estructural del Estado y la revolución social fueron una expectativa compartida por el centro y la izquierda.<sup>27</sup> Desde un esquema que caracterizó el proceso chileno como uno de “liberación nacional”, el PS agitó los valores del neutralismo y el antibloquismo tomando distancias con el conflicto global entre potencias. No obstante, la reflexión partidaria relevó las experiencias nacionalistas y descolonizadoras en el Tercer Mundo y miró de cerca las prácticas insurreccionales en naciones como Cuba y Vietnam, en un proceso que redefinió el discurso y los alcances estratégicos de la política socialista a partir de ese momento.

Detrás de la fraseología revolucionaria y rupturista, el PS desarrolló una práctica insistente en el mundo social y en el plano de la política formal que chocó con el discurso antiinstitucional y despreciativo de las formas “demoburguesas”. Pese a que el sentido común de un sector importante de la sociedad chilena actual expía parte de sus culpas apuntando a la radicalización socialista y al Frente de Trabajadores como factores del quiebre democrático de 1973, lo cierto es que bajo estos principios el PS logró sus más altos niveles de institucionalización, organización y presencia en la sociedad chilena, participando de lleno en el juego democrático y contribuyendo de manera innegable a la organización y fortalecimiento del movimiento popular, llegando inclusive a ser la primera fuerza de la Unidad Popular en las críticas elecciones parlamentarias de marzo de 1973.

En su autoproclamado rol de vanguardia revolucionaria, el PS despreció las instituciones de un sistema que consideraba caduco, extranjerizante y oligárquico, sin que esto implicase restarse de las posibilidades del juego electoral. Más allá del aparato político formal, el debate respecto de los valores democráticos en el PS fue constante, apuntando a la sustitución de un régimen opresor y reproductor de desigualdades mediante la aplicación de formas de participación popular revolucionarias y *avanzadas*. El lenguaje rupturista fue la versión socialista

---

<sup>27</sup> Julio Pinto, “La revolución: objetivo compartido”, Julio Pinto (coord.), *Cuando hicimos historia: La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, LOM Ediciones, 2005.

del imperativo transformador que copó el debate político nacional, proponiendo una política clasista, antiimperialista y revolucionaria en defensa de los sectores oprimidos, la soberanía nacional y en el que la emancipación destacó como punto de partida para la construcción de una sociedad más democrática, igualitaria y participativa bajo las banderas del socialismo.

Como es común en el desarrollo de esta trayectoria, el aparente acuerdo sobre los principios del Frente de Trabajadores fue justamente el motivo de los debates. Todos los sectores del partido, incluidos algunos escindidos, concordaron en la *justeza* de la política socialista, sin embargo, enfrentaron posiciones respecto de la correcta aplicación y fidelidad de las distintas dirigencias del PS con sus tesis y principios. Detrás de la radicalización socialista de la década de 1960 hubo un rico debate respecto de las temporalidades del proceso revolucionario, las posibilidades transformadoras de una alianza pluriclasista, el rol de la violencia en las perspectivas emancipadoras nacionales y un desencuentro con el rol de la institucionalidad democrática en el proceso revolucionario. El desacuerdo socialista se transformó en un punto álgido del debate de toda la izquierda después de 1964, surgiendo nuevas organizaciones herederas de la reflexión del PS que resultaron fundamentales para la creación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y la proliferación del lenguaje ultrazquierdista y de las tesis insurreccionales al interior del mismo partido.

El Frente de Trabajadores, lejos de ser un cuerpo doctrinario estático, se transformó desde el debate y la contingencia. Los acontecimientos de la Revolución cubana y la aparición de la Democracia Cristiana (DC) cambiaron una vez más la forma y contenido del debate político nacional y de la izquierda en particular. La triunfante revolución en Cuba avivó entre los socialistas una discusión sobre las perspectivas de la lucha armada en América Latina, en momentos en que la *Revolución en Libertad* propuesta por la DC se levantaba como una alternativa transformadora de alcance continental, anticapitalista y no comunista que antagonizó directamente con la experiencia cubana. La revolución y la democracia pasaron a ser los imperativos del momento y el punto esencial del debate entre dos fuerzas —el FRAP y la DC— que se arrojaron la representación de los sectores populares reivindicando modos, ideas y proyectos que pese a ser similares en muchos puntos, se inspiraron en reflexiones y referentes enfrentados sobre la nueva sociedad a construir.

La experiencia del Gobierno de la DC y la adscripción a un *comando central revolucionario* de alcance continental avivaron una reflexión interna que tendió a radicalizar las posiciones de izquierda en el PS. Conforme avanzó la década de 1960, los socialistas endurecieron sus posiciones, discutieron las vías o formas de la lucha revolucionaria y se extendió el uso del lenguaje rupturista y anti institucional al espacio parlamentario y sindical. Sin

embargo, el discurso radical no impidió una nueva aventura electoral junto a los partidos *centristas y burgueses* en medio de un ambiente interno cada vez más crítico a los pactos puramente electorales. Pese a las constantes resistencias a las tesis de *Vía Pacífica* y al *Frente de Liberación Nacional* agitadas por el PC, el PS llegó al poder en 1970 participando de una amplia alianza pluriclasista y agitando un programa de transformaciones graduales derivado de una concepción etapista de la revolución que tenían por objeto realizar una *transición* al socialismo.

La nueva participación socialista en el Gobierno configuró cuestiones excepcionales para el desarrollo político chileno, que vio como una alianza de partidos abiertamente marxista y revolucionaria alcanzaba la presidencia por medio de elecciones. Los socialistas llegaron al Gobierno en una alianza con el centro y compartiendo posiciones hegemónicas con los comunistas, encontrando dificultades desde el principio para llevar adelante un programa revolucionario por la vía de las instituciones y la ley. Los años de la Unidad Popular fueron una prueba para la izquierda, que enfrentó el momento de *hacer* la revolución. Bajo esta lógica, el PS apostó por la precipitación del cambio con el objetivo de volver *irreversible* el proceso revolucionario iniciado tras el triunfo electoral de 1970. Conforme las instituciones democráticas se fueron mostrando incapaces de resolver el conflicto y el bloqueo opositor literalmente asfixió la iniciativa legislativa del Gobierno, el PS y bajo su alero toda la *izquierda revolucionaria*, volvieron a agitar un discurso teniente a conciliar la acción de masas con el campo parlamentario, tensionando una vez más las posiciones de toda la izquierda.

En momentos en que el socialismo parece ser sinónimo de tiranía, opresión y dictadura vale la pena reconstruir una trayectoria que dibuja los derroteros de una ideología global que cuenta con uno de sus exponentes más destacados en el Partido Socialista de Chile. Pese a estar siempre atento al espacio mundial y latinoamericano, el PS logró representar los anhelos de renovación, democratización y transformación social de un sector importante del movimiento popular chileno con lecturas innovadoras sobre el proceso político nacional, que entremezclaron una serie de referentes intelectuales foráneos con la experiencia acumulada para elaborar un cuerpo teórico e ideológico pensado desde y para la revolución chilena.

Los primeros dos capítulos de este libro apuntan a los primeros años del socialismo chileno contemporáneo. El primero aborda la experiencia de doce días de la República Socialista y las reflexiones generales del momento en que se constituye el partido como corriente hegemónica del amplio espectro de tendencias socialistas existentes en el Chile de la década de 1930. En este sentido, se examinan las diferencias políticas entre las distintas tendencias que concurrieron en apoyo de la efímera república y el influjo *grovista* en la unificación de estas en torno al Partido Socialista de Chile. El segundo capítulo abarca el periodo comprendido entre el Frente Popular y la adopción de la línea del Frente de Trabajadores en la década de



1950, reparando en la caótica vida interna y en los alcances ideológicos del debate socialista. Se repasan las diversas escisiones y discusiones a propósito de la presencia socialista en los sucesivos gobiernos radicales y en la segunda administración de Carlos Ibáñez. Además, se aborda el proceso de elaboración y discusión teórica que derivó en la adopción de un nuevo programa y una nueva orientación política, ideológica y estratégica hacia finales de 1940.

El tercer capítulo trata el debate del socialismo con dos fuerzas que son cruciales para comprender su desarrollo: el Partido Comunista y la Democracia Cristiana. Respecto de la relación con el PC, se revisan las discrepancias y acuerdos estratégicos e ideológicos entre el Frente de Trabajadores y la política de Frente de Liberación Nacional, tesis predominantes para orientar la unidad de la izquierda durante el Frente de Acción Popular (FRAP) a partir de 1956 y de la Unidad Popular, desde 1969. En un ejercicio similar, se revisa el debate de la izquierda frapista con la Democracia Cristiana, poniendo especial atención al proceso de radicalización y diferenciación discursiva iniciado por el PS para marcar distancias con el proyecto “reformista” demócratacristiano. El desarrollo de estos debates fue expresivo de las diferencias entre socialistas y comunistas al interior del FRAP, y de las distancias sustanciales entre algunas de las corrientes del PS con el programa de la Revolución en Libertad.

El cuarto capítulo revisa el abundante diálogo internacional del socialismo, poniendo especial atención a la recepción de las experiencias internacionales que resultaron modélicas para los intelectuales socialistas. En él se revisan las lecturas sobre el espacio latinoamericano y la reflexión sobre el antiimperialismo, tópicos polémicos y constantes durante todo el desarrollo histórico del PS. En particular, el apartado examina las relaciones, de mayor o menor intensidad, con experiencias como la Yugoslavia socialista del Mariscal Tito, la Cuba de Fidel Castro, el debate respecto del rol de la URSS en el movimiento revolucionario mundial y la reflexión respecto de las nociones de “campos” y “bloques” de influencia propios de la configuración bipolar durante la Guerra Fría. Finalmente, se examina el debate en torno a la adscripción del PS a la polémica Organización Latinoamericana de la Solidaridad (OLAS) en 1967.

El quinto capítulo ensaya una explicación de mediano plazo del proceso de radicalización discursiva e ideológica del PS, tomando en cuenta la discusión desarrollada durante la década de 1960 hasta llegar al congreso de Chillan en 1967. Esta instancia, pese a su escasa revisión sistemática, resulta siempre polémica y nunca bien ponderada por comentaristas y estudiosos, quienes suelen destacar la adscripción por la lucha armada en Chile y América Latina sancionada por el congreso como una prueba irrefutable de los fines políticos de la izquierda. En particular, se repasa la discusión y elaboración de una nueva opción estratégica para el desarrollo de la política del Frente de Trabajadores, marcada por el contexto

insurreccional y de efervescencia revolucionaria de la década de 1960. Por último, el sexto capítulo revisa a modo de cierre la participación del PS en el Gobierno de la Unidad Popular, examinando el debate en torno a una pregunta que tensionó al partido en los momentos críticos del Gobierno de Salvador Allende: ¿Qué hacer con la revolución?

Antes de terminar esta introducción quisiera reconocer a las distintas personas que colaboraron en el desarrollo de este trabajo. En primer lugar, me gustaría reconocer los comentarios y orientaciones de la profesora Cristina Moyano, quien dirigió la tesis de maestría que dio origen a este libro y sugirió distintos puntos que fueron fundamentales para su fisonomía actual. Quiero agradecer a Joaquín Fernández, Gabriel Cid, Camilo Fernández y Jacqueline González, quienes se tomaron el tiempo de leer y comentar versiones tempranas del manuscrito, haciendo valiosas sugerencias temáticas y bibliográficas. No puedo dejar de mencionar la colaboración de José Balaguer, y por su intermedio, de la Biblioteca Clodomiro Almeyda, quienes me facilitaron el acceso a parte de su nutrida colección inclusive antes de estar disponible al público. Su labor de rescate, recopilación y difusión del patrimonio socialista posee un valor incalculable y merece toda la atención de los investigadores interesados en el socialismo y la izquierda en Chile. También me gustaría reconocer a los trabajadores y las trabajadoras de los salones Camilo Henríquez, Gabriela Mistral y Pablo Neruda de la Biblioteca Nacional y a los de la Biblioteca del Congreso Nacional de Santiago, de quienes recibí siempre la más atenta colaboración. Por último, quiero agradecer el dedicado trabajo de edición de Víctor Saldaña y a Ariadna Ediciones por darme cabida en su proyecto editorial.

## 1. Contra el presente vergonzante: de la República Socialista al Partido Socialista

La década de 1930 fue abierta por una situación de crisis total en el orden republicano chileno. Para 1932 la agitación social y política fue avivada por la crisis económica, el desempleo y la inflación en el contexto de la depresión mundial iniciada en 1929. El Estado se encontraba financieramente quebrado, sobre endeudado y sin divisas; la actividad salitrera, otrora fuente principal de ingresos fiscales, se encontraba por los suelos producto de la caída del precio internacional del nitrato. La caída de las exportaciones y el desplome de la demanda interna repercutió sobre la vida diaria, produciendo escases de alimentos básicos y de todo tipo de enceres cotidianos. Las instituciones aún resentían la dictadura del exiliado General Carlos Ibáñez y los militares, actores protagónicos de la política de aquellos años, amenazaban con frecuencia la continuidad del recién reestablecido régimen democrático. Un año antes, en 1931, el radical Juan Esteban Montero, partidario de disminuir el gasto fiscal y de restablecer el orden público resultó vencedor en las elecciones presidenciales derrotando nada menos que al expresidente, y hombre fuerte de la política nacional, Arturo Alessandri.<sup>28</sup>

Se esperaba que la elección de un nuevo presidente restableciera la normalidad democrática suspendida desde 1924 por sucesivas intervenciones del Ejército que culminaron en 1931 con la dimisión del general Carlos Ibáñez del Campo, quien desde 1927 ejercía como presidente de la República. Durante los meses siguientes grupos de la oficialidad actuaron como árbitros políticos autoproclamados del periodo, haciendo y deshaciendo sucesivas administraciones de gobierno, cambiando gabinetes ministeriales e involucrándose en distintas asonadas contra las recién restituidas autoridades civiles.<sup>29</sup> Montero, apoyado por una coalición de unidad nacional conformada por radicales, conservadores, liberales y militares opositores a Ibáñez logró el 64 % de los votos contra el 34 % de Alessandri. Su Gobierno debía enfrentar la conspiración constante, la aguda crisis económica y la exaltación generada por los diversos grupos antisistémicos y revolucionarios que se habían movilizado con fuerza contra la dictadura. Tendencias de ideas socialistas, comunistas y anarquistas habían asumido un rol activo en el movimiento de protesta contra Ibáñez, prestando entusiastas apoyos a las diversas huelgas e intentos de

---

<sup>28</sup> Paul Drake, "Chile 1930-1958", Leslie Bethell (ed.), *Chile desde la independencia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, 113-166.

<sup>29</sup> Frederick M. Nunn, *Chilean politics 1920-1931. The Honorable Mission of the Armed Forces*, Alburquerque, University of New Mexico Press, 1970, 168-171.

sublevación que se registraron durante los primeros años de la década. Estos grupos se opusieron a las medidas represivas impuestas por el presidente electo, poniendo en duda su capacidad para restablecer el orden público. Pese a la represión del Gobierno y la persistencia de la agitación social producto de los problemas económicos le terminaron granjeando a Montero una oposición tan heterogénea como la combinación que lo llevo a la presidencia.<sup>30</sup>

El vacío de poder dejado por Ibáñez y la consecuente competencia de sectores políticos y militares por surgir a partir de la crisis reconfiguró el sistema de partidos y el debate político. A la multiplicación de los grupúsculos de carácter socialista y anarquista se sumó la división del Partido Comunista y la organización de distintos grupos de avanzada adscritos al pensamiento corporativista, nacionalista y católico. Pese a que el presidente Montero había logrado ganar la elección sin mayores problemas apoyado en los partidos tradicionales, la buena votación no fue más que un espejismo ante la crítica situación de esos años. En diciembre de 1931, mientras un recién asumido Montero proclamó el respeto a la constitución y la austeridad fiscal, obreros desplazados de la pampa salitrera asaltaron sin éxito cuarteles en las ciudades de Vallenar y Copiapó, resultando en una matanza que fue recordada como la Pascua Negra. Pocos meses antes, en septiembre del mismo año, un grupo de marineros se sublevó contra el “bandidaje gubernativo” del gobierno provisional de Manuel Trucco, quien como medida para enfrentar la crisis económica había ordenado rebajar los salarios del personal de la Armada. Las negociaciones entre la escuadra sublevada y el Gobierno duraron varias semanas, durante las cuales el petitorio de los marineros pasó de la reivindicación salarial a una reprimida *revolución social* que contó con el apoyo de algunos sindicatos agrupados en la Federación Obrera de Chile (FOCH).<sup>31</sup>

Durante la primera mitad de 1932 la crisis económica y política se agudizó. El dispar trato dado por las autoridades a los oficiales y tropa que tomaron parte en la sublevación de la escuadra motivó diversas manifestaciones callejeras y la protesta prácticamente unánime de todos los sectores políticos. Ante el aumento de la conflictividad social, el Ejecutivo apoyado por un grupo de oficiales del Ejército logró aprobar el estado de sitio y la censura de la prensa, decretando la detención de numerosos militares y civiles acusados de complotar contra el Gobierno bajo la dirección de “elementos comunistas”.<sup>32</sup> Para el Ejecutivo, la medida

---

<sup>30</sup> Simon Collier y William Sater, *Historia de Chile 1808-1994*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, 197-201.

<sup>31</sup> Sebastián Jans, *El desarrollo de las ideas socialistas en Chile. II Parte*, en CEME (en línea) [http://www.archivochile.com/Historia\\_de\\_Chile/trab\\_gen/HCHtrabgen0016.pdf](http://www.archivochile.com/Historia_de_Chile/trab_gen/HCHtrabgen0016.pdf). Consultado el 3 de enero de 2020.

<sup>32</sup> “Conspiraciones ideológicas y militares”, *La Opinión*, 4 de mayo de 1932.

buscaba restablecer “la libertad, el derecho y el orden en la república”,<sup>33</sup> sin embargo prácticamente la totalidad de la oposición vio en la invocación de sitio la sombra de una nueva dictadura. La aprobación de las facultades extraordinarias terminó por romper la improvisada alianza radical-conservadora que sostenía al gobierno, que en una desesperada maniobra declaró en vísperas de las conmemoraciones del Día del Trabajo la puesta en marcha de un “programa de acción eminentemente socialista” que fue rápidamente desestimado por la prensa socialista de la época.<sup>34</sup>

En este escenario de sublevaciones, huelgas y complots se produjo un nuevo golpe de Estado en junio de 1932. El movimiento en un principio no levantó grandes alertas en el Ejecutivo, de hecho, según uno de los allegados a Montero, los rumores de sublevación que llegaban a Palacio eran tan frecuentes que no fueron tomados en cuenta hasta la tarde del 3 de junio.<sup>35</sup> Las informaciones apuntaban como líder del movimiento al jefe de la Aviación Militar, el coronel Marmaduke Grove Vallejos, quien junto a algunos oficiales y tropa se había acuartelado en la base aérea de El Bosque, ubicada a pocos kilómetros de la capital. Grove, que había sido separado el día 2 de junio de su cargo como jefe de la Aviación Militar por informaciones que lo vinculaban a un *putsch*, se había declarado en rebeldía frente a la al Gobierno parapetándose en la Escuela de Aviación junto a los oficiales Merino Benítez y Jessen, también aviadores, quienes se negaron a asumir el mando de la institución por estimar injusta la destitución de su superior. Esa tarde del 3 de junio de 1932, cuando los aviones de guerra volaban a baja altura por el centro de Santiago arrojando miles de panfletos frente a la atónita mirada de los transeúntes ya no había dudas, el golpe de Estado contra Montero estaba en marcha.

Según consigna *La Opinión*, el golpe resultó del encuentro entre dos grupos conspiradores con ideas socialistas y regeneradoras. Reunidos en las dependencias del mismo periódico, un primer grupo se encargó de preparar un plan económico de acción inmediata para instalar una nueva república de carácter socialista. El grupo que preparó el plan de gobierno estimaba que la colaboración de las FF. AA. era indispensable para asegurar el éxito del movimiento, barajándose inclusive la opción de reinstalar provisionalmente a Ibáñez en el poder para llevar a cabo las medidas más urgentes. Sin embargo, el contacto de estos con distintos jefes militares y oficiales, entre los que se encontraban Arturo Puga, Marmaduke Grove y Arturo Merino, aseguró el elemento militar necesario para llevar adelante el golpe sin la necesidad de recurrir al exdictador. La figura de Ibáñez, pese a su exilio, seguía generando más rechazos que apoyos en el mundo civil y

---

<sup>33</sup> *Diario Ilustrado*, 11 de abril de 1932.

<sup>34</sup> “Gobierno Socialista”, *La Opinión*, 1 de mayo de 1932.

<sup>35</sup> Manuel Aránguiz Latorre, *4 de junio*, Santiago, Zig-Zag, 1933.

militar, por lo que la idea de reestablecerlo en el poder fue rápidamente rechazada por los conspiradores. El periódico se apresuró en señalar que la sublevación no se trataba de un cuartelazo ni de un golpe ibañista, sino de un “movimiento del más acendrado civilismo”.<sup>36</sup> No obstante, la Junta de Gobierno tuvo en ejercicio a algunos expersoneros y oficiales simpatizantes de la dictadura, manteniendo una sospecha latente sobre el rol y peso del exiliado general en el movimiento revolucionario.

El movimiento liderado por Grove, el excolaborador de Ibañez Carlos Dávila, el general ibañista Arturo Puga y el abogado Eugenio Matte Hurtado derrocó al Gobierno legalmente constituido proclamando la República Socialista, única posibilidad según los sublevados para superar la situación de crisis y corrupción moral de la república. El nuevo Gobierno presentó un programa de acción inmediata que recibió rápidamente el apoyo de la población, incluyendo medidas como la suspensión de los lanzamientos a los arrendatarios morosos, la devolución de los objetos de trabajo empeñados, dos comidas diarias para los cesantes y la amnistía de los presos por razones políticas las cuales fueron decretadas inmediatamente.<sup>37</sup> Los doce días transcurridos a partir del 4 de junio de 1932 serán de una efervescencia, movilización social y desconcierto pocas veces vistas hasta ese momento, y harán de Marmaduke Grove uno de los personajes más influyentes de la política nacional durante toda la década de 1930.

Además del triunfo político del caudillo, esta efímera república de doce días fue fundamental para la configuración e institucionalización de la ideología socialista en Chile. La República Socialista fue una experiencia que obligó la definición de distintos movimientos y tendencias identificadas con la etiqueta socialista frente a un Gobierno que llamó a la movilización general por un laxo programa de carácter socializante y anticapitalista, concitando el apoyo de diversos grupos políticos organizados. Si bien no concurrieron en su apoyo la totalidad de los grupos que reivindicaban “el socialismo”, la breve experiencia sirvió para alimentar las expectativas de redención y revolución social en amplios sectores de la izquierda nacional. Por esta razón, el corto experimento resultó ser un factor central en la configuración de una base social de apoyos en torno a un proyecto de revolución social, con un liderazgo claro y un programa de realizaciones que fueron fundamentales para la fundación del Partido Socialista de Chile.

---

<sup>36</sup> “Plenamente confirmado el triunfo de la revolución social”, *La Opinión*, 5 de junio de 1932.

<sup>37</sup> *Crónica*, 6 de junio de 1932

## 1.1 Doce días de revolución socialista

“No nos guían ambiciones mezquinas ni pequeños odios: solo perseguimos la liberación económica del país y el triunfo de la justicia social con la instauración de LA REPÚBLICA SOCIALISTA DE CHILE, alentada por un alto espíritu de nacionalismo constructivo por medio del trabajo productor”.<sup>38</sup> Así rezaban los miles de panfletos lanzados por aviones de guerra sobre el centro de Santiago durante la tarde del 3 de junio. La proclama justificaba la necesidad del movimiento en el “caos económico y moral de la nación”, avisando que sus intenciones eran la reorganización planificada de la economía y la recuperación de las riquezas nacionales, para labrar así, la verdadera independencia económica de Chile, lejos de las influencias imperialistas de la alta banca extranjera y el orden de los soviets.<sup>39</sup>

Durante la tarde del 4 de junio arribaron por separado los distintos miembros de la Junta escoltados por algunos camiones con efectivos de la Escuela de Infantería del Ejército. En el palacio de La Moneda, rodeado por efectivos de carabineros armados y varios centenares de curiosos, esperaban los miembros del gabinete, el presidente Montero y algunos generales. Durante la reunión, el coronel Grove comunicó a Montero sus intenciones de tomar posesión del Gobierno asegurándole su integridad y la de su familia. Montero, luego de constatar junto al jefe de la guarnición de Santiago que sus fuerzas no estaban dispuestas a cooperar en la defensa del Gobierno, salió caminando junto a un grupo de colaboradores sin ninguna escolta por la calle Morandé. La República Socialista había quedado instaurada en un ambiente de relativa tranquilidad, a través de una Junta de Gobierno compuesta por Carlos Dávila, Eugenio Matte Hurtado y presidida por el general en retiro del Ejército, Arturo Puga. El coronel Marmaduke Grove, quien rápidamente robó la atención de los medios, asumió como ministro de Defensa, puesto clave para las relaciones entre el Ejecutivo y las Fuerzas Armadas. Junto a él asumieron como ministros algunas figuras que serán claves para el PS, como Eugenio González en Educación y Carlos Alberto Martínez en el Ministerio de Tierras y Colonización.

El primer manifiesto de la Junta indicó que su acción estaba inspirada contra los intereses extranjeros, la plutocracia y las oligarquías criollas, sindicatos como los responsables principales de la crítica situación de la república. El nuevo Gobierno propuso terminar con un régimen “que permite la explotación del trabajo, la especulación sin freno y el imperio de

---

<sup>38</sup> *El Mercurio*, 4 de junio de 1932.

<sup>39</sup> *Idem*.

privilegios irritantes”<sup>40</sup> comprometiéndose a extender el bienestar social al conjunto del proletariado y las clases “productoras”. Pese al sentido renovador y las características revolucionarias del discurso del nuevo Gobierno, las primeras declaraciones dieron cuenta de un programa fundamentalmente económico y social de alto contenido antiliberal. Al respecto, un miembro no identificado de la nueva junta calificaba el nuevo régimen como uno de carácter “socialista de reconstrucción económica nacional que tiende a la organización racional y científica de la producción en sus diversos factores”.<sup>41</sup>

Según los líderes del movimiento, los sectores sociales en el Gobierno de Montero y sus partidos demostraron ser impotentes para solucionar la situación de crisis y encausar los anhelos de las clases productoras, volviendo imposible cualquier cambio de situación en el marco de la legalidad vigente. Según el ministro Grove, el cambio de régimen “solo podía darse o mediante una revolución en que el pueblo reivindicase violentamente —entre la sangre y el saqueo— sus derechos tanto tiempo postergados o con el apoyo que las Fuerzas Armadas prestasen a un grupo de hombres conscientes de su verdadero deber ante la inercia de los poderes públicos y la lentitud de los procedimientos liberales”.<sup>42</sup>

Entre los instigadores se contaba una heterogénea representación de sensibilidades políticas y militares. Los civiles, como Carlos Dávila y Eugenio Matte Hurtado, entendían de modos diferentes el sentido socialista del movimiento. Los militares involucrados en el golpe, por su parte, compartían una tradición común de desprecio a las autoridades civiles y a los políticos profesionales heredadas de los días en que la oficialidad apoyó al Gobierno de Ibáñez y controló el Ejecutivo. No obstante, los puntos de acuerdo se limitaron a una agenda renovadora, antiliberal y aparentemente apolítica que no logró una convergencia ideológica ni proyectual entre los uniformados sublevados, que por lo demás, constituían una minoría respecto a la totalidad de la oficialidad.<sup>43</sup> Si bien el movimiento no dudó en declararse abiertamente revolucionario, contrario a las oligarquías, el imperialismo y al capital extranjero, el socialismo fue más bien un fundamento económico y una doctrina de marcado carácter estatista, contraria a “la política de los soviets” y a los proyectos de colectivización y expropiación masiva. El propio Carlos Dávila, periodista y exembajador de Ibáñez en los EE. UU., se encargó de distanciar al Gobierno de las experiencias y opiniones que ya comenzaban a relacionar la doctrina

---

<sup>40</sup> “La junta de gobierno al país”, *El Mercurio*, 5 de junio de 1932.

<sup>41</sup> “Entrevista a un miembro de la junta”, *El Mercurio*, 5 de junio de 1932.

<sup>42</sup> “Manifiesto que dirige al país el coronel Grove”, *El Mercurio*, 6 de junio de 1932.

<sup>43</sup> Frederick M. Nunn, *The Military in Chilean History. Essays on Civil-Military Relations, 1810-1973*, Albuquerque, The University of New Mexico University Press, 1976, 183-188.



socialista de la junta con la Unión Soviética. El nuevo régimen era anticapitalista y no escondía sus intenciones de reformar profundamente la economía nacional bajo un “socialismo progresivo de Estado” que avance hacia la “socialización” de la economía sin atacar la propiedad privada.<sup>44</sup>

Opiniones similares fueron reproducidas por algunos medios internacionales que entrevistaron a Dávila, quien pese a suscribir al programa y orientaciones socialistas, se apuraba en aclarar que el Gobierno “no ha pensado en medidas radicales, muy alejadas de las prácticas políticas pasadas en la mayoría de los asuntos de Estado”.<sup>45</sup> Una actitud similar asumió el propio Grove, declarando que la Junta no tendrá contemplaciones con la política y la propaganda comunista que, según su opinión, aspiraba a destruir “todo lo que existe para edificar sobre las ruinas algo que ellos creen sería la mayor de sus aspiraciones”,<sup>46</sup> asumiendo una posición que rechazó todo “extremismo” por considerarlo contrario al “verdadero” sentido del socialismo.

El socialismo defendido por la Junta se desmarcó del programa y los símbolos soviéticos. A través de sus personeros el Gobierno rechazó tempranamente que entre sus planes estuviera la colectivización forzada del campo o la nacionalización total del crédito y la banca. Si bien el Gobierno se declaró anticapitalista y antiimperialista, estas orientaciones obedecían a una lectura particular sobre la crisis económica mundial y sus repercusiones en Chile, buscando soluciones nacionales a una crisis que fue explicada producto del desplome global del sistema capitalista y el fracaso del liberalismo como doctrina económica. En este sentido, el socialismo de la Junta obedecía más bien a una etiqueta amplia, con un mensaje profundamente antioligárquico y antiliberal planteado como un imperativo de corte económico, una tendencia renovadora, moderna y sobre todo necesaria para corregir los devastadores efectos del desplome del sistema económico internacional después de 1929. En este contexto, los miembros de la junta y las organizaciones que salieron en su apoyo formaron una incómoda mezcla de ibañistas, anarcosindicalistas, socialistas marxistas y utópicos, civiles y militares corporativistas y no poco oportunistas que más allá de compartir una actitud condenatoria hacia el capitalismo y el comunismo carecieron de una ideología coherente para dirigir el Gobierno.<sup>47</sup>

---

<sup>44</sup> “El nuevo gobierno no representa el sistema del soviets en ninguna forma”, *El Mercurio*, 7 de junio de 1932.

<sup>45</sup> “Don C. Dávila explica al *New York Times* los propósitos reales del nuevo gobierno”, *El Mercurio*, 8 de junio de 1932.

<sup>46</sup> “Estamos resueltos a poner mano dura contra el comunista”, *El Mercurio*, 11 de junio de 1932.

<sup>47</sup> Paul Drake, “Corporatism and Functionalism in Modern Chilean Politics”, *Journal of Latin American Studies* 10:1, 1978, 83-116.

El programa propuso un Estado con función social, capaz de organizar los esfuerzos productivos de modo tal que cuestiones básicas como la alimentación, la vestimenta, la vivienda y el trabajo sean garantizadas para dar “mayores posibilidades materiales a los más débiles limitando la ambición de los más fuertes”.<sup>48</sup> Basados en una concepción distinta sobre el rol del Estado y sus instituciones, se propuso una serie de medidas como la planificación económica, la socialización de las fuentes productivas y la organización “racional” de la producción y el consumo, todas ellas inspiradas en principios alternativos al liberalismo económico y con la finalidad general de lograr mayores niveles de justicia económica a través de un nuevo tipo de Estado con fuertes rasgos redistributivos.

Pese a estas definiciones, la República Socialista comenzó a recibir adhesiones desde los más variados sectores y grupos sociales. Durante la década anterior proliferaron partidos, movimientos y agrupaciones socialistas en el mundo universitario, gremial y social adscritos a distintos programas de corte desarrollista, nacionalista y revolucionario. El socialismo fue también el nombre escogido por algunas facciones escindidas de los partidos radical, liberal y demócrata, además de distintas agrupaciones políticas ligadas al marxismo revolucionario, el humanismo y la experiencia bolchevique. Considerando lo anterior, no es de extrañar que una vez instalada la Junta los apoyos dieran cuenta de una importante diversidad de sensibilidades y programas socializantes. Instalado el Gobierno, el Partido Demócrata al igual que el nuevo Partido Demócrata Socialista no tardaron en dar su apoyo, también lo hizo la recién escindida facción socialista del Partido Radical y los pequeños grupos socialistas que habían participado en las jornadas de protesta contra la dictadura de Ibáñez, como el Partido Socialista Marxista, la Orden Socialista, el Partido Socialista Unificado, la facción comunista disidente liderada por Manuel Hidalgo, la Federación de Izquierdas —que un año antes había apoyado la candidatura de Alessandri— y la Nueva Acción Pública, representada en la Junta de Gobierno por Eugenio Matte Hurtado.

También hicieron llegar sus adhesiones diversos gremios, como los tranviarios, el sindicato del rodado, los obreros de la maestranza de ferrocarriles, zapateros, los ingenieros, profesores y artistas socialistas, los estudiantes universitarios e incluso el apoyo de la reciente Asociación de Mujeres Socialistas. El Gobierno, por su parte, ordenó disolver el Parlamento nombrado por el exdictador y alentó la creación de diversos comités revolucionarios que se multiplicaron rápidamente por todo el país, reuniendo a independientes sin filiación política y simpatizantes de las nuevas autoridades. Todos, con distintas concepciones doctrinarias

---

<sup>48</sup> *Programa de acción inmediata de la República Socialista*, Concepción, Ex Talleres “El Sur”, 1932, 5.

respecto del socialismo, declararon sus adhesiones al programa de la nueva república y a las figuras de Grove y Matte Hurtado, quienes recibieron desde todo el país cientos de adhesiones personales.

Las adhesiones no fueron meramente declaratorias. Los comités de empleados, asociaciones gremiales y sindicatos tomaron parte activa de las diferentes medidas anunciadas por el Gobierno, por ejemplo, supervisando la devolución de los artículos de la casa de crédito prendario<sup>49</sup> y organizando, junto a los diferentes grupos adherentes, numerosos comicios y multitudinarios desfiles frente a La Moneda. Los distintos grupos se organizaron y coordinaron en función de sus puntos comunes, dibujando diversas tendencias al interior de la izquierda nacional. Después del 4 de junio se crearon la Alianza Socialista Revolucionaria de Trabajadores, el Comité Revolucionario de Obreros y Campesinos, la Federación Regional Revolucionaria y un pequeño Comité Popular Revolucionario compuesto por organizaciones de trabajadores y distintos comités revolucionarios locales formados después del 4 de junio.

La primera coordinadora en constituirse a penas enterados del movimiento fue la Alianza Socialista Revolucionaria de Trabajadores (ASRT), reuniendo a profesores, el Partido Socialista Marxista, la Federación Nacional de Trabajadores y al Partido Comunista de Hidalgo junto a algunos sindicatos “de obreros manuales e intelectuales” y personal en retiro de las Fuerzas Armadas y Carabineros.<sup>50</sup> En su primer manifiesto, la agrupación declaraba su adhesión al Gobierno y su intención de cuidar “los principios de los verdaderos revolucionarios interesados en el establecimiento de una autentica república socialista”, abogando por medidas como la socialización total de la tierra y los medios de producción. Para la ASRT el movimiento del 4 de junio fue el punto culmine de la larga declinación oligárquica iniciada con el golpe militar de 1924. No obstante, a diferencia de aquella ocasión en que las clases productoras fueron excluidas del proceso, en esta oportunidad el movimiento estaba liderado por “algunos hombres que declaran interpretar fielmente este anhelo, algunos hombres sobre cuya actuación aun no nos pronunciamos y cuyos pasos vigilaremos con viva atención han conquistado el poder político para hacer efectiva, según sus declaraciones, la implantación de un régimen socialista”.<sup>51</sup>

La alianza reunió el día 7 de junio a una multitud en el centro de Santiago a la que se dirigió de improviso Eugenio Matte Hurtado agradeciendo las manifestaciones de apoyo desde los balcones del palacio

---

<sup>49</sup> *El Mercurio*, 8 de junio de 1932.

<sup>50</sup> “Esta tarde se verificará un comicio de afirmación socialista y revolucionaria”, *Crónica*, 7 de junio de 1932.

<sup>51</sup> “Manifiesto de la Alianza Socialista Revolucionaria de Trabajadores”, *La Nación*, 10 de junio de 1932.

de Gobierno. La manifestación entregó un primer pliego a la Junta exigiendo la radicalización del Gobierno, armas para la creación de guardias socialistas controladas por los trabajadores y “hacer efectivas las reivindicaciones económicas para que los trabajadores apoyen la revolución y la burguesía tenga la sensación de su caída”.<sup>52</sup> Para el día 11 de junio la alianza logró articularse con delegados en todo Chile, organizando un Comité Ejecutivo Nacional con representación de todas las organizaciones y tendencias suscritas a la alianza, incluyendo a socialistas, organizaciones anarquistas y comunistas disidentes, destacando figuras como el profesor Cesar Godoy Urrutia y el estudiante universitario Oscar Waiss.

Por su parte, el Partido Comunista afrontó el movimiento del 4 de junio agitando una línea de independencia frente a la Junta, proponiendo en cambio la realización del programa del partido por sobre las propuestas de las nuevas autoridades.<sup>53</sup> Una vez instalado el nuevo Gobierno, militantes del PC y miembros de la FOCH ocuparon la Casa Central de la Universidad de Chile manteniendo en sus dependencias una radio y una imprenta con las cuales se transmitió la política y el programa del PC. El Partido, por esos años muy vinculado a la Internacional Comunista, estimaba que el verdadero movimiento revolucionario “agrario y antiimperialista” solo podía ser conducido por el proletariado y sus organizaciones, por lo que decidió aprovechar la coyuntura y movilizar a sus cuadros en torno a una plataforma de reivindicaciones propias.<sup>54</sup>

A pocos días de instalado el nuevo Gobierno, la FOCH recibió una carta con orientaciones desde Moscú que da cuenta de las visiones que circularon respecto de las nuevas autoridades. La misiva acusaba que la sublevación obedecía a un movimiento militar de contenido “nacional-fascista”, cuya finalidad era la de restituir a Ibáñez valiéndose de un lenguaje izquierdista y algunas medidas populares para ganarse el apoyo de las clases trabajadoras.<sup>55</sup> Comunicaciones posteriores entre el PC chileno y la Komintern demuestran el cambio de lecturas respecto de la heterogénea composición de la Junta,<sup>56</sup> sin que esto cambiara sustancialmente la posición del PC frente a los acontecimientos. Con la intención de agrupar a los sindicatos y partidos revolucionarios quedó conformado el día 5 de junio el Comité Revolucionario Obrero y Campesino (CROC), en un

---

<sup>52</sup> *Crónica*, 8 de junio de 1932.

<sup>53</sup> Camilo Plaza, “Soviets, cuartelazos y milicias obreras: los comunistas durante los doce días de la República Socialista, 1932”, Olga Ulianova, Manuel Loyola y Rolando Álvarez (eds.), *El Siglo de los comunistas chilenos. 1912-2012*, Santiago, Ariadna Ediciones, Instituto de Estudios Avanzados Universidad de Santiago de Chile, 2012, 171-193.

<sup>54</sup> “Acuerdos del Partido Comunista”, *Crónica*, 6 de junio de 1932.

<sup>55</sup> “Carta de la Confederación de los Sindicatos de América Latina (CSLA) a la FOCH. 7 de junio de 1932”, Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991. Tomo 2: Komintern y Chile 1931-1935*, Santiago, Ediciones DIBAM, 234-238.

<sup>56</sup> “Carta de un enviado del BSA desde Chile. 8 de junio de 1932”, *ibid.*, 239-241.

intento por crear un “frente único de obreros, campesinos y trabajadores intelectuales contra el monterismo y el ibañismo”, con la finalidad de “poner en guardia a la clase obrera ante la debilidad que puede tener la actual Junta de Gobierno para cumplir su programa socialista y para reducir todas las criminales resistencias que pretenden presentar las fuerzas del feudalismo y del clero”.<sup>57</sup>

La CROC intentó disputar la conducción del movimiento social que salió en apoyo del Gobierno, por lo que junto al gremio de tranviarios paralizaron el servicio de transportes y organizaron una manifestación frente a La Moneda para entregar un pliego con reivindicaciones propias.<sup>58</sup> Por su parte, la facción comunista dirigida por Manuel Hidalgo liberó un manifiesto el día 5 exigiendo reconocer y armar a los distintos comités obreros para fortalecer la guardia revolucionaria, el establecimiento de asambleas de marinos y soldados para poner a las FF. AA. bajo control obrero, la destrucción de la industria bancaria y la creación del Banco del Estado, y la socialización de los medios de producción mediante expropiaciones de terrenos y empresas sin derecho a indemnización.<sup>59</sup>

El resto de las organizaciones socialistas participaron de instancias propias o colaboraron directamente con el Gobierno. El 5 de junio la Orden Socialista (OS), la Nueva Acción Pública (NAP), el Partido Socialista Unificado (PSU) junto a gremios, sindicatos y personal retirado de la FF. AA. se reunieron en la Federación Regional Revolucionaria (FRR) declarando “defender los principios revolucionarios del socialismo y evitar que estos sean desvirtuados”.<sup>60</sup> Entre los partidos de la FRR hubo una sospecha compartida frente a los elementos ibañistas y una adhesión crítica a las autoridades del Gobierno que se expresó con distintas intensidades, obedeciendo a los lineamientos programáticos de cada partido. La OS condicionó su adhesión a la instauración de un “socialismo de Estado integral” y a la adopción de “inmediatas y drásticas medidas que hagan del movimiento una verdadera revolución social, que cambie desde sus cimientos el actual orden de cosas y que extirpe de raíz el imperialismo capitalista y la prepotencia de la banda oligárquico-burguesa”.<sup>61</sup>

Por su parte, la NAP prestó su apoyo incondicional a la labor de la Junta, declarando trabajar por la realización del programa napista desde su papel como gestora del movimiento contra Montero e insistiendo en que la presencia de Matte Hurtado en el Gobierno era “una garantía de que las

---

<sup>57</sup> “Frente Único de obreros, campesinos y trabajadores intelectuales contra el monterismo e ibañismo”, *Crónica*, 8 de junio de 1932.

<sup>58</sup> *El Mercurio*, 16 de junio de 1932.

<sup>59</sup> Luis Cruz, *La República Socialista del 4 de junio*, Santiago, Ediciones de la biblioteca Clodomiro Almeyda, 2012, 45.

<sup>60</sup> “Se ha formado la federación regional revolucionaria”, *Crónica*, 5 de junio de 1932.

<sup>61</sup> “La Orden Socialista”, *Crónica*, 5 de junio de 1932.

reivindicaciones sociales serán una realidad en corto tiempo”.<sup>62</sup> Por último, el PSU insistió en que su adhesión tenía la finalidad de impulsar “una transformación del régimen económico y de sus formas de producción, base de la vida colectiva y esencia de todas las expresiones espirituales de la sociedad”. El nuevo Gobierno debía avanzar hacia nuevas formas de organización sustentadas en el socialismo científico apoyado fundamentalmente en el proletariado, “única fuerza no contaminada con los vicios del poder capitalista”.<sup>63</sup> Una actitud distinta fue la asumida por la Federación de Izquierdas (FI), el Partido Radical Socialista (PRS), el nuevo Partido Demócrata Socialista (PDS) y el Partido Socialista de Chile (PSCh),<sup>64</sup> quienes adhirieron a la Junta, su programa y reclamaron cargos de gobierno sin afiliarse a alianza o comité revolucionario alguno durante los primeros doce días.

La actitud *vigilante* fue el común denominador de las tendencias socialistas frente a la revolución de junio. Si bien estos grupos presentaban distintos niveles organizativos a nivel nacional y manifestaron su apoyo al programa de acción inmediata, el nivel de desarrollo doctrinario resultó determinante en los diagnósticos respecto de la marcha del Gobierno. Para estos grupos, incluido el Partido Comunista, el movimiento del 4 de junio cumplía con las condiciones de una coyuntura revolucionaria que abría las posibilidades de construir el *socialismo integral*, solo posible a través de la radicalización de los postulados del Gobierno. Las distintas organizaciones previeron la necesidad de afianzar el proceso mediante la movilización de las clases trabajadoras y la liquidación del régimen con mayor profundidad y velocidad a lo propuesto por la Junta. El 15 de junio se sumó a estas fuerzas el Comité Popular Revolucionario (CPR), declarando su total adhesión a Marmaduke Grove “alma y nervio de la revolución”, su disconformidad con la celeridad de las medidas y su preocupación por que los nexos ibañistas de Carlos Dávila pudieran desviar el sentido original del movimiento.<sup>65</sup>

---

<sup>62</sup> “Manifiesto de la NAP a los trabajadores manuales e intelectuales”, *La Opinión*, 7 de junio de 1932.

<sup>63</sup> “Manifiesto del Partido Socialista Unificado”, *Crónica*, 5 de junio de 1932.

<sup>64</sup> Este primer Partido Socialista de Chile fue fundado el 21 de agosto de 1931 por el exdiputado del Partido Radical José Dolores Vázquez en la ciudad de Valparaíso. En esa provincia fue donde concentró la mayoría de sus asambleas e influencia logrando elegir alcalde de esa ciudad a Serafín Guerra. En 1931 apoyaron la candidatura de Arturo Alessandri e impulsaron, junto a Pedro León Ugalde, la creación de la Federación de Izquierdas. En 1932 apoyaron la primera Junta de Gobierno de Grove y Matte, colaborando también con el Gobierno de Carlos Dávila. Ese mismo año, debatieron sus apoyos entre las candidaturas presidenciales de Arturo Alessandri y Enrique Zañartu, apoyando finalmente al primero.

<sup>65</sup> “Rectificación del Comité Popular Revolucionario”, *La Opinión*, 16 de junio de 1932.

Contrario a las declaraciones de Dávila, quien había especulado con replicar una constitución similar a la de la República española,<sup>66</sup> y a la idea de Grove sobre un estado con rol social y capacidad de organizar la economía, las tendencias socialistas y el PC exigieron medidas propias de la izquierda revolucionaria del periodo. En este sentido, la adhesión a los postulados del socialismo científico, nociones de clase y declaradas simpatías con la experiencia soviética, determinaron sus posicionamientos frente al Gobierno y su actitud vigilante frente al proceso revolucionario en curso. Si bien la ASRT y la FRR suscribieron el programa, felicitaron la doctrina y adhirieron a la junta, no tardaron en pedir la radicalización y profundización de los postulados socialistas, exigiendo la reforma agraria, la creación de guardias armadas y la colectivización de empresas mediante el control obrero, sobrepasando con creces las intenciones originales de la Junta de Gobierno.

Conforme pasaron los días se avivó el debate sobre la profundidad y temporalidad del proceso revolucionario iniciado por la República Socialista, separando aguas entre las distintas asambleas, comités y el Gobierno de manera sutil pero decidora. Con esto se generaron dos posiciones críticas respecto a la Junta: por una parte, quienes acusaron la excesiva agitación y las pretensiones comunistas; por otra, quienes protestaron contra la falta de celeridad y decisión del proceso para terminar definitivamente con el antiguo régimen. En este sentido, *El Mercurio* alegó contra el cierre del Congreso y el ambiente de anarquía callejera aduciendo que mayor justicia social no implica sacrificar “la soberanía popular que define nuestro carácter de república democrática, permitiendo que, junto a la bandera estrellada, símbolo de la nacionalidad y por la cual las Fuerzas Armadas afrontaron la muerte en los campos de batalla, flamee el trapo rojo de los odios de clase.”<sup>67</sup> Por su parte, medios afectos al Gobierno como *Crónica*, *Hoy*, *La Nación* y *La Opinión* delinearon distintas posiciones críticas respecto del rumbo, la celeridad y la profundidad de las medidas anunciadas por el Ejecutivo.

Para *Crónica*, periódico que adhirió editorialmente a la doctrina socialista desde su fundación en 1931, varias de las medidas adoptadas apuntaban en la dirección correcta. Sin embargo, “es necesario caminar con mayor rapidez aún y resolverse a cumplir en todas sus partes, cueste lo que cueste, el ideario de este movimiento que pretende, por primera vez en el continente, el establecimiento liso y llano del socialismo”.<sup>68</sup> Para el periódico, el proceso iniciado por los sublevados era “la tentativa más seria que se ha hecho hasta ahora en el mundo después de Rusia, para establecer

---

<sup>66</sup> *El Mercurio*, 8 de junio de 1932.

<sup>67</sup> “No hagamos que el presente dificulte el porvenir”, *El Mercurio*, 16 de junio de 1932.

<sup>68</sup> “El espíritu de la revolución”, *Crónica*, 7 de junio de 1932.

el régimen socialista”,<sup>69</sup> exigiendo celeridad y resolución para liquidar las posiciones de la plutocracia, la oligarquía y la curia. Sin embargo, esto no implicaba la imitación y aplicación forzosa de la fórmula impulsada por la Revolución rusa, por el contrario, “yerran, pues, quienes exigen de la Junta de Gobierno una sucesión de precipitadas medidas socialistas, todavía inaplicables dentro de nuestras realidades económicas actuales y cuya adopción podría comprometer decisivamente el futuro del nuevo régimen”.<sup>70</sup>

En una línea similar, el periódico *La Opinión*, que adhirió desde el primer momento al movimiento del 4 de junio, exigió a través de sus editoriales mayor celeridad en el cambio de régimen, llamando a la Junta a utilizar todas las facultades a disposición sin “reparar en minucias de orden constitucional o legal”.<sup>71</sup> Conforme pasaron los primeros días, las editoriales pidieron por la profundización del proceso, felicitando la disolución del Parlamento designado por Ibáñez y reclamando mayor energía a la hora de tratar las acciones *reaccionarias* de la oligarquía. En este sentido: “No se deben tener contemplaciones con nadie, ni menos con los que han arruinado al país”,<sup>72</sup> y agrega “Así como antes la oligarquía perseguía como a perros rabiosos a los que protestaban con ella, se precisa ahora la adopción de medidas drásticas para reprimir las actividades reaccionarias”.<sup>73</sup>

Por su parte, el periódico *La Nación*, que volvió a circular por orden de la Junta recién el día 8 de junio,<sup>74</sup> se definió como un periódico eminentemente político, que “bajará a la arena de la lucha directa para combatir por otros ideales más generosos, más valientes, más humanos. Porque su ideología será la socialista; su finalidad inmediata, la instauración definitiva de la República Socialista de Chile”.<sup>75</sup> Sin embargo, y conforme se desarrollaron algunas disputas de liderazgo al interior de la Junta entre Marmaduke Grove y Carlos Dávila, el periódico llamó a superar la personalización y el caudillismo apuntando a “que un hombre determinado no puede encarnar la bandera de las reivindicaciones totales. Es un contribuyente, un mero aporte, que solo pudo considerarse irremplazable en los regímenes anacrónicos del pasado”.<sup>76</sup> A estas quejas se sumó una

---

<sup>69</sup> “La revolución en marcha”, *Crónica*, 10 de junio de 1932.

<sup>70</sup> “Sin precipitaciones”, *Crónica*, 14 de junio de 1932.

<sup>71</sup> “El cambio de régimen”, *La Opinión*, 6 de junio de 1932.

<sup>72</sup> “Energía”, *La Opinión*, 10 de junio de 1932.

<sup>73</sup> *Idem*.

<sup>74</sup> La empresa periodística *La Nación* fue clausurada por el Gobierno de Montero en noviembre de 1931, en pleno proceso de “socialización” y fusión con el periódico socialista *Crónica*. Si bien *La Nación* retomó estas tentativas una vez reiniciada su circulación, diferencias respecto de la salida de Grove y Matte de la junta pusieron fin a las tratativas.

<sup>75</sup> “Este diario”, *La Nación*, 8 de junio de 1932.

<sup>76</sup> “Verdadera conciencia”, *La Nación*, 15 de junio de 1932.



crítica a la falta de disciplina del heterogéneo movimiento que salió en apoyo de la República Socialista:

Véase ahora cómo los mismos que ayudaron a la caída de Montero, desde todas las trincheras, están en la posición de los espectadores en un teatro. Están destruyendo y destruyéndose. Porque será muy difícil ya que los sucesos tuerzan el rumbo, aun en la suposición de una reacción hecha a base de elementos conservadores. (...) La confusión de los grupos civiles que se están dando la mano, en las calles, es un fenómeno de pura indisciplina. Cada cual sigue un rumbo distinto, pero cada cual, de manera inconsciente, está haciendo el juego del más ducho.<sup>77</sup>

En una línea similar, la revista *Hoy*, hasta antes de la revolución dirigida por Carlos Dávila, abogó inicialmente por un “moderno” concepto de socialismo de Estado contrario al “socialismo romántico nacido en el periodo embrionario del desarrollo industrial, versificador de la violencia y de la lucha de clases”.<sup>78</sup> El semanario advirtió la necesidad de cuidar al proceso de la “demagogia estéril” y la anarquía producida por la indisciplina de las masas que, de no corregirse, amenazaba con convertir la idea socialista en “una multitud de anhelos discordantes e imprecisos de la muchedumbre que degenera en un socialismo de masa, impotente para realizar la ideología, poderoso y temible para destruir la autoridad y la fuerza en las ejecuciones”.<sup>79</sup>

Hacia el final de los doce días de Grove y Matte, y ante la situación de aparente desgobierno, la misma publicación agudizó sus críticas apuntando que “la exaltación socialista consiste en transformar a los escépticos y convertir las multitudes anarquizadas en órganos efectivos de trabajo y cooperación. Todo esto, bajo el amparo de una férrea disciplina social”, y agrega que el proceso en curso “necesita centrarse y ello exige la pacificación de los espíritus. Debe librarse del extremismo y de la complicidad sentimental, y de hacer prosperar, con la libertad socialista, los anárquicos avances de la dictadura proletaria”.<sup>80</sup>

Las editoriales de la variada prensa socialista y las diversas declaraciones de las tendencias que se manifestaron en las calles durante los doce días de República Socialista dan cuenta de una serie de desacuerdos entre las bases de apoyo y las nuevas autoridades, e incluso, de las desavenencias existentes al interior de la Junta. Estos desacuerdos

---

<sup>77</sup> “Indisciplina”, *La Nación*, 16 de junio de 1932.

<sup>78</sup> “Revolución y socialismo”, *Hoy*, 10 de junio de 1932.

<sup>79</sup> *Idem*.

<sup>80</sup> “Realidad”, *Hoy*, 17 de junio de 1932.

obedecían a una razón política que se explica en parte por el rol protagónico de las figuras de Grove y Matte, reconocidos por la prensa como las figuras principales del Gobierno en desmedro del “sector ibañista” representado en las figuras de Carlos Dávila y Arturo Puga. Sin embargo, el disenso tuvo su raíz principal en la idea misma que impulsaba a los sublevados y a las diversas tendencias que los respaldaban: el socialismo.

Las distintas facciones, partidos y los mismos miembros de la Junta de Gobierno no compartían visiones comunes respecto de la doctrina socialista, circulando una serie de ideas sobre el trabajo administrativo, la sociedad, la economía y el gobierno que coparon el debate público con anterioridad al 4 de junio bajo la etiqueta ideológica del socialismo. Por esta razón, la proclamada República Socialista concitó apoyos variados y por momentos contradictorios, que tensionaron el rumbo del nuevo Gobierno e influyeron decisivamente en su fracasado intento por aglutinar a las diversas corrientes políticas y de opinión que se volcaron en su apoyo. Entre los convocados, estuvieron distintas facciones revolucionarias y marxistas, que avivaron el temor antibolchevique en amplios sectores de la opinión nacional, además de grupos nacional desarrollistas y antiimperialistas que, sin ser necesariamente marxistas, también comulgaron con los afanes regeneradores del movimiento. Con una pluralidad de modulaciones y significados, un amplio espectro del discurso nacional estuvo de acuerdo, de una u otra forma y con ideas más o menos desarrolladas, con el ideal del socialismo y la revolución en marcha.

## **1.2 Socialismo. Un problema de definiciones**

Son socialistas los curas, los comerciantes, las señoras, los agricultores, las modistas, los políticos. Todo el mundo es socialista. claro que cada uno entiende a su modo esto de ser socialista. Muchos creen que ser socialista es ser bondadoso con los pobres; los curas piensan que ser socialista es hacer caridad; otros, los laicos, piensan que ser socialista es hacer leyes que mejoren la condición de los obreros en el contrato de trabajo; los más creen que ser socialista es desear por el estado convertido en una gran beneficencia pública. Estas son las excepciones dadas a la palabra socialista. Las hay también divertidas y pintorescas. Un patriarca del radicalismo porteño le decía a un amigo: ‘Bah, mire, a mí no me pillá de sorpresa esto del socialismo. Yo siempre he sido socialista. en casa no ha faltado

nunca el plato de porotos...? Creía el buen señor que ser socialista era alimentarse con porotos.<sup>81</sup>

El domingo 12 de junio Carlos Dávila presentó súbitamente su renuncia a la Junta de Gobierno secundado por Arturo Merino Benítez, quien dejó la comandancia de la Aviación Militar. Pese a que ambos declararon seguir a disposición del nuevo régimen,<sup>82</sup> en la prensa abundaron las especulaciones respecto de los verdaderos motivos de su salida. Los días posteriores continuaron llegando muestras de apoyo a la Junta de Gobierno y a las figuras de Grove y Hurtado, y el día 13 la junta nacional del Partido Demócrata organizó un acto de apoyo a la Junta, donde la República Socialista fue solemnemente proclamada y el ministro de Defensa ovacionado por un Teatro Municipal repleto. Tampoco cesaron las muestras de apoyo callejeras ni la movilización de los gremios y asociaciones. También siguieron constituyéndose comités revolucionarios y nuevas asambleas por todo el país. Más allá de los rostros, para la opinión socialista el proceso seguía vigente.

La República Socialista se definió inicialmente en torno a un proyecto de regeneración económica y social. La Junta de Gobierno se vio rápidamente presionada por las tendencias que concurrieron en su apoyo, exigiendo la radicalización y mayor velocidad al Gobierno para hacer la revolución. Desde los desfiles y comicios se pidió la construcción del “socialismo integral” y superar el estatismo declarando bajo control obrero la producción y la administración del Estado. Junto con las manifestaciones en favor de radicalizar el proceso, aparecieron las voces críticas que vieron en la intensa movilización social y, particularmente en la actitud de Grove y Matte, la degeneración de las *genuinas* intenciones que inspiraron el movimiento del 4 de junio. Para estas voces, la excesiva agitación era el preludio de la anarquía, o bien, de la instauración de las ideas de la lucha de clases, la revolución comunista y la dictadura proletaria en el país.

La tarde del 16 de junio efectivos del regimiento Buin rodearon el palacio de La Moneda apoyados por el comandante en jefe del Ejército y la oficialidad de la Armada. A las 11 de la noche, Grove denunciaba por radio la conformación de un movimiento reaccionario que pretendía poner fin al régimen, llamando al pueblo a defender “a garrotazos” el Gobierno constituido.<sup>83</sup> Pese a esto, las fuerzas sublevadas tomaron el palacio sin enfrentamientos y en relativa tranquilidad. Una vez instalados en La Moneda, las nuevas autoridades procedieron a la detención de Grove, Matte Hurtado y sus colaboradores más cercanos sin que existiera una sola

---

<sup>81</sup> “La palabra socialismo”, *Crónica*, 21 de junio de 1932.

<sup>82</sup> *La Opinión*, 12 de junio de 1932.

<sup>83</sup> *El Mercurio*, 17 de junio de 1932.

versión del lugar en donde fueron detenidos ni del destino final de los prisioneros. En su acta de constitución, la nueva Junta presidida por Carlos Dávila justificó el nuevo golpe en la necesidad de mantener el orden público y prometió no abandonar la intención de crear un Estado socialista en Chile. El nuevo Gobierno, en palabras del recién nombrado ministro de Hacienda, Enrique Zañartu, pretendía mantener los principios fundamentales que inspiraron la gesta del 4 de junio, pero agregaba:

Los hombres que forman la Junta de Gobierno y el ministerio vienen luchando desde hace tiempo por los mismos principios de justicia social. Si se organiza una nueva composición de gobierno, a pesar de que la idealidad que la informa es semejante a la que tuvo en vista el gobierno anterior, ello se debe exclusivamente a que los gobernantes que acaban de dejar La Moneda, se habían desviado y en vez de una labor que condujera al país a una justa socialización del Estado, lo inclinaba, por inexperiencia o por secretos sentimientos personales, hacia el comunismo.

No solamente la falta de una acción practica en beneficio de la masa popular que sufre hambre y frio en todo el país, sino la perpetua revuelta, la predica incendiaria que se venía haciendo de los balcones de La Moneda, la entrega de los edificios públicos a un comité comunista, todo hacía temer que los sanos principios que parecía inspirar la revolución se convirtieran en postulados del desorden, o sea, en la constitución del comunismo en el país.<sup>84</sup>

Ese mismo día *El Mercurio* se mostró a favor de la destitución de Grove y Matte. La posición del periódico defendía la realización de un programa de reformas, que estimaba necesarias y urgentes, pero insistió en que estas debían ser realizadas en el marco del respeto a la legalidad, las instituciones y la moral. En este sentido, “las Fuerzas Armadas han comprendido el grave peligro del comunismo, amenazando la existencia organizada del país y haciendo sentir su presencia al amparo de la desorientación evidenciada por la junta depuesta”.<sup>85</sup> En una línea similar, la Armada, que se había mantenido al margen de los acontecimientos del 4 de junio, adhirió a la nueva Junta y a los principios del socialismo “pero realizándolo dentro del orden indispensable a todo régimen constructivo”.<sup>86</sup> El anticomunismo y las expresiones críticas hacia la anarquía callejera hicieron pensar en una rápida restitución del orden público, la legalidad y el

---

<sup>84</sup> “El actual gobierno mantendrá los principios que inspiraron la revolución del 4 de junio”, *El Mercurio*, 17 de junio de 1932.

<sup>85</sup> “Por el honor nacional”, *El Mercurio*, 17 de junio de 1932.

<sup>86</sup> “La marina de guerra acepta la ideología socialista dentro del principio de autoridad”, *El Mercurio*, 17 de junio de 1932.

orden constitucional, cuestiones que también fueron exigidas por el periódico y algunos partidos políticos.

La reacción de las heterogéneas tendencias socialistas fue la de reorganizarse y tomar posiciones frente al nuevo Gobierno, el que además de convocar a elecciones para formar una asamblea constituyente, también se lanzó a la persecución de los comunistas agrupados en el CROC y de otras tendencias que agitaron las banderas de la revolución social desde las manifestaciones callejeras. El comité revolucionario que tomó el poder fue claro al señalar que “la finalidad del movimiento es mantener el socialismo nacionalista, destruyendo al comunismo, y alejar del Gobierno a los elementos fanáticos y antipatriotas encabezados por Grove”.<sup>87</sup> Ante la nueva situación política la ASRT, la FRR y los distintos movimientos que las conformaban no prestaron su adhesión al nuevo Gobierno. Si lo hicieron los Radicales Socialistas, la Federación de Izquierdas y el Partido Socialista de Chile.<sup>88</sup> El nuevo Gobierno sumó a algunos ministros del Partido Radical y se reunió sin éxito con el Consejo Ejecutivo del Partido Socialista Unificado para invitarlo al gabinete. Pese a estos acercamientos, la junta y los militares que la apoyaban no ocultaron su animadversión hacia cualquier “extremismo ideológico”.

El 21 de junio fueron decretadas la ley marcial y el toque de queda, dejando fuera de la ley a todo aquel que difundiera doctrinas destructoras del orden social y las instituciones del Estado, acusando de “malos chilenos” a todo aquellos que se asociasen con dichos fines o adscribieran a doctrinas disolventes. Las nuevas autoridades y las FF. AA. argumentaron que el golpe pretendía defender los principios socialistas de las influencias ejercidas por agitadores extranjeros y la proliferación de doctrinas “anarquista-terroristas”. Además de imponer penas de cárcel y extrañamiento, el Gobierno limitó el derecho de asociación y se prohibieron las manifestaciones públicas, acabando por la fuerza con el ambiente de agitación callejera que caracterizó los días previos.<sup>89</sup> Pese al giro represivo, la nueva junta no tardó en reafirmar los principios del socialismo y en adherir al espíritu *regenerador* y *revolucionario* que inspiró el movimiento del 4 de junio, sin embargo, lo hizo reivindicando un proyecto, medidas e ideas distintas a las que circularon durante los días previos. Dávila, al igual que Grove y Matte, debió buscar apoyos entre las decenas de organizaciones políticas formadas entre las jornadas de protesta contra la dictadura de Ibáñez y la caída de la primera Junta de Gobierno, las que

---

<sup>87</sup> “Declaración del comité revolucionario”, *El Mercurio*, 17 de junio de 1932.

<sup>88</sup> Los Radicales Socialistas, el PSCh y la Federación de Izquierdas intentan sin éxito organizar una instancia común bajo el nombre de “Gran Confederación Socialista” con la finalidad expresa de participar en el gobierno de Carlos Dávila para dar cumplimiento a la orientación socialista y los principios renovadores del régimen.

<sup>89</sup> “Aún con los traidores y malos chilenos”, *La Opinión*, 22 de junio de 1932.

destacaban por su juventud, no haber participado aún en elecciones y por ser la única base de apoyos políticos del experimento socialista en curso.<sup>90</sup>

El golpe perpetrado por Dávila fue fundamental para las tendencias socialistas, que se reagruparon en torno a los liderazgos de Grove y sus doce días de agitación revolucionaria, y de Carlos Dávila y su propuesta de orden público y desarrollo nacional. Ambos momentos, con diferencias sustanciales, reivindicaron versiones del discurso socialista que contribuyeron al reagrupamiento de los diversos sectores en función de concordancias políticas e ideológicas. Las nuevas definiciones, concebidas por Dávila como un viraje inspirado en el sentido originario y correcto de la República Socialista generaron la rápida reacción de los grupos que habían adherido inicialmente al movimiento, desatando un debate sobre las definiciones y alcances del ideal socialista. Durante los 100 días siguientes, los actores que reivindicaron las ideas del socialismo debatieron sobre la relación de estas con el comunismo, sobre sus alcances políticos y sentido revolucionario, configurando un momento de definiciones sobre el rumbo del experimento en marcha. Durante este tiempo se reavivó la sospecha ibañista, quien dejó su exilio en Argentina para retornar al país y negociar un eventual regreso a la presidencia. Si bien el general finalmente volvió a Buenos Aires, su visita trastocó el panorama de las agrupaciones socialistas, militares y civiles que no vieron con buenos ojos su influencia ni la proclamación de Carlos Dávila como presidente provisional tras su visita.

Para el nuevo Gobierno, la revolución del 4 de junio estaba justificada en la situación de crisis económica, social y moral que pesaba sobre la república, la cual solo podía ser superada mediante la aplicación de la doctrina socialista en la reforma del Estado y principalmente de la economía. Para Carlos Dávila, los doce días de Grove y Matte extraviaron el espíritu de la revolución “en la peligrosa selva de los halagos y de los aplausos” transformando el ideal del socialismo en “un concepto liviano que puede levantarse al viento de la vieja política”, dando a la revolución “un personalismo que los fenómenos sociales rechazan”. Según el nuevo presidente, solo una economía socialista controlada *científicamente* podía poner freno a la situación de crisis, siendo necesario impulsar una nueva *economía colectiva*, que cuente con órganos productivos bajo propiedad del Estado sin atentar contra la esfera privada. En último término, la junta se limitó a proponer un nuevo orden administrativo con énfasis en la función social y asistencialista del Estado, que “tenga la tuición de la economía y las finanzas. Que sea un organismo vivo y no la concepción abstracta de un fisco burócrata, complaciente y pagador. Que pueda exigir eficiencia al

---

<sup>90</sup> *Hoy*, 22 de julio de 1932. La revista contaba 25 organizaciones fundadas bajo la etiqueta socialista desde los días de protesta contra Ibáñez.

individuo porque le asegura a ese individuo la obligación social de darle trabajo”.<sup>91</sup>

El nuevo golpe de Estado generó una sensación inicial de expectativa en la prensa socialista. *La Opinión*, *Crónica* y *La Nación* estimaron en un primer momento que las nuevas autoridades, al declarar ser continuadores de la obra iniciada el 4 de junio, no merecían el repudio inmediato de las masas. Para estos medios, la instauración del socialismo en Chile ya era irrefrenable tras el golpe a Montero y desestimaron que la continuidad del proceso dependiera de Grove y Matte. Según una editorial de *La Opinión*, no era el momento de discutir la veracidad de las acusaciones contra eventuales elementos comunistas en el Gobierno. Al igual que con la salida de Dávila y Merino tan solo unos días antes, el llamado fue a “no hacer cuestión de hombres, pero sepamos exigir el cumplimiento de ese programa”.<sup>92</sup> Sin embargo, conforme el Ejecutivo endureció la represión y la nueva Junta profundizó sus principios orientadores, las editoriales de este grupo de periódicos y las tendencias socialistas y socializantes se organizaron en torno al apoyo y el repudio hacia las nuevas autoridades.

La figura de Ibáñez jugó un papel fundamental en los apoyos recibidos por la nueva junta. El exdictador reapareció en los medios defendiendo las realizaciones de su Gobierno, criticando a las tendencias “derechistas” que habían llevado a Montero a la presidencia y a Marmaduke Grove, “oficial idealista y un tanto desequilibrado, siempre dispuesto a la aventura y al sacrificio por sus semejantes”. Además de anunciar su retorno al país, Ibáñez se mostró sorprendido por el desarrollo del socialismo en Chile, tendencia antes limitada a sectores radicales y demócratas que, en su opinión, se extendió debido a los ataques de Montero contra la obra social de su Gobierno. Una de estas nuevas corrientes estaría representada en el “liderazgo espiritual” de Carlos Dávila, inspirados por una “tendencia franca y avanzada radical-socialista” que en opinión del general caracterizó al movimiento del 4 de junio.<sup>93</sup> Pese a reconocer que entre los gestores del *putsch* se encontraban “amigos y colaboradores” de su administración, Ibáñez negó tener cualquier incidencia en el rumbo y preparación de los acontecimientos. Si bien estuvo en el país apenas dos semanas, las especulaciones en torno a la reinstalación de Ibáñez en el poder, sus reuniones con miembros del Gobierno y las FF. AA. le granjearon al Ejecutivo la antipatía de prácticamente todas las tendencias socialistas, provocando el retracto de la mayoría de las organizaciones de “avanzada” que inicialmente apoyaron la instalación de la segunda Junta.

---

<sup>91</sup> “Texto del discurso de Dávila”, *Crónica*, 26 de junio de 1932.

<sup>92</sup> “No importa”, *La Opinión*, 18 de junio de 1932.

<sup>93</sup> “Ibáñez partirá mañana con rumbo a Chile”, *El Mercurio*, 18 de junio de 1932.

Con motivo de las adhesiones al nuevo Gobierno la idea socialista circuló por amplios sectores de la opinión nacional evocando, a grandes rasgos, dos posibilidades. Por una parte, el proyecto socialista se encontraba ligado a algunos significados de la experiencia bolchevique y sus aspectos revolucionarios con un lenguaje clasista y emancipador, reclamando la transformación radical de las estructuras institucionales y reivindicando al sujeto político del obrero o del *trabajador manual e intelectual*. Por otra, el ideal socialista estaba vinculado a la doctrina económica y social entendida, según algunos comentaristas del momento, como “el conjunto de disposiciones que incorporadas en el cuerpo de las leyes entran a componer una contextura orgánica para regir todas las relaciones entre el individuo y la colectividad, erigiendo al Estado como un poder regulador de todas las actividades económico-sociales”.<sup>94</sup> De este debate hicieron particular eco los periódicos *La Nación* y *Crónica*, ambos fervientes adherentes del movimiento del 4 de junio, pero con posiciones disímiles respecto de la Junta de Gobierno liderada por Carlos Dávila y su contenido *socialista*.

Para *La Nación* el socialismo era una doctrina única y fundamentalmente económica. Distinta en sus fines y principios al comunismo y al socialismo colectivista, el socialismo defendido por este periódico se diferenciaba del comunismo “porque este niega la propiedad privada en tanto que el socialismo la admite, si bien limitada y organizada de un modo diferente al actual”.<sup>95</sup> En este aspecto, el socialismo “serio y realizable” es distinto al “socialismo fantasmagórico” que “divide a la sociedad en clases y lanza a aquella que nada posee sobre la que tiene algo que defender”.<sup>96</sup> En este sentido:

Este socialismo no es ni capitalismo ni comunismo. El capitalismo ha dividido a la sociedad en las dos clases de los pudientes y de los desheredados, favoreciendo a la primera. El comunismo trata de aniquilar a esta clase en beneficio de la segunda. El verdadero socialismo reprime todo desenfreno, tanto de la derecha como de la izquierda, obligando a ambas clases a someterse a la ley común. Su finalidad consiste en favorecer los intereses de la nación como centro común de toda actividad.<sup>97</sup>

Según este medio, los doce días de la primera junta habrían extraviado el rumbo y los fundamentos doctrinarios para dar paso a la agitación, la demagogia y la anarquía. La primera junta habría estado

---

<sup>94</sup> “Su socialismo y el mío”, *El Mercurio*, 18 de junio de 1932.

<sup>95</sup> “El Socialismo no puede morir”, *La Nación*, 17 de junio de 1932.

<sup>96</sup> “Los dos socialismos”, *La Nación*, 17 de junio de 1932.

<sup>97</sup> *Idem*.



conformada por “exaltados pensadores, apartados de toda observación; locos visionarios y soñadores, que se desentenden de la verdad y para quienes la prudencia, o sea el sentido de realidad, es un espejismo”,<sup>98</sup> intentado “imprimir a la marcha del país un ritmo para el cual no está preparado y que no es ni ha sido el que conduce a la felicidad humana”.<sup>99</sup> Para el periódico, el golpe contra Grove y Matte era una rectificación del rumbo y el rescate de la doctrina que inspiró el movimiento del 4 de junio, una reacción justa ante los extremismos políticos que se manifestaron durante los primeros doce días y, en definitiva, la recuperación del *socialismo no comunista*, respetuoso de la propiedad, del interés común y distante del colectivismo comunista y el individualismo capitalista.<sup>100</sup>

Por su parte, *Crónica* comenzó a abogar por la rápida y resuelta instauración del socialismo una vez instalada la nueva Junta. Si bien las editoriales reconocieron que los primeros doce días estuvieron marcados por la desorganización y cierta desorientación, la primera Junta habría despertado en Chile “la firme resolución de transformar en forma sistemática e inflexible, los cimientos en que se ha apoyado hasta hoy la economía chilena y que han hecho del país festín de afortunados y calvario de humildes”.<sup>101</sup> Conforme pasaron los primeros días de Dávila, el periódico alegó que el Gobierno debía definirse respecto de su doctrina y las medidas a impulsar si pretendía ganar los apoyos de las masas que se volcaron a la calle detrás de Grove y Matte. En este aspecto:

La anterior junta de gobierno, pese a su desorganización y a sus caóticos procedimientos, manifestó rotundamente sus propósitos de instaurar la República Socialista de Chile. Cristalizados esos propósitos en un programa general y un plan de acción inmediata, logró conquistar la que debe ser la base de todo gobierno en la hora actual: el apoyo del pueblo, el calor de las masas.

El nuevo gobierno, sin definirse debidamente hasta el momento, ha dado ocasión para que se introduzca el desconcierto en las filas trabajadoras y en los núcleos de avanzada. Todavía no ha enunciado sus puntos de vista en forma tal que permita atribuírsele, efectivamente, el carácter o la intención socialistas. Aún no ha reducido a un plan de acción uniforme y sistemática sus convicciones. Todavía no manifiesta sus deseos de gobernar conforme a una sola e indestructible orientación: el avance, paulatino pero enérgico, hacia una nueva sociedad en que los

---

<sup>98</sup> “Verdad”, *La Nación*, 18 de junio de 1932.

<sup>99</sup> *Idem*.

<sup>100</sup> “Acción de la hora actual”, *La Nación*, 20 de junio de 1932.

<sup>101</sup> “¡Cuidado!”, *Crónica*, 18 de junio de 1932.

instrumentos creadores de riqueza pertenezcan a todos los chilenos.<sup>102</sup>

Para *Crónica*, la desorientación del movimiento de masas que apoyó inicialmente a la República Socialista fue explicada por la indefinición del Gobierno, que pese a declarar la continuidad de la doctrina en los hechos impulsaba políticas contradictorias con la revolución iniciada el 4 de junio. En ningún discurso o manifiesto, ni Dávila o alguno de sus ministros dieron una definición clara respecto de las medidas “socialistas” a impulsar, limitándose a señalar su rol como rectificadores autoproclamados de la administración liderada por Grove y Matte. Para el periódico, la nueva junta debía “establecer con alguna fijeza ciertos puntos básicos y generales acerca de los de los conceptos que inspiran el régimen que se inicia. No basta proclamar aspiraciones generales de justicia social, de emancipación económica, de bienestar colectivo”.<sup>103</sup> En este aspecto, el socialismo implicaría “el control directo, sino la apropiación, de todos los procesos de producción por el Estado, por la comunidad considerada como un conjunto nacional”,<sup>104</sup> liquidar las posiciones de la plutocracia, el capitalismo y crear una nueva sociedad basada en la socialización de toda la actividad económica.

Las dos posiciones dan cuenta de diferencias entre ambas Juntas de Gobierno, pero también del quiebre entre las bases de apoyo que salieron a manifestarse respecto de los primeros doce días y el Gobierno de Carlos Dávila. La salida de Grove y Matte dio paso a la represión e hizo más patente la indefinición de principios, haciendo del socialismo, ya ampliamente utilizado por casi la totalidad de los actores del momento, un concepto vago y difícil de definir en un solo sentido. Mientras *La Nación* abogaba por un socialismo *científico*, fundamentalmente económico, lejos de los extremismos ideológicos y particularmente del comunismo; *Crónica* acusó que con la nueva Junta de Gobierno puede suceder la “desviación del concepto socialista hacia cualquiera de las formas que hoy pretenden usurpar su sitio y su preminencia en el mundo”<sup>105</sup> con el fin de vestir al caduco régimen capitalista con ciertos elementos socialistas que permitan su sobrevivencia.

*Crónica* fue particularmente insistente en señalar que uno de los problemas fundamentales de la República Socialista era la ausencia de una corriente de opinión capaz de exigir y sustentar políticamente a las autoridades. La última tentativa unitaria en fracasar fue una efímera

---

<sup>102</sup> “El gobierno debe definirse”, *Crónica*, 20 de junio de 1932.

<sup>103</sup> “Claridad”, *Crónica*, 23 de junio de 1932.

<sup>104</sup> *Idem*.

<sup>105</sup> “El Concepto Socialista”, *Crónica*, 24 de junio de 1932.

Confederación Socialista formada para apoyar al Gobierno por los partidos Social Republicano, Radical Socialista, Demócrata Socialista, Liberal Doctrinario y la Federación de Izquierdas, la que se quebró en apenas tres días por desacuerdos sobre la figura de Ibáñez y la presencia del movimiento en el gabinete. El periódico reclamó que desde la llegada de Dávila al poder se ha visto “un espectáculo bizarro: el Gobierno socialista no cuenta con la colaboración de los partidos socialistas, sino que se apoya políticamente en el Demócrata y en el Radical Socialista”, y continúa: “si la presión política obligara al gobierno a desviarse de la ruta que se trazó en los pronunciamientos revolucionarios, buena culpa de ello recaería justamente sobre las facciones socialistas, incapaces de tomar en esta favorable emergencia el sitio que por derecho les corresponde”.<sup>106</sup> El periódico abogó por la unidad como requisito fundamental para incidir sobre las realizaciones de un Gobierno cuyo socialismo por momentos se extraviaba. En este aspecto, el llamado fue a lograr un “gobierno socialista integrado por hombres convencidos de la doctrina” y agrega:

Frente al ibañismo aún no desarmado del todo, frente a la reacción que espera -arma al brazo- un momento favorable, cumple al gobierno y a los partidos socialistas salvar a la revolución contra esos dos peligros que la acechan y que entrañan su completa desvirtuación o su naufragio definitivo. No sería sensato pretender que el nuevo régimen se apoyara en corrientes políticas que apenas se diferencian de los repudiados partidos históricos (...) esa obra podrían hacerla, en cambio, las diversas fracciones que hoy alzan, desde tiendas distintas, el pendón socialista. Podrían hacerla si, desoyendo la voz del personalismo, organizaran un gran partido apto para imprimir a la dirección de los negocios públicos el sello auténtico de la orientación revolucionaria.<sup>107</sup>

El Partido Socialista Marxista —perteneciente a la ASRT— y el Partido Socialista Unificado —afiliado a la FRR— respondieron positivamente a los llamados de *Crónica*, extendiendo una invitación a la Orden Socialista para unirse en un frente único de partidos de avanzada, convencidos de que “un entendimiento entre los distintos sectores del socialismo es la única manera de realizar en beneficio del proletariado manual e intelectual la actual revolución”.<sup>108</sup> Si bien hicieron eco de los llamados del periódico, los partidos involucrados en estas tentativas

---

<sup>106</sup> “Los Partidos Socialistas”, *Crónica*, 18 de julio de 1932.

<sup>107</sup> “El apoyo de los socialistas”, *Crónica*, 19 de julio de 1932.

<sup>108</sup> “El frente de único de acción socialista esta en formación”, *Crónica*, 20 de julio de 1932.

pusieron como condición previa para la unidad la afinidad ideológica y programática, adscribiendo al manifiesto de la revolución del 4 de junio, al plan de acción inmediata y prescindir de las tendencias burguesas o “falsamente socialistas”. La OS, que finalmente declinó la invitación, estuvo de acuerdo con las propuestas unitarias del periódico, sin embargo, puso como condición para la unidad que esta debía realizarse en una nueva organización “democrática y electiva” con participación de los partidos “que sustentan el socialismo de Estado, que son solo dos o tres aparte de la Orden”.<sup>109</sup> En una línea similar, el PSU llamó a combatir “contra los pseudos-socialistas, nacional-socialistas y los social-patriotas de todos los matices, complacientes con los rezagos de la burguesía y saboteadores de los objetivos del socialismo universal”.<sup>110</sup>

El 4 de junio fue recibido por las tendencias socialistas como el inicio de la revolución y de la transformación radical de la sociedad chilena. La nueva república apareció entre los adherentes a la amplia causa socialista como una expectativa de superación a la crisis económica y social de la nación. Sin embargo, la marcha durante los primeros doce días implicó un verdadero parteaguas entre las bases de apoyo al nuevo régimen. La movilización social sostenida en la calle durante los días de Grove y Matte pareciera ser el motivo principal del desencuentro al interior de la primera Junta de Gobierno, mientras que los apoyos del CROC, la FRR y de la ASRT fueron rápidamente percibidos como expresión de tendencias comunistas y disolventes del orden por parte de algunos miembros de la Junta. La reclamación de dichas tendencias por radicalizar y profundizar el proceso, sumado a la licencia con la que Grove recibía dichos apoyos y respondía a esas demandas constituyeron el motivo principal del nuevo golpe de Estado. Si bien el mismo Grove declaró que no tendría contemplaciones con el comunismo, las tendencias y la prensa adherente a la República Socialista vieron como la segunda Junta de Gobierno clausuró las libertades públicas y finalmente se alejó de los postulados más radicales.

Mientras las tendencias adherentes a la República Socialista abogaban por profundizar y consolidar el proceso cuanto antes, promoviendo medidas propias del *socialismo integral* como la reforma agraria, el control obrero de las empresas y la aplicación del plan de acción inmediata; el Gobierno de Dávila contestó convocando a una asamblea constitucional y decretando facultades extraordinarias para contener el desorden y la excesiva movilización social de los primeros días. Estas actitudes, planteadas bajo un discurso socialista y en aparente continuidad con la revolución, llevaron a que medios como *Crónica* comenzaran a exigir definiciones claras al Gobierno respecto de sus intenciones socialistas, al

---

<sup>109</sup> “Los partidos socialistas y un editorial de *Crónica*”, *Crónica*, 19 de julio de 1932.

<sup>110</sup> “El Partido Socialista Unificado frente al momento actual”, *Crónica*, 26 de julio de 1932.

mismo tiempo que algunas de las tendencias comenzaron a rechazar de plano a los grupos y personalidades en el Gobierno.

Conforme avanzó la gestión de la nueva Junta quedaron dos cosas más o menos claras para los grupos socialistas: en primer lugar, es necesaria la definición de la doctrina y que ésta se traduzca en medidas concretas para evitar que la República Socialista se aleje de sus principios fundamentales y termine, como en Alemania e Italia, sirviendo de “disfraz para la sobrevivencia del capitalismo”.<sup>111</sup> Por otra parte, continuó vigente el problema de la unidad de las distintas corrientes, que no fueron capaces de actuar en conjunto ni incidir de manera gravitante en el Gobierno de Grove ni de lograr un acuerdo para afrontar de forma coordinada el advenimiento de Dávila al poder.

### **1.3 De la República Socialista al Partido Socialista: Marmaduke Grove y la campaña presidencial de 1932**

ROJO CORONEL de la América de Oro!  
Tu mejor panegírico es llamarte Apolítico:  
tú, en 15 días has hecho  
lo que en un siglo no hicieron  
todos los gobernantes del Continente, juntos!  
Con tu espada mesiánica paralela en los Andes  
has marcado una era en la Historia de América, la  
fratricida América de guerras, cuartelazos,  
napoleones homúnculos, terremotos, volcanes...  
De plagas y miserias... y que hoy se admira incrédula  
de ver el alba roja despuntar de una espada!<sup>112</sup>

El Gobierno de Carlos Dávila se extendió hasta el 13 de septiembre de 1932. Ante el fracasado retorno de Carlos Ibáñez a la presidencia, Dávila consiguió nombrarse presidente provisional generando las antipatías de las FF. AA., incluido su antiguo aliado Arturo Merino. Perdido el apoyo militar, el presidente provisional nombró ministro del Interior a Bartolomé Blanche, ex ministro de Defensa de Ibáñez y general del Ejército para finalmente dimitir. Blanche declaró que su única finalidad era restablecer el orden y la libertad, exigiendo a los políticos “que mientras los militares se retiran a sus labores, ellos, a su vez, se retiren de sus cuarteles”, reclamando que muchos de los que “predican el civilismo asedian, no obstante, a jefes y oficiales para incitarlos a tomar intervención en política”.<sup>113</sup> No hubo una

---

<sup>111</sup> “El concepto socialista”, *Crónica*, 24 de junio de 1932.

<sup>112</sup> *Grove*, 23 de octubre de 1932.

<sup>113</sup> Bartolomé Blanche, “Mientras los militares se retiran a sus labores, que los políticos se retiren de sus cuarteles”, *La Nación*, 17 de septiembre de 1932.

sola versión sobre los hechos del cambio de Gobierno, especulándose en los medios sobre un nuevo derrocamiento y de un acuerdo entre Dávila y los militares. El Gobierno de Blanche sería de carácter transitorio por lo cual su primera medida fue convocar a elecciones generales para el 30 de octubre de ese mismo año.<sup>114</sup> La llegada de un militar a la presidencia generó desconfianzas en algunos oficiales, como Merino, quien se declaró en rebeldía exigiendo el restablecimiento de una autoridad civil en el poder. En el norte, la presencia de Blanche desató protestas contra la participación militar en política y la posibilidad de una nueva dictadura, reactivando la movilización “civilista” que había derrocado a Ibáñez por todo el país.

En cuanto se supo de las elecciones las distintas tendencias de *izquierda* se agruparon en torno a Arturo Alessandri, quien recibió los apoyos del Partido Socialista de Chile, el Partido Radical, la Federación de Izquierdas y los Radicales Socialistas; Enrique Zañartu, liberal opositor al alessandrimismo y ministro de Hacienda de la segunda Junta de Gobierno que recibió el apoyo del Partido Agrario y algunas organizaciones gremiales; y Marmaduke Grove, que pese a estar relegado, recibió los apoyos de varios gremios adherentes a la República Socialista organizados en la Asociación Socialista de Asalariados (ASA), la Alianza Socialista Revolucionaria de Trabajadores (ASRT) y la Acción Revolucionaria Socialista (ARS).<sup>115</sup>

Esta distribución de las adhesiones y apoyos no fue un hecho casual. La candidatura de Grove sirvió como un elemento de unidad para aquellas tendencias que se vieron movilizadas durante los primeros doce días de la República Socialista y que, tras el golpe de Dávila, rechazaron el nuevo Gobierno. Por su parte, las tendencias agrupadas en torno a la Federación de Izquierdas rompieron cualquier continuidad con la experiencia socialista, inclusive cuando participaron del Gobierno de Carlos Dávila, al apoyar la candidatura de Alessandri. En este aspecto, la candidatura de Grove jugó un papel fundamental para la organización y agrupación de las tendencias ayudando a resolver el problema de la unidad entre los distintos movimientos, organizaciones y partidos.

Durante los caóticos primeros doce días, las distintas tendencias *grovistas* fueron incapaces de realizar una acción conjunta y coordinada en apoyo a la revolución, privilegiando instancias unitarias pequeñas y fragmentadas que dificultaron su capacidad para incidir en la conducción del Gobierno. Inclusive cuando algunas tendencias intentaron coordinar tareas de oposición a Carlos Dávila llegando a debatir algunas posiciones doctrinarias, estas tentativas no lograron reunir a las corrientes favorables a Grove y opositoras a la segunda Junta. El problema de la fragmentación de

---

<sup>114</sup> Sofía Correa et al., *Historia del siglo XX chileno*, Santiago, Sudamericana, 2001, 107-110.

<sup>115</sup> “Cinco nombres se dan para la Presidencia de la República”, *La Nación*, 18 de septiembre de 1932.

las tendencias socialistas se debió al uso extendido de la palabra *socialismo* en el debate político del momento, siendo objeto de diversas interpretaciones y lecturas doctrinarias que alentaron el fenómeno del faccionalismo. Las tendencias leyeron de modos divergentes el proceso y guardaron reticencias entre sí, configurando una serie de debates en torno a la palabra socialismo y su contenido de izquierda.

Las tendencias socialistas que apoyaron a Grove destacaron la trascendencia de la revolución de junio, señalándola como un proceso aun en marcha en el contexto de las elecciones presidenciales. Por ejemplo, dando cuenta de su adhesión a la figura del coronel, la ARS señalaba que después del 4 de junio ya no era posible el retorno de los grupos tradicionales y oligárquicos al poder, puesto que “la voluntad las masas productoras es Revolución Socialista”. Los doce días de Grove significaban “el primer intento serio de utilizar el poder para realizar un plan político económico que significaba una renovación y un robustecimiento de la nacionalidad”. El documento señalaba que el cuadro político ya no correspondía a un enfrentamiento entre civilismo o militarismo, sino al choque entre reacción oligárquica y revolución socialista, el cual “no podrá resolverse completamente de forma legal, porque el sistema electoral vigente es monopolio de los partidos que lo manejan a su antojo”. Y concluía: “La Revolución Socialista está en marcha. Ella representa una nueva legalidad y se encamina a la realización con la fuerza incontrarrestable de su historia”.<sup>116</sup>

La palabra socialismo fue reivindicada como orientación y finalidad política por grupos tan numerosos como diversos. Para algunos, el referente socialista podía ser el parlamentarismo inglés o la República española, respetaba la propiedad privada, fomentaba el desarrollo nacional y consolidaba el rol social del Estado mediante la organización *racional* de la economía. Para otros, el socialismo incluía la colectivización, la reforma agraria, el control obrero de las empresas y la reestructuración total del Estado. Para los segundos, la República Socialista abrió una coyuntura que fue interpretada como revolucionaria, entregando su apoyo a la Junta de Gobierno y al plan de acción inmediata. Estas mismas tendencias antagonizaron con Dávila y fueron incapaces de organizarse para seguir exigiendo el cumplimiento del programa, quedando del todo ajenas al proceso iniciado después del 16 de junio. El divorcio con el Gobierno de Dávila, si bien no fue inmediato, fue fundamental para afirmar los liderazgos de Marmaduke Grove y Eugenio Matte por lo que la campaña presidencial, y el eventual regreso de ambas figuras, aceleraron la convergencia en función de los trabajos electorales.

---

<sup>116</sup> ARS, “Civilismo y Revolución”, *El Deber*, 1 de octubre de 1932.

La candidatura fue el espacio de encuentro del heterogéneo grupo de tendencias que adhirieron a la causa del 4 de junio, que vieron en la República Socialista una coyuntura revolucionaria no resuelta, y a Grove como el conductor de ese proceso. La campaña no solo configuró un espacio facilitador de la acción unitaria, siendo un momento de debates respecto de quienes son los genuinos representantes de la doctrina socialista en el país. Este proceso configuró un lenguaje diferenciador para dichos partidos de *avanzada* que abogaban por el *socialismo integral* y reclamaban las medidas del plan de acción inmediata agitado por la revolución del 4 de junio, permitiendo la consolidación de un lenguaje propio y distintivo en momentos que *las izquierdas* repartían sus apoyos entre Alessandri, Grove y Zañartu.

Los grupos que apoyaron la candidatura de Grove provenían de distintos sectores sociales. Concurrieron en apoyo del coronel los gremios de profesionales, empleados y sindicatos obreros. También partidos y movimientos de posiciones ideológicas diversas, incluyendo a nacionalistas, socialdemócratas y distintas corrientes revolucionarias y regeneradoras como la Nueva Acción Pública y la Acción Revolucionaria Socialista, marxistas no comunistas como el Partido Socialista Unificado y la Orden Socialista, y comunistas hidalguistas o disidentes de la línea prosoviética seguida por el PC oficial. La unidad de esta heterogénea base de apoyos políticos y sociales fue facilitada por la figura de Marmaduke Grove, quien además de representar la continuidad del movimiento del 4 de junio, era una de las personalidades políticas más populares y polémicas del momento.

En 1932 Grove ya llevaba años en la palestra pública con apariciones como militar, político y conspirador. Hijo de Marmaduke Grove, un migrante irlandés ligado al radicalismo y desterrado a Argentina por fuerzas balmacedistas en 1891, y Ana Vallejo, una activa miembro de los círculos cívicos de Copiapó, ingresó a los 14 años a la Armada de la cual fue expulsado en 1894. Después de un breve paso por el liceo de Copiapó, el joven Marmaduke ingresó a un curso especial de “oficiales subalternos” en 1896, graduándose con honores dos años más tarde. Entre 1906 y 1910 fue destinado a una serie de cursos de instrucción militar en Alemania, donde quedó impresionado con la política del Kaiser Guillermo y se formó una visión crítica del desarrollo americano, él que siempre comparó con lo observado durante su estadía en Europa.<sup>117</sup>

Retornado a Chile simpatizó con la Unión Liberal que promovió la candidatura presidencial de Arturo Alessandri y criticó públicamente, como asistente del director de la Escuela Militar, las maniobras que involucraron

---

<sup>117</sup> Jack R. Thomas, “Marmaduke Grove. A political biography”, disertación presentada para obtener el grado de Doctor en Filosofía, The Ohio State University, 1962, 24-48.



al Ejército para desconocer su triunfo en las elecciones de 1920. Saltó a la palestra pública con la Revolución Militar de 1924, iniciándose como polemista de *La Nación* y conferencista, aumentando su influencia en la vida cívica y el Ejército. En 1925 acompañó a Carlos Ibáñez en un nuevo movimiento militar, desapareciendo de la opinión pública tras ser destinado a Europa con responsabilidades diplomáticas. Fuera de Chile, fue sorprendido en 1929 conspirando junto al exiliado presidente Alessandri para derrocar a la dictadura ibañista. Acusado de conspiración, exiliado y relevado de sus funciones militares, llegó a Buenos Aires, desde donde contactó al general Enrique Bravo para poner en marcha una nueva conspiración.

El 19 de septiembre de 1930, aprovechando el Día de las Glorias del Ejército, cruzó desde Argentina en un avión focker de color rojo a la ciudad de Concepción, para iniciar con las fuerzas del regimiento Chacabuco una sublevación militar contra la dictadura. El movimiento, conocido como “la conspiración del avión rojo” fue un fracaso rotundo y los implicados fueron deportados a Isla de Pascua. Grove logró escapar del destierro ayudado desde Francia, retornando a Europa donde se enteró de la caída de Ibáñez. Regresó a Chile en marzo de 1932, siendo reincorporado al Ejército por el presidente Juan Esteban Montero quien lo nombró comandante en jefe de la Aviación Militar, puesto desde el cual tomó contacto con Eugenio Matte, la Nueva Acción Pública y se sublevó contra el Gobierno.<sup>118</sup>

La participación de Grove en la República Socialista aumentó su popularidad y presencia en la opinión pública cambiando el rumbo de la carrera del coronel, quien abandonó el uniforme y las conspiraciones de alto nivel para transformarse en un político, con una alta popularidad y una marcada posición progresista frente a los problemas sociales y económicos del momento.<sup>119</sup> Durante toda la campaña presidencial las concentraciones y entusiastas manifestaciones *grovistas* parecieron obviar la ausencia del candidato, que había sido proclamado en ausencia y sin su conocimiento. Según *La Opinión*, Grove representaba una “esperanza de redención social y libertaria”,<sup>120</sup> un columnista del mismo medio lo elogiaba como “ciudadano ejemplar, caballero intachable, militar preparado y ponderoso, asumió la causa del pueblo oprimido, hambriento y desdenado. Y nunca el Ejército, como bajo su inspiración patriota y humana, tuvo más honra ni gloria ni se hizo más querido y respetado para el país. Grove le quito las tuercas y lo hizo pensar y sentir”.<sup>121</sup>

---

<sup>118</sup> Carlos Charlin, *Del avión rojo a la república socialista*, Santiago, Quimantú, 1972.

<sup>119</sup> Frederick M. Nunn, “Marmaduke Grove”, William Beezley y Ewell Judith (eds.), *The Human tradition in Latin America*, Oxford, SR Books, 1998, 41-58.

<sup>120</sup> “Esperanza de redención social y libertaria”, *La Opinión*, 15 de septiembre de 1932.

<sup>121</sup> *La Opinión*, 21 de septiembre de 1932.

El *grovismo* tuvo la capacidad de convocar más allá de las tendencias revolucionarias que apoyaron el movimiento del 4 de junio, abarcando un amplio espectro de sectores sociales y políticos que no vieron en la República Socialista una ruptura revolucionaria, sino que un “sano socialismo evolutivo” y una “orientación equilibrada y posible de realizar”, dando cuenta de las distancias entre la candidatura y los extremismos, y también de un aparente divorcio entre el *grovismo* y un sector de la izquierda revolucionaria:

Para los viejos politiqueros, para los jovencitos bien, para los demagogos de choclón, para los señores feudales de nuestra tierra, para los gestores del capitalismo extranjero y del imperialismo succionador, Grove y Matte aparecen como un peligro incuestionable. Para los dogmáticos del extremismo, significan simplemente ‘banderas al viento’, que sirven para congregarse y manejar masas... El odio con que los extremistas de la derecha y todos los expoliadores y logreros miran a Grove y sus compañeros no es menor que la sorna con que tienen sus nombres en los labios los ‘trotskistas’ de la izquierda. Pero el pueblo, el sagaz y noble Juan Pueblo, que posee siempre el gran sentido común, ama a Grove y su compañero con todo su corazoncito viril; sabe que Grove es de los capaces de levantarlo del estiércol y el barro donde le han sumido cuarenta años de egoísmo, falacia e incapacidad de sus dirigentes.<sup>122</sup>

Además de los elogios, la personalidad de Grove y su trayectoria pública como conspirador resultaban llamativas por sí mismas. La revista *Hoy* destacaba que su vida “tiene todas las alzas y caídas del verdadero revolucionario. Es en el fondo un girondino disfrazado de jacobino”,<sup>123</sup> e incluso el poeta Pablo de Rokha escribió del coronel que “asume ya la calidad mítica, legendaria, novelesca” y que “está hecho de la pasta heroica de los que van a ser sacrificados; está hecho de aquella materia soberbia de los que amaron los pueblos, y por tanto, su destino es irremediable”.<sup>124</sup> La figura de Grove permitió que a los pocos días de anunciada la candidatura sumara la adhesión de 37 organizaciones políticas, sindicales y gremiales en torno a trabajos de campaña<sup>125</sup> prescindiendo de cualquier definición ideológica o doctrinaria clara. En este aspecto, el mismo poeta escribía “¿Cómo un coronel de Ejército llegó a encarnar, a suscitar, a efectuar

---

<sup>122</sup> “Grove-Catastrofe”, *La Nación*, 4 de octubre de 1932.

<sup>123</sup> “Política... Política... Política...”, *Hoy*, 23 de septiembre de 1932.

<sup>124</sup> “Grove”, *La Opinión*, 26 de septiembre de 1932.

<sup>125</sup> “Política... Política... Política...”, *Hoy*, 30 de septiembre de 1932.

aquella doctrina que acaso está reñida, no, que está absolutamente reñida con la calidad de guerrero, de hombre de guerra, formado para la guerra, de gente de guerra y pelea? (...) Grove es un hecho y es, como hecho, indiscutible”.<sup>126</sup> Y en otro escrito agrega:

Acaso la ideología, la estructuración doctrinaria, consciente, ordenada, la política de Grove no asoma un designio preponderante, un gran relieve, sin embargo, de haber hecho dar a la nación chilena un tranco de 60 o setenta leguas en la vida cívica. Acaso la arquitectura interna del creador de la República Socialista no sea la resultante de un espíritu trabajado y depurado por la alta cultura. Acaso las NUEVAS EPOCAS le arrasasen dolorosamente adentro de su resplandor definitivo y matemático, adentro de su carrera violenta, adentro de la formulación trepidante, admirable y espantable.<sup>127</sup>

Grove volvió a aparecer en la prensa el día de 26 de septiembre con una larga exposición sobre los hechos acaecidos durante el golpe de Estado del 16 de junio. En la carta publicada por *La Opinión* y replicada por distintos periódicos, el coronel acusó a sectores del Ejército de intentar incidir por la fuerza en el rumbo de la primera Junta, y a Dávila de instruir a los generales para que apoyasen un movimiento en contra del Consejo de Ministros. También se refirió a las acusaciones que lo tildaron de comunista, explicando que durante su Gobierno se limitó a entregar a la Comité Revolucionario de Obreros y Campesinos (CROC) una casa fiscal previa exigencia de abandonar el edificio de la Universidad de Chile y de no agitar ni repartir propaganda entre la tropa del Ejército y la Marina. Ante las acusaciones que lo vincularon al PC, Grove respondió diciendo que el movimiento “más que de comunismo, se trataba de combatir el hambre producida por la enorme desocupación”.<sup>128</sup> El mismo explicó el apoyo masivo a la República Socialista apuntando que “el pueblo creía en la sinceridad de nuestro credo socialista y nos sabía capaces de realizar el programa prometido sin meter al país en estado de sitio ni mucho menos proclamando la ley marcial, como ha tenido que hacerlo el popular gobierno presidido por Dávila”.<sup>129</sup>

---

<sup>126</sup> “Grove, Alessandri y Zañartu”, *La Opinión*, 6 de octubre de 1932.

<sup>127</sup> *La Opinión*, 26 de septiembre de 1932.

<sup>128</sup> “Grove, camino del destierro, hace al país una exposición sobre la caída del verdadero régimen socialista por el implantado”, *La Opinión*, 26 de septiembre de 1932.

<sup>129</sup> *Idem*.

La campaña se desarrolló con sobresaltos y dificultades para los socialistas, quienes organizaron un comité nacional de campaña.<sup>130</sup> Proclamada la candidatura, una delegación de la ARS llegó a La Moneda para saber el paradero de los extrañados y exigir su liberación. El Gobierno, que en un principio dijo no saber en qué punto del país se encontraban terminó por revelar la ubicación de los relegados, negándose a liberarlos aduciendo razones de seguridad interna. Finalmente, la corte de apelaciones ordenó la liberación de Grove y el resto de los prisioneros el 28 de septiembre,<sup>131</sup> saliendo rumbo a Isla de Pascua un vapor recién el 6 de octubre. Pese a los inconvenientes, la candidatura fue lanzada en un acto oficial que incluyó desfiles, bandas obreras y un gran acto en el Estadio Nacional el día 3 de octubre donde los asistentes entonaron *La marsellesa* con letras preparadas para la ocasión y escucharon los discursos del ex ministro de la República Socialista Eugenio González y al dirigente gremial Oscar Schnake.<sup>132</sup> Pese a que el comité de la candidatura solicitó oficialmente la postergación de las elecciones al Gobierno, esta fue rechazada. El candidato Grove estaría ausente el día de las elecciones.

El “entusiasmo delirante” de los *grovistas* que acudían a las manifestaciones públicas resultaron en no pocos enfrentamientos con carabineros y grupos de “guardias blancas”.<sup>133</sup> El desorden resultó ser solo un problema más sumado a la ausencia del candidato y a la heterogeneidad ideológica de los sectores que adhirieron a la campaña. En los actos y concentraciones se agitó un programa de reivindicaciones generales que incluyó medidas contra la carestía de la vida y beneficios sociales, sin embargo, la principal demanda de los grupos socialistas fue la libertad inmediata de Grove, y una vez decretada esta, la postergación de las elecciones. Con esto, el *grovismo* apeló más a la ausente figura redentora del coronel que a un programa claro y definido, convocando con la promesa de retomar la revolución de doce días con la que el socialismo saltó a la cúspide de su popularidad.

Ante la ausencia del candidato circularon distintas versiones sobre los fines y programas de un eventual gobierno socialista, frente a lo cual el comité a cargo de la campaña hizo una declaración explicando el sentido de la candidatura presidencial. En el Teatro Reina Victoria se organizó una

---

<sup>130</sup> El Comité Ejecutivo Nacional de Campaña estaba formado por la NAP, la ARS, la ASRT, la ASACH y el Cartel Socialista que agrupaba a la Orden Socialista, el PSU y a la facción comunista disidente. El edificio del periódico *La Opinión* sirvió como sede para los trabajos de campaña.

<sup>131</sup> “El Gobierno ordenó poner en libertad a Don Marmaduke Grove”, *La Nación*, 29 de septiembre de 1932.

<sup>132</sup> “Grandiosa apoteosis popular resultó la proclamación de Marmaduke Grove”, *La Opinión*, 4 de octubre de 1932.

<sup>133</sup> “La semana nacional”, *Hoy*, 7 de octubre de 1932.

“función Grove”, donde Eugenio González resumió los principales contenidos programáticos de la candidatura. El discurso expresó que, ante la crisis total del régimen capitalista en Occidente, se hacía necesaria una reestructuración de la economía bajo el control superior del Estado para contener el imperialismo financiero. En este aspecto, aspiraban “a una transformación verdadera de la actual economía capitalista en un régimen socialista, a una organización técnica de la producción, del intercambio y del consumo, en forma que satisfagan plena y justicieramente las necesidades de los que elaboran la riqueza colectiva y mantienen la vitalidad nacional”.<sup>134</sup>

Se planteó una posición crítica respecto del sistema liberal democrático, señalando que “la democracia no ha sido más que una palabra vacía, una solemne mentira convencional que ha servido de pantalla, ante el pueblo, al juego político de la plutocracia enemiga”, proponiendo la necesidad creativa de un nuevo Estado, una República de Trabajadores en la que los partidos políticos serían remplazados por las organizaciones gremiales y sindicales. Estas orientaciones fueron, en general, las mismas que las de la sublevación del 4 de junio, proceso “aparentemente detenido en su desarrollo por las fuerzas reaccionarias, esa revolución ha seguido su curso incontrarrestable en torno al nombre de Marmaduke Grove”.<sup>135</sup>

Finalmente, los relegados arribaron al puerto de Valparaíso el día 30 de octubre, mismo día de las elecciones, donde fueron recibidos por una multitud que se abarrotó en la plaza Sotomayor. Apenas desembarcado, Grove declaró a la prensa su disposición “a trabajar sin descanso para que puedan tarde o temprano, llevarse a la práctica los principios de la revolución del 4 de junio, a fin de dar forma y desarrollo a la República Socialista establecida en esa fecha”.<sup>136</sup> En su primer discurso en el puerto el coronel expresa:

Me han honrado con la designación de candidato a la presidencia de la República ¿Quiénes me han honrado con este honor? No son los capitalistas, no son los poderosos, no son los magnates de la banca, ni del comercio, ni de la industria. ¡Son los asalariados, los intelectuales, los hombres que tienen las más amplias visiones del presente y porvenir de la República! Ellos son. Y es por eso que me siento honrado y con ellos iré hasta el Fin.

Yo seré la bandera, yo seré el estandarte de justicia y redención social para todos los oprimidos, para todos los que sufren, para

---

<sup>134</sup> “Los dirigentes de la candidatura de Grove explicaron su programa presidencial”, *La Nación*, 27 de octubre de 1932.

<sup>135</sup> *Idem*.

<sup>136</sup> *La Nación*, 31 de octubre de 1932.

todos los que gimen en la más oprobiosa de las pobreza. Yo seré su estandarte y su bandera. Aquí me tienen.<sup>137</sup>

Al día siguiente, con Alessandri ya electo como presidente de la República, Grove llegó a Santiago donde fue recibido nuevamente por una multitud que rodeó la Estación Central. Según las notas de prensa “era tal el gentío que se había agrupado en todas partes que el tren hubo de detenerse en espera de que se abriese camino para poder avanzar... El momento en que permaneció detenido el tren fue aprovechado por la gente que colgando de todas partes había tapado por completo la máquina, el carro del carbón y los coches de pasajeros”.<sup>138</sup> Grove, que en ausencia había desatado el delirio popular ahora llegaba en calidad de héroe a retomar el proyecto de la República Socialista, el cual fue agitado por las heterogéneas fuerzas socialistas como un programa de reivindicaciones inmediatas y con el cual el propio Grove se comprometió, tarde o temprano, llegar al poder. La comitiva arribó al edificio de *La Opinión* rodeada durante todo el trayecto por simpatizantes, en el periódico el coronel realizó un nuevo discurso donde agradeció las muestras de apoyo y sostuvo los principios de “revolución y justicia social” que inspiraron su acción, destacando la necesidad de “unirnos más férreamente que nunca para asegurar el triunfo definitivo del socialismo, que, como sabéis, significa orden, trabajo, justicia y libertad”,<sup>139</sup> y continuó diciendo:

Orden, para que pueda desarrollarse normalmente el trabajo fecundo, creador de progreso y bienestar; trabajo, para que cesen la miseria y el hambre, que sufre el pueblo por las especulaciones del capitalismo internacional, y para que todos reciban la justa remuneración de sus esfuerzos; justicia, para sancionar sin contemplaciones el mal donde quiera que se encuentre, y sobre todo para sancionar ejemplarmente a los grandes culpables; y libertad, para que puedan ejercitarse las manifestaciones del pensamiento, sin la coerción ni las persecuciones que la incomprensión de nuestros dirigentes han dispuesto y que han sido causa de masacres sangrientas de estudiantes y trabajadores, propias de la Edad Media pero no del siglo en que vivimos<sup>140</sup>

Terminadas las elecciones, el Comité Nacional de Campaña liberó un comunicado en el que sostenían que el resultado de los comicios no era más

---

<sup>137</sup> *La Opinión*, 31 de octubre de 1932.

<sup>138</sup> *La Opinión*, 1 de noviembre de 1932.

<sup>139</sup> *Idem*.

<sup>140</sup> *Idem*.

“que un mero incidente dentro del proceso revolucionario iniciado el 4 de junio, que dará a la verdadera izquierda socialista el control político de la nación”.<sup>141</sup> Después de la campaña, la experiencia de la República Socialista y la figura de Marmaduke Grove se transformaron prácticamente en sinónimos de un socialismo revolucionario, que apeló a las clases proletarias y medias proponiendo un nuevo tipo de Estado que tomaba distancias de la experiencia del comunismo soviético. Tras la elección, la figura del coronel se transformó simbólicamente en la continuidad de la revolución iniciada el 4 de junio y la experiencia de 12 días de su Gobierno.

Los llamados de Grove en Valparaíso y Santiago a la unidad de las tendencias socialistas en torno a su figura y el programa del 4 de junio tuvieron una rápida respuesta. El Partido Socialista de Chile, adherente a la candidatura de Alessandri, instó por medio de una carta pública al coronel a trabajar por la unidad y la organización de un partido capaz de guiar a los socialistas “por el camino de la concordia y la cooperación gubernativa” en el entendido de que el presidente electo “a quien se deben innumerables leyes sociales, comparte con nuestros ideales, los conoce, los comprende, los acepta y sabrá encausarlos”.<sup>142</sup> Este tipo de invitaciones y la relación forjada entre Grove y Alessandri en su etapa como conspirador se prestaron para la especulación sobre una posible colaboración con el nuevo Gobierno, la cual fue rápidamente desechada con un nuevo llamado a la unidad, esta vez para preparar la instalación de un Gobierno *verdaderamente* socialista y continuador de los postulados del 4 de junio. En este sentido, Grove insistió que su acción “estará enteramente consagrada al triunfo definitivo del ideal socialista. No colaboraré con ningún gobierno que no sea el gobierno socialista a que aspiran los trabajadores de Chile”.<sup>143</sup> Y agrega:

Las fuerzas socialistas han demostrado, por su parte, un alto espíritu de disciplina y una digna conciencia de su deber. Derrotadas electoralmente, han triunfado moralmente. Los numerosos sufragios honrados y consientes obtenidos a pesar de las circunstancias adversas, y las enormes manifestaciones públicas en que se ha aclamado con vibrante entusiasmo la República Socialista demuestran que nada podrá detener el desarrollo triunfante del movimiento popular que aspira a la reconstrucción económica del país y al establecimiento de una efectiva justicia social.

---

<sup>141</sup> *Hoy*, 11 de noviembre de 1932.

<sup>142</sup> “Hacia la organización del gran Partido Socialista Chileno”, *La Opinión*, 2 de noviembre de 1932.

<sup>143</sup> “Grove preconiza una grande y disciplinada organización de trabajadores”, *La Opinión*, 3 de noviembre de 1932

El movimiento socialista iniciado el 4 de junio continua su marcha firmemente impulsado por la voluntad de los trabajadores de Chile. La lucha electoral recién pasada es solo un episodio. Tengo la íntima y sincera convicción de que solo un gobierno socialista podrá afrontar con eficacia los problemas que plantea la desastrosa situación del país y realizar una política que organice las fuerzas económicas en beneficio de la colectividad de trabajadores.<sup>144</sup>

Con motivo de la llegada de Alessandri a la presidencia Grove liberó un manifiesto como secretario del Frente Único Socialista, que reunía a la ARS, el PSU y la NAP. El documento, firmado por los dirigentes de todas las tendencias, insistió en que la solución de los problemas nacionales pasaba por la aplicación de un criterio “verdaderamente socialista, que someta los intereses particulares al servicio de la colectividad, es decir, efectuando la transformación económico social mediante la intervención directa de las masas organizadas”. Además, las tendencias declaraban su oposición al gobierno y que no realizarían pactos de ninguna naturaleza “con los partidos o entidades directa o indirectamente interesados en el mantenimiento del régimen de injusticias y persecuciones actualmente existente”.<sup>145</sup>

La cuestión de la organización partidaria, pese a estar latente en el debate de las distintas corrientes, no fue resuelta hasta el año 1933. Si bien las tentativas y distintas fórmulas de unificación fueron rechazadas durante el Gobierno de Dávila y la campaña presidencial, la elección permitió avanzar sobre este punto. Los trabajos en torno a la candidatura sirvieron como espacio de encuentro y acción unitaria de los diversos grupos bajo definiciones comúnmente aceptadas por todos los sectores grovistas. De esta forma, durante el periodo de campaña las tendencias agitaron un programa —el de la revolución del 4 de junio— y un liderazgo —el de Grove—, dejando en un segundo plano las discusiones y definiciones de carácter doctrinario o ideológico. El proceso de unificación, finalmente, parece estar dado por un sentido de urgencia que partió de la necesidad de aprovechar la coyuntura revolucionaria abierta con la sublevación de junio y la premura de presentar un candidato presidencial capaz de simbolizar la continuidad del proceso y los ideales de *genuino* socialismo que lo inspiraron.

El mismo sentido de urgencia es el que anima, en abril de 1933, a insistir en la realización de una convención socialista extraordinaria. Inicialmente, los partidos y tendencias habían fijado una gran convención de unidad para el día 1 de mayo, sin embargo, la acción de las Milicias

---

<sup>144</sup> *Idem*.

<sup>145</sup> “Grove se dirige a sus correligionarios”, *El Deber*, 12 de enero de 1933.



Republicanas y la invocación de facultades extraordinarias por parte del presidente Alessandri aceleraron la convocatoria. Eugenio Matte, como senador, llamó en plena Pascua de Resurrección a “que esta resurrección, que celebra sin comprenderla la humanidad creyente, sea para los socialistas de Chile el comienzo de una nueva era fecunda de esfuerzo constante y armonía inquebrantable”.<sup>146</sup> Y agrega:

En estos mismos momentos en que la reacción afirma sus posiciones y en que pretende evitar el derrumbe mundial del caduco régimen capitalista, mediante la violencia y la persecución encarnizada a las organizaciones obreras y políticas de avanzada, los trabajadores manuales e intelectuales deben unirse férreamente para ofrecer inquebrantablemente resistencia a las amenazas y a los desmanes crecientes de la reacción.

A las dudas, a las vacilaciones, a las desconfianzas y recelos que, durante tanto tiempo, han debilitado la acción de las fuerzas socialistas del país, debe suceder, sin tardanza la resolución, la camaradería y la unión más estrecha.

El derrumbe del régimen existente y la construcción de un régimen socialista no puede ser -bien lo sabemos ya- fruto de un afortunado golpe de audacia, obteniendo mediante una feliz combinación transitoria de elementos determinados. No. Tiene que ser el resultado de la organización, de la disciplina y de la consciencia de la vanguardia económica social que prepare, realice y afiance la instauración de un nuevo régimen.<sup>147</sup>

Finalmente, el 19 de abril de 1933 los partidos del Frente Único Socialista (la Orden Socialista, el Partido Socialista Marxista, el Partido Socialista Unificado, la Acción Revolucionaria Socialista y la Nueva Acción Pública) llaman a una reunión de directivas para tratar la contingencia de excepción y su rol como opositores al Gobierno, apareciendo en la misma instancia un voto por la fusión inmediata de las organizaciones allí presentes en un solo partido, que se denominará a partir de ese momento “Partido Socialista”.<sup>148</sup>

La fundación del PS implicó diversos asuntos al interior del debate público, del sistema de partidos y particularmente en las fuerzas de izquierda. En primer lugar, es el primer paso a la unidad orgánica de una serie de corrientes y lecturas que se identifican bajo la etiqueta *socialista*, en un momento en que el socialismo, como concepto y orientación política, es

---

<sup>146</sup> Eugenio Matte Hurtado, “Resurrección”, *La Opinión*, 16 de abril de 1933.

<sup>147</sup> *Idem*.

<sup>148</sup> *La Opinión*, 20 de abril de 1932.

compartido por múltiples actores. Con esto, el nuevo partido toma distancia de otras expresiones políticas que reivindicaron el proyecto socialista, como el Gobierno de Dávila y la federación de izquierdas, incluso cuando estos últimos intentaron acercarse al grovismo y al *socialismo revolucionario* al Gobierno de Alessandri. El nuevo partido se fundó en torno a un acontecimiento, a una figura y a un programa que pese a su efímera vigencia resultó determinante para lograr la unidad de las distintas tendencias y para separar aguas del resto de grupos, movimientos y personeros que también reivindicaron la causa socialista.

De modos muy iniciales, el PS configuró un lenguaje común con el que estableció diferencias más claras con el resto de las tendencias socialistas a partir de una interpretación que relevó el sentido fundacional de la revolución del 4 de junio. Ya durante la campaña presidencial, la República Socialista se concibió como el hecho fundante de una movilización revolucionaria aún en curso y dirigida por los trabajadores manuales e intelectuales, dando inicio a un proceso “en marcha” a partir de esa sublevación y cuyo paso siguiente era la elección de Grove como presidente. Tanto las adhesiones recibidas por la primera Junta como la campaña presidencial afirmaron esa lectura, separando a las tendencias *revolucionarias* agrupadas en torno a Grove de las *reformistas* y *plutocráticas* agrupadas en la Federación de Izquierdas y en los liderazgos liberales de Alessandri y Zañartu. La fundación del PS implicó una definición política y un acontecimiento transformador que terminó por asociar la laxa y convocante causa socialista a la experiencia de los primeros doce días de revolución, al grovismo y a las tendencias revolucionarias en desmedro de las lecturas puramente estatistas y reformistas.

Sin embargo, la fusión es también el encuentro de distintas matrices ideológicas, interpretaciones doctrinarias y referentes culturales que lejos de homogenizarse harán recurrente el debate y el faccionalismo durante los primeros años de vida del partido. Si bien existieron referentes comunes, los lenguajes que confluyeron en el nuevo partido seguían tradiciones ideológicas diversas, creando una organización donde el discurso proletario se encontró con el de los trabajadores manuales e intelectuales, el ideal redentor con el evolucionista y el revolucionario, formando un vocabulario diverso y expresivo de estas diferencias. Las tendencias fundadoras del Partido Socialista chileno solo tuvieron en común un espíritu *revolucionario*, vocación de *avanzada* y una actitud común frente a la República Socialista y al liderazgo de Grove, divergiendo respecto de los medios, tácticas y fines de la política socialista, y asuntos vitales como la orientación clasista, la vocación de masas, el parlamentarismo y la formación de coaliciones.

El PS agrupó en su seno diferentes lenguajes y discursos, distintas conceptualizaciones sobre la revolución y su naturaleza, y a múltiples referentes culturales y políticos que hicieron de la diversidad el rasgo identitario del nuevo partido. Marxistas, “socialistas de Estado”,

evolucionistas y revolucionarios confluyeron en el PS.<sup>149</sup> También lo hicieron obreros, profesionales y empleados públicos, conformando una base social diversa que se movilizó convocada por los símbolos del 4 de junio.

Si bien es cierto que Grove logró convocar a parte importante del espectro socialista, su figura y el hecho simbólico de su corto paso por el Gobierno no fueron argamasa suficiente para mantener la unidad de las diversas tendencias, configurando una contradicción interna entre corrientes ideológicas con diversos modos de entender la doctrina, los fines y las tácticas de la nueva organización. La convivencia de corrientes altamente ideologizadas fue una tensión permanente, que no fue resuelta hasta finales de la década de 1940, luego de una definición en lo ideológico y en lo político que coincidió con la declinación de la influencia *grovista* en la conducción de la colectividad.

El nuevo partido logró crecer electoralmente y consolidar su presencia en el mundo sindical en pocos años. La experiencia de la República Socialista conmovió a las “clases productoras” tanto como a la clase media, logrando unificar a sectores del movimiento obrero con gremios de empleados y colegios profesionales, y configurar una alternativa política de izquierda de nuevo tipo en momentos que el PC se encontraba ideológicamente sujeto a la Unión Soviética y orgánicamente debilitado por la persecución de la dictadura ibañista. La pretensión de unir a “todos los que trabajan en el campo, en la fábrica, la escuela, la oficina”<sup>150</sup> en un partido revolucionario y antioligárquico modificó la configuración del sistema de partidos al movilizar un amplio y heterogéneo conjunto de reivindicaciones, permitiendo la convivencia de aspiraciones revolucionarias y otras que, sin necesariamente exigir la colectivización total del régimen, aspiraban a la transformación estructural del Estado y su rol en la sociedad.

La República Socialista impulsó una serie de demandas favorables al crecimiento del sector público y a la promoción del rol social del Estado como corrector de las desigualdades agudizadas con la crisis económica global del periodo. También movilizó detrás del ideal socialista a sectores obreros y clases medias, permitiendo la confluencia del discurso tecnocrático con el ideal redentor y revolucionario ligado al movimiento obrero.<sup>151</sup> Como expresión de esta confluencia de demandas y expectativas

---

<sup>149</sup> Una colección completa de los principales documentos doctrinarios de las distintas tendencias del socialismo que fundan el PSCh se encuentra Eduardo Devés y Carlos Díaz (eds.), *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*, Santiago, América Latina Libros, 1987.

<sup>150</sup> Oscar Schnake, “No somos un partido más”, Alejandro Witker (ed.), *Historia documental del socialismo chileno. Tomo I*, Universidad Autónoma de Guerrero, 1983, 24.

<sup>151</sup> Verónica Valdivia, *Subversión coerción y consenso. Creando el Chile de Siglo XX*, Santiago, LOM Ediciones, 2018, 248-249.

sociales, las tendencias fundadoras del PS acordaron laxos principios generales, que sancionaron el marxismo como un principio orientador, reconocieron la división de la sociedad en clases y negaron que “la transformación evolutiva” del régimen político-social sea posible por medio del sistema democrático, haciendo de la dictadura de trabajadores una fase inevitable en la construcción del nuevo régimen.<sup>152</sup>

Si bien la República Socialista fue levantada por las mismas tendencias como un acontecimiento de rasgos fundacionales durante la campaña presidencial, estas estuvieron lejos de actuar con “unidad política-ideológica”<sup>153</sup> durante los doce días de Grove. Si bien lograron al menos la unidad política, la discusión sobre principios y orientaciones quedó abierta y fue largamente postergada. La fusión de las tendencias en un solo partido generó un discurso expresivo de la diversidad ideológica del socialismo, conviviendo el nacionalismo y el indoamericanismo; las referencias a Marx y Lenin junto con sendos comentarios sobre el Frente Popular francés y críticas al estalinismo en sus versiones criolla e internacionales. El nuevo partido había quedado configurado como una alternativa real de poder, con liderazgos y un programa inspirados en la revolución de junio, pero también con un discurso revolucionario y rupturista, de marcadas tendencias obreristas y de masas.

En los años posteriores el PS vivió su primer auge gracias a la figura de Grove y a la impronta movilizadora y renovadora de su discurso. El partido participó junto a los “plutócratas” radicales y “estalinistas” del PC en el Frente Popular, permitiendo por primera vez el ingreso de la izquierda al poder y la institucionalización del socialismo. Sin embargo, la participación en el Gobierno será un primer foco de conflictos internos y faccionalismo. El PS vivirá sucesivas crisis internas, escisiones y luchas intestinas, todas tendrán en común un desacuerdo vital respecto de la política socialista, su vocación revolucionaria y su sentido como partido de clase. Su rol en el Gobierno, su papel en el mundo sindical y su acción en el espacio parlamentario también serán motivo de frecuentes debates de marcado carácter ideológico. El PS si bien quedó fundado en 1933 no se encontró del todo definido en sus medios y objetivos hasta más de una década después.

---

<sup>152</sup> “PS. Declaración de principios 1933”, en Witker *op. cit.*, 19.

<sup>153</sup> Manuel Dinamarca, *La República Socialista. Orígenes legítimos del Partido Socialista*, Santiago, Documentas, 1987, 166.

## 2. Auge, crisis y transformación del socialismo chileno. 1938-1957

La fundación del Partido Socialista permitió una diferenciación discursiva e ideológica que separó aguas entre las tendencias *revolucionarias*, que se aglutinaron en torno a la figura de Grove y sus doce días de gobierno, y las tendencias ligadas al proyecto *reformista* del alessandrismo. El PS imprimió a su discurso una impronta renovadora que fue característica en sus primeros años de vida organizada. El partido fue fundado con la misión explícita de instaurar una república de carácter democrática y socialista, rompiendo con cualquier elemento de continuidad y compromiso con el viejo Estado “capitalista y plutocrático”. Sin embargo, la confluencia de diversas matrices ideológicas e intelectuales articularon un discurso que, pese a sus elementos comunes, continuó expresando diversas posiciones y lecturas respecto del proyecto socialista en Chile.

El PS se definió como un “partido de acción”, lejos del sectarismo y el “dogmatismo de folleto” tan característico de la izquierda de la época, insistiendo que la finalidad de la organización es “actuar y no hacer discursos y animar inacabables discusiones”.<sup>154</sup> Su semanario, *Consigna*, declaraba que frente al comunismo “ortodoxo y dogmático, siempre dividido y siempre ineficaz”, y a la “metafísica de algunos espíritus abúlicos siempre desconectados de nuestra realidad” la voz del nuevo partido será “sin dogma y sin utopía, sin retórica y sin infantilismo”.<sup>155</sup> *Vivir primero y filosofar después*<sup>156</sup> fue la primera orientación teórica y doctrinaria de la organización, más importante inclusive que los puntos de la declaración de principios. El PS consideró la discusión doctrinaria como un asunto delicado y conflictivo, culpable de alentar el divisionismo de la izquierda y de restar atención a los asuntos importantes: no se trataba de tener la razón, sino de triunfar. Según *Consigna*: “La verdad de la historia no es del que tiene la razón de los libros, sino del que tiene la razón de los hechos. No es ahora de Trotsky, que vaga por el mundo con toda la lucidez de su genio, sino de Stalin, que de acuerdo o no con la doctrina, está construyendo una gran nación sobre las ruinas de un régimen”.<sup>157</sup>

El PS desarrolló una personalidad propia que se tradujo en un estilo de conducción y movilización característicos. Durante la década de 1920 y 1930 se vivió un proceso de militarización de la política que extendió un estilo marcial de movilización hacia los sectores civiles. Durante el periodo

---

<sup>154</sup> *Consigna*, 19 de mayo de 1934.

<sup>155</sup> *Idem*.

<sup>156</sup> “Valor de la doctrina y la acción”, *Consigna*, 26 de mayo de 1934.

<sup>157</sup> *Idem*.

aparecieron distintos grupos de choque y milicias orientados a la autodefensa y la violencia callejera, que exacerbaban valores como la disciplina y la organización jerarquizada extendiéndolos a distintas organizaciones políticas. La explosión de la violencia callejera, la sensación de amenaza contra la propiedad producto de la República Socialista y la desconfianza hacia los sectores uniformados producto del ibañismo, sirvieron como justificación para la fundación de organizaciones milicianas y grupos armados, que proliferaron como una reacción al desgobierno y la descomposición de las relaciones cívico-militares durante el periodo.<sup>158</sup> Como una reacción al ambiente de violencia callejera creado por las Milicias Republicanas, conformada por civiles armados que actuaron con amparo del Gobierno y sectores políticos conservadores, y la aparición de grupos de choque del joven Movimiento Nacional Socialista de Chile (MNS), el PS organizó su propio cuerpo miliciano.

Las Milicias Socialistas, a menudo denominadas “Camisas de acero” por el color gris de sus uniformes adornados por una corbata roja, también dieron sentido a la impronta de acción y movilización agitada por el PS durante sus primeros años de vida. Creadas con fines defensivos y para trabajar junto a las Fuerzas Armadas “a fin de oponerse a las posibilidades fascizantes que se vienen propalando en el ambiente público”, también sirvieron para exacerbar los valores de la disciplina y la cohesión frecuentemente agitados por Grove, Schnake y otros altos dirigentes del socialismo.<sup>159</sup> Las milicias también entregarían al mártir más importante de los primeros años, el escritor y militante de las Juventudes Socialistas Héctor Barreto, asesinado en 1936 por un grupo del MNS y capitalizado como ícono de sacrificio, heroísmo y antifascismo por el PS durante los años siguientes.<sup>160</sup>

Sin embargo, el escaso desarrollo de la declaración de principios, el excesivo pragmatismo, el desprecio oficial por el ejercicio doctrinario y la convivencia de tendencias con diversas interpretaciones respecto de puntos fundamentales fueron las tensiones características durante los primeros años del desarrollo político e intelectual socialista. Pese a que discursivamente se rescató la posibilidad de formar la doctrina en la acción política, siempre y cuando esta no se convierta en un dogma, el debate

---

<sup>158</sup> La más importante de estas agrupaciones fueron las Milicias Republicanas, fundadas en 1932 bajo el amparo del gobierno de Alessandri. Ver Verónica Valdivia, *La milicia republicana. Los civiles en armas. 1932-1936*, Santiago, DIBAM, 1992, y Luis Corvalán Márquez, “Orígenes, trayectoria e identidades ideológicas de la milicia republicana, 1932-1936”, *Izquierdas* 29, septiembre de 2016, 149-185.

<sup>159</sup> Partido Socialista, *Estatutos de las Milicias Socialistas*, Santiago, Dpto. Nacional de Defensa, 1938, 2.

<sup>160</sup> Ver: Fabio Moraga Valle, “El asesinato de Héctor Barreto y la cultura política de la izquierda chilena en la década de 1930”, *Universum* 24:2, 2009, 114-138.

respecto de los principios y finalidades del partido tomó un carácter polémico. En el fondo, las distintas escisiones de este primer periodo obedecieron a este punto no resuelto, permitiendo que diversas posiciones bregaran desde dentro por el control del partido y sus orientaciones.

La posibilidad de colaborar con el comunismo y el radicalismo fue una primera tensión que caracterizó el debate durante el Frente Popular y el Gobierno de Pedro Aguirre Cerda. Durante la organización del frente, un sector abogó por proclamar la candidatura del exdictador Carlos Ibáñez generando una primera ola de expulsiones y fraccionalismo. Sin embargo, la participación socialista en el Gobierno a partir de 1939 puso de manifiesto un disenso más profundo sobre las características del proceso y del papel transformador del partido. Para algunos, la entrada a los ministerios debía crear condiciones para la aplicación de medidas socialistas, por lo que exigieron la reforma agraria y la nacionalización de la producción, mientras que para otro sector, principalmente vinculado a la directiva, el triunfo del Frente Popular no indicaba “la hora del socialismo”.

El quiebre se dio finalmente en 1940, cuando la facción *inconformista* liderada por Cesar Godoy Urrutia fue expulsada del partido argumentando indisciplina y la presencia de elementos trotskistas. La disputa terminó con un grupo de milicianos del PS irrumpiendo en una reunión de opositores al Comité Central, hiriendo de muerte al inconformista y miembro del Comité Central Pablo López Cáceres. Un importante grupo de expulsados se reorganizó fundando el Partido Socialista de Trabajadores (PST), agitando una política sindical orientada a crear un frente clasista y revolucionario, un Frente de Trabajadores. El conflicto avivó un debate respecto del papel del partido en el Gobierno, una crítica a la excesiva burocratización y al constante interés de las directivas por participar en acciones conjuntas con los partidos históricos. La participación socialista en ministerios durante los gobiernos radicales fue otro foco de tensiones que terminó en 1946 con la salida del fundador y caudillo Marmaduke Grove. Las disputas por seguir colaborando con Juan Antonio Ríos terminaron con el coronel en un pequeño y aislado Partido Socialista Auténtico, el que finalmente se diluyó tras un paupérrimo desempeño electoral junto a la figura del otrora líder máximo del socialismo, quien también perdió su cupo en el Senado en 1949.

El PS intentó copar el espacio de la izquierda en desmedro del PC, admitiendo entre sus filas a todos quienes comulgaran con una amplia definición de *socialismo de izquierda* y revolucionario. La heterogeneidad ideológica y social del PS configuró corrientes de opinión que se movieron entre la acción estatal, el reformismo y la cooperación parlamentaria, y una posición de clase, revolucionaria y rupturista con el orden estatal vigente, sus partidos y sus símbolos. Pese a la postergación de las definiciones en lo ideológico, el PS logró en poco tiempo aumentar su militancia y consolidar su influencia en organizaciones obreras, de empleados, en el Parlamento y

en los ministerios. Los puestos de Gobierno y la presencia creciente en el aparato estatal diversificaron aún más los sectores sociales representados en el partido y, con ellos, se multiplicaron las corrientes de opinión y los liderazgos. A los grupos fundadores se sumó durante las décadas de 1930 y 1940 el comunismo disidente de Manuel Hidalgo y la Izquierda Comunista, también ingresaron algunas organizaciones de tendencias trotskistas y anticomunistas, nacionalistas de izquierda y ex radicales.

En medio de un clima de disensos, el PS sancionó una posición independiente que rompió con la política de alianzas con partidos centristas iniciada con el Frente Popular cuya primera consecuencia fue la pérdida de 11 diputados en las elecciones parlamentarias de 1945. El retroceso electoral se tornó crítico después de las elecciones presidenciales extraordinarias del año siguiente, cuando el candidato Bernardo Ibáñez, Secretario General del PS proveniente del mundo sindical, obtuvo apenas el 2,54 % de los votos. La candidatura pretendió ser una expresión independiente y de izquierda a la combinación radical-comunista, sin embargo, el fracaso electoral revivió el debate respecto de la participación socialista en un gobierno radical. La posibilidad de entrar al Gobierno animó la formación de una tendencia *regeneradora* encabezada por una generación distinta a la de 1930, que disputó el control de la organización e insistió en la necesidad de dar definiciones doctrinarias claras al partido.

La posición de vanguardia y la vocación renovadora del socialismo fue disputada por dos opciones de conducción que se riñeron por el control de la organización. Las tendencias debatieron sobre el ideal socialista y configuraron una compleja convivencia interna que fue incapaz de resistir la dinámica del debate sin escindirse. En 1947 el presidente radical Gabriel González llamó a los socialistas a colaborar con el Gobierno, el sector liderado por Bernardo Ibáñez concurrió al nuevo ministerio contrariando la posición de independencia gubernativa proclamada por el partido. El mismo sector contribuyó con sus votos parlamentarios, contra la posición oficial del partido, en la aprobación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, sellando el inicio de una nueva etapa de proscripción y persecución del PC y de toda la izquierda, militantes socialistas incluidos.

El disenso derivó en una nueva escisión de las fuerzas socialistas, que se organizaron en un pequeño Partido Socialista de Chile (PSCh), que siguió colaborando con el Gobierno y un Partido Socialista Popular (PSP) que se quedó con el grueso de la militancia y representación parlamentaria. La división implicó una nueva separación de aguas entre dos concepciones del ideal socialista, configurando un momento de definición discursiva y conceptual que colocó en el centro del debate materias como el compromiso democrático del partido, sus posibilidades de integrar coaliciones pluriclasistas y, sobre todo, la necesidad urgente de definir programática e ideológicamente a la organización para evitar nuevas confusiones.



El PSP se opuso a la proscripción del PC, a la persecución del movimiento sindical y al encarcelamiento de parlamentarios bajo invocación de la ley represiva, comenzando a definir nuevas orientaciones. La división transformó la política del socialismo popular, que comenzó a rechazar cualquier entendimiento con los partidos históricos, a propiciar la organización de un movimiento sindical unitario y dirigido por una alianza excluyente de partidos *genuinamente populares*, y a reflexionar sobre las condiciones y naturaleza del proceso revolucionario en Chile. Tomando como base la fundamentación teórica redactada por Eugenio González, el PSP se dio a la tarea de elaborar una estrategia para la conquista del poder y realizar la revolución socialista: el Frente de Trabajadores (FT).

Las definiciones doctrinarias del PSP despuntando la década de 1950 fueron un momento de discusiones intelectuales y transformaciones ideológicas para el pensamiento socialista, que repensó sus vínculos con el extranjero y sus modelos interpretativos sobre el proceso social en Chile y el mundo. La toma de posiciones consolidó un lenguaje común y compartido, con características particulares y distintivas a partir de ese momento. Si bien el proceso no implicó una ruptura radical con la discusión desarrollada desde la década de 1930, entregó una nueva carga semántica al discurso y vocabulario socialista, tendiendo a la unificación de criterios y al establecimiento de consensos doctrinarios mínimos a la hora de diagnosticar y caracterizar la realidad nacional, definir una estrategia y medidas programáticas compartidas, al menos inicialmente, por toda la militancia socialista.

Mediante el análisis crítico de su experiencia previa, el PSP delineó nuevos principios guías para la reflexión teórica y política, leyendo de modo crítico sus divisiones y actuaciones en labores de colaboración y oposición al Gobierno. A partir de ese momento, los conceptos más importantes del socialismo, como la revolución, su contenido clasista y antiimperialista, fueron nuevamente sistematizados. Pese a esto, el debate respecto de estos asuntos no quedó clausurado, ni mucho menos se logró un acuerdo total respecto del *verdadero* socialismo y de la *correcta* aplicación de la estrategia del Frente de Trabajadores, la cual siguió siendo objeto de diversas interpretaciones y transformaciones posteriores.

## 2.1 Auge y crisis del socialismo chileno

La política represiva del Gobierno después de 1932 rompió las relaciones entre los otrora conspiradores antiibañistas, enfrentando a Alessandri y Grove. Las facultades extraordinarias desterraron y encarcelaron nuevamente a numerosos dirigentes de izquierda. Grove fue nuevamente detenido, el secretario general Oscar Schnake pasó a la clandestinidad y el Gobierno decretó el cierre temporal del semanario *Consigna*. El PS respondió a la ola represiva llamando a articular “bloques de

lucha parlamentaria, de sindicatos en resistencia bajo comandos comunes, de milicias obreras que se apresten a defender la vida de los trabajadores. Una acción única, perseverante y tenaz, que abarque a todo el proletariado chileno sin distinción de matices revolucionarios o diferencias doctrinales”.<sup>161</sup> Bajo esta lógica, los partidos Radical Socialista, Democrático, Socialista y la Izquierda Comunista formaron el Block de Izquierdas, en un intento por unificar al sector en oposición al Gobierno y las facultades extraordinarias.

En 1935 la Comintern puso fin a las políticas del “tercer periodo”, terminando con la lectura aceptada por la Unión Soviética que señalaba a los PC del mundo como conductores naturales del movimiento obrero. Desde Moscú se promovió una nueva línea política, que impulsó a los partidos comunistas a facilitar la creación de alianzas amplias con partidos burgueses en torno a un programa de defensa de las libertades democráticas para formar una “barrera de contención” al ascenso del fascismo en el mundo. En Chile, el PC dio un giro hacia lo nacional a la hora de leer y diagnosticar el proceso político-social, planteando que, en los países coloniales, sectores de la burguesía son tan perjudicados por el imperialismo como el proletariado. A partir de este momento, un pequeño sector de la burguesía nacional comenzó a ser vista como un aliado potencial del proletariado en las etapas tempranas del proceso revolucionario. Con este viraje, el PC puso fin a años de política aislacionista y sectaria, comenzando a agitar las banderas de la unidad con sectores medios y la *burguesía progresista*. La nueva alianza debía reunir a todas las clases explotadas con el doble objetivo de aislar a la gran burguesía terrateniente y de contener electoralmente el ascenso del fascismo.<sup>162</sup>

Si bien la política represiva ya había acercado a ambos partidos con anterioridad, el viraje del PC incluyó una invitación a los socialistas y el Block de Izquierdas, terminando con una etapa inicial de enfrentamientos por la hegemonía y el control de las organizaciones obreras. Los socialistas, sin dejar de reclamar una posición de conductores de la izquierda, contestaron que les “alegraba” el viraje, el cual vendría a reconocer que la orientación política y sindical del PS “corresponden a la verdadera interpretación marxista de la actual época”.<sup>163</sup> Después de la invitación comunista, en el PS emergió una nueva lectura del desarrollo político nacional que acercaría las posiciones de izquierda. Las medidas represivas y las facultades extraordinarias del Gobierno fueron leídas como parte de un momento de fascistización de la política americana, en el que la represión

---

<sup>161</sup> “Otra Vez”, *Consigna*, 9 de marzo de 1935.

<sup>162</sup> María Soledad Gómez, “Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista de Chile (1922-1952)”, Augusto Varas (comp.), *El Partido Comunista de Chile*, Santiago, CESOC/FLACSO, 1988, 65-140.

<sup>163</sup> “Contestando al Partido Comunista”, *Consigna*, 1 de mayo de 1935.

de la protesta reivindicativa y la instalación de gobiernos dictatoriales fueron vistos como la expresión de una nueva estrategia política oligárquica, orientada a contener el avance popular por medio de la dictadura y la represión. En este contexto de grupos de choque y estados de sitio, el antifascismo y la defensa del régimen democrático comenzaron a asumir un espacio central en el discurso socialista, acusando el auge de los gobiernos nazifascistas en Europa y las tendencias corporativistas de algunos gobiernos americanos.

Al interior del PS comenzó a circular la idea de una “unidad revolucionaria” para captar a los sectores de la pequeña burguesía “propensos a la demagogia del fascismo”. Observando los casos de Francia y España, el partido apuntó hacia la “captación absoluta dentro de la pequeña burguesía manual e intelectual” para evitar la penetración fascista en el Gobierno.<sup>164</sup> El llamado comunista propició la unidad sindical, instalando en la directiva del PS un cambio de línea. En sus inicios, el Block se propuso la conquista del poder por parte de la izquierda para la instauración de la república socialista, sin embargo, poco antes de la realización del III Congreso del partido, la contención electoral del fascismo se instaló como la tarea fundamental del momento: “o Fascismo, supervivencia del capitalismo por un tiempo indefinido, aunque no eterno, o Socialismo, conquistado en una época en que se puede evitar el aplastamiento temporal de la Revolución Socialista”.<sup>165</sup>

Sin dejar de centrar su discurso unitario en torno al Block, el PS comenzó a reconocer que la alianza necesitaba ampliarse a los “sectores clasistas excluidos de él y extender su radio de acción a los centros más vitales de la lucha de clase”.<sup>166</sup> Oscar Schanke, afirmaba la apertura hacia la política unitaria señalando que aún podía ser perfeccionada y que la esencia del Frente Único propuesto por el PC, “que es una acción conjunta de los trabajadores con los sectores de clases medias, es lo que ha propagado el Partido desde su fundación”.<sup>167</sup> Al terminar el congreso de 1936, los socialistas aprobaron la nueva orientación proclamando a Marmaduke Grove, “Presidente Moral de Chile” como candidato del Block a la presidencia.

El Partido Radical formaba parte del Gobierno de Alessandri y pese a mostrarse favorable al entendimiento con la izquierda en un principio se negó a abandonar su posición en el oficialismo. La posibilidad de establecer relaciones con el radicalismo encontró resistencias en algunos sectores

---

<sup>164</sup> Ricardo Latchman, “Socialismo y Unidad Revolucionaria”, *Consigna*, 21 de diciembre de 1935.

<sup>165</sup> “El Congreso General del Partido”, *Consigna*, 18 de enero de 1936.

<sup>166</sup> *Idem*.

<sup>167</sup> “El Partido Socialista debe encabezar una revolución de sentido nacional”, *Consigna*, 1 de febrero de 1936.

socialistas, que convergieron en una corriente opositora a la política del Comité Central. Para estos sectores, liderados por Cesar Godoy y Ricardo Latchman, una combinación de frente único con los partidos históricos significaba entregarse al oportunismo del fragmentado Partido Radical. A ellos se plegaron algunas opiniones de *avanzada*, que desestimaban el potencial revolucionario de una alianza con la burguesía. Para estas tendencias, la consigna de un “Gobierno Popular Revolucionario” propuesta por la III Internacional configuraba una coalición incapaz de realizar cualquier transformación radical del orden, inclusive controlando el Estado.<sup>168</sup> La alianza con la burguesía no tendría más utilidad que la contención electoral del fascismo y la reacción, pues el PR “no concederá medidas más avanzadas porque jamás ha deseado concederlas. Está con un pie en el Gobierno, presionado por sus integrantes reaccionarios de la alta industria y aun del latifundio sureño, y con el otro en la oposición, bajo el influjo de sus capas inferiores oprimidas”.<sup>169</sup>

En marzo de 1936 el Partido Radical cortó vínculos con el Gobierno, llamando a la izquierda a formar el Frente Popular atendiendo al llamado unitario del PC. La nueva coalición fue aceptada parcialmente por el PR, que se negó a participar de una instancia común permanente, sin embargo, la presencia radical marcó un nuevo viraje en el discurso socialista. El PS, que había denunciado “la mentira democrática” desde su fundación, ahora se aprestaba a participar en elecciones formando una coalición con los criticados partidos históricos so pretexto de arrancarle la “careta constitucionalista” a la burguesía y sus instituciones.<sup>170</sup> Radicales, comunistas de izquierda y estalinianos, radicales socialistas, demócratas y socialistas proclamaron la unidad de la izquierda contra la “dictadura civilista” y las facultades extraordinarias en una combinación que para los medios partidarios demostraba “la consolidación de una conciencia revolucionaria en el proletariado y la pequeña burguesía chilena” en torno a los principios de “renovación democrática y una aspiración por una autentica república popular y representativa”.<sup>171</sup>

La aceptación “en principio” de los radicales para participar del frente supuso formas distintas de pensar el nuevo escenario de colaboración al interior del PS. Para su Secretario General, el acuerdo mantenía la independencia de cada fuerza, sin embargo, relevó la importancia de contar con la experiencia electoral y burocrática de los “hombres del orden” del PR en un futuro Gobierno. En pro de la unidad, Schnake afirmó que el PS concedía “una tregua en el sincero empeño

---

<sup>168</sup> Oscar Weiss, *Frente popular y lucha de clases*, Santiago, Imprenta y encuadernación Lers, 1936.

<sup>169</sup> *Ibid.*, 12.

<sup>170</sup> “Preparamos una elección triunfante”, *Consigna*, 29 de febrero de 1936.

<sup>171</sup> “La tiranía Alessandrista y el Frente Popular”, *Consigna*, 7 de marzo de 1936.

revolucionario” a cambio de que los radicales y grupos políticos de clase media se comprometieran con la defensa del orden democrático y un programa de mejoras en el nivel de vida de las masas trabajadoras.<sup>172</sup> Para figuras como Cesar Godoy, el Frente Popular no podía significar la traición a los principios del socialismo, su condición de vanguardia ni a su vocación renovadora. Más que una tregua, los partidos obreros debían transformar a los sectores reformistas en revolucionarios, cuidándose de la “peste electoralista” propia de los partidos burgueses.<sup>173</sup>

En 1937 el FP encaró la elección parlamentaria virtualmente dividido. El PR se guardó su independencia y compitió contra las fuerzas de izquierda en algunas provincias con candidatos propios, mientras que el PC y el PS dividieron sus candidaturas en otras. Los socialistas lograron 18 diputados y 3 senadores, transformándose en la mayor fuerza de izquierda con el 11,2 % de los votos —los comunistas obtuvieron solo el 4,2 %— y en la segunda mayoría frentista, reclamando un espacio protagónico en la conducción de la coalición y un hipotético Gobierno. Los resultados electorales proyectaron al Frente Popular como un serio candidato presidencial, avivando el debate sobre la candidatura entre el PS, con la propuesta de Marmaduke Grove y el Partido Radical, que condicionó su continuidad en la alianza a la designación de un candidato de sus filas.

En apenas cuatro años de existencia el PS logró crecer electoralmente, organizar una Central Nacional Sindical bajo su influencia y asumir un rol protagónico en la articulación del Block y el Frente Popular. Los socialistas se convirtieron en una opción para la izquierda y el movimiento obrero en momentos que el PC se encontraba dividido y debilitado por años de persecución. Sin embargo, para los socialistas se había inaugurado una tensión entre los objetivos de corto y largo plazo<sup>174</sup> o, dicho de otro modo, entre las pretensiones de gobierno y la vocación revolucionaria profesada por distintos sectores del partido. Después de las elecciones, el PS se volcó de lleno a trabajar en la candidatura de Grove y a promover la unidad orgánica de las fuerzas frentistas para evitar futuras descoordinaciones y traiciones en el campo electoral y parlamentario.

Pese al triunfalismo poselectoral, el campo de la izquierda estaba lejos de la hegemonía socialista. Liderados por el diputado Ricardo Latchman, un grupo de militantes abandonó el PS para fundar, junto a los radical-socialistas y una facción del Partido Democrático, la Unión Socialista (US) con la finalidad de apoyar la candidatura de Carlos Ibáñez.<sup>175</sup>

---

<sup>172</sup> Oscar Schnake, “Hacia el Frente Popular”, *Consigna*, 21 de marzo de 1936.

<sup>173</sup> Cesar Godoy, “Los partidos obreros y el Frente Popular”, *Consigna*, 9 de mayo de 1936.

<sup>174</sup> Julio Faúndez, *Izquierda y Democracia en Chile, 1932-1973*, Santiago, Ediciones BAT, 1992, 88-95.

<sup>175</sup> En 1938 los militantes de la USCh se dividen ingresando al Partido Radical y a la Alianza Popular Libertadora de Ibáñez, disolviendo definitivamente el partido.

La US intentó tender puentes entre el candidato y las directivas del frente, y el mismo Ibáñez se declaró a favor de profundizar el izquierdismo de la coalición, rechazando toda relación con el fascismo europeo y el nacismo criollo.<sup>176</sup> El llamado a ampliar las bases del frentismo fue rápidamente rechazado por el PS, que acusó a Ibáñez de ser una nueva estrategia oligárquica y a los sectores que concurrieron en su apoyo de fascistas y divisionistas.<sup>177</sup> El problema de la candidatura quedó zanjado con la proclamación de Pedro Aguirre Cerda, que pese a ser acusado de “derechista” por el PS, contó con el apoyo de Grove quien decidió renunciar a sus aspiraciones en un gesto de unidad para nada desinteresado.

Detrás del discurso unitario persistieron interpretaciones disímiles respecto del FP y sus proyecciones socialistas y renovadoras. El acuerdo sobre los principios antifascistas, antioligárquicos y antiimperialistas con el que el PS caracterizó su participación en la alianza y en un hipotético Gobierno, no resolvió el debate respecto de la vocación transformadora de la política frentista. Para algunos editorialistas, los objetivos del frente no podían agotarse en la contención del fascismo y el compromiso democrático, “el Frente Popular puede y debe ir más lejos, hasta superar la actual fase democrática y abrir el cauce para un nuevo régimen, la conquista del poder por los trabajadores y la implantación del socialismo”.<sup>178</sup> Sin embargo, para otros, el Frente fue percibido como una alianza transitoria para derrotar a la oligarquía, cerrar la vía institucional al fascismo y lograr reivindicaciones económicas para las masas trabajadoras. Para este sector “el Frente Popular no supone la instauración del socialismo, únicamente supone la realización de una etapa política previa de organización política y sindical, de obtención de una serie de reivindicaciones económicas y fortalecimiento de las masas populares para luego conquistar el poder”.<sup>179</sup>

Pese a estas diferencias, la campaña transcurrió sin nuevos sobresaltos internos y el PS, una vez desechada la candidatura de Grove, se plegó totalmente a la candidatura de Aguirre Cerda limitándose a exigir el compromiso programático de las distintas fuerzas en el caso de conquistar el gobierno.<sup>180</sup> A través de las editoriales del periódico *Claridad*, se defendió el sentido democrático y respetuoso de la institucionalidad que inspiraba al Frente Popular chileno, el cual, siguiendo el ejemplo de sus homólogos de Francia y España, se encargó de promover en el país “el clima histórico de

---

<sup>176</sup> Tomás Moulián, *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*, Santiago, LOM Ediciones, 2006, 47-51. El propio Carlos Ibáñez desecha su candidatura después de la matanza del seguro obrero el 5 de septiembre de 1938.

<sup>177</sup> “Con el pueblo o con el fascismo”, *Claridad*, 3 de febrero de 1938.

<sup>178</sup> Luis Zúñiga, “Significado del Frente Popular”, *Claridad*, 20 de febrero de 1938.

<sup>179</sup> Julio Balmaceda, “Antecedentes y significado del Frente Popular”, *Claridad*, 2 de agosto de 1938.

<sup>180</sup> “Detrás de Aguirre está Grove”, *Claridad*, 7 de junio de 1938.

integración” entre el proletariado y las clases medias. En desmedro de la revolución socialista, la candidatura pretendía que “la democracia llegue a ser un hecho real, incorporando en verdad a la vida del Estado a la inmensa mayoría de los chilenos que hasta ahora habían permanecido fuera de su órbita”.<sup>181</sup> En este sentido, el PS defendió la política frentista señalándola como un paso de consolidación de la izquierda y conquista del aparato administrativo “para abrir después, paso a grandes planes de organización definitiva de la economía chilena con vistas al interés de toda la colectividad”.<sup>182</sup>

Conforme se acercaba el 25 de octubre, fecha de la elección presidencial, el PS insistió en estos puntos, destacando el rol democrático y antifascista de la candidatura en desmedro de las tendencias revolucionarias y rupturistas. Con algunas diferencias, para el grueso de la opinión oficial del PS, el triunfo del Frente implicaba la defensa de las conquistas democráticas y la liberación económica de Chile en un sentido antiimperialista y nacional, y no la transformación radical del orden. Por otra parte, con la unidad como principio pragmático, hacia el final de la campaña el PS terminó por pedir los apoyos de la Alianza Popular Libertadora de Carlos Ibáñez a la candidatura frentista, reconociendo las distintas declaraciones en favor de la democracia y la “liberación económica nacional” vertidas por el exdictador.<sup>183</sup>

Finalmente, el Frente Popular se impuso en las elecciones presidenciales. Los socialistas vieron el triunfo como el fin de un ciclo partidario y la culminación del “grandioso proceso liberador que comenzó a vislumbrarse en las traicionadas jornadas de 1920, que comenzó a cristalizarse ya en forma efectiva después del 4 de junio de 1932 y, que ahora, plasmado ya vigorosa y definitivamente, coloca en manos del pueblo, a través de su abanderado y sus partidos, el poder político por medio del cual conquistara su pan y su libertad”.<sup>184</sup> El PS nombró ministros a Oscar Schnake en Fomento, Rolando Merino en Tierras y Colonización, y sumó a Salvador Allende como ministro de Salud y Asistencia Social en 1939, diciendo que con el ingreso de los militantes socialistas al ministerio son las masas las que accedían al poder.

Una vez instalado el nuevo Gobierno, el partido insistió en que no se debe “confundir un gobierno de Frente Popular con lo que podría ser un gobierno socialista”, puesto que su programa “no es más que una sombra pálida del programa del Partido Socialista”.<sup>185</sup> Con la entrada del PS al Gobierno se selló la institucionalización del partido, y con ella, se relevaron

---

<sup>181</sup> “El Frente Popular en el orden político”, *Claridad*, 7 de octubre de 1938.

<sup>182</sup> “El Frente Popular en el orden económico”, *Claridad*, 8 de octubre de 1938.

<sup>183</sup> Partido Socialista, “El triunfo nos pertenece”, *Claridad*, 13 de octubre de 1938.

<sup>184</sup> “El grandioso triunfo del pueblo”, *Claridad*, 26 de octubre de 1938.

<sup>185</sup> “Gobierno de Frente Popular”, *Consigna*, 24 de diciembre de 1938.

las labores ministeriales y el campo parlamentario en desmedro del discurso revolucionario y de masas que había caracterizado al partido hasta ese momento. Las directivas proyectaron la postura de concordia con la que afrontaron la campaña en pro de mantener sus nuevos espacios de influencia en el Gobierno y el Parlamento, y con ella, promovieron el ingreso de un nuevo tipo militante proveniente del aparato público que extendió la práctica del clientelismo, el ejercicio autoritario de los liderazgos y la supresión de la democracia interna.<sup>186</sup> Con esto, no tardaron en aparecer comentarios críticos a la burocratización y a una nueva casta de militantes *macuqueros* y afectos a los cargos de la administración pública.

El programa del Frente Popular no suponía la sustitución del capitalismo en el corto plazo y el Gobierno, ante su minoría parlamentaria, tampoco tuvo inconvenientes a la hora de negociar sus iniciativas en el congreso.<sup>187</sup> La negociación constante con la oposición fue leída rápidamente como una claudicación del frentismo, avivando las críticas contra el radicalismo y el rumbo del Gobierno. El debate sobre la política socialista se reactivó junto a una nueva división de las corrientes de opinión en su interior, enfrentando a una directiva moderada que justificaba su presencia en el Gobierno como prenda de garantía para el cumplimiento del programa y un sector que exigió la movilización de masas y el cambio revolucionario. El partido se tensionó, una vez más, respecto de sus fines y objetivos políticos, viviendo un nuevo debate ideológico que se expresó en el faccionalismo.

A poco de instalado Aguirre Cerda, fue la misma directiva la que pidió mayor celeridad en el cumplimiento del programa. Sin embargo, la crítica poseía distintas intensidades y motivos. Mientras algunos se mostraron descontentos con la nueva y burocratizada dinámica de la coalición frentista, otros criticaron directamente los fines programáticos de la participación socialista en el Gobierno. Para este sector, había llegado la hora de superar la fase democrática vigente y avanzar en la construcción del régimen socialista, superando las tendencias derechistas del Frente Popular. La directiva criticó el “extremismo infantil” de estos sectores e insistió en que el frente popular no es un régimen de revolución socialista, sino un medio “para conseguir la derrota de la reacción, la expulsión del imperialismo y la paralización del fascismo”.<sup>188</sup>

En diciembre de 1939, ante la proximidad del VI Congreso, se instaló un clima de crítica compartida a la labor del Gobierno y a la

---

<sup>186</sup> Drake, *Socialismo y populismo*, *op. cit.*, 210-214.

<sup>187</sup> Moulian, *op. cit.*, 52-55.

<sup>188</sup> Astolfo Tapia, “El Partido Socialista y sus responsabilidades de gobierno”, *Rumbo* 1, junio de 1939.



“peligrosa conformidad con lo existente” de los dirigentes radicales.<sup>189</sup> La directiva acusó el abandono del programa y la ausencia de medidas económicas en favor de los trabajadores, autoasignándose la obligación de “enmendar” el rumbo del gobierno. Sin embargo, en algunos sectores también surgieron acusaciones de corrupción administrativa, tendencias “antiobreras” y “desviaciones socialdemócratas” en contra de algunos militantes socialistas en la administración pública y personeros de la directiva.

Para este grupo, que se organizó en una tendencia inconformista, los directivos del PS habían asumido una posición moderada y promoviendo la burocratización del partido con el fin de controlarlo por medio de los numerosos militantes que se desempeñaban como funcionarios públicos. La corriente fue liderada por el diputado César Godoy Urrutia, quien desde el triunfo del Frente Popular español en 1936 había promovido replicar la coalición en la izquierda chilena. Sin embargo, el diputado advertía que colaborar con sectores burgueses podía desviar la línea socialista y al movimiento popular, poniendo al partido y a todo el FP al servicio de fuerzas que, como el Partido Radical, estaban comprometidas con la continuidad del régimen y los intereses oligárquicos.<sup>190</sup>

Para los inconformistas, la directiva se había transformado en espectadora de un Gobierno que no había avanzado en ninguna de las reformas prometidas por el programa frentista, criticando principalmente la falta de medidas orientadas a las clases medias y trabajadoras reunidas en la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCh). La tendencia fue apoyada por sectores de la Federación Juvenil Socialista y algunas corrientes de filiación trotskista provenientes de la Izquierda Comunista reunidas en torno al semanario *Combate*. Estos grupos acusaron al PS de haber claudicado en su vocación revolucionaria desechando la posibilidad de transformarse en la fuerza más importante del movimiento popular organizado.<sup>191</sup> Para el sector más radical del socialismo, el Gobierno debía cambiar el rumbo y realizar los puntos fundamentales del programa frentista “o la derecha aprovechará la pasividad del pueblo para recobrar el poder... Y la vuelta de la derecha al poder por cualquier camino significa, en mayor o menor tiempo, la liquidación a la manera fascista de nuestras organizaciones, nuestra prensa y nuestras vidas mismas”.<sup>192</sup>

Godoy levantó un discurso renovador y rectificador con el que disputo la conducción del partido, criticando directamente a Grove,

---

<sup>189</sup> “El gobierno debe realizar el programa de la izquierda”, *Consigna*, 18 de diciembre de 1939.

<sup>190</sup> Pedro Milos, *Frente Popular en Chile: su configuración, 1935-1938*, Santiago, LOM Ediciones, 2008, 93-97.

<sup>191</sup> Oscar Waiss, *¿A dónde vamos?*, Santiago, Ediciones Marxistas, 1940.

<sup>192</sup> *Ibid.*, 5.

Schnake, y a “la ola densa y viscosa de social-democrátísimo” imperante en las directivas.<sup>193</sup> La crítica inconformista fue profunda, apuntando a la falta de rigidez doctrinaria y al extravío de la misión última del partido: la construcción del socialismo. Los opositores definieron el inconformismo como una “corriente de recuperación” que pretendía rescatar las tradiciones de lucha fundacionales y abandonadas por el PS para mantenerse en el Gobierno.<sup>194</sup> La polémica alcanzó a los grupos de la Juventud Socialista, quienes vivieron su propia división respecto a la táctica y a la aplicación “justa” de la doctrina socialista en el Gobierno del Frente Popular. Grove, refiriéndose a la tendencia inconformista en la FJS, advertía los peligros de formar desde fuera de la coalición “un movimiento nacional de tendencia pura” que desencadenaría en “un gobierno de centro, tanto o más reaccionario que los anteriores”.<sup>195</sup> El debate sobre la participación en el aparato administrativo fue una constante del primer año de gobierno, registrándose diferencias políticas importantes en torno a los fines de la presencia socialista en el gabinete. Para la directiva de Schnake, que defendió la continuidad del PS en los ministerios como una verdadera prenda de garantía para el cumplimiento del programa, el inconformismo no era más que una desavenencia táctica y un impulso personalista de un grupo de diputados apoyados en el trotskismo. Godoy, por su parte, había representado a la tendencia que propuso abstenerse de participar en el gabinete después de la elección de Aguirre Cerda advirtiendo el riesgo de transformar al aparato estatal en un fin en sí mismo. La crítica le granjeó los apoyos de sectores que vieron en el FP la oportunidad propicia para avanzar en la construcción del socialismo e impulsar medidas más profundas. Durante la realización del VI Congreso, la directiva respondió de manera directa a la crítica del inconformismo diciendo:

Si bien es cierto que este gobierno no ha realizado hasta ahora las más urgentes reivindicaciones del programa de izquierda ni ha planificado la solución de los problemas de mayor envergadura, la verdad es también, que ha sido nuestro Partido el que más ha luchado por impulsar el cumplimiento de esas realizaciones. Si no ha tenido éxito para vencer las resistencias de la derecha y las dificultades planteadas por sectores de izquierda, hay que reconocer que ha sido el único que ha formulado públicamente soluciones concretas, en vez de limitarse a hacer críticas negativas que no aportan elementos constructivos a los gobernantes.<sup>196</sup>

---

<sup>193</sup> Cesar Godoy, “Origen y proyección del inconformismo”, *Norte* 1, 20 de julio de 1940.

<sup>194</sup> Cesar Godoy, *¿Qué es el inconformismo?*, Santiago, Editorial Combate, 1940.

<sup>195</sup> “El senador Grove define a la juventud socialista”, *Crítica*, 12 de febrero de 1940.

<sup>196</sup> Partido Socialista, *El Partido Socialista y su 6° Congreso Ordinario*, Santiago, Talleres Gráficos Gutenberg, 1940, 9-10.

Para tratar de apaciguar los ánimos divisionistas, el Comité Central propuso la revisión del plan de acción inmediata en el Gobierno. Sin embargo, la intención de la facción inconformista era llegar al Comité Central con Cesar Godoy a la cabeza para cambiar la dirección política del partido. Los opositores fueron derrotados por 165 votos frente a 201, resultando electo Grove como Secretario General. En abril de 1940 Godoy y otros cinco diputados fueron expulsados bajo acusaciones de trabajo fraccional, junto a ellos también fue expulsado el dirigente de la Federación Juvenil Socialista Orlando Millas. La directiva ordenó a las milicias desalojar los locales del partido ocupados por militantes inconformistas, produciéndose incidentes y enfrentamientos en distintas ciudades por el control de los locales del partido. En los enfrentamientos, las Milicias balearon al exmiembro del Comité Central Pablo López, carpintero proveniente de la Izquierda Comunista y de tendencia inconformista. Mientras el Comité Central titulaba “el inconformismo: pretexto para el divisionismo y la traición”,<sup>197</sup> el propio Godoy, una vez sellada su expulsión del partido, cerraba una larga intervención realizada en la cámara de diputados diciendo que el inconformismo “no es otra cosa que un movimiento de depuración (...) no es otra cosa que el impulso doctrinario para recuperar (el socialismo) y ponerlo otra vez, auténticamente, al servicio de los trabajadores de todo Chile para que se devuelva a este Partido el prestigio y la autoridad moral que nunca debió haber perdido”.<sup>198</sup>

La inconformidad con el FP fue extendida y se sostuvo ante la ausencia de “todas aquellas reivindicaciones inherentes al paso del régimen burgués al régimen socialista, que preparen la transición para después disolverse en el sistema de medidas de economía organizada según el plan que sirve para preparar la sociedad socialista”,<sup>199</sup> dando cuenta de un desencuentro profundo sobre los fines de la presencia del partido en el Gobierno. Detrás de la división hubo posiciones antagónicas a la hora de entender el rol de la organización en la política chilena, su estructura y sus liderazgos, pero también, sobre sus orientaciones y referentes culturales previos, que en palabras de Juan Garafulic<sup>200</sup> configuraron una interna con:

Una mescolanza de dos estados espirituales que han amamantado a la mayoría de nuestros componentes: el anárquico, inconformista, discudidor, individualista en el sentido de estar en

---

<sup>197</sup> Partido Socialista, “El inconformismo es un pretexto para el divisionismo y la traición del pueblo”, *Crítica*, 17 de abril de 1940.

<sup>198</sup> *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputado. Segunda Sesión Extraordinaria*, 21 de abril de 1940.

<sup>199</sup> Partido Socialista de Chile, *Tesis política presentada al VI Congreso del PS por la seccional Ñuñoa*, s/f, 22.

<sup>200</sup> Psiquiatra y escritor, identificado con el sector oficialista de Grove y Schnake. En 1946 asume como ministro de Salubridad Pública.

un eterno estado de defensa de la iniciativa, deberes y derechos individuales que en el lenguaje político se traduce en el término genérico y un tanto demagógico de ‘el respeto a las bases’ y con una íntima, perseverante y casi subconsciente tendencia a reaccionar más o menos violentamente contra todo lo que tenga olor a autoridad; y el demoliberal, herencia de las asambleas estudiantiles radicales, democráticas y liberales doctrinarias de los ateneos y asociaciones literarias, que han estimado siempre que la disciplina es una entidad platónica, buena para los demás, que debe predicarse pero no con el ejemplo, que debe acatarse solo hasta el punto que no altere la comodidad personal.<sup>201</sup>

La tensión entre socialistas inconformistas y socialistas oficiales fue el enfrentamiento entre dos tesis de conducción para el PS, una era la moderación y la negociación con el resto del FP en el ejercicio ministerial, y la otra era la precipitación, desde el Gobierno y el movimiento sindical, de los cambios de mayor alcance y profundidad en favor de las clases trabajadoras. Con esto, cuestiones como la relación del partido con la institucionalidad y su posibilidad de construir un gobierno popular desde el colaboracionismo con la “burguesía y la reacción” ocuparon un lugar central del debate. Mientras los inconformistas protestaban contra la directiva, la figura de Grove y el Gobierno, el Comité Central se limitó a responder con la expulsión de seccionales completas en Antofagasta, Valdivia y Tocopilla. Por su parte, Oscar Schnake siguió insistiendo en que “los socialistas no creemos que con el triunfo del Frente Popular, con la defensa de la constitución y de las leyes con un gobierno de partidos frentistas vayamos a hacer un gobierno socialista”.<sup>202</sup>

Pese a las acusaciones de la directiva, los diputados expulsados lograron aglutinar a un importante número de militantes provenientes de la organización juvenil del partido, corrientes de filiación trotskista y exmiembros de la Izquierda Comunista.<sup>203</sup> Estos grupos formaron el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), reuniendo en él a distintas corrientes críticas de la “orientación antipopular” del Gobierno. El PST reunió a dos sectores bien diferenciados: por una parte, grupos de izquierda críticos de las consignas frentepopulistas y partidarios de una política “socialista revolucionaria”, capaz de superar la fase de contención electoral del fascismo para pasar a realizaciones concretas en pos de la “toma revolucionaria del poder”. Por otra parte, el grupo de diputados liderados

---

<sup>201</sup> Juan Garafulic, “Disciplina”, *Rumbo* 7, diciembre de 1939.

<sup>202</sup> Oscar Schnake, “Los socialistas y el Frente Popular”, *Crítica*, 1 de marzo de 1940.

<sup>203</sup> David Corkill, “The Chilean Socialist Party and the Popular Front. 1933-1941”, *Journal of Contemporary History* 11:2/3, julio 1976, 261-273.

por Godoy, que propuso reorientar la acción del partido hacia las bases como forma de incidir desde el movimiento social y sindical organizado en la acción gubernativa. Sin proponer el fin del Frente Popular, los parlamentarios estaban dispuestos a colaborar con aquellas acciones y proyectos que beneficiasen directamente a los trabajadores. Pese a eso, el PST fue percibido por el frentismo como una oposición de izquierda, alentada por personalismos, revanchismos y corrientes divisionistas de inspiración trotskista y jamás fue admitida como un aliado probable.<sup>204</sup>

Los inconformistas no se desmarcaron totalmente del frente y se guardaron la posibilidad de “celebrar pactos políticos y electorales, sin enajenar su independencia, como le ha ocurrido a la combinación de FP”.<sup>205</sup> Exigieron el cumplimiento cabal del programa ofrecido al país y prometieron sus apoyos parlamentarios a todo proyecto que no contradiga los postulados doctrinarios del socialismo ni la vigencia de las libertades públicas de la clase obrera, como la sindicalización y la huelga.<sup>206</sup>

En la lectura del PST, el Frente Popular había sufrido un proceso de degradación desde su llegada al Gobierno producto de la híbrida composición de clases de la alianza, el excesivo electoralismo y la burocratización de los partidos obreros. Al declararse como una “corriente de recuperación”, el PST proclamó orientaciones de clase y se negó a participar de cualquier acuerdo que lo llevara a colaborar ministerialmente con el Gobierno.

El inconformismo tuvo el afán de transformar las dinámicas organizativas del burocratizado tronco socialista, orientándose principalmente al movimiento obrero, tratando de incidir en el mundo del trabajo exigiendo la afiliación sindical de todos sus militantes con miras a la organización de un *Frente de Trabajadores*, donde se agrupasen todas las fuerzas “genuinamente” socialistas y revolucionarias. Este frente:

No aceptará colaboración ministerial de ninguna especie, hasta que no se constituya un gobierno controlado íntegramente por los obreros. Con todo, aceptará acciones comunes con fuerzas afines, para defender las libertades democráticas y los derechos sindicales, y para luchar contra la guerra, el fascismo y los imperialismos, y por la conquista de mejores condiciones de vida para las masas explotadas, según un programa previo de reivindicaciones específicas, pero sin perder jamás sus postulados doctrinarios.<sup>207</sup>

---

<sup>204</sup> “El Partido Socialista manifiesta al país”, *Unidad* 1, 28 de abril de 1940.

<sup>205</sup> *Trinchera* 2, 18 de mayo de 1940, 1.

<sup>206</sup> *Norte* 5, 17 de agosto de 1940, 5.

<sup>207</sup> Partido Socialista de los Trabajadores, *Declaraciones fundamentales. Estatutos. Tesis para el 2º Congreso Nacional a celebrarse en Rancagua del 1º al 4 de mayo de 1941*, Santiago, Ediciones Combate, 7.

La escisión del PST fue la primera expresión crítica del desacuerdo socialista sobre los medios y los fines revolucionarios del partido. A partir de este momento, y pese a las sucesivas expulsiones, el PS se verá constantemente tensionado sobre la posibilidad de llevar a cabo una política revolucionaria, orientada a la toma del poder político y sus instituciones con fines transformadores; y una opción reformista, electoralmente movilizada y limitada por las formas de la vilipendiada “democracia burguesa”.

Tras el ingreso al Frente Popular la ausencia de un cuerpo doctrinario desarrollado alentó el disenso y el debate sobre los principios y fines programáticos de la política socialista. El escaso desarrollo de posiciones teóricas y programáticas dejó espacio para que las corrientes interpretaran de modos disímiles los objetivos políticos del partido. Mientras unos propusieron “posponer” los objetivos con el fin táctico de consolidar el Frente Popular, otros vieron el Gobierno como una oportunidad para precipitar un proceso de transformaciones de acuerdo con los laxos principios revolucionarios y socialistas del partido.

Los sucesos de 1940 dan cuenta del carácter del debate interno, cruzado por la convivencia de apreciaciones y discursos diversos, y del liderazgo caudillista y autoritario de Grove y los grupos oficiales que, pese a las expulsiones y depuraciones, siguieron recibiendo sucesivas críticas apuntando al burocratismo y extravío de los principios socialistas. Reflejo de lo anterior fue la realización de un Congreso General Extraordinario con el fin de superar las incidencias. La instancia dio espacio a todas las corrientes, incluyendo las opiniones y posiciones críticas sobre la labor del partido en el Gobierno.

La directiva intentó imprimir un sello de respeto a la diversidad y la democracia interna para marcar una nueva época organizativa, más madura, disciplinada y monolítica. El congreso pretendió superar la influencia de las tendencias “antisocialistas” y poco disciplinadas aparecidas en su seno, las que fueron explicadas por Luis Hernández Parker como un fenómeno casi natural al vertiginoso desarrollo del partido:

Hay en la tumultuosa y veloz formación del PS un hecho que es la causa y explicación de las distintas depuraciones que en su interior se han efectuado. Nacido el PS al calor de un movimiento esencialmente espontáneo a su seno acudieron mujeres y hombres venidos de todos los sectores. La honradez y la sinceridad de sus dirigentes quiso ubicarlo, de inmediato, en la dura disciplina filosófica del marxismo revolucionario y administrado internamente por las normas del centralismo democrático (...) Tales principios políticos y orgánicos se mantuvieron, con ligeras trizaduras, hasta que el PS -de opositor y agitador- tuvo que pasar,

violenta, sorpresiva e impreparadamente, a una etapa nueva de construcción lenta, de creación paciente y dificultosa.<sup>208</sup>

Con este espíritu, el congreso impulsó la discusión doctrinaria formando una comisión dedicada exclusivamente a discutir la declaración de principios con la misión de generar un nuevo documento que ponga fin a las desavenencias. La declaración de principios, que fue redactada como un acuerdo mínimo entre las distintas corrientes fundadoras, no fue revisada ni discutida sustancialmente hasta ese momento, en el que se reconoció la necesidad de dar contornos definidos a la doctrina socialista.<sup>209</sup> El punto fundamental de las discusiones fue el sentido de la adscripción marxista del PS, evidenciando diferencias notables al respecto. Mientras figuras de origen anarquista como Augusto Pinto y Alberto Baloffet criticaron el mecanicismo, el determinismo económico, la preocupación excesivamente estatal y las tendencias autoritarias del marxismo; otras, como Julio Barrenechea y Julio Cesar Jobet, defendieron el hecho de suscribir al marxismo “como un método de interpretación”, rescatando el sentido dinámico y propiamente nacional de la doctrina, lejana a los grupos de “beatos rojos” influidos desde el extranjero. Sin embargo, y pese al aparente ambiente de deliberación y concordia, la declaración de principios fue a penas modificada por la comisión.

Pese a los intentos por controlar las querellas internas, los desencuentros persistieron. La constante rotativa ministerial, la nueva política internacional del PC frente al nazifascismo y la crítica constante al PR pusieron fin al Frente Popular en enero de 1941. El PS se negó a abandonar los ministerios y propuso la constitución de un nuevo bloque nacional de izquierdas para continuar con la aplicación del programa frentista,<sup>210</sup> el que no tardó en también ser cuestionado. A tres años de la elección de Aguirre Cerda las voces críticas apuntaron al carácter centrista y exclusivamente defensivo del Gobierno, pero, sobre todo, a la falta de realizaciones concretas. Ya finalizada la etapa frentista “todos los privilegios se mantienen en pie. La máquina económica ha sido empleada con éxito en contra del interés público (...) lo que debió haber sido una finalidad inmediata: la defensa del orden democrático en contra de las aspiraciones fascistas y reaccionarias se ha transformado, al parecer, en la finalidad última y única”.<sup>211</sup>

Las directivas insistieron en participar de ministerios firmando nuevos acuerdos con el Partido Radical y otros sectores de izquierda

---

<sup>208</sup> Luis Hernández Parker, “Sentido y trascendencia del Congreso de Curicó”, *Crítica*, 21 de mayo de 1940.

<sup>209</sup> “Debates e informes del congreso de Curicó”, *Rumbo* 13, julio-agosto de 1940.

<sup>210</sup> “Bloque Nacional de izquierda”, *Consigna*, 11 de enero de 1941.

<sup>211</sup> Agustín Álvarez, “Un balance negativo”, *Crítica*, 25 de octubre de 1941.

apelando al lenguaje antifascista y la defensa de la democracia. La muerte de Pedro Aguirre Cerda en noviembre de 1941 abrió una vez más la cuestión presidencial al interior del PS, que se autoproclamó como heredero político de la misión izquierdista del Frente Popular y presentó a Oscar Schnake como candidato a las repentinas elecciones presidenciales. La candidatura se sustentó en un programa de “democracia social” que recogió en términos generales las banderas frentistas, sin embargo, pese a la crítica al PR y a la presencia en el Gobierno, los socialistas terminaron por prestar sus apoyos al candidato radical Juan Antonio Ríos. Argumentando la necesidad de contener una nueva candidatura de Carlos Ibáñez, y con él, a las tendencias fascizantes en el país, el PS invocó la unidad de las fuerzas antifascistas por sobre cualquier otra consideración programática para sumarse a una nueva candidatura radical.<sup>212</sup>

Pese al triunfo de Ríos, el PS enfrentó nuevas disidencias en 1942. La colaboración ministerial defendida por la directiva de Grove fue atacada por la mayoría de la Federación Juvenil Socialista y un importante sector del partido, que acusaron al PR y al Gobierno de seguir una política reaccionaria y de colaboración derechista. Figuras como Raúl Ampuero, Julio Cesar Jobet y Humberto Mendoza protestaron contra la falta de voluntad de la directiva a la hora de exigir medidas socialistas y una franca posición antifascista en el Gobierno, reclamando la independencia del PS frente a las labores ministeriales y el quiebre diplomático de Chile con las potencias del Eje. En palabras del dirigente de la FJS Raúl Ampuero, la independencia del partido significaba “el comienzo de la solución chilena. Ella permitirá al socialismo elaborar una línea política capaz de levantar la simpatía y el entusiasmo de los trabajadores”, y poner fin al “falso y excesivo concepto de lealtad hacia el presidente y el Gobierno, que ha mutilado el programa de reformas sociales, apagado el tono de sus críticas, desvirtuado su carácter orgánico de partido de clase y asimilando procedimientos de los partidos tradicionales”.<sup>213</sup>

Una vez más un torneo partidario fue el escenario de una división. Durante el VIII Congreso General, la directiva de Schnake y Grove, reelegida por mayoría de los votos, decretó la expulsión de un grupo de militantes opositores provenientes en su mayoría a la FJS.<sup>214</sup> El PS seguía dividido entre dos formas de comprender el proceso político nacional, la política de alianzas y la participación en el Gobierno. Un sector insistía en la colaboración señalando que el partido se encontraba en una fase temprana de acumulación de fuerzas en el aparato estatal, y que pese a la limitada

---

<sup>212</sup> “Por la unidad democrática de Chile”, *Crítica*, 11 de enero de 1942.

<sup>213</sup> Raúl Ampuero, “La colaboración ha mutilado el programa de reformas de nuestro partido”, *Crítica*, 13 de marzo de 1942.

<sup>214</sup> Jobet, *El Partido Socialista de Chile, op. cit.*, 169.



posición en el Parlamento y el gabinete “puede el socialismo colaborar con un gobierno burgués, sin correr el riesgo de desvanecerse en un rebote estéril”;<sup>215</sup> mientras tanto, otros sectores llamaron a “que nuestro partido sea menos partido y más movimiento social (...) hay que conceder menos importancia a la acción y a las preocupaciones de carácter electoral y dar importancia decisiva a la organización sindical de las masas. Hay que abrir con menos facilidad las puertas del partido a los que vienen en busca de empleos y prebendas”.<sup>216</sup>

Entre los grupos disidentes proliferaron las críticas a la alianza con el PR, poniendo en entredicho el potencial transformador de la burguesía y el sentido de una alianza con fuerzas que comenzaron a ser vistas como irremediablemente regresivas. La cuestión de la política de alianzas, que fue un asunto álgido del debate socialista, volvía a plantearse en términos polémicos. Cuando el PS aceptó la fórmula del Frente Popular, existía un acuerdo respecto a la necesidad de propiciar la acción conjunta de los trabajadores manuales e intelectuales, en otras palabras, del proletariado con la clase media. Sin embargo, las posiciones críticas a esta estrategia subsistieron apuntando al problema de la burocratización interna y la resistencia del PR a impulsar cualquier medida de tipo socialista. Al igual que durante los días del inconformismo, la crítica a la presencia socialista en el Gobierno tuvo un trasfondo profundamente ideológico, que respondió al pragmatismo de la directiva desde el lenguaje marxista y revolucionario. Para estos sectores, el problema del partido no estaba en su minoría parlamentaria ni en su discreta presencia ministerial, sino en un profundo desacuerdo doctrinario respecto del papel de las clases sociales en el proceso revolucionario nacional.

Humberto Mendoza, ingeniero agrónomo proveniente de la Izquierda Comunista y polemista habitual de los debates socialistas publicó en 1942, *¿Y ahora? El socialismo móvil de postguerra*.<sup>217</sup> El texto expuso una severa crítica al Gobierno y a las directivas del PS, acusándolas de claudicar en sus objetivos revolucionarios a cambio de aumentar sus prebendas en el aparato administrativo, consolidando la burocratización y prácticas propias de los partidos tradicionales. Para Mendoza, la naturaleza misma de la política frentista, al representar intereses de clases opuestos, carecía de todo potencial revolucionario y obligaba al partido a:

Incorporar a su arsenal teórico UNA VOLUNTAD DE  
CONQUISTA que se traduzca en una acción imposible de

---

<sup>215</sup> Cesar Alcalde, “El socialismo en pleno desarrollo”, *Crítica*, 18 de marzo de 1942.

<sup>216</sup> Eleodoro Domínguez, “Lo que somos”, *Crítica*, 19 de abril de 1942.

<sup>217</sup> Humberto Mendoza, *¿Y ahora? El socialismo móvil de postguerra*, Santiago, Editorial Cultura, 1942.

detener y de frenar. Pero en Chile, el Partido Socialista está experimentando todos los efectos perniciosos de la colaboración gubernativa con la burguesía, desarrollando una política de pactos y compromisos para sostener una democracia -una forma de democracia- que de vivir lo hará succionando todo el jugo vital del socialismo revolucionario.

Si el Partido socialista está en el gobierno, que lo haga en función de la toma del poder y no de la derrota de revolución (...) Veo que el Partido Socialista no quiere crear ni en sus filas ni en Chile el clima de la revolución y ya sabemos que en estos casos lo crea el fascismo sin titubeos ni cobardías.<sup>218</sup>

En una línea similar, Julio Cesar Jobet como prologuista del texto antes citado señaló que la organización del frente y la colaboración con el radicalismo obedecieron a un imperativo histórico ineludible, sin embargo, todas las tendencias perniciosas se debían exclusivamente a la errónea posición de la directiva frente a la colaboración:

El error grave que ha cometido el PS es el de no haber sabido llevar una línea revolucionaria, primero en el seno del FP, después en el gobierno mismo y, luego, en no haber sabido abandonar la colaboración a tiempo, desde que se hizo evidente que era imposible conseguir las reivindicaciones elementales y fundamentales que propiciaba (...) el funesto error del PS estuvo en romper con el FP sin alejarse del gobierno, y en seguida, en continuar colaborando a pesar de estar convencidos todos sus dirigentes de que es imposible conseguir nada (...) el socialismo no ha sabido subordinar la lucha por las reformas a la lucha revolucionaria por el socialismo como la parte del todo.<sup>219</sup>

La colaboración supuso el desencuentro más inflamado del socialismo después de 1936. Estas discusiones apuntaron tanto a los objetivos políticos de corto y largo plazo, como a las características de una acción *genuinamente* socialista, configurando un debate que se movió entre el normativismo revolucionario y el pragmatismo político-electoral. La indefinición de principios y las múltiples interpretaciones sobre la política socialista configuraron una pugna constante entre facciones y corrientes ideológicas, expresada a través de los diversos lenguajes con que los actores se refirieron a los objetivos y medios de la acción partidaria. Durante la primera mitad de la década de 1940, aún se evidenciaban diferencias entre

---

<sup>218</sup> *Ibid.*, 307.

<sup>219</sup> *Ibid.*, 27.

las tendencias que convergieron en el partido durante la década anterior, acusando en repetidas ocasiones la ausencia de principios comunes.

La ausencia de un marco doctrinario común fue señalada por las distintas instancias partidarias como un problema para la cohesión interna de una organización que reunía en su seno a diversas tendencias, que iban desde el comunismo libertario hasta el reformismo de corte socialdemócrata. El FP fue un momento de institucionalización y crecimiento electoral, que contribuyó a la consolidación del partido como una alternativa viable para los afanes revolucionarios y reformistas de sectores medios y populares, representados en porciones prácticamente idénticas al interior de la militancia.<sup>220</sup> Sin embargo, la diversidad también configuró una tensión permanente, y al parecer insalvable, entre una opción rupturista y revolucionaria, y otra estatista y reformista expresada con fuerza durante la colaboración socialista en el Gobierno.

En medio de nuevas incidencias internas, en 1943 el PS reconocía que el motivo de su desintegración fraccional era justamente la colaboración ministerial, culpable del descredito y la incapacidad de realizar las transformaciones comprometidas al pueblo. Para el PS, la revisión de la línea política “es el punto capital, (...) mantener la actual posición política, contra el ochenta por ciento de los militantes del Partido, sería perseverar en el estado de desintegración y desmoralización interna que vivimos y provocar, definitivamente la pérdida de nuestra influencia en la masa”.<sup>221</sup> La incapacidad de influir decididamente en el Gobierno luego de cuatro años de gestión era prueba suficiente del fracaso de la colaboración y el principal motivo para abandonar los ministerios, depurar al partido de elementos “deshonestos y oportunistas” y mantener relaciones de unidad solo con “aquellos partidos de izquierda u organismos democráticos que se coloquen en un plano de franca lucha antifascista y de defensa de las garantías democráticas y reivindicaciones económicas de las clases trabajadoras”.<sup>222</sup>

En medio de la crisis interna, resonó con mayor frecuencia la necesidad de articular un cuerpo doctrinario coherente y un programa básico para cohesionar a la organización en desmedro de las diversas corrientes. En este aspecto, Salvador Allende declaraba que “la falta de este acervo doctrinario hace que casi la totalidad de los militantes no separen lo que es la doctrina, de la táctica o de la línea política. De ahí, que sea difícil adoptar una línea política, porque los socialistas siempre piensan que se está

---

<sup>220</sup> Pollack y Rosenkranz, *Revolutionary Social Democracy... op. cit.*, 49-76.

<sup>221</sup> Partido Socialista, *Informe sobre posición política del Partido Socialista*, Santiago, Talleres Gráficos Claridad, 10 de enero de 1943,14.

<sup>222</sup> *Ibid.*, 24.

transgrediendo la doctrina”.<sup>223</sup> El mayor “vicio” del Partido era la ausencia de un “pensamiento uniforme. No hay una concepción doctrinaria, y no hay un programa. Necesitamos dar al partido, a sus hombres, una orientación uniforme y similar, homogénea y compacta, por lo menos en los grandes rubros de la vida nacional; que todos los socialistas pensemos, y sepamos porque pensamos así”.<sup>224</sup>

El PS declaró una línea independiente del Gobierno y del resto de los partidos que, sin embargo, se enfrentó a dos asuntos que la pusieron rápidamente en duda. Por una parte, existió la necesidad de organizar un nuevo pacto electoral con la Alianza Democrática, coalición de continuidad del Frente Popular, para asegurar la representación parlamentaria del partido. Por otra parte, después del fin de la III Internacional en 1943 el PC señaló la necesidad de crear un “partido único” o “partido nuevo” que agrupase a socialistas, comunistas y a todo el movimiento popular detrás de un programa democrático y antifascista. Esta opción fue desechada de plano, los socialistas no compartían la consigna de “unidad nacional” agitada por el PC ni las adscripciones de este último a las diversas instancias de la política internacional soviética. En su lugar, se propuso el entendimiento entre directivas, el trabajo mancomunado en el espacio parlamentario y el desarrollo de acciones conjuntas en el plano sindical aduciendo a la identidad nacional e independiente del PS.<sup>225</sup> Los socialistas ya habían al menos logrado una identidad común y diferenciada del Partido Comunista, su proyecto y sus adscripciones.

La independencia, sin embargo, generó el aislamiento del PS respecto del resto de las fuerzas de izquierda. El PST, que había sido favorable a la unificación de las disgregadas fuerzas socialistas y a una alianza con los comunistas,<sup>226</sup> terminó finalmente disolviéndose en el PC atendiendo al llamado unitario en defensa del régimen democrático. Al respecto, declaraban que con el fin de la III Internacional se allanaba el camino para la unidad de las fuerzas progresistas, antifascistas y democráticas.<sup>227</sup> Apenas una semana después, Marmaduke Grove renunció a su militancia durante el IX Congreso del PS, realizando una instancia paralela que creó el Partido Socialista Auténtico, expresando la oposición

---

<sup>223</sup> “Informe del Camarada Salvador Allende dado a nombre de la Directiva Colegiada”, Patricio Quiroga (comp.), *Salvador Allende Gossens. Obras escogidas. Volumen I*, Concepción-Santiago, OIEC-LAR, 1988, 186.

<sup>224</sup> *Ibid.*, 191-192.

<sup>225</sup> Las cartas entre ambos partidos, así como algunas consideraciones de dirigentes socialistas al respecto se encuentran en el folleto *Una etapa de clarificación socialista*, Santiago, Impresores Claridad, 1944.

<sup>226</sup> “La unificación socialista exige doctrinarismo y pureza”, *Combate*, segunda quincena de marzo de 1943.

<sup>227</sup> “Propiciamos el reagrupamiento de la clase obrera en el Partido Único”, *Combate*, segunda quincena de junio de 1943.

del caudillo a las tesis de independencia. Grove, constante defensor de la línea de colaboración, firmó un pacto de acción política con el PC atendiendo a las resoluciones de la Komintern y a su interés de participar en la gestión gubernativa. No obstante, el fortalecimiento de la tendencia anticolaboracionista en el partido oficial terminó por disminuir la influencia y el liderazgo del otrora jefe máximo del socialismo, quien no regresaría nunca más al partido oficial.

Después de 1941 los socialistas vivieron un periodo de retroceso innegable: solo en términos electorales el partido pasó de 15 a 5 diputados en 1945, perdiendo poco más de la mitad de los votos, cuestión que se repitió en los municipios, donde perdieron 48 regidores en 1944. Insistiendo en su independencia, el PS levantó en 1946 la candidatura presidencial de Bernardo Ibáñez, diputado y máxima figura del partido en el ambiente sindical. El candidato socialista logró apenas el 2,54 % de los votos para suceder al fallecido Juan Antonio Ríos, superando los mil sufragios solo en la ciudad de Santiago. En poco más de una década de existencia, la organización experimentó el crecimiento sobre la ola del grovismo y el frentepopulismo, y también, el reflujo de su capacidad de movilización social, sindical y electoral. Durante este periodo de retroceso, las directivas no perseveraron en la elaboración de orientaciones político-programáticas que trascendieran las coyunturas electorales, los pactos legislativos o los limitados espacios de colaboración en los gobiernos de coalición, alentando el disenso y el faccionalismo.

La diversidad de posiciones, en principio tan solo aglutinadas por la experiencia fundacional del 4 de junio y el liderazgo de Grove, comenzaron pronto a expresar sus disensos respecto de la colaboración ministerial. Además de la diversidad interna, el temprano éxito electoral y sobre todo el uso de un lenguaje revolucionario, antiimperialista, antioligárquico y clasista configuraron una tensión permanente entre las opciones estatistas y rupturistas. Importantes sectores del PS evidenciaron el divorcio entre la fraseología revolucionaria y el papel secundario jugado por el partido en los gobiernos de Aguirre Cerda y Ríos, mientras que otros tantos, círculos dirigentes incluidos, jamás se sintieron representados por el discurso rupturista y obrerista del marxismo.

Durante este primer momento, el socialismo vivió sucesivas divisiones y depuraciones internas. El enfrentamiento en el seno del partido se manifestó principalmente en la conflictiva convivencia interna, dividida respecto de la colaboración con el Gobierno y la constante manifestación autoritaria de los liderazgos. Por otra parte, todas las tendencias opositoras tuvieron en común la reclamación de ser portadoras de la “verdadera doctrina”, enarbolando la bandera de la “recuperación socialista”. Sin embargo, y pese a la diversidad evidente, ya hay algunos rasgos discursivos propios y definitorios del socialismo organizado, los cuales respondían más al desarrollo de la declaración de principios de 1933 y al programa básico de

1936 que a una discusión sobre los objetivos, programas y doctrina socialistas.

Pese a las divergencias, el socialismo se definió como una organización clasista en un sentido novedoso y más amplio, arrojándose la representación de los sectores obreros y de las clases medias representada en la fórmula de los “trabajadores manuales e intelectuales”. También insistió en sus afanes revolucionarios, sosteniendo el reemplazo del régimen capitalista por una república de carácter socialista, que conjugaba discursivamente la planificación económica y el estatismo con el marxismo revolucionario y tendencias nacional-desarrollistas. El PS se declaró antiimperialista, promoviendo la defensa de la soberanía nacional y la liberación indoamericana, oponiéndose a la influencia del capital extranjero, el fascismo y a la intervención de potencias —incluida la URSS— en Chile e Indoamérica. Por último, el socialismo de este primer periodo fue latinoamericanista, promoviendo el entendimiento político y económico de los pueblos latinoamericanos con la intención de formar una federación socialista continental.

A esto se suma una posición teórica novedosa, que proclamó el “marxismo enriquecido por los avances científicos y del devenir social como método de interpretación de la realidad”, otorgándole dinamismo a la interpretación sobre los aspectos políticos, económicos y sociales del desarrollo nacional. Esto permitió la articulación de un discurso y un vocabulario propio, que tomo distancias del PC en cuestiones fundamentales como el rechazo a la idea de una dictadura proletaria y a la influencia de toda instancia internacional que no sea de carácter latinoamericano y socialista, repudiando por igual a la internacional comunista y socialista. La misma posición alentó una lectura nacional del marxismo, permitiendo una apreciación flexible y fácilmente asimilable por las distintas corrientes internas, que ponderaron de modos disimiles el contenido marxista de sus posiciones.

Sin embargo, los aspectos comunes y la aparente consolidación no evitaron la disgregación ni detener el retroceso social del PS, que siguió debatiéndose respecto al problema de la colaboración con el Gobierno radical. El debate continuó tensionado entre quienes promovían la independencia política y la movilización social y los que insistían en sostener al partido en el Gobierno y colaborando en el aspecto parlamentario con el PR. La discusión siguió vigente, tomando ribetes críticos y motivando nuevas escisiones hasta la transformación ideológica y programática del PS en 1947.

## **2.2 La transformación del socialismo chileno**

En 1945 el PS sancionó la línea del *Tercer Frente* en un intento por retomar el liderazgo de la izquierda después de abandonar el Gobierno de

Ríos. La orientación buscó superar las fracasadas experiencias gubernativas, apuntando al PC y al PR como corresponsables del reciente fracaso de la izquierda. Los socialistas criticaron la actitud vacilante del PC frente a los vaivenes de la política internacional soviética, acusaron al PR de representar intereses derechistas y destacaron la falta de unidad programática e ideológica al interior del Frente Popular y la Alianza Democrática. Por esta razón, el tercer frente tuvo la intención de eximir al PS de cualquier trato con la alianza radical-comunista y la derecha, colocando al partido en oposición al “gobierno y la reacción” después de años de colaboración.

Sin desmarcarse totalmente del triunfo electoral del 25 de octubre de 1938, “fecha que hemos hecho nuestra, porque somos el único partido que puede escribir con orgullo una labor política, económica y social de acuerdo con los postulados que llevaron a las masas al triunfo del año 38”, los socialistas llamaron a la conformación de un amplio frente “más allá de las izquierdas y las derechas”.<sup>228</sup> Pese a que la invitación no demarcó contornos ideológicos claros, esta nueva etapa comenzó a consolidar una lectura respecto del PR y sectores de la burguesía, destacando entre las razones del fracaso de los gobiernos de alianza la contradicción de clase al interior del Partido Radical, formado por “sectores económicos antagónicos, grandes terratenientes, industriales y profesionales, cuyos intereses económicos se identifican con los de la burguesía derechista, y elementos de clase media estrechamente vinculados a la vida burocrática del país”.<sup>229</sup>

La nueva estrategia socialista privilegió la movilización de sus frentes sindicales y gremiales con total independencia de las combinaciones parlamentarias o de gobierno. La idea era que “los intereses políticos de las masas populares coincidan con sus intereses económicos y sus aspiraciones sociales, dentro de un régimen de democracia orgánica y jerarquizada, respetuosa de la personalidad humana y al servicio del interés colectivo”.<sup>230</sup> Para los socialistas, “mientras no exista la voluntad para realizar el programa que hemos indicado (...) no habrá ninguna razón para considerar siquiera alguna modificación a la línea acordada. Mantendremos, por lo tanto, nuestra independencia política”.<sup>231</sup> Sin embargo, apenas un mes después de haber ratificado la política de independencia, el PS volvió a participar de un gabinete ministerial durante la presidencia provisional de Duhalde, reavivando las críticas y la crispación interna.

En las elecciones para suceder al fallecido presidente Ríos, el PS presentó la candidatura presidencial independiente de Bernardo Ibáñez según lo acordado en la política de Tercer Frente. Sin embargo, al poco

---

<sup>228</sup> Agustín Álvarez, *El tercer frente*, Santiago, Publicaciones del Partido Socialista, 1945, 10.

<sup>229</sup> Agustín Álvarez, *Objetivos del socialismo en Chile*, Santiago, Gutenberg Impresores, 1946, 10.

<sup>230</sup> *Ibid.*, 19.

<sup>231</sup> *Ibid.*, 42.

andar de la improvisada campaña los sectores colaboracionistas intentaron sumarse al candidato radical-comunista Gabriel González, e incluso, se especuló con un posible apoyo al candidato Liberal. Con poco más de 12.000 votos a nivel nacional, Ibáñez obtuvo menos de la mitad de los sufragios logrados por el PS en las elecciones parlamentarias del año anterior, desatando las críticas de la oposición interna. Los defensores de la línea de independencia culparon del retroceso a los sectores que insistieron en la colaboración y la negociación con la Alianza Democrática, responsables de desmoralizar a la izquierda al ofrecer, una vez más, los apoyos del partido a un candidato radical.

Pese a que la independencia fue la línea oficial desde 1945, esta fue más bien declaratoria y el PS siguió colaborando intermitentemente con las distintas fuerzas de izquierda en labores de gobierno. En octubre de 1946 el partido volvió a enfrentar un congreso dividido en su seno. Esta vez se enfrentó la facción oficial liderada por Bernardo Ibáñez y una oposición *revolucionaria* liderada por Raúl Ampuero, antiguo líder de la Federación Juvenil Socialista y parte de los “Jóvenes Turcos” expulsados en 1943 por oponerse a la dirigencia de Grove y Schnake. El torneo expresó el desprestigio hacia la directiva, acusada de haber desnaturalizado la política de independencia y apuntada como responsable del paupérrimo desempeño electoral de Ibáñez, imponiéndose finalmente la facción opositora liderada por Ampuero con amplia mayoría. A penas asumida, la nueva directiva sancionó la independencia política del partido y anunció que apoyaría la ratificación de Gabriel González como presidente de la República en el Parlamento, sin embargo, ordenó a los militantes socialistas abandonar cualquier cargo en el Gobierno y anunció como fines programáticos inmediatos la reforma agraria y un programa de nacionalizaciones, condicionando sus apoyos al ejecutivo al cumplimiento de dichas medidas.

Las resoluciones del congreso marcan el inicio de la transformación socialista. Con la llegada de Ampuero, de entonces 29 años, se imponen las tendencias que criticaron la colaboración y la ausencia de principios programáticos. *Espartaco*, revista de discusión teórica encargada por el nuevo Comité Central, destacaba que con el Secretario General ingresaba una nueva generación de socialistas a las labores directivas, curtidos en la coyuntura de las guerras mundiales y la vida de partido; es la aparición de voces que buscaban imprimir “un rumbo nuevo a nuestra política mirando, más que a las inmediatas satisfacciones, al destino promisor del socialismo en la realización de una genuina revolución en nuestra tierra chilena y en Latinoamérica”.<sup>232</sup>

El discurso fue reconfigurado bajo la lógica del rescate de los principios revolucionarios y complementado por un renovado desprecio al

---

<sup>232</sup> Raúl Ampuero Díaz, “Jefe del socialismo chileno”, *Espartaco* 1, marzo-abril de 1947.



juego democrático institucional y sus lógicas parlamentarias. Para Ampuero, la independencia se explicaba por la misión revolucionaria del socialismo, que no “permite su incorporación definitiva al juego intrascendente y rutinario de la política burguesa”,<sup>233</sup> pero también, por la divergencia de intereses y finalidades del PS con el resto de la izquierda agrupada en la Alianza Democrática. Detrás de la nueva directiva hubo un afán rectificador y crítico del camino andado, por lo que a partir de este momento las fórmulas de gobierno socialmente *heterogéneas* quedaron descartadas: “La experiencia nos ha demostrado de un modo fehaciente que estas combinaciones híbridas, de intereses contradictorios, no resultan adecuadas para aplicar una política renovadora, conducen a sucesivas capitulaciones y, por último, a una total infecundidad”.<sup>234</sup>

Como parte de este *proceso de recuperación* se convocó a una conferencia programática para discutir una fundamentación teórica y un programa que reemplace al documento de 1936. La instancia tuvo la finalidad de entregar un marco interpretativo común para superar las tendencias acomodaticias a las coyunturas electorales y relevar los fines socialistas de largo plazo. Con esto se formalizó una estructura discursiva nueva, que profundizó sobre los conflictivos asuntos doctrinarios y teóricos, tan resistidos durante los primeros años de vida del partido. La redacción del programa quedó a cargo de Eugenio González, profesor de filosofía y expresidente de la Federación de Estudiantes de Chile influenciado en términos intelectuales por las ideas del humanismo socialista y el marxismo revolucionario. Relegado por Ibáñez en 1928, integró la Alianza Socialista Revolucionaria de Trabajadores durante los días de Grove asumiendo como ministro de Educación de la República Socialista, para luego trabajar en el comité de la campaña presidencial socialista de 1932.

La fundamentación teórica del programa es una verdadera síntesis de las distintas corrientes ideológicas y doctrinarias, recogiendo la diversidad de diagnósticos sobre la realidad nacional e internacional que circulaban en el debate socialista de la época. En términos generales, proclamó el marxismo como método de interpretación de la realidad, recogiendo tesis clásicas sobre el devenir histórico como producto de la lucha de clases, algunas nociones sobre la enajenación del trabajo y la dominación burguesa, rechazando los valores democrático-liberales por considerarlos expresión de las estructuras de dominación propias del régimen capitalista.

---

<sup>233</sup> “La etapa de recuperación del P. Socialista se ha cumplido”, *Espartaco* 2-3, julio de 1947, 59.

<sup>234</sup> “El Partido Socialista mantiene su tradicional beligerancia Anti-Reaccionaria”, *Espartaco* 1, marzo-abril de 1947, 36-37.

El socialismo fue presentado como una fuerza creadora y una alternativa ante las dos polos en disputa por la hegemonía internacional tras la Segunda Guerra Mundial, frente al “alto capitalismo financiero que, en conformidad al principio de libre empresa, procura mantener en pie la quebrantada estructura del régimen burgués y el comunismo soviético, que sirve de vehículo al afán hegemónico y nacionalista del Estado ruso” aparece el “socialismo que aspira a la efectiva liberación económica y política de las masas trabajadoras del mundo entero”.<sup>235</sup> Las diferencias con la experiencia soviética son profundas. Para los socialistas, la Revolución de Octubre habría entrado en un periodo de regresión donde “la política inicial de socialización del poder económico se fue convirtiendo en una mera estatización que condujo progresivamente a un régimen de capitalismo de Estado, dirigido por una burocracia que ejerce el poder de forma despótica, sometiendo a una verdadera servidumbre a la clase trabajadora”.<sup>236</sup>

Sin rechazar el significado histórico de la Revolución rusa, el programa criticó el régimen de la URSS por haber condenado a la clase trabajadora al servilismo, a la esclavitud política y a una forma estatal totalitaria y altamente burocratizada. Todas estas características serían incompatibles con el ideal humanista del socialismo revolucionario, que propende a la construcción de condiciones económicas y sociales necesarias para el desarrollo libertario de la personalidad humana. Bajo esta premisa, el socialismo promovió la planificación económica como forma de racionalizar los medios de producción, colocándolos al servicio de los intereses del hombre y del desarrollo de sus plenas potencialidades. En un intento por liberar el mundo del trabajo —y a los trabajadores— de la mera subsistencia, el programa propuso acabar con la actividad productiva orientada por la mera reproducción de los medios de vida, y con ella, con el trabajo enajenado. Con estas definiciones el PS intentó tomar distancia de la política comunista y sus posiciones dogmáticas, al mismo tiempo, que otorgaba un fundamento propiamente socialista a la conquista del aparato estatal y a su transformación.

En términos conceptuales, la fundamentación teórica posee dos elementos que merecen ser destacados: en primer lugar, proclamó un imperativo democrático basado en la oposición al totalitarismo y el rechazo a las nociones de dictadura del proletariado. Al mismo tiempo, la idea democrática del socialismo es antagónica a los mecanismos democrático-burgueses, asumiendo la fórmula distributiva para “liberar al hombre de la servidumbre económica, asegurándole su derecho a la vida por medio del trabajo, el acceso a todos los bienes de la cultura y el goce efectivo de las

---

<sup>235</sup> Partido Socialista de Chile, “Fundamentación teórica”, *Por una democracia de trabajadores. Programa del Partido Socialista*, Santiago, Imprenta Victoria, 1948, 4.

<sup>236</sup> *Ibid.*, 6.

libertades humanas”. Con esto, el PS elaboró una posición y un programa democrático de nuevo tipo, que pretendió reemplazar la “pseudo democracia actual, que se basa en un concepto individualista y abstracto de la soberanía popular, por una democracia orgánica que responda a la división real del trabajo colectivo”.<sup>237</sup> Todo esto como forma de forjar, desde el poder estatal, la república democrática de trabajadores manuales e intelectuales.

En segundo lugar, la revolución toma forma en la transformación del régimen de propiedad mediante la socialización de los medios de producción y, sobre todo, mediante el remplazo del régimen democrático burgués, meta política fundamental del partido. Para lo anterior se requiere de una “planificación integral de nuestra economía con la perspectiva revolucionaria de transformar nuestra estructura económica” la que “exige una modificación básica de la organización política y administrativa del Estado que permita a éste llegar a ser el instrumento de la acción política de los trabajadores en pos de sus objetivos históricos”.<sup>238</sup> De esta forma, el concepto de revolución propuesto por los socialistas, al menos en lo teórico, es emancipador y eminentemente democrático. Emancipador en tanto la transformación del régimen económico y político implica el desarrollo de las potencialidades de la persona humana; y democrático en tanto la subversión del orden capitalista implica la implementación de nuevas formas y valores democráticos bajo el imperativo del humanismo y la igualdad.

A las cuestiones conceptuales, el programa de 1947 sumó la definición de dos elementos doctrinarios que serán claves en el desarrollo posterior de la discusión socialista, rescatando la posibilidad creadora e innovadora del partido en cuanto a discusión teórica y política refiere. En este aspecto, y bajo el título “El movimiento histórico y la lucha de clases”, postula:

La doctrina socialista no es un conjunto de dogmas estáticos, sino una concepción viva, esencialmente dinámica, que expresa en el orden de las ideas políticas las tendencias creadoras del proletariado moderno. Producto de una situación histórica definida, ella se ha ceñido en su desarrollo al ritmo del movimiento social, enriqueciéndose de continuo con la experiencia de lucha de la clase trabajadora.

El socialismo no formula principios absolutos, de abstracta validez universal, ni se afirma tampoco en un concepto metafísico, y por lo mismo intemporal, de la naturaleza humana; parte de una

---

<sup>237</sup> *Ibid.*, 13.

<sup>238</sup> *Ibid.*, 14.

consideración realista del hombre concreto, sujeto de necesidades siempre cambiantes y portador de valores siempre relativos, del hombre histórico y social que crea las condiciones objetivas de su propia vida y va siendo, a la vez, condicionado por ellas en el proceso de la existencia.<sup>239</sup>

De esta postura inicial aparece un segundo punto de importancia. El diagnóstico sobre la realidad nacional y latinoamericana reconoce la inmadurez social de las clases trabajadoras chilenas, las cuales no habrían logrado los niveles de movilización y conciencia necesarios producto de un régimen semicolonial, al cual la burguesía nacional estaría doblemente atada. Además de beneficiarse, los sectores burgueses serían “social y psicológicamente retrasados” y, por tanto, impotentes para realizar cualquier transformación reformista o modernizadora. Por esta razón, “corresponde en el momento actual a los partidos socialistas y afines de América Latina llevar a término en nuestros países semi coloniales las realizaciones económicas y los cambios jurídicos que en otras partes ha impulsado la burguesía”.<sup>240</sup>

Después de 1947 el socialismo configuró un aparato discursivo con elementos más o menos coherentes que resolvieron algunos de los puntos más conflictivos del debate. El PS adquirió, a partir de ese momento, lineamientos programáticos propios y fundamentados desde el punto de vista teórico, proponiendo medidas concretas como la reforma agraria, la ampliación del régimen democrático y la nacionalización de los sectores productivos. También, resolvió algunos puntos respecto a la relación con la institucionalidad, la política de alianzas y la “naturaleza” de la revolución socialista en Chile y América Latina. La toma del Estado se transformó en el objetivo central de la política partidaria, paso previo para la construcción de la nueva república y la instalación de un nuevo régimen democrático. Sin embargo, quedaron pendientes cuestiones de forma respecto a la nueva democracia y sobre los mecanismos de inclusión de los trabajadores en la misma, su rol en el proceso revolucionario y las formas que debería asumir su movilización. El PS no renunció a su pretensión transformadora del Estado ni a su presencia en el mundo social, sin resolver las características de la relación entre la política institucional y de masas.

El programa de 1947 implicó la aparición de un vocabulario común y aceptado por las distintas tendencias, que se fundamentó en una lectura particular y nacional del marxismo para elaborar un programa propiamente socialista. Sin embargo, el debate respecto de las formas y el rol de la

---

<sup>239</sup> Partido Socialista de Chile, “Fundamentación teórica”, *Por una democracia de trabajadores. Programa del Partido Socialista*, Santiago, Imprenta Victoria, 1948, 4.

<sup>240</sup> *Ibid.*, 11.

movilización social en el proceso revolucionario no fue clausurado, generando una discusión latente sobre los medios y fines de la política revolucionaria, antiimperialista y clasista del PS. Pese a los puntos comunes, el programa no generó un consenso sobre asuntos como las formas de la inclusión popular en la estrategia electoral, los roles de cada actor en el proceso revolucionario y la pertinencia del régimen democrático-burgués para llevar adelante la edificación socialista.

Pese al ambiente de renovación interna, el partido vivió una última gran escisión en 1948 producto de la proscripción comunista. Después de la II Guerra Mundial, la declinación del discurso de unidad antifascista dio paso a una lectura crítica de la expansión soviética sobre Europa Oriental que se extendió a los partidos comunistas del mundo, los cuales comenzaron a ser apuntados como una herramienta del imperialismo global soviético.<sup>241</sup> El PS puso en duda la autonomía del PC frente Moscú y reactivó el discurso anticomunista, el que se agudizó con la línea del Tercer Frente y la candidatura presidencial de Bernardo Ibáñez, que al menos discursivamente, se planteó como una alternativa de izquierda al radicalismo regresivo y el comunismo extranjeroizante.

La aparente independencia no evitó que el PS intentara lograr un acuerdo con los radicales que excluyera al PC de un futuro Gobierno, lo que ciertamente contribuyó a agudizar los antagonismos al interior de la izquierda, que terminó dividiendo a la Confederación de Trabajadores de Chile durante la campaña presidencial. Electo González, el PC usó su lugar en el Gobierno para consolidar su control sobre las organizaciones obreras y desplazar al PS del espacio sindical, iniciando una persecución contra militantes socialistas en el aparato administrativo y generando una serie de violentos enfrentamientos entre facciones sindicales que terminaron con varios muertos. Este tipo de actitudes y una oleada de movimientos reivindicativos y de protesta dirigidos por los sindicatos del PC extendieron el anticomunismo a los partidos de Gobierno, y en general, a todo el sistema de partidos, cada vez más polarizado según la lógica del enfrentamiento global de Guerra Fría.<sup>242</sup> En 1947 los comunistas fueron expulsados del gabinete y el Gobierno envió al congreso una serie de medidas contra el PC, que pese a ser rechazadas por el partido fueron apoyadas a través de la prensa y el Congreso por la facción de Ibáñez y Rossetti. Para cuando el Ejecutivo envió la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, una parte del PS vio la oportunidad de hacerse con el

---

<sup>241</sup> Una explicación más acabada del debate sobre política internacional es desarrollada en el capítulo cuarto de este trabajo

<sup>242</sup> Marcelo Casals, *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la campaña del terror de 1964*, Santiago, LOM, 2016, 160-161.

control del movimiento sindical y ocupar un lugar hegemónico en la izquierda.<sup>243</sup>

Frente al proyecto de ley, socialistas, falangistas, radical-democráticos y agrario laboristas se reunieron en un bloque democrático de oposición a lo que consideraban la instalación de una dictadura. La facción *tercer frentista* decidió, de todos modos, entregar su apoyo al proyecto de ley por medio de los diputados Ramiro Sepúlveda y González Olivares, y el senador Eliodoro Domínguez. El diputado y jefe de la brigada parlamentaria Astolfo Tapia, expresó el rechazo al proyecto por considerarlo “antiobrero y antipopular”, agregando en clara alusión a los parlamentarios rebeldes que “el mismo Mussolini fue dirigente del Partido Socialista Italiano, y después fue el creador del fascismo, totalitario, opresor y brutal. Hitler se llamaba también socialista y fue, del mismo modo, creador de otro enfermizo engendro político y social”.<sup>244</sup>

En el Senado, Marmaduke Grove del Partido Socialista Auténtico, Carlos Alberto Martínez y Salvador Allende del PS se opusieron al proyecto. En la otra vereda, Luis González Olivares, diputado socialista, dirigente de la CTCh y exmilitante del PC apoyó la proscripción acusando al partido de ser “la quinta columna del soviét totalitario en nuestro país”. Sin embargo, se mostró preocupado por un proyecto que “adolece del defecto de no circunscribirse exclusivamente al Partido Comunista, sino que llega hasta las propias organizaciones gremiales, por el solo hecho que alguna vez estuvieron dirigidas por dicha secta internacional” y agrega “no debe confundirse al Partido Comunista con los instrumentos o herramientas de defensa del proletariado (...) porque jamás el Partido Comunista ha sido un instrumento de liberación de los obreros chilenos, sino simplemente una agencia política al servicio del imperialismo ruso”.<sup>245</sup>

Una vez aprobada la proscripción, la facción de Eugenio González juzgó en duros términos al Gobierno, acusándolo de realizar un giro derechista y reaccionario, y de instalar una dictadura mediante el abuso de las facultades extraordinarias.<sup>246</sup> La escisión se terminó de hacer efectiva en julio de 1948, luego de un llamado del Gobierno a conformar un gabinete de “concentración nacional” al que concurrieron Radicales, Liberales y Conservadores. Ibáñez y Rossetti decidieron sumarse al ministerio y nombrar a una nueva directiva, aceptando en el nuevo partido a los parlamentarios expulsados del PS oficial por apoyar la legislación represiva. La facción liderada por Eugenio González presentó un recurso frente al registro electoral para mantener el nombre del partido, el cual fue

---

<sup>243</sup> Moulian, *op. cit.*, 126-137.

<sup>244</sup> *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados. 6° Sesión extraordinaria*, 12 de mayo de 1948.

<sup>245</sup> *Idem.*

<sup>246</sup> Partido Socialista de Chile, *El Partido Socialista acusa al presidente de la República*, Santiago, s/i, 12 de octubre de 1948.

finalmente otorgado a la facción en el gobierno con la intromisión del Ejecutivo. A partir de ese momento, el socialismo quedó dividido entre el Partido Socialista de Chile (PSCh), liderado por Ibáñez, el pequeño Partido Socialista Auténtico (PSA) de Grove y el Partido Socialista Popular (PSP) presidido por Eugenio González, que se quedó con la mayoría de la militancia y brigada parlamentaria.<sup>247</sup>

En 1949 Astolfo Tapia (PSP), Eleodoro Domínguez (PSCh) y Marmaduke Grove (PSA) integraron un comité de unidad en un intento por poner fin al divisionismo. El comité pretendió organizar un congreso de unidad que propuso abandonar el Gobierno, propiciar alianzas exclusivamente con fuerzas de avanzada y llamar a nuevas elecciones internas. La directiva del PSCh se negó a abandonar los ministerios y puso como condición de la unidad moderar los principios del programa de 1947, aceptando únicamente la sección sobre política internacional. Por su parte, el PSP no tranzó la salida de los ministerios y exigió la oposición al Gobierno como condición previa para la unificación.<sup>248</sup> El congreso fracasó en su intento unitario, señalando en un manifiesto final la “profunda e insalvable discrepancia doctrinaria entre los elementos oficialistas, aferrados, a cualquier precio, a los Ministerios, y los que anhelamos independencia y dignidad para nuestro Partido. Estos dirigentes, con obstinación e intransigencia increíbles, se negaron a discutir cualquier fórmula que hubiese significado su retiro inmediato o mediato del Gobierno”.<sup>249</sup>

Para el PSP, la acción de la “banda Rossettista” solo afirmaba la necesidad de “lograr la unidad del socialismo dentro de las filas del Partido Socialista Popular”.<sup>250</sup> A partir de ese momento, el PSP dio por terminada una etapa en la historia del partido y desvaneció cualquier posibilidad de unificación:

Nosotros estamos dispuestos a llamar las cosas por su nombre y a terminar con los eufemismos. Los viudos del Frente Popular pueden seguir soñando que estamos en pleno año 1938. El Comité Nacional de Unidad, constituido en Ejército de salvación, está en su derecho de derrochar piedad para salvar el alma de los desertores del movimiento popular. En cuanto al PSP, a sus dirigentes y militantes, estamos por el combate abierto contra el

---

<sup>247</sup> Chelen, *op. cit.*, 90-96. Un relato de los acontecimientos sucedidos entre la victoria del ampuerismo y la proscripción comunista es: Oscar Waiss, *El drama socialista*, Santiago, Imprenta Victoria, 1948.

<sup>248</sup> Jobet, *op. cit.*, 213.

<sup>249</sup> Comité Nacional de Unidad del Socialismo, *Unidad, doctrina y acción del socialismo*, Santiago, Impresora Rosas, 1949, 36.

<sup>250</sup> “Por el filo de la navaja”, *La Calle*, 3 de diciembre de 1949.

gobierno y por la restauración plena de la democracia y solo aceptaremos como aliados a aquellos que rompan virilmente con el régimen actual, demostrando su conversión con hechos elocuentes y no con meras palabras equívocas.<sup>251</sup>

Durante los años finales de la década de 1940 e inicios de 1950, para la mayoría del PSP el problema de la colaboración no se restringía a la participación ministerial. El fin de la amenaza fascista y la reconfiguración de las luchas por la revolución en el mundo después de la II Guerra Mundial, instalaron en el pensamiento socialista la apertura de una nueva etapa, volviendo caduca la fórmula frente populista y toda alianza pluriclasista con fines antifascistas y exclusivamente defensivos. Además, la evaluación sobre la frustrada experiencia de colaboración con el PR terminó por consolidar nuevas lecturas sobre el rol de la burguesía en el proceso nacional, relevando el papel revolucionario de los sectores populares en desmedro de las tendencias *retardarias* de las clases burguesas, reorientando la política de alianzas hacia posiciones excluyentes y limitadas a los *genuinos* partidos populares. Por otra parte, el avance territorial y político de la Unión Soviética como país victorioso de la última guerra europea, en la lectura del PSP, acusaba la aparición de una nueva potencia imperialista que inauguró una nueva etapa en las relaciones con el PC, ya no determinada por la competencia de la hegemonía sobre el movimiento sindical y de izquierda, sino por las posiciones y adscripciones de cada organización frente al nuevo escenario de disputa global.

La insistencia de la política independiente por parte del PSP supuso enormes problemas para la cohesión de las disgregadas fuerzas socialistas. La intransigencia en los principios permeó la política de alianzas del socialismo popular, que descartó sucesivas tentativas de unidad con sectores que, desde fuera de la izquierda, estaban comprometidos con el restablecimiento de las libertades públicas y un programa de reformas. El independentismo también rechazó la unidad con el socialismo auténtico de Marmaduke Grove y con el PS de Ibáñez, que estaban a favor de una agrupación que reuniera a la amplia gama de fuerzas opositoras al Gobierno. Está misma posición, aunque minoritaria, fue defendida al interior del PSP por figuras como Salvador Allende, Eugenio González y Astolfo Tapia.<sup>252</sup>

El fracaso de las tentativas de unidad y las transformaciones producidas en este periodo resultaron fundamentales en la configuración intelectual del socialismo. Las sucesivas escisiones redibujaron las distintas tendencias, separándolas en torno a sus diagnósticos sobre la nueva realidad

---

<sup>251</sup> “El PSP y los Unitarios”, *La Calle*, 11 de febrero de 1950.

<sup>252</sup> Jans, *op. cit.*, 31.



de bipolaridad global —especialmente sobre el PC—, sus fines programáticos y su relación con los partidos tradicionales. Los socialistas populares fueron particularmente virulentos a la hora de juzgar a los grupos *pseudosocialistas*, sus pretensiones revolucionarias y su compromiso con la izquierda. Después de 1948, el PSP comenzó a abogar por la articulación de una alianza programática conformada solo por los partidos *genuinamente* revolucionarios y populares, distanciándose de manera definitiva de los viejos acuerdos con los partidos de centro. Si el Frente Popular significó la hegemonía del centro y la crisis interna del socialismo, el nuevo periodo debía apostar a la articulación de un polo revolucionario bajo la hegemonía de la izquierda socialista.

En 1950 se instaló la cuestión presidencial con la reaparición de Carlos Ibáñez, quien llamó a la unidad de todos los sectores de oposición más allá de las distinciones entre izquierdas y derechas. El exdictador buscó convocar al electorado independiente con un discurso crítico sobre los políticos profesionales, prometiendo el restablecimiento a plenitud de las libertades públicas y la ampliación del régimen democrático. En un contexto en que el PC se encontraba ilegalizado y el socialismo dividido, el ibañismo representó una posibilidad de resurrección para la izquierda, y en particular, para el disminuido PSP.<sup>253</sup> Ibáñez propuso un programa antiimperialista y antioligárquico que comulgaba con el discurso del PSP, quienes vieron en la candidatura una posibilidad de acumular fuerzas y consolidar posiciones aprovechando la marea de apoyos al General. Ante las elecciones, el PSCh y el PSA comenzaron a perfilar una “cuarta posición presidencial” en torno a una candidatura independiente capaz de dar reales garantías de respeto al régimen democrático, a las libertades públicas y sindicales de los trabajadores. La opción contemplaba una amplia alianza de oposición al Gobierno que fue rechazada por el PSP, pero que logró unir al resto de tendencias socialistas. A esta cuarta posición el PSP respondió:

La realidad, insistente y porfiada como la vida, nos señala un fervor popular en torno a la candidatura de Ibáñez de tal envergadura que resulta imposible levantar otro candidato de tendencia popular con posibilidades de éxito. Levantar ese cuarto candidato significa también asegurar el triunfo de la reacción y mejorar la precaria situación de los desmoralizados tercios del oficialismo; si eso es lo que se desea, que se diga. Pero desde ese mismo momento la cuarta posición deja de ser una cuarta posición y se convierte en una maniobra desleal y torpe.<sup>254</sup>

---

<sup>253</sup> Joaquín Fernández Abara, *El ibañismo (1937-1952): un caso de populismo en la política chilena*, Santiago, Instituto de Historia Universidad Católica de Chile, 2007, 137-139.

<sup>254</sup> “Pero ¿Hay una cuarta posición?”, *La Calle*, 29 de septiembre de 1951.

El pasado político de Ibáñez como dictador y su admiración por el General Juan Domingo Perón fueron motivo de un nuevo desencuentro. En 1951 el diputado Astolfo Tapia, al regresar de un viaje a Buenos Aires, expresó por la prensa su rechazo a Ibáñez por considerar que su candidatura es expresiva de fuerzas fascistas, antinacionales y de estar manejado por el peronismo. Las acusaciones terminaron con la expulsión de Tapia, quien fue acusado de estar al servicio de la oligarquía chilena y con la renuncia del senador Salvador Allende, quien proclamó una corriente de recuperación socialista que arrastró a otros 59 dirigentes.<sup>255</sup> Ambos ingresaron al PSCh, que cambió su nombre por el de Partido Socialista transformándose en el promotor de la candidatura de Allende.<sup>256</sup> Para los socialistas populares, que acusaron la jugada como una maniobra del imperialismo yanqui, la candidatura de Allende representaba:

Toda una gama de la socialdemocracia tradicional que utiliza el vocablo revolucionario sin abandonar su apacible ubicación en el mundo de la burguesía, las situaciones potencialmente revolucionarias, que amenazan la estabilidad de las sagradas instituciones capitalistas, lo incomodan. A él le agrada este régimen del cual dijo Marx que permite a los oprimidos cada cierto número de años decidir qué miembro de la clase opresora ha de representarlos.<sup>257</sup>

Allende tuvo la intención inicial de formar un bloque de centro izquierda incluyendo a socialistas, la Falange Nacional, comunistas y socialistas auténticos para lanzar una candidatura presidencial que compitiera contra Ibáñez, el PR y la derecha. Sin embargo, terminó formando el Frente Nacional del Pueblo junto al proscrito PC, agitando desde la izquierda la unidad de los sectores progresistas, burguesía incluida, para reestablecer y profundizar el régimen democrático, mejorar la calidad de vida de los sectores populares y afianzar la independencia económica nacional.<sup>258</sup> Frente a múltiples acusaciones contra Allende, el senador señaló que su compromiso con el PC se debió al apoyo incondicional de este último al programa democrático, antioligárquico y antiimperialista del PS, el

---

<sup>255</sup> “Traición Tapia-Allende es un complot contra Ibáñez”, *La Calle*, 6 de octubre de 1951.

<sup>256</sup> La llegada del sector de Allende detonó la renuncia de una pequeña facción liderada por el exministro Juan Garafulic, que sin ninguna representación parlamentaria mantuvo el nombre de Partido Socialista de Chile y siguió ligado al gobierno en una organización distinta.

<sup>257</sup> “¿A quiénes sirve la cuarta candidatura?”, *La Calle*, 3 de noviembre de 1951.

<sup>258</sup> Joaquín Fernández, “Populismo, democracia y marxismo: el debate de la izquierda chilena y la candidatura de presidencial de Salvador Allende en 1952”, *Finis Terrae. Revista de Humanidades* 1, Tercera época, primer semestre de 2013, 41-58.

cual “no es un programa socialista ni un programa comunista, es un programa que acentúa, y no poco, el progreso del régimen democrático burgués en que vivimos”.<sup>259</sup>

Durante la campaña presidencial, el PSP insistió en su condición de genuino heredero de las tradiciones de lucha del socialismo revolucionario, llevando adelante una dura campaña contra el Partido Comunista, el PS y Salvador Allende. A través del semanario *La Calle*, se escribieron sátiras difamatorias al candidato del Frente del Pueblo. Una publicación titulada “el chicho”, escribía un *Cantar Isabelino* que decía: “Un día dios dijo: haré un pije bien repelente: junto un antejo, un bigote y fabrico al pije Allende”.<sup>260</sup> Meses antes, se había publicado una nota donde se decía que su verdadero nombre era “Salvador Isabelino Allende Gossens”, iniciando una larga campaña contra el *Isabelino*. El responsable del sobrenombre fue el columnista *Amauta*, seudónimo de Oscar Waiss quien escribía:

Hay muchas teorías sobre las verdaderas razones de este nombre. Unos dicen que se debe a Isabel de Baviera, la violenta y belicosa reina de Francia; otros opinan que a Isabel de Farnesio, la vivaracha y alegre reina de España. Otros aquella Isabel que perdió la cabeza, y hasta lo estiman un augurio. Pero todos están de acuerdo en que un hombre que se llama isabelino no puede ser candidato a la Presidencia de la Republica.<sup>261</sup>

Ibáñez reunió a una amplia gama de intereses sociales y tendencias políticas que para el PSP representaban un sentir mayoritario de repudio al Gobierno, la política y el orden establecido, por lo que la candidatura corría con opciones reales de entrar al poder y crecer en el Parlamento ante la fractura de la alianza de centro izquierda. El PSP vio en el movimiento septembrista una actitud antioligárquica y popular, con opciones reales de iniciar un proceso de transformaciones profundas. Más allá del candidato, “participamos en esta campaña electoral con el convencimiento de que una profunda revolución se ha iniciado y que nada ni nadie podrá detenerla”.<sup>262</sup> Para el PSP el movimiento septembrista que empujaba a Ibáñez:

Es algo mucho más trascendental que una lucha de partidos, en cierto modo las colectividades políticas han sido desbordadas: no existe una sola entidad tradicional que no aparezca dividida, hasta el punto de hacer imposible trazar fronteras claras como pudimos

---

<sup>259</sup> *Diario de Sesiones del Senado. Sesión 4*, 13 de noviembre de 1951.

<sup>260</sup> “El Chicho”, *La Calle*, 12 de julio de 1952.

<sup>261</sup> “Isabelino”, *La Calle*, 29 de marzo de 1952.

<sup>262</sup> Partido Socialista Popular, “Una revolución en marcha”, *La Calle*, 31 de mayo de 1952.

hacerlo en el pasado. Es probable que los partidos estén expiando el pecado de su ausencia de receptividad para ajustarse a los profundos desplazamientos sociales de los últimos años. Pero una cosa es evidente, las multitudes necesitadas, los sectores golpeados por la crisis inflacionista, el pueblo en su expresión más abigarrada y más espontánea se agrupa junto a Ibáñez.<sup>263</sup>

Finalmente, Ibáñez ganó las elecciones con el 46,79 % de los votos. Para el PSP, el triunfo fue de la clase trabajadora y eran sus organizaciones sociales y partidos las llamadas a constituirse en pilares del nuevo Gobierno.<sup>264</sup> La unidad de acción y propósito se transformó en la principal preocupación de los socialistas en el gabinete, y la plataforma programática “democrática, antioligárquica y antiimperialista” en la bandera a agitar desde el Parlamento. “Son las masas las llamadas a vitalizar el nuevo régimen, a suministrarle iniciativas creadoras, a rodearlo con el fervor de su presencia” y es el PSP “el mejor enlace entre los obreros, los empleados, los campesinos y todo el pueblo trabajador con el futuro gobierno”.<sup>265</sup>

El triunfo fue leído como un nuevo hito de la historia socialista. Según Raúl Ampuero, la trayectoria política acumulada podía dividirse en dos periodos claramente diferenciados: el primero desde la fundación hasta el “desastre” del Tercer Frente; el segundo, desde 1946, año en que la facción colaboracionista abandona el Comité Central, hasta la elección de 1952, periodo de robustecimiento en un sentido “clasista y revolucionario”. Para el Secretario General, el triunfo de Ibáñez es el de una estrategia de movilización, distinta en su significado al Frente Popular, para el cual “las formas legales de la democracia eran sagradas. No pudo percibir que una democracia formal iba a ser usada para beneficio exclusivo de una minoría”, mientras que ahora “el pueblo reclama una renovación de tales métodos y exigirá el ejercicio de una democracia integral, en que el pueblo tenga activa participación de su desarrollo”.<sup>266</sup>

Los socialistas populares asumieron el Ministerio del Trabajo con Clodomiro Almeyda, algunas subsecretarías y labores diplomáticas, sin embargo, insistieron en diferenciar esta nueva etapa de colaboración de las anteriores. El PSP se autoproclamó como el representante de una tendencia tradicionalmente contraria a “la gimnasia revolucionaria” y la democracia burguesa, y orientó su presencia en el Gobierno basado en el restablecimiento del régimen democrático y en favor de toda reforma institucional que avance en la construcción de un régimen superior y

---

<sup>263</sup> “Antecedentes y objetivos de nuestra política presidencial”, *La Calle*, 21 de junio de 1952.

<sup>264</sup> “Con Ibáñez triunfo el pueblo de Chile”, *La Calle*, 6 de septiembre de 1952.

<sup>265</sup> “Los derroteros de la revolución chilena”, *La Calle*, 11 de octubre de 1952.

<sup>266</sup> Raúl Ampuero, “Trascendentales declaraciones sobre el programa del nuevo gobierno”, *La Calle*, 13 de septiembre de 1953.

socialista.<sup>267</sup> Por su parte, el Frente Nacional del Pueblo (FRENAP) propuso el restablecimiento democrático, nacionalizaciones y un programa de reforma agraria con la finalidad de precipitar un proceso modernizador y reformista, insistiendo en agrupar a toda la oposición después de las elecciones. Mientras el PSP reafirmó sus compromisos revolucionarios y de masas, Allende insistió en las diferencias con esta tendencia del socialismo, señalando que la posición del FRENAP ante el Gobierno continuaba apuntando “el camino exacto para llevar a cabo en Chile la revolución democrático-burguesa”.<sup>268</sup>

En las elecciones parlamentarias de marzo de 1953, agitando la consigna de “un Parlamento para Ibáñez”, el PSP logró elegir 19 diputados, superando los 6 del PS y transformándose en la segunda fuerza oficialista después del Partido Agrario Laborista (PAL). Sin embargo, la división de los oficialistas entre la Alianza Nacional Popular, que agrupaba al PSP y al PAL, y la Federación Nacional de Fuerzas Ibañistas condicionó desde el inicio el tránsito del Gobierno. El presidente se vio prontamente tensionado entre los cambios revolucionarios exigidos por el socialismo popular y el contenido nacional y corporativo que intentó imprimir la federación. Durante ese mismo mes, Almeyda renunció al Ministerio del Trabajo acusando presiones del industrial Yarur sobre el movimiento sindical que resquebrajaron las relaciones con el Gobierno. El PSP denunció que el gabinete no daba garantías para el cumplimiento del programa y acusó que las reformas “se han visto obstaculizadas por la acción individual y absorbente de algunos secretarios de Estado que no disimulan sus hondas vinculaciones con la oligarquía nacional”.<sup>269</sup> Con esto, el PSP se retiró del Gobierno, insistiendo en la realización del programa desde el Parlamento.

El PSP siguió colaborando de manera intermitente con Ibáñez, poniendo fin a su participación en el ejecutivo tras el XV Congreso de octubre de 1953. La transacción constante del presidente con “los partidos históricos” y las denuncias del Gobierno contra “actividades marxistas” llevan al PSP a insistir una vez más su independencia respecto de cualquier alianza. El diputado Alegre, dando a conocer el voto político adoptado en el congreso señaló que la colaboración ministerial se basaba en el “pleno restablecimiento de las libertades democráticas; deseábamos la derogación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia”, acusando que, por el contrario, se siguió criminalizando la huelga y persiguiendo a dirigentes

---

<sup>267</sup> “El Partido Socialista Popular y su colaboración en el nuevo gobierno”, *La Calle*, 22 de noviembre de 1952.

<sup>268</sup> “Programa del Frente del Pueblo”, *Diario de Sesiones del Senado. Sesión 25*, 9 de septiembre de 1952.

<sup>269</sup> “La crisis del Gobierno”, *La Calle*, 11 de abril de 1953.

sindicales usando la legislación vigente<sup>270</sup>. A partir de ese momento, el PSP intentó aglutinar a las fuerzas septembristas desde fuera del Gobierno “seguro de que el curso natural de los procesos sociales llevara muy pronto a los trabajadores a expresarse mayoritariamente en una República Democrática de Trabajadores, que construya las bases de un sistema socialista”.<sup>271</sup>

Durante el periodo ibañista el PSP tomó distancias de la heterogénea fuerza oficialista, condicionando su permanencia en el septembrismo al principio de la unidad programática primero y al del cumplimiento íntegro del programa después. La decisión de sumarse a la candidatura de Ibáñez en su intención de unir a la oposición generó un debate que fraccionó a buena parte de los partidos políticos, haciendo de la crítica a la excesiva laxitud ideológica del candidato y de las fuerzas que concurrieron en su apoyo una actitud extendida a todo el sistema de partidos.<sup>272</sup>

Después de 1952, las facciones mayoritarias del socialismo chileno ya configuraban dos posiciones bien diferenciadas. El FRENAP propuso su propia estrategia para la toma del poder, la que nació de un diagnóstico y principios políticos diferentes a los del PSP. El PS y el PC bregaron por la configuración de una fuerza política de alcance programático para competir electoralmente, llamado a unificar

Con la clase obrera como espina dorsal, a los sectores más conscientes de la sociedad chilena: campesinos y agricultores progresistas; empleados, artesanos, maestros e intelectuales; profesionales, comerciantes e industriales con sentido nacional; mujeres y jóvenes dispuestos a producir en Chile un profundo cambio que, lo arranque del estado de atraso y de crisis en que se encuentra y lo impulse por el camino del progreso en todos los órdenes.<sup>273</sup>

Los socialistas populares salieron institucionalmente fortalecidos de su participación en el Gobierno. Además de recuperar parte de su influencia en el mundo sindical y el espacio parlamentario, el PSP fue capaz de mantener una línea política principista sin dividirse ni fraccionarse como antaño, mostrando una cohesión interna que le permitió situarse como el

---

<sup>270</sup> “Actualidad política – Acuerdos adoptados por el último congreso del Partido Socialista Popular”, *Diario de Sesiones de Sola Cámara de Diputados. 2ª sesión extraordinaria*, 20 de octubre de 1953.

<sup>271</sup> “El PSP no transará jamás con los enemigos del pueblo. Voto político del XV Congreso del PSP”, *La Calle*, 22 de octubre de 1953.

<sup>272</sup> Fernández, *op. cit.*, 192-194.

<sup>273</sup> “Programa del Frente del Pueblo”, *Diario de Sesiones del Senado. Sesión 25*, 9 de septiembre de 1952.

gran referente de la izquierda nacional ante la ilegalización comunista. Desde la lectura de sus dirigentes, el periodo del PSP fue visto como uno de depuración, que permitió el encuentro del “socialismo revolucionario” con el viejo sentido del “partido de acción”, pero ahora con la rigidez doctrinaria suficiente para condicionar sus apoyos a medidas concretas y aspectos programáticos de largo alcance.

En este contexto, el PSP comenzó un nuevo proceso de revisión y evaluación interna con miras a la discusión de una nueva estrategia. La colaboración ahora debía ser limitada exclusivamente a los movimientos de izquierda, excluyendo la posibilidad de realizar alianzas con partidos centristas o reformistas. El PSP comenzará a abogar por la constitución de un Frente de Trabajadores, y una nueva fórmula de “unidad popular” circunscrita a los genuinos partidos obreros y las organizaciones del mundo del trabajo, para construir, desde la política institucional y el movimiento de masas, una República Democrática de Trabajadores. La discusión impulsó un nuevo proceso de definiciones internas, inaugurando un momento de radicalización paulatina en el que fueron determinantes las transformaciones del escenario internacional y nuevos diagnósticos respecto del desarrollo del proceso político y social chileno.

### **2.3 *¡Revolución socialista o miseria!* La invención de un Frente de Trabajadores**

Durante la década de 1950 se consolidaron posiciones doctrinarias que relevaron el sentido nacional de la ideología y diagnósticos que vincularon la experiencia partidaria con las circunstancias económico-sociales y “la continuidad orgánica” de la evolución democrática nacional.<sup>274</sup> Estos diagnósticos influyeron sobre las nuevas lecturas aparecidas una vez terminada la etapa de colaboración, las cuales se pronunciaron sobre el rol y los principios partidarios a la luz de la participación socialista en gobiernos de coalición. El diagnóstico delineado a mediados de la década anterior sobre el carácter regresivo de las burguesías nacionales se extendió a través de la intelectualidad socialista, redefiniendo las lecturas sobre el proceso revolucionario nacional. Para el PSP, la toma del Gobierno debía ser el impulso inicial de un proceso capaz de llevar a cabo dos tareas simultáneas: aquellas propias de la modernización burguesa-capitalista, de carácter nacional y desarrollista, con las tareas de la revolución socialista. Al respecto, en 1951 Jobet escribía:

Es una verdad irrefutable que en el presente los fenómenos fundamentales que aquejan a Chile son: atraso económico social,

---

<sup>274</sup> “Eugenio González. El socialismo es revolucionario”, *La Calle*, 10 de diciembre de 1953.

derivado de la anticuada estructura semi-feudal y semicolonial que impera por la acción obstinada de un reducido grupo privilegiado; y decadencia moral en las diversas clases sociales, pero más fuerte en los sectores dirigentes, todo lo cual determina la existencia de una permanente y honda pugna de clases sociales antagónicas y trastornos cotidianos.<sup>275</sup>

Y luego agrega:

El desarrollo histórico nacional impone el tránsito de una economía semifeudal y semicolonial, orientada con criterio liberal capitalista, a una economía superior, planificada, de espíritu y orientación socialistas tendiente a superar el atraso imperante y con una elevada finalidad de servicio social, que permita cumplir los objetivos nacionales hasta ahora frustrados por las clases dominantes.<sup>276</sup>

El PSP proclamó su independencia total cuando la unidad con la alianza ibañista se hizo impracticable y la acción del Gobierno apuntó, ante la minoría parlamentaria, a la negociación con la derecha y el PR. Para el PSP la participación en el gabinete tenía el objetivo de dar dirección al amplio movimiento que apoyó la candidatura, que pese a su evidente heterogeneidad fue caracterizado como “antioligárquico y antiimperialista”. En palabras de Oscar Waiss, la idea inicial fue “superar la ola del ibañismo llevando a las masas más allá, fuera de la legalidad burguesa, por encima del parlamentarismo inoperante, hacia la revolución derivada del impulso inicial de un triunfo electoral que, por sí solo, no bastaba ni podía bastar”.<sup>277</sup> Ya fuera del Gobierno, el PSP intentó reunir al *septembrismo* en una “Alianza Popular” que no tuvo mayor influencia ni duración, sin embargo, tampoco se sumó al campo de la oposición negándose a cualquier entendimiento con el PC y el PS mientras estos siguieran colaborando con el radicalismo, la falange y los demás sectores *progresistas*.

El fin de la colaboración marcó el principio de una reflexión mayor respecto de las condiciones sociales y la naturaleza de la revolución socialista en Chile. El PSP realizó una profunda revisión sobre su trayectoria, comenzando una discusión sobre sus principios elementales que lo llevaron a insistir en una posición independiente cada vez más intransigente en su sentido popular y clasista. El XV Congreso de 1953 fue

---

<sup>275</sup> Julio Cesar Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico social chileno*, Editorial Universitaria, Santiago, 1951, 231.

<sup>276</sup> *Ibid.*, 232.

<sup>277</sup> Oscar Waiss, *Nacionalismo y Socialismo en América Latina*, 2ª edición, 1961, Buenos Aires, Editorial Iguazú, 143.



un momento de síntesis de la reflexión acumulada desde 1946, que consolidó tanto el proceso de *recuperación* iniciado por la generación de Raúl Ampuero como su línea estratégica. Desde una lectura particular y novedosa del marxismo, se inauguró una reflexión sobre la revolución chilena y las características de una genuina política antiimperialista y latinoamericana.

El informe al congreso dado por Ampuero,<sup>278</sup> caracterizó el régimen económico social chileno como “semifeudal y semicolonial”. Por una parte, la extensión del latifundio, los métodos anticuados de explotación rural y las condiciones sociales del mundo del agro hacían de nuestra economía una de carácter subdesarrollado y precapitalista. Por otra, la dependencia extranjera de las faenas productivas relegaba a Chile a la condición de país productor de materias primas, reproduciendo las estructuras económicas coloniales en el mundo del trabajo y el comercio exterior. Esta caracterización de la realidad económica sirvió de fundamento para plantear una opción transformadora acorde a dichas particularidades, que llevó al PSP a promover programa nacional desarrollista con sentido antiimperialista y revolucionario.

En los países coloniales, como Chile, la burguesía no sería una clase revolucionaria “lo son, en cambio, los trabajadores industriales y mineros, los campesinos, la pequeña burguesía intelectual, los artesanos y operarios independientes, todos los sectores de la población cuyos intereses chocan con el orden establecido”.<sup>279</sup> Por esta razón, la misión histórica de la revolución le correspondería a estos sectores bajo la dirección de la clase obrera, única capaz de otorgar proyecciones revolucionarias al proceso e introducir “modalidades propias de un estado más avanzado y radical. No puede tener la misma fisonomía ni igual contenido la revolución capitalista y burguesa realizada bajo el mando de la burguesía que si ella se desencadena y es conducida por los trabajadores, o más específicamente, por la clase obrera”.<sup>280</sup>

Pese al discurso contra la colaboración, el PSP reafirmó sus pretensiones en el aparato administrativo y jamás se restó de las lógicas electorales, sin embargo, redefinió el sentido de estas actuaciones en función de sus fines programáticos. De esta forma, emergió una nueva lectura sobre la importancia programática del Estado, que dejó de ser visto como un momento de transición o acumulación de fuerzas para transformarse en la herramienta administrativa para impulsar la

---

<sup>278</sup> “Algunas Consideraciones sobre la revolución chilena”, *La Calle*, 19 de noviembre de 1953. Posteriormente es editado por la editorial Prensa Latinoamericana en una versión más extensa bajo el título *El carácter de la revolución chilena*.

<sup>279</sup> Raúl Ampuero, *El carácter de la revolución chilena. Colección de documentos N°2*, Prensa Latinoamericana, s/f., 42.

<sup>280</sup> *Ibid.*, 43.

transformación del régimen. Con el nuevo viraje, el PSP comenzó a apelar a la ruptura revolucionaria y al movimiento de masas para desbordar la institucionalidad sin renunciar jamás a participar de la misma, inaugurando un debate respecto del rol del movimiento popular y el papel de la “alta política” en el proceso revolucionario chileno.

La posición de independencia agitada por los socialistas desde 1946 reconocía cierta flexibilidad para configurar alianzas con otras fuerzas, inclusive en bloques y frentes únicos, si estos concordaban con los intereses programáticos o más inmediatos del partido. En buena medida, esta fue la actitud que justificó el apoyo a Carlos Ibáñez y algunas instancias de colaboración parlamentaria con la Falange Nacional durante el mismo periodo. Sin embargo, la caracterización de la revolución chilena como una tarea exclusiva de los sectores explotados, junto al nuevo fracaso colaboracionista, contribuyeron a endurecer la independencia y el discurso clasista a la hora de concertar alianzas. Durante el congreso, el PC extendió una invitación formal al PSP para unirse al resto de los sectores de oposición progresistas con conciencia antifeudal, antiimperialista y comprometidos con el restablecimiento de las libertades públicas.<sup>281</sup> La propuesta fue rechazada, aduciendo que la invitación comunista solo lleva “a acciones comunes con los representantes más caracterizados de la oligarquía”, y agrega que “solo pueden coincidir con nuestros puntos de vista los sectores populares, es decir, las capas modestas de la población, que son las únicas capaces de sustentar una política antifeudal y antiimperialista consecuente”.<sup>282</sup>

Una vez más, el problema de la colaboración determinó la política socialista frente al resto de movimientos y partidos. La Alianza Nacional del Pueblo (ANAP), instancia concebida por el PSP para reagrupar al movimiento septembrista, puso como condiciones de la unidad la independencia total frente al “gobierno inoperante y la heterogeneidad oposición” con la finalidad de “recoger y desarrollar los impulsos revolucionarios de las clases explotadas que en la última elección presidencial repudiaron las fórmulas y partidos tradicionales”.<sup>283</sup> El ibañismo fue leído como parte de un proceso social continental, en el que los levantamientos e insurrecciones populares asumen proyecciones revolucionarias y nacionales. Mirando el caso del Movimiento Nacional Revolucionario de Bolivia, el PSP se propuso conducir el reclamo popular desde fuera del Gobierno para instaurar un régimen donde “el pueblo toma en sus manos y para beneficio social las riquezas nacionales usurpadas por

---

<sup>281</sup> “Carta al congreso del PSP”, *Principios*, 21, noviembre-diciembre de 1953.

<sup>282</sup> “Dos posiciones de la izquierda chilena”, *La Calle*, 22 de octubre de 1953.

<sup>283</sup> “A la lucha definitiva por el poder”, *La Calle*, 22 de abril de 1954.

los latifundistas criollos y los capitalistas aventureros”.<sup>284</sup> Más allá de las izquierdas y derechas, el PSP siguió insistiendo en las proyecciones antiimperialistas y antifeudales de la ola septembrista que, lejos de todas las lógicas de la política nacional, se planteó objetivos nacionales y populares. En este sentido:

El PSP no apoyó al señor Ibáñez por oportunismo incidental, si no por el deseo de aportar contenido revolucionario a una intransigencia latente. No se trataba de una táctica mezquina tendiente a conseguir sufragios para aumentar la cuota parlamentaria, se trataba de expresar un profundo descontento social, esencialmente antiimperialista y anti oligárquico, que buscaba un nuevo cauce en que volcarse, al margen de la politiquería postiza y el mecanicismo comunista. Si el señor Ibáñez y su gobierno no han estado a la altura de esta tarea los socialistas populares aspiran a demostrarle al pueblo que están dispuestos a encarnar esas aspiraciones y llevarlas a la realidad. Jamás el PSP fue ibañista: no podía serlo, por razones de madurez política y de solidez teórica.<sup>285</sup>

La nueva posición política del PSP propuso dinamizar el “famélico” régimen democrático. Además de la derogación de las leyes represivas, se propusieron reformas tendientes a ampliar el padrón electoral e impulsar una política de masas capaz de poner fin, en palabras de Raúl Ampuero, a la “reiterada tendencia, de parte de los presidentes electos, a alejarse de las fuerzas políticas y de los programas que les permitieron el acceso al Poder”. Fuera del Gobierno, el PSP definió su nueva posición como “una política de clase, una política de los trabajadores, una política nacional revolucionaria” que pretendió organizar un “Frente Nacional de Trabajadores” en torno a la ANAP.<sup>286</sup> El PSP intentó llegar a los sectores despolitizados que habían sido convocados por el septembrismo y promovió el fortalecimiento de sus bases sindicales para presionar, desde la huelga, realizaciones económicas y políticas concretas para los trabajadores.

Finalmente, ante un paro nacional convocado por la Central Única en mayo de 1954 la ANAP terminó por quebrarse apenas un mes después de ser formalizada. El Partido Agrario Laborista, aun en el Gobierno, estuvo de acuerdo en reprimir la huelga y ordenó a sus bases sindicales no participar de las movilizaciones, además de condenar, por llamar a la

---

<sup>284</sup> “Un solo camino”, *La Calle*, 14 de enero de 1954.

<sup>285</sup> Oscar Waiss, “No caeremos en la trampa”, *La Calle*, 25 de marzo de 1954.

<sup>286</sup> Raúl Ampuero, “Posición política del PSP (Acuerdos del Pleno Nacional)”, *Diario de Sesiones del Senado. Sesión 36*, 21 de abril de 1954.

revuelta, el apoyo del PSP a la jornada de movilización. La nueva frustración unitaria no cambió en un ápice la posición del PSP, que a partir de entonces, declaró ser el único representante genuino del movimiento que logró la elección de Carlos Ibáñez, negándose a cualquier colaboración permanente que no apuntase a la realización de un programa nacional y revolucionario. En palabras de Oscar Waiss, el PAL había traicionado al pueblo, mientras que comunistas y radicales no eran capaces de “asimilarse a la corriente social mayoritaria que, por sobre el fracaso del actual Gobierno, seguirá buscando el derrotero nacional y antiimperialista”.<sup>287</sup>

Para el PSP la revolución iniciada con la victoria de 1952 seguía en marcha, por lo tanto, continuaban vigentes sus objetivos inmediatos. La demanda por la reforma agraria y un programa de nacionalizaciones que decante en una expresión de poder popular fue levantada como la principal bandera programática. El sentido radical de estas reivindicaciones inmediatas de corte popular y clasista implicaron rechazar toda alianza permanente con partidos centristas, por considerarlos socialmente comprometidos con el orden, y con el resto de la izquierda mientras estos siguieran propiciando una alianza con sectores burgueses. Lo anterior, configuró una nueva actitud independiente que fue acusada de aislacionismo por el Frente del Pueblo y los sectores ibañistas. En palabras de Waiss:

La independencia es revolucionaria, porque significa la defensa del propio programa con voluntad intransigente. El aislamiento es estéril, porque significa la meditación abstracta en una suerte de metafísica revolucionaria. Hoy podemos estar en la ANAP y mañana podemos aparecer patrocinando iniciativas parlamentarias conjuntas con radicales y frentistas. Mañana requiere la guerra (...) lo esencial es no traicionar nunca la propia bandera, mostrarla siempre a las masas y terminar infundiéndole confianza de que, como el penacho blanco del rey de Francia, siempre la encontrarán en el camino del porvenir revolucionario.<sup>288</sup>

Estas transformaciones marcan un momento de consolidación de la identidad socialista surgida después de las divisiones de 1948 y 1951. En este sentido, buena parte de la reflexión en torno a la política independiente del PSP fue inspirada por una lectura crítica de las distintas experiencias de colaboración, alimentando un desprecio por el PR, las directivas anteriores y la trayectoria misma del partido. Los congresos de este periodo fueron

---

<sup>287</sup> Oscar Waiss, “¿Está terminada la fase de la Alianza Popular? Problemas sobre la táctica y la estrategia revolucionaria en Chile”, *La Calle*, 3 de junio de 1954.

<sup>288</sup> *Idem*.

presentados como momentos de clarificación y rectificación, en los que se logró romper con la tradición “burocrática” y “colaboracionista” para imponer la postergada tradición clasista y revolucionaria. Durante este periodo, figuras históricas del socialismo como Godoy, Latchman, Schnake y Allende comenzaron a aparecer en los medios de difusión del PSP como parte de una misma casta de “caudillejos” aventureros y mercaderes de ideas, ajenos y atemporales a la renovada vocación revolucionaria del socialismo popular.

Esta lectura crítica sobre la experiencia previa sostuvo un discurso rectificador del camino recorrido que llevó al PSP a pensarse a sí mismo como continuador legítimo del movimiento socialista y sus valores fundacionales. Las escisiones pasaron a ser “depuraciones”, íntimamente relacionadas con las experiencias políticas acumuladas por el movimiento popular desde 1933. El PSP se declaró heredero de la revolución del 4 de junio y su fecha oficial de fundación fue la del Partido Socialista de Chile, sin embargo, sus líderes pertenecían a la generación que había combatido los personalismos de la generación fundadora. Esto articuló un discurso reivindicativo del espíritu de los años fundacionales “malogrados, después, por la falta de principios y la traición de muchos caudillos improvisados”.<sup>289</sup> Esta actitud crítica respecto del pasado, en un tono más morigerado, alcanzó inclusive a la figura de Grove, de quien los socialistas populares escribieron con motivo de su muerte:

Raras veces los hombres son capaces de conservarse a la altura de su destino. Grove permanecerá, por eso, como un símbolo del nacimiento del partido, de esa época caótica en que las ideas, más que ideas, son intenciones y en que la acción, más que acción, es un gesto. Como símbolo, Grove está estrechamente ligado al socialismo chileno, y sus años postreros no borran toda una época de milicias combatientes, de uniformes de acero, de ascenso organizativo, de entusiasmo limpio y de forja de esta magnífica herramienta revolucionaria que es hoy el Partido Socialista Popular.<sup>290</sup>

El proceso de rectificación y esclarecimiento ideológico desembocó en el endurecimiento de las posiciones intransigentes. Después de 1953, el PSP experimentó un giro a la izquierda en torno a objetivos de largo plazo y puso condiciones a la colaboración con el resto de los movimientos y partidos progresistas. La intransigencia se transformó en un nuevo obstáculo para la unidad socialista, reclamada por las tendencias en

---

<sup>289</sup> “Marmaduke Grove ha muerto”, *La Calle*, 21 de mayo de 1954.

<sup>290</sup> *Idem*.

repetidas ocasiones después de que el PSP hiciera abandono del Gobierno. En este sentido, reclamaron que el resto de las tendencias “no comprenden en lo absoluto las conclusiones de los últimos congresos del PSP, el significado de la política seguida en los recientes años, el carácter y naturaleza de la revolución chilena, el análisis de las relaciones entre las clases y el sentido de la insurgencia nacional y popular que constatamos en América Latina”.<sup>291</sup>

La cuestión de las clases sociales como límite de la política de alianzas abrió un momento donde, al menos discursivamente, los objetivos de corto plazo, como los acuerdos parlamentarios y las alianzas electorales, fueron supeditados a los fines programáticos de largo plazo. A raíz de su salida del ejecutivo, el PSP se apoyó en el movimiento sindical intentando desbordar la institucionalidad mediante huelgas y movimientos de protesta orientados a presionar por medidas reivindicativas. Esta nueva actitud fue leída como la adopción de una política de clase contra clase inspirada en el fin estratégico de la República Democrática de Trabajadores y el desarrollo de una fase de democracia socialista. En este aspecto, más allá de cualquier arreglo institucional en línea con la democracia-burguesa, el PSP propuso romper con las tendencias legalistas “para dar paso, en cambio, a una vigorosa participación a las masas campesinas, obreras y de empleados en organismos auténticamente representativos donde las mayorías que reciben un mandato popular representen a reales mayorías y donde las minorías se satisfagan con su papel de minorías precisas y determinadas”.<sup>292</sup>

La consolidación de la independencia, el afán rectificador y la opción por una política clasista y revolucionaria se consolidó en 1955 con la proclamación de la línea del Frente de Trabajadores durante el XVI Congreso. Según el semanario *La Calle*, la instancia estaba llamada a colocar al partido en el camino de la conquista del poder, presentando el torneo como un hito culmine del proceso de depuración ideológica y rectificación política iniciado en 1946.<sup>293</sup> En una línea similar, Oscar Waiss señaló que con el congreso quedaban atrás las lógicas de antaño donde “toda la gama multicolor de diversos sectores del movimiento obrero se confundía en las filas del viejo partido y lo sometían a la inevitable tensión de las luchas internas entre quienes miraban la misma realidad con cristales de muy distintos colores”.<sup>294</sup>

La política del FT obedeció a un momento donde la reflexión acumulada durante los años de colaboración fue sistematizada. En este

---

<sup>291</sup> “Unidad del socialismo”, *La Calle*, 12 de agosto de 1954.

<sup>292</sup> Aniceto Rodríguez, “Tarea revolucionaria del socialismo popular”, *La Calle*, septiembre de 1954.

<sup>293</sup> “Congreso del PSP”, *La Calle*, 1ª quincena de noviembre de 1955.

<sup>294</sup> Oscar Waiss, “Un Partido para la revolución”, *La Calle*, 1ª quincena de noviembre de 1955.

aspecto, la nueva orientación nace de una profunda crítica a los gobiernos de coalición y de un nuevo diagnóstico sobre el comportamiento de las fuerzas sociales en el espacio nacional e internacional. Este diagnóstico extendió nuevas lecturas sobre el proceso revolucionario chileno en distintos sectores de la intelectualidad socialista, que sirvieron de base conceptual para el estudio y sanción de una línea estratégica novedosa. Por último, la adopción del FT consolidó una actitud de desconfianza y crítica a las lógicas del aparato democrático formal, abriendo la reflexión hacia el desborde de las instituciones como medio legítimo y “más avanzado” de acción democrática, relevando la importancia de la organización y movilización de masas para la concreción de los fines revolucionarios.

El congreso hizo un llamado explícito a la unidad de la izquierda. Después del fallido intento de reorganización popular con la ANAP, el PSP agitó una nueva fórmula de unidad popular buscando establecer una alianza programática y sindical con el Frente del Pueblo. Como condición previa, el FRENAP debía cortar toda relación con el Partido Radical y la Falange Nacional, y declarar su oposición al Gobierno, la burguesía y la derecha. En palabras de Aniceto Rodríguez, Secretario General durante el XVI Congreso, la nueva fórmula buscaba disputar la representación de las grandes mayorías nacionales que confiaron en el discurso antiimperialista y antioligárquico de Ibáñez. En este aspecto:

En Chile no ha habido nunca una fuerza central rectora que pueda hablar en nombre de la nación, o sea, de sus grandes mayorías ciudadanas. No pudo hacerlo la oligarquía tradicional, porque ella solo cuidaba sus privilegios de casta; no pudo hacerlo la burguesía, porque se organizó socialmente como cómplice de una realidad oprobiosa; solo el pueblo mismo, representado por un Partido o un conjunto de partidos auténticamente populares, estará en condiciones de organizar el país en función de los intereses mayoritarios y con un criterio nacional. Esa es la misión histórica que nos incumbe, y para impulsarla los exhortamos a una acción inmediata y sin desmayos, colectiva y unitaria.<sup>295</sup>

Tanto el FRENAP como el PSP vincularon la estrategia sindical con el proyecto de construcción socialista.<sup>296</sup> El fortalecimiento de la unidad sindical había sido una posición invariable del PSP, que estuvo abierto a colaborar con el PC, el PAL y el PS en los distintos espacios gremiales y la

---

<sup>295</sup> Aniceto Rodríguez, *Forjando la Unidad Popular. Informe al XX Congreso General Ordinario del PSP*, s/i, 12. (Documento mecanografiado disponible en la Biblioteca Clodomiro Almeyda)

<sup>296</sup> Augusto Samaniego, “Unidad sindical desde la base. La Central Única de Trabajadores, 1953-1973”, Ariadna Ediciones, Santiago, 2016, 27-34.

CUT. El promotor de esta política fue Clodomiro Almeyda, quien desde sus días como ministro del trabajo alentó el fortalecimiento orgánico de las organizaciones obreras y encabezó la reflexión sobre la estrategia socialista en el espacio sindical. Para Almeyda, era necesario dirigir las organizaciones de trabajadores para que sus reivindicaciones sean la base de un movimiento con características revolucionarias. En Chile, país que por su retraso no ofrece las condiciones para precipitar la revolución, donde la sindicalización campesina es nula y la izquierda se encuentra fragmentada, aún está “abierta la posibilidad para que la CUTCh o los partidos sean en definitiva quienes puedan traducir el interés político de clase y revolucionario de los trabajadores”.<sup>297</sup>

Esta nueva posición reinterpreto el rol de la clase trabajadora en el proceso político chileno leyendo críticamente los años de colaboración con la “burguesía progresista”, los que habrían llevado a una situación de equilibrio social que suspendió los antagonismos de clase y apuntaló las tendencias regresivas. Los gobiernos centristas habrían desvirtuado los objetivos de los trabajadores y ralentizado el ascenso del movimiento obrero, además de haber demostrado la incapacidad transformadora de las clases medias y la pequeña burguesía. La conclusión de este diagnóstico, en palabras de Salomón Corbalán, es que “no podemos suponer que las clases defensoras de una estructura económica y social del pasado puedan ser las constructoras del porvenir”.<sup>298</sup> Por esto, la revolución chilena debía saltar etapas en su desarrollo: “la etapa democrático-burguesa, que históricamente debió cumplirse bajo el comando de la burguesía ya no puede ser realizada por esta, cuyo orden económico social le pertenece, ni por la pequeña burguesía, comprometida a aquella y a este mismo orden” y concluye: “esta etapa solo puede ser cumplida ahora por la clase obrera, con un instrumento como el Frente de Clase Trabajadora y a través del Estado”.<sup>299</sup>

La nueva política reclamaba el restablecimiento pleno de las libertades públicas y, al mismo tiempo, agudizó la crítica al sistema “demo-burgués”. La derogación de las leyes represivas no sustituía la necesidad de transformar estructuralmente el régimen político, en este sentido, “lo que en cierta etapa de la evolución cívica puede significar una conquista de las masas y una real ampliación de los derechos ciudadanos, con el correr del tiempo y las transformaciones que se operan en la relación de fuerzas sociales se transforma a menudo en el disfraz del predominio de las minorías explotadoras, en una dictadura encubierta de los grupos

---

<sup>297</sup> Clodomiro Almeyda, “Lo sindical y lo político”, *Nuevos Rumbos* 6, diciembre de 1955.

<sup>298</sup> Salomón Corbalán, “Posición política del PSP acordada en el XVI Congreso ordinario celebrado en Valparaíso recientemente”, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados. Sesión 16*, 12 de noviembre de 1955

<sup>299</sup> Víctor Sergio Mena, “Hacia el frente de clase trabajadora”, *Nuevos Rumbos* 6, diciembre de 1955.



privilegiados”.<sup>300</sup> La política del PSP apuntó a la superación del sistema formal y a la promoción de formas “avanzadas” de expresión democrática, según Aniceto Rodríguez “es un error defender todo el sistema tal como lo han edificado nuestros enemigos de clase y crear ilusiones en una constitución, en unas leyes y en un sistema que sanciona un régimen de explotación de los trabajadores y una farsa electoral que ha permitido a las minorías gobernantes vestirse con un ropaje democrático fraudulento”.<sup>301</sup>

La línea estratégica del FT implicó la adopción de un lenguaje marcadamente obrerista que subordinó el rol de la clase media a la acción dirigente de la clase obrera, marcando distancias no solo estratégicas, sino que también teóricas con la discusión intelectual del partido durante la década de 1930. El PSP siguió apelando a los trabajadores “manuales e intelectuales” incluyendo a las clases medias y grupos profesionales, no obstante, relevó el papel de la clase obrera como sujeto dinamizador del proceso político nacional. La política socialista propuso la formación de un bloque con los partidos del FRENAP, por un lado, y el PSP y el Partido Democrático del Pueblo por otro “bajo la forma de un Frente de los partidos obreros y la Central Única de Trabajadores, o sea de un ‘Frente de Trabajadores’ que lleve adelante una política de clase”.<sup>302</sup>

Bajo la consigna de “Revolución o miseria”, el PSP se propuso dinamizar el “estancado” proceso político nacional, agitando una estrategia de movilización de masas capaz impulsar medidas reivindicativas primero y superar el orden burgués después. Con la política del FT el proceso nacional fue insertado en el marco general de las luchas antiimperialistas por la liberación en América Latina y otros países del Tercer Mundo, por lo que los fines estratégicos inmediatos del partido incluyeron una serie de medidas *nacional revolucionarias* orientadas a superar las tendencias regresivas del sistema político vigente. El Estado nacional revolucionario debía impulsar la nacionalización de la banca, los recursos naturales y la autogestión de las unidades económicas, además de asegurar en el plano político la participación directa de los trabajadores en la administración pública para romper definitivamente con un *status quo* burgués en lo político y capitalista en lo económico.<sup>303</sup>

El Frente de Trabajadores fue una invención del socialismo chileno, que obedeció a una compleja mezcla de tendencias ideológicas, experiencias internacionales de liberación y al desarrollo de una reflexión partidaria con contornos propios. La línea del FT posee una fundamentación política e

---

<sup>300</sup> Rodríguez, *op. cit.*, 10.

<sup>301</sup> *Idem.*

<sup>302</sup> “Una política de clase para poner fin a la ofensiva reaccionaria”, *Boletín del Comité Ejecutivo del PSP* 3, enero de 1956.

<sup>303</sup> “La situación económico-social y las tareas de la revolución chilena”, *Boletín del Comité Ejecutivo del PSP* 1, diciembre de 1955, 2.

ideológica que permitió la formalización de un lenguaje común mucho más cohesionado y de contornos más definidos en comparación al periodo anterior. Desde la publicación del programa de 1947, las distintas posiciones teóricas del socialismo fueron reinterpretadas según las zigzagueantes condiciones políticas hasta 1955, año en que el PSP adscribió a una estrategia para la revolución chilena con contornos y marcos interpretativos claros a partir de ese momento. No obstante, el FT estuvo lejos de clausurar el debate interno y el disenso ideológico, sirviendo como marco lingüístico común de un nuevo debate respecto de las formas de movilización revolucionaria.

El Frente de Trabajadores condicionó al PSP frente a la unidad de la izquierda y la unidad socialista. Las relaciones entre ambas facciones del socialismo se mantuvieron prácticamente congeladas hasta 1955, cuando el diputado del Partido Agrario Laborista, Sergio Recabarren, renunció a su cargo para asumir como ministro del Interior del Gobierno de Ibáñez. Frente a la elección complementaria, la heterogénea oposición del Frente Cívico<sup>304</sup> se reunió en una mesa redonda con el PSP y el Partido Democrático del Pueblo (PDP) para conversar una candidatura común. Sin embargo, las diferencias se manifestaron rápidamente. Mientras algunos sectores de la mesa dudaron de la calidad opositora del PSP, estos últimos junto al PDP promovieron una candidatura de izquierda con participación exclusiva de los “partidos populares”.<sup>305</sup>

Las negociaciones sobre la posibilidad de configurar un *Bloque Popular* que agrupara a las corrientes del socialismo y a los partidos comunista, del trabajo y democrático del pueblo levantaron suspicacias en el resto de la oposición, las que se profundizaron cuando el PAL ofreció apoyar un candidato del PSP y este recibió una nueva invitación para participar del gabinete.<sup>306</sup> Las negociaciones para organizar un bloque popular fracasaron y no hubo acuerdo entre la intransigencia del PSP, que exigió un candidato apoyado solo por la izquierda y las intenciones del FRENAP, que no renunció a una candidatura con el resto del Frente Cívico. Finalmente, la oposición terminó por levantar la candidatura del falangista Rafael Gumucio, mientras que el PSP y el PDP presentaron a Clodomiro Almeyda como candidato del Bloque Popular, en oposición al Gobierno y sin influencia de fuerzas políticas del centro o la derecha.

El PS defendió su decisión de participar en la candidatura de Unidad Nacional, declarando que “los socialistas en conciencia sabemos lo que nos

---

<sup>304</sup> Alianza de oposición al gobierno conformada por los partidos del FRENAP, la Falange Nacional, Socialcristianos, Radicales y Conservadores Unidos.

<sup>305</sup> Julio Fuentes, “Comenzaron los finteos en la mesa redonda”, *Las Noticias de Última Hora*, 11 de enero de 1955.

<sup>306</sup> Julio Fuentes Molina, “PAL plantea entendimiento electoral con el PSP: ampliar el ministerio”, *Las Noticias de Última Hora*, 15 de enero de 1955.

une y nos separa dentro de las fuerzas de oposición. Nos separan nuestros planteamientos ideológicos, en lo económico, político y social, pero nos une la defensa del régimen democrático, de las libertades públicas y sindicales”.<sup>307</sup> Por su parte, el PSP mantuvo la independencia frente al Gobierno y los partidos “derechistas y reaccionarios” como base de la campaña de Almeyda. Para el PSP la candidatura del Frente Cívico “nos quiere hacer creer que pueden caminar juntos los campesinos explotados y los latifundistas reaccionarios, los obreros perseguidos y sus patrones capitalistas, los empleados con sueldos de hambre y sus empleadores que especulan, los comunistas con los liberales, los socialistas con los conservadores, los explotados con los explotadores”.<sup>308</sup>

Durante la campaña, el PSP y el PDP insistieron en la unidad de los partidos de avanzada y no cesaron en sus intentos por sumar al FRENAP. En la lectura del PSP para “terminar con la injusticia social y levantar un régimen popular que modifique sustancialmente la economía en beneficio de las masas, es preciso unir políticamente a esa mayoría, evitando que su división sea aprovechada por los pequeños sectores de la reacción”. La invitación a la unidad se vuelve explícita desde el PSP cuando declara su disposición a cerrar filas en torno a un “gran bloque popular junto los partidos de avanzada y formar un frente de lucha contra la oligarquía y el imperialismo, movilizándolo a las masas por la conquista del poder para instaurar una República Democrática de Trabajadores”.<sup>309</sup>

La elección finalmente favoreció al candidato de Unidad Nacional. Pese a la derrota, Clodomiro Almeyda, Belarmino Elgueta y Aniceto Rodríguez insistieron en el *bloque popular* y en las invitaciones al FRENAP. Lo cierto es que la unidad de los Partidos populares ya había logrado grandes avances incluso cuando no fue posible levantar una candidatura unitaria de izquierda. Las reuniones de la mesa redonda y sobre todo aquellas realizadas exclusivamente entre los partidos de izquierda demuestran que las posiciones del PSP y el PDP eran tolerables en pro de la unidad socialista, la cual había sido rechazada de manera sistemática por el PSP después del fracasado congreso unitario de 1949. El propio Allende, pese a proponer la configuración de un amplio movimiento incluyendo falangistas y radicales, agregaba que también “tendrán un puesto junto a nosotros, las fuerzas populares que estuvieron junto al Sr. Ibáñez, que han comprendido el error que cometieron”.<sup>310</sup>

---

<sup>307</sup> “Gerardo Monsalve fija razones de por qué el PS apoya a Gumucio”, *Las Noticias de Última Hora*, 30 de enero de 1955.

<sup>308</sup> Partido Socialista Popular “¡La candidatura de Almeyda señala el camino de la Unidad Popular!”, *Las Noticias de Última Hora*, 27 de enero de 1955.

<sup>309</sup> *Idem*.

<sup>310</sup> “Sobre el desarmado puzle ibañista no puede cimentarse nuevamente la acción gubernativa”, *Las Noticias de Última Hora*, 15 de febrero de 1955.

Lo interesante de esta elección es que a cuatro años de registrada la última gran escisión socialista, la coyuntura electoral fue aprovechada para explicitar las intenciones unitarias de los partidos de izquierda, evidenciando las dos posiciones en disputa para configurar la alianza de izquierda y la unidad socialista: por una parte, el PSP propuso una alianza limitada a los partidos obreros y de avanzada. Por otra, el PS abogó por la formación de una coalición amplia, agrupando a la mayor cantidad de partidos y movimientos comprometidos con una agenda progresista, incluso cuando estos sean de “extracción burguesa” y de corte reformista. El PSP promovió la fundación de un frente de izquierda poniendo como primera condición de la alianza circunscribir su alcance a las tesis Frente de Trabajadores, la que se impondría, al menos en principio, en la fundación del Frente de Acción Popular:

En las conversaciones que se iniciaron por indicación de nuestro Partido para llegar a la Unidad Popular y que acaban de culminar en la creación del FRAP, se plantearon dos criterios distintos. Uno, sostenido por los comunistas, pretendía lograr una Unidad amplia entre sectores de la pequeña burguesía y de la burguesía propiamente tal. En este intento incluían entre los partidos populares a aquellos de centro como el Partido Radical y la Falange Nacional. Según el PC, el movimiento de los trabajadores chilenos debe limitarse a impulsar el desarrollo de la Revolución Democrático-Burguesa y, en consecuencia, debe apoyar a los partidos políticos que representan a la burguesía “progresista”, como suelen llamarla. Esta política la han simbolizado en el Frente de Liberación Nacional.

Por otra parte, nuestro Partido, cumpliendo los acuerdos del Congreso de Valparaíso, sostuvo la política de Frente de Trabajadores, que se concreta en el aglutinamiento de los partidos genuinamente representantes de la clase trabajadora chilena, dejando al margen de un compromiso permanente a partidos de centro como el PR y la Falange. En esta forma nosotros creamos un poder político de extraordinaria importancia para acciones de fondo en la lucha por la conquista del poder para el pueblo. No aceptamos, por lo tanto, que partidos comprometidos en la defensa del sistema actual integren un movimiento que tiene objetivo principal lograr la transformación de la estructura económica y social del país.<sup>311</sup>

---

<sup>311</sup> “Instrucciones sobre la aplicación del pacto”, *Boletín del Comité Ejecutivo del PSP* 4, febrero de 1956.

La primera elección apenas constituido el FRAP acrecentó el optimismo del PSP en la nueva alianza. En total, la combinación de izquierda logró elegir 248 regidores de los cuales 129 correspondieron al PSP, alzando al FRAP como un actor con presencia nacional y confirmando el crecimiento electoral del partido.<sup>312</sup> Sin embargo, aún quedaba por formalizar el contenido programático de la alianza y resolver el complejo punto de la unidad socialista.

La alianza con el PC fue facilitada por las resoluciones del XX Congreso del PCUS, las que fueron vistas por el PSP como una oportunidad para que el PC revise “el carácter de las tareas planteadas por la realidad chilena de ahora, sin prejuicios y sin servidumbres intelectuales”.<sup>313</sup> El PSP esperaba que la nueva línea soviética fuera capaz de propiciar el desarrollo de una política tendiente a la distensión del enfrentamiento entre el campo socialista y el bloque capitalista, lo que “Implica una doble ventaja: la fuerzas verdaderamente revolucionarias y anti-imperialistas encuentran un campo más propicio a su desarrollo y se hacen más próximas y necesarias las transformaciones internas en el seno de los dos grandes imperios contemporáneos, en el sentido de la integración, en una sociedad de nivel superior, del socialismo y de la democracia”.<sup>314</sup> Pese al acercamiento con el PC, la fórmula presentada para la unidad obedecía las tesis del FT, por lo que el PSP defendió la independencia política del movimiento obrero y un contenido antiimperialista, que rechazaba toda influencia política externa, sea soviética, europea o norteamericana.

En este contexto de unidad aún seguía pendiente la reunificación del socialismo, dividido en dos facciones defensoras de estrategias y líneas políticas disímiles. Como era de suponer, los intentos por concretar la reunificación resultaron problemáticos desde un inicio. Al igual que en 1955, mientras el PSP propuso la unificación manteniendo las formulaciones teóricas y estratégicas del FT, el PS intentó pactar la unidad manteniendo a ambas tendencias bajo el mismo partido, opción que fue rechazada por Raúl Ampuero. Para el PSP, de mantenerse dos tendencias internas se corría el peligro de dividir una vez más el partido entre dos posiciones teóricas y prácticas antagónicas, configurando un dilema inevitable entre “una fórmula de compromiso o una nueva ruptura”.<sup>315</sup> El PSP condicionó la unidad a lo que consideraban la continuidad lógica del

---

<sup>312</sup> “Política nacional. Elecciones municipales: ecos y análisis”, *Nuevos Rumbo* 7, junio de 1956.

<sup>313</sup> “Informe del Comité Ejecutivo a la II Reunión Plenaria”, *Boletín del Comité Ejecutivo del PSP* 9, agosto de 1956, 6.

<sup>314</sup> *Idem.*

<sup>315</sup> “Respuesta del C. Raúl Ampuero al Secretario General del PSCH”, *Boletín del Comité Ejecutivo del PSP* 13, diciembre de 1956, 5.

pensamiento socialista, haciendo del FT la “línea fundamental del socialismo en Chile”, lo que resultaba especialmente valedero “si se trata de hacer confluír todos los esfuerzos socialistas y conformar una unidad que debe trasuntarse especialmente en lo ideológico”.<sup>316</sup>

Después de 1955 y sobre todo luego de realizado el XVI Congreso ese mismo año, el PSP marcó el rumbo de la unidad. *La Calle* escribió que “los que se fueron del partido podrán regresar a él sí reconocen sinceramente su error. Pero jamás podrán regresar reivindicando sus viejos errores”.<sup>317</sup> El torneo fue visto como el cierre de una etapa de clarificación en la que los principios marxistas y el contenido antioligárquico y clasista ya estaban consolidados como conceptos políticos fundamentales del socialismo. El mismo periódico señalaba:

En la etapa transcurrida desde el Congreso de Concepción, efectuado en el año 1946, el Socialismo Popular ha conseguido depurarse de los elementos ajenos a su ideología y que jamás deberán regresar a sus filas, siendo esto lo que lo ha convertido en una fuerza dinámica y determinante. Están equivocados los que piensan que un partido revolucionario se hace fuerte aglutinando sectores de ideologías contradictorias. Lo que le da, realmente, fuerza a una organización de esta naturaleza es la unidad de pensamiento y la consciente disciplina.<sup>318</sup>

Finalmente, en el mes de julio de 1957 se realizó el XVII Congreso con el objetivo de reunificar al socialismo. Durante las instancias preparatorias se debatió respecto de ambas posiciones, sin embargo, el FT comenzó a perfilarse como línea mayoritaria cuando el Congreso Regional de Santiago aprobó un voto político que incluyó la proclamación de una candidatura independiente y de izquierda para las elecciones presidenciales de 1958. La candidatura debía representar a los sectores populares, rechazando cualquier acuerdo con partidos burgueses y centristas, especialmente con el radicalismo “confusionista y reaccionario” y de la “pequeña burguesía en proceso de descomposición”.<sup>319</sup> El Congreso transcurrió como una instancia de reconciliación entre facciones, siendo readmitido por aclamación el ex Secretario General Oscar Schnake e incluso se dio el espacio para que Allende bromeara sobre su apodo de “pije” durante la sesión inaugural. En pro de la unidad, los liderazgos de las

---

<sup>316</sup> “Las importantes resoluciones del pleno del PSP”, *Boletín Comité Ejecutivo del PSP* 17, mayo 1957, 2.

<sup>317</sup> “Congreso del PSP”, *La Calle* 1, quincena de noviembre de 1955.

<sup>318</sup> “Unidad del socialismo”, *La Calle*, 12 de agosto de 1954.

<sup>319</sup> “Total repudio al PR acuerdan socialistas”, *Las Noticias de Última Hora*, 7 de junio de 1957.

distintas tendencias se deshicieron en promesas. Aniceto Rodríguez renunció a los cargos directivos del PS, mientras que Allende descartó ir a una nueva candidatura presidencial. Pese a la concordia, las tesis de la reunificación estuvieron condicionadas a la posición del PSP, eliminando “toda dualidad principista y política” respecto del FT.<sup>320</sup>

La discusión estuvo centrada en una larga tesis política elaborada por un comité de unificación compuesto por representantes de ambas facciones que fue encabezado por el ex diputado del PSP Haroldo Martínez. El documento dio continuidad a la política del socialismo popular declarando la oposición al gobierno, el rechazo de las “tentativas de los partidos centristas para encabezar el movimiento político popular” y concluyendo que en Chile solo un “vasto Frente de Trabajadores manuales e intelectuales, bajo el comando y la hegemonía de la clase obrera organizada en sus partidos de clase e inspirada en la ideología socialista, puede ser capaz de alterar el statu quo”.<sup>321</sup> El tópico principal de los debates fue la actitud del socialismo frente a la burguesía y, particularmente, el Partido Radical y las fuerzas de centro frente a las próximas coyunturas electorales y legislativas. Al respecto se configuraron dos posiciones, una favorable al entendimiento político con los radicales representada por Tomas Chadwick y Salvador Allende del PS, y una contraria la colaboración representada por Salomón Corbalán y Oscar Weiss del PSP.

Allende criticó la rigidez de la política socialista acusando que esta podía aislar y poner una camisa de fuerza a la directiva al rechazar cualquier instancia de colaboración, incluidas las transitorias. Al respecto el senador señalaba que producto de la correlación electoral y de fuerzas sociales “tarde o temprano tendremos que vérnosla con un sector del radicalismo”<sup>322</sup>. Entre los defensores de la independencia hubo posiciones disímiles. Corbalán defendió su rechazo a la colaboración señalando que en Chile y América Latina era imposible avanzar en la construcción del socialismo en una combinación que incluyera a sectores aliados al imperialismo y el poder tradicional, apuntando a que el FRAP debía aprovechar eventuales divisiones radicales para sumarlas a la izquierda, descartando cualquier tipo de entendimiento con las directivas del PR.<sup>323</sup> Por su parte, Oscar Weiss apuntó a la debilidad orgánica y el retroceso electoral de las fuerzas socialistas para criticar las aparentes desviaciones infantiles de una tesis política que pretendía “meter al PS en un zapato

---

<sup>320</sup> *Tesis política, sindical y organizativa aprobadas por el Congreso de Unidad Socialista*, Santiago, s/i, julio de 1957.

<sup>321</sup> “Se abre una gran jornada de lucha popular al inaugurarse hoy el congreso socialista”, *Las Noticias de Última Hora*, 5 de julio de 1957.

<sup>322</sup> “Trascendente debate teórico. La burguesía corrupta y retrograda es enemiga de las mayorías nacionales”, *Las Noticias de Última Hora*, 7 de julio de 1957.

<sup>323</sup> *Idem*.

chino en resguardo de su dignidad”. Para Waiss, el escenario abierto por la irrupción de Frei y las eventuales reorganizaciones de los partidos de centro izquierda con miras a la elección presidencial de 1958 y una eventual derogación de la ley maldita exigían una política flexible, resguardando el derecho a impulsar alianzas transitorias con la burguesía. Esta actitud no desechaba la posición clasista, sino más bien, reconocía la incapacidad del partido de iniciar una “ofensiva popular” prescindiendo absolutamente de las demás fuerzas políticas<sup>324</sup>.

Finalmente, el socialismo unificado mantuvo la política “Nacional Revolucionaria” y reafirmó la “ineptitud histórica de la burguesía chilena para promover nuestro desarrollo económico, por su debilidad orgánica, su carencia de empuje renovador, su alianza con el imperialismo y la oligarquía”<sup>325</sup>. También se mantuvo la intransigencia, acusando a sus ex aliados del PAL y a la recién fundada Democracia Cristiana de estar al servicio de intereses *feudoburgueses*, imperialistas y vaticanos; y al PR de ser un partido centrista socialmente híbrido en el que abundaban los “elementos acaudalados, terratenientes y grandes industriales”. Para el discurso oficial el Frente de Trabajadores se transformó en la “justa expresión de la unidad del socialismo y del movimiento obrero, eliminando todo compromiso contrario a esta posición”<sup>326</sup>.

El lenguaje clasista, antiimperialista y revolucionario del FT será característico del PS de aquí en adelante. Desde estos conceptos, el PS encaró su posición en el FRAP y una nueva etapa de colaboración con el PC, en la que afloraron nuevas discusiones de alto contenido político e ideológico. Sin embargo, la aparición de la Democracia Cristiana y su rápido posicionamiento como una alternativa no capitalista al proyecto de la izquierda abrió una nueva etapa de reflexión en los partidos izquierda. El PS se verá tensionado, una vez más, entre la colaboración con los sectores progresistas y la independencia revolucionaria, configurando desde un lenguaje marcadamente partisano un debate por la hegemonía del proyecto revolucionario en Chile con la Democracia Cristiana y el resto de la izquierda.

---

<sup>324</sup> Oscar Waiss, “No podemos hacer la revolución por carecer de organización y medios”, *Las Noticias de Última Hora*, 7 de julio de 1957.

<sup>325</sup> *Tesis política, sindical y organizativa... op. cit.*, p. 9.

<sup>326</sup> Jobet, *op. cit.*, p. 36.



### 3. Tensiones, debates y colaboración: el Partido Socialista frente al Partido Comunista y la Democracia Cristiana

Durante la década de 1950 el sistema de partidos chileno sufrió una reconfiguración de sus actores y lógicas. Las organizaciones surgidas bajo el influjo de la ola ibañista a inicios de la década, luego de una fugaz existencia, tendieron a desaparecer y a fusionarse en nuevas agrupaciones una vez que el Gobierno perdió toda iniciativa programática y apoyos parlamentarios. La desilusión ibañista terminó por fortalecer las posiciones de los desprestigiados partidos tradicionales, que volvieron a controlar el rumbo de los acontecimientos una vez pasada la vorágine septembrista. El reordenamiento incluyó la unidad del PC y el PS, la desintegración del Partido Agrario Laborista y el repunte electoral de los partidos tradicionales (conservadores, liberales y radicales). Sin embargo, el proceso más importante en este sentido fue la reconfiguración del centro tras la aparición de la DC en 1957, que comenzó a copar este espacio del espectro político en desmedro del PR.<sup>327</sup>

El periodo de Ibáñez, pese a ser un momento de descrédito profundo de la política tradicional, terminó por dibujar contornos más definidos entre las distintas tendencias de la política chilena. El centro, que fue utilizado por el heterogéneo movimiento ibañista mientras hubo alguna esperanza de llevar adelante el programa, quedó vacante producto de la disgregación de las fuerzas septembristas hacia el final del Gobierno. Después de 1958, el sistema de partidos se organizó en tres bloques bien definidos, con agendas distinguibles y una política de alianzas basada en fines programáticos, configurando una tendencia extendida por todo el sistema de partidos hacia la polarización y el compromiso con programas de reforma estructural.<sup>328</sup>

Durante el decenio de 1950 se asentó un nuevo tipo de pensamiento económico-social, surgido del desarrollo de las ciencias sociales y económicas en América Latina. Santiago fue sede de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), el Centro para el Desarrollo de América Latina (DESAL) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias

---

<sup>327</sup> Moulian, *op. cit.*, 174-178; Faúndez, *op. cit.*, 122-138; Isabel Torres, *La crisis del sistema democrático. Las elecciones presidenciales y los proyectos políticos excluyentes. Chile. 1958-1970*, Santiago, Universitaria, 2014, 39-78; Luis Corvalán Márquez, *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile. Izquierdas, centro y derecha en la lucha por los proyectos globales. 1950-2000*, Valparaíso, América en movimiento, 2018, 51-93.

<sup>328</sup> Arturo Valenzuela, *El quiebre de la democracia en Chile*, Santiago, Ediciones UDP, 2013, 31-44.

Sociales (FLACSO), permitiendo la inserción de un numeroso grupo de intelectuales en el aparato público, las universidades, centros de estudios y organismos internacionales. El desarrollo y el subdesarrollo fueron los tópicos fundamentales del pensamiento latinoamericano de post guerra. Vinculados originalmente al crecimiento económico y autosuficiente de las naciones subdesarrolladas, estos conceptos pasaron a designar un proceso de modernización más amplio y complejo<sup>329</sup>. En Chile, el Gobierno de Jorge Alessandri intentó representar una opción gerencial y tecnocrática que prometió terminar con el problema de la inflación apoyado en los sectores empresariales. Presionado por la Alianza para el Progreso, su gobierno esbozó algunas medidas reformistas, iniciando una tímida reforma agraria y una nueva política del cobre que aumento los impuestos a las empresas explotadoras del mineral<sup>330</sup>. En este contexto, las opciones transformadoras y modernizadoras de la Revolución en Libertad democratacristiana y la alternativa socialista propuesta del FRAP basaron sus principales medidas en el trabajo de expertos, que incidieron de modo sustantivo en la articulación de los programas de gobierno del periodo.

La fundación del FRAP en 1956 significó la primera instancia de unidad político-programática donde los partidos populares asumieron el rol dirigente. La apuesta por prescindir del centro y promover un programa de transición socialista polarizó las posiciones al interior de la alianza entre un PC dispuesto a entenderse con los partidos de centro progresista y un PS que siguió rechazando, con cada vez más encono, toda alianza con partidos burgueses. Por su parte, la aparición de la DC y su programa de reformas logró agrupar al mundo católico y a un importante polo progresista influenciado intelectualmente por el pensamiento social de la Iglesia, permitiéndole al nuevo partido disputar los apoyos del mundo católico con el Partido Conservador y la representación de los sectores medios, populares y del mundo del trabajo con la izquierda.<sup>331</sup>

Durante la primera mitad de 1960, la polarización se configuró en torno a dos proyectos de transformación estructural que se convirtieron en el nudo crítico del debate público. El programa DC era abiertamente anticapitalista e incluía medidas típicamente exigidas por la izquierda como la reforma agraria y la nacionalización del cobre, por lo que inicialmente el PS vio en el nuevo partido un “aliado eventual” para impulsar algunas reformas desde el campo parlamentario. Sin embargo, la existencia de un sector abiertamente anticomunista y el sentido programático del PDC

---

<sup>329</sup> Eduardo Devés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. De la CEPAL al neoliberalismo. Tomo II*, Buenos Aires, Biblios, 2003, 23-35.

<sup>330</sup> Alan Angell, *Chile de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1993, 37-46.

<sup>331</sup> Alan Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*, Ediciones Era, Ciudad de México, 1974, 177-193.

desecharon rápidamente la posibilidad de un entendimiento entre ambos sectores. La DC criticó al comunismo tanto como al régimen capitalista, imprimiendo a su discurso un carácter tercerista que intentó abstraerse de la disputa global de Guerra Fría, sin que esto fuera impedimento para la circulación de un discurso anticomunista y crítico de las influencias soviéticas en el PC y de la “cubanización” del PS después de 1961.

El FRAP fue interpelado respecto de su compromiso con el sistema democrático y sobre los alcances institucionales de un eventual gobierno de izquierda, lo que obligó al candidato Salvador Allende a reafirmar su compromiso con las vías de la democracia formal y definir los alcances institucionales del proyecto de transición socialista. La derrota del FRAP en las elecciones presidenciales de 1964 inauguró un nuevo periodo de disidencias internas y faccionalismo que terminaron radicalizando el lenguaje y algunas posiciones políticas del socialismo. En el PS aparecieron voces críticas respecto a la conducción de la campaña y al uso de un lenguaje conciliador con la excusa de atraer a los sectores independientes y de centro izquierda, que terminaron por afianzar posiciones rupturistas y para-institucionales. Una vez instalado el Gobierno, la DC fue vista por el PS como “la nueva cara de la reacción oligárquica”, del imperialismo y del Vaticano, radicalizando desde su rol como opositor al Gobierno los discursos sobre la revolución, las instituciones y sus tesis políticas.

La relación entre los partidos del FRAP no fue menos polémica. La alianza socialista-comunista, si bien correspondía a una de carácter programático, mantuvo la independencia ideológica y teórica de cada partido como condición mínima de la unidad. Pese a que el FRAP consiguió resultados electorales y sociales positivos desde temprano, mantuvo algunos asuntos no resueltos que redundaron en nuevos episodios de discusión entre sus partidos. En la izquierda coexistieron dos líneas contradictorias, con diagnósticos distintos sobre el proceso social necesario para llevar adelante la construcción del socialismo y la naturaleza de la revolución chilena.

Uno de los puntos más complejos fueron las distintas alianzas para enfrentar las elecciones. En 1958 el debate fue encendido por una invitación del PC a la DC para sumarse a la candidatura de izquierda insistiendo en los puntos programáticos comunes, cuestión que fue duramente criticada por el PS. Detrás de la invitación comunista estaba la idea de sumar a los sectores progresistas, política sostenida por el PC en distintas instancias congresales en desmedro del “infantil y sectario” FT. Las desavenencias definieron los contornos del debate sobre el rol de las clases sociales en el proceso político chileno y los alcances de una eventual alianza con partidos de centro progresista. Al interior del PS la política comunista fue recibida sin unanimidad, desatando una vez más la discusión intestina entre un sector que comenzó a abrirse a la posibilidad de colaborar con la DC y el PR, y otro, resuelto a prescindir de los sectores burgueses

privilegiando la movilización del “contingente popular organizado” para desbordar la institucionalidad.

Otro asunto de discusión fueron las divergentes adscripciones internacionales de ambos partidos. Si bien el XX Congreso del PCUS allanó el camino para el entendimiento socialista-comunista, el PC no dejó de suscribir a las distintas consignas agitadas por la URSS. El PS, crítico de la Unión Soviética desde su fundación, fue insistente a la hora de condenar las pretensiones hegemónicas y dirigentes de la URSS sobre el movimiento obrero internacional, tensionando las relaciones con el PC chileno cada vez que éste último tomó posiciones por el bloque soviético. La opción por procesos revolucionarios independientes de la dirección soviética y de acuerdo con la realidad de cada país animó el debate más interesante entre ambos partidos, dando cuenta de posiciones y diagnósticos disímiles más profundos que la mera adscripción o etiqueta de la izquierda chilena en el escenario internacional de Guerra Fría.

El PS fue tensionado desde la izquierda por dos procesos simultáneos. Por una parte, la política comunista encontró apoyos en un sector de la militancia socialista, llevando al partido incluso a conversar una posible colaboración con la DC para las elecciones de 1964. Por otra, la progresiva agudización del enfrentamiento entre capitalismo y socialismo en América Latina después del triunfo de la Revolución cubana, derivó en un proceso de radicalización de la reflexión política que llevó al PS a distanciarse aún más de una posible alianza con sectores vinculados al imperialismo y la oligarquía nacional.

Considerando lo anterior, este capítulo revisa los debates del PS con el Partido Comunista y la Democracia Cristiana, entendiendo que es en esta instancia donde mejor se evidencian a nivel discursivo las posiciones intelectuales y políticas. La relación entre socialistas y comunistas transcurrió entre la colaboración y el debate, evidenciando en más de una ocasión las distancias teóricas y doctrinarias entre ambos. El debate obligó al PS a explicitar posturas y a diferenciar la línea política del Frente de Trabajadores respecto de la línea comunista del Frente de Liberación Nacional. En otro apartado, se revisan los debates entre el PS y la Democracia Cristiana, siguiendo el proceso mediante el cual la DC pasó de ser considerada un “aliado eventual” en el campo legislativo, para luego alzarse como un nuevo centro político, de carácter reformista y programático que disputó las bases de apoyo clásicamente de izquierda, proceso del que el PS fue especialmente reactivo entrando de lleno a debatir —y a disentir— con la DC y su programa para la realización de una “Revolución en Libertad”.

### 3.1 *Nuestros caminos conducen al socialismo. Las disputas al interior de la alianza socialista-comunista*

Como se ha mencionado con anterioridad, las relaciones entre comunistas y socialistas entre 1933 y 1956, año de la fundación del FRAP, oscilaron entre la abierta hostilidad y la colaboración entusiasta. Buena parte de esta relación estuvo determinada por la convivencia de dos partidos abiertamente marxistas, que compitieron por el control del espacio sindical y la representación de la clase obrera, el campesinado y grupos de trabajadores calificados y profesionales. Hasta 1936, el PS recibió exmilitantes y disidentes del PC que se encontraron con corrientes abiertamente anticomunistas, conviviendo diferentes interpretaciones respecto del espacio internacional, el papel del PC chileno y el rol de la Unión Soviética en la izquierda global.<sup>332</sup>

Durante la década de 1930 el PC depuró y *bolchevizó* su militancia, estrechando las relaciones con la Unión Soviética y la Internacional Comunista. Algunos expulsados durante este proceso participaron de la República Socialista y del periodo fundacional del PS, mientras que otros, principalmente de la corriente hidalguita, ingresaron al partido en años posteriores. Esto contribuyó a conflictuar la convivencia entre ambas organizaciones en prácticamente en todos los espacios en los que compartieron durante los primeros años de socialismo organizado. Ya en 1933, la política del PC fue disputar la representación de los sectores obreros y campesinos que fueron aglutinados en torno al recién formado PS. Del mismo modo, cuando el PC propuso impulsar la unidad de ambos partidos “desde la base”, el PS acusó una intentona comunista para debilitar su posición en el movimiento sindical. Al menos hasta el fin de las políticas del tercer periodo en 1935, el enfrentamiento fue el hecho más recurrente de la convivencia socialista-comunista.<sup>333</sup>

La disputa dio paso a la colaboración cuando la línea del PC viró hacia la unidad de todos los sectores progresistas con la política del Frente Popular. Después de 1935, el PC asumió una nueva actitud frente a los socialistas y el *Block de Izquierdas*, poniendo fin a la política aislacionista sostenida hasta entonces. Siguiendo las tesis sancionadas en el VII Congreso de la Internacional Comunista, el PC sostuvo que la revolución chilena pasaba por el cumplimiento de “etapas” y momentos de acumulación de fuerzas, en los que la burguesía progresista cumple un rol fundamental.<sup>334</sup> En línea con estas definiciones, el PC comenzó a promover

---

<sup>332</sup> Angell, *op. cit.*, 130-149.

<sup>333</sup> Andrew Bernard, *El Partido Comunista de Chile, 1922-1947*, Santiago, Ariadna Ediciones, 2017, 79-110.

<sup>334</sup> Milos, *op. cit.*, 19-23.

una gran alianza de obreros, campesinos, sectores medios y burgueses a la que concurrieron radicales y socialistas.

La victoria del FP supuso una nueva etapa de las relaciones entre ambos partidos, marcada por la colaboración en el Gobierno y la política internacional de la II Guerra Mundial. Si bien la unidad permitió ganar la elección y acrecentar el contingente electoral de la izquierda, ambos partidos utilizaron su posición en el Gobierno para sobreponerse al otro. Una seguidilla de enfrentamientos reanudó prontamente las hostilidades, permitiendo al PR consolidarse como eje del gobierno ante la división de la izquierda. Con el fin del frente en 1941, el PS intentó excluir a los comunistas de la Alianza Democrática (AD) y de los acuerdos con el PR sin éxito hasta 1946, año en que la candidatura radical-comunista ganó las elecciones presidenciales sin el PS. Las disputas de la izquierda abrieron camino para que la derecha influyera sobre las distintas administraciones radicales, lo que postergó la realización del programa de reformas y facilitó la aprobación de las leyes represivas que ilegalizaron al PC en 1948.<sup>335</sup>

La proscripción obligó al PC a funcionar de un modo “semiclandestino” que no clausuró el debate interno ni la discusión política. En la ilegalidad, el PC hizo una lectura crítica de su participación en los gobiernos radicales concluyendo que la incapacidad modernizadora de los gobiernos de coalición se debía, principalmente, a que las fuerzas de avanzada secundaron a un PR socialmente híbrido y políticamente comprometido con la oligarquía. Estas consideraciones, expuestas en el programa de 1948, sirvieron de antecedente para la política del *Frente de Liberación Nacional* que replanteó la alianza de los partidos populares con sectores de la burguesía progresista bajo la conducción y hegemonía de la izquierda.<sup>336</sup>

La ilegalización del PC tendió a mejorar las relaciones con los socialistas. El sector *Revolucionario* agrupado en el PSP protestó contra las medidas represivas acercando inicialmente a ambos partidos en torno a la defensa y restauración de las libertades democráticas. Sin embargo, la “cuarta posición” presidencial promovida por el PC y otras facciones socialistas en 1952 reavivaron la beligerancia de un sector socialista contra los comunistas y el Frente Nacional del Pueblo (FRENAP). Para el PC, el FRENAP significó un paso importante para protestar contra la ilegalización y para aglutinar a una serie de sectores populares en torno a un gran “movimiento de liberación nacional” y un programa democrático, antiimperialista y antifeudal.<sup>337</sup> La candidatura de Salvador Allende también

---

<sup>335</sup> Faúndez, *op. cit.*, 84-103.

<sup>336</sup> Carmelo Furci, *El Partido Comunista y la Vía Chilena al Socialismo*, Santiago, Ariadna Ediciones, 2008, 79-94.

<sup>337</sup> Galo González, “El Frente del Pueblo es un sólido movimiento por la liberación nacional y social de Chile”, *Principios* 10, abril-mayo de 1952, 3-7.

sirvió como una plataforma para agitar la unidad de la izquierda, al respecto Galo González escribía: “la clase obrera unida es y debe ser la fuerza central del movimiento popular, alrededor de la cual y bajo su dirección se agrupen todas las fuerzas democráticas, progresistas y patrióticas en un solo y gran frente de liberación nacional y social”. Y agrega:

En relación con la campaña electoral, se ha dado un paso histórico en cuanto al entendimiento entre socialistas y comunistas. Nuestro propósito -y el de los socialistas- debe ser de que esta unidad no sea temporal, sino permanente, de que ella se extienda a los socialistas populares unitarios y dé ya resultados más prácticos en lo que respecta a la unidad de la clase obrera, fortaleciendo los sindicatos y federaciones y yendo rápidamente a la fusión de ambas CTCh como un paso más hacia la Central Única de Obreros y Empleados.<sup>338</sup>

Después de que el PSP pusiera fin a la colaboración con Ibáñez en 1953, quedaron delineadas las dos propuestas unitarias de la izquierda. Mientras el FRENAP insistió en dar continuidad a la alianza progresista que había levantado la candidatura de Salvador Allende, el PSP se abrió a la colaboración exclusiva de los partidos obreros, descartando cualquier compromiso con las demás fuerzas progresistas que participaron de la campaña allendista. La divergencia respecto de la fórmula para coordinar a los partidos de izquierda fue el primer problema de la unidad y obedeció a las lecturas que cada organización hizo sobre su experiencia en el Frente Popular.

Ambas posiciones se enfrentaron en una polémica abierta y en su mayoría pública que se mantuvo latente desde 1952 con llamados de uno y otro sector a la colaboración y el entendimiento, evidenciando diferencias sobre cuestiones fundamentales como la naturaleza de la revolución chilena, las posibilidades institucionales de la misma y las dinámicas de las clases sociales en el proceso. Estas divergencias obedecen al desarrollo de trayectorias ideológicas y políticas independientes, y por momentos incluso enfrentadas, que no cesaron en sus polémicas incluso después de lograda la unidad en el Frente de Acción Popular en 1956.

La fundación del FRAP selló la colaboración de la izquierda en una coalición que por primera vez tuvo a los partidos populares como fuerza política hegemónica, ofreciendo al país un programa de transformaciones estructurales de carácter reformista y una plataforma electoral con candidatos comunes para las elecciones a todo nivel. La unidad no evitó

---

<sup>338</sup> Galo González, “El Frente del Pueblo, núcleo central del movimiento de liberación nacional y social”, *Principios* 11, junio-julio 1952, 3.

nuevas discrepancias sobre los principios orientadores de la alianza, que comenzó a ser criticada desde el PS por su orientación exclusivamente electoralista y la gravitación de las tesis comunistas. La discusión respecto a este tópico determinó buena parte de la convivencia entre ambos partidos y permeó el debate de las reunificadas fuerzas socialistas, que tuvieron en la figura de Salvador Allende al principal defensor del programa y la política frapista.

Después del congreso unitario de 1957, el PS contó con una tendencia favorable a las tesis de la coexistencia pacífica y de la revolución democrático-burguesa que reorganizó las corrientes internas en torno a dos tendencias mayoritarias: una a favor de sumar a los sectores de la burguesía progresista en un programa presidencial, y otra, cada vez más reacia al electoralismo y a la colaboración con los partidos tradicionales. Sobre la cuestión del *cómo* y en alianza con *quien* alcanzar el poder, el PS vivió un viraje progresivo hacia un discurso principista y crítico de las posibilidades revolucionarias de la estrategia frapista. Más allá de los debates respecto de la inclusión y rol de la burguesía en la alianza, la discusión de la izquierda evidenció distancias en el campo teórico y en la evaluación de la experiencia política previa, que permitieron la emergencia y desarrollo de dos diagnósticos sobre el proceso social y la revolución chilena.

### **3.1.1 El Frente de Liberación Nacional y la Vía Pacífica**

La ilegalización del PC y la ruptura de la alianza con los radicales inauguró un momento de definiciones y debates sobre la línea política del partido. Durante este periodo el PC proclamó una línea de *resistencia combativa* con la pretensión de derrocar al Gobierno de González, poniendo fin a la política de colaboración mantenida durante las distintas administraciones radicales. Esta línea tuvo una variación tendiente a la lucha armada que fue defendida por la facción de Luis Reinoso, secretario de organización durante la clandestinidad, la que pese a ser intensamente debatida en el seno del partido, culminó con la expulsión de este último y todo su sector.

Con el programa de emergencia, sancionado en 1950, se inauguró la política del Frente de Liberación Nacional.<sup>339</sup> Esta promovía un programa tendiente a la protección económica de los trabajadores y reclamaba el restablecimiento de las libertades públicas, proponiendo un conjunto de medidas de profundización democrática y nacionalismo económico que permitieran desarrollar un proceso modernizador de corte democrático-burgués. Esta línea fue desarrollada en extenso durante el X Congreso del partido en 1956, del cual inclusive se desprendió un programa. El congreso

---

<sup>339</sup> Furci, *op. cit.*, 85-86.



fue realizado en la clandestinidad, por ello, la publicación de sus conclusiones en el periódico *El Siglo* desató una ola represiva dirigida a la maquinaria editorial del PC, decretándose el cierre de la empresa impresora Horizonte y querellas del Gobierno contra *El Siglo*. Además, fueron tomados detenidos algunos periodistas del periódico y allanados locales del FRAP, donde se encontraron folletos con las conclusiones de la instancia. Pese a que las informaciones y documentos oficiales del torneo comunista fueron reproducidas en distintos medios de circulación nacional, solo fueron allanados, clausurados y procesados legalmente los medios comunistas.<sup>340</sup>

Las conclusiones pusieron énfasis en la unidad del movimiento popular como cimiento para desarrollar las tareas de la revolución democrática burguesa, la cual debía organizarse en torno a un amplio movimiento democrático donde la clase obrera, aliada al campesinado, asumieran el papel dirigente. La alianza debía, además, ser capaz de convocar a industriales, intelectuales, comerciantes y “a todos los sectores populares para que defiendan mejor sus intereses legítimos, alcancen sus reivindicaciones y puedan participar más activamente en la lucha por la liberación nacional”. Según el congreso, las tareas de esta primera etapa estaban determinadas por la unidad del movimiento popular y por la posibilidad de acrecentar las bases de apoyo incluyendo acciones conjuntas con “los sectores democráticos de otros partidos” para generar “un gobierno democrático de liberación nacional, o sea, que la mayoría de los chilenos gobierne a Chile, en vez de que una minoría siga aprovechando el poder para gobernar en su exclusivo interés y contra las conveniencias de la patria”.<sup>341</sup>

La democratización cumplía un rol fundamental en la realización del proyecto de liberación nacional, sobre todo para asegurar que las transformaciones se realizaran pacíficamente. En este aspecto, el PC abogó por la inscripción masiva de obreros, campesinos y soldados en los registros electorales y por la derogación de las leyes represivas, convencidos de que la ampliación del sufragio es el primer paso para la toma del poder por parte de una mayoría, hasta ese momento, excluida del juego democrático formal. El mismo documento señalaba:

La posibilidad de que estas transformaciones se realicen pacíficamente en nuestro país está determinada por el gran desarrollo social y político de la clase obrera y por su capacidad -demostrada ya en otras ocasiones- de agrupar a su alrededor a la

---

<sup>340</sup> “Conclusiones del X Congreso del Partido Comunista de Chile”, *Diario de Sesiones del Senado. Sesión 4*, 5 de junio de 1956.

<sup>341</sup> *Idem*.

mayoría nacional y de conquistar importantes victorias electorales en condiciones de mayor libertad. Los comunistas señalamos a todas las organizaciones y personas democráticas la conveniencia de luchar para que nuestro pueblo pueda utilizar todas las posibilidades de semejante camino.<sup>342</sup>

Según la instancia, la vigencia del régimen capitalista en el país configuraba un cuadro de explotadores y explotados, dándole continuidad a las tesis clásicas sobre la lucha de clases. El diagnóstico fue complementado con una nueva caracterización sobre la acción del imperialismo en Chile, país perteneciente al grupo de naciones económicamente dependientes de los monopolios extranjeros. Esta dependencia, además de expresarse en asuntos comerciales, también lo hace de modo político a través de los pactos de ayuda militar y la importación de leyes que, como la ley maldita aprobada por el gobierno de González Videla, son antidemocráticas y antipopulares.<sup>343</sup> Lo novedoso de esta lectura es que colocó entre los grupos perjudicados por el régimen capitalista y el imperialismo a comerciantes, industriales y a pequeños y medianos propietarios de tierra. De esta forma, el PC consideró a estos sectores, antes antagónicos, como aliados fundamentales para la formación de un “Gobierno Democrático de Liberación Nacional”.

Los énfasis políticos del PC insistieron en la necesidad de crear un bloque con participación de distintos sectores políticos tributarios de la política frente populista.<sup>344</sup> Si bien el programa reconocía a la oligarquía, los industriales y a buena parte de la burguesía como elementos cómplices del imperialismo, el PC confió en que esta última podía cambiar la correlación de fuerzas de la política nacional. Para el programa, los intereses de las burguesías nacionales son naturalmente antagónicos a los del imperialismo, haciendo de la alianza entre ambos sectores una realidad transitoria y perfectamente superable. Sin embargo, la intención de convocar a estos grupos para la construcción de un hipotético “Gobierno de Liberación Nacional” presentaba una novedad. Recogiendo parte de la experiencia del Frente Popular, el PC propuso que la conducción de este movimiento y del futuro gobierno debía ser asumida por la clase obrera y sus partidos. En este sentido:

Los gobiernos que ha tenido el país han servido, en lo fundamental, los intereses de las clases dominantes y han

---

<sup>342</sup> *Idem.*

<sup>343</sup> Partido Comunista de Chile, *Programa del Partido Comunista de Chile*, s/i, Santiago, 1956.

<sup>344</sup> Rolando Álvarez, *Forjando la vía chilena al socialismo. El Partido Comunista de Chile en la disputa por la democracia y los movimientos sociales (1931-1970)*, América en Movimiento, Santiago, 2020, 120.

facilitado la penetración del imperialismo. Tal política la han realizado incluso aquellos gobiernos de la burguesía que han surgido de resonantes victorias electorales del pueblo y que estaban comprometidos a cumplir programas democráticos en favor de la independencia y el progreso de Chile y del bienestar de las masas (...) Teniendo en cuenta esta realidad, es preciso llevar nuevas fuerzas sociales a la dirección del país, es decir, darle a la clase obrera las principales responsabilidades del poder. Sin embargo, junto a ella deben actuar en el gobierno otras fuerzas sociales, incluyendo aquellos sectores de la burguesía nacional que estén dispuestos a luchar por la independencia y el progreso nacionales.<sup>345</sup>

Además de reivindicar la vía institucional como principio democrático, el PC intentó imprimir una vocación mayoritaria y buscó comprometer a todos los sectores progresistas en torno a un programa de profundización democrática. Los comunistas propusieron nacionalizar las riquezas naturales, la reforma agraria y la promoción de la industria nacional buscando los apoyos de comerciantes e industriales progresistas para la formación de un “Frente Único Anti imperialista y Anti feudal”, capaz de impulsar desde las instituciones existentes la realización del programa.<sup>346</sup> La política del Frente de Liberación Nacional siguió siendo materia de debate y teorización sin variar sustancialmente en sus aspectos fundamentales, proponiendo un programa antioligárquico, antifeudal y antiimperialista. Sin embargo, y pese a que entre el X y el XIII Congresos del PC cuestiones como la política de alianzas, la vía pacífica y el entendimiento socialista-comunista en el marco del FLN fueron asuntos frecuentemente reflatados, estos nunca fueron completamente clausurados, transformándose en un nudo conflictivo de la convivencia entre los partidos del FRAP.<sup>347</sup>

Los planteamientos del PC postulaban que los cambios y transformaciones podían ser llevados adelante de manera gradual y por medio de las instituciones republicanas, en el entendido de que el socialismo es resultado del desarrollo fases intermedias, sin ruptura institucional y sin expresiones de violencia.<sup>348</sup> Esta posición, sin embargo,

---

<sup>345</sup> *Programa del Partido Comunista de Chile, op. cit.*, 9.

<sup>346</sup> Camilo Fernández, “El discurso del Partido Comunista de Chile sobre la democracia, 1956-1964”. *Autoctonia* 2:2, julio-diciembre 2018, 199-218.

<sup>347</sup> Alfonso Daire, “La política del Partido Comunista desde la post guerra a la Unidad Popular”, Augusto Varas (comp.), *El Partido Comunista en Chile*, Santiago, CESOC-FLACSO, 1988, 141-238.

<sup>348</sup> Luis Corvalán M., “Las tensiones entre la teoría y la practica en el Partido Comunista durante los años 60 y 70”, Manuel Loyola y Jorge Rojas (comps.), *Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos*, Santiago, Impresora Vals, 2000, 227-244.

no rechazó la adopción de otras formas “agudas” de lucha, configurando una política de alianzas que, por una parte, intentó mantener la unidad de la izquierda, y por otra, abrirse hacia el centro, buscando los apoyos del PR y sectores socialcristianos.<sup>349</sup>

Fundado el FRAP, comunistas y socialistas se comprometieron a la acción conjunta y unitaria en todos los frentes de lucha, promoviendo la creación de comités de independientes profrapistas y de izquierda movilizados en labores electorales y de propaganda. La alianza respetó la independencia de cada partido en la discusión teórica, la elaboración de posiciones doctrinarias y definiciones estratégicas, sentando las bases para el disenso. Producto de lo anterior, es que buena parte del discurso unitario y de las acciones conjuntas se dividieron entre ambas estrategias. Mientras el alcance de la alianza correspondía a los postulados del Frente de Trabajadores, excluyendo a los partidos de centro salvo algunas acciones conjuntas en el campo parlamentario, en términos programáticos este se circunscribía a los postulados progresistas del Frente de Liberación Nacional y al programa de profundización democrática del PC.<sup>350</sup> En palabras del propio Salvador Allende: “nuestro programa, en esencia, no es un programa socialista, sino uno distinto, en el sentido de que creará las condiciones que permitan un gobierno popular que transforme nuestra democracia anémica, sin vitalidad, sin imaginación, sin sentido ni fuerza creadora”.<sup>351</sup>

Esta situación de aparente equilibrio no evitó que durante las campañas presidenciales de 1958 y 1964 el PC insistiera en ampliar la base social de la alianza. En esta línea, el congreso comunista de 1958 expresaba que en la etapa actual “no se persigue suprimir la propiedad de los capitalistas nacionales. Al contrario, de lo que se trata es de abrir grandes posibilidades a todas las actividades económicas nacionales y de limitar y suprimir gradualmente la acción regresiva de los monopolios”. Y continúa: “En vez de aislar a la clase obrera en un sectario Frente de Trabajadores, planteamos que ella se ponga al frente de todas las fuerzas nacionales para derrotar a los enemigos fundamentales”.<sup>352</sup> En este sentido, la política del PC acentuaba la necesidad de realizar “el imperativo patriótico de unir sin tardanza en torno a la candidatura presidencial del pueblo a todas las fuerzas progresistas para detener a Jorge Alessandri”, recalcando que “los

---

<sup>349</sup> Hernán Venegas, “El Partido Comunista de Chile: antecedentes ideológicos de su estrategia hacia la unidad popular (1961-1970)”, *Revista de historia social y de las mentalidades* 7:2, 2003, 45-69.

<sup>350</sup> Camilo Fernández y Pablo Garrido, “Progresistas y revolucionarios. El Frente de Acción Popular y la Vía Chilena al Socialismo. 1956-1967”, *Izquierdas* 31, diciembre de 2016. 71-101.

<sup>351</sup> *Diario de Sesiones del Senado. Sesión 17*, 8 de julio de 1958.

<sup>352</sup> *Materiales de discusión XI Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile*, s/1, 1958, 2.

intereses de las capas medias no son antagónicos con los de la clase obrera y sí con los de la reacción oligárquica e imperialista”.<sup>353</sup>

Durante la realización del XI Congreso, con Jorge Alessandri ya electo como presidente de la república, el PC siguió en la misma línea, recalcando la necesidad de ampliar la base social de la alianza en torno al FRAP y su oposición a la política socialista:

En la elección presidencial planteamos, como se sabe, el entendimiento del FRAP con los radicales, en base al apoyo del Partido Radical a la candidatura de Salvador Allende y de la formación de un gobierno de coalición que incluyera a todas las fuerzas que se plegaran a esta candidatura. Tal entendimiento habría asegurado la victoria. Un gobierno del FRAP con participación radical, presidido por el doctor Salvador Allende, habría sido ciertamente preferible al gobierno del Sr. Alessandri. La alta votación de Allende, no se debió, como algunos creen, al hecho de que se marchara sin los radicales. Se debió a otros varios factores: a la unidad socialista-comunista, a la unidad de los partidos populares, al carácter anti imperialista y anti feudal del programa, al trabajo en el campo, a las fuertes posiciones de la clase obrera en la dirección del movimiento, en proceso de conquistar su rol hegemónico. El entendimiento con los radicales habría sumado a la candidatura popular fuerzas diez veces más numerosas que las que podrían haberse apartado de la campaña por un izquierdismo mal entendido, por infantilismo revolucionario.

Después de estas experiencias y frente al nuevo gobierno reaccionario sería suicida que siguiéramos una posición aislacionista (...) No vemos razones teóricas ni prácticas para que pudiera perseverarse en tal política.<sup>354</sup>

Si bien la actitud del Partido Comunista no cambió radicalmente durante prácticamente toda la década del sesenta, logrando a la postre incluir al PR y a sectores cristianos en la Unidad Popular, hay algunos hechos que obligaron al PC a definir algunas cuestiones. La Revolución cubana y el impacto que tuvo en la izquierda chilena detonó un proceso de discusión sobre las posibilidades de la vía pacífica y un rico intercambio con el PS al respecto. Al mismo tiempo, declaraciones vertidas por el plenario del PDC en 1961 que pusieron en duda la vocación democrática del

---

<sup>353</sup> *Ibid.*, 14.

<sup>354</sup> Luis Corvalán, *La línea de la liberación. Informe del Comité Central al XI Congreso del Partido Comunista de Chile*, Santiago, Imp. Lautaro, 1958, 30-31.

comunismo internacional, presionaron para que el PC volviera a referirse a la vía institucional, la cuestión de la democracia y al papel de esta en el escenario nacional y continental después del triunfo de Fidel Castro. Por último, acontecimientos internacionales como la invasión soviética a Hungría, el cisma sino-soviético y las relaciones entre la URSS y Yugoslavia pusieron en tensión, otra vez, las relaciones entre socialistas y comunistas.

Por lo anterior, no es extraño constatar que ante las críticas cruzadas al programa comunista a inicios de 1960 estos comenzaron a definir de modo más explícito los alcances de la vía pacífica y el FLN para la política nacional, insistiendo en varias ocasiones en la necesidad de ampliar la alianza comprometiendo a los sectores centristas para el cumplimiento de las tareas democrático-burguesas. El PC vio en la DC la posibilidad de integrar una coalición progresista, atendiendo a las agendas programáticas comunes y al discurso anticapitalista de algunos grupos democratacristianos. Sobre este asunto, en 1961 el Secretario General del PC escribía a Eduardo Frei señalando que “ningún partido político por si solo puede cambiar las cosas en Chile” e insistía en que los comunistas “hemos luchado y seguiremos luchando por la unidad de acción de todas las fuerzas progresistas que concuerden, aunque sea en algunos puntos”.<sup>355</sup>

En su XII Congreso de 1962, los comunistas afirmaron el FLN y describieron las implicancias que tendría un futuro gobierno democrático de liberación nacional. En este aspecto, Luis Corvalán señaló como primera tarea la aplicación de un programa de nacionalizaciones y reforma agraria que “no será todavía un régimen socialista, puesto que su objetivo no es la socialización de todos los medios de producción”.<sup>356</sup> Para cumplir con estas tareas, el PC llamó al conjunto de fuerzas antifeudales, antiimperialistas y democráticas coincidentes con el programa de desarrollo “anticapitalista” planteado por la izquierda. Al respecto, el mismo Corvalán declaraba no tener reparos “para marchar juntos con la democracia cristiana en todos los combates futuros, incluida la lucha por la formación del gobierno popular”<sup>357</sup> delineado por el FRAP.

En la misma instancia Orlando Millas defendió la validez de la vía pacífica y la posibilidad de una “revolución democrática” en Chile, señalando que el programa del partido buscaba realizar el proceso de transformaciones “por el camino menos doloroso”. Para Millas: “los

---

<sup>355</sup> “Carta dirigida por el Secretario General del Partido Comunista, Senador Luis Corvalán al presidente del Partido Demócrata Cristiano, Senador Eduardo Frei”, *Política y Espíritu* 260, mayo de 1961, 42.

<sup>356</sup> “Informe rendido por el Secretario General del partido, camarada Luis Corvalán, en la sesión inaugural del XII Congreso Nacional del PCCh el 13 de marzo de 1962, en el salón de honor del parlamento”, *Hacia la conquista de un gobierno popular. Documentos del XII Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile*, Santiago, Imp. Horizonte, 1962, 60.

<sup>357</sup> *Ibid.*, 63.

nuevos caracteres de la situación mundial que, al ascender la influencia del socialismo y extenderse los movimientos de liberación favorecen el desarrollo pacífico de nuestra revolución si somos capaces de unir a la clase obrera y agrupar a su alrededor a todas las fuerzas antiimperialistas”.<sup>358</sup> El PC fundamentó la validez de la vía pacífica en factores propios de la realidad nacional, a saber: la existencia del FRAP como organización combativa capaz de aglutinar al proletariado frente a las elecciones; un sistema político que en condiciones de ascenso de las luchas populares puede transformar las elecciones en coyunturas decisivas para la instalación de un gobierno popular; la existencia de una voluntad nacional mayoritaria a favor de transformaciones estructurales; y por último, la existencia de una tradición democrática-burguesa que otorgaba un espacio destacado a los valores republicanos en desmedro de las tentativas golpistas.<sup>359</sup>

Pese a que la línea comunista fue definida en sus puntos esenciales con anterioridad al XX Congreso del PCUS, Corvalán apeló a las condiciones políticas concretas, a nivel nacional e internacional, para definir la vía pacífica como una estrategia plausible y legítima para la revolución chilena, en conformidad con las tesis planteadas por la URSS.<sup>360</sup> Con esto, el PC reafirmó su compromiso con la vía democrática y estableció distancias con la Revolución cubana, que a inicios de la década de 1960 ya se alzaba como una experiencia modélica en los imaginarios de buena parte de la izquierda latinoamericana. Corvalán insistió en que el compromiso democrático de la vía pacífica no estaba en el respeto a la legalidad, sino en el contenido de masas que el PC pretendía dar al proceso. De este modo “el concepto marxista leninista de la revolución es que ella solo puede ser obra del esfuerzo gigantesco de millones de personas, de la organización y la lucha multitudinaria de las masas y que hay y habrá revolución consecuente si el proletariado conquista la dirección del movimiento” y agrega “La Revolución cubana no desmiente sino confirma esta verdad. Ella incorporó a la lucha a las más amplias masas y ha sido consecuente, derivando en una

---

<sup>358</sup> “Intervención del camarada Orlando Millas”, *Hacia la conquista de un gobierno popular... op. cit.*, 152.

<sup>359</sup> Luis Corvalán, “La vía pacífica es una forma de la revolución (1963)”, *Camino de Victoria*, Santiago, Horizonte, 1971, 51.

<sup>360</sup> Como se mencionó en el capítulo anterior, el XX Congreso del PCUS fue crucial para allanar el camino de la unidad Socialista-Comunista. Desde el PSP, el grupo socialista más crítico de la política internacional soviética, se aplaudió la independencia otorgada a los partidos comunistas del mundo para definir su política nacional. El texto del XX Congreso señalaba: “Nuestra política exterior se determina, como enseña el marxismo-leninismo, teniendo en cuenta las peculiaridades concretas de la situación y la correlación real de fuerzas, apreciando acertadamente las diferencias y los matices en la política de los distintos países en cada periodo y, ante todo, en la cuestión principal para nosotros: la lucha por la paz”. En A.I. Mikoian, *Discurso pronunciado en el XX Congreso del PCUS*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1956, 15.

revolución socialista”. Sobre las perspectivas de la revolución chilena, señaló:

La revolución chilena tendrá también que ser la obra de las grandes masas populares y, en primer término, del proletariado. Se abrirá paso a través de la lucha de masas, siendo lo más probable que ello ocurra por la vía pacífica. La vía violenta, como hemos dicho, no está descartada. Pero en cualquiera de los dos casos, vale la pena subrayarlo, se trata de incorporar al combate a la mayoría del pueblo, de desplegar a todo viento la bandera de la lucha de las masas y de realizar las mismas tareas. Bajo cualquiera de sus formas, el contenido de la revolución, si está encabezada por el proletariado y su Partido, es siempre el mismo, una serie de combates de clase que deben culminar en la toma del poder político para iniciar de inmediato las grandes transformaciones económicas, sociales y culturales.<sup>361</sup>

El programa comunista buscaba cumplir una primera etapa de la revolución, la fase democrático-burguesa. Esto incluía tareas concretas de largo y corto plazo, contemplando además de la profundización democrática, la recuperación mediante nacionalizaciones de las riquezas naturales en manos del imperialismo, una reforma agraria capaz de liquidar el latifundio, el fin de los monopolios y la aceleración del desarrollo industrial. Según el PC esta política debía impulsar un proceso de liberación nacional capaz de rescatar la soberanía e independencia económica de Chile frente a los monopolios extranjeros y, al mismo tiempo, sacar al país de su condición dependiente y premoderna. El etapismo a la hora de caracterizar el proceso revolucionario y el rescate de la burguesía como actor progresivo del proceso político fueron a la larga los asuntos más polémicos del debate con el PS y su política de Frente de Trabajadores.

### **3.1.2 El Frente de Trabajadores y la disputa con el comunismo**

Desde su fundación, el PS contó entre sus filas con tendencias críticas del PC y otras derechamente anticomunistas. La reflexión respecto al movimiento comunista internacional rescató la Revolución rusa y sus iconos como elementos inspiradores de la vocación marxista y revolucionaria del partido. Sin embargo, los socialistas también criticaron su regresión hacia un gobierno totalitario, burocrático e imperialista. La crítica al estalinismo fue unánime en las huestes socialistas, que miraron con

---

<sup>361</sup> Luis Corvalán, “La vía pacífica y la alternativa de la vía violenta (1961)”, *Camino de Victoria*, 48-49.



desconfianza las adscripciones del PC chileno a la Internacional Comunista y su conducción políticamente centralizada en el PCUS. El antisovietismo se tradujo en una crítica constante a la política internacional de la URSS y a las adscripciones del PC chileno a esta última. Por esta razón, durante los primeros años el PC fue visto como un partido seguidor de doctrinas extranjeras y caracterizado como un “cuerpo extraño” para la realidad socio-política nacional.

Después de 1939 el conflicto europeo fue el eje de la discusión entre ambos partidos, que tomaron distintas posiciones frente a la guerra. El PS reprochó el pacto nazi-soviético de 1939 y los sucesivos virajes de la política internacional soviética, que situaron a la URSS como un actor neutral y luego de la invasión alemana de 1941 como una nación beligerante del lado de las democracias aliadas. Los sucesos de Europa repercutieron en la política del PC chileno, que cambió su discurso de acuerdo con las consignas del esfuerzo bélico soviético en una actitud que fue criticada como zigzagueante y oportunista por el PS. La sensibilidad con la que PC recibió cada movimiento de la URSS tensionó al Frente Popular y llegó inclusive a ser apuntada como una amenaza para la soberanía nacional, en este sentido, “los comunistas chilenos podrían dar una nueva voltereta. Pero no por ello debe creérseles, ni puede creérseles. Mañana, un cambio en la actitud de Moscú determinará otro viraje. Un partido de estas características no es un partido chileno. Y carece de derechos para pretender arrogarse un rol en la formación de nuestro país”.<sup>362</sup>

Durante la posguerra los socialistas criticaron la política expansionista soviética, continuando los reproches con posterioridad a la muerte de Stalin y al XX Congreso del PCUS. Si bien los círculos del PSP aplaudieron los nuevos lineamientos de la política internacional de Moscú, las críticas a las adscripciones internacionales del PC nunca desaparecieron totalmente. Socialistas y comunistas dieron proyecciones nacionales al debate sobre política internacional, reflejando distintas tendencias intelectuales de la izquierda global a través de sus líneas políticas. De este modo, acontecimientos internacionales como la invasión soviética de Hungría o la Revolución cubana rápidamente adquirieron un tono polémico para la convivencia de la izquierda, que evaluó desde ópticas distintas los vaivenes del mundo bipolar de Guerra Fría.

Durante la década de 1950 las percepciones sobre los comunistas cambiaron progresivamente. Después de la proscripción del PC y de la desilusión ibañista, el PSP comprendió la necesidad de una alianza que comprometiera, al menos, a los partidos obreros ante el retroceso que significaron estas experiencias para el movimiento popular. El llamado a la unidad sindical durante el gobierno de Ibáñez y a la unidad en un “Frente

---

<sup>362</sup> “Nuevo viraje comunista”, *Crítica*, 24 de junio de 1941.

de la Clase Trabajadora” a partir de 1953 obedecieron al nuevo esquema teórico del PSP y sus orientaciones sobre el carácter de la revolución chilena. En este sentido, la sospecha antisoviética dio paso a un debate abierto sobre las opciones y condiciones de una alianza que comenzó a ser solicitada tanto por el PSP como por el FRENAP. Las conversaciones reflejaron rápidamente lecturas disímiles sobre la experiencia política previa y el rol de las clases sociales en el proceso político nacional, que derivaron en un debate sobre el papel de la burguesía y sus partidos en el desarrollo de la revolución chilena.<sup>363</sup>

Estas diferencias no fueron solamente discursivas y superaron el espacio de la discusión estratégica, contribuyendo a la clarificación y discusión de las tesis del FT. Buena parte de estos debates explicitaron un desencuentro respecto de las concepciones políticas e imaginarios sobre el proceso revolucionario en Chile. Si bien el PC no fue la única fuerza que influenció la discusión socialista, el debate entre ambos partidos dejó en claro la existencia de divergencias que no terminaron de ser resueltas una vez lograda la unidad.

Los desencuentros se expresaron ya en la formación del bloque de izquierda. A inicios de 1956 el FRENAP, por intermedio del PS, inició los acercamientos para formalizar una alianza electoral “de largo alcance” con el PR y el PSP.<sup>364</sup> Sin embargo, los radicales optaron por un entendimiento exclusivamente electoral manteniendo su independencia ante las críticas de los sectores conservadores del partido. Por su parte, el PSP se mostró favorable al entendimiento con el FRENAP pero crítico de la posibilidad de integrar al PR en la alianza.<sup>365</sup> A la larga, fue el PSP quien insistió en la unidad abogando por un entendimiento circunscrito a los partidos ideológicamente afines, argumentando que la unidad “no vale tanto por la amplitud numérica de los elementos que pretende contener como por la cohesión y comunidad de propósito de sus acuerdos”.<sup>366</sup> Fundado el FRAP, se organizó una conferencia programática con miras a levantar una candidatura presidencial unitaria en donde las diferencias fueron expuestas, mas no resueltas. La alianza reflejó el interés de cada partido por colaborar desde sus propias estrategias, obedeciendo programáticamente a las tesis del PC y cumpliendo con la exigencia socialista de no incluir a los partidos burgueses.<sup>367</sup> La discusión programática pasó rápidamente a un segundo

---

<sup>363</sup> Marcelo Casals, *El alba de una revolución*, Santiago, LOM Ediciones, 2010, 44-47.

<sup>364</sup> “El FRENAP propone al Partido Radical pacto electoral de largo alcance”, *Las Noticias de Última Hora*, 1 de febrero de 1956.

<sup>365</sup> “Entendimiento de izquierda ¿habrá clara plataforma?”, *Las Noticias de Última Hora*, 3 de febrero de 1956.

<sup>366</sup> “PSP planteo unión con el FRENAP en torno a un programa de acción de 5 puntos”, *Las Noticias de Última hora*, 7 de febrero de 1956.

<sup>367</sup> Faúndez, *op. cit.*, 165-169.

plano tras los buenos resultados obtenidos en la elección de regidores de abril de 1956. Finalmente, el conglomerado proclamó la candidatura de Salvador Allende en 1957, ofreciendo “un camino nuevo para Chile” resumido en cuatro pilares fundamentales: más democracia, más independencia nacional, más desarrollo económico y más bienestar social.<sup>368</sup> Pese a las diferencias episódicas, fundado el FRAP el PSP agitó un discurso unitario que instaló la necesidad de reunificar a las facciones socialistas y un renovado aire de confianza hacia el PC, al que percibieron con mayor autonomía política del PCUS y abierto a imprimir un carácter nacional y americano al movimiento popular. Para los círculos socialistas el FRAP inauguraba una nueva etapa del movimiento obrero marcada por la unidad y autonomía de las fuerzas populares, luego de las amargas experiencias de colaboración con el Frente Popular y el gobierno de Ibáñez. Sin embargo, hubo posiciones disímiles a la hora de ponderar las diferencias con los comunistas. Figuras como Clodomiro Almeyda y Oscar Waiss representaron dos lecturas sobre las divergencias de las fuerzas de izquierda. Mientras el primero destacaba que las diferencias “no afectan al común concepto de que solo la hegemonía del movimiento obrero podrá asegurar en Chile la prosecución de las tareas incumplidas por la burguesía y la realización de los objetivos socialistas”,<sup>369</sup> el segundo fue mucho más crítico, apuntando que el PC cometía el error de obviar que las tareas de la fase democrático-burguesa —ampliación democrática y modernización económica— tenían vigencia para las clases explotadas, pero no para los sectores de la burguesía implicados en el proceso. En este aspecto:

Lo que olvidan los teóricos de la ‘liberación nacional’ es que los dos objetivos (de la fase democrático-burguesa) son válidos para los sectores explotados -campesinos, obreros, empleados- pero no para los demás socios de la empresa. Para la burguesía, y en cierta medida, para sus sectores más allegados, todo lo que sea excederse de los marcos de la democracia burguesa parlamentaria, escoltada por sus tribunales, sus hipócritas “habeas corpus”, sus policías, sus detectives, sus ejércitos y sus marinas de guerra es una monstruosidad. ¿Más fábricas, más negocios, más ganancias? ¡Perfectamente! ¿Más escuelas, más maestros, más libros? Todavía... pero ¿Más derechos, más control, más intervención en sus libros de contabilidad? ¡De ninguna manera!<sup>370</sup>

---

<sup>368</sup> FRAP, *Un camino nuevo para Chile: el programa del Gobierno Popular*, Santiago, Impresora Horizonte, s/f.

<sup>369</sup> Clodomiro Almeyda, “La experiencia popular y el FRAP”, *Nuevos Rumbos* 8, marzo de 1957.

<sup>370</sup> Oscar Waiss, “Una política de clase para la revolución socialista”, *Nuevos Rumbos* 8, marzo de 1957.

Socialistas y comunistas compartían un diagnóstico general, que apuntó a la idea de una modernización truncada por la acción de las oligarquías nacionales y el imperialismo extranjero como la causa principal de los problemas nacionales. En principio, ambos concordaban en la necesidad de cumplir con las tareas de la fase democrático-burguesa y aspiraron a un programa común de ampliación del régimen democrático y desarrollo económico inspirado en valores antioligárquicos y antifeudales. Sin embargo, cada línea política obedecía a lecturas disímiles sobre el rol de las clases sociales en el proceso y sobre el carácter mismo de la revolución chilena.

En el diagnóstico socialista, Chile aparecía ubicado en el grupo de países subdesarrollados y dependientes, lo que significó una lectura del proceso nacional cruzada por el conjunto de ideas vinculadas a las luchas anticoloniales por la liberación y la independencia nacional en el Tercer Mundo. En este sentido, los fracasados intentos de modernización dirigidos por la burguesía fueron sindicados como responsables del dispar desarrollo de las estructuras económico-sociales del país, permitiendo la convivencia de sectores desarrollados y capitalistas con otros semif feudales y precapitalistas. Para el PS “la clase burguesa de estos países ha fracasado; sus compromisos con el imperialismo, su alianza con los sectores latifundistas que mantienen un Estado semifeudal en el campo, su organización en monopolios les resta toda posibilidad creadora. En el caso de nuestro país, ha mantenido el poder durante toda su historia y ha fracasado”.<sup>371</sup>

Las particulares condiciones del régimen semicolonial y dependiente descartan que el carácter de la revolución chilena sea el de una revolución democrático-burguesa, sin embargo, las condiciones del retraso y el subdesarrollo estructurales también harían imposible la realización de una revolución socialista allí donde, como en el campo, las condiciones son aún precapitalistas. En Chile —y el resto de los países latinoamericanos— se requeriría otro tipo de revolución que no es burguesa ni socialista, una “característica de estos países, originada por el extraordinario desarrollo de los países capitalistas e imperialistas y por el increíble retraso de otras zonas coloniales. Sin embargo, esta revolución es una etapa en el camino del socialismo. La hemos denominado la REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA DE TRABAJADORES (sic)”.<sup>372</sup>

Esta revolución fue caracterizada como una fase previa, donde se crearían condiciones democráticas para transitar hacia las conquistas propias de una revolución socialista. Esta revolución era antiimperialista,

---

<sup>371</sup> “Hacia la conquista del poder por los Trabajadores”, *Boletín del Comité Central del PS* 4, enero de 1958, 2.

<sup>372</sup> *Ibid.*, 3.

proponiendo un programa de nacionalizaciones que pretendió reforzar la soberanía nacional mediante el control estatal de las riquezas naturales; latinoamericana, por cuanto reconocía el imperialismo y el subdesarrollo como una realidad de alcance continental, ligando el éxito del proceso nacional a la suerte de la revolución en la región; antifeudal y antioligárquica, apuntando al retraso social y económico como consecuencia directa del control político propio de las formas tradicionales de propiedad agraria; democrática, en tanto aspiraba a la ampliación de la soberanía popular y a la construcción de instituciones bajo el control de las grandes mayorías nacionales; por último, fue clasista en tanto consideraba que “la única clase social con autoridad histórica para cumplir los objetivos re-estructuradores de esta revolución, es la clase trabajadora, porque no se encuentra comprometida con el orden actual, sino, por el contrario, tal orden la mantiene oprimida y en condiciones de explotación y de miseria, incompatibles con un verdadero estado de justicia y libertad”.<sup>373</sup>

En marzo de 1958 el presidente de la DC Rafael Gumucio planteó a los partidos de oposición la necesidad de reformar el sistema electoral con miras a las próximas elecciones presidenciales, llamando a formar un grupo parlamentario al que concurrieron el PAL, el PR y los partidos del FRAP. La coalición, a la postre denominada “Bloque de saneamiento democrático”, quedó formada con la finalidad expresa de derogar las leyes represivas de 1948, devolver la legalidad al PC y reestablecer el derecho a voto a quienes habían sido privados de él. Así mismo, impulsó una serie de reformas al registro electoral para controlar el cohecho, ampliar el padrón y facilitar la inscripción masiva en los registros electorales.<sup>374</sup>

El FRAP adhirió al bloque en el entendido de que derogar la ley maldita se trataba de un objetivo programático inmediato que en el contexto de las elecciones acrecentaba las posibilidades de una victoria presidencial de Allende. Por su parte, el PS fue enfático en señalar que el entendimiento entre las distintas fuerzas de oposición se circunscribía exclusivamente a la aprobación de las medidas legislativas y al campo parlamentario, señalando que el entendimiento “no autoriza para estimar que la conducción popular y mucho menos los trabajadores han desahuciado el juicio que les merece el papel de la burguesía en el desarrollo de los hechos económicos y sociales que están conformado y conformaran la realidad chilena”.<sup>375</sup>

Ante el éxito de la iniciativa parlamentaria, el Partido Comunista por medio de su Comité Central hizo un llamado a la directiva del PR y a

---

<sup>373</sup> *Idem.*

<sup>374</sup> Carlos Huneeus, *La Guerra Fría en Chile Gabriel González Videla y la ley maldita*, Santiago, Debate, 2009, 334-342.

<sup>375</sup> Víctor Sergio Mena, “Ángulos políticos de la semana”, *Izquierda* 4, 29 mayo de 1958.

sectores que apoyaban la candidatura de Frei para que se sumaran a la campaña de Allende y a la alianza de izquierda. El PS respondió airadamente, señalando que un acuerdo de este tipo, además de minar la confianza popular “daría personería de izquierda a la directiva reaccionaria” comprometiendo a los partidos populares “con la red de intereses reaccionarios vinculados al radicalismo y esferas dirigentes, que de este modo se verían incorporados a un movimiento político que, precisamente, debe tener como objetivo combatir tales intereses”.<sup>376</sup>

El llamado a colaborar fue visto como una concesión a la burguesía y juzgado como tal a través del semanario *Izquierda*, que protestó contra una política que fue percibida como un nuevo intento comunista para conciliar a clases sociales antagónicas.<sup>377</sup> Desde la lectura del PS “cuando se está consciente de lo que representan las fuerzas centristas económica, social y políticamente, no puede ser sino un afán suicida el pretender introducir las en el seno del movimiento popular”.<sup>378</sup> Pese a que la unanimidad del PR se negó a plegar sus apoyos a Allende, las críticas denotaron la intransigencia de la línea política socialista que pese a estar abierta a recibir los apoyos de los sectores medios y grupos descolgados del PR, discrepaba respecto de involucrar a los partidos tradicionales en un eventual gobierno, argumentando que tal alianza no sería otra cosa que reeditar la fracasada fórmula frentepopulista.

Una vez electo Jorge Alessandri, la polémica se reactivó durante el XI Congreso del PC en noviembre de 1958, después de que Luis Corvalán contara el infantilismo revolucionario socialista y su negativa a aceptar un entendimiento con el PR entre las causas de la derrota del FRAP en las elecciones. El PS contestó reavivando el argumento antisoviético al señalar que la táctica comunista estaba acomodada a las necesidades militares y políticas de la URSS, y que el informe presentado por el jefe comunista “lleva a la discusión al viejo sistema rusófilo de la adjetivación sin argumentos, de la cita a los clásicos (Lenin, Marx), en forma trunca y acomodando los juicios en los aspectos favorables a sus argumentos”.<sup>379</sup>

Los socialistas desmintieron las acusaciones de sectarismo recordando que durante la campaña se habían hecho distintos llamados a las bases del PR para que se sumaran a la candidatura de Allende, prescindiendo de cualquier entendimiento con la directiva y con la candidatura del radical Luis Bossay. El PS se negó cualquier entendimiento

---

<sup>376</sup> “Llamamiento comunista debilita confianza popular en el triunfo”, *Boletín del Comité Central del PS* 7, mayo-junio de 1958, 7.

<sup>377</sup> “El socialismo enjuicia llamado del PC. ¡No, a la conciliación!”, *Izquierda* 5, 6 de junio de 1958.

<sup>378</sup> “Ángulos políticos de la semana”, *Izquierda* 6, junio de 1958.

<sup>379</sup> “Informe tendencioso, cargado de material soviético y es inexacto en el enfoque nacional e internacional”, *Izquierda* 28, noviembre de 1958.

oficial con los radicales, temiendo que un acuerdo de esta naturaleza pudiera “castrar” el sentido renovador del FRAP, implicándolo en una fórmula que “aunque fuese en torno al camarada Allende, significaba sacrificar los aspectos más creadores del programa buscando los ‘puntos comunes’ que nos permitieran dar una batalla en conjunto”.<sup>380</sup> Sin embargo, para los medios socialistas la crítica comunista escondía un asunto de mayor trascendencia para ambas organizaciones. En este sentido:

El problema está en que el partido comunista no cree en que puede triunfar en un país subdesarrollado un sistema socialista que inicie por un camino diferente la construcción socialista incorporando a las grandes masas trabajadoras y sectores medios una tarea común de independencia, desarrollo económico y transformaciones. Para encubrir tal pensamiento, recurren al viejo y clásico esquema de la revolución chilena sosteniendo que ésta es una revolución democrática burguesa y que en consecuencia todos los esfuerzos de la clase y del pueblo deben dedicarse a facilitar el desarrollo de esta revolución. Lógicamente si tal fuese la característica de la revolución en los países atrasados del mundo, lo que corresponde es colaborar con la burguesía (...) En Chile, como en todos los países atrasados y dependientes del mundo, no se dan las características para el desarrollo de la revolución democrático-burguesa porque el extraordinario crecimiento de las fuerzas imperialistas y el estado de dependencia de esos países hace que sus burguesías hayan perdido toda independencia y todo sentido revolucionario. Hoy día son aliadas del imperialismo, de la oligarquía dueña de la tierra y son los dueños sostenedores de los monopolios, factores todos que atentan mortalmente contra la revolución demo burguesa. (...) El infantilismo es de aquellos que esperan que la revolución se la importen al país y se la instalen, como se instala una fábrica o una máquina.<sup>381</sup>

El XVIII Congreso socialista de 1959 profundizó sobre las distancias estratégicas y “filosóficas” al interior del FRAP, señalando las disimiles evaluaciones en cada partido sobre la experiencia del Frente Popular como la principal fuente de la polémica. Las lecturas del PS y el PC concordaban en señalar que el problema fundamental de la izquierda durante el FP fue el hecho de ser fuerzas subordinadas al Partido Radical en la coalición de gobierno. Mientras la lectura comunista propuso una alianza de nuevo tipo con la burguesía donde prevaleciera la clase obrera y sus partidos como

---

<sup>380</sup> *Idem.*

<sup>381</sup> *Idem.*

fuerza principal, el PS terminó por descartar de plano cualquier alianza con sectores que, por su extracción social, relaciones e intereses son siempre regresivos. En la práctica, estas experiencias habrían demostrado que “la revolución chilena no es una revolución democrático-burguesa. O mejor dicho, que esta revolución no puede prosperar en nuestro país”.<sup>382</sup>

Según el informe de Salomón Corbalán, que realizó un largo análisis sobre las dos posiciones en disputa, el Gobierno llamado a realizar la fase democrática burguesa de la revolución, en la cual debía desarrollarse con mayor intensidad la acción modernizadora de una burguesía progresista y pre revolucionaria, era justamente el Frente Popular. En ese sentido, era de esperar que con el fortalecimiento de las posiciones de la burguesía en el poder se desarrollaran dos contradicciones tendientes a modernizar las relaciones de producción y cambiar la fisonomía nacional: una entre capitalistas chilenos y el capital extranjero, y otra entre capitalistas nacionales y oligarquía terrateniente. Ambas contradicciones debían ser, siguiendo los esquemas del marxismo clásico, el inicio de la liquidación del viejo orden feudal en el campo y del desarrollo de la capacidad industrial del país. Si bien el FP y el resto de los gobiernos radicales tendieron a la industrialización y a otros comportamientos progresivos, desde la lectura del PS, el *frentismo* no resolvió estas contradicciones impulsando una modernización trunca, producto del compromiso de la coalición, y particularmente del PR, con la burguesía nacional y el capital extranjero.

La trascendencia de este congreso radica en la consolidación de una posición ideológica clara, que intentó conciliar los objetivos de largo plazo con las estrategias y objetivos de corto plazo apuntalando un diagnóstico más acabado sobre el proceso político nacional. La tesis socialista recogió la experiencia política previa y la discusión teórica registrada en el seno del partido, sirviendo como orientación práctica frente a cuestiones como la política de alianzas y el campo sindical. En este aspecto, el Frente de Trabajadores aparecía como una táctica clasista, que propuso como primera etapa de la revolución chilena el desarrollo de la República Democrática de Trabajadores. Sin embargo, y pese al ya característico discurso intransigente y rupturista, el PS jamás se negó a participar de acuerdos transitorios con todas las fuerzas en el espacio parlamentario ni se restó de los distintos procesos electorales, insistiendo en que la utilización del medio electoral no significa “una idealización del sistema electivo, sino la utilización de un método de lucha circunscrito a determinados periodos de la historia de Chile”.<sup>383</sup>

---

<sup>382</sup> Partido Socialista de Chile, *XVIII Congreso General Ordinario del Partido Socialista*, Santiago, Editorial Prensa Latinoamericana, 1959, 46.

<sup>383</sup> *Ibid.*, 132.



La instancia también puso en entredicho el papel rector de la URSS sobre el movimiento revolucionario mundial. Desde 1947 la reflexión sobre este asunto estableció dos puntos que merecen ser nuevamente mencionados: en primer lugar, la experiencia de la Revolución rusa habría sufrido una regresión en su desarrollo que derivó en un régimen burocrático y totalitario, donde la concentración estatal de los medios de producción dio al régimen la forma de un capitalismo de Estado. En segundo lugar, el PS rechazó la política expansionista soviética en el periodo de posguerra, considerando que las distintas acciones de Moscú en Europa Oriental obedecían más a cálculos geopolíticos e intereses imperialistas que a la lucha por el socialismo. Por esta razón, frente a un PC particularmente sensible de la política internacional soviética, el PS criticó el dogmatismo comunista a la hora de trazar sus directrices sobre política internacional y juzgar otras experiencias de liberación nacional.

Las corrientes críticas del comunismo se mantuvieron vigentes durante prácticamente toda la década de 1950. Una de las voces más persistentes en este sentido fue la de Julio Cesar Jobet, quien apuntó su crítica principalmente al movimiento comunista internacional y a la subordinación de los PC en todo el mundo a los intereses globales de la URSS. En la crítica de Jobet se conjugaron diversos aspectos doctrinarios y políticos, sin embargo, primó una lectura que no diferenciaba entre la política seguida por el PCUS y su “sección chilena”. Según el autor, socialistas y comunistas representaban posiciones antagónicas, que se reflejaron en dos interpretaciones “irreconciliables” de la teoría marxista y en constantes disputas por el control del campo popular.<sup>384</sup> En último término, el diagnóstico sobre la doctrina comunista apuntó a su carácter foráneo y carente de todo sentido nacional, apuntando que los PC del mundo son “un cuerpo extraño en cada nación, sometidos incondicionalmente a los apetitos de Rusia, aun si ellos son contrarios a los intereses de los obreros de su país, de la libertad, de la paz y de la nación”.<sup>385</sup> Para Jobet, y una parte importante de la opinión socialista, la doctrina del PS era antagónica al totalitarismo estalinista y al burocratismo estatal del partido único, desconociendo el mando único de la URSS y su rol de vanguardia en la revolución mundial. Las diferencias eran tales, que Jobet llegó a estimar la unidad de la izquierda como una realidad transitoria, pues “del análisis de las relaciones entre el comunismo y el socialismo en Chile, se desprende nítidamente que no existe el menor vínculo doctrinario, político y espiritual entre ambos movimientos”.<sup>386</sup>

---

<sup>384</sup> Julio Cesar Jobet, *Socialismo, libertad y comunismo*, Santiago, Imp. San Jorge, 1958.

<sup>385</sup> Julio Cesar Jobet, *Socialismo y comunismo*, Santiago, Ediciones Espartaco, 1952, 27.

<sup>386</sup> Julio Cesar Jobet, *El socialismo en Chile*, Santiago, Imp. San Jorge, 1956, 22.

A partir de la década de 1950 el PS defendió la legitimidad de las diversas formas y caminos de construcción socialista, relevando las características nacionales de cada proceso. Esta postura se fundamentó en el examen de otras experiencias de “Democracia Popular” que, como China y Yugoslavia, recibían por entonces el ataque y la censura del movimiento comunista por alejarse del tutelaje político de la URSS. Ante el escenario de disputa global, el PS no aceptó como única vía revolucionaria entregar “toda nuestra energía y nuestro apoyo a la potencia antagonica, la Unión Soviética”. Y agregaba, sobre la actitud del PC chileno<sup>387</sup>, que este “se ha vuelto al sistema estaliniano de calificar y anatemizar a los movimientos socialistas que no se han adscrito al ‘campo socialista’ o que no aceptan la hegemonía o dirección de dicho campo”. El PS optó por una política *tercerista*, ubicándose discursivamente por encima de la lógica de bloques mundiales antagonicos y abierto a reconocer la legitimidad de todas las fórmulas nacionales de construcción socialista o *socializante*.<sup>388</sup>

Durante la década de 1960 el PS se acercó a posiciones emergentes y novedosas del sistema internacional que lo llevaron a profundizar en torno a la política de bloques, el papel de la URSS en el movimiento revolucionario mundial y a criticar la influencia del PCUS en el PC chileno. Los socialistas miraron de cerca la declaración de independencia de los pueblos coloniales elaborada por la XV Asamblea General de la ONU en 1960 y la organización de países no alineados, que reunía a las naciones africanas y asiáticas recién independizadas por movimientos de liberación nacional junto a otras como la Cuba de Fidel Castro, el Egipto de Nasser y la Yugoslavia de Tito.<sup>389</sup> Esta organización, ajena a la lógica del enfrentamiento global entre potencias, contribuyó a la actualización de posiciones y a una relectura del escenario internacional por parte de la intelectualidad socialista, que vio en ella la apertura de un nuevo periodo en las relaciones internacionales, capaz de llevar al mundo a “mejores soluciones, ya que involucra el derecho que tiene cada pueblo de darse su propio camino hacia la construcción de niveles de vida más justos”.<sup>390</sup>

Desde la realización del XX Congreso del PCUS, los cambios del escenario internacional modificaron la política exterior soviética. El campo de los países socialistas experimentó transformaciones producto, entre otras cuestiones, de la posición dirigente y muchas veces arbitraria de la URSS

---

<sup>387</sup> El XI Congreso del PC realiza una fuerte crítica al Comunismo Yugoslavo tras la ruptura de relaciones con la URSS, sobre todo por la tesis del Mariscal Tito en contra de la política de bloques militares.

<sup>388</sup> Partido Socialista de Chile, *XVIII Congreso General Ordinario del Partido Socialista... op. cit.*, 31.

<sup>389</sup> “Cede la política de los bloques”, *Izquierda 2*, Segunda época, julio de 1961, 4-5.

<sup>390</sup> “Diplomacia bilateral vuelve la espalda a los pueblos”, *Boletín del Comité Central del PS* 10, junio de 1961, 2.

sobre estas naciones. Yugoslavia y Albania recibieron la censura de las instancias internacionales bajo control soviético, mientras que China comenzó hacia finales de la década de 1950 a protestar contra la “unilateralidad soviética” de las relaciones en el campo socialista, iniciando un progresivo distanciamiento entre Moscú y Pekín. Además, la aparición de un “tercer bloque” compuesto por naciones recientemente independizadas y en luchas de liberación nacional en África, Asia y América Latina cambió la fisonomía del conflicto global entre potencias. Para la URSS, la consolidación de dichos procesos nacionales pasaba por la colaboración activa de estas regiones con el campo socialista,<sup>391</sup> contraviniendo, en la opinión del PS, la independencia y soberanía de cada país. El congreso de 1961 ahondó largamente sobre estos tópicos, abriendo el debate sobre la política de bloques y poniendo en duda la hegemonía soviética sobre el campo socialista. Según el informe, la posición soviética implicaba:

Que Yugoslavia no estaría construyendo el socialismo por no aceptar incorporarse dentro del ‘campo’ o sistema socialista, y estaría dilapidando sus fuerzas y corriendo serio peligro de regresar al capitalismo (...) Significaría igualmente que Cuba, que ha iniciado el camino de la construcción del socialismo y está en su etapa más dura para asegurar su progresivo desarrollo socialista, tendría que incorporarse al ‘campo’ suscribiendo los pactos militares respectivos y asimilándose a las normas comunes del sistema, restringiéndose en esta forma el camino que de acuerdo a su propia realidad, muy diferente a las del campo, estima más aconsejables. (...) no se crean relaciones socialistas cuando en el mismo programa (del PCUS) se establece, en forma tan categórica, que es teóricamente un error que cada país quiera seguir su propio camino sin incorporarse al sistema comandado por la Unión Soviética.<sup>392</sup>

Estos tópicos comenzaron a ser debatidos entre socialistas y comunistas después de que Raúl Ampuero, por entonces Secretario General del PS, criticara a la URSS respecto del tema yugoslavo y la política de bloques, apuntando al PC chileno como defensor de posiciones “dogmáticas”, “sectarias” y “litúrgicas” sobre estos asuntos. La respuesta comunista fue entregada por Orlando Millas, quien acusó al dirigente

---

<sup>391</sup> Nikita Khrushchev, *Documents of the XXII Congress of the CPSU. Vol. I*, Nueva York, Crosscurrent Press, 1961, 49-62.

<sup>392</sup> “Solo con el apoyo de las Masas Trabajadoras se afianzará la Revolución en Latinoamérica”, *Arauco* 23, diciembre de 1961, 9-21.

socialista de estar influenciado por un “reflejo condicionado antisoviético”. Más allá del tenor de estas primeras discusiones, el debate puso sobre la mesa asuntos vitales para la unidad del FRAP como las posibilidades de la vía pacífica en la revolución chilena, la división del mundo en bloques antagónicos, el papel de la URSS sobre el movimiento revolucionario mundial y los fundamentos de la teoría marxista en ambos partidos.

El intercambio sobrepasó la discusión sobre la correlación mundial de fuerzas, dando origen a un debate de profundo contenido ideológico. La preocupación principal de Ampuero fue la influencia de la URSS sobre la elaboración teórica y las posiciones políticas de los partidos comunistas de todo el mundo, sosteniendo que tal principio ha significado un retraso para el movimiento revolucionario global reflejado en “la impermeabilidad de muchos partidos comunistas para apreciar las condiciones concretas de la lucha revolucionaria en ciertos países”, y agrega que “dentro de los esquemas dominantes en el mundo comunista, ni la revolución árabe, ni la revolución boliviana, ni la Revolución cubana se habrían producido, y todas ellas contribuyeron sustancialmente a alterar el cuadro internacional”.<sup>393</sup>

La respuesta esta vez llegó desde la comisión política del PC. Los comunistas defendieron la lógica de bloques y el papel de la URSS en tanto vanguardia del campo socialista, en tanto la revolución bolchevique, como primera revolución socialista triunfante, transformó al pueblo soviético —y su partido— en una experiencia modélica y de avanzada en la construcción del comunismo. Sin embargo, para los comunistas chilenos, era falso que el PCUS haya tomado el mando ideológico y político de los partidos comunistas del mundo, respetando en cambio, los principios de la autodeterminación y soberanía de los pueblos a la hora de elegir libremente como construir el socialismo en cada país:

El movimiento Comunista internacional parte de dos principios que se complementan y no son contrapuestos entre sí: del principio relativo a los rasgos comunes de toda revolución en sus diversas etapas y del principio de los rasgos particulares de cada proceso revolucionario concreto. Se incurre en posiciones revisionistas cuando se niega el primer principio y en posiciones sectarias cuando se niega el segundo.<sup>394</sup>

Y respecto de las acusaciones sobre revisionismo en las tesis de la vía pacífica, el PC contestó:

La vía pacífica no tiene nada que ver con la pasividad, no es una

---

<sup>393</sup> *La polémica socialista comunista*, Santiago, Prensa Latinoamericana S.A., 1962, p.14.

<sup>394</sup> *Ibid.*, 30.

vía reformista sino revolucionaria, no se basa en un amortiguamiento sino en la agudización de la lucha de clases; es, en fin, un camino que conduce a la revolución en determinadas circunstancias. Y lo que es más importante, ya no solo en nuestras palabras sino nuestra labor política demuestra lo que afirmamos (...) pensamos que ustedes, socialistas, desean, igual que nosotros, comunistas, que el FRAP llegue al poder través del movimiento de masas, sin guerra civil, sin necesidad de violencia armada, más concretamente, utilizando con tal fin la coyuntura de las próximas elecciones presidenciales.<sup>395</sup>

Si bien la polémica no termino con las diferencias, las dejó explícitas y desarrolladas. El debate tuvo una influencia fundamental a la hora de marcar posiciones entre ambos partidos. Después del intercambio, el PS reafirmó su posición antiimperialista e internacionalista, y mantuvo las críticas a la vía pacífica acusándola de “crear en las masas una falsa confianza en lo que podemos llamar la ‘normalidad’ de las instituciones democráticas”.<sup>396</sup> Respecto de este último punto, es que la respuesta del PC sobre la viabilidad de cumplir con la revolución chilena de acuerdo con la vía pacífica evidenció un tema aún no resuelto para el PS: la definición de los medios de lucha que llevarían a la toma del poder según el Frente de Trabajadores.

El debate registrado durante todo el periodo del FRAP evidenció la deuda socialista a la hora de definir una vía para la disputa del poder político. Inicialmente, el PS optó por el camino electoral intentando copar los espacios de representación formal para construir desde las instituciones una República Democrática de Trabajadores. Sin embargo, los cambios en la situación internacional, y particularmente la oleada de la Revolución cubana en América Latina, incidieron en la reflexión socialista. Para un sector del PS, la invasión de Playa Girón en 1961 por fuerzas norteamericanas demostraba que los procesos de liberación nacional se enfrentaban irremediamente al problema de la violencia y la guerra imperialista. Sobre este asunto, la reflexión apuntó hacia aquellas experiencias que, pese a lograr el poder por la vía de las elecciones como Bolivia o Venezuela, se enfrentaron a la acción de las FF. AA., las burguesías y oligarquías nacionales y el imperialismo. Al respecto, Raúl Ampuero señalaba:

Uno de los grandes vacíos de nuestro análisis político lo constituye el insuficiente desarrollo de la tesis del ‘Frente de

---

<sup>395</sup> *Ibid.*, 32-33.

<sup>396</sup> *Ibid.*, 53.

Trabajadores' en relación con los métodos de lucha. El Partido Socialista ha sintetizado en esta concepción una política de claro contenido social; una estrategia de valor inapreciable en la práctica de la lucha de clases, pero que enunciada en un plano puramente principista no resuelve por sí sola la elección de los métodos de lucha.

Si el Partido desea cumplir cabalmente con su rol histórico, deberá agotar el examen del significado de la violencia en el curso de los acontecimientos chilenos. Cualquiera que él sea, y ello dependerá de condiciones históricas y sociológicas concretas, su presencia en nuestras luchas políticas parece ineludible, y sería un pecado de leso optimismo el suponerla ajena a las tradiciones de nuestras clases dominantes y una ingenuidad imperdonable incurrir en la idealización de los instrumentos electorales.<sup>397</sup>

Este tópico comenzó a ser debatido con fuerza durante el año 1964. En medio de la campaña presidencial, el PS se vio tensionado por interpretaciones divergentes de la línea del Frente de Trabajadores y sus orientaciones prácticas, derivando en el faccionalismo interno y nuevas expulsiones durante el congreso realizado ese mismo año. En la práctica, impulsar una política profundamente institucional orientada a la organización de alianzas electorales ya demostraba en parte el carácter del FT: la toma del poder político por la vía de las elecciones. Si bien la participación electoral fue una política sostenida por el PS desde su fundación, el asunto de las vías y la reflexión sobre el papel de la violencia en el proceso revolucionario fueron asuntos latentes y jamás clausurados del todo mientras estuvo vigente la política del FT.

En este sentido, el problema de los métodos de lucha fue abordado con mayor intensidad conforme el FRAP enfrentó distintas coyunturas electorales, tomando fuerza luego de la derrota de Allende en las elecciones presidenciales de 1964. Para algunos sectores por “la naturaleza misma de nuestro método de lucha, el movimiento popular, está constreñido, en gran medida, a moverse dentro de ciertos marcos que de no modificarse rápida y profundamente entrabaran la acción gubernativa”<sup>398</sup> agregando que, paradójicamente, se deberá comenzar a construir *poder revolucionario*, es decir una fuerza con capacidad para construir el socialismo y defender dicho proceso, una vez alcanzado el Gobierno mediante las elecciones.

En 1964 Allende prácticamente triplicó sus votos respecto de la elección presidencial anterior, sin embargo, el crecimiento electoral no evitó

---

<sup>397</sup> Raúl Ampuero, “Reflexiones sobre la revolución y el socialismo”, Chelen y Jobet, *op. cit.*, 149-150.

<sup>398</sup> “Revolución y democracia”, *Arauco* 48, enero de 1964, 3.

que con la derrota de la resurgiera un nuevo disenso entre los partidos de izquierda. Para el PC, la derrota del FRAP demostraba de manera concisa la necesidad de ampliar la alianza a la burguesía progresista, sobre todo si eso implicaba comprometer a algunos partidos tradicionales para lograr disipar, al menos en parte, el ambiente anticomunista vivido durante las elecciones. Lo anterior se tradujo en un nuevo llamado a la unidad de acción y entandimiento de todas las fuerzas renovadoras del país en tareas de oposición al Gobierno de Frei durante el XIII Congreso del PC realizado en 1965.<sup>399</sup>

Para el PS, la insistencia del PC en ampliar la alianza incluyendo a los partidos de centro denotaba, según su Secretario General, “cierto sentido un poco fatalista de no creer que los partidos vanguardias pueden jugar el papel revolucionario que han hecho otros pueblos, otros partidos, otras vanguardias”.<sup>400</sup> Sin embargo, las relaciones volvieron a tensionarse luego de que el PS criticara el excesivo electoralismo del FRAP, diciendo que “al no haber orientado la lucha social hacía un enfrentamiento decisivo de clases y al haber encajonado el ascenso del movimiento popular dentro del mecanismo jurídico de la burguesía, convirtiendo esta forma de lucha en el camino propio de la revolución chilena, en los hechos dejamos la lucha popular chilena sin otra salida momentánea que el triunfo electoral”.<sup>401</sup>

La derrota de 1964 inauguró un periodo de radicalización discursiva en el FRAP y un endurecimiento de las líneas políticas de socialistas y comunistas. El PC dio continuidad a su línea y programa político intentando distintos acercamientos con el centro que reanimaron el debate respecto de los límites de la alianza *frapista*. Por su parte, el PS vivió un proceso de radicalización que se inició casi inmediatamente después de sabidos los resultados electorales, poniendo en el centro del debate partidario el problema de los medios lucha y los aspectos orgánico-partidarios consecuentes con los fines y medios revolucionarios de la política del Frente de Trabajadores.

### **3.2 Reformistas y revolucionarios. El Partido Socialista frente a la Democracia Cristiana y la *Revolución en Libertad***

Con la fundación de la Democracia Cristiana en 1957, emergió una fuerza política de nuevo tipo que se ubicó discursivamente fuera de los

---

<sup>399</sup> Luis Corvalán, *Seguir avanzando con las masas. Informe al XIII Congreso del Partido Comunista de Chile*, Folleto N°1, Santiago, Horizonte, 1965.

<sup>400</sup> Partido Comunista de Chile, *Unidad Socialista Comunista. Cimiento del movimiento popular. Documentos del XIII Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile*, Folleto N°2, Santiago, Horizonte, 1965, 22.

<sup>401</sup> *El Socialismo y la Unidad. Cartas del Partido Socialista al Partido Comunista*, Colección de documentos N°1, Santiago, Ediciones Prensa Latinoamericana, 1966, 9.

esquemas clásicos de izquierda y derecha, cambiando la fisonomía y competencia del sistema de partidos chileno. La organización, fundada del encuentro entre vertientes ideológicas diversas como el conservadurismo, el social cristianismo y algunos remanentes del ibañismo, asumió un lenguaje movilizador y vanguardista. En menos de una década, la DC logró desplazar al PR del centro político, alcanzando la Presidencia de la República con el 56 % de los votos en 1964 y transformándose en la primera fuerza política del país al conseguir el 43 % en la elección parlamentaria del año siguiente.

Pese a recibir apoyo de los Estados Unidos en el marco de los planes para la contención de la izquierda en América Latina, la DC elaboró un programa de gobierno transformador y con amplias perspectivas de inclusión popular bajo la consigna de una *Revolución en Libertad*, que inquietó tanto a los sectores tradicionalmente conservadores como al FRAP. Los demócratacristianos prometieron profundizar la reforma agraria e hicieron suyas propuestas programáticas clásicas de la izquierda, como la modificación del régimen de propiedad, la nacionalización o *chilenización* de las riquezas naturales, una política sindical agraria, la extensión del régimen democrático y la participación social en el Estado.

En un principio, la oposición compartida al Gobierno de Alessandri y la aparente comunión de intereses programáticos entre la DC y el FRAP hicieron plausible una coalición de partidos progresistas, sin embargo, sucedió todo lo contrario. El nuevo partido tenía una base doctrinaria e ideológica definida que, si bien fue materia de algunos desencuentros internos, permitió elaborar líneas programáticas propias y novedosas. Lo anterior, sumado a un temprano éxito electoral y social, llevaron a la DC a tomar una posición de autonomía frente a las presiones de la izquierda y a los condicionales apoyos de la derecha. Esta actitud independiente y defensora de una estrategia que proclamó un *camino propio* influyó los debates de la izquierda sobre la posibilidad de colaborar electoral y programáticamente con la DC hasta 1961.

En 1964 la DC alcanzó la presidencia agitando un programa de transformaciones estructurales en oposición al marxismo y al capitalismo, logrando movilizar a diversos sectores sociales mediante un discurso revolucionario novedoso que caló hondo en los sectores medios y populares. Frei propuso una Revolución en democracia, libertad y pluralismo relevando las diferencias de la propuesta demócratacristiana con el proyecto *totalitario* y *extranjerizante* de la izquierda marxista y del individualismo capitalista. La DC se declaró un partido no confesional, pero insistió en representar una política con vocación cristiana y moderna, poniendo fin a la hegemonía del Partido Conservador sobre los sectores católicos y socavando su principal sustento ideológico y electoral.

Este apartado revisa la reacción socialista frente a la aparición de un nuevo centro político progresista y renovador, y las repercusiones de su



emergencia en el debate de la colectividad. Frente a los posibles puntos comunes entre el FRAP y la DC, el PS intentó diferenciar el proyecto de la izquierda explicitando sus valores democráticos y revolucionarios, frente a lo que estimó una nueva alternativa reformista y proimperialista. Pese a la derrota electoral, el PS apostó por imprimir un sentido revolucionario a las perspectivas de transformación estructural y movilización de masas abiertas por el nuevo gobierno, su plan de nacionalizaciones, reforma agraria y promoción popular. Después de 1964, los socialistas empujaron la radicalización de las reformas demócratacristianas sosteniendo una “oposición revolucionaria”, virando hacia un discurso que relevó los diagnósticos rupturistas y las acciones de masas como elementos distintivos de una “auténtica” política revolucionaria. En este proceso influyeron otros hechos como la Revolución cubana, algunas modificaciones en la correlación de fuerzas al interior del mismo partido y el fracaso que supuso para la izquierda en general el triunfo de Eduardo Frei. Sin embargo, la necesidad de tomar distancia de las transformaciones impulsadas por la Revolución en Libertad también fue fundamental en el proceso de definición y radicalización ideológica vivido por el PS durante la segunda mitad de la década de 1960.

### 3.2.1 El ascenso de la Democracia Cristiana y la *Revolución en Libertad*

La Democracia Cristiana nace de la fusión en un solo partido de la Falange Nacional, elementos del Partido Agrario Laborista y Conservador Social Cristiano, formalizando una alianza que en términos electorales y legislativos ya existía desde los frentes cívicos de oposición al Gobierno de Ibáñez. Como principal figura del nuevo partido emergió el senador Eduardo Frei, perteneciente a la generación de jóvenes que rompió con el viejo Partido Conservador y fundó la Falange Nacional en 1938. Sin ser un partido confesional, el PDC declaró ser de vocación cristiana y sus principales figuras adscribieron al pensamiento católico reformista y al ala avanzada de la doctrina social de la Iglesia católica.<sup>402</sup>

En poco tiempo el partido logro aglutinar a una importante base social de sectores medios y populares, que le permitieron copar el centro político en desmedro de un disminuido Partido Radical. Su marcado ascendente cristiano y moderno le permitió desplazar al Partido Conservador como organización política representante de los católicos, recibiendo un importante contingente de militantes provenientes de ese

---

<sup>402</sup> Sol Serrano, “La Iglesia católica y las elecciones de 1964: las confluencias del catolicismo moderno”, Carlos Huneeus y Javier Couso (eds.), *Eduardo Frei Montalva: un gobierno reformista. A 50 años de la “Revolución en Libertad”*, Santiago, Universitaria, 2016, 405-418.

partido. Además, el discurso renovador y la inserción del partido en el mundo social también extendieron la popularidad del PDC a sectores del mundo sindical y popular antes prácticamente monopolizados por la izquierda. En este aspecto, su discurso “cristianizo la revolución” configurando una noción de transformación cristiana y no violenta que resulto llamativa para un numeroso sector de cristianos comprometidos con el cambio social.<sup>403</sup>

En su declaración de principios señalaron como objetivo la construcción de un régimen de “verdadera cristiandad”, democrático, igualitario y orgánico fundado en un nuevo orden de “economía humana”, distinto en sus principios y finalidades al capitalismo y al colectivismo de izquierda. El nuevo régimen debía organizar la vida colectiva con vistas a lograr el “bien común” y propender a nuevas formas de trabajo, propiedad y participación popular. La finalidad última del partido era la construcción de una sociedad sin clases sociales que sustituya “las estructuras del capitalismo y el socialismo, hasta que se excluya todo vestigio de explotación de una clase por otra”.<sup>404</sup>

En las elecciones presidenciales de 1958 la DC presentó un programa que propuso impulsar la industrialización, una nueva política del cobre, privilegiar las relaciones internacionales en el marco de las Naciones Unidas y fuera de la política de bloques, y la modernización del campo y la explotación agrícola. Todo, bajo el respeto de la más estricta legalidad y cuidando las normas de la convivencia democrática.<sup>405</sup> Desde el principio, el discurso de la DC fue profundamente ideológico, promoviendo la creación de un Estado y una sociedad de nuevo tipo que fue complementado por un elemento técnico y desarrollista, lo que atrajo a sectores reformistas, tendencias de izquierda moderada y capas medias que no terminaban de convencerse del programa del FRAP.

Las definiciones internas sobre la campaña dan muestras del carácter doctrinario y aislacionista de la candidatura. Los demócratacristianos se desmarcaron de las tendencias vigentes en el sistema político nacional, señalando al Partido Radical como el causante de los problemas económicos y sociales; acusando al alessandrismo de ser una nueva expresión derechista carente de contenido nacional y popular; y que las divergencias en el FRAP hacen de Allende alguien “hoy moderado y mañana audaz y violento. Su política internacional es contradictoria y envuelve una posición pro-rusa, absurda para Chile. Su política interna es democrática y dictatorial a la vez. Imposible de que el FRAP democratice al país”, agregando sobre Frei que:

---

<sup>403</sup> Casals, *La creación de la amenaza...* *op. cit.*, 237-238.

<sup>404</sup> Partido Demócrata Cristiano, *Declaración de principios de la Democracia Cristiana*, s/i, 1957, 3.

<sup>405</sup> Partido Demócrata Cristiano, *Un plan, un hombre, un gobierno. Plan Frei*, s/i, 1958.

Es la única candidatura que ha surgido de manera espontánea, sin cábalas politiqueras. Ha sido una voz unánime a través de todo el País. La candidatura se define como: REALISTA, PROGRESISTA, TÉCNICA, EVOLUTIVA Y POPULAR (sic.). Es la única que asume un carácter nacional. Ella supera la postulación derechista que es anti-histórica, la Radical que es indefinida y agresiva y la frapista que es utópica y demagógica.<sup>406</sup>

Frei consiguió un sorpresivo tercer lugar con el 20,7% equivalentes a poco más de 255.000 sufragios y su partido se declaró en “oposición constructiva” al Gobierno alessandrista. La DC experimentó el aumento de su militancia y poder de convocatoria al mismo tiempo que terminó de tomar definiciones en el campo ideológico y político con la realización de su primera Convención Nacional en 1959. La resolución sobre política nacional presentó un diagnóstico sobre las estructuras vigentes, declarando que de mantenerse las actuales condiciones estas conducirán inevitablemente “al trastorno social, a la dictadura o un régimen de inspiración comunista”.<sup>407</sup> La posición política sancionada por la instancia consideraba que Chile, como país atrasado, posee instituciones democráticas imperfectas que sin embargo son preferibles a una “dictadura democrática de transición” para transformar el régimen político, configurando un discurso maniqueo que insistió en la urgencia de decidir entre un gobierno demócratacristiano o una dictadura comunista.

En términos ideológicos, la posición de la DC estaba alineada con las ideas del Humanismo Integral propuestas por el filósofo francés Jacques Maritain. La doctrina del PDC era crítica del capitalismo y, particularmente, del materialismo, acusado de promover la descristianización de la sociedad moderna y la aparición de programas políticos y filosóficos negacionistas de la “moralidad natural” de los sujetos. La revolución pretendía ser una solución cristiana a la crisis del sistema capitalista, impulsando un programa de reformas estructurales totalmente distinto al “totalitarismo” de la revolución comunista. En este aspecto, las ideologías como el comunismo y el socialismo marxista fueron rechazadas de plano, acusadas de ser políticamente totalitarias y filosóficamente materialistas.<sup>408</sup> En cambio, propusieron la construcción de un régimen comunitario que fue visto como la realización de un imperativo de carácter moral y cristiano, que en el plano político pretendía superar la crisis del sistema capitalista armonizando los

---

<sup>406</sup> Comando Independiente Candidatura Presidencial de Eduardo Frei Montalva, *Curso de capacitación. El significado de las candidaturas presidenciales*, 1957 (documento mecanografiado, disponible en la colección de la Biblioteca del Congreso Nacional).

<sup>407</sup> *Ibid.*, 5.

<sup>408</sup> Castillo Velasco, *op. cit.*

derechos del individuo frente a la sociedad con los derechos de la sociedad frente al individuo.<sup>409</sup> En términos prácticos significaría:

En un régimen comunitario, los asalariados tienen pleno y directo acceso a la propiedad de los medios de producción de las empresas en que trabajan. Ellos son dueños de la empresa, en forma cooperativa, y ellos tienen tuición y dirección sobre la misma (...) desaparece totalmente el sistema capitalista (en que “unos ponen el capital y otros ponen el trabajo”), puesto que capital y trabajo está en las mismas manos. Los trabajadores son sus propios patrones.<sup>410</sup>

En el diagnóstico de la DC, solo un gobierno radicalmente transformador podía superar las desigualdades propias del orden capitalista. Estas desigualdades, que se expresan en el ámbito local y global, se producirían cuando con “el trabajo de toda la comunidad, con el trabajo de todos los hombres, se sostiene una minoría privilegiada que aprovecha y acumula estos bienes, mientras la masa trabajadora, la masa proletaria, la masa campesina queda desposeída o reducida a los bienes elementales para mantener su vida y su reproducción”.<sup>411</sup> Producto de estas asimetrías, es que la sociedad comunitaria fue propuesta como una solución redistributiva al régimen de injusticias y concentración económica propia de la sociedad capitalista, acabando de paso, con el conflicto social que crea el caldo de cultivo para la acción comunista.<sup>412</sup>

La doctrina del PDC criticó al comunismo y al capitalismo por igual, revelando el carácter individualista y el régimen de explotación desarrollado bajo el régimen económico liberal, incapaz de superar el retraso social y económico de las naciones subdesarrolladas. Detrás del imperativo económico hubo un fundamento político que buscó sustituir los valores liberal democráticos por los del *pluralismo*, por coincidir los primeros en su génesis histórica con el sistema capitalista y desarrollarse a la par con la estructura del Estado liberal. Según Jaime Castillo,<sup>413</sup> uno de los principales intelectuales del PDC, el régimen liberal desconocía la personalidad humana al dejar todos los aspectos de la vida colectiva al arbitrio de la competencia, haciendo del Estado un ente restrictivo y totalitario que proscribía cualquier

---

<sup>409</sup> Jaime Castillo Velasco, *Individualismo, colectivismo y comunitarismo*, s/i, Instituto de Derechos Políticos, 1971.

<sup>410</sup> Partido Demócrata Cristiano, *El abc de la Democracia Cristiana*, s/i, 1962, p. 21.

<sup>411</sup> Julio Silva Solar, *El régimen comunitario y la propiedad*, Santiago, Ediciones del dpto. de capacitación doctrinaria del PDC, 1964, 7-8.

<sup>412</sup> *Ibid.*, 26.

<sup>413</sup> Jaime Castillo, “Reflexiones sobre el pluralismo”, *Los caminos de la revolución*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1972, 27-33.

doctrina distinta al liberalismo político y económico. El gran problema del liberalismo, desde esta visión, es que termina en “la formación de nuevas clases privilegiadas, el antagonismo mortal de intereses sociales, el descontrol del sistema económico y su impotencia para seguir satisfaciendo las necesidades colectivas de la humanidad”.<sup>414</sup>

Siguiendo el argumento de Castillo, la DC debía promover nuevas formas y estructuras políticas capaces de construir una “Fe Común Democrática”, contraria a todo totalitarismo. En este aspecto, la nueva democracia tenía el deber moral de combatir, en el plano ideológico y político, a toda doctrina que no acepte el pluralismo ni comparta una fe común democrática, es decir, a toda doctrina que como el marxismo o el capitalismo cayera en tendencias totalitarias. Esta definición en torno a los límites del régimen democrático fue polémica para la vida al interior del partido, en particular cuando se trató de definir una actitud común frente a la izquierda agrupada en el FRAP.

La colaboración ya había existido en tiempos del FRENAP, cuando el PS de Allende y el PC compartieron labores de oposición al Gobierno de Ibáñez junto a socialcristianos y algunos grupos conservadores. Mientras Castillo consideraba a la izquierda como un antagonista, un sector pequeño pero fundamental, compuesto por figuras como Gumucio, Tomic y Fuentealba no tuvieron problemas en negociar y colaborar en el espacio parlamentario con los partidos marxistas, advirtiendo la comunidad de intereses existentes entre ambos sectores. Hacia finales de la década de 1960, algunos de estos grupos suscribieron a una doctrina “socialista comunitaria” y a una “vía no capitalista de desarrollo” que acercó a sectores de la DC a los partidos del FRAP. En la izquierda tampoco hubo unanimidad al respecto. Mientras para el PC los sectores cristianos eran susceptibles de ser atraídos a una alianza progresista, la intransigencia del PS y el anticomunismo demócratacristiano hizo de la discusión sobre la unidad un asunto complejo y polémico para las tres fuerzas.

Las labores de oposición al Gobierno de Alessandri instalaron en varias ocasiones la idea de un llamado demócratacristiano a la unidad de las fuerzas de oposición, incluyendo principalmente al FRAP en una serie de compromisos cuyos límites fueron por momentos difusos. Sin embargo, despuntando la década de 1960, el PDC comenzó a subrayar sus distancias ideológicas y discursivas con la izquierda, volviendo recurrentes los roces con el FRAP.<sup>415</sup> La línea demócratacristiana había declarado “estar en el camino a la conquista del poder” para definir su pretensión de ir a las elecciones de 1964 con un programa y un candidato propio, no obstante,

---

<sup>414</sup> Jaime Castillo, *Las fuentes de la Democracia Cristiana*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1968, 50.

<sup>415</sup> Casals, *op. cit.*, 242.

apostó por un discurso ambiguo que combatió frontalmente en el campo ideológico a la doctrina comunista y, al mismo tiempo, reconoció tendencias progresistas e intereses comunes en el plano político-parlamentario con la izquierda.<sup>416</sup>

Para la DC, el FRAP estaba constituido por dos fuerzas en principio antagónicas, pero mutuamente dependientes para cumplir con sus objetivos. En el plano ideológico la revista *Política y Espiritu* destacaba que la izquierda estaba tensionada entre dos opciones, una clasista e intransigente apoyada por los socialistas, que había sido la tesis de conducción de la izquierda hasta la elección de 1958; y un frente antiimperialista propuesto por el PC, abierto a una alianza con sectores “burgueses y pequeño burgueses” siempre y cuando estos se subordinaran a los intereses programáticos de izquierda. Al respecto la misma publicación escribía: “la posición frapista frente al PDC consiste en dar a éste la misión de llevar su clientela electoral a una coalición dominada por socialistas y comunistas”,<sup>417</sup> descartando de plano cualquier entendimiento con la izquierda más allá de acuerdos transitorios. La reunión de la izquierda en Las Vertientes y los llamados del XII Congreso del PC, así como una invitación de la derecha a formar una coalición antimarxista a inicios de 1962 precipitaron la definición democratacristiana. En su reunión, el FRAP tomó la decisión de nominar a un candidato único de la coalición a la presidencia y acordó rechazar cualquier intento de negociación o transacción con otras fuerzas políticas.<sup>418</sup> Instalado el problema presidencial, la Junta Nacional del PDC sostuvo su voluntad de levantar una candidatura y un programa independiente con miras a las elecciones presidenciales bajo la consigna del *camino propio*, rechazando toda alianza que pudiera comprometer programáticamente al partido. Asumiendo una posición principista, la DC condicionó toda posibilidad unitaria al acuerdo doctrinario y programático, marcando distancias insalvables con el FRAP y en particular con el PC. En este sentido, entre democristianos y comunistas

Hay una diferencia integral. Tienen un diverso concepto de la persona y sus derechos: de la familia; de la economía y del Estado. Diferentes son sus tácticas y sus objetivos. Por eso no puede existir entre ambas fuerzas ni alianzas ni pactos políticos, parlamentarios, ni electorales. En consecuencia, el Partido tampoco podría celebrar alianzas con el FRAP integrado por estas fuerzas de una manera determinante.<sup>419</sup>

---

<sup>416</sup> “La última junta nacional del PDC”, *Política y Espiritu* 266, noviembre de 1961, 6-7.

<sup>417</sup> “El FRAP y la Democracia Cristiana”, *Política y Espiritu* 267, diciembre-enero de 1962.

<sup>418</sup> Casals, *El alba de una revolución... op. cit.*, 97-103.

<sup>419</sup> Partido Demócrata Cristiano, *El abc de la Democracia Cristiana*, s/i, 1962, 7.

Además de precipitar la definición presidencial, los llamados de ambas fuerzas derivaron en un esfuerzo de esclarecimiento ideológico y doctrinario que insistió en el significado de la independencia al interior del partido. En el PDC, la alianza con la derecha fue percibida como reaccionaria y antidemocrática, acusando que detrás del contenido “antimarxista” se encontraban tendencias oligárquicas y regresivas, mientras que una alianza con el FRAP significaba entronizar en el poder una dictadura comunista. En este aspecto: “la esencia de la situación no consiste en unir a la Democracia Cristiana con la vieja derecha o izquierda frapista; es, por el contrario, crear la esperanza de una sociedad nueva en que las instituciones sociales de derecha o las instituciones políticas de izquierda no tendrán ya cabida”.<sup>420</sup>

Desde su época como Falange Nacional, la DC bregó por encumbrarse como una fuerza de peso al interior del mundo católico, disputando con el Partido Conservador el papel de representantes políticos de la fe católica. Pese a no ser un partido confesional, la DC ligó su elaboración doctrinaria y discursiva a los esquemas de la doctrina social de la Iglesia, alineando sus opciones y propuestas políticas con las de la jerarquía eclesiástica.<sup>421</sup> En este aspecto, encontró un aliado importante en la renovada Iglesia católica de finales de 1950, abierta a una nueva opción por los pobres y una preocupación por los asuntos sociales y el mundo popular que derivó en un compromiso con la transformación estructural y la acción social de base.<sup>422</sup> En este sentido, fue la Iglesia la que tomó partido por la transformación y el bien común, llamando en algunos casos a que los cristianos tomen parte de la *Revolución en marcha*.

No vemos cómo pueda conciliarse una actitud auténticamente cristiana con una actitud cerradamente anti-revolucionaria, opuesta al cambio radical y urgente de estructuras. Inmensamente más cristiana nos parece la actitud que enfrenta el hecho de la revolución en marcha y se esfuerza en dirigirla por canales cristianos. Esta actitud brota de una convicción: todos somos hermanos, todos tenemos el deber y el derecho de realizar nuestra misión y tarea humana, todos debemos vivir humanamente. Debemos, por consiguiente, instaurar un régimen político, un orden jurídico, social y económico que realice efectivamente el ‘bien común’, el bien de todos, aunque tengamos que sacrificar ciertos bienes “particulares”.<sup>423</sup>

---

<sup>420</sup> “¿Podemos ganar el 64?”, *Política y Espíritu* 272, julio de 1962, 19.

<sup>421</sup> Moulian, *op. cit.*, 209-211.

<sup>422</sup> María Antonieta Huerta, *Catolicismo social en Chile*, Santiago, Ediciones Paulinas, 1991, 513.

<sup>423</sup> “Revolución en América Latina”, *Mensaje* 11:115, diciembre de 1962, 592.

Resulta interesante que esta nueva impronta cristiana en el mundo de la política abogue por la revolución y el cambio radical de estructuras. Desde la lectura de algunos sectores católicos, el proceso de transformación si bien se encontraba en marcha estaba aún en pugna entre distintas posibilidades. En este sentido, la misión de los cristianos ante la revolución radicaba en asegurar que la transformación social asumiera un sentido cristiano ante la opción totalitaria del marxismo o del liberalismo, lo que se tradujo en el compromiso de la Iglesia con la justicia social, la política contingente y un acercamiento al reformismo democratacristiano.<sup>424</sup> De esta reflexión, profundamente ideológica, es que los significados doctrinarios de los democratacristianos sobre ideas como la revolución y la democracia en clave pluralista son distintos a los agitados por la izquierda marxista y la derecha tradicional. La revolución cristiana planteaba la creación de una nueva sociedad comunitaria, mientras que la democracia pluralista y la crítica al totalitarismo garantizaban la vigencia de las “libertades humanas” durante y después del proceso transformador, dándole al PDC una impronta renovadora y democrática que se nutrió del antagonismo intelectual con la izquierda “totalitaria y antidemocrática”.

Bajo la influencia del sociólogo y sacerdote jesuita Rogers Vekemans y la teoría de la marginalidad, los técnicos del partido comenzaron a elaborar una serie de propuestas dirigidas especialmente a los grupos sociales y electorales clásicamente de izquierda. Desde este punto de vista teórico, la DC elaboró un diagnóstico que relevó las características específicas de las sociedades latinoamericanas, expresivas de una relación dicotómica entre masas *marginadas* y *participantes*, reeditando la lógica del análisis centro/periferia en un sentido local. La DC promovió políticas tendientes al reordenamiento del campo social mediante la acción de los “cuerpos intermedios” que, en la práctica, pretendían ser el enlace entre el mundo social y sus organizaciones con el Gobierno para participar de las transformaciones en el campo, la industria y las poblaciones. De esta forma, pobladores, obreros y campesinos pasaron a formar parte de un contingente social en disputa, atraído por dos posibilidades revolucionarias que los interpelaron directamente para tomar el control y el rol dirigente del Estado.<sup>425</sup>

Estrechamente vinculada a estas definiciones sobre la propiedad y las características del nuevo régimen aparece la política de Promoción Popular, la cual pretendía la integración de las clases marginadas y el desarrollo autónomo de las comunidades locales. Para lo anterior, a partir de 1962 el

---

<sup>424</sup> Ulises Cárcamo, “Radicalización eclesial y renovación política. 1964-1973”, Marcial Sánchez (ed.), *Historia de la Iglesia en Chile. Tomo V. Conflictos y esperanzas. Remando mar adentro*, Editorial Universitaria, Santiago, 203-236.

<sup>425</sup> Ricardo Yocelvezky, *La Democracia Cristiana chilena y el gobierno de Eduardo Frei (1964-1970)*, Ciudad de México, Ediciones UNAM, 1987.



PDC comenzó a trabajar en la reactivación o fundación de organizaciones de base que además de contribuir como fuerza electoral con miras en las elecciones, debían involucrar a las comunidades en las actividades productivas y toma de decisiones en un futuro gobierno.<sup>426</sup> Impulsando una política inclusiva, la DC convocó a un amplio y diverso sector de la población. Si la Falange Nacional antes de integrarse al PDC era un partido más bien pequeño, con presencia predominante de católicos de clase media influenciados por la doctrina social de la Iglesia, el corporativismo y algunos resabios conservadores, para mediados de la década de 1960 la DC presentaba una militancia más diversificada, compuesta por campesinos, pobladores, trabajadores, intelectuales, industriales y una masa importante de estudiantes universitarios, con ideologías tan distantes como el marxismo, el anticapitalismo, socialdemócratas, creyentes cristianos, de otras religiones y ateos.<sup>427</sup>

Las tensiones discursivas de la izquierda en torno al carácter revolucionario del proyecto democratacristiano se hicieron evidentes en 1963. Una vez proclamada la candidatura de Salvador Allende, los partidos del FRAP denunciaron el carácter imperialista y capitalista de la DC tildándola como la “nueva cara de la reacción”. Por su parte, el PDC declaró que Chile debía decidir entre dos vías revolucionarias. La primera, encarnada por los partidos frapistas y, la segunda, por los democratacristianos. La primera implicaría la suspensión de las libertades públicas, la instauración de una filosofía impuesta por el Estado y la persecución política, mientras que “la otra vía revolucionaria contra el orden establecido es la de la Democracia Cristiana. Ella se define con la fórmula de revolución en libertad, revolución sin paredón”. Y agrega “esta revolución, acorde con el sentido de la época, debe y puede hacerse en libertad, en pleno y real funcionamiento de las instituciones democráticas, sin violación de los derechos humanos, sin prolongar las injusticias, los dolores o las miserias del tiempo anterior”.<sup>428</sup> La DC rompió con el monopolio discursivo de la izquierda sobre el proyecto revolucionario en Chile, adjetivando la palabra revolución para denotar que era completamente posible llevar adelante una transformación radical de nuevo tipo, que no obedezca a los métodos soviéticos defendidos por el PC ni a los castristas defendidos por el PS.

En este contexto, la Democracia Cristiana enfrentó la elección presidencial de 1964 con un programa de reformas estructurales y con la

---

<sup>426</sup> George W. Grayson, *El Partido Demócrata Cristiano chileno*, Santiago, Editorial Francisco de Aguirre, 1968, 350-353.

<sup>427</sup> George W. Grayson, “Chile’s Christian Democratic Party: Power, Factions and Ideology”, *The review of politics* 31:2, abril de 1969, 147-171.

<sup>428</sup> Partido Demócrata Cristiano, *Dice la Democracia Cristiana a los Partidos Comunista y Socialista*, Editorial del Pacífico, 1963, 3.

expectativa de evitar una dictadura comunista, presentando en un renovado lenguaje revolucionario y transformador varias de las ideas expuestas en 1958. El programa de transformaciones generó los resquemores de la derecha, sin embargo, los resultados de la elección complementaria de marzo de 1964 cambiaron el panorama de la campaña presidencial. La proximidad de las elecciones para sustituir al fallecido diputado por Curicó Oscar Naranjo con los comicios presidenciales instaló la elección complementaria como una verdadera prueba de fuerza antes de septiembre. Finalmente, la victoria del candidato del FRAP y el desmoronamiento de la alianza liberal conservadora fracturaron a la derecha que, ante la posibilidad de un Gobierno de Allende entregó incondicionalmente sus apoyos a la candidatura de Frei.<sup>429</sup>

Renan Fuentealba, diputado y presidente nacional del PDC, fue el encargado de sintetizar la posición política de la candidatura de Frei después de la elección complementaria en un documento que más tarde fue bautizado como la III Declaración de Millahue.<sup>430</sup> Fuentealba leyó los apoyos recibidos como parte de un fenómeno mayor, del que esperaban que los “sectores democráticos”, aún divididos entre la candidatura del radical Julio Duran y Eduardo Frei, siguieran el ejemplo de la derecha y apoyaran a la Democracia Cristiana. La DC denunció al FRAP de intentar dar una falsa apariencia democrática e insistió en oponerse políticamente al comunismo, dándole a las elecciones presidenciales un carácter plebiscitario respecto de dos proyectos de transformación radical. Chile enfrentaba dos caminos para realizar “su irrevocable voluntad de cambios al quedar en definitiva la elección presidencial circunscrita a las candidaturas de nuestro abanderado Eduardo Frei y del candidato del FRAP Salvador Allende”.<sup>431</sup> Estos dos caminos serían *La Revolución con dictadura*, representada por la victoria del FRAP y *La Revolución en Libertad*, comprometida con la transformación del régimen sin atentar contra los valores cívicos y las libertades democráticas. El mismo Frei, en un discurso dado a los profesionales y técnicos democratacristianos desarrolló esta idea:

Desde hace muchos años hemos anunciado que tarde o temprano se presentará en Chile el enfrentamiento de las fuerzas que quieren el cambio, que han nacido del rechazo de fórmulas políticas, sociales y económicas que no han resuelto el problema de la miseria y de la injusticia.

Son dos concepciones que en Europa se enfrentaron después de

---

<sup>429</sup> Casals, *op. cit.*, 110-121.

<sup>430</sup> Partido Demócrata Cristiano, *Tercera Declaración de Millahue*, Santiago, Imp. El Imparcial, 1964.

<sup>431</sup> “Tercera declaración de Millahue”, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados. Sesión 58*, en 21 de abril de 1964.

la última guerra y que hoy se presentan en Chile (...) El Frente de Acción Popular, cualesquiera sean las tácticas electorales, propone al pueblo el camino del marxismo leninista; de la violencia moral y política; de la omnipotencia del Estado en todas las manifestaciones de la vida nacional; de la colectivización y de la desviación del porvenir de Chile hacia la órbita del mundo comunista.<sup>432</sup>

La DC logró en un periodo acotado transformarse en una fuerza electoral de peso y con capacidad suficiente para disputar en términos sociales y discursivos la hegemonía del proyecto revolucionario con la izquierda. El programa del PDC no solo estableció diferencias mediante el adjetivo “libertad” para sostener su compromiso con el régimen democrático, sino que sus fuentes intelectuales y su programa de reformas eran diametralmente distintos al propuesto por el FRAP, otorgando un nuevo sentido a ideas y medidas que hasta ese momento parecían ser monopolio de la izquierda. En suma, el proyecto de la Revolución en Libertad obligó al FRAP a elaborar un lenguaje capaz de explicitar las diferencias de contenido doctrinario y político, iniciando un proceso de discusión y progresiva intransigencia ideológica del cual el PS fue protagonista.

### **3.2.2 *No hay cambios ni revolución. El Partido Socialista frente a la Democracia Cristiana***

Durante la campaña presidencial de 1958 el principal contendor de la izquierda fue la candidatura de Alessandri, que en la lectura del FRAP representaba a una derecha “gerencial” de tendencias regresivas y antipopulares, ligada a los grandes industriales, terratenientes y al imperialismo. La candidatura de Frei fue vista por el PS como expresión de una derecha con matices modernos en comparación con la vieja derecha conservadora. Además, por su relación con exmilitantes del Partido Agrario Laborista, fue apuntada como una opción de continuidad del Gobierno de Ibáñez. En la visión de los socialistas, la candidatura de Frei era una respuesta al “inmovilismo egoísta de la vieja derecha temerosa de los ‘trastornos sociales’, exhiben un espíritu de mayor sensibilidad social, abierto a ciertas reformas de superficie, expresado en un demagógico lenguaje renovador y progresista. Pero, en el fondo, ocultan un acusado conservatismo”.<sup>433</sup>

---

<sup>432</sup> *Dece*, s/i, julio de 1964.

<sup>433</sup> “Democracia Cristiana es la derecha con hielo y soda”, *Izquierda* 1, 18 de abril de 1958.

Según el pleno socialista de ese año, las tres candidaturas ajenas al FRAP “tienen un mismo significado, la mantención del sistema actual, la supervivencia de un régimen de dictadura de clase, en el que la clase dominante del Estado y de la institucionalidad tradicional es la oligarquía terrateniente, la burguesía industrial monopolista, los clanes económicos, las fuerzas extranjerizantes”.<sup>434</sup> En suma, para el PS, la DC no presentaba grandes diferencias con los sectores tradicionalmente conservadores, manteniendo las alianzas e intereses comunes con las clases “feudocapitalistas” y sectores de la gran burguesía. Una vez resuelta la elección presidencial en favor de Alessandri por un estrecho margen de votos, el FRAP y la DC asumieron distintas actitudes de oposición. Mientras Frei declaró una oposición constructiva y respaldó en el congreso pleno el resultado electoral, la izquierda acusó fraude y criticó los apoyos demócratacristianos al nuevo Gobierno.

La segunda mayoría alcanzada por Allende instaló al FRAP como una fuerza política de peso y un serio aspirante al poder, y sus partidos leyeron los resultados como una victoria organizativa que demostró el éxito de la línea política trazada.<sup>435</sup> Inmediatamente después de la elección, el FRAP instó a los partidos radical y demócratacristiano a respaldar las acusaciones de fraude electoral rechazando la ratificación de Alessandri. No obstante, el PR y el PDC anunciaron sus votos en el congreso pleno. Ante estos hechos, el PS evaluó la nueva correlación de fuerzas apelando al lenguaje dicotómico de su línea política: reunidas en el FRAP estaban las verdaderas fuerzas izquierdistas y progresistas del país, mientras que junto a la burguesía tradicional en el Gobierno se encontraban los sectores centristas “conformados por los grupos sociales y económicos igualmente burgueses, pero que buscan abrirse un lugar bajo el sol de los altos intereses”.<sup>436</sup> Con la elección resuelta en el congreso pleno, los socialistas confirmaron sus tesis respecto de la justeza del Frente de Trabajadores, el éxito de una política de alianzas intransigente y la dinámica de las fuerzas sociales en Chile, en especial de las centristas. Sobre este último punto, demócratacristianos y radicales eran representantes de sectores e intereses sociales idénticos y siempre regresivos, descartando cualquier tipo de alianza con un centro que fue percibido como la extensión de la derecha en el Gobierno. Una editorial del semanario *Izquierda* escribía: “La experiencia de los últimos años en nuestro país —cuajada del innoble juego del pseudoizquierdismo y del falso interés por las aspiraciones populares— demuestra la incapacidad de los sectores medios para tentar siquiera rozar la

---

<sup>434</sup> Salomón Corbalán, “El pueblo de Chile sabe que se está jugando su destino”, *Izquierda* 13, julio de 1958.

<sup>435</sup> Casals, *La creación de la amenaza...* op. cit., 222-223.

<sup>436</sup> “La Izquierda verdadera”, *Izquierda* 21, octubre de 1958.

epidermis de los problemas de estructura que afectan al país y al pueblo en su conjunto” y concluye “esa misma experiencia señala que aquellos sectores, antes de cumplir con el pueblo, prefieren actuar consuno con la oligarquía y el imperialismo para seguir la traición y la represión”.<sup>437</sup>

La crítica a la transacción y a la componenda con la derecha se transformó en parte elemental del discurso socialista durante la presidencia de Alessandri, determinando su capacidad de apertura al centro y su discusión con un PC dispuesto al entendimiento con el resto de la oposición. Esta crítica alcanzó al mundo católico, que desde 1950 se encontraba cada vez más influido por los aires reformistas de la Conferencia Episcopal Latinoamericana. La Iglesia tomó posición respecto del conflicto global de Guerra Fría y en Chile se decidió entre las opciones transformadoras del marxismo y la democracia cristiana, situándose como un actor relevante del proceso político a inicios de la década de 1960.<sup>438</sup> En 1962 la Conferencia Episcopal dio a la publicidad la carta *El deber social y político en la hora presente*, por la cual, la jerarquía expuso sus diagnósticos y soluciones frente a la situación sociopolítica del país, poniendo especial énfasis en el problema de la distribución de la riqueza. El documento expresó el compromiso con el cambio social y la mejora de las condiciones de vida de las mayorías, declarando su oposición doctrinaria al comunismo y al liberalismo capitalista. En este sentido, pidió a sus fieles “promover por medio del voto una verdadera reforma de las estructuras del país, para que, en la medida de lo posible, su fisonomía sea más conforme a los principios cristianos”.<sup>439</sup> Para el PS, Democracia Cristiana e Iglesia Católica pasaron a formar parte de una misma tradición política, comprometida con un programa reformista y rectificador del régimen capitalista, inspirado en el discurso demagógico del humanismo cristiano, y cuya única finalidad era contener el avance de la izquierda en el mundo popular. En esta línea, un artículo de la revista *Arauco* expresaba:

para el catolicismo, el humanismo consiste en hacer del hombre un esclavo de dios, un servidor incondicional de los designios de la trascendencia divina. Mientras tanto, una minoría privilegiada detenta el poder temporal y obtiene el halago de una vida material sin inquietudes, mientras la gran mayoría de los creyentes vive en condiciones materiales subhumanas, pensando en la recompensa divina, de una vida eterna en el reino de Dios.<sup>440</sup>

---

<sup>437</sup> “Ahora, nueva etapa de la lucha popular”, *Izquierda* 24, octubre de 1958.

<sup>438</sup> Pedro Pablo Correa, “La Iglesia Chilena y la cuestión moral a partir del concilio vaticano”, Marcial Sánchez, *op. cit.*, 733-792.

<sup>439</sup> Conferencia Episcopal de Chile, *Hablan los obispos: deber social y político en la hora presente*, Santiago, Publicación del Secretariado General del Episcopado de Chile, 1962, 25.

<sup>440</sup> Manuel Espinoza Orellana, “Catolicismo y Marxismo”, *Arauco* 14, enero-febrero de 1961.

Ese mismo año, la Conferencia Episcopal publicó la carta *La iglesia y el problema del campesinado chileno*, señalando la necesidad de la reforma agraria y la urgencia de mejorar los niveles de vida en el campo para mantener al campesinado lejos de las fórmulas redistributivas propuestas por la izquierda. La carta denunció “los juicios simplistas y preconcebidos por la demagogia de los extremismos políticos faltos de ideología fundada y de conocimientos técnicos”, y agregó sobre la campaña campesina del FRAP, que esta “busca solo un pedestal popular y el avance de ideas subversivas”.<sup>441</sup> Para el PS, el contenido de la pastoral fue eminentemente político y demostraba las posiciones “anticomunistas” y “regresivas” de la Iglesia, su compromiso con el régimen vigente, la burguesía y el imperialismo. El socialismo acusó que detrás del discurso de redención y cambio estructural, la jerarquía católica usaba sus influencias en el mundo popular para combatir el marxismo y la revolución por medio de la DC.<sup>442</sup> Después de 1962 para el PS, al menos oficialmente, ya no había dudas sobre la convergencia de intereses y compromisos políticos entre la Iglesia y la DC, relevando aún más el discurso sobre el carácter regresivo y “antisocialista” de la Iglesia y el mundo católico.<sup>443</sup>

Cuando la DC proclamó la *Revolución en Libertad* en 1963, el PS percibió la consigna como un intento demagógico y populista, sin otra finalidad que contener el ascenso de los movimientos revolucionarios y la influencia castrista en América Latina.<sup>444</sup> El proyecto reformista de la DC fue percibido como una estrategia de contención promovida por los EE.UU. que pretendía, mediante la modernización de las estructuras tradicionales, acabar con el descontento popular, poner atajo a la movilización social en el continente y liquidar el orden oligárquico para permitir el ascenso de una clase media cada vez más numerosa. Desde esta óptica, el programa demócratacristiano efectivamente promovía el cambio estructural, pero con el alcance y forma propias de la revolución democrático-burguesa. En este aspecto:

El Partido Demócrata Cristiano anda detrás de esta singular revolución burguesa que patrocina la Alianza por el Progreso en beneficio, de rebote, de la alta burguesía. Por el contrario, el FRAP, los partidos populares, el movimiento de las masas en su conjunto buscan los caminos que conducen a la eliminación del

---

<sup>441</sup> Conferencia Episcopal de Chile, *La Iglesia y el problema del campesinado chileno*, Santiago, 1962.

<sup>442</sup> “Algunas opiniones sobre la pastoral”, *Boletín del Comité Central del PS* 24, septiembre de 1962, 1-2.

<sup>443</sup> Mario Garay, “Encíclica Mater et Magistra”, *Arauco* 18, julio de 1961.

<sup>444</sup> “Demócratas se disfrazan de revolucionarios para servir mejor al imperialismo”, *Izquierda* 3, julio de 1963.

poder burgués, a una real, profunda y autentica transformación de la sociedad, a la revolución socialista en beneficio directo del pueblo trabajador (...) (la DC) oculta bajo su aparente trivialidad retorica el contrabando de objetivos políticos de gran alcance: la identificación de la democracia cristiana con los ‘fines revolucionarios’ de la Alianza por el Progreso, con sus tesis ideológicas y políticas, y, más que nada, su propósito de conducir la lucha de la burguesía nacional por la conservación de su poder político y el fortalecimiento de su desarrollo económico.<sup>445</sup>

En esta lectura la DC formaba parte de un plan imperialista, que al igual que el Plan Marshall en Europa, necesitaba de un ingrediente político en apariencia no comprometido con el conflicto global para sostener los intereses del imperialismo norteamericano en Chile y América después del triunfo de la Revolución cubana. Para los socialistas, la DC era un nuevo caso de “sustitución populista” que siguiendo la experiencia de otros movimientos latinoamericanos como el APRA y el MNR boliviano, asumieron posiciones aparentemente transformadoras pero influenciadas por el “contrabando ideológico del imperialismo”. En este contexto, la elección de 1964 asumió perspectivas continentales transformándose en un nuevo escenario de enfrentamiento entre las fuerzas que pugnan por el poder en la región después del triunfo de Fidel Castro. Al respecto, el semanario *Izquierda* escribía:

A un lado han quedado los que están con el actual orden de cosas (caracterizado dramáticamente por la brutal explotación imperialista) o los que, pretendiendo reflatarlo, lo critican en función de ‘novísimas teorías’ como Revolución en Libertad, sin paredón, progreso en la democracia. En la barrera opuesta, junto a la Revolución cubana, nos hemos ubicado los que deseamos el progreso, los cambios profundos, la instauración de una sociedad más justa.<sup>446</sup>

Pese a asumir un lenguaje cada vez más confrontacional, el socialismo sostuvo conversaciones con el PDC para evaluar una hipotética alianza, reconociendo la aparente comunidad de intereses programáticos entre ambos partidos. Los acercamientos fracasaron, según el PS, por la intransigencia y falta de “escrúpulos ideológicos” de la candidatura de Frei, a quien acusaron de no importarle llegar al poder “con el apoyo de las

---

<sup>445</sup> *Ibid.*

<sup>446</sup> “Democracia Cristiana: la mano del imperialismo en Chile”, *Izquierda* 1, 1 de junio de 1963.

fuerzas populares de avanzada, que buscan reformas estructurales, o con la colaboración activa y por supuesto, interesada, de los sectores oligárquicos representados en los sectores reaccionarios”.<sup>447</sup> Las acusaciones de demagogia y oportunismo contra la DC fueron sostenidas durante toda la campaña con la intención de develar la “verdadera cara” de la revolución en libertad y, sobre todo, establecer diferencias claras entre el proyecto revolucionario de la izquierda y el plan reformista de la candidatura de Frei.

La plataforma económica de la candidatura del FRAP en 1958 estuvo a cargo de una comisión compuesta por técnicos y profesionales independientes y militantes de izquierda. El programa estuvo mediado por las ideas del desarrollismo cepalino y algunas políticas económicas inspiradas en el bloque del este, destacando la planificación estatal y medidas tendientes a la industrialización nacional.<sup>448</sup> No obstante, los círculos y medios socialistas difundieron distintas versiones del pensamiento económico-social global y latinoamericano que se reflejaron en el programa de gobierno. El arribo de estas ideas obedeció a fuentes diversas, y estuvo ligada inicialmente a experiencias como la Yugoslavia socialista y las revoluciones de México y Bolivia, erigidas en modelos de desarrollo y modernización que interpretaron los valores revolucionarios y antiimperialistas del partido. Entre 1930 y 1950 el programa socialista apuntó al latifundio, la oligarquía y la penetración extranjera como factores causales del retraso económico social chileno y latinoamericano, adscribiendo a formulas modernizadoras de tendencia marxista y nacionalista, y promoviendo modos de administración y propiedad como la autogestión obrera y las cooperativas agrícolas.

Hacia finales de la década de 1950 comenzaron a circular las ideas del neomarxismo de la mano de los escritos de Leo Huberman, Charles Bettelheim y Paul Sweezy, publicados por la editorial Prensa Latinoamericana junto a una impresión chilena de la revista *Monthly Review* que fue distribuida por la misma empresa.<sup>449</sup> Durante la primera mitad de la década siguiente publicaciones oficiales como la revista *Arauco*, el semanario *Izquierda* y otras con repercusión en los círculos socialistas como *Punto Final* y *Polémica*, difundieron distintas tendencias del pensamiento humanista y económico-social de izquierda, incluyendo trabajos de intelectuales como literatos, economistas y científicos sociales latinoamericanos y europeos. Sin embargo, después del triunfo de la Revolución cubana las agendas de investigación fueron renovadas, transformando a la isla en el objeto de

---

<sup>447</sup> “El Partido Socialista y el proceso nacional”, *Arauco* 47, diciembre de 1963.

<sup>448</sup> Joaquín Fernández, “Allende, el allendismo y los partidos: El Frente de Acción Popular ante las elecciones presidenciales de 1958”, *Izquierdas* 23, 2015, 90-157

<sup>449</sup> Eduardo Devés, “La circulación de las ideas y la inserción de los científicos económico-sociales chilenos en las redes conosureñas durante los largos 1960”, *Historia* 37:2, 2004, 337-366.



estudio preferido de los intelectuales y medios de difusión durante la década de 1960.

La relación entre política y academia superó con creces al espacio de la CEPAL e influyó en el desarrollo de las ciencias sociales en el país, poniendo el ejercicio profesional de estas disciplinas en universidades y centros de estudio al servicio de las preocupaciones político-militantes, las discusiones ideológicas y la realización de los proyectos políticos del momento.<sup>450</sup> La Universidad de Chile fue el centro de reflexión académica de mayor influencia en el debate socialista. Además de Eugenio González, quien se desempeñó como decano de la Facultad de Filosofía y rector de la universidad, también destacó la figura de Clodomiro Almeyda, quien desde 1949 tuvo a su cargo cátedras de economía rural y ciencia política, llegando a ser director de la Escuela de Sociología de esa casa de estudios entre 1967 y 1970. En este contexto, en 1961, el PS formó una Comisión Nacional de Estudios Técnicos encabezada por el economista Mario Vera Valenzuela,<sup>451</sup> encargada de elaborar documentos e insumos técnico-estadísticos para apoyar la reflexión programática del partido. Vera junto al también economista Pedro Ríos colaboraron en los aspectos económicos de la propuesta socialista para la nacionalización del cobre, preparada por los senadores Altamirano y Allende en 1961.<sup>452</sup>

El trabajo más importante de la comisión fue *Esquema económico de Chile* publicado en 1962.<sup>453</sup> En su presentación el estudio invitó al lector a evitar las “formulaciones meramente emotivas” y las “simples consignas políticas o electorales” para comprender “el frío, pero elocuente lenguaje estadístico y científico”.<sup>454</sup> En términos generales el texto describió la crisis económica en torno a los problemas de la inflación, la desigual distribución del ingreso, la subexplotación del agro, la entrega de los recursos minerales al capital foráneo, un pobre desempeño del sector exportador y al “estagnamiento” del crecimiento interno. La estructura de clases chilena

---

<sup>450</sup> Alexis Cortés, “Clodomiro Almeyda and Roger Vekemans: The tension between autonomy and political commitment in the institutionalization of Chilean sociology, 1957–1973”, *Current Sociology*, julio 2020.

<sup>451</sup> Mario Vera fue ingeniero comercial de la Universidad de Chile. Se desempeñó como docente de la Facultad de Economía en la misma casa de estudios ejerciendo como jefe de trabajos del Seminario de Econometría y Estadística de dicha escuela. Escribió entre otras publicaciones *La política económica del cobre en Chile* (1961), *Una política definitiva para nuestras riquezas básicas* (1964), *La encrucijada del cobre* (1965, en coautoría con Elmo Catalán) y *El Fierro: despreciada viga maestra de Chile* (1966, en coautoría con Elmo Catalán).

<sup>452</sup> “Los socialistas plantean una solución definitiva: la nacionalización del cobre”, *Arauco* 18, julio de 1961.

<sup>453</sup> Comisión Nacional de Estudios Técnicos del Partido Socialista, *Esquema económico de Chile – 1962*, Santiago, Editorial Prensa Latinoamericana, 1962. También fue publicado bajo el nombre “Características de la economía chilena” por la revista *Arauco* en los números de agosto, septiembre y octubre de 1962.

<sup>454</sup> *Ibid.*, p. 4.

sería característica de los países “semicoloniales” y “sometidos a la presión imperialista”, destacando el desarrollo de una dinámica social de “contradicciones constantes entre los intereses particulares de determinados grupos y clases por una parte y el interés colectivo por la otra”.<sup>455</sup> No obstante, estos problemas obedecían principalmente a un factor político-social, que impedía el desarrollo de las fuerzas productivas y la corrección de los vicios administrativos: “el predominio de los grupos sociales tradicionales en el manejo del país”.<sup>456</sup>

Documentos como estos contribuyeron a otorgar una dimensión técnica a las propuestas antioligarquicas y antiimperialistas del partido, y una nueva caracterización “científica” de los fenómenos vinculados al proceso político chileno como la penetración imperialista y la dinámica de las clases sociales. Esto no significó que el discurso de los científicos sociales fuese unívoco. La preocupación por el desarrollo de la agenda cepalina dio paso al estudio del cambio y la transformación social, y a versiones críticas del enfoque desarrollista. Esta renovación de las agendas de investigación ocurrió en un momento donde el marxismo se extendió como enfoque analítico de sociólogos y economistas, y en medio de una acalorada discusión sobre las perspectivas del cambio social en América Latina abiertas por la Revolución cubana. Para estas tendencias, el fracaso del modelo de sustitución de importaciones no explicaba por sí mismo la imposibilidad de las naciones americanas para impulsar el desarrollo, pasando de las caracterizaciones puramente económicas del fenómeno a la búsqueda de variables socio políticas que explicasen el subdesarrollo. De esta crítica nacieron un conjunto de reflexiones que formaron la denominada “teoría de la dependencia”, quienes remplazaron la problemática del desarrollo, el enfoque de la modernización y el estructuralismo por el análisis de una categoría acorde a la realidad latinoamericana: el subdesarrollo tematizado en torno al “problema de la dependencia”.<sup>457</sup>

Entre los “dependentistas” más destacados se encontraba el sociólogo socialista y profesor de la Universidad de Chile Enzo Faletto, autor junto a Fernando Henrique Cardoso del texto *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Otro de los intelectuales destacados en la materia fue el economista brasileño Theotonio dos Santos, quien ingresó al PS luego de llegar a Chile en calidad de exiliado en 1966. Dos Santos se desempeñó como investigador en el Centro de Estudios Socioeconómicos de la Facultad de Economía y Política de la Universidad de Chile, encabezando el

---

<sup>455</sup> *Idem.*

<sup>456</sup> *Idem.*

<sup>457</sup> Diego Martín Giller. “¿Teoría de la dependencia? Orígenes y discusiones en torno de una categoría problemática”, *La Revista del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini* 21:12, 2014, 1-30.

grupo de investigación sobre las relaciones de la dependencia en América Latina. Influenciados por la experiencia de la Revolución cubana, este grupo de autores ensayó algunas soluciones a los problemas del subdesarrollo y la dependencia que propusieron la transformación revolucionaria en desmedro de las opciones de la gradualidad reformista.

En este contexto, la DC invocó la experiencia castrista para colocar en el centro del debate público la cuestión de las formas y procedimientos democráticos. Las acusaciones contra el FRAP, inculpado de pretender emular en Chile los procedimientos y programas de La Habana, configuraron la elección presidencial en torno a las opciones excluyentes de democracia cristiana o dictadura comunista.<sup>458</sup> Ante esto, el PS clarificó su compromiso democrático luego de años sosteniendo un discurso antiinstitucional y de desprecio a las formas legales de la democracia burguesa. *Arauco*, revista teórica del partido, dedicó especial atención al problema de la democracia acusando el “fetichismo” con el cual los sectores comprometidos con la continuidad del régimen mitifican una tradición cívica aparente, que comprometía a cada vez más sectores del país “con una cierta dignidad institucional abstracta, que, debidamente explotada por los detentores del poder, ha servido de base para la formación de un verdadero etnocentrismo chileno”<sup>459</sup>.

La liquidación de un orden democrático percibido como una ficción, con valores cívicos y demoliberales enunciados, pero nunca practicados, fue presentado como un primer paso a la democracia plena. El PS desarrolló un discurso crítico de las estructuras democráticas que, sin embargo, no contempló abandonar los mecanismos formales a la hora de plantearse una estrategia para alcanzar el poder. Por el contrario, en Chile se hacía necesario “forjar el poder de la revolución nacional desde las viejas estructuras”, señalando que la diferencia entre la revolución por medios ilegales y aquella que sigue los cauces formales radicaba solamente “en el momento en que se forja verdaderamente el poder revolucionario: en el primer caso, durante la lucha de liberación; en el segundo, una vez alcanzado el veredicto electoral”.<sup>460</sup>

Alcanzado el poder, el cambio estructural podía realizarse sin suspender las libertades públicas y en consonancia con los intereses nacionales. En primer lugar, ante las acusaciones de implantar un régimen “importado”, el PS contestó que, desde su concepción teórica, cada país posee condiciones particulares que determinan sus medios de lucha. En el caso chileno, el movimiento revolucionario actúa por la vía electoral según las tesis del Frente de Trabajadores. Del mismo modo, ante las voces que

---

<sup>458</sup> Casals, *op. cit.*, 329-408.

<sup>459</sup> “Fetiches de la democracia”, *Arauco* 49, febrero de 1964.

<sup>460</sup> “Revolución y Democracia”, *Arauco* 48, enero de 1964.

acusaban la clausura de las libertades públicas y la instalación de una dictadura, la respuesta socialista apeló a las características emancipadoras de la teoría marxista. En este sentido:

Estamos luchando justamente por lograr la libertad, porque queremos la libertad del hombre y porque la revolución la estamos haciendo por el hombre, porque obtenga su desarrollo pleno, por su realización, aquí en la tierra (...). Para nosotros libertad significa la plenitud para que el hombre pueda realizarse. No la libertad que se expresa en fórmulas contenidas en las Constituciones, en los documentos que son básicos para la estructura de una República, pero que no se practican, no se viven; y no pueden vivirse mientras en la sociedad haya quienes sean los dueños de los medios de producción y, esos medios de producción estén en un solo sector social, que está justamente impidiendo la plena realización del hombre.<sup>461</sup>

El imperativo democrático del socialismo se desarrolló en torno a la promoción de una democracia más profunda y extendida, capaz de reemplazar al sistema liberal vigente en términos institucionales y valóricos. Para el PS, en Chile funcionaba una democracia ficticia, sostenida en instituciones que actuaban como válvulas compensatorias frente a la presión de los anhelos populares, y cuya vigencia es mantenida, siempre y cuando, “su funcionamiento no llegue a vulnerar la permanencia de los mecanismos sociales que la dominan. Tan pronto como la resignación se quiebra y surge la protesta pública, haciéndose peligrosa por su volumen, se arbitran las providencias legalistas para silenciarla”.<sup>462</sup> En la lectura socialista, el régimen vigente amparaba a la oligarquía mediante la exclusión popular de los registros electorales y la concentración del poder político en manos de una sola clase que, ante su desventaja numérica, se refugia en el ejercicio arbitrario de la autoridad y la ley. En último término, el compromiso democrático del socialismo no fue con la institucionalidad ni con sus formas o prácticas, sino que con la transformación de estas para instalar una democracia popular y socialista.

Empujado por la interpelación democratacristiana, el discurso socialista sobre las características de la institucionalidad democrática fue revisado, desarrollando nuevas perspectivas para la revolución chilena desde el aparato estatal y por medio de la acción electoral. El PS utilizó el lenguaje de la ley y la constitución para afirmar el carácter oligárquico del régimen, y con él, justificar la necesidad de transformarlo en un sentido

---

<sup>461</sup> “¿Revolución Marxista, y también Revolución Cristiana?”, *Arauco* 38, marzo de 1963.

<sup>462</sup> *Idem*.

revolucionario y socialista usando para ello todos los mecanismos legales disponibles. Las directivas del PS insistieron en una estrategia que transformó las campañas electorales en momentos de agitación y a cada espacio de representación formal en una plataforma para superar las lógicas excluyentes del Estado, en un intento de conciliar la movilización de masas con la acción institucional y sistémica. En este aspecto:

La línea socialista permite la utilización de todos los medios legales consagrados por el régimen para extender y fortalecer el movimiento popular, pero tiene clara conciencia de que los derechos de las masas solo serán respetados por nuestros adversarios en la medida que el pueblo tenga la fuerza necesaria para imponer tal respeto. En tal sentido, las elecciones presidenciales constituyen solo uno de los elementos de la victoria, cuya consagración únicamente será posible si la amplitud del movimiento, si su grado de organización y de disciplina, si la consciente política del pueblo, llegan a un grado que le permita enfrentarse con éxito a la conspiración reaccionaria.<sup>463</sup>

Estas definiciones no fueron unánimemente aceptadas por las distintas corrientes internas, que comenzaron a manifestarse, otra vez, por medio de la “acción fraccional”. La directiva de Raúl Ampuero decretó expulsiones masivas aludiendo a la filiación trotskista de algunos sectores, mientras que en otros, se instaló un discurso crítico al electoralismo y al formalismo democrático, inaugurando un debate sobre las formas de lucha consecuentes con la política del Frente de Trabajadores. El desencuentro fue expresivo de un partido en el que convivían dos discursos enfrentados sobre una misma orientación política. Mientras las distintas directivas no dejaron de afirmar “el sentido revolucionario” de las distintas campañas electorales y el potencial transformador de un gobierno de izquierda, las tendencias opositoras desestimaban, con cada vez más fuerza, el potencial revolucionario de las instituciones democráticas. Pese a las tensiones, el PS no abandonó las elecciones ni los distintos espacios de representación formal, llevando el verbalismo revolucionario, el discurso beligerante y las alocuciones clasistas a espacios que, como el Congreso, son insignes de la institucionalidad democrática y la tradición republicana.

El XX Congreso realizado en febrero de 1964 evidenció estos procesos. Por una parte, la directiva reafirmó el carácter revolucionario de la candidatura presidencial de Allende, por otra, insistió en que la plataforma electoral del FRAP se ajustaba a la estrategia del FT. En su informe como Secretario General, Ampuero reconocía que las labores de

---

<sup>463</sup> “Enfoque nacional del XX Congreso”, *Izquierda* 15, 10 de febrero de 1964.

oposición al Gobierno de Alessandri acercaron a socialistas y demócratacristianos, sin embargo, las diferencias irreconciliables entre la DC y el FRAP respecto del programa de transformaciones hacían imposible una candidatura común de las fuerzas progresistas. En este sentido:

La revolución ha sido siempre una radical sustitución de los valores protegidos por la libertad; la conquista de la libertad de las masas ha limitado cada vez más la “libertad” tradicional de las minorías, puesto que si la condición de la libertad de unos pocos consiste en negársela a los demás, esa no es una libertad, sino un privilegio” y continua, “Por eso Revolución en Libertad es un lema absurdo, no porque se unan conceptos antagónicos o incompatibles, sino, justamente, porque quien separa a la revolución de su contenido libertario no entiende lo que es ni la revolución ni la libertad.<sup>464</sup>

Respecto del régimen comunitario, el mismo informe señalaba:

Equívoca entelequia, apenas diferente del ‘capitalismo popular’ recetado por las embajadas yanquis a los pueblos de América. Aunque se esmeren en confundir a las gentes, no se podrá hallar parentesco alguno entre la autogestión obrera de la Yugoslavia Socialista y esta tentativa de ‘apatronar’ a los trabajadores. En Yugoslavia la propiedad es pública, desaparecieron el empresario privado y la plusvalía; el trabajador participa en la dirección de las unidades económicas a título de productor y no de accionista. El régimen comunitario en cambio se inserta en una sociedad de clases, en un sistema de propiedad privada; es un intento por solidarizar al obrero con el sistema capitalista.<sup>465</sup>

En la lectura de Ampuero, la Revolución en Libertad era un proyecto progresista y transformador, pero limitado a aquellas realizaciones propias de la modernización democrático-burguesa. En este sentido, el discurso de la democracia cristiana obligó al PS a un ejercicio de diferenciación discursiva y programática que derivó en una radicalización de las posiciones revolucionarias al interior del debate socialista. Este proceso se enmarcó principalmente en la reflexión socialista y tocó el carácter electoral y el compromiso con la institucionalidad democrática del FRAP, generando un

---

<sup>464</sup> Raúl Ampuero, *1964: año de prueba para la revolución chilena*, Santiago, Editorial Prensa Latinoamericana, 1964, 16.

<sup>465</sup> *Idem.*

nuevo punto conflictivo sobre las características de la movilización social impulsada por la izquierda.

Pese a los intentos del FRAP por dar un énfasis democrático y progresista a su programa, Frei terminó imponiéndose en las elecciones tras una campaña marcada por el anticomunismo. Pese a recibir el apoyo de una derecha preocupada ante una eventual victoria de Allende, el PDC sostuvo el carácter anticolonialista y revolucionario de su programa, insistiendo en que dichos apoyos no implicaban compromiso programático alguno.<sup>466</sup> Una vez electo, Frei afirmó su oposición categórica al marxismo y al capitalismo, declarando el inicio de un proceso “de izquierda” que ofrecía a Chile un camino para realizar transformaciones estructurales sin suprimir las libertades públicas más elementales.<sup>467</sup> Este discurso tercerista y doctrinariamente intransigente fue mantenido por el Gobierno, que enfrentó desde la lógica del “camino propio” las elecciones parlamentarias de 1965 y los primeros debates legislativos sobre las reformas.

El PDC imprimió un carácter internacional a su victoria, tratando de proyectar continentalmente el proceso chileno. Frei se transformó en el símbolo de la Alianza por el Progreso y Chile en un laboratorio de las políticas de desarrollo promovidas por los EE. UU. para toda América Latina<sup>468</sup>. Según la Democracia Cristiana, en Chile se enfrentaron “las dos fuerzas que en América Latina, más que en otras partes, constituyen el dilema de las clases populares: Democracia Cristiana o Marxismo”.<sup>469</sup> La repercusión fue tal, que el propio Fidel Castro se refirió a la elección presidencial chilena, señalando a Frei y la Revolución en Libertad como la nueva versión de la política imperialista norteamericana. Según Castro, en Chile no se libró una batalla entre “la extrema derecha y extrema izquierda, entre revolucionarios y reaccionarios (...) sino entre reformistas y revolucionarios”.<sup>470</sup> Y agrega:

Aparentemente los imperialistas quieren presentar el ejemplo de Chile como un ejemplo frente a nuestro ejemplo; aparentemente quieren poner la experiencia chilena a emular con la experiencia cubana. Pues bien: ¡Estamos encantados de esa emulación! Y aun cuando tengamos en contra a los imperialistas con todos sus

---

<sup>466</sup> *Dece* 2, julio de 1964.

<sup>467</sup> *Dece* 3, septiembre de 1964.

<sup>468</sup> Albert L. Michaels, “The Alliance for progress and Chile’s ‘Revolution in Liberty’, 1964-1970”, *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 18:1, febrero 1976, 74-99.

<sup>469</sup> “El pueblo de Chile entregó su confianza a Frei y el PDC”, *Dece* 3, septiembre de 1964.

<sup>470</sup> “Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, primer secretario del Partido Unido de la Revolución Socialista y Primer Ministro del gobierno revolucionario, en el acto de graduación de 250 médicos, celebrado en el teatro de la CTC Revolucionaria el 10 de septiembre de 1964”. (Disponible en:

<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1964/esp/f100964e.html>)

medios, y todos sus recursos y todo su bloqueo, y aun cuando los imperialistas apoyaran esa experiencia con todos sus recursos, y aun cuando ningún bloqueo y ningún obstáculo se interpusiera en la gestión de ese gobierno, aceptamos esa emulación, aceptamos encantados esa emulación, para ver qué país avanza más, qué experiencia llega más lejos, cuál de ellas resuelve los problemas esenciales y verdaderos de los pueblos, y en cuánto tiempo los resuelve.<sup>471</sup>

En el PS, la elección de Frei fue explicada por los apoyos recibidos desde de la derecha nacional y el imperialismo norteamericano, que vieron en la candidatura de la DC “una tabla de salvación para sus privilegios” y el *estatus quo* del orden internacional.<sup>472</sup> Si bien los socialistas no cambiaron su diagnóstico respecto a la heterogeneidad de las fuerzas sociales que dieron el triunfo a la DC, los resultados demostraron la popularidad de la Revolución en Libertad entre los sectores obreros, medios y la pequeña burguesía. Los apoyos populares mezclados con los de la derecha demostraban las contradicciones sociales existentes al interior del nuevo Gobierno, adelantando que las expectativas encontradas y la radicalización de los antagonismos de clase serían la característica del nuevo escenario político tras la victoria de Eduardo Frei.<sup>473</sup> Ante este escenario, el PS no tardó en declarar su “total e irreductible” oposición al Gobierno, que pese a representar algunas tendencias antioligárquicas y redistributivas, era incapaz de impulsar un programa verdaderamente revolucionario.

Pese a que figuras como Raúl Ampuero y Aniceto Rodríguez apuntaron al crecimiento electoral del FRAP y a la penetración de la izquierda en los sectores medios e independientes como elementos positivos de la derrota, la crítica se tomó nuevamente el debate interno. Los sectores críticos que no fueron expulsados durante el XX Congreso comenzaron a cuestionar la vigencia y, sobre todo, las perspectivas electorales de la línea del Frente de Trabajadores, reconfigurando el debate sobre las formas de lucha en un intento por superar el electoralismo. Lo anterior, abrió las puertas para que los sectores más radicales tomaran el control del partido durante el XXI Congreso de 1965, marcando el inicio de una etapa de radicalización y redefinición política.

La posición socialista se volvió intransigente en lo político y también en lo ideológico. El triunfo de la Revolución en Libertad sirvió como catalizador de un momento de construcción discursiva que tendió a dibujar

---

<sup>471</sup> *Idem.*

<sup>472</sup> “Por sus vínculos con el extranjero el FRAP hará oposición a Frei”, *Izquierda* 28, segunda quincena de septiembre de 1964.

<sup>473</sup> Agustín Álvarez, “Las contradicciones del Freismo”, *Izquierda* 29, primera quincena de octubre de 1964.



una “verdadera” posición revolucionaria, socialista y de izquierda frente a un Gobierno reformista, burgués y derechista. La actitud opositora fue refrendada con la opinión, cada vez más extendida al interior del partido, en favor de rescatar el lenguaje revolucionario y sin ambages contra la reacción, el imperialismo y la burguesía para captar a los elementos populares confundidos por la campaña demócratacristiana. Sobre esta actitud, proyectándola hacia las elecciones parlamentarias de 1965, el diputado Mario Palestro declaraba: “recuperaremos nuestro estilo de combate, hablaremos nuestro propio lenguaje, no ocultaremos nuestros planteamientos programáticos, ni plegaremos nuestras rojas y limpias banderas; en suma: aplicación sin contemplaciones de la política de Frente de Trabajadores, reiterando y ratificando nuestra condición de partido de Vanguardia de los trabajadores chilenos”.<sup>474</sup> En una línea similar, una editorial de la revista *Arauco* señalaba:

Debemos terminar con el purito enfermizo de andar encontrando cosas buenas en nuestros adversarios. Para nosotros, cualesquiera sean sus pelajes y sus matices, proviniendo de la trinchera de nuestros enemigos, no hay elementos más o menos ‘progresistas’, medidas más o menos acertadas o ‘patrióticas’, pasos más o menos ‘positivos’. La política y acciones prácticas de nuestros adversarios demócratas son reaccionarias, nefastas y negativas, porque son el producto de nuestras contradicciones de clase. La DC merece nuestra oposición y es nuestra enemiga porque, hoy por hoy, es la Derecha, la fuerza representante de los intereses de la burguesía y del imperialismo camuflados bajo ropajes populistas, izquierdistas y demagógicos.<sup>475</sup>

Con el advenimiento de la DC a La Moneda, el PS seguía “fiel al programa del gobierno popular, que ofreció una categórica orientación ideológica y política a las masas en la campaña presidencial del Pueblo”, anunciando que mediría cada iniciativa del Gobierno “con la vara de nuestro propio juicio encarnado en aquel programa verdaderamente revolucionario, democrático y antiimperialista”.<sup>476</sup> Con las elecciones parlamentarias de marzo de 1965, donde la DC se transformó en la primera mayoría con el 43,6 % de los votos, el PS confirmó su diagnóstico sobre el Ejecutivo, señalando que el resultado se debía al apoyo electoral y financiero de los partidos tradicionales, que se volcaron a la DC

---

<sup>474</sup> Mario Palestro, “Recuperaremos nuestro estilo de combate y nuestro propio lenguaje para que el pueblo apoye al PS”, *Izquierda* 30, primera quincena de noviembre de 1964.

<sup>475</sup> “Enfoque socialista del gobierno actual”, *Arauco* 59, noviembre de 1964, 11.

<sup>476</sup> Partido Socialista de Chile, *El Partido Socialista enjuicia al gobierno de la Democracia Cristiana*, s/i, Impresora Horizonte, 15 de enero de 1965, 4.

“transformándola irremisiblemente en la última trinchera de las fuerzas políticas, sociales y económicas de la derecha chilena”.<sup>477</sup>

Esta posición se explica, en parte, por los cambios internos registrados tras la derrota de 1964 y refrendados en el Congreso General de Linares el año siguiente. En este aspecto, el nuevo Secretario General, Adonis Sepúlveda, adujo que la elección se perdió al enfrentar los trabajos de campaña con actitudes derrotistas y conciliadoras, ayudado a la confusión de posiciones entre el FRAP y la DC. La lectura de Sepúlveda insistió en que la campaña del FRAP desvirtuó la línea del Frente de Trabajadores en beneficio de la vía pacífica propuesta por el Partido Comunista, sin que el PS realizara intento alguno por cambiar la conducción hacia perspectivas “verdaderamente revolucionarias”.<sup>478</sup>

Mientras Frei estuvo en el poder, la oposición socialista se encargó de marcar sus distancias con el Gobierno desestimando el contenido revolucionario de sus reformas, apuntando a las contradicciones sociales de la DC y su compromiso con el *statu quo* cada vez que se presentó oportunidad para hacerlo. Cuando en 1965 se comenzaron a discutir los nuevos convenios del cobre, proyecto insigne de la Revolución en Libertad, el PS denunció el saqueo imperialista y las aparentes relaciones entre personeros del Gobierno y los “terratenientes mineros” nacionales y extranjeros, acusando a Frei de ofrecer “las mismas viejas fórmulas fracasadas, con el mismo viejo contenido, pero con un moderno maquillaje de ‘revolucionarios’”.<sup>479</sup> Si bien, el desacuerdo práctico era respecto de la duración del nuevo trato con las compañías extranjeras y la participación del Estado en las utilidades resultantes, el PS aprovechó de sostener sus posiciones y criticar las tendencias centristas del Gobierno:

El Partido Socialista lucha por transformaciones revolucionarias que cambien las viejas estructuras económico-sociales, abriendo el camino a la organización de una sociedad más justa e igualitaria. Pensamos que para lograr estas profundas transformaciones es necesario el enfrentamiento con las clases defensoras de la vieja sociedad, pues conciliar con ellas, transar y quedarse inmóvil, es una posición centrista, es hacer cualquier cosa, menos una revolución.<sup>480</sup>

---

<sup>477</sup> “Pleno nacional del Partido Socialista”, *Arauco* 62, marzo de 1965.

<sup>478</sup> Adonis Sepúlveda, “El Partido Socialista en la revolución chilena. Tesis política aprobada por el XXI Congreso General de Linares”, *Arauco* 79, agosto de 1966, 17-38.

<sup>479</sup> Partido Socialista de Chile, *El gobierno tranza la soberanía de Chile*, Santiago, Prensa Latinoamericana S.A., 1965, 6.

<sup>480</sup> *Diario de Sesiones del Senado. Sesión* 31, 10 de agosto de 1965.

En medio de la discusión sobre la chilenización del cobre en 1965, el PS dio a la publicidad la *Declaración de septiembre*, pronunciándose en favor de la nacionalización total de los recursos naturales y en contra del imperialismo económico y financiero. El documento destaca un diagnóstico particular y novedoso respecto de la realidad común del imperialismo en Chile y toda América Latina, llamando a reeditar la gesta independentista del siglo XIX para obtener una segunda independencia bajo las banderas del socialismo revolucionario. La declaración desarrolla la alternativa socialista para la nacionalización de los recursos naturales y combatir el imperialismo, marcando distancias políticas evidentes con la DC. En este sentido, la nacionalización y el rescate efectivo de la soberanía solo son posibles mediante un proceso revolucionario nacional *auténtico* “cuyas banderas fundamentales sean una reforma agraria que entregue real y efectivamente la tierra a los campesinos y una actitud antiimperialista que liquide, sin debilidades, toda explotación extranjera de las riquezas fundamentales”. Y continua:

La Democracia Cristiana chilena que habla de una curiosa “revolución en libertad”, que en esencia carece de contenido revolucionario auténtico y que de libertad solo tiene aquella que permite continuar su juego sucio a los viejos expoliadores del orden burgués y a los inversionistas extranjeros con los cuales hoy se asocia en el cobre para que sigan esquilmando la economía nacional y empobreciendo más a nuestro pueblo.

Al pactar con el imperialismo norteamericano por largos 20 años, para facilitar que continúe la vergonzosa explotación de nuestro cobre, riqueza vital para salir del retraso y del subdesarrollo económico, la Democracia Cristiana ha probado ser partidaria del status quo, del empate social, limitada a impulsar superficiales reformas que terminan por configurarla como fuerza política condenada a permanecer en el centro político indefinido, apuntalando al régimen capitalista con todo su regresivo contenido político y social. Suministrar morfina populistas tranquilizadoras, no evitará, sin embargo, el verdadero torrente revolucionario que más temprano que tarde se precipitará sobre Chile.<sup>481</sup>

Para el PS, la adscripción del PDC a la Alianza por el Progreso, su colaboración con el empresariado y los grandes propietarios de la tierra resultaban contradictorias con cualquier anhelo de reforma estructural y

---

<sup>481</sup> “Declaración política del Partido Socialista de Chile sobre la independencia económica de Chile”, *Diario de Sesiones del Senado. Sesión 47*, 14 de septiembre de 1965.

revolucionaria, fundando un discurso ambivalente que por un lado reconocía la necesidad de cambios radicales, y por otro, respetaba la vigencia del sistema capitalista y la dependencia imperialista. En este sentido, la DC fue apuntada como un movimiento reformista que se “proclama como una fuerza revolucionaria y anticapitalista, pero toda posibilidad de desarrollo y de progreso la fundamenta en los empresarios capitalistas nacionales y los inversionistas norteamericanos. En resumen, son los defensores del capitalismo, aun cuando en las palabras constituyen sus detractores”.<sup>482</sup>

La gran diada discursiva del PS durante el periodo de Frei fue entre Reformismo y Revolución. La elección de 1964, pese a ser favorable al “reformismo” democratacristiano, habría demostrado una voluntad mayoritaria en favor de realizar transformaciones profundas, refrendada en la alta votación conseguida por las opciones progresistas en desmedro de las fuerzas políticas tradicionales. En el diagnóstico socialista, el Gobierno representaba intereses de clase antagónicos que hacían del reformismo democratacristiano una tendencia antipopular y regresiva. No obstante, en la práctica, el PS apoyó una serie de iniciativas parlamentarias abogando por su profundización y radicalización. Tal fue el caso de la discusión sobre reforma agraria, donde pese al consenso extendido a favor de aplicarla, el PS insistió en otorgarle un “sentido revolucionario” argumentando que la transformación del agro “no puede ni debe mirarse como un proceso aislado dentro del conjunto de reformas básicas planteadas por la revolución socialista. La liberación del campesinado debe hacerse junto con la supresión del monopolio comercial e industrial, la nacionalización de las empresas extranjeras, la banca y la reforma educacional”.<sup>483</sup>

En ambas cámaras legislativas los parlamentarios socialistas apuntaron al espíritu detrás del proyecto para acusar sus tendencias regresivas, capitalistas y su compromiso con el imperialismo, exigiendo la aplicación de una repartición rápida y masiva que además de liquidar el latifundio, sea capaz de impulsar nuevas formas de trabajo y propiedad colectiva e incluir al campesinado en la vida cívica nacional.<sup>484</sup> En el PS se instaló la idea de que detrás de la iniciativa del Gobierno estaba la intención de apuntalar el sistema capitalista y contener el ascendente movimiento campesino. Por ejemplo, para el diputado Andrés Aravena la reforma agraria respondía “al temor de que las fuerzas trabajadoras empleen medios

---

<sup>482</sup> “El socialismo y el mensaje presidencial”, *Arauco* 65, junio de 1965.

<sup>483</sup> “Reforma Agraria”, *Arauco* 82, noviembre de 1966.

<sup>484</sup> La política socialista respecto al problema agrario se expone en *Una política socialista frente al problema agrario: pan, tierra y libertad para el campesinado chileno* elaborado durante el XIX Congreso General de Los Andes en 1961 y dado a la publicidad en las sesiones del Senado como posición oficial del partido durante la discusión del proyecto. Ver: *Diario de Sesiones del Senado. Sesión* 13, 21 de octubre de 1966.

reñidos con las disposiciones burguesas que arrojarían violentamente del poder a la clase parasitaria y explotadora. En otras palabras, es el eco respondido de la táctica de pequeñas concesiones que para la América Latina se delineó a través de la Alianza para el Progreso”.<sup>485</sup>

Pese a las críticas, el PS prestó su apoyo parlamentario al proyecto, por considerar que “abre las compuertas para iniciar un proceso revolucionario que solo será tal en la medida en que comprometa a las masas”.<sup>486</sup> Sin embargo, la crítica abogó por una versión más radical, por una “reforma revolucionaria” capaz de transformar el régimen de propiedad de la tierra, terminar con la explotación de la mano de obra asalariada y redistribuir significativamente las utilidades del agro. Al respecto, el senador Salomón Corbalán declaró:

No venimos a aplicar recetas de ninguna especie. Queremos hacer nuestra propia experiencia; pero para realizarla debemos partir de ciertas premisas fundamentales: la tierra para los que la trabajan; no más mano de obra asalariada en el campo, y que todas las formas de propiedad sean compatibles con estas premisas fundamentales. Todas las formas de trabajo deben ser tales que incorporen al campesino a la gestión de la empresa de la cual es cooperador, copropietario o mantiene una comunidad de trabajo. La autogestión debe caracterizar el trabajo en común. Todo el sistema, que debe ser amplio y ágil, siempre dispuesto a su perfeccionamiento, debe también estar basado en que cada uno reciba de acuerdo con el trabajo que ha entregado. Fundado en el principio socialista de que cada cual reciba en proporción al esfuerzo que entrega, de acuerdo con la cantidad de trabajo, el sistema permitirá al más eficaz, al que alcanza mayor rendimiento, recibir más. En esta forma, habrá emulación, típica dentro de la etapa de desarrollo socialista.<sup>487</sup>

Durante la presidencia de Frei, se instaló en la intelectualidad socialista un diagnóstico radicalizado sobre el estado de descomposición del régimen capitalista, la penetración imperialista y la revolución que fue progresivamente permeando el discurso del PS frente al Gobierno. Después de 1965 se instaló una tesis política nueva, que constató las transformaciones del espacio internacional para declarar la crisis sistémica del orden capitalista global y del imperialismo en América Latina, percibiendo la “receta reformista” promovida por la Alianza para el

---

<sup>485</sup> *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados. Sesión 90*, 19 de mayo de 1966.

<sup>486</sup> *Diario de Sesiones del Senado. Sesión 11*, 19 de octubre de 1966.

<sup>487</sup> *Idem*.

Progreso como la última barrera de contención al ascenso del movimiento revolucionario. En Chile, Frei y el resto de las fuerzas tradicionales que concurrieron en su apoyo fueron apuntados como la expresión nacional de dicha disputa, haciendo de la Revolución en Libertad la versión chilena de la política “antisocialista y retardaría” promovida por los EE. UU. en la región.

Para el PS, el estado de las fuerzas sociales y políticas en Chile y América Latina ya no admitían un programa reformista que, como el del PDC, pretendiera afianzar las desmejoradas posiciones de las burguesías nacional y el imperialismo mediante una serie de medidas reformistas y modernizadoras. En este contexto, la construcción del discurso socialista sobre la revolución insistió en la radicalización de las medidas reformistas impulsadas por el Gobierno, acercando su horizonte programático a nuevas experiencias revolucionarias que, como Cuba, destacaron por su radicalidad, novedad y vigencia para el espacio latinoamericano. Frente a la Democracia Cristiana, en definitiva, el Partido Socialista vivió un proceso de radicalización que se tradujo en una reinterpretación de la estrategia clasista, delineando una línea política que recogió la experiencia de la Revolución cubana. En este aspecto:

Los socialistas pensamos que ya no es posible revivir etapas definitivamente superadas en el proceso social y político chileno. Y, en consecuencia, jamás volveremos a integrar gobiernos de colaboración de clases, ni apuntalar una decrepita sociedad burguesa, incapaz de subsistir y desarrollarse por sí misma ni mucho menos introducir en ella injertos híbridos de tipo socialista. En esta forma, además de desprestigiar nuestras propias ideas, pasamos también a ser responsables del desastre nacional, del estancamiento económico, de los contubernios politiqueros y de la miseria y la injusticia creciente” y concluye, “En definitiva, el reformismo (de izquierda y de derecha) favorece a las fuerzas reaccionarias y compromete a los partidos de vanguardia en los sucios juegos de hacer política de derecha con partidos de izquierda.<sup>488</sup>

Desde su aparición, la DC y la Revolución en Libertad jugaron un papel fundamental en el proceso de radicalización discursiva y programática del PS. El uso de un lenguaje revolucionario y la aparente comunión de intereses políticos con la izquierda promovió un proceso de definición y distanciamiento que incluyó la disputa por los significados del “verdadero” proyecto revolucionario entre los partidos del FRAP y el PDC. Frente a la

---

<sup>488</sup> “Balance del gobierno democristiano”, *Arauco* 82, noviembre de 1966, 31.

opción reformista, el PS comenzó progresivamente a afirmar que el momento de *hacer la revolución* había llegado, promoviendo la profundización de las medidas “evolutivas” del PDC en un sentido revolucionario y socialista. Pese al aparente consenso interno, las formas de la movilización revolucionaria y la estrategia a utilizar para cumplir con las tareas de la política de Frente de Trabajadores siguieron siendo materia de discusiones y disidencias internas.

La atención constante del PS a los movimientos y procesos en otros países contribuyó decididamente a la discusión sobre este tópico en particular. Los socialistas observaron de cerca el devenir de procesos revolucionarios dentro y fuera de Latinoamérica, estableciendo redes de contacto y colaboración que los acercaron a corrientes políticas y diplomáticas novedosas que influyeron en los modos de comprender el proceso revolucionario en Chile, América Latina y todo el Tercer Mundo. Sin pretender emular una fórmula extranjera, el PS hizo gala de su posición antiimperialista elaborando una lectura particular sobre la revolución en América Latina que lo llevó a sostener una preocupación constante por los distintos procesos nacionalistas y revolucionarios en el continente, guiado por el horizonte programático de lograr instancias de coordinación entre las distintas fuerzas antiimperialistas de la región.

Desde el PS se elaboraron diagnósticos novedosos sobre la realidad sociopolítica y económica del continente que enlazaron la reflexión sobre lo nacional con el espacio americano, ligando el devenir de los procesos revolucionarios nacionales con la suerte de la lucha antiimperialista en la región. A través del tiempo, la intelectualidad socialista se acercó a las tendencias más destacadas del antiimperialismo latinoamericano y mundial, tejiendo una rica red de intercambios políticos e intelectuales que influyeron sobre la fisonomía del discurso y la ideología del PS. Desde esta perspectiva, la reflexión partidaria se acercó a las nociones del indoamericanismo durante la década de 1930 y a las corrientes neutralistas y nacional-revolucionarias durante la década de 1950, animando una nutrida discusión que influyó sobre las distintas líneas políticas del partido.

Los continuos acercamientos e intercambios del PS con experiencias de liberación nacional en Asia, África y América Latina terminan otorgando un nuevo sentido tercermundista a las posiciones antiimperialistas, que relevó las características comunes de subdesarrollo y dependencia existente entre las tres regiones y configuró una discusión sobre el fenómeno imperialista más allá de los márgenes del continente latinoamericano. El punto más destacado de esta tendencia fue la participación del PS en la Conferencia Tricontinental y posteriormente en la Organización Latinoamericana de la Solidaridad (OLAS), momentos que consolidaron la adscripción socialista a una lectura común, de alcance global primero y continental después, sobre las perspectivas de liberación nacional y el fenómeno imperialista en todo el Tercer Mundo.





## 4. Desde Belgrado hasta La Habana. El itinerario internacional del socialismo chileno

Desde su fundación, el PS mostraba en sus diagnósticos una preocupación permanente sobre las particularidades políticas, sociales y económicas del continente americano. Los socialistas destacaron el subdesarrollo y la dominación imperialista como características comunes a todas las naciones de la región, vinculando las perspectivas del movimiento popular chileno al desarrollo de las fuerzas sociales y la lucha antiimperialista en todo el continente. Desde 1933 el PS optó por una interpretación nacional y no dogmática del marxismo, que desdeñó los “vaticanos ideológicos” y las internacionales de inspiración europea, declarando luchar por la formación de una Federación de Repúblicas Socialistas Americanas que obedecía a un proyecto de integración política y económica a escala continental.

Esta posición, favorable a rescatar los elementos autóctonos del desarrollo político y social latinoamericano, acercó al PS a distintas corrientes políticas de izquierda no comunista y a instancias de encuentro con movimientos afines, facilitando intercambios con distintas tendencias políticas de corte antiimperialista y latinoamericanista. Con distintas modulaciones, la idea antiimperialista del PS fue planteada como un imperativo de carácter programático que apuntó de forma sostenida a la articulación de un diagnóstico común sobre las características del fenómeno imperialista en la región y que abogó por la configuración de una estrategia antiimperialista continental, cuya finalidad era la integración económica de las naciones indoamericanas y la coordinación de los partidos populares y afines de la región.

El interés temprano por la realidad política del continente se tradujo en una reflexión constante sobre los derroteros de la revolución americana y en la formación de una nutrida red de intercambios políticos, que influyó sobre la fisonomía discursiva del partido y denotó la diversidad ideológica del socialismo chileno.<sup>489</sup> El PS leyó el fenómeno del imperialismo desde marcos interpretativos diversos, estrechamente ligados a la cambiante realidad internacional y al debate entre algunas de las principales figuras de la intelectualidad socialista, quienes además de asistir a distintas reuniones del socialismo latinoamericano, visitaron otras experiencias políticas de contenido emancipador y antiimperialista fuera del continente que

---

<sup>489</sup> Olga Ulianova, “Inserción Internacional del socialismo chileno, 1933-1973”, Olga Ulianova (ed.), *Redes políticas y militancia. La historia política está de vuelta*, Santiago, Ariadna, 2009.

resultaron modélicas, y en ocasiones polémicas, para la reflexión del partido.

Durante la primera mitad del siglo XX, buena parte de los debates sobre la praxis política del marxismo abordaron el tópico de la naturaleza de la revolución, que implicaba una reflexión sobre la teoría y la práctica del marxismo y su pertinencia interpretativa frente a las particularidades americanas. Lo anterior, motivó la adopción de principios generales y ampliamente compartidos por la izquierda latinoamericana, que caracterizó la revolución en el continente como socialista, antiimperialista y democrática. A partir de la década de 1930, el proceso de estalinización y la progresiva hegemonía soviética sobre el movimiento obrero internacional introdujeron nuevas lecturas y cambios estratégicos en la política de los partidos comunistas del continente, que adoptaron las tesis de la revolución por etapas y nuevas caracterizaciones sobre el problema de la revolución en América Latina. Hacia mediados de la década, la izquierda latinoamericana se encontraba dividida entre dos posiciones: un primer grupo destacó las especificidades sociopolíticas del continente al momento de elaborar programas políticos y revolucionarios, mientras que un segundo grupo, compuesto principalmente por los partidos comunistas de la región, optó por las tesis promocionadas por la Internacional Comunista.<sup>490</sup> El discurso latinoamericanista e identitario de la década de 1930 estuvo ligado al antiimperialismo y a una lectura crítica de la presencia económica, cultural y política de las potencias en el continente. En las derechas e izquierdas de la región se instalaron las ideas del nacionalismo y la independencia económica, promoviendo un discurso crítico del capitalismo y la presencia extranjera en el contexto de la crisis económica mundial de 1929.<sup>491</sup>

En Chile, las tendencias socialistas del estudiantado vivieron una lógica similar. Durante 1920 los grupos estudiantiles se dividieron en torno a las corrientes del antiimperialismo arielista y el internacionalismo proletario, adscribiendo durante la década siguiente a corrientes críticas de la Internacional Comunista como el indoamericanismo aprista, conviviendo, a partir de ese momento, dos tradiciones del pensamiento antiimperialista en la izquierda chilena.<sup>492</sup> En este contexto, el PS recogió distintas corrientes del pensamiento antiimperialista, que lo llevaron a suscribir una agenda general de integración latinoamericana y a articular un discurso que despreció la importación mecánica de doctrinas e ideologías

---

<sup>490</sup> Michael Löwy, *El Marxismo en América Latina*, Santiago, LOM Ediciones, 2007, 9-30.

<sup>491</sup> Eduardo Devés. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Del Ariel de Rodó a la CEPAL. (1900-1950). Tomo I*, Buenos Aires, Biblos, 2000, 203-210.

<sup>492</sup> Fabio Moraga Valle, “El congreso de estudiantes latinoamericanos de Santiago: antiimperialismo e indoamericanismo en el movimiento estudiantil chileno (1935-1940)”, *Historia Crítica* 47, 2012, 187-213.

foráneas, optando por una adaptación crítica de dichas ideas a la realidad latinoamericana que configuró un discurso de rasgos propios y perspectivas continentales.

Los socialistas rechazaron la II Internacional por considerarla reformista y conciliadora, también a la III Internacional, apuntando principalmente a su dependencia de la Unión Soviética. Sin embargo, el argumento principal contra dichas organizaciones fue la distancia de estas con las particularidades de la realidad latinoamericana, instalando una lectura que rescató las especificidades nacionales y continentales por sobre cualquier adscripción internacional. Guiados por esta actitud, los socialistas promocionaron instancias exclusivamente americanas, en un intento por organizar un frente común contra los enemigos comunes de Indoamérica: el imperialismo y las burguesías criollas.

La recepción e intercambio del socialismo chileno con experiencias y movimientos políticos extranjeros resultó fundamental en la articulación ideológica y la trayectoria política del PS, que participó de distintas redes y espacios de colaboración e intercambio político durante prácticamente todo el periodo aquí abordado. Durante la década de 1930 los socialistas adscribieron al ideario del indoamericanismo de Víctor Raúl Haya de la Torre y el APRA, promoviendo un internacionalismo nacionalista y latinoamericano en el que destacó el pasado colonial y el retraso económico como elementos político-identitarios compartidos por toda la región. Fiel a su estilo, la adscripción del PS al indoamericanismo fue un compromiso con valores culturales y espirituales de alcance continental y con la difusión de ideas, haciendo del proyecto aprista una orientación general y un laxo marco interpretativo desde el cual conceptualizar, con un lenguaje propio, el fenómeno del imperialismo en el continente.

Hacia mediados de la década, el Gobierno de Lázaro Cárdenas robó la atención de los intelectuales socialistas, quienes vieron en el Partido Nacional Revolucionario Mexicano (PNR) un programa económico nacionalista, antioligárquico y antifeudal con sentido para las naciones de Indoamérica. La revolución mexicana, con su programa agrario y nacional desarrollista, se transformó en una experiencia política y cultural modélica para el imaginario socialista, entusiasmado por las características antioligárquicas y socializantes del Partido Nacional Revolucionario y el cardenismo. México se alzó rápidamente en un referente de revolución indoamericana que mereció las simpatías, la atención y el estudio de los intelectuales partidarios, quienes además de visitar el país, debatieron respecto de las perspectivas emancipadoras y modernizadoras de un proceso que, pese a sus particularidades, solucionaba algunos de los problemas compartidos por toda la región.

Las tendencias indoamericanas y nacionalistas convivieron desde los días fundacionales convocados por el discurso vanguardista y la laxa invocación de valores antiimperialistas, sin que estas definiciones implicasen

algún grado de subordinación a las organizaciones internacionales del período. Durante la segunda mitad de la década de 1930 el PS volvió su mirada hacia los sucesos de Europa y a los Estados Unidos, preocupado por el ascenso del fascismo y la posibilidad de una nueva gran guerra. La configuración global del conflicto entre fascismo y democracia cambió la actitud del PS frente a las tendencias políticas e intelectuales de occidente, acercándose a la experiencia europea de los Frentes Populares y asumiendo una actitud ambivalente frente al comunismo estalinista, reconceptualizando el pensamiento antiimperialista en torno a los imperativos del antifascismo y la defensa del régimen democrático. Después de 1939 la guerra europea monopolizó la reflexión internacional del PS, emergiendo nuevas lecturas sobre el fenómeno imperialista en el contexto de belicismo mundial. El PS protestó contra el pacto nazi-soviético y el PC repensó el papel de los EE. UU. en el continente y reorientó las distintas instancias de colaboración y encuentro con otros movimientos afines, hasta 1945 dedicadas a la coordinación de una política de seguridad y colaboración panamericana contra el peligro de la penetración fascista y la extensión de la guerra a suelo americano.

Terminada la guerra y reconfigurado el sistema internacional en torno a dos potencias antagónicas, el socialismo comenzó a definir una nueva postura respecto a los asuntos internacionales. El PS insistió en criticar el papel de la URSS como vanguardia del movimiento obrero internacional y atacó sistemáticamente al “imperialismo yanqui”, suscribiendo a corrientes internacionales novedosas y favorables a tomar distancia del conflicto global en ciernes. Hacia 1950 el PS adscribió a tendencias diplomáticas emergentes como el neutralismo y se acercó a distintos movimientos de liberación nacional, promoviendo una posición libertaria frente a los asuntos internacionales que acercó a los intelectuales al grupo de naciones en procesos independentistas y descolonizadores, y a tomar una posición equidistante frente a los bloques político-militares de la Guerra Fría.

A partir de 1952 los socialistas populares centraron su atención en el Movimiento Nacional Revolucionario de Bolivia, experiencia que destacó por su contenido antioligárquico, antiimperialista y nacionalista, inspirando una posición nacional revolucionaria que coincidió con el momento álgido de la campaña presidencial ibañista. También comenzaron a prestar atención a las desavenencias del mundo comunista, destacando el proceso de “herejía yugoslava” y la expulsión de los comunistas yugoslavos de la Kominform, con quienes tomaron contacto en 1954, inaugurando una relación que influyó sobre las adscripciones internacionales y el debate interno, y que posicionó al régimen de Belgrado como un ejemplo de dignidad internacional y un referente de Democracia Popular que atrajo las simpatías de un influyente grupo de intelectuales y dirigentes.

El PS estuvo atento a las tendencias terceristas en el espacio internacional y prestó especial atención al movimiento de países no alineados, corriente que aportó un modo de entender la colaboración entre las naciones dependientes y un nuevo marco interpretativo sobre el fenómeno imperialista en amplias zonas geográficas del mundo que repercutieron en el discurso revolucionario y antiimperialista del partido. A partir de la segunda mitad de la década de 1950 la postura antiimperialista se enmarcó en la diplomacia de la tercera posición, consolidando la solidaridad socialista con los procesos descolonizadores y nacionalistas en los países subdesarrollados del Tercer Mundo, inaugurando una reflexión que entendió el subdesarrollo, la dependencia y la penetración imperialista como aspectos compartidos por amplias zonas geográficas.

El triunfo de Fidel Castro en Cuba fue el influjo internacional más importante del socialismo chileno. El triunfo guerrillero inauguró un debate interno respecto de la madurez del proceso revolucionario nacional y latinoamericano, reinstalando el problema de las “formas de lucha” y un nuevo debate estratégico sobre la política antiimperialista a escala continental. En la reflexión socialista, la Revolución cubana instaló a América Latina a la vanguardia del proceso liberador en el Tercer Mundo, erigiéndose en una revolución política modélica y en una verdadera reserva moral de valores latinoamericanistas y antiimperialistas. La política internacional cubana redefinió la tercera posición promoviendo nuevas formas de solidaridad entre pueblos, creando instancias de coordinación e intercambio en las que los chilenos compartieron con distintos movimientos liberadores del continente a través de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) y de todo el Tercer Mundo por medio de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL). Cuba asumió una dimensión pedagógica que abrió una honda discusión estratégica en el FRAP y particularmente en el PS, que volvió a debatir sobre las perspectivas electorales, su compromiso democrático y el papel de la violencia revolucionaria en el Frente de Trabajadores.

La idea antiimperialista en el PS no obedeció a un cuerpo doctrinario coherente, muy por el contrario, ésta fue redefinida en función de las transformaciones del escenario americano y mundial. En este proceso intervinieron diversas corrientes intelectuales y procesos revolucionarios foráneos, configurando un lenguaje diverso y rico en conceptos y traducciones. El antiimperialismo fue conceptualizado en torno a ideas nacionalistas, marxistas y latinoamericanas, siendo discutido a la luz de las experiencias liberadoras y revolucionarias del momento sin perder de vista el espacio nacional y una lectura no dogmática del marxismo, que permitió a los socialistas chilenos una interpretación novedosa de la política internacional con una profunda impronta latinoamericanista y antiimperialista.

La independencia doctrinaria hizo del PS una organización permeable a una serie de acontecimientos e ideas que fueron claves en la formación de sus imaginarios revolucionarios, volviéndolo particularmente receptivo de procesos y experiencias políticas no necesariamente socialistas que destacaron como referentes modélicos. Estas se erigieron en experiencias vitales para la discusión socialista sobre el orden internacional, la democracia y la cuestión de la naturaleza, tácticas y formas de la revolución en Chile, América Latina y el Tercer Mundo.

#### **4.1 De la unidad indoamericana a la revolución latinoamericana**

Durante la década de 1930 las tendencias socialistas exhibieron lecturas discordantes sobre el escenario latinoamericano y global. En 1932 los adherentes a la República Socialista divergieron respecto del referente político soviético y las formas de llevar adelante el programa revolucionario, derivando en una actitud pasiva, pero de pública reserva con los sectores comunistas por parte de Grove y el resto de la junta revolucionaria, quienes frente a una alternativa que consideraron bolchevizante prefirieron agitar las banderas de la redención nacional y americana. Los primeros años del debate partidario hicieron eco de las diversas coyunturas de la izquierda global que se reflejó en una extensa producción periodística sobre la Internacional Comunista, la Internacional Socialista y extensos comentarios sobre la polémica trotskista que, sin embargo, estuvieron siempre subordinados a la reflexión sobre los aspectos nacionales y continentales de la política socialista.

En 1933 el PS adscribió a una agenda de integración económica y política regional, basada en una lectura del proceso social latinoamericano que vinculó el futuro del socialismo en la región a un proyecto federalista, capaz de aunar los esfuerzos nacionales contra el retraso socioeconómico y la penetración imperialista. Este afán latinoamericanista encontró un intérprete en el ideario indoamericano popularizado por el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, cuyas ideas circularon a través de militantes e intelectuales peruanos exiliados, quienes hicieron del destierro una oportunidad para el proselitismo nómada en todo el continente.<sup>493</sup> En Chile, exiliados peruanos participaron del circuito editorial y como conferencistas permanentes en los círculos socialistas organizados, estableciendo lazos con personeros como Manuel Hübner, Oscar Schnake y Salvador Allende, y participando de actividades con la Orden Socialista y la

---

<sup>493</sup> Martín Bergel, *La desmesura revolucionaria. Cultura y política en los orígenes del APRA*, Lima, La siniestra, 2019, 33-60.

Nueva Acción Pública de Eugenio Matte,<sup>494</sup> e incluso, como oradores en algunas manifestaciones públicas junto a la Acción Revolucionaria Socialista y la Confederación General de Trabajadores durante los doce días de la revolución de junio.

Bajo la etiqueta de Indoamérica circularon una serie de artículos, cartas y ensayos respecto de la realidad sociopolítica del continente escritos por peruanos y chilenos. A través de periódicos como *La Opinión* y *Crónica* se difundieron las ideas de Haya y se siguieron de cerca los vaivenes del movimiento popular latinoamericano, divulgando un compromiso regional e integrador que se expresó a través de los valores y el aparato discursivo indoamericanos. En los medios socialistas se instaló un desdén generalizado hacia la importación de ideas foráneas y un programa general de reivindicaciones para las 20 naciones de Indoamérica que relevó la dominación, el retraso y la dependencia como rasgos comunes y distintivos del continente, alimentando la idea de un futuro de emancipación compartido por las naciones indoamericanas. El indoamericanismo, en palabras del peruano Alfredo Saco:

Busca dentro del realismo de sus propias posibilidades el camino de su armónica evolución. Hasta el presente momento, no hemos constituido sino pueblos-reflejo; pueblos-espejo podíamos decir mejor. Los destellos de la maravillosa civilización de Occidente siempre nos llegaron con retraso. Porque lo bueno y lo malo lo asimilamos tarde, vivimos al presente una senilidad precoz. Sin alcanzar a vivir las magníficas etapas de la civilización capitalista, hemos sufrido sus vicios, cada vez mayores<sup>495</sup>.

El aprismo conjugó un ideal de partido y una estrategia con pretensiones continentales cuya mayor orientación fue la unidad americana en torno a valores propios,<sup>496</sup> promoviendo una lectura que resaltó la comunión espiritual de Indoamérica y un discurso nacionalista de tipo continental que rechazó las ideas políticas extranjeras por considerarlas sin sentido para la realidad del continente. En palabras del mismo Saco: “teorías hay muchas y muy buenas en Occidente para la solución de sus propios problemas. Realidades las hay en Indoamérica que son más

---

<sup>494</sup> Sebastián Hernández Toledo, “Apristas en Chile: circuitos intelectuales y redes políticas durante los años 1930”, *Revista de Historia y Geografía* 31, 2014, 77-94 y Fabio Moraga Valle, “¿Un partido indoamericanista en Chile? La Nueva Acción Pública y el Partido Aprista Peruano (1931-1933)”, *Histórica* 18:2, 2009, 109-156.

<sup>495</sup> “Sentido de la revolución-indoamericana”, *Crónica*, 14 de junio de 1932.

<sup>496</sup> Patricia Funes, *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires, Prometeo, 2006, 239-242.

importantes aun”.<sup>497</sup> Los intelectuales y medios de difusión socialista utilizaron la etiqueta del indoamericanismo para referirse al continente latinoamericano relevando sus características distintivas y comunes, y adscribiendo a principios localistas que rescataron el pensamiento “autóctono” como base de la reflexión política. En este sentido, *Consigna* escribía: “La revolución en cada pueblo de los trabajadores manuales e intelectuales, hecha por ellos mismos en su propio suelo, con métodos y directivas también propias, con normas y programas adecuados a las peculiaridades de su economía, su política, su estructura social”.<sup>498</sup>

Hacia mediados de la década de 1930 los socialistas miraron al México revolucionario de Lázaro Cárdenas, destacándolo como un proyecto modernizador, antioligárquico y genuinamente indoamericano. En la difusión de la experiencia tuvo un papel protagónico el diputado Manuel Eduardo Hübner, quien fuera director del periódico *Crónica*, fundador del “Club de Amigos de México” además de conferencista y articulista habitual de los círculos socialistas, publicando en 1936 el libro *México en Marcha*. La atención de Hübner coincide con la consolidación del Partido Nacional Revolucionario y la radicalización del programa agrario, nacionalista y antiimperialista que haría de México un ejemplo de democracia “socialista-cooperativista” digna de observación y estudio en todo el continente.<sup>499</sup> En los medios partidarios la experiencia de México apareció enfrentando “los dos problemas esenciales de la América India: destruir el latifundio y dar la tierra a quienes la trabajan; destruir la oligarquía feudal para instaurar un régimen genuinamente democrático que dé libertad política al pueblo y condicione al imperialismo”,<sup>500</sup> impulsando un programa de nacionalizaciones, reforma agraria y democratización del régimen político, que a diferencia del programa aprista, estaba siendo aplicado de hecho por el PNR en México.

La experiencia mexicana se transformó en un referente con dimensiones ejemplificadoras para el resto de las naciones indoamericanas, haciendo de medidas como la liquidación de la gran propiedad agraria y la nacionalización de las riquezas naturales parte de un horizonte programático compartido que respondía a un diagnóstico común sobre las oligarquías nacionales y la penetración del imperialismo en el continente. Inspirado en el ideal de los apristas peruanos y el programa revolucionario mexicano, el PS propuso durante sus primeros años la creación de una “Internacional Socialista Indoamericana” que coordine la diversidad de movimientos afines de la región, representantes de una “infinita gama de

---

<sup>497</sup> *Idem.*

<sup>498</sup> “La revolución nacional”, *Consigna*, 9 de junio 1934.

<sup>499</sup> Manuel Hübner, *México en marcha*, Santiago, Zig-Zag, 1936, 621-645.

<sup>500</sup> “Significado de la revolución mexicana”, *Consigna*, 18 de septiembre de 1937.



colores socializantes, desde el amarillismo reformista hasta el rojo subido de los comuneros libertarios o anarquizantes”.<sup>501</sup>

El afán latinoamericanista del PS se fundó en el nacionalismo ideológico, el desdén hacia las teorías políticas foráneas y la búsqueda de un proyecto libertador de alcance indoamericano, haciendo de la reforma agraria, la democratización del régimen político y la lucha antiimperialista parte de un programa “socializante” con sentido y vigencia para las 20 naciones del continente. En el PS se instaló un diagnóstico sobre la revolución americana donde lo nacional quedó estrechamente vinculado a lo continental, relevando la dominación oligárquica y la penetración imperialista como aspectos distintivos y compartidos por todas las naciones del continente. En este sentido:

Nuestra realidad social se caracteriza por tres factores peculiares que le imprimen un sello especialísimo y ellos son: un problema de orden racial, la existencia de un enorme porcentaje de población indígena; y dos de orden económico: el problema de la tierra, por la existencia de un régimen latifundista agobiador; y el problema del imperialismo, por la apropiación de nuestras riquezas naturales por las grandes potencias financieras y explotación de las masas trabajadoras por ese capital extranjero. En líneas generales el desarrollo social y político de nuestro país, aunque presenta sus aspectos especiales (posee una pequeñísima población indígena) es el mismo de todos los demás países indoamericanos. En Chile, como en todos los demás pueblos del continente latinoamericano, son la oligarquía y el imperialismo nuestros enemigos principales.<sup>502</sup>

El latinoamericanismo socialista insistió en impulsar instancias de encuentro entre los partidos afines de Indoamérica, tomando como horizonte programático la coordinación de los esfuerzos contra el imperialismo y el retraso socioeconómico de la región. En este aspecto, para el triunfo de la revolución en América Latina se hacía imperativo “que todos seamos capaces de luchar y sacrificarnos hasta barrer de nuestros respectivos territorios con los parásitos, los malos americanos, los que nos venden al capitalismo, los que nos tienen sumidos en el oscurantismo y la derrota, y que nos han relegado al papel de simples colonias”.<sup>503</sup> Con el ascenso del nazi-fascismo y la posibilidad de una nueva guerra europea

---

<sup>501</sup> Juan B. Arredondo, “Panorama del avance socialista en Indo-América”, *Consigna*, 16 de mayo de 1936.

<sup>502</sup> César Jotabé, “La realidad social de Indoamérica”, *Claridad*, 9 de marzo de 1938.

<sup>503</sup> “¡Por la libertad de América!”, *Consigna*, 28 de marzo de 1936.

hacia mediados de la década, los intelectuales socialistas reconceptualizaron la amenaza imperialista y suscribieron a la estrategia europea de Frentes Populares para la defensa del régimen democrático, la que fue adaptada a la realidad del proceso social latinoamericano dotando de nuevos horizontes políticos y discursivos a la unidad de obreros y clases medias.

Para los socialistas el Frente Popular buscaba unificar en un solo frente a los sectores medios y proletarios, con la finalidad de consolidar el Estado nación y sus valores democráticos frente a la amenaza de la dictadura oligárquica y el imperialismo, vinculando el antifascismo con la supervivencia del amenazado republicanismismo en los países de Latinoamérica. En la opinión de Hübner, pese a que la consolidación del Frente Popular chileno estuvo influida por las exitosas experiencias electorales de Francia y España, la condición de retraso social y económico en América Latina cambian el sentido de la alianza en la región: el peligro inmediato no es el fascismo ni la guerra imperialista, sino “la reacción plutocrático-oligárquico-clerical, que ya ha devenido en un claro prefascismo, y el imperialismo norteamericano o inglés, que socava constantemente la estabilidad política e institucional de cada una de nuestras repúblicas”,<sup>504</sup>

El fascismo fue presentado como la última barrera de defensa de un capitalismo en crisis que anunciaba la inminente transición a un régimen socialista, reflejada en el ascenso de la movilización revolucionaria y la llegada de movimientos y partidos “socializantes” al poder en todo el mundo. En los círculos socialistas el fascismo fue visto como una mentalidad replicable en América Latina, que en palabras de Oscar Schnake, estaba acostumbrada a vivir “fuera de los carriles democráticos y dominada por dictaduras personales civiles o militares”,<sup>505</sup> extendiendo una concepción de gobierno de facto que sería la “base psicológica” de la propensión hacia la dictadura en el continente. Según el jefe socialista, el fascismo es para los sectores conservadores de todo el mundo “la continuación —que hoy parece lógica— al Estado democrático, es el Estado Capitalista en dictadura, es la identificación de la gran burguesía con el mecanismo del Estado”.<sup>506</sup>

La reflexión en torno a una eventual dictadura oligárquica ligó los métodos del Estado fascista con la realidad de la penetración imperialista en el continente. En el PS, la crítica a la expansión de las potencias imperialistas incluyó al imperialismo financiero y diplomático norteamericano e inglés en Indoamérica. Durante la campaña presidencial

---

<sup>504</sup> Manuel Hübner, “Sentido y realidad histórica de los Frentes Populares en América Latina”, *Consigna*, 13 de junio de 1936.

<sup>505</sup> Oscar Schnake, “Socialismo contra fascismo”, *Consigna*, 24 de agosto de 1935.

<sup>506</sup> *Idem*.

de 1938 el antifascismo del FP se circunscribió a la defensa de la democracia y la soberanía nacional frente a un tipo de imperialismo que, a diferencia del expansionismo territorial de Mussolini y Hitler, se valió de la diplomacia, los acuerdos comerciales y la complicidad de las burguesías nacionales para mantener, por medio de dictaduras, sus posiciones en el continente. Pese a las transformaciones del escenario internacional, la posición indoamericana y las referencias a los valores del México revolucionario no desaparecieron, y más bien, fueron reconceptualizados en función del lenguaje antifascista y el compromiso democrático.

En este contexto, la difusión de la experiencia mexicana tomó un nuevo impulso a través de las páginas de *Claridad* después de que el Gobierno de Cárdenas decretara la nacionalización de los recursos petroleros. México apareció como un ejemplo de antiimperialismo, nacionalismo y antifascismo, destacando la condena de la cancillería mexicana a la anexión alemana de Austria y su política internacional “de respeto a la integridad de los países pequeños y de respeto a los tratados y pactos internacionales, base fundamental en las relaciones de las diversas naciones, porque son la única garantía de paz y bienestar”, y agrega “México marca la política antiimperialista que anhelan todos nuestros pueblos oprimidos por dictaduras y señala la posición antifascista que igualmente anhelan”.<sup>507</sup>

Frente al belicismo entre potencias, el PS realizó una nueva caracterización del fenómeno imperialista en el continente. Sin obviar la existencia del fascismo europeo, para algunos intelectuales socialistas la amenaza inmediata contra la democracia y la soberanía nacional de los países indoamericanos eran los Estados Unidos. Para Juan Arredondo, articulista habitual sobre asuntos de política internacional, la disputa mundial entre imperialismos habría obligado a los EE. UU. a asegurar su presencia en la región ante el cierre de los mercados europeos y asiáticos, controlados por los imperialismos nazi-fascista y franco-británico. Aprovechando la lejanía del conflicto bélico, circunscrito por entonces a algunas regiones de Europa, África y Asia “el imperialismo yanqui construye pacientemente un aparente jurídico en América Latina que facilita su dominio ayudado por las burguesías feudales de estos países, que son las primeras beneficiarias de la servidumbre y el vasallaje que los imperialismos imponen a los pueblos”, y continúa “es lógico, entonces, que junto a una mayor actividad del imperialismo exterior responda la reacción dominante desde el interior con un aumento de represiones y disminución de libertades para contrarrestar la pugna, vigorosa y enérgica, de las clases

---

<sup>507</sup> “México como ejemplo de lucha antiimperialista”, *Claridad*, 23 de marzo de 1938.

democráticas y trabajadoras que en nuestra América contienen un profundo sentido nacionalista”.<sup>508</sup>

Con el estallido de la guerra europea en septiembre de 1939 se registró una reconceptualización de la política y el discurso internacional del PS, que tendió a relevar el discurso antifascista y la defensa del régimen democrático permeando las posiciones nacional-continenciales con la urgencia del enfrentamiento global entre dos formas de gobierno capitalista: democracia burguesa y nazi-fascismo. Pese a condenar al imperialismo en todas sus formas, los socialistas tomaron bando por las democracias occidentales, convencidos de que las escasas libertades públicas ofrecidas por la democracia liberal son siempre preferibles al totalitarismo. Lo anterior, sin embargo, no significaba tolerar a “los gobernantes reaccionarios que detentan el poder en algunos países”,<sup>509</sup> y agrega: “luchar contra esos gobernantes no significa combatir el principio mismo del régimen democrático, que hemos defendido frente a la dictadura fascista que amenazaba destruirlo en Europa y que ha pretendido penetrar en América. Creemos precisamente que es necesario intensificar esa defensa, buscando los medios de superar la actual democracia burguesa hasta conquistar una democracia popular que permita el mejoramiento económico y social de los trabajadores y se convierta en una fortaleza inexpugnable contra el fascismo”<sup>510</sup>.

Los EE. UU. intentaron fortalecer su presencia en la región impulsando instancias de cooperación comercial y diplomática con el fin organizar un bloque de defensa hemisférica contra el nazismo, comprometiendo recursos económicos, militares y el respeto de la soberanía y el régimen democrático de los pueblos latinoamericanos. En Chile, la política fue bien acogida por el Gobierno del Frente Popular, que pese a declararse neutral frente al conflicto intentó buscar acuerdos comerciales y militares con Washington.<sup>511</sup> Al respecto, a través de *Rumbo y Crítica* se difundió la posición del aprismo peruano, que advirtió en la nueva política panamericana una oportunidad para promover la unidad continental y un nuevo tipo de relación entre “los Estados Unidos de Norteamérica y los Estados Desunidos del Sur”. En palabras del peruano Manuel Seoane “nosotros necesitamos de Estados Unidos para que nos defiendan y Estados Unidos necesita de nosotros para su desenvolvimiento

---

<sup>508</sup> Julio B. Arredondo, “Imperialismo y fascismo”, *Claridad*, 17 de junio de 1938. Corresponde al segundo de dos artículos publicados bajo el mismo nombre, el primero apareció el día 15 del mismo mes.

<sup>509</sup> Partido Socialista de Chile, *La guerra de Europa y la política internacional del socialismo*, Santiago, Publicaciones del Comité Político del PS, 14.

<sup>510</sup> *Ibid.*, 16.

<sup>511</sup> Raffaele Nocera, *Chile y la guerra. 1933-1943*, Santiago, Centro de investigaciones Barros Arana, 2006, 69-92.

económico. De esta necesidad mutua debe inferirse un arreglo de conveniencias mutuas” que, no obstante, debe atender a las diferencias de orden económico, cultural e histórico existentes entre ambas américas.<sup>512</sup>

Frente al peligro de la penetración fascista en Indoamérica, el PS elaboró a una nueva lectura sobre los EE. UU. que destacó su rol como aliado comercial y su compromiso con la defensa del régimen democrático en desmedro del discurso antiyanqui. La fórmula panamericana comenzó a ser aceptada siempre y cuando las relaciones entre ambas américas obedecieran a la cooperación entre iguales y no al imperialismo. Una editorial de *Crítica* señalaba: “no se deberá en lo sucesivo buscar en nuestras tierras veneros explotables para mera satisfacción de la voracidad capitalista. Las repúblicas latinoamericanas no podrán ser en lo futuro campo de lucha de las ambiciones imperialistas. Deberá venirse a ellas con espíritu de cooperación, de ayuda mutua y no con espíritu de dominación, de explotación, de usura”.<sup>513</sup>

El PS insistió en sus afanes continentales convocando en octubre de 1940 a la Conferencia de Partidos Democráticos de América Latina, que reunió en Santiago a nueve delegaciones de distintos gobiernos, movimientos y partidos afines, incluyendo al APRA y el PNR mexicano para abordar las repercusiones económicas de la guerra y la penetración de los imperialismos democráticos y nazi-fascistas en el continente. Los chilenos enviaron invitaciones a todas aquellas fuerzas “que empuñan la bandera antifascista y de liberación americana y exclusivamente a aquellos países independientes en sus determinaciones, de raíz y soluciones fundamentadas en lo autóctono”,<sup>514</sup> excluyendo del encuentro a los partidos comunistas por su afiliación a la III Internacional y a las dictaduras latinoamericanas.

Los anfitriones pretendieron que el congreso fuera la piedra fundacional de una futura Internacional Socialista Indoamericana de principios antif feudales, antioligárquicos y antiimperialistas que remplace a las organizaciones de origen, sede y “vicios” europeos.<sup>515</sup> Sin embargo, por la heterogeneidad ideológica de las delegaciones presentes, no tardaron en aparecer dificultades para concertar este objetivo y otros más trascendentes, pese a las limitaciones, el congreso profundizó sobre las dimensiones estratégicas del compromiso democrático en medio de la disputa global entre fascismo y democracia, permeando las reflexiones sobre el fenómeno imperialista en América Latina con las urgencias propias de la guerra.

---

<sup>512</sup> Manuel Seoane, “Sobre política internacional”, *Rumbo* 1, junio de 1939.

<sup>513</sup> “Estados Unidos y América Latina”, *Crítica*, 17 de julio de 1940.

<sup>514</sup> Partido Socialista de Chile, *Primer congreso de partidos democráticos y populares de América Latina*, Santiago, Talleres Gráficos Gutenberg, 1941.

<sup>515</sup> “Proyecciones del Congreso Democrático”, *Crítica*, 5 de octubre de 1940.

Las ponencias del congreso estuvieron caracterizadas por una visión latinoamericana del escenario internacional de guerra, destacando las expresiones nacionales del fascismo y la penetración imperialista como elementos distintivos de la región. La unidad continental, con distintas variantes y profundidades, fue la consigna unánimemente aceptada por las delegaciones como condición previa para la colaboración con los EE. UU. En palabras de Hübner, encargado de exponer sobre las relaciones interamericanas al congreso, los pueblos latinoamericanos “aceptan la colaboración soberana de igual a igual con el pueblo norteamericano, substituyendo al añejo e inoperante panamericanismo, lo cual no significa de ninguna manera renunciar a sus eternas reivindicaciones: lucha antiimperialista, lucha antifascista, lucha antiintervencionista”.<sup>516</sup>

Los debates afrontaron el problema de las relaciones interamericanas reconociendo la posición de desventaja económica, social y militar de la región frente a los EE. UU., y recordando la nutrida trayectoria de intervenciones y colonialismo de la potencia del norte. Sin embargo, ante la amenaza del imperialismo fascista la conferencia sancionó una nueva actitud hacia el imperialismo norteamericano, abriendo las puertas a una “alianza intercontinental, que oponga invencible valla a los planes tenebrosos del fascismo, entre una América Latina, previa y vigorosamente unida y los Estados Unidos”.<sup>517</sup>

Como miembros del gabinete del Frente Popular los socialistas se tensionaron entre la política panamericana propuesta por Washington y la búsqueda de una fórmula indoamericana para plantear las relaciones intercontinentales. Personeros como Oscar Schnake, Bernardo Ibañez y Marmaduke Grove promovieron una política internacional que estrechó lazos con movimientos y gobiernos afines agitando la bandera de la unidad indoamericana y el antiimperialismo, y al mismo tiempo, participaron directamente de la estrategia diplomática del Gobierno para lograr acuerdos con los EE. UU., cuidando la neutralidad frente a la guerra e intensificando los intercambios sindicales y partidistas sin contravenir la política oficial del Gobierno.

En 1941 los medios socialistas dieron amplia difusión al “Plan Haya de la Torre”,<sup>518</sup> que propuso guiar las relaciones entre ambas américas a través de la doctrina del “Inter americanismo democrático sin imperio”. El plan, escrito por Haya, consistía en 12 puntos que pretendían asegurar, desde el punto de vista político, diplomático y económico una relación efectivamente democrática y sin imperialismos entre ambas américas,

---

<sup>516</sup> “Solemnemente se clausuro ayer el congreso latinoamericano”, *Crítica*, 9 de octubre de 1940.

<sup>517</sup> Partido Socialista de Chile, *Primer congreso de partidos democráticos... op. cit.*, 16.

<sup>518</sup> Los puntos del plan fueron publicados en *Crítica* los días 28 y 28 de julio de 1941.

velando por el respeto a la independencia y soberanía latinoamericana. El documento insistió en la necesidad de asegurar la vigencia del régimen democrático en toda la región, debilitado por la presencia de tiranías muchas veces sostenidas por los intereses imperialistas de los EE. UU., proyectando hacia el sur un problema que es consecuencia “del extraordinario desarrollo industrial y financiero de aquella nación en la forma de expansión imperialista sobre nuestros países de economía incipiente”.<sup>519</sup>

Haya de la Torre propuso la elaboración de una Constitución Democrática de América basada en los principios democráticos de las cartas fundamentales de cada país y un congreso económico indoamericano que fue aplaudido por la prensa y los intelectuales socialistas. En ella se vieron representados los principios de la unidad continental y una oportunidad para superar “la antigua etapa del panamericanismo imperialista”, y resolver “el delicado punto de las relaciones intercontinentales, influidas hoy por la falta de equilibrio entre la posición anárquica de los Estados Desunidos del Sur frente a la sólida actitud de los Estados Unidos del Norte”.<sup>520</sup>

Después de 1939, el discurso antinorteamericano dio paso a nuevas caracterizaciones sobre el rol de los Estados Unidos en el continente que relevaron su papel como potencia democrática del hemisferio en desmedro de las caracterizaciones imperialistas e injerencistas. Las dinámicas del conflicto europeo influyeron en el diagnóstico y los discursos sobre el fenómeno imperialista en Latinoamérica, relevando la amenaza del nazifascismo en desmedro del discurso antiyanqui, antieuropeo y anticomunista. Después de la entrada de los EE. UU. a la guerra en diciembre de 1941, el discurso pronorteamericano silenció cualquier recelo antiimperialista. El PS se declaró a favor de la política panamericana bajo algunas condiciones que no pasaron de una declaración principista sobre la independencia o la unidad de Indoamérica, primando la búsqueda de acuerdos militares frente a una eventual guerra en suelo americano y un entendimiento comercial dado el cierre de los mercados europeos, haciendo desaparecer casi por completo el discurso antiyanqui de los medios socialistas.

El imperativo del compromiso antifascista y democrático circunscribieron el lenguaje antiimperialista y latinoamericanista a la amenaza del fascismo y a la necesidad de generar un bloque hemisférico de contención. La percepción de una amenaza compartida por ambas américas colocó al PS del bando aliado, y pese a que las ideas del interamericanismo siguieron estando presentes en la prensa partidaria, la lectura respecto de los Estados Unidos relevó su papel en la guerra por sobre sus caracterizaciones

---

<sup>519</sup> “Interamericanismo democrático sin imperio”, *Crítica*, 28 de julio de 1941.

<sup>520</sup> “Interamericanismo Democrático”, *Crítica*, 2 de agosto de 1941.

imperialistas, cambiando diametralmente las percepciones preexistentes sobre el país del norte. Para los líderes del socialismo, como Marmaduke Grove, Chile debía posicionarse “a la recíproca del vecino grande que ha dejado de lado sus viejos prejuicios hegemónicos y ha cortado las uñas y las alas de sus águilas imperialistas”<sup>521</sup>.

Los socialistas suscribieron a la política de la cancillería, que se limitó a comprometer su amistad con las democracias y apoyo diplomático a los EE. UU. cuidando mantener la neutralidad frente al conflicto. En la práctica, el Gobierno de Chile no rompió relaciones con las potencias del eje Tokio-Berlín hasta 1943 lo que no le impidió seguir buscando prebendas con los EE. UU. en el marco de la política de seguridad hemisférica.<sup>522</sup> Después de 1941, el antifascismo, la solidaridad con los Estados Unidos y la amenaza de una guerra en el hemisferio americano fueron los ejes de la reflexión socialista, que aceptó la política panamericana en desmedro del interamericanismo de modo prácticamente invariable hasta el final de la guerra. Algo similar sucedió con las distintas instancias de intercambio político latinoamericanas, inspiradas en su mayoría en el antifascismo, el compromiso democrático y la defensa continental hasta 1945.

Después de la victoria de las Naciones Unidas en 1945 emergió una nueva lectura respecto del compromiso democrático, la unidad continental y la política panamericana. Derrotada la amenaza del nazi-fascismo, el PS realizó nuevos diagnósticos sobre el mundo de posguerra que reconocieron la configuración de grandes bloques político-militares y la necesidad de enfrentar un nuevo tipo de dinámica imperialista.<sup>523</sup> La primera reflexión al respecto fue el texto de Humberto Mendoza, “Socialismo, camino de la Libertad”, publicado en 1945, quien apuntó entre las transformaciones inmediatas del escenario global de posguerra la declinación del imperialismo británico, la asunción de los EE. UU. y la URSS como potencias mundiales y la aparición de una nueva política internacional basada en el derecho de autodeterminación de los pueblos.

Para Mendoza, la retirada de los imperialismos de extensas zonas geográficas, producto de la guerra, había forzado procesos de independentismo económico y pequeñas industrializaciones que comenzaban a traducirse en procesos nacionales, progresistas y socializantes en las naciones de Asia, América y Europa. En el caso de América Latina, la autodeterminación fue planteada como un asunto compartido que no se agota en la libertad democrática y económica de cada

---

<sup>521</sup> “Declaraciones del Senador Grove a *Argentina Libre*”, *Crítica*, 10 de septiembre de 1942.

<sup>522</sup> Nocera, *op. cit.*, 152-172.

<sup>523</sup> Julio Cesar Jobet, *El Partido Socialista de Chile. Tomo I, op. cit.*, 177-198.



país, sino en la consolidación de estos valores en el plano superior de la unidad americana. En este sentido:

Hasta hace pocos años era justo hablar de naciones americanas consideradas como unidades en desarrollo independiente; pero la independencia económica de nuestros países nos obliga a hablar de la dinámica del desarrollo como conjunto y de sus relaciones especiales.

Autodeterminación e imperialismo son opuestos que en América deben resolverse en una síntesis que dé como resultado una economía continental, una democracia continental y una libertad continental en función de la economía, de la democracia y de la libertad mundiales.<sup>524</sup>

El fin de la guerra europea y el consecuente reordenamiento del sistema internacional en torno a las Naciones Unidas dio paso al antagonismo cultural e ideológico entre socialismo y capitalismo. El mundo se polarizó en torno a dos interpretaciones globales de la modernidad detrás del liderazgo político, militar e ideológico de la Unión Soviética y los Estados Unidos. En América Latina, la reconfiguración global del enfrentamiento permeó la política interamericana sostenida por los EE. UU., que reconceptualizó su relación con la región en torno a la política anticomunista y antisoviética global, ejerciendo influjos desestabilizadores tendientes a reforzar su influencia hemisférica a través de quiebres democráticos e intervenciones militares.<sup>525</sup>

Después de la guerra, la reflexión socialista superó los márgenes de América Latina y mundializó sus perspectivas ideológicas en función del reordenamiento del escenario global de posguerra. La derrota de las potencias del eje abrió un nuevo periodo para el movimiento popular internacional que reemplazó el compromiso democrático por la consigna de la revolución socialista mundial, en un contexto donde las burguesías norteamericanas bregaban por la reconstrucción del sistema capitalista a escala global y en el que los partidos comunistas de todo el mundo “actúan orientados por la política totalitaria de la Unión Soviética, basada en la dictadura y en la burocracia partidaria como sistema permanente de Gobierno y subordinada a los intereses del imperialismo económico y político de Rusia”.<sup>526</sup>

---

<sup>524</sup> Humberto Mendoza, *Socialismo, camino de la libertad*, Santiago, Imp. Cultura, 1945, 99.

<sup>525</sup> Vanni Pettinà. *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2018, 63-89.

<sup>526</sup> Agustín Álvarez, *Objetivos del socialismo en Chile*, Santiago, Gutenberg Impresores, 1946, 8.

La mundialización de la reflexión sobre política internacional acercó al PS a la Internacional Socialista (IS), organización largamente rechazada por sus tendencias socialdemócratas y extranjerizantes. Como presidente de la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCh), Bernardo Ibáñez asistió en 1945 al congreso fundacional de la Federación Sindical Mundial realizado en París donde, junto a Oscar Schnake, estableció contacto con distintas delegaciones socialistas y afines de todo el mundo. Durante su estadía en Europa, Ibáñez se reunió con el excarcelado líder del socialismo francés León Blum, el dirigente del Partido Laborista Británico Harold Laski y con los exiliados españoles del PSOE y la UGT, visitando de regreso a América Latina a los socialistas canadienses y representantes del sindicalismo en los EE. UU.<sup>527</sup>

En Chile, el PS impulsó los esfuerzos de reconstrucción del movimiento socialista internacional en América siendo anfitrión en 1946 del Congreso de Partidos Socialistas Americanos, el que contó con la presencia de delegaciones y los saludos fraternales de los Partidos Socialistas de toda la región. La instancia dio publicidad la “Carta de América”, señalando sus propósitos de “mantener relaciones fraternales con toda organización política internacional, que coincidan con sus aspiraciones generales y respete la autonomía de los partidos y entidades regionales de América Latina”.<sup>528</sup> El congreso americano sucedió en medio de la agudización del debate interno y no tuvo mayor trascendencia en la política antiimperialista ni en el discurso latinoamericanista del PS chileno, que tampoco terminó de consolidar sus lazos con la IS. Sin embargo, este tipo de instancias muestra la declinación del discurso y los valores indoamericanos, que tendieron a diluirse los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial frente a un diagnóstico que reparó en las condiciones globales de la política antiimperialista en desmedro de su preocupación exclusivamente latinoamericana.

El PS mantuvo la actitud localista y los valores nacional-continenciales, pensando el espacio político regional a través de sus elementos comunes e integradores, y mediante marcos interpretativos autóctonos y propiamente latinoamericanos. En la intelectualidad socialista América seguía formando parte de un proyecto de emancipación compartido, sin embargo, junto al recambio generacional de los liderazgos internos de mediados de la década de 1940, emergieron nuevos diagnósticos que transformaron la fisonomía del discurso antiimperialista y latinoamericanista. En este sentido, el programa de 1947 agregó al problema del colonialismo y del atraso sistémico del continente el retraso

---

<sup>527</sup> Bernardo Ibáñez, *El socialismo y el porvenir de los pueblos*. Santiago, Ediciones difusión popular, 1946.

<sup>528</sup> Jobet, *op. cit.*, 195.

“social y psicológico” de las burguesías nacionales que, en línea con las transformaciones doctrinarias del PS, comenzaron a ser vistas como parte de las “fuerzas regresivas” que perpetúan la subordinación y dependencia del continente americano. En este sentido:

El progreso material, en naciones más favorecidas, ha sido el efecto del espontáneo juego de fuerzas vitales y sociales en tensión creadora. Entre nosotros tendrá que ser el resultado de una organización de la actividad colectiva, hecha con un criterio técnico y dirigida con un propósito social. El giro de los sucesos mundiales y la urgencia de los problemas internos no dan ocasión para esperar. Por ineludible imperativo de las circunstancias históricas, las grandes transformaciones de la revolución democrático-burguesa -reforma agraria, industrialización, liberación nacional- se realizarán, en nuestros países latinoamericanos a través de la revolución socialista.<sup>529</sup>

Durante los primeros años de la Guerra Fría los cambios en la dirigencia partidaria y la configuración del escenario global en bloques trajeron consigo nuevos diagnósticos sobre el fenómeno imperialista, que relevaron el papel de los partidos comunistas como extensión de los intereses internacionales de la URSS. La opinión extendida en los medios de difusión socialista sobre los PC apuntó a que su línea política “obedece con la exactitud del sismógrafo a las más leves alteraciones de la conducta internacional de la Unión Soviética” y que su actitud antiimperialista y antiyanqui escondía la intención de formar un gobierno prorruso. El discurso socialista asumió el anticomunismo como una parte más del lenguaje antiimperialista que, junto a una renovada condena de la política norteamericana, comenzó a tomar distancias de la lógica bipolar que amenazaba con desatar una nueva guerra. Según una editorial de *Espartaco*, revista teórica dirigida por Belarmino Elgueta:

La única posibilidad de detener la guerra que se avecina es la organización de un movimiento obrero y socialista, totalmente independiente de las potencias en lucha, en el plano mundial. La posibilidad de que la guerra imperialista se transforme, por la insurrección de los pueblos, en una guerra de emancipación social, es el único factor que puede pesar en las decisiones de Wall Street o del Kremlin. Vigorizar los movimientos socialistas, clarificar los objetivos de las masas, eliminar definitivamente la acción perturbadora de los comunistas, desenmascarar implacablemente

---

<sup>529</sup> Partido Socialista de Chile, *Por una democracia de trabajadores... op. cit.*, 11.

los procedimientos de extorsión de las burguesías nacionales, es luchar realmente contra la próxima guerra imperialista.<sup>530</sup>

La configuración bipolar del escenario global modificó las lecturas del socialismo respecto a una política común latinoamericana otorgando un nuevo sentido a la integración continental, reorientada a asegurar la igualdad de derechos de los países pequeños frente a las grandes potencias en pugna. El diagnóstico no abandonó los afanes modernizadores y desarrollistas, sin embargo, ligó estos últimos al impulso de una política internacional antiimperialista de “personalidad nacional y latinoamericana”, reivindicativa de los valores de independencia económica y soberanía nacional en el marco de las Naciones Unidas.

En palabras de Clodomiro Almeyda, “no podemos representar en el mundo lo que en realidad significamos si no actuamos como una entidad internacional” y agrega “no somos capaces aisladamente de imponer condiciones al imperialismo, ni menos aun de resistir su influencia política. No puede existir sincera y efectiva cooperación entre un gigante y veinte enanos; la relación que existe no puede ser otra que la tutela, el vasallaje o la humillación incondicional”<sup>531</sup>.

La fragmentación de las fuerzas socialistas en 1948 incidió en las reflexiones sobre política internacional. El grupo organizado en el Partido Socialista de Chile continuó agitando el discurso anticomunista y la política pronorteamericana desde el Gobierno, mientras que el Partido Socialista Popular morigeró su discurso anticomunista una vez proscrito el PC y se alejó progresivamente de sus aliados mexicanos y peruanos. Despuntando la década de 1950 los socialistas populares revisaron las caracterizaciones sobre los Estados Unidos y la política panamericana, la que comenzó a ser vista como un obstáculo para el desarrollo de un proceso liberador en el continente, acusando la consolidación de la hegemonía yanqui por la vía de beneficiosos acuerdos comerciales con los países latinoamericanos so pretexto del esfuerzo bélico de la década anterior.<sup>532</sup> Estas nuevas caracterizaciones sobre el escenario global y regional reconfiguraron el discurso antiimperialista del PSP, que intentó tomar distancias de la lógica bipolar de la Guerra Fría condenando al imperialismo en sus formas soviéticas y norteamericanas.

El diagnóstico socialista reparó en la dimensión global del imperialismo, realidad compartida por amplias zonas geográficas sometidas a la subordinación política y al subdesarrollo económico que dieron

---

<sup>530</sup> “Notas editoriales”, *Espartaco* 2-3, 1947, 5.

<sup>531</sup> Clodomiro Almeyda, “Hacia una política exterior son claudicaciones”, *Espartaco* 1, marzo-abril de 1947, 41.

<sup>532</sup> “América Latina y EE. UU.”, *La Calle*, 21 de julio de 1951.

perspectivas mundiales a la reflexión antiimperialista. En palabras de Oscar Waiss, los problemas económicos y sociales de los países latinoamericanos estarían íntimamente ligados a “un proceso mundial de desarrollo de las fuerzas productivas y de distribución de los mercados. El capitalismo contemporáneo nos muestra grupos de potencias beligerantes y alianzas de sectores sociales que pasan por encima de las fronteras nacionales”.<sup>533</sup>

En los medios socialistas América Latina fue presentada como una zona geográfica semicolonial, con oligarquías criollas dependientes del imperialismo y caracterizada por el retraso social y el subdesarrollo económico. En este sentido, el programa antioligárquico y nacional asumió un sentido antimperialista en lo internacional, que llevó a los socialistas populares a plantear una estrategia latinoamericana capaz de acortar las etapas del desarrollo social del continente mediante la coordinación de los esfuerzos nacionales contra las oligarquías y el imperialismo en cada país.<sup>534</sup> En el PSP, algunas de las tesis sobre el carácter de la revolución en Chile comenzaron a asumir una vigencia continental derivada del nuevo diagnóstico sobre las fuerzas sociales y la penetración imperialista en el continente. A partir de este momento, el PSP suscribió a una línea política que en lo internacional postuló la impotencia transformadora de las burguesías y la necesidad de impulsar en todo el continente gobiernos nacionales, populares y revolucionarios.

En este contexto, los socialistas populares observaron con particular atención el Movimiento Nacional Revolucionario de Bolivia (MNR) en 1952, cuyos primeros destellos en abril de ese año coincidieron con los trabajos electorales de Carlos Ibáñez. El PSP vio en el MNR un movimiento revolucionario con características nacional-desarrollistas y antiimperialistas, cuya base social de militares, policías, obreros y estudiantes inauguraba un proceso modernizador en una de las naciones americanas más afectadas por el imperialismo y el subdesarrollo. Rápidamente, los medios socialistas destacaron el sentido antioligárquico y antifeudal del nuevo Gobierno boliviano, cuyas medidas iniciales fueron aplaudidas y destacadas como un ejemplo inspirador para la liberación de toda la región.<sup>535</sup> En este sentido, *La Calle* resaltó la dimensión ejemplificadora del proceso altioplánico, señalando que “la revolución boliviana no constituye un episodio aislado sino la revelación de un proceso liberatorio en marcha en toda América Latina”.<sup>536</sup>

---

<sup>533</sup> Oscar Waiss, *Presencia del socialismo en Chile... op. cit.*, 3.

<sup>534</sup> “Sentido de la revolución Latino-Americana”, *La Calle*, 15 de diciembre de 1951.

<sup>535</sup> “Los trabajadores latinoamericanos deben consolidar la revolución boliviana”, *La Calle*, 26 de abril de 1952.

<sup>536</sup> “Maniobra de Estados Unidos impide reconocer al Gobierno de Bolivia”, *La Calle*, 31 de mayo de 1952.

Bolivia destacó en la reflexión del PSP como un ejemplo de país socialmente retrasado y con oligarquías dependientes del capital extranjero que desde el Gobierno propuso una política con sentido modernizador, nacionalista y antiimperialista, abriendo “una nueva etapa de violenta lucha de los pueblos latinoamericanos contra la explotación imperialista y por la liberación nacional”.<sup>537</sup> La nacionalización de recursos mineros y petrolíferos, la reforma agraria y la inclusión del indígena en la vida política fueron vistos como parte de un programa orientado a eliminar los resabios premodernos y coloniales de la sociedad boliviana, reivindicaciones que para el PSP tenían sentido para el conjunto de naciones dependientes y subdesarrolladas del continente.<sup>538</sup>

La revolución del MNR tuvo una impronta modernizadora que coincidió con los diagnósticos sobre el proceso social y algunos fines programáticos del PSP. En el imaginario socialista, Bolivia estaba llevando adelante un programa que pretendía liquidar la dominación extranjera nacionalizando los recursos naturales, terminar con el latifundio mediante la reforma agraria y acabar con el control oligárquico a través de la ampliación del sufragio; el MNR estaba precipitando un proceso de transformaciones radicales, que además de cumplir con las tareas propias de la “revolución democrático-burguesa” asumió un compromiso con los valores de la soberanía nacional, la autodeterminación y el antiimperialismo.

Como miembro del gabinete de Ibáñez, el PSP exigió la integración aduanera con Bolivia y una diplomacia orientada a la cooperación entre las naciones “semicoloniales o poco desarrolladas, que también luchan por su independencia y por la recuperación de sus riquezas” llamando a coordinar los esfuerzos nacionales y antiimperialistas sin caer en “una política inamistosa con los EE. UU.”.<sup>539</sup> La experiencia boliviana marcó un nuevo periodo de la reflexión partidaria donde el tópico más discutido fue “la naturaleza de la revolución” en Chile y América Latina, otorgando nuevos significados al imperativo de la integración continental inspirada ahora en los principios nacional-revolucionarios.

La política internacional del PSP durante la primera parte de la década de 1950 apuntó a la penetración imperialista en la forma de pactos militares, inversión extranjera o cooperación económica como la razón del subdesarrollo y el carácter dependiente de amplias zonas geográficas del mundo. Esto vinculaba el proceso social latinoamericano con la suerte de las naciones asiáticas y africanas. En América Latina, subdesarrollada y semicolonial, la superación del retraso social y económico fue vinculado a un proyecto antiimperialista de alcance continental, que dio renovada

---

<sup>537</sup> “Bolivia acordó nacionalizar sus grandes minas de estaño”, *La Calle*, 17 de mayo 1952.

<sup>538</sup> “Aspectos internacionales: La revolución boliviana”, *La Calle*, 23 de agosto de 1952.

<sup>539</sup> “La política exterior del nuevo gobierno”, *La Calle*, 6 de septiembre de 1952.

vitalidad al discurso latinoamericanista inspirado en la experiencia andina y su programa.

Después de 1952 en el PSP se consolidó un diagnóstico sobre América Latina que la caracterizó como una región “semicolonial” y “semifeudal”, resaltando el retraso social y la dependencia económica como aspectos comunes a todo el continente. Las oligarquías criollas y el imperialismo fueron apuntados como los responsables principales del subdesarrollo latinoamericano, acusando la alianza de estos sectores y su compromiso social con el orden vigente.<sup>540</sup> El llamado del PSP fue a coordinar los esfuerzos antif feudales y antiimperialistas para derrotar a los enemigos comunes de América, en este sentido, “si queremos lograr resultados concretos y positivos en nuestra lucha por superar nuestra condición de países subdesarrollados y dependientes —que es hoy por hoy la lucha de muchos países a través del mundo— estamos previamente obligados a integrar nuestros esfuerzos nacionales en una política continental unitaria”. Y continúa:

Para el Partido Socialista Popular, esto significa en primer término el abandono de los propósitos anarquizantes de autarquía y competencia que hasta aquí han inspirado nuestro desarrollo agrícola e industrial sin otro resultado que condenar a las masas a bajos niveles de vida, favorecer el enriquecimiento desmedido de ciertos grupos de interés y acentuar en los rubros capitales de nuestra economía el sometimiento a las grandes empresas imperialistas.

En el plano continental el ideal supremo del PSP es la unidad política e institucional que ya los fundadores de nuestra independencia soñaron hace más de un siglo. Pero esta unidad política no será, por cierto, la obra de un país o de un grupo de países, sino el resultado de una acción libre, concurrente y concertada de todos. Esta unidad política -culminación de un largo proceso de desarrollo que estamos en el deber ineludible de acelerar- significa también la maduración previa dentro de las fronteras de cada uno de nuestros países de todos los valores políticos, morales e institucionales que seamos capaces de aportar a una forma superior de convivencia. Nos acercamos a la unificación política en la medida en que en el seno de cada una de nuestras veintiuna Repúblicas alcancemos formas de vida compatibles con nuestros ideales de libertad, igualdad, solidaridad, justicia y dignidad para los hombres y los pueblos.<sup>541</sup>

---

<sup>540</sup> “La política internacional del socialismo popular”, *La Calle*, 29 de noviembre de 1952.

<sup>541</sup> “Política internacional del socialismo popular”, *La Calle*, 21 de febrero de 1953.

Un texto clave en la caracterización de la realidad latinoamericana fue *Nacionalismo y Socialismo en América Latina*, publicado en 1954 por Oscar Waiss. El texto señaló la estructura agraria semifeudal, la explotación extranjera de las riquezas naturales y la preminencia de regímenes dictatoriales como una realidad derivada de la penetración imperialista compartida por todos los países de la región. Desde el marco interpretativo del marxismo, Waiss abordó directamente las características del proceso social latinoamericano afirmando el clásico rechazo socialista hacia las fórmulas políticas *extranjerizantes* y las internacionales europeas, sin embargo, la revolución en América Latina comenzó a ser vista como un escenario más “de la lucha mundial de los trabajadores por el socialismo” que exige “la necesaria correlación entre quienes luchan por la misma causa para encontrar un lenguaje común revolucionario”.<sup>542</sup>

Según Waiss, las experiencias revolucionarias en Latinoamérica habrían tomado el camino de la insurrección de masas y la realización de gobiernos populares y nacionales que lograron con éxito algunas medidas progresivas como la ampliación de los derechos democráticos e incipientes industrializaciones. Sin embargo, la concreción de estos objetivos, necesarios y propios de la revolución burguesa, debían dar paso a la resolución de las contradicciones económicas y de clase en un sentido socialista, dando proyecciones continentales a las tesis obreristas y al vocabulario antiburgués del socialismo popular. El PSP tomó distancia de experiencias otrora ejemplificadoras como la revolución mexicana y de fuerzas políticas latinoamericanistas como el APRA y la Acción Democrática venezolana, que comenzaron a ser criticadas por subordinar los objetivos de la revolución socialista a la toma del poder y la modernización democrática-burguesa.

Esta visión global de la política antiimperialista dio nuevos sentidos a los valores latinoamericanistas, vinculando la liberación nacional americana con el proceso global de luchas por la liberación en las demás zonas dependientes y subdesarrolladas del globo. El PSP realizó una nueva evaluación de los movimientos populares americanos y concretó una renovada red de intercambios con partidos y gobiernos provenientes de otras zonas coloniales, lo que se tradujo en un recambio de los referentes políticos, la adopción de marcos interpretativos novedosos y un nuevo lenguaje para pensar la revolución en América Latina.

Debates como la naturaleza de la revolución, el desarrollo de las clases sociales, el papel de la burguesía y las características de la unidad popular latinoamericana adquirieron proyecciones globales que desmarcaron la reflexión latinoamericanista de los valores *indoamericanos* para acercarla al imaginario de los pueblos débiles y los procesos

---

<sup>542</sup> Oscar Waiss, *Nacionalismo y socialismo... op. cit.*, 165.



descolonizadores. En el PSP la política antiimperialista quedó ligada a un programa político de reforma estatal, nacionalizaciones, industrialización y ampliación del régimen democrático con vigencia para Chile y el resto de naciones semicoloniales y semif feudales del continente, basada en una concepción del espacio latinoamericano que resaltó la existencia de problemas socioeconómicos y políticos comunes y, sobre todo, un futuro de emancipación compartido que definió el carácter de revolución latinoamericana como socialista, nacional, antioligárquica y antiimperialista.

La reflexión sobre Latinoamérica y la posición antiimperialista siguió rescatando el sentido autóctono y nacional de la ideología casi como una posición epistemológica. En los medios socialistas fueron difundidas líneas estratégicas y revolucionarias que reclamaron instituciones democráticas y movimientos políticos de nuevo tipo, capaces de transformarse en alternativas genuinamente latinoamericanas a las formas de la democracia liberal representativa y al comunismo soviético. El lenguaje revolucionario asumió la causa de la segunda independencia, reinterpretando críticamente los personajes y acontecimientos de la historia republicana americana para consolidar un discurso donde los valores latinoamericanistas fueron vinculados a los objetivos anti oligárquicos y los diagnósticos antiburgueses del PSP.

La preocupación por las particularidades de las experiencias nacionales decantó en un repudio compartido a la Internacional Socialista<sup>543</sup> y al imperialismo en sus versiones norteamericanas, europeas y soviéticas. El PSP agudizó sus críticas a toda instancia internacional concebida para crear o mantener lugares hegemónicos dentro de la lógica de bloques, decidiéndose por una posición equidistante y no comprometida con el enfrentamiento global entre potencias. Esta posición tendió a radicalizarse hacia una actitud derechamente contraria a la política de bloques y el sistema interamericano de naciones en un proceso que obedeció tanto la dinámica de la Guerra Fría en América Latina como al acercamiento de algunos personeros del PSP a experiencias de liberación nacional y corrientes diplomáticas neutralistas fuera del continente.

La década de 1950 fue un momento de definiciones organizativas e intelectuales, que en el campo de la reflexión antiimperialista significó el desarrollo de posturas originales capaces de responder a la reorganización del sistema internacional después de la guerra mundial y las nuevas dinámicas del fenómeno imperialista global. Después de 1945 los socialistas

---

<sup>543</sup> Si bien el PSP participó de algunas reuniones y plenarios de la Internacional Socialista en América Latina nunca adhirió formalmente a ella, por considerarla defensora de intereses de la socialdemocracia europea y por su fuerte rechazo a cualquier alianza con los partidos comunistas como forma de establecer una oposición internacional al bloque de la URSS. Ver: Michael Löwy, "trayectoria de la internacional socialista en América Latina", *Cuadernos Político* 29, julio-septiembre de 1981.

se acercaron a experiencias que resultaron modélicas para la discusión partidaria, que vivió un renovado interés por el viejo anhelo indoamericano de la unidad continental bajo nuevos significados, rechazando las distintas versiones de la política interamericana promovida por los EE. UU. y agudizando las críticas contra las pretensiones imperialistas de la URSS.

El PSP consolidó una red de contactos internacionales con el movimiento de países del Tercer Mundo, instalando definitivamente las tesis dependentistas y el lenguaje “no comprometido” en los medios de difusión socialista, que cambiaron el antiguo vocabulario indoamericano por el de la comunidad de países coloniales y semicoloniales de Asia, África y América Latina. Los socialistas populares leyeron el fenómeno imperialista desde los amplios márgenes de la diplomacia *tercerposicionista*, permitiendo que en el discurso antiimperialista convivieran el apoyo irrestricto a todos los procesos de liberación nacional —sean socialistas o no— y una lectura cada vez más radicalizada sobre el carácter de la revolución en los países coloniales y particularmente en América Latina.

## **4.2 Un socialismo con características nacionales. La Yugoslavia de Tito y la Tercera Posición**

El fin de la Segunda Guerra Mundial abrió un proceso de revoluciones sucesivas en amplias zonas geográficas de Asia y África, que ante el relajamiento del orden colonial europeo producto de la guerra se plantearon el problema de la independencia y la nacionalidad. Estas revoluciones no fueron centralmente dirigidas ni siguieron criterios uniformes en sus métodos y fines, por el contrario, obedecieron a una variedad de condiciones políticas y equilibrios de fuerzas locales que dieron contornos propios a cada uno de estos procesos, emergiendo movimientos nacionales con diferencias sustanciales respecto del proyecto de Estado nación a construir en las zonas dependientes, semicoloniales y subdesarrolladas del globo.<sup>544</sup>

En los medios socialistas, el lenguaje dependentista aparecido durante la posguerra reivindicó insistentemente el derecho de autodeterminación de los pueblos como garantía de independencia y soberanía para las naciones débiles y en proceso de formación. Frente a la lógica antitética del mundo bipolar, sus campos de influencia política y bloques de defensa militar, el PSP, al igual que muchos movimientos populistas y de izquierda en todo el continente, vieron en el *tercerismo* y la diplomacia del no alineamiento una forma de salvaguardar la paz mundial y

---

<sup>544</sup> Leften Stavros Stavrianos, *Global rift: The Third World comes of age*, Nueva York, Morrow, 1981, 623-765.

los intereses de los países débiles, menoscabados e instrumentalizados por la lógica del enfrentamiento entre la URSS y los EE. UU.<sup>545</sup>

La configuración mundial en bloques antagónicos fue vista como una amenaza para la paz y la supervivencia de este grupo de naciones que, dependiendo de su ubicación geográfica y el conjunto de intereses implicados, se enfrentaban constantemente a la amenaza del intervencionismo imperialista de uno u otro bloque. Ante el peligro de que la injerencia de un bloque motive la intervención del otro generando un conflicto entre potencias, como sucedió con la Guerra de Corea, los principios de neutralidad, autodeterminación y no intervención asumieron un lugar central en el discurso antiimperialista del socialismo chileno. En este aspecto *La Calle* escribía:

Hay un falso dilema que sirve de banderín de enganche para la propaganda de hoy para aumentar la carne de cañón mañana. Es el de que existe un campo de la paz y otro de la guerra y un bando de la libertad y otro de la tiranía, así como que naciones de determinado régimen son el progreso y otras la reacción. Cada bloque pretende acorralar a las naciones independientes y a cada hombre para obligarles a tomar partido por alguno de ellos. Naturalmente, la propaganda respectiva agita esos lemas tan pintorescos y necios. La verdad es que ni el bien está encarnado en un bando ni el mal es patrimonio del otro. Ambos marchan entremezclados. Por ello lo conveniente es no entregarse a bloque alguno (...) para todos los pueblos, el imperialismo, no importa cuál sea su disfraz, es el enemigo a combatir y deshacer si se quiere evitar el gran conflicto mundial.<sup>546</sup>

La independencia y soberanía nacional asumieron una renovada importancia en el discurso socialista, ya no únicamente para América Latina, sino también para amplias zonas geográficas en Asia y África cuyo “despertar anticolonial” estaba orientado a superar la dependencia política y el subdesarrollo económico. Los medios socialistas prestaron atención a distintas corrientes diplomáticas y políticas fuera del continente latinoamericano, difundiendo notas sobre distintos procesos de integración e independencia nacional en regiones tan lejanas como la India, Birmania y Egipto, las que destacaron rápidamente por sus dimensiones ejemplificadoras para las fuerzas afines del continente americano.

---

<sup>545</sup> Alfredo Riquelme, “La guerra fría en Chile. Los intrincados nexos entre lo nacional y lo global”, Tanya Harmer y Alfredo Riquelme (eds.), *Chile y la Guerra Fría global*, Santiago, Ril Editores, 2014, 11-44.

<sup>546</sup> “Los bloques y el peligro de guerra”, *La Calle*, 22 de marzo de 1952.

La estrategia antiimperialista también asumió proyecciones mundiales, apuntando en lo global a la integración y ayuda mutua entre los países débiles ubicados en una misma zona geográfica, y llamando a coordinar los esfuerzos nacionales de cada país afectado por el imperialismo<sup>547</sup>. Desde esta lectura, el PSP suscribió a una agenda internacional que promovió la integración política y la coordinación diplomática de los pueblos débiles y en procesos de liberación nacional en el marco de las Naciones Unidas, reuniendo a las naciones representantes de “fuerzas de libertad y deseos de independencia que se transformarán en un alud incontenible y que, por las buenas o por las malas, convencerán a las grandes potencias que en el mundo hay algo más importante que las cotizaciones de Wall Street o los elogios al padre Stalin”.<sup>548</sup> Tras este viraje el discurso revolucionario, antioligárquico, antifeudal y de hondo sentido nacional, quedó ligado a un proyecto antiimperialista que, pese a sus matices y particularidades, alcanzó vigencia para el conjunto de países de las tres regiones.

El PSP adscribió a la “Tercera Posición”, término que en el ámbito internacional fue utilizado para describir a una serie de corrientes políticas que se oponían a la lógica bipolar y excluyente del conflicto entre potencias, y en cambio, promovían la integración y la solidaridad entre pueblos sin distinciones continentales y por encima de las fronteras políticas y discursivas de la Guerra Fría. Esta forma de afrontar la lógica del sistema internacional abrió la discusión socialista al campo de las naciones dependientes y selló un compromiso de solidaridad con movimientos y procesos políticos que, sin ser necesariamente socialistas, destacaron por sus características anticoloniales y emancipadoras. En este aspecto, el discurso antibloquista relevó el sentido nacional de los proyectos políticos descolonizadores, promoviendo el respeto al derecho que cada pueblo tiene para decidir sus derroteros hacia formas de vida superiores sin tener que obligadamente adscribir a alguno de los bandos en pugna.

Más que una corriente intelectual, esta posición fue un conjunto de ideas y compromisos políticos tan laxos como variados fueron sus adherentes y personeros. En el PSP el compromiso con las experiencias nacionales se convirtió en una forma de tomar distancia de los márgenes ideológicos de la disputa entre comunismo soviético y capitalismo, y de relevar, en cambio, los valores de la liberación, autodeterminación e independencia nacionales en cada territorio como ejes de la política antiimperialista. En palabras de Eugenio González, la Tercera Posición del socialismo chileno estaba en línea con la de otros movimientos socialistas mundiales, los que “sin apartarse de su línea histórica, buscan las fórmulas

---

<sup>547</sup> “Integración económica de los países débiles”, *La Calle*, 1 de septiembre de 1951.

<sup>548</sup> “Un Camino para la paz”, *La Calle*, 8 de septiembre de 1951.

eficaces para superar el capitalismo de acuerdo con las condiciones objetivas y subjetivas del país en que actúan”. En Chile, esta posición se traduce “en un esfuerzo para mantener las conquistas civiles, políticas y espirituales de la revolución burguesa, dándoles efectiva significación para el hombre concreto, dentro de una economía socialista”, y agrega “es un intento honrado de coordinar las fuerzas nacionales e internacionales que aspiran a implantar una economía socialista, sin vulnerar la esencia de la democracia política, es decir, la libertad y la dignidad del hombre, considerado como valor eminente”.<sup>549</sup>

Desde esta lectura, nociones como “bloque” militar y “campo” de influencia formaban parte de un lenguaje belicista que denotaba la disposición de las potencias a utilizar la fuerza para mantener su hegemonía. Estas ideas fueron rechazadas por desconocer el carácter nacional y descolonizador de las insurrecciones independentistas en marcha, y fueron vistas como expresiones de un nuevo tipo de imperialismo que limitaba el entendimiento de las fuerzas y gobiernos progresistas a la imposición de un “mando dirigente” basado en una concepción militarista de la política global. Esto fue especialmente válido para analizar el papel jugado por la Unión Soviética en las zonas de Europa Oriental liberadas por el Ejército Rojo, en las cuales la influencia de Moscú se acrecentó por medio de la purga a distintos partidos comunistas nacionales acusados de herejes y antisoviéticos. A propósito de desavenencias entre el Partido Comunista Yugoslavo y la Kominform, *La Calle* dio difusión a una serie de artículos que revisaban los pormenores políticos detrás de la “cortina de hierro”, destacando la resistencia de un grupo de Partidos Comunistas a la influencia de Stalin.

El mariscal Joseph Broz “Tito”, líder de los comunistas yugoslavos, asomó en la prensa partidaria como el “primer rebelde” del bloque del este al plantear la cuestión “de la igualdad de derechos y deberes de los Estados grandes y pequeños de la órbita soviética”.<sup>550</sup> El PCY, expulsado de la Kominform en 1948 por haberse resistido a la dirección política y económica soviética, resaltó pronto como un ejemplo de autodeterminación e independencia nacional, un referente de desarrollo adecuado a las particularidades de la nación balcánica y como una alternativa democrática y socialista al régimen político de la URSS. Los yugoslavos habrían logrado levantar un sistema que, a diferencia del régimen soviético, no burocratizó la revolución ni formó una casta de funcionarios socialmente aventajados, creando en cambio, un régimen de

---

<sup>549</sup> Eugenio González, “El Mercurio y el imperialismo”, *La Calle*, 26 de enero de 1952.

<sup>550</sup> “Rebelión contra el estalinismo detrás de la cortina de hierro”, *La Calle*, 28 de enero de 1950.

democrático que ligó el aparato del Estado directamente con los productores y la economía colectiva.<sup>551</sup>

Los yugoslavos fundaron la república basados en los principios del orden partisano que combatió las invasiones de Alemania e Italia durante la II Guerra Mundial. El auxilio del Ejército Rojo no fue decisivo en la liberación de los Balcanes y sus tropas tampoco ocuparon la región después del conflicto, permitiendo la autonomía política del frente de liberación yugoslavo y la consolidación del liderazgo político de Tito en la región. Pese a que Belgrado necesitaba de la asistencia de Moscú para reconstruir un país devastado por la guerra, la consolidación del PCY en el poder no necesitó de la URSS como en otros países europeos, dotando a los yugoslavos de una independencia que pronto se volvió un ejemplo indeseable para el resto de los Partidos Comunistas de la Kominform.

La ruptura yugoslava-soviética de 1948 y las sanciones posteriores fortalecieron aún más el liderazgo de Tito, quien se benefició políticamente de la disputa con Moscú denunciando la intromisión en los asuntos nacionales y agitando un discurso de resistencia frente al hostigamiento soviético que dio al régimen fama mundial como ejemplo de independencia nacional y resistencia antiimperialista. Paradojalmente, la crisis causada por el bloqueo económico y el hostigamiento militar del bloque del este fueron determinantes en el proyecto de construcción socialista trazado por el PCY, quienes se alejaron del modelo de inspiración soviética original y suscribieron a la Tercera Posición en un intento por descomprimir su situación política y económica acercándose a las potencias de occidente y el mundo decolonial.<sup>552</sup>

Los socialistas se transformaron en difusores de la experiencia y los valores políticos de Belgrado, reproduciendo una serie de declaraciones y documentos oficiales provenientes de Yugoslavia que dejaron entrever una convergencia de opiniones que rápidamente se transformó en una simpatía declarada. El PSP destacó el sentido nacional del socialismo yugoslavo, su discurso crítico del tutelaje soviético y resaltó la posición tercerista e independiente promovida por Tito en el sistema internacional. Según Lazar Lilió, ministro plenipotenciario de Yugoslavia en Chile, el interés principal de Belgrado era mantener la paz y propiciar la cooperación entre los países débiles de todo el mundo, fuera de toda injerencia imperialista y dentro del marco institucional de las Naciones Unidas”,<sup>553</sup> posición del todo coincidente con el discurso antiimperialista del PSP.

---

<sup>551</sup> “Aspectos internacionales”, *La Calle*, 29 de septiembre de 1951

<sup>552</sup> Carol S. Lilly, *Power and Persuasion. Ideology and Rhetoric in the communist Yugoslavia. 1944-1953*, Oxford, Westview Press, 2001, 161-198.

<sup>553</sup> “Yugoslavia defiende su libertad frente al imperialismo soviético”, *La Calle*, 8 diciembre de 1951.

En julio de 1954 la represión policial a un grupo de estudiantes católicos que protestaban contra la llegada de una delegación comercial yugoslava instaló la política del régimen balcánico en el centro del debate público. Los manifestantes denunciaban al jefe de la delegación, Jakov Blazevic, por su rol como fiscal en el encarcelamiento del arzobispo croata Aloysius Stepinac bajo los cargos de traición y sedición. En ambas cámaras, liberales y conservadores protestaron contra la persecución religiosa y la dictadura comunista en Yugoslavia, exigiendo al Gobierno estrictas revisiones para los funcionarios diplomáticos de Tito que desataron la airada protesta de los parlamentarios socialistas, quienes además de sostener la legitimidad del proceso contra el religioso, defendieron los principios democráticos y el carácter pedagógico del régimen socialista yugoslavo. En palabras del senador Raúl Ampuero:

Estimamos que la opinión pública chilena debería seguir con gran interés y extraordinaria simpatía el experimento que se está desarrollando en ese país. Pocas veces se había visto un gobierno desafiar con mayor decisión y simultáneamente a los grandes poderes que buscan la hegemonía militar sobre la tierra. El mérito del mariscal Tito y los comunistas yugoslavos está en que supieron desembarazarse de la tiranía soviética y buscar un camino de independencia para la ideología democrática, en forma de hacerla compatible con un régimen colectivista. La defensa tenaz que han hecho de su política sellando su actuación en el concierto de las naciones civilizadas en forma altiva, implica un conjunto de cualidades dignas de admiración, porque se trata de un país pequeño, como el nuestro. Sus victorias y derrotas, por lo tanto, deben constituir lecciones para todos los países subdesarrollados del mundo.<sup>554</sup>

Con oportunidad de la visita, la directiva del PSP se reunió con Blazevic estableciendo los primeros intercambios formales entre ambas colectividades. Oscar Waiss, asistente a dicha reunión como secretario de relaciones internacionales del socialismo popular, recordaría más tarde que ambas partes notaron rápidamente que compartían “el propósito de no reconocer vaticanos ideológicos, la resistencia al sectarismo y al dogmatismo y un sentido humanista para afrontar los más distintos aspectos de la realidad social”.<sup>555</sup> Antes de abandonar el país, Blazevic dio extensas entrevistas al semanario *La Calle* y a la revista socialista *Nuevos*

---

<sup>554</sup> *Diario de sesiones del Senado. Sesión 12*, 6 de julio de 1954.

<sup>555</sup> Oscar Waiss, *Chile vivo. Memorias de un socialista*, Madrid, Centro de Estudios Salvador Allende, 1986, 109.

*Rumbos*, donde repasó el proceso contra Stepinac, las desavenencias con la Unión Soviética y la guerra de liberación yugoslava, destacando el éxito de la política tercerista seguida por Belgrado a la hora de mantener la “independencia y la libertad fomentando relaciones con los diferentes pueblos del mundo y fortaleciendo siempre el régimen socialista en el país”.<sup>556</sup>

En agosto de 1955 Oscar Waiss y Aniceto Rodríguez fueron invitados oficialmente por la Alianza Socialista de Yugoslavia para conocer la experiencia del país balcánico. Los chilenos visitaron fábricas, sindicatos y consejos obreros por casi todo el país, sosteniendo reuniones con altos funcionarios de Gobierno y líderes políticos que incluyeron al propio Tito. La primera carta enviada por Waiss es decidora de la trascendencia intelectual que tendrá la experiencia de yugoslava en el debate socialista a partir de ese momento: “en Yugoslavia es posible darse cuenta de que el socialismo no es una hueca palabra sin sentido, sino una realidad a la que debemos llegar también en Chile a través de una revolución en la que no tienen lugar ni los vacilantes ni los escépticos”.<sup>557</sup>

El socialismo yugoslavo adquirió un efecto demostrativo para un sector importante de intelectuales del PSP, quienes vieron en la experiencia un tipo de socialismo no dogmático y nacional que echaba abajo algunas de las tesis promovidas por la Unión Soviética. Yugoslavia demostraba que era posible la edificación de un régimen socialista en un país pequeño, afirmaba el contenido antiimperialista de la revolución en los países débiles y demostraba el éxito de formas de construcción socialista alternativas al modelo promovido por Moscú. Sobre este último punto, los enviados del PSP halagaron el conjunto de instituciones y prácticas de participación popular directa en la dirección de los asuntos económicos y sociales, constitutivas de un régimen de Democracia Socialista fundado en el principio de la autogestión obrera. Según Waiss, la democracia directa y la autogestión “tienen actualmente la misma importancia que tuvo la comuna de París para la exégesis de Marx y de Engels, o sea representa la forma que la propia vida ha encontrado para arrasar con todo totalitarismo burocrático que deforma el proceso social”, demostrando que, “si el socialismo como dirección general del proceso social era uno, los caminos y las formas de su desarrollo son distintos de acuerdo con las condiciones de cada país”.<sup>558</sup>

Para algunos sectores del PSP, el régimen de Tito era una aplicación casi prístina del socialismo en el mundo, la expresión auténtica de un

---

<sup>556</sup> “Blazevic dijo...”, *Nuevos Rumbos* 3, septiembre de 1954.

<sup>557</sup> Oscar Waiss, “Primeras impresiones sobre Yugoslavia, *La Calle*, segunda quincena de septiembre de 1955. Waiss publicaría más tarde un libro con las experiencias y apreciaciones de su visita llamado *Amanecer en Belgrado*, Santiago, Editorial Prensa Latinoamericana, 1956.

<sup>558</sup> Oscar Waiss, “Yugoslavia y la democracia”, *La Calle*, segunda quincena de octubre de 1955.



movimiento que da “amplio curso en su interior a la democracia interna en armonía con el centralismo democrático que, a la vez, permita el amplio funcionamiento de un trabajo directivo en equipo, como único medio de evitar caer en la exaltación exagerada de un hombre o una personalidad”.<sup>559</sup> Esta forma particular de construir una sociedad socialista sin caer en el totalitarismo ni en la burocratización, y la perseverancia en dicho camino pese a la agresión de la URSS, se alzaron como dimensiones ejemplificadoras y demostrativas de las dinámicas de la política internacional de bloques y la preponderancia de las condiciones nacionales en el proceso de construcción socialista.

La experiencia Yugoslava delinea en el imaginario socialista los valores y posibilidades de una política internacional de carácter antiimperialista e independiente, rescatando la posibilidad de construir expresiones socialistas novedosas sin recurrir a tutelaje político alguno y de acuerdo con las particularidades de cada país. En este aspecto, Raúl Ampuero, luego de regresar de su primera visita al país balcánico destacaba que “el camino yugoslavo al socialismo” tiene su origen “en las condiciones creadas por el hecho de que el pueblo yugoslavo fue el único que se libertó a sí mismo de la presión alemana después de la II Guerra Mundial, lo que señaló un pensamiento político original, extraído de la propia experiencia nacional”, proceso que se habría afianzado luego del bloqueo económico de la URSS “señalando los caminos del desenvolvimiento político propio” encarnados en la autogestión y en una novedosa forma de organización del poder político y la participación popular.<sup>560</sup>

En suma, Yugoslavia fue una forma de construcción socialista que mereció especial atención en tanto se alejó del dogmatismo y la censura política impuesta por la URSS a su campo de influencia, transitando por un camino propio que para el momento de los contactos con el socialismo chileno se encontraba en pleno desarrollo. En palabras de Juan Reyes, dirigente de las juventudes del PSP que visitó el país: “se nota a simple vista de que allí existe una verdadera democracia, donde participan activamente los trabajadores. En Yugoslavia se está aplicando en forma efectiva el socialismo marxista y revolucionario de acuerdo con las condiciones que imperan en ese país (...) Considero que Yugoslavia es en este momento la experiencia más grande que existe en esta época de la historia”.<sup>561</sup>

Después de este primer encuentro el socialismo criollo levantó el proceso yugoslavo como un referente modélico de convivencia

---

<sup>559</sup> Aniceto Rodríguez, “Homenaje a la República de Yugoslavia en su aniversario patrio”, *Diario de Sesiones del Senado. Sesión 10*, 28 de noviembre de 1956.

<sup>560</sup> Raúl Ampuero, “En Yugoslavia el socialismo no sacrifica la libertad de hoy por la de mañana”, *Boletín del Comité Central del PS* 3, noviembre-diciembre 1957, 4.

<sup>561</sup> “Conoció 21 países el dirigente juvenil del PSP”, *Las Noticias de Última Hora*, viernes 3 de febrero de 1956.

internacional y construcción socialista. A través de la editorial *Prensa Latinoamericana*, el semanario *Izquierda* y la revista *Nuevos Rumbos* se intensificó la difusión de material teórico, político y organizacional yugoslavo, y se siguieron de cerca los avatares internacionales y debates ideológicos de personeros centrales del régimen, como el economista y responsable del sistema de autogestión obrera Edvar Kardelj, el diplomático esloveno Bogdan Osolnik y el propio Mariscal Tito. Además, se generó un rico intercambio de delegaciones y visitas oficiales que acercaron a los socialistas chilenos al grupo de países no alineados en 1961 y a diversas conferencias intercontinentales de los pueblos semicoloniales y dependientes. La relación fue bidireccional, y mientras los chilenos hicieron de difusores y promotores de los intereses de la diplomacia Yugoslava en Chile, los balcánicos sirvieron de puente para que los chilenos intensificaran sus intercambios con experiencias no comprometidas en otras regiones del globo.

En 1955 se reunieron en la ciudad indonesia de Bandung los representantes de veintinueve naciones afroasiáticas con el fin de favorecer el intercambio libre de tendencias colonialistas y neocoloniales entre estas zonas del globo. La conferencia extendió el uso del término “Tercer Mundo” para referirse a amplias zonas geográficas que comparten una realidad de dependencia, subdesarrollo y un pasado colonial reciente. Este grupo de naciones afirmó el despertar anticolonial y su total independencia para afrontar el problema de la construcción nacional y decidir sus propios caminos para superar el subdesarrollo. Pese a declararse por encima de la lógica de la Guerra Fría, lo cierto es que muchos de estos procesos nacionales y el movimiento mismo se vieron rápidamente influenciados por las opciones diplomáticas, políticas y los discursos ideológicos propios del conflicto entre potencias.<sup>562</sup>

En Chile, el PSP hizo eco de la posición “moralmente rectora” de la conferencia afroasiática, destacando el despertar anticolonial, la afirmación de la independencia política, el rechazo a la intervención extranjera y la lucha por la paz como principios orientadores de una política internacional favorable a los intereses de las naciones débiles.<sup>563</sup> La adhesión de Yugoslavia, la Liga Socialista Asiática y la Internacional Socialista al movimiento de países dependientes y coloniales le otorgó nuevas perspectivas a la idea de la Tercera Posición en el campo internacional, transformándose en una alternativa antiimperialista, anticolonial y socialista

---

<sup>562</sup> Odd Arne Westad, *The Global Cold War. Third World interventions and the Making of Our Times*, Nueva York, Cambridge University Press, 2005, 73-109.

<sup>563</sup> “Posición internacional del Socialismo Popular”, *La Calle*, primera quincena de septiembre de 1955.

con perspectivas para las dormidas naciones semicoloniales de América Latina, cuyo ejemplo más notable seguía siendo Bolivia.<sup>564</sup>

La soberanía, independencia y autodeterminación nacionales fueron los conceptos centrales de la política socialista frente a la Guerra Fría, condenando por igual las tendencias imperialistas soviéticas y occidentales. En 1956 el Senado fue el escenario de una ardua discusión sobre la invasión anglo-francesa de Egipto y la intervención soviética de Hungría, sucedidas con solo días de diferencia. El rol de la Unión Soviética en el caso húngaro resultaba particularmente complejo, considerando las distancias existentes en materia internacional entre socialistas y comunistas al interior del FRAP. Allende en representación del PS y Ampuero por el PSP expresaron conceptos similares para condenar ambas agresiones, argumentando en favor del derecho que cada nación tiene para darse el régimen de gobierno que desee y a disponer de sus bienes nacionales libre de injerencias extranjeras.

El discurso de Allende fue una reivindicación de los valores anticoloniales y de la independencia de las naciones débiles. En este sentido, la nacionalización del canal de Suez por parte del general Gamal Abdel Nasser fue defendida como parte del ejercicio soberano y nacional del Gobierno egipcio, libre de buscar sin injerencias de ningún tipo sus propias vías para superar el capitalismo. Un argumento similar fue utilizado para defender la insurrección en Hungría y condenar la intervención de las tropas soviéticas, sin embargo, la dimensión ideológica de este acontecimiento tuvo un ingrediente especial debido a la alianza socialista-comunista. El argumento del PC para condenar a los rebeldes húngaros fue la existencia de un movimiento de carácter fascista y antisoviético, sin embargo, la posición socialista al respecto fue tajante:

Nosotros, que somos partidarios de la autodeterminación de los pueblos, no podemos dejar de expresar claramente nuestra palabra condenatoria de la intervención armada de la Unión Soviética en Hungría. Ni aun con el pretexto de aplastar un movimiento que significara la limitación de las conquistas sociales o económicas que pudiera haber alcanzado el pueblo húngaro y la vuelta a formas políticas caducas, justificaríamos nosotros la intervención de una potencia extranjera. Y mantenemos esta actitud cualquiera que sea el país que se trate.<sup>565</sup>

---

<sup>564</sup> “La tercera posición en América Latina”, *La Calle*, primera quincena de noviembre de 1955.

<sup>565</sup> “Sucesos en el medio oriente y en la Europa Central”, *Diario de Sesiones del Senado. Sesión 5*, 7 de noviembre de 1956.

Raúl Ampuero por el PSP expresó argumentos similares, insistiendo en la actitud permanente de su partido a la hora de condenar la política internacional soviética y su “pretensión de exportar la revolución llevándola en la punta de las bayonetas del Ejército Rojo”. Hungría y Egipto eran una violación flagrante al derecho de autodeterminación de los pueblos, similares por su brutalidad y prácticamente idénticas considerando “la diferencia potencial y material que existe entre el agresor y el agredido. En ambos casos, los socialistas populares condenamos esta intervención; en ambos nos colocamos al lado de los pueblos que, mediante sus propios esfuerzos, procuraban darse un régimen de independencia y de libertad, y en lo posible, un régimen progresista de convivencia social”.<sup>566 567</sup>

La desestalinización y la libertad reconocida a las naciones socialistas para decidir soberanamente sobre sus asuntos decretada por el PCUS en 1956 dieron a la diplomacia Yugoslava, acostumbrada a defender su independencia y autodeterminación, una legitimidad inusitada sobre otras naciones alineadas con los conceptos de la neutralidad, el socialismo y la paz. Belgrado vio en las naciones del Tercer Mundo un campo propicio para transformarse en un ejemplo y asumir posiciones dirigentes en el nuevo bloque en ciernes, pero también, para erigirse como un modelo de revolución socialista alternativo frente a este conjunto de naciones en búsqueda de un proyecto nacional.<sup>568</sup> Los socialistas chilenos, inclusive después de su reunificación en 1957, desarrollaron una posición internacional alineada con los valores del neutralismo y el Tercer Mundo que permearon el discurso partidario sobre la revolución en Chile y América Latina, y que modificaron la red de intercambios y referentes ideológicos del partido. En este sentido, el PS suscribió a las tesis y los valores del liderazgo yugoslavo, en línea con el interés permanente por salvaguardar la independencia política, el sentido nacional de la ideología y una posición libertaria frente a la Guerra Fría.

En términos internacionales el PS ligó al continente americano programática y discursivamente con el resto de las zonas geográficas semicoloniales y dependientes del globo. Desde esta posición, el discurso socialista sostuvo una crítica permanente a la lógica de bloques, que a partir de la década de 1960 asumió una perspectiva distinta ligada a la Revolución cubana y la cercanía del Gobierno demócratacristiano a la Alianza para el Progreso y los EE. UU.

En 1961 se reunieron 25 jefes de Estado en la ciudad de Belgrado, dando origen al Movimiento de Países No Alineados. La reunión fue la

---

<sup>566</sup> *Idem.*

<sup>567</sup> La polémica sobre Hungría al interior del FRAP tuvo un nuevo capítulo en 1958, cuando el líder nacionalista húngaro Imre Nagy fue fusilado por orden de Moscú.

<sup>568</sup> Robert Niebuhr, *The search for a Cold War legitimacy. Foreign policy and Tito's Yugoslavia*, Balkan Studies Library, vol. 22, Leiden, Brill, 2018, 87-130.

formalización de los sucesivos encuentros internacionales iniciados por las naciones afroasiáticas en 1950 y significó la consolidación de una alternativa diplomática y política a los bloques internacionales en disputa. La conferencia se pronunció ante la posibilidad de que el enfrentamiento entre potencias pudiera desembocar en una nueva guerra mundial, siendo las zonas de Asia, África, América Latina y Europa las más afectadas por el belicismo en ascenso. La posición antibloquista asumida por estos países propuso erradicar las tendencias colonialistas causantes de los conflictos en estas regiones y se pronunció a favor de la autodeterminación y soberanía nacionales y el respeto irrestricto al camino que cada nación sigue para resolver el problema de su sistema político y desarrollo económico de acuerdo con sus condiciones, necesidades y posibilidades

La conferencia fue seguida con interés por los medios socialistas, que resaltaron sus proyecciones para el continente americano. La política de las naciones “no bloquistas” planteaba de frente el problema de la soberanía como principio para el mantenimiento de la paz, lo que se tradujo en un compromiso anticolonial y antiimperialista que caló hondo en la intelectualidad socialista. Este nuevo neutralismo, activo y comprometido con las independencias nacionales y el activismo antiimperialista, representó para el PS una serie de valores políticos con vigencia para el continente americano, inclusive cuando la región estuvo formalmente representada en la conferencia solo por la Cuba de Fidel Castro y Brasil como miembro observador. En palabras de Federico Klein: “Los pueblos de América Latina, comprimidos en un sistema político y social impuesto, en su esencia, por el imperialismo norteamericano y las minorías oligárquicas, y anhelosos de construir una sociedad más libre y justa, han sido plenamente interpretados en las declaraciones de la Conferencia Belgrado y deben sentirse profundamente alentados en su lucha por provocar esos cambios”<sup>569</sup>. La conferencia terminó dando un nuevo estatus al liderazgo internacional yugoslavo que se reflejó en los círculos socialistas, quienes vieron en el movimiento de países no alineados la consolidación de las tesis y valores de la tercera fuerza defendida por los socialistas balcánicos desde 1948.<sup>570</sup> Durante la década de 1960 Tito ostentó una posición de liderazgo internacional reconocida por las potencias occidentales, la URSS y los países no bloquistas. En Chile, la experiencia yugoslava comenzó a ser relevada como una alternativa socialista a la tesis soviética de la coexistencia pacífica y a la subordinación económica del imperialismo norteamericano. En este sentido, la política de no compromiso representó una forma de afrontar la lógica bipolar del mundo de la Guerra Fría que incluyó un

---

<sup>569</sup> Federico Klein, “La conferencia de Belgrado y América Latina”, *Arauco* 20, septiembre de 1961, 2.

<sup>570</sup> “Ventana al mundo: el camino yugoslavo”, *Izquierda* 3, primera quincena de agosto 1961.

proselitismo comprometido con los valores del anticolonialismo, la autodeterminación, la paz y la unidad antiimperialista americana y global, relevando los conceptos del desarrollo nacional y la defensa de la soberanía como principios del socialismo chileno.<sup>571</sup> Después de Belgrado, las simpatías chilenas por Tito no se circunscribieron exclusivamente a los espacios partidarios, siendo galardonado en 1963 con el grado de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Chile, de manos del entonces rector y militante del PS Eugenio González, quien destacó el compromiso con la paz y la independencia de los pueblos impulsado por el mariscal en todo el mundo después de 1961.<sup>572</sup> La experiencia Yugoslava ocupó un lugar fundamental en los imaginarios políticos de los socialistas chilenos durante toda la década de 1950, transformándose en un ejemplo modélico de democracia socialista acorde a sus particularidades nacionales, y de autodeterminación y resistencia antiimperialista frente a la lógica de bloques. El PS vio en la revolución yugoslava políticas que le eran comunes como la reforma agraria y la nacionalización de los sectores productivos, aplicadas de hecho sin caer en la excesiva “burocracia policiaca” ni el dogmatismo del bloque comunista, y cuyo hostigamiento sirvió de experiencia para configurar un pensamiento político propio y una alternativa socialista y no dogmática al enfrentamiento entre potencias.<sup>573</sup> Como diría el propio Allende algunos años más tarde, Yugoslavia abrió “las expectativas de construcción de un gobierno popular revolucionario que camina hacia el socialismo integral”.<sup>574</sup> En este aspecto, el periódico juvenil *Barricada* escribía:

La experiencia yugoslava, particularmente aleccionadora para los pueblos débiles como el nuestro, nos indica con claridad meridiana, que en la aplicación del marxismo-leninismo es indispensable tomar fundamentalmente en cuenta las especiales condiciones de desarrollo nacional. Tratar de forzar las realidades con el objeto de cumplir con el esquema o la consigna de turno es una aberración impresentable. Esta gran verdad, es un producto de la inmensa lucha desplegada por los pueblos yugoslavos para hacer comprender su histórica experiencia.<sup>575</sup>

---

<sup>571</sup> Salomón Corbalán, “La conferencia de Belgrado”, *Izquierda* 4, segunda quincena de agosto de 1961, 4.

<sup>572</sup> “Discurso de Eugenio González Rojas, Rector de la Universidad de Chile”, *Anales de la Universidad de Chile*, septiembre–diciembre de 1963.

<sup>573</sup> Julio Cesar Jobet, “Yugoslavia, Democracia Socialista”, *Arauco* 22, noviembre de 1961, 26-37.

<sup>574</sup> Salvador Allende, “Homenaje a la República Popular de Yugoslavia”, *Diario de sesiones del Senado. Sesión* 45, 15 de diciembre de 1965.

<sup>575</sup> “Dos experiencias históricas”, *Barricada*, julio de 1962.

Las transformaciones del mundo comunista y las desavenencias surgidas en su seno en torno a la política de coexistencia pacífica alcanzaron uno de sus puntos álgidos con la controversia Chino-Soviética durante la década de 1960. Para el PS, cuya reflexión se encontraba cada vez más mundializada a través de los marcos interpretativos tercermundistas, la beligerancia entre ambos colosos replanteaba el orden y las lógicas del movimiento comunista internacional, dividido entre dos lecturas político-ideológicas sobre el imperialismo a escala mundial que reclamaban el rol dirigente de la izquierda global. El desencuentro se remonta a la década de 1950 y obedeció tanto a la política de desestalinización promovida por el XX Congreso del PCUS, como a las tentativas chinas por buscar caminos independientes en desmedro de los modelos de desarrollo industrial, político y económico promovidos por la URSS. Sin embargo, la ruptura política entre los partidos comunistas de Moscú y Pekín en su fase más aguda fue particularmente ideológica y puso en entredicho públicamente el rol de la URSS en el desarrollo de los movimientos revolucionarios nacionales y liberadores en todo el mundo en favor del liderazgo chino.<sup>576</sup>

Durante la década de 1950 los medios del PSP destacaron el sentido nacional y el contenido antiimperialista de los comunistas chinos una vez que estos se afianzaron en el poder, llegando a especular sobre un posible camino revolucionario independiente atendiendo a las características particulares de China. Mao Tse Tung, líder del nuevo régimen, llegó a ser visto como un “nuevo Tito” para el campo socialista y una alternativa antiimperialista al bloque soviético.<sup>577</sup> Sin bien el discurso chino insistió en una posición antiimperialista y en que los modelos revolucionarios no pueden ser importados ni exportados, la cooperación con la URSS desalentó las posibilidades de desarrollar un proceso nacional según la mirada del socialismo popular.<sup>578</sup>

Durante la década de 1960 el socialismo y el anticapitalismo se transformaron en expresiones recurrentes de los líderes tercermundistas, instalando a estas regiones en los marcos discursivos de la disputa global entre potencias. En este contexto, el PCUS extendió la vigencia de las tesis de la coexistencia pacífica al Tercer Mundo, señalando que en estas naciones era posible transitar pacíficamente al socialismo por medio de gobiernos democráticos de liberación nacional capaces de agrupar a las fuerzas progresistas nacionales. La URSS apoyó “vías no capitalistas de desarrollo” en Asia, África y América Latina, promoviendo programas de

---

<sup>576</sup> Danhui Li y Yafeng Xia, *Mao and the sino-soviet Split. 1959-1973. A new history*, The Harvard Cold War studies book series, Lanham, Lexington Books, 2018, 45-93.

<sup>577</sup> “Perspectivas de la revolución China”, *La Calle*, 17 de diciembre de 1949.

<sup>578</sup> “¿Revolución auténtica o cambio de amo en China?”, *La Calle*, 29 de abril de 1950.

consolidación nacional y modernización económica con perspectivas de construcción socialista, en un intento por incluir a estas regiones al campo de influencia soviética y probar la viabilidad del régimen socialista para los Estados recientemente independizados. Para China, en cambio, las vías no capitalistas de desarrollo en el Tercer Mundo debían seguir el principio de la independencia nacional y el antiimperialismo, rechazando cualquier intento de ser coaptadas por los grandes bloques militares y el sistema internacional de las Naciones Unidas. La política de desarme, el acercamiento de Moscú a los EE. UU. y la emergencia de una tendencia neutralista apoyada en términos generales por la URSS fueron una clara muestra de revisionismo para Pekín, que comenzó a promover una vía antiimperialista alternativa y más radical para las regiones de Asia, África y América Latina.<sup>579</sup>

La división se comenzó a hacer evidente con el XXII Congreso del PCUS en 1961, el que según los medios socialistas persistió en sus acusaciones contra Yugoslavia, atacó las discusiones ideológicas de los comunistas chinos y sostuvo el carácter pacífico de la revolución comunista. Los chinos sostuvieron el derecho a hacer su revolución según sus propios rumbos y señalaron que la coexistencia pacífica tiene una validez transitoria para la política de bloques, puesto que la guerra resultaría inevitable ante el choque entre los imperialismos y las fuerzas nacionales e independentistas en todo el mundo. Las tesis de Pekín señalaron que la violencia era parte consustancial de un proceso ascendente de las luchas populares, siendo un hecho vital para el éxito de los procesos revolucionarios. Al igual que los yugoslavos, los chinos plantearon que las nuevas condiciones mundiales impiden la acción unilateral del imperialismo por sobre las naciones más débiles, rechazando de plano toda política proveniente de la URSS. En esta lectura, los pueblos ubicados en los márgenes de la pugna entre grandes bloques poseían plena libertad para llevar adelante la construcción del socialismo sin injerencia ni mando político alguno. Sin embargo, y pese a las aparentes coincidencias, el PS criticó la idealización del estalinismo y la aparente predisposición China a romper con las lógicas de la coexistencia pacífica, las cuales más allá de toda crítica eran preferibles frente a un eventual conflicto armado superior.<sup>580</sup>

Por una parte, para los medios socialistas las independencias de los países subdesarrollados confirmaban una realidad: las luchas por la emancipación nacional y el socialismo en clave antiimperialista y descolonizadora eran la expresión viva de la descomposición del imperialismo a escala mundial. Por otra parte, la querrela china reconfiguraba el campo de los países socialistas en torno a los centros

---

<sup>579</sup> Jeremy Friedman, *The Shadow Cold War: The Sino-Soviet Competition for the Third World*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2015, 60-101.

<sup>580</sup> “Un paso atrás”, *Izquierda* 6, primera quincena de noviembre de 1961.



dirigentes de Moscú, Pekín y Belgrado, cada uno representante de tesis, valores y fuerzas internacionales con vigencia para todo el Tercer Mundo. Más allá de las posiciones en controversia, el PS estimó que ante la multiplicidad de procesos revolucionarios en marcha y la diversidad del mundo subdesarrollado, se debía volver a los principios del internacionalismo proletario, promoviendo una coexistencia activa entre aquellos países que perseveran en la construcción del socialismo, que debiese traducirse en el apoyo irrestricto, material y político, a todos los procesos de independencia nacional más allá de los intereses estratégicos de los dos grandes bloques en pugna y de las fronteras nacionales.

En 1963 lo que fue una polémica latente derivó en una ruptura irreconciliable entre ambos partidos comunistas. Pekín acusó a la URSS de haber traicionado a Cuba durante la crisis de los misiles y de incurrir con cada vez más frecuencia en concesiones con el imperialismo, conclusiones que fueron apoyadas por los comunistas vietnamitas y otros partidos asiáticos que también acusaron el “revisiónismo”, el excesivo pacifismo y la transacción soviética con los EE. UU. Cuba y Vietnam fueron agitados como banderas simbólicas de la lucha antiimperialista, demostrativas del carácter violento e independentista de las luchas por la liberación y el socialismo en el Tercer Mundo, distanciando definitivamente al PC chino de la política de coexistencia pacífica y del neutralismo activo y “no beligerante” promovido por Tito y el movimiento de países no alineados.<sup>581</sup>

Para el PS la división demostraba el cambio en la correlación de fuerzas de los países socialistas, donde la URSS había dejado de ser la única revolución exitosa perdiendo su hegemonía sobre el movimiento socialista internacional. Con estos acontecimientos, el socialismo reafirmó su posición crítica respecto de los campos de influencia y los bloques militares siguiendo el compromiso no beligerante propuesto por Belgrado. Las tesis del Partido Comunista Chino daban mayor importancia a las luchas de liberación nacional, relevándolas por sobre la lógica militar del enfrentamiento entre potencias. Pekín también criticó la política de bloques acusándola de subordinar los procesos políticos nacionales a los intereses estratégicos y militares del imperialismo soviético y norteamericano. Esta posición, resumida en la consigna de Mao “dejad que florezcan cien flores”, concordaba con algunas de las tesis del PS y sus definiciones antiimperialistas, quienes declaraban que “el centro de la tempestad se sitúa en la periferia del globo, en las extensas zonas que pagan con su miseria y su retraso la prosperidad de las naciones poderosas”.<sup>582</sup> En este sentido:

---

<sup>581</sup> Friedman, *op. cit.*, 105.

<sup>582</sup> Raúl Ampuero, “Sobre la controversia chino-soviética. Un desafío al marxismo”, *Izquierda* 6, 17 de agosto de 1963. Este comentario crítico originalmente formó parte de una exposición al Comité Central del PS y fue reeditado un año más tarde por la editorial Prensa

Al decir que la clave de la situación mundial se halla en los conflictos planteados entre las revoluciones nacionales y el imperialismo no negamos el papel del proletariado internacional como protagonista de los cambios que sacuden al mundo en esta fase de declinación del capitalismo; solo nos limitamos a señalar la crisis que -en la actualidad- está contribuyendo con mayor eficacia a eliminar todo régimen de explotación. Por su sentido anticapitalista entendido como un sistema mundial; por la participación determinante de los trabajadores en su gestación y desarrollo, aunque el proletariado industrial sea, a veces, un núcleo incipiente; por la radicalización ideológica inevitable en toda revolución que se enfrenta resueltamente a los problemas objetivos, independientemente de sus tendencias doctrinarias originales, las luchas anticolonialistas y antiimperialistas ocupan un lugar destacado en el surgimiento de un mundo nuevo.<sup>583</sup>

El PS concordaba con algunos aspectos propuestos por China, como el apoyo a los movimientos de liberación nacional incluso cuando estos toman los cauces de la lucha armada, sin embargo, criticó la posición beligerante de Pekín por desestimar la posibilidad de un enfrentamiento nuclear a escala global. La directiva del PS guardó distancias de una polémica entre partidos que se acercaba peligrosamente a una contienda entre Estados, sin embargo, tampoco ocultó sus sospechas a lo que consideraba un intento imperialista de Mao sobre Asia. El PS criticó el endurecimiento de la política internacional China, cada vez más beligerante y belicista contra occidente y la propia URSS. Los socialistas “no creemos en la posibilidad de una coexistencia, pacífica o activa, aunque tenemos plena conciencia de que él movimiento socialista desea y defiende la paz”.<sup>584</sup>

Pese a la distancia de la directiva de Raúl Amero con la polémica, un grupo de autoconvocados del PS en colaboración con militantes del PC aprovecharon un acto conmemorativo por el XIV aniversario de la Revolución china para formar el Movimiento de Apoyo a la Revolución Antiimperialista (MARA), contrariando las posiciones oficiales adoptadas por socialistas y comunistas.<sup>585</sup> El socialista Tito Stefoni, exmilitante del

---

Latinoamericana bajo el nombre “El socialismo en el mundo de hoy” junto a las resoluciones sobre política internacional del XX Congreso socialista de Concepción.

<sup>583</sup> *Ibid.*

<sup>584</sup> “Coexistencia o guerra. Alternativa para la paz”, *Cuadernos de información política* 4, 1960, 5.

<sup>585</sup> “Nuestra posición frente a las discrepancias Chino-Soviéticas”, *Boletín del Comité Central del PS* 31, agosto-septiembre-octubre de 1963. Al acto concurren militantes y dirigentes sindicales socialistas y comunistas, por estos últimos, destacó la presencia del escritor y posterior decano de la Facultad de Filosofía y Educación del instituto pedagógico de la Universidad de Chile Armando Cassigoli.

trotskista Partido Obrero Revolucionario y director de la revista *Polémica*, apoyó la creación del MARA y dio cuenta de una interpretación distinta respecto de la ruptura sino-soviética. Para Stefoni, las querellas del campo socialista eran una nueva etapa de la crisis del burocratismo y el monolitismo del PCUS, mismas tendencias que habrían explicado la ruptura yugoslava cuando Stalin aún seguía con vida. El imperativo antiimperialista chino cobraba especial importancia para las naciones del Tercer Mundo al abogar por un nuevo curso del proceso revolucionario mundial, cuya dirección y estrategia quedaba exclusivamente en manos de las fuerzas nacionales de liberación. En este sentido, la controversia más que una crisis denotaba una tendencia progresiva en el movimiento comunista mundial, contraria a los mandos únicos y al pacifismo interesado de las directivas soviéticas sin que esto implicara un compromiso cerrado frente al estalinismo de Mao y las posiciones de Pekín.<sup>586</sup>

En los medios socialistas la disputa entre Moscú y Pekín apareció como un intento chino por remplazar a la URSS y asumir una posición dirigente que obedecía a la lógica del enfrentamiento bloques militares. Las fracturas del movimiento comunista mundial instalaron en el PS la necesidad de crear una nueva fuerza en el espacio internacional capaz de recoger, sin pretensiones monolíticas de índole política o ideológica, las nuevas experiencias de lucha por la liberación e independencia nacional. Con matices, el discurso socialista volvió a rechazar las instancias internacionales del movimiento obrero como la Internacional Socialista y las internacionales soviéticas, consideradas caducas y anacrónicas ante el despertar anticolonial de los pueblos débiles. En cambio, el afán internacionalista comenzó a abogar por una instancia internacional de nuevo tipo, que lograra comprender y recoger las experiencias de los procesos de liberación nacional exitosos a la hora de generar sus propias vanguardias y experimentar sus propios derroteros sin acudir a las de nuevo desdeñadas fórmulas de la “escolástica revolucionaria”.

Desde la lectura socialista, si bien era innegable que los Partidos Comunistas supieron dirigir exitosamente procesos revolucionarios en base a una “estrategia inventiva y autóctona” en China y Yugoslavia, también es cierto que en otros lugares —como Europa Oriental— fue necesario del auxilio militar soviético para instaurar o mantener el régimen, o bien, esta política solo logró avances significativos en la periferia del bloque comunista, como en los casos Corea o Vietnam. Lo anterior, sumado a las diversas escisiones internas, reflejaba el fracaso de la estructura internacional de mando único planteado por la Unión Soviética. En este sentido

---

<sup>586</sup> Tito Stefoni, “En el XIV Aniversario de la Gran Revolución China”, *Polémica* 10, octubre de 1963.

Planteadas bajo diferentes banderas ideológicas, las dificultades sucesivas de la unión soviética con Yugoslavia, Albania y, ahora China; lo mismo que las convulsiones operadas antes en Polonia, Alemania Oriental y Hungría, son otros signos de crisis de una estructura extemporánea e ineficaz. Para contener todas las fuerzas vivas de la revolución en marcha, para juzgar con rigor científico y no con criterios escolásticos la marcha de los procesos; para constituir un sistema verdaderamente justo y democrático de relaciones entre las fuerzas nacionales empeñadas en la tarea, la crisis presente debe dar lugar a una reintegración en un plano nuevo y superior (...) Para nosotros, la mera sustitución de la hegemonía soviético por el liderato chino carece de trascendencia sustantiva.<sup>587</sup>

Si bien el PS contestó y debatió cada una de las polémicas surgidas en materia internacional mantuvo principios básicos inalterables en este sentido. El PS siguió rechazando la política de bloques, inclusive cuando la irrupción de Mao y la revolución cultural China tendieron a disputar la hegemonía del campo socialista con la Unión Soviética. Tampoco dejaron de relevar la importancia de las particularidades nacionales y americanas a la hora de definir las estrategias y formas de movilización para la conquista del poder y la revolución en los países del Tercer Mundo. La negativa constante a lógica de bloques fue expresión del rechazo permanente a la dirección única del movimiento revolucionario mundial, y reflejó la diversidad de las fuentes y adscripciones ideológicas de la intelectualidad socialista.

El antiimperialismo fue el aparato discursivo utilizado por el socialismo chileno para rechazar las pretensiones ideológicas de Pekín, Moscú y Washington en todo el Tercer Mundo, relevando en cambio los valores de la independencia, la soberanía y la autodeterminación como principios elementales de la posición internacional del partido. Durante la década de 1960 la reflexión sobre el espacio latinoamericano y el discurso de la unidad continental asumieron nuevos valores. Una vez más, la creación de un diagnóstico y una estrategia antiimperialista común a todo Latinoamérica coparon la reflexión internacional del partido. Esta vez, la reflexión estuvo cruzada por la experiencia de una revolución americana victoriosa, abiertamente antiimperialista, popular y sobre todo socialista, que asumió un papel protagónico para la intelectualidad del PS. La Revolución cubana, inicialmente caracterizada como una gesta nacional e independista pronto asumió características ejemplificadoras para todo el

---

<sup>587</sup> Partido Socialista de Chile, *El Socialismo ante el mundo de hoy*, Santiago, Ediciones Prensa Latinoamericana, 1965, 32-33.

continente, repercutiendo en el discurso y los valores antiimperialistas y revolucionarios del PS.

### **4.3 *Una revolución en castellano. La Revolución cubana y la continentalización de la estrategia antiimperialista***

Durante la década de 1950 las dos facciones del socialismo mundializaron sus posiciones a la hora de caracterizar el fenómeno de la penetración imperialista. La política antiimperialista tomó un sentido común para las regiones de Asia, África y América Latina, permeando el lenguaje y las ideas respecto del proceso revolucionario en el continente americano con los valores del tercermundismo. Siguiendo el ejemplo del MNR boliviano, el PSP desarrolló una posición “nacional revolucionaria” que hizo de la nacionalización de los recursos naturales, la modernización, y la integración política y económica de las naciones americanas un programa antiimperialista de alcances continentales. En este aspecto, el compromiso antiimperialista del socialismo en la región se tradujo en una simpatía declarada con procesos y gobiernos que sin ser abiertamente socialistas avanzaban en realizaciones de tipo nacional, antiimperialista, antioligárquico y antifeudal.

Los valores de la dependencia y el subdesarrollo hicieron del antiimperialismo socialista una política de alcances mundiales, configurando un discurso que sospecho de la inversión extranjera, rechazó los pactos de colaboración militar y toda acción injerencista en las regiones coloniales y semicoloniales del globo. En América Latina, el discurso del PS personificó la amenaza imperialista en la penetración económica y militar norteamericana. El retraso y el subdesarrollo de la región se explicaban por la hegemonía de la potencia del norte, su desarrollo industrial y su natural proyección geográfica hacia los países del sur. El desarrollo del imperialismo en América Latina imprimió características comunes al proceso emancipador continental, derivadas de una subordinación compartida al imperialismo de los EE. UU. Según Julio Cesar Jobet, “los pueblos de Latino América viven una etapa semicolonial y semifeudal, en la que los personeros del latifundio y del imperialismo determinan la orientación política de cada país y la trayectoria de sus relaciones internacionales”.<sup>588</sup> Este nuevo diagnóstico sobre el imperialismo norteamericano instaló a la potencia del norte como una amenaza para la autodeterminación continental que relevó las características nacionalistas y antiimperialistas de la revolución americana.

---

<sup>588</sup> Julio Cesar Jobet, “El socialismo y su lucha antiimperialista”, *La Calle*, 13 de diciembre de 1952.

En Latinoamérica, la primera fase del conflicto bipolar repercutió sobre las agendas nacionales de ampliación democrática y participación social, no obstante, el conflicto no golpeó a la región con la intensidad registrada en Europa o Asia. En 1954 el golpe de Estado en clave anticomunista perpetrado por la CIA contra Jacobo Árbenz, presidente en ejercicio de Guatemala, demostró la potencialidad de la política de seguridad hemisférica norteamericana en el continente, revelando como las fracturas políticas e ideológicas de la Guerra Fría podían radicalizar los conflictos locales.<sup>589</sup> En Chile, las maniobras diplomáticas norteamericanas contra Guatemala motivaron una serie de protestas callejeras antiyanquis y las airadas críticas del mundo político, que incluyó a varios parlamentarios organizados en el “Grupo de amigos de Guatemala”, liderados por los diputados Baltazar Castro (independiente ex PSP) y Armando Mallet (PS). El grupo se declaró a favor de la autodeterminación de los pueblos, el respeto a la autonomía de cada nación para decidir sobre sus relaciones comerciales y diplomáticas con el extranjero, y la defensa del régimen democrático en el país centroamericano.<sup>590</sup>

A partir de 1944 Guatemala inició un proceso modernizador y nacional-desarrollista que tendió a la reforma agraria, la democratización del régimen político y la consolidación de las burguesías nacionales en desmedro de las oligarquías locales y extranjeras. El proceso fue liderado por los gobiernos de Juan José Arévalo (1945-1951) y Jacobo Árbenz (1951-1954), este último apoyado por el comunista Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT). A partir de 1952, el Gobierno de Árbenz sufrió los ataques de los terratenientes locales y la United Fruit Company, dueña de la mayor parte del territorio cultivable de ese país y principal promotor de las maniobras desestabilizadoras. En 1954 las presiones sobre Árbenz se agudizaron cuando la X Conferencia Interamericana de Caracas aprobó casi por unanimidad una moción de los EE. UU. contra la amenaza extracontinental del comunismo y la obligación solidaria de los países americanos para combatirlo so pretexto de una nueva estrategia de seguridad hemisférica. La diplomacia norteamericana apoyada en regímenes dictatoriales como el de Somoza, Trujillo y Pérez Jiménez sostuvo una campaña de desestabilización que desembocó en un golpe de Estado en junio del mismo año.

Con diferencias y matices, ambas facciones socialistas vieron en las maniobras norteamericanas contra el Gobierno guatemalteco la inauguración de un nuevo tipo de acción imperialista en el continente, que se valió de la invocación de los valores democráticos, el discurso

---

<sup>589</sup> Pettinà, *op. cit.*, 88.

<sup>590</sup> Mark T. Hove, “The Arbenz Factor: Salvador Allende, US-Chilean relations and the 1954 US intervention in Guatemala”, *Diplomatic History* 31:4, 2007, 623-663.

anticomunista y la institucionalidad interamericana para defender los intereses del capitalismo estadounidense en desmedro de los intereses nacionales de América Latina. En ambas cámaras, el senador Salvador Allende y el diputado Armando Mallet tomaron la voz cantante del grupo parlamentario en contra del hostigamiento después de que el departamento de Estado norteamericano solicitará aplicar la resolución anticomunista adoptada en Caracas, argumentando presuntas desviaciones comunizantes y antidemocráticas en el Gobierno de Árbenz.

En la cámara de diputados, Mallet denunció la campaña norteamericana acusándola de esconder tras una mascarada democrática la defensa de los intereses de la United Fruit en Centroamérica. Para el diputado, la actitud norteamericana resultaba contradictoria considerando que los EE. UU. respaldaban “dictaduras militaristas de tipo fascista en nuestro continente y, por otro lado, atacan con extrema energía al Gobierno de Guatemala, por su posición de avanzada y de supuesto pro comunismo”.<sup>591</sup> En una línea similar, Salvador Allende acusó que la operación contra Guatemala era consecuencia directa de las perspectivas nacionales y antiimperialistas de los gobiernos de Arévalo y Árbenz, quienes habían dañado los intereses comerciales de los EE. UU. aplicando la reforma agraria y expandiendo los derechos sociales. Para Allende, las agresiones contra Guatemala resultaban demostrativas de como el imperialismo y el capital extranjero controlan la vida política y económica de los pueblos, augurando que los sucesos guatemaltecos “serán el drama de todos los países semicoloniales cuando luchan por su liberación económica”.<sup>592</sup>

Frente a los sucesos centroamericanos, los medios del PSP resaltaron el discurso antiyanqui y reavivaron las sospechas contra el comunismo, insistiendo en defender el sentido nacional, popular y revolucionario del Gobierno guatemalteco. En este aspecto, *La Calle* acusó al PGT de representar tendencias ajenas al sentido original de la revolución nacional que hacían peligrar las conquistas de la reforma agraria y el proceso de nacionalizaciones. Además, el semanario condenó la actitud servil de las cancillerías americanas con el indisimulado intervencionismo de los EE. UU. Sobre este último punto, el medio escribía: “somos libres mientras nuestro Gobierno es tolerable para los yanquis; cuando deja de serlo empieza el ataque soez, la intervención descarada, la presencia física de la marina de guerra o de los aviones supersónicos”.<sup>593</sup>

---

<sup>591</sup> “Situación internacional de Guatemala”, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados. Sesión 3*, 1 de junio de 1954.

<sup>592</sup> “La conferencia de Caracas. El caso de Guatemala”, *Diario de Sesiones del Senado. Sesión 4*, 2 de junio de 1954.

<sup>593</sup> “Guatemala y la dignidad del continente”, *La Calle*, 3 de junio de 1954.

El golpe de Estado contra Árbenz extendió los valores de la autodeterminación y la soberanía en amplios sectores de la opinión nacional, que en el caso de los círculos socialistas derivó en una radicalización de las posturas antiimperialistas, antibloquistas y antiyanquis. Lo anterior fue particularmente notorio en los medios y dirigentes del PSP, quienes con ocasión de los sucesos en Guatemala, consolidaron un diagnóstico sobre la actitud del imperialismo norteamericano reparando en su dimensión militar y proyección continental. El imperialismo comenzó a ser comprendido como una amenaza directa para la independencia y el futuro de la revolución en el continente, cuyo combate “es una necesidad vital para el porvenir de los trabajadores latinoamericanos”. En este sentido:

Los hombres dignos y libres de América Latina están expresando con impetuosidad sus sentimientos de repulsión a esta maniobra despreciable y, si el tiempo lo permite, millares de ciudadanos de otros países vecinos acudirán a luchar, con las armas en la mano, contra los capitalistas corruptores que se sienten dueños de nuestras tierras y señores de horca y cuchillo. Porque ya no es posible permitir que se compre a traidores para mancillar la soberanía de los pueblos ni tienen derecho a vivir siquiera entre nosotros enemigos tan declarados de nuestra dignidad y nuestra patria.<sup>594</sup>

Guatemala evidenció una nueva impronta del imperialismo en la región, revelando cómo opera la alianza entre capital extranjero, feudo-burguesías criollas y un grupo de gobiernos títeres con la finalidad de contener un proceso nacionalista e independiente en una zona de influencia militar y económica directa para los EE. UU. El PSP acusó que el lenguaje anticomunista y aparentemente democrático con el que se defendió la intervención no era más que una mascarada para violar principios internacionales y arrollar la soberanía nacional continental, revelando la verdadera actitud del imperialismo contra los procesos nacional revolucionarios e independientes. En este sentido, “defender a Guatemala, a su pueblo y a su gobierno democrático, fue y es defendernos a nosotros mismos. Asistimos hoy día a la revolución de los pueblos dependientes y coloniales o semi-coloniales. América entera no puede ser ajena a esta gigantesca transformación, para poder forjar, así, su segunda independencia”.<sup>595</sup>

La intervención apuntaló una nueva caracterización sobre la posición del continente y el conjunto de los países débiles frente al conflicto global

---

<sup>594</sup> “¡Fuera los Yanquis de América Latina!”, *La Calle*, 25 de junio de 1954.

<sup>595</sup> “Centro América: tormenta sobre el caribe”, *Nuevos Rumbos* 2, junio 1954.



de Guerra Fría, que llevo al PSP a abogar por una posición equidistante y más radical en contra del enfrentamiento entre potencias. En este sentido, Víctor Mena, director y editorialista de la revista *Nuevos Rumbos* escribía que “frente a los intereses de los pueblos y de los trabajadores la lucha entre los Estados Unidos y la URSS desaparece. La verdadera lucha mundial de hoy, y de todos los tiempos, es la de explotados contra explotadores, de socialismo contra represión”, y continua:

No creemos que haya que estar con los Estados Unidos o con la URSS. En estos momentos hay que estar al lado de todo movimiento de liberación popular, económico y político, y toda forma de gobierno que represente los verdaderos intereses del pueblo, el rescate de sus materias primas y distribución justa de la tierra y una digna política internacional. Esta posición permitirá encontrar el camino de la liberación mundial de los trabajadores que, pasando sobre el capitalismo y las direcciones contrarrevolucionarias sabrá encontrar su verdadero camino: el socialismo. En este terreno, se puede estar contra Estados Unidos e incluso contra la URSS.<sup>596</sup>

Después de Guatemala, los Estados Unidos fueron apuntados como aliados y promotores de los regímenes antidemocráticos, regresivos y antinacionales del continente amparados en una institucionalidad internacional amañada por el discurso de la defensa hemisférica contra el comunismo. Para los medios socialistas, la presencia norteamericana en la región obedecía a criterios políticos globales que favorecían una alianza entre el imperialismo y las fuerzas regresivas del continente. El antibloquismo, el antiyanquismo y un nacionalismo que entremezclo lo local con lo continental se transformaron en las ideas principales del antimperialismo socialista durante la segunda mitad de la década.

El lenguaje del Tercer Mundo y los valores anticoloniales fueron profundizados y consolidados con la presencia de delegaciones oficiales del PSP en la segunda conferencia del socialismo asiático en 1956 y el comité consultivo del secretariado latinoamericano de la Internacional Socialista ese mismo año. El PSP insistió en sus viejos afanes continentales, impulsando la antigua impronta latinoamericanista bajo los valores de la revolución nacional, antiimperialista y democrática en el continente. El secretariado latinoamericano de la IS reunió a los PS de Uruguay, Argentina y al PSP chileno que reclamó su derecho a participar de la instancia sin afiliarse a la central europea, convocando en cambio, a una reunión de partidos democráticos que incluyera a sus aliados continentales del APRA,

---

<sup>596</sup> Víctor Sergio Mena, “EE. UU., Democracia y Dictadura”, *Nuevos Rumbos* 2, junio 1954.

el MNR boliviano y al resto de partidos nacionalistas y revolucionarios de América Latina con la finalidad de coordinar un movimiento a escala continental.<sup>597</sup>

En 1958 el PS ya reunificado celebró su 25 aniversario como anfitrión de dos reuniones internacionales del socialismo latinoamericano. Durante el mes de abril se realizaron en Santiago la III Reunión del Comité Consultivo Latinoamericano de la IS bajo el tópico “Imperialismo y Antimperialismo en América Latina” y la primera conferencia de expertos económicos socialistas de Latinoamérica, ambas con la finalidad de buscar marcos y diagnósticos comunes para coordinar la acción nacional libertadora en el continente. La convocatoria a los actos de aniversario no se circunscribió exclusivamente a los movimientos de tendencia socialista, dando cuenta de la diversidad y alcance de los contactos internacionales del PS. Además de contar con la presencia de los partidos socialistas de Argentina, Uruguay, Ecuador, Panamá y Colombia, asistieron diplomáticos, exmandatarios y movimientos de 11 países de centro y Sudamérica, como el Movimiento de Liberación Nacional de Costa Rica, el MNR de Bolivia y el APRA del Perú.<sup>598</sup>

En ambas reuniones los chilenos promovieron sus diagnósticos sobre el fenómeno imperialista en América Latina, destacando los vínculos existentes entre las tareas nacional continentales y el resto de las luchas por la liberación y la independencia en el Tercer Mundo. En la conferencia inaugural del comité, el Secretario General del PS, Salomón Corbalán, insistió en los factores comunes del desarrollo latinoamericano para plantear la necesidad de articular un movimiento socialista y revolucionario continental, que sea capaz de combatir a las oligarquías criollas cuando se deciden por la dictadura, y también, cuando utilizan el sistema democrático “que ellos mismos han desarrollado y desvirtuado para asegurarse mayorías artificiales”.<sup>599</sup> Además, el PS insistió en rechazar la política interamericana de la OEA proponiendo la creación de instancias paralelas y genuinamente latinoamericanas para la coordinación entre cancillerías.<sup>600</sup> Como anfitriones, los chilenos jugaron un papel importante en las diversas comisiones y discusiones, así lo analizó Clodomiro Almeyda:

La tonalidad ideológica del torneo fue marcadamente favorable a la posición nacional revolucionaria de los socialistas chilenos. El

---

<sup>597</sup> “Reunión de los Partidos Socialistas de América Latina”, *Boletín del Comité Ejecutivo del PSP* 6, mayo-junio 1956, 1-2 y “Segunda Reunión del Comité Consultivo Latinoamericano”, *Boletín del Comité Ejecutivo* 13, diciembre de 1956, 2-3.

<sup>598</sup> Jobet, *El Partido Socialista de Chile. Tomo II, op. cit.*, 44-45.

<sup>599</sup> “Solo la clase trabajadora puede tomar el mando de la revolución americana”, *Las Noticias de Última hora*, 18 de abril de 1958.

<sup>600</sup> “Derogación total de los compromisos militares”, *Izquierda*, 1 de mayo de 1958.

viejo socialismo de raíz europeizante, formalista y cosmopolita está en plena retirada. Las nuevas concepciones socialistas vinculadas a los problemas reales de las masas del continente, y en función de la lucha mundial de los pueblos dependientes por liberarse del imperialismo extranjero y alcanzar un desarrollo económico, social y cultural autónomo y autentico, fueron las que informaron nuestros largos debates.<sup>601</sup>

Desde esta perspectiva antidictatorial y nacional revolucionaria, el PS siguió con atención los sucesos de la guerrilla contra la dictadura cubana de Fulgencio Batista. Desde 1957 la opinión nacional siguió de cerca los azares del conflicto, destacando el recrudecimiento de la persecución política, la realización de manifestaciones públicas contra la represión en la isla y la llegada a Chile de distintos grupos de exiliados ligados al Movimiento 26 de Julio. Ese mismo año arribó al país el exdirigente de la Federación Estudiantil Universitaria y fundador del Directorio Revolucionario Rene Anillo, quien promovió en distintos círculos políticos una campaña que buscó el aislamiento diplomático de Batista. La campaña parlamentaria contra Cuba no tuvo la intensidad de la protesta por Guatemala y se circunscribió, más bien, a un ánimo antidictatorial y antiinjerencista compartido por las distintas tendencias progresistas al interior del Parlamento, que además de condenar la dictadura en Cuba, también abogaron por la democratización de Guatemala, Nicaragua, Venezuela y República Dominicana.

Inicialmente, fue el diputado del Partido Radical Edgardo Schmauk quien luego de entrar en contacto con dirigentes del movimiento 26 de julio, entre ellos Anillo, promovió en la cámara la ruptura de relaciones diplomáticas con Cuba como forma de condenar la represión de la dictadura contra los estudiantes universitarios.<sup>602</sup> Actitudes similares fueron levantadas por diputados representantes de buena parte del espectro político, quienes enviaron diversos oficios para gestionar a través de la embajada chilena en la isla el asilo y la libertad de distintos opositores al régimen.

Los primeros meses de 1958 el debate sobre los sucesos cubanos se extendió junto al repudio internacional contra Batista y la creciente expectación frente a los avances guerrilleros, relevando la discusión sobre Cuba en los círculos de centro e izquierda. Entre los asistentes a las

---

<sup>601</sup> “En el socialismo latinoamericano existe una concepción nacional-revolucionaria”, *Izquierda*, 15 de mayo de 1958.

<sup>602</sup> Edgardo Schmauck, “Actualidad internacional – Situación de Cuba – Petición de oficio”, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados. Sesión 3*, 25 de marzo de 1958 y “Situación política de Cuba y de la República Dominicana”, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados. Sesión 15*, 23 de abril de 1958.

conferencias socialistas se encontraba una representante del Movimiento 26 de Julio, la revolucionaria cubana Dysis Jiura, quien tomó la palabra en representación del movimiento durante la sesión inaugural del comité consultivo de la IS recibiendo la ovación de la concurrencia.<sup>603</sup> Pocos días antes, en medio de manifestaciones públicas contra la dictadura de Batista en la ciudad de Santiago, un grupo de exiliados cubanos fue detenido y procesado por la justicia chilena, acusados de irrumpir en la oficina del embajador cubano.<sup>604</sup> A través de las páginas de *Izquierda* y *Las Noticias de Última Hora* los socialistas chilenos difundieron amplias informaciones y cables sobre los azares de la guerrilla y la represión al movimiento universitario, destacando los hechos en Cuba como un episodio más de la lucha antiimperialista, antidictatorial y nacional en América Latina.

El mediodía del primero de enero de 1959 comenzó a ser difundida la noticia de que Batista había abandonado la isla, instalándose en su lugar un Gobierno revolucionario. Ante las informaciones, los parlamentarios socialistas exigieron el reconocimiento inmediato del Gobierno provisional sin precipitar su adhesión incondicional al proceso. En una línea similar, los medios socialistas no se precipitaron en juzgar los acontecimientos, mostrando al mismo tiempo sus simpatías y reservas con el nuevo Gobierno. En este aspecto, la caída del régimen fue celebrada y vista como un hecho expresivo de las tendencias democratizadoras y antidictatoriales en el continente, sin embargo, “no se ve claro cuál será políticamente el destino de la triunfante revolución”.<sup>605</sup> En una línea similar, un articulista habitual del periódico *Las Noticias de Última Hora* comentaba:

El elemento político de la revuelta de Castro es algo que se presenta nebuloso para nosotros. No es fácil encajarla en nuestro esquema y categorías. Un talentoso cubano, hombre de cultura socialista, nos decía que no tratáramos de usar las herramientas habituales de interpretación. La rebelión, me decía, es fundamentalmente una rebelión moral. Confieso que me cuesta darle tanta trascendencia a ese elemento en los conflictos políticos; a lo más me inclino a pensar que tras esa motivación exterior hay otras más profundas, que todavía quizás no están claras ni para los mismos gestores de la revolución.<sup>606</sup>

---

<sup>603</sup> “Una mujer preside reunión de socialistas Latinoamericanos”, *Las Noticias de Última Hora*, 18 de abril de 1958.

<sup>604</sup> “Por grosero y mal educado, cubanos destruyeron oficina del canciller”, *Las Noticias de Última Hora*, 15 de abril de 1958.

<sup>605</sup> “Cae un tirano”, *Las Noticias de Última Hora*, 2 de enero de 1959.

<sup>606</sup> “Mateo. De aquí y de allá”, *Las Noticias de Última Hora*, 2 de enero de 1959.

La Revolución cubana fue inicialmente comprendida desde los marcos interpretativos y discursivos de las luchas por la independencia y soberanía nacional, destacando entre las características del proceso la estructura agraria feudal, el retraso social y el pasado colonial reciente de la isla. En palabras de Miguel Saidel, Cuba era un escenario “representativo de lo que ha sido y es la vida latinoamericana. Hay toda una importante tradición de golpes de Estado, cuartelazos, revoluciones sangrientas, pero superficiales. Y este anormal modo de vivir ha devenido allí en un fenómeno normal”.<sup>607</sup> Más allá del entusiasmo con el que los socialistas siguieron los pormenores del nuevo régimen, existía conciencia de las eventuales dificultades para un movimiento que, pese a haber logrado el poder, aún debía coordinar un Gobierno de tendencias e impulsar un amplio programa de reforma agraria, nacionalización de las empresas extranjeras y democratización política.

Las características insurreccionales y el fundamental aporte de la clase media al éxito del proceso situaron a Cuba desde un inicio como una experiencia novedosa que trastocaba la dinámica de la revolución en América Latina. No obstante, durante el periodo inmediatamente posterior al triunfo del M-26 de julio el carácter político e ideológico de la revolución resultó una verdadera incógnita para los círculos socialistas, que sospecharon de Fidel Castro y situaron algunas esperanzas en el sentido nacional y progresista de un sector del movimiento revolucionario. Las primeras lecturas advierten una simpatía contenida, que alabó el plan de nacionalizaciones, alfabetización y reforma agraria, y al mismo tiempo, criticó la vaga posición internacional asumida por Castro en su intento de no contrariar la influencia de los EE. UU. en la región.<sup>608</sup> Inicialmente Cuba se sumó al cumulo de experiencias anticoloniales y antiimperialistas seguidas desde cerca por la reflexión partidaria durante toda la década de 1950. Por esta razón, la evaluación inicial de los sucesos se hizo en función del discurso y los valores tercermundistas, la política antibloquista y las tesis dependentistas, iniciando un proceso que reconfiguró las expectativas y diagnósticos sobre el fenómeno del imperialismo y la liberación nacional latinoamericana.

Justamente una definición internacional comenzó a transformar las percepciones de los comentaristas del PS sobre la isla. En un principio, la política internacional de Castro intentó conciliar un programa de reformas nacionales que atentaba abiertamente contra los intereses norteamericanos en Cuba con un acercamiento diplomático hacia los EE. UU., valiéndose de un discurso ambiguo en materia internacional y distintos llamados a la

---

<sup>607</sup> “Cuba en la encrucijada”, *Las Noticias de Última Hora*, 11 de enero de 1959.

<sup>608</sup> “Espartaco. La interdicción de América Latina”, *Las Noticias de Última Hora*, 31 de enero de 1959.

colaboración interamericana a través de la OEA.<sup>609</sup> Progresivamente, el proceso cubano se definió entorno a una política antidictatorial, democrática e integradora que para abril de 1959 asumió los valores del antibloqueismo y el neutralismo, haciendo gala de un lenguaje antinorteamericano y proindependentista que repercutió en las percepciones socialistas sobre la revolución. Para el PS, la nueva política internacional delineada por Fidel Castro fue una definición trascendental para el futuro de las naciones latinoamericanas, alineando por vez primera a un Gobierno del continente con los valores del anticolonialismo, el antiimperialismo y la independencia continental. Al respecto, el editorialista *Bolivariano* escribió:

Esta posición cubana viene a complementar las anteriores en que también por vez primera un Gobierno americano ‘sin pelos en la lengua’ ha expresado lo que ‘sotto voce’ y día a día se escucha desde Río Grande a Tierra del Fuego sin que nadie se haya atrevido antes a plantearlo oficialmente: que la Organización de Estados Americanos es una entidad inoperante y burocrática, que no llega a ninguna finalidad, y que el sistema panamericano está construido solo en beneficio de los Estados Unidos. Cuba viene, así, por boca de Fidel Castro, a traducir el real pensamiento de los latinoamericanos en política internacional que no había logrado todavía ser interpretado por Cancillería alguna del continente.<sup>610</sup>

Cuba abría una nueva etapa en la revolución americana en momentos que los gobiernos de Frondizzi en Argentina y Betancourt en Venezuela, ambos inicialmente progresistas y populares, se demostraban incapaces de llevar adelante una política emancipadora y antiimperialista. La Revolución cubana, en cambio, asumió una postura nacional, antiimperialista y tomó distancia de la política bloques, innovando en la táctica revolucionaria al demostrar “que es posible derrotar a un Ejército poderoso (inclusive dirigido desde el pentágono), basados en las fuerzas y el heroísmo popular”.<sup>611</sup> El proceso cubano adquirió dimensiones ejemplificadoras que revitalizaron el discurso latinoamericanista y dieron nuevas perspectivas a la unidad continental en torno a la defensa y promoción de la Revolución cubana. Más allá de las sospechas iniciales, el contenido insurreccional y el programa revolucionario recibieron la admiración de los medios socialistas, que definieron la revolución como “una caja de sorpresas. Mezcla de

---

<sup>609</sup> Blanca Torres Ramírez, *Las relaciones cubano-soviéticas. 1959-1968*, Ciudad de México, El Colegio de México, 1971, 12-16.

<sup>610</sup> “La política internacional de Fidel Castro”, *Las Noticias de Última Hora*, 1 de abril de 1959.

<sup>611</sup> “Cuatro revoluciones en busca de su destino”, *Boletín del Comité Central del PS* 9, abril de 1959.

romanticismo suicida y de locuras geniales, es uno de los hechos más interesantes del proceso revolucionario americano”.<sup>612</sup>

La aplicación de tribunales revolucionarios para perseguir a soldados y colaboradores de Batista, y la creciente resistencia de los Estados Unidos hacia el programa nacionalista de Castro, llegaron a su punto álgido cuando la República Dominicana llamó a un comité consultivo a través de la OEA para discutir la política interior y exterior del Gobierno cubano, actitud que fue denunciada por la prensa socialista como el inicio de un proceso injerencista en contra de la isla.<sup>613</sup> Ante estos hechos, el PS tomó una actitud defensiva y procubana ante lo que consideraron una escenificación y perfeccionamiento de la estrategia imperialista norteamericana iniciada con Guatemala 5 años antes.<sup>614</sup> En palabras de Clodomiro Almeyda, los hechos del caribe “tienden ineluctablemente a colocar en cada vez más abierta pugna al Gobierno de Cuba y al de los Estados Unidos, en la medida que el primero quiere realizar una revolución necesariamente antiimperialista y progresista, y en que los segundos, en razón de su política general se ven amenazados en sus intereses geopolíticos y prebélicos por un fenómeno de esta naturaleza ocurriendo en sus propias narices”.<sup>615</sup>

La defensa de la revolución y la promoción de sus valores fue la actitud asumida por el PS frente a la conferencia de cancilleres, realizada en la ciudad de Santiago en agosto de 1959. En este sentido, la radicalización del antagonismo cubano con los EE. UU. y la puesta en marcha del programa revolucionario transformaron las percepciones del PS sobre el proceso, que comenzó a ser relevado como una experiencia aleccionadora y demostrativa de una nueva americanidad fundada en los valores del antiimperialismo y la independencia nacional. Cuba se posicionó como una alternativa libertaria para todo el continente frente a la América de tiranías e intervenciones propuesta por la diplomacia norteamericana y sus aliados regionales, como el dictador dominicano y principal promotor de la reunión Héctor Trujillo. Según uno de los articulistas permanentes de *Las Noticias de Última Hora*, la conferencia marcaba el encuentro de dos posibilidades para América Latina, aquella representada por Fidel Castro que “quiere vencer el desafío de la miseria y del atraso. Remover las condiciones en que se gesta la tiranía y la corrupción. Diversificar sus riquezas. Distribuir sus tierras. Elevar la condición humana de los millones de parias que pueblan el suelo

---

<sup>612</sup> *Idem.*

<sup>613</sup> Claudio Ortiz, “Al encuentro de la ilusión. Aspectos de la influencia de la Revolución cubana en el Partido Socialista chileno. 1959-1964”, tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, 1996, 57-59.

<sup>614</sup> “Posición del Partido Socialista frente a la política internacional y a la próxima conferencia de cancilleres”, *Diario de Sesiones del Senado. Sesión 19*, 5 de agosto de 1959.

<sup>615</sup> Clodomiro Almeyda, “Cuba: ¿Una nueva Guatemala?”, *Las Noticias de Última Hora*, 15 de julio de 1959.

americano”; y aquella que busca “continuar sus saltos de saltimbanqui que tanto divierten y estremecen a los europeos. Congelar América. Arrestar la historia. Es el orden que a muchos seduce, aquel que los coagulados y coaligados intereses de la minoría aman con pasión: el santo orden de los cementerios y de los pueblos semi sepultados”.<sup>616</sup>

La Revolución cubana reclamo un conjunto de derechos desde un lenguaje más cercano a los movimientos de liberación nacional latinoamericanos de la década de 1950 que al vocabulario socialista, explicando sus propios antagonismos de clase en una clave antiimperialista que tomo distancia de las lecturas clasistas promovidas tradicionalmente por la izquierda en el continente<sup>617</sup>. En este sentido, los militantes del PS comenzaron a mirar la experiencia con la idea de aprender de ella, evaluando sus proyecciones en la realidad continental y nacional sin desconocer su trascendencia para el proceso de luchas de liberación nacional en todo el Tercer Mundo. La experiencia de Cuba fue destacada por sus características innovadoras para el desarrollo de la táctica revolucionaria, relevando la vía insurreccional en un país pequeño y una dinámica de clase que, contraria a las tesis del PS, reveló “la potencialidad revolucionaria que encierra en germen la pequeña burguesía y el campesinado cuando las circunstancias los oponen y enfrentan al orden social imperante, emancipándoles de su subordinación ideológica al pensamiento oficial”.<sup>618</sup>

Cuba resultó una experiencia más familiar que la lejana Yugoslavia socialista y el debate respecto a sus influjos para el proceso político continental y nacional fue abordado con mayor pasión que ningún otro. Cuba fue la primera revolución antioligárquica y antiimperialista exitosa en suelo latinoamericano, generando un áspero debate interno sobre las proyecciones políticas de la experiencia para el resto de los países del continente. Para algunos sectores del PS, el triunfo guerrillero fue una confirmación de las hipótesis sobre la naturaleza de la revolución en América Latina desarrolladas durante la década de 1950, y no dudaron en explicar su origen en las tensiones entre las oligarquías nacionales, el imperialismo y los movimientos populares de liberación nacional comunes a todos los países del continente. En este aspecto, Clodomiro Almeyda señalaba:

Es indudable que América Latina está enfrentando una crisis profunda y trascendental en el plano de sus relaciones políticas y

---

<sup>616</sup> Miguel Saidel, “Dos Américas: Trujillo o Castro”, *Las Noticias de Última Hora*, 13 de agosto de 1959.

<sup>617</sup> Patricia Funes, *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2014, 208-209.

<sup>618</sup> Clodomiro Almeyda, “Cuba y la conferencia de cancilleres”, *Arauco* 1, octubre de 1959.



económicas. El imperialismo norteamericano, la actitud extranjerizante de las oligarquías nacionales y el proceso de entrega y servidumbre que viven las burguesías del continente, han producido frutos negativos que se expresan en forma definidora en el estado caótico de las economías y de la institucionalidad regresiva, símbolos de un régimen en descomposición que encontramos manifiesto en los países al sur del Río Grande. En todos ellos la cuerda se estira cada vez más: por un lado, las fuerzas de la reacción y del imperialismo, y, por otro, la clase trabajadora y sus partidos populares, que comprenden que en su unidad tienen la más eficaz herramienta para la lucha por la instauración de gobiernos democráticos de trabajadores. En cada país, de acuerdo con sus específicas condiciones, la clase trabajadora está buscando su justo y apropiado camino hacia el socialismo. Latinoamérica cambia y enfila sus pasos resueltos por los senderos del socialismo y de su independencia económica.<sup>619</sup>

La Revolución cubana inauguraba una etapa del proceso revolucionario latinoamericano caracterizada por el viraje hacia la izquierda de las fuerzas populares y la inserción de hecho del continente en la disputa global entre los pueblos dependientes y el imperialismo.<sup>620</sup> El PS abordó las enseñanzas cubanas en función del contexto global de insurrecciones nacionales por la independencia y la autodeterminación en todo el mundo, situando a la revolución de Castro junto a los ejemplos de Yugoslavia, la URSS, China e Indochina. En este sentido, el éxito de la reforma agraria y el proceso de nacionalizaciones en la isla adquirió un efecto demostrativo del fracaso de las líneas colaboracionistas y reformistas en todo el continente, echando por tierra “viejos ‘dogmas’ (a los que algunos todavía se aferran) sobre la conducta de las masas en general y de los partidos que pretenden ser su vanguardia en especial”.<sup>621</sup>

En abril de 1961 el hostigamiento diplomático y económico contra la isla escaló con la invasión de Playa Girón. La agresión promovida por el Gobierno norteamericano resultó ejemplificadora de las nuevas modalidades de la acción imperialista, que además de valerse de la ayuda financiera y los mecanismos diplomáticos, no vacila en utilizar la fuerza bruta cuando estos resultan inútiles. La invasión fue percibida como una demostración “de que el imperialismo es un tigre en acecho que solo entiende el lenguaje de la fuerza” y de que Cuba, a diferencia de la fallida

---

<sup>619</sup> *Idem.*

<sup>620</sup> Clodomiro Almeyda, “La hora de América Latina”, *Arauco* 5, marzo de 1960.

<sup>621</sup> Jaime Ahumada, “Revolución y Democracia”, *Boletín del Comité Central del PS* 5, diciembre de 1960.

resistencia guatemalteca “venció y seguirá triunfante porque cuenta con un pueblo en armas que no podrá ser doblegado a riesgo de una guerra mundial de la que la primera víctima será el propio imperio”.<sup>622</sup> La invasión actualizó los diagnósticos socialistas sobre la acción del imperialismo en el continente, destacando las formas de intervención multilateral en alianza con elementos internos y el uso de la agresión bélica como medio de desestabilización, otorgando cada vez mayor importancia al elemento militar y la coordinación continental como principios básicos de una estrategia antiimperialista.

Pocos meses después, La Habana reafirmó su compromiso con la posición de neutralidad transformándose en el primer Gobierno latinoamericano en ingresar oficialmente al bloque de naciones poscoloniales durante la conferencia de Belgrado. El proceso cubano tomó un nuevo impulso como modelo revolucionario y antiimperialista para América Latina; ante las ya frustradas revoluciones de México, Venezuela y Bolivia, Cuba aparece “innovando en los términos tradicionales de la estrategia revolucionaria y realizando las transformaciones más profundas y decidoras. Fidel Castro, con su grupo de estudiantes rompía, si el término nos lo permite, parte de la escolástica revolucionaria y nos entregó una nueva dimensión de lucha”.<sup>623</sup> En la reflexión del PS, Cuba apareció como la primera experiencia poscolonial y de liberación nacional del continente, erigiéndose en un modelo de táctica y estrategia revolucionaria y antiimperialista, pero, sobre todo, como una experiencia cercana y familiar, cuya defensa “es la defensa de nuestros propios pueblos y del derecho a que cada uno se dé el gobierno y el sistema de vida que mejor le parezca”.<sup>624</sup>

Para los socialistas, la Revolución cubana supuso una transformación cualitativa del proceso social latinoamericano que cambió la dinámica del imperialismo, tensionó los modelos revolucionarios preexistentes y redefinió el carácter de la pugna entre oligarquías nacionales y fuerzas populares en todo el continente. Los medios de difusión partidaria dieron a conocer los avances y pormenores del proceso, adscribieron a su agencia informativa *Prensa Latina* y difundieron los textos del Che sobre la guerra de guerrillas y múltiples discursos de Fidel Castro. En tanto, los parlamentarios y dirigentes socialistas se cuadraron en torno a una actitud defensiva de los valores de la revolución, formando intensas redes de intercambio y colaboración política que repercutieron sobre el discurso y las adscripciones intelectuales del socialismo chileno durante la década de 1960.

---

<sup>622</sup> “La autodeterminación de los pueblos y el principio de no intervención”, *Arauco* 17, junio de 1961.

<sup>623</sup> “América Latina. Un continente tras su liberación”, *Izquierda*, 7 de agosto de 1961.

<sup>624</sup> “Solo con el apoyo de las masas trabajadoras se afianzará la revolución en América Latina”, *Arauco* 23, diciembre de 1961.

Si bien existió una simpatía generalizada por los valores cubanos y un acuerdo prácticamente unánime a la hora de evaluar la trascendencia de la revolución en América Latina, el contenido y el lenguaje insurreccional generaron un desacuerdo respecto de los métodos o formas de lucha plausibles para la estrategia del Frente de Trabajadores. Basados en el influjo cubano, los socialistas revitalizaron su crítica al sistema democrático y sus diagnósticos sobre la acción regresiva del imperialismo y las oligarquías nacionales, reconociendo en todo momento la radicalidad programática y política de la revolución como una necesidad para el éxito de esta. En este primer momento, el debate socialista dio cuenta de dos formas de recepción y lectura de la revolución, configurando discursos disímiles a la hora de evaluar las proyecciones del referente cubano sobre el proceso político chileno. El PS se abrió a las dimensiones pedagógicas de la experiencia discutiendo la pertinencia de la opción insurreccional en la revolución chilena sin que hubiese una posición unánime al respecto.

Salvador Allende, uno de los primeros parlamentarios en visitar La Habana en enero de 1959, adscribió a los valores nacionales, antif feudales y antiimperialistas de la Revolución cubana. En línea con la opinión general del PS, para Allende Cuba demostraba un proceso común de insurgencia popular en ascenso que inauguraba un camino nuevo para la revolución en América Latina. No obstante, las realizaciones de la revolución debían imitarse de acuerdo con las particularidades de cada nación y con una estrategia acorde a las mismas. En este sentido, la revolución latinoamericana “con características distintas en su táctica y estrategia en cada uno de nuestros pueblos, tendrá como fondo indiscutible una lucha emancipadora en lo económico, una frontal batalla contra el imperialismo y un combate decisivo contra el régimen feudal de explotación de la tierra y del trabajador del agro”.<sup>625</sup>

En medio de la invasión de Girón Allende abogó por el derecho del Gobierno cubano a defenderse por todos los medios de la agresión norteamericana y de eventuales futuras intervenciones imperialistas invocando el derecho de autodeterminación de los pueblos y la defensa de la soberanía nacional. El parlamentario inclusive justificó la colaboración militar de la URSS y el bloque socialista considerando las reiteradas amenazas a la soberanía cubana provenientes desde el departamento de Estado y la OEA, interesadas en intervenir la isla prácticamente desde el inicio de la revolución. Para Allende, Cuba pudo haber sido una nueva Guatemala, sin embargo, su trayectoria y experiencia contra el imperialismo la habían transformado en “el símbolo de una lucha de nuestros pueblos a lo largo de toda nuestra historia; es reeditar nuestras viejas campañas para

---

<sup>625</sup> Salvador Allende, “Aniversario del Movimiento 26 de julio. Homenaje a la Revolución cubana”, *Diario de Sesiones del Senado. Sesión 20, 27 de Julio de 1960.*

librarnos del colonialismo en el siglo pasado; ahora, para romper las duras barreras de la opresión imperialista y feudal”.<sup>626</sup> Sin embargo, el mismo Allende limitó la influencia del nuevo símbolo para la política socialista:

En 1961, Cuba es el símbolo de una actitud que tarde o temprano los pueblos de América Latina imitarán y escribirán con su propio lenguaje, con el contenido de su propia realidad. Ello ocurrirá, señores Senadores, porque nuestros pueblos no pueden continuar sometidos, sojuzgados, miserables, sin destino económico, sin justicia social; explotados y oprimidos por el imperialismo y las castas feudales, el primero de los cuales dispone de nuestras materias primas, y las segundas, de la tierra. Para terminar con una vida retrógrada, sin porvenir ni perspectivas. Para nosotros, Cuba es el símbolo de una justa rebeldía, y sin querer proyectar aquí, en nuestra realidad, tácticas, métodos y estrategias utilizadas en Cuba, somos solidarios con ella y compartimos su lucha, y creemos en un denominador común para producir la revolución de América Latina, que vendrá pronto y será rotundamente antiimperialista y anti feudal.<sup>627</sup>

Para un sector cada vez más numeroso de la opinión socialista, las condiciones del proceso político chileno, al igual que las del cubano, presentaban una dinámica de antagonismos de clase en ascenso que exigían llevar la línea del Frente de Trabajadores hacia nuevas formas de movilización, capaces de superar el cauce excesivamente electoralista y sistémico seguido por el partido a través del Frente de Acción Popular. Desde una posición cada vez más crítica de la democracia burguesa, este grupo relevó el potencial insurreccional del movimiento de masas proyectando estratégicamente la lección cubana en una versión más radical de la política socialista.

Una de estas voces fue Oscar Waiss, para quien la Revolución cubana anunciaba un nuevo ciclo de luchas por la independencia nacional y el socialismo en América Latina. A diferencia de las experiencias nacional desarrollistas de la década anterior, Cuba habría logrado una política antiimperialista en un plano “superior”, que le permitió burlar el cerco impuesto por los EE. UU. valiéndose de una relación interdependiente con los países descolonizadores y el campo socialista. En este sentido, el proceso cubano demostró las nuevas dinámicas de la pugna entre imperialismo y fuerzas nacionales en el mundo, y las posibilidades abiertas

---

<sup>626</sup> “Movimiento revolucionario en Cuba”, *Diario de Sesiones del Senado. Sesión 37*, 18 de abril de 1961.

<sup>627</sup> *Idem.*

para los movimientos revolucionarios latinoamericanos producto de estas transformaciones. Para Waiss, la victoria de la guerrilla anunció la radicalización de los antagonismos entre las fuerzas del imperialismo y los movimientos nacionales, estos últimos, enfrentados a un ciclo ascendente de insurgencia popular en todo el continente.<sup>628</sup>

Waiss instó a los partidos revolucionarios y democráticos de la región a tomar las enseñanzas de la Revolución cubana, reclamando “nuevos métodos” capaces de dirigir y dar cuerpo a la insurgencia latente de las masas. Este reclamó tenía plena vigencia para el Partido Socialista chileno, según el autor, cada vez más acostumbrado al “practicismo oportunista” de la política electoral y la repetición de “formas políticas desgastadas”. Sin embargo, los nuevos métodos reclamados por Waiss no incluyeron la insurrección armada, sino que una versión de masas basada en el potencial insurreccional del movimiento popular organizado. Para Waiss, el PS debía apostar por una política capaz de “ampliar cada lucha parcial en lucha general, de lucha económica en lucha política”. Y agrega:

A través de una acción semejante se podrá dinamizar la ofensiva de las masas y nuestra versión de la Sierra Maestra será una versión chilena, nacida de nuestra tradición y de nuestra experiencia, en la que la guerra de guerrillas será sustituida por la ocupación de las minas y las fábricas y la lucha en las calles, en los barrios obreros, en las ciudades mismas. No pretendo que esta acción elimine totalmente los métodos usuales de la lucha económica, pero señalo una tendencia, una intención política, que requiere un programa revolucionario y una voluntad revolucionaria.<sup>629</sup>

El senador Alejandro Chelen consideró que muchas de las condiciones creadas por la dictadura de Batista, y que justificaron la insurrección popular como *último recurso* frente al inmovilismo de los partidos populares tenían plena vigencia para Chile. Según el senador, en el país imperaba una dictadura económica de clase, sostenedora de un régimen de represión política y entrega de los recursos nacionales al imperialismo extranjero. En este sentido, estarían dadas las condiciones para que las clases populares chilenas, en un proceso ascendente de descontento, insurgencia y organización, “emprendan la única vía democrática: la revolución de los trabajadores” para hacer de la reforma agraria, la nacionalización de los recursos nacionales y la inclusión popular

---

<sup>628</sup> Oscar Waiss, “Presencia de Cuba en la conferencia de la OEA”, *Cuba, una experiencia heroica. Cuadernos de información política* 3, s/f., 5-11.

<sup>629</sup> Oscar Waiss, “¿Hacia dónde va Chile?”, *Arauco* 13, noviembre de 1960.

“la más generosa, la más humana de las democracias: la democracia socialista”.<sup>630</sup>

Para Chelen, la Revolución cubana demostraba que un movimiento insurreccional en principio indefinido y liderado por sectores intelectuales y pequeñoburgueses como el M-16 de julio entrega paulatinamente el protagonismo a las fuerzas populares más representativas y avanzadas de la sociedad. Ante esta dinámica social, vigente para el conjunto de países latinoamericanos, el campo parlamentario y electoral pierden su condición de exclusividad como espacio a través del cual guiar al movimiento popular hacia la conquista del poder. En Chile, la excesiva preocupación electoral, las controversias legislativas y las luchas parlamentarias solo estaban logrando que “el pueblo, perdida toda esperanza, cansado de elecciones que solo conducen a dar oxígeno a una democracia parasitaria, hallará el camino que lo conduzca definitivamente hacia su liberación. El sabrá responder como corresponde, no lo culpen cuando el instante llegue”.<sup>631</sup>

Respecto de los influjos de la Revolución cubana al interior del PS resulta evidente que la experiencia avivó una discusión sobre los alcances de la línea política socialista, tópico hasta entonces desplazado por los alentadores resultados electorales y el éxito de la unidad socialista-comunista vigente desde 1956. Para la directiva, la estrategia socialista consistía en combinar la acción electoral y sistémica con la movilización del “contingente popular organizado” bajo la dirección exclusiva de los partidos populares sin definir claramente el rol y lugar de dicho contingente en el proceso. No obstante, el influjo cubano contribuyó a la discusión de estos principios y a la elaboración de nuevas opciones “dinamizadoras” del proceso político-social chileno que promovieron la actualización de las formas de acción política y movilización popular más allá de los márgenes de la institucionalidad burguesa, sin que esto implicase caer en una imitación mecánica del insurreccionalismo cubano.

La vocación expansiva de la Revolución cubana promovida por Fidel Castro y el Che Guevara resaltó aún más las dimensiones ejemplificadoras de la experiencia al interior del PS, que comenzó a incluir en su discurso y debate interno los referentes, valores y los métodos de la revolución, y a suscribir a los intelectuales castristas como el francés Régis Debray. El debate socialista se perfiló en torno a posiciones encontradas a la hora de evaluar las proyecciones de la experiencia cubana en el resto de los países de América y particularmente en Chile. Por una parte, estaba la facción representada por Alejandro Chelen, Carlos Altamirano y el grupo de

---

<sup>630</sup> Alejandro Chelen, *La Revolución cubana y sus proyecciones en América Latina*, Santiago, Editorial Prensa Latinoamericana, 1960, 29. El texto es la publicación de un discurso dado originalmente en el Senado con ocasión del VII Aniversario del asalto al Cuartel Moncada. Ver: *Diario de Sesiones del Senado. Sesión 20*, 27 de Julio de 1960.

<sup>631</sup> *Ibid.*, 37.

socialistas ligados desde 1965 a la revista *Punto Final* como Jaime Faivovich y Víctor Mena, quienes vieron en Cuba un ejemplo digno de replicar en Chile y todo el continente, haciendo suyos los métodos e hipótesis de la política expansiva cubana. Por otra parte, un sector representado por figuras como Salvador Allende y Aniceto Rodríguez insistieron en que más allá de las perspectivas continentales de la revolución, cada país debe plantear una estrategia libertadora acorde a sus particularidades nacionales. Este último grupo se negó a la posibilidad de imitar mecánicamente los métodos y esquemas cubanos pese a adherir a sus valores y principios, dejando en claro que la vía de la revolución chilena era la conquista del poder por medio de las elecciones y cumpliendo con el programa del Frente de Acción Popular. Esta última posición fue compartida por el Partido Comunista.

En este aspecto, mientras Allende apelaba a la necesidad de operar las transformaciones inspiradas por la Revolución cubana con un lenguaje propio para Chile, Luis Corvalán puso el énfasis en aquellas lecciones que sirven a los diagnósticos comunistas. El Secretario General del PC llamó a no caer en “tendencias mecanicistas” y a sacar las lecciones correctas de la revolución. En este sentido Corvalán insistió en que, si bien era posible que en la mayoría de los países de Latinoamérica la revolución tenga posibilidades de ser realizada a través de la vía armada, también era completamente factible para Chile el camino de la vía pacífica.<sup>632</sup> Y agregó:

Entre las experiencias que tienen validez práctica para toda América Latina, no podemos menos que mencionar la demostración concluyente de la posibilidad real de hacer la revolución en cualquiera de nuestros países, sea grande o chico y esté cerca o lejos de Estados Unidos, así como la importancia decisiva que tiene el apoyo resuelto del mundo socialista, sin lo cual no hay posibilidad de enfrentar al imperialismo, pudiendo resultar estéril el heroísmo de un pueblo. Siempre a título de mención, entre las experiencias de la Revolución cubana que pueden tener validez práctica en algunos países de América Latina, se puede citar sin duda el papel dirigente que jugó la pequeña burguesía revolucionaria en un comienzo del proceso revolucionario, así como la posibilidad real de llevar al éxito una revolución partiendo de la guerra de guerrillas que crecieron hasta convertirse en un ejército.<sup>633</sup>

---

<sup>632</sup> Luis Corvalán, “Nuestra Vía Revolucionaria”, *Camino de Victoria*, Santiago, Horizonte, 1971, 34.

<sup>633</sup> *Ibid.*, 45.

Para finales de 1961 el influjo cubano se había transformado en un nudo crítico para las adscripciones políticas y redes de colaboración internacional del Partido Socialista. La resistencia cubana en Girón y su participación en la conferencia de Belgrado ese mismo año reafirmaron el carácter ejemplificador y las proyecciones de la revolución como modelo antiimperialista para todo América Latina. Durante su XIX Congreso realizado en diciembre de 1961 el PS hizo eco de las corrientes neutralistas sancionadas por la Conferencia de Belgrado, y abordó las nuevas condiciones políticas latinoamericanas después de la Revolución cubana, adhiriendo formalmente, al igual que lo hizo el Gobierno cubano, a las tesis no comprometidas.

Los socialistas adhirieron a las tesis de la coexistencia activa y la neutralidad positiva, promoviendo una política antibloquista que no significaba aislamiento ni pasividad frente a la pugna global entre el imperialismo y los movimientos nacionales. Por el contrario, la consolidación de esta tercera fuerza pretendía la colaboración entre naciones militarmente débiles y económicamente subdesarrolladas por encima del conflicto entre potencias para buscar soluciones comunes a los problemas compartidos del subdesarrollo y la dependencia. La gravitación de la tercera fuerza para apoyar a Cuba frente al bloqueo comercial impuesto por los EE. UU. resultó un hecho demostrativo del proceso global de luchas por la liberación nacional en ascenso, y de la emergencia de nuevas formas de solidaridad revolucionaria por encima de las fronteras nacionales. Para el PS, comenzaba una nueva etapa del conflicto global entre imperialismo, como expresión agonizante del capitalismo, y socialismo en sus “diversas y vigorosas” caracterizaciones. Con esto, el Congreso declaró: “el Partido Socialista apoya resueltamente y se ubica al lado de todos los movimientos, partidos y países que, de una u otra forma, luchan por el socialismo en el mundo, especialmente aquellos de Asia, África y América Latina”.<sup>634</sup>

Para el PS estar del lado de la Revolución cubana comenzó a ser sinónimo de compromiso con la revolución nacional en América y todo el Tercer Mundo. El congreso suscribió a las campañas internacionales procubanas, destacando particularmente las proyecciones antiimperialistas y antif feudales de la revolución. El PS condicionó sus redes internacionales al movimiento de solidaridad con la isla, proponiendo una reunión de movimientos populares y revolucionarios de América Latina que sustituyera al secretariado latinoamericano de la IS, idea que finalmente no tuvo mayores apoyos. Al respecto, el Secretario General, Salomón Corbalán, repasó el estado de las relaciones internacionales del partido destacando la

---

<sup>634</sup> Salomón Corbalán, “Solo con las masas trabajadoras se afianzará la revolución en Latinoamérica”, *Arauco* 23, diciembre de 1961.



ruptura con la “imperialista” Acción Democrática de Venezuela y el Partido de la Liberación de Costa Rica, un nuevo distanciamiento de la IS e irregulares pero cordiales vínculos con el MNR. Sin embargo, el caso más decidor de este viraje fue la ruptura de relaciones con el APRA, acusado de transformarse “en un puntal incondicional del imperialismo yanqui al que Víctor Raúl Haya de la Torre calificó de ‘imperialismo bueno’”.<sup>635</sup>

La radicalización de la política internacional cubana a inicios de la década de 1960 hacia un proyecto de revolución continental inspirado en sus propios métodos y valores resultó fundamental para la izquierda latinoamericana, que a través del movimiento de solidaridad con Cuba discutió la necesidad de una coordinación revolucionaria continental y promocionó la táctica guerrillera en América Latina. Para el PS, documentos como la Segunda Declaración de La Habana donde Cuba expresó su carácter socialista y la intención de proyectar su ejemplo revolucionario al resto del continente, resultaron fundamentales para la revitalización del discurso latinoamericanista y la consolidación de las dimensiones ejemplificadoras de la revolución para el proceso chileno. En palabras de Salomón Corbalán, dirigiéndose al XII Congreso del PC, ya no era necesario buscar revoluciones fuera del continente pues con el ejemplo cubano “hablamos socialismo en castellano”, y continua:

Ya no estamos hablando un lenguaje utópico, ya no estamos señalando alternativas imposibles, estamos hablando de un camino que es el único camino practico y realizable para la transformación social. Y tenemos en nuestro favor, la demostración que aun a 90 millas del imperialismo yanqui, un país con la voluntad de lucha de su pueblo, es capaz de construir una revolución socialista. Y si ellos pueden ¿Por qué no podemos hacerlo nosotros también aquí en la república de Chile?<sup>636</sup>

Durante la primera mitad de la década de 1960, el PS simpatizó con los referentes simbólicos de la Revolución cubana y adhirió a los afanes expansivos de la misma, reconociendo en la experiencia del caribe un verdadero parteaguas entre las fuerzas revolucionarias y proimperialistas del continente. Después de 1962 los socialistas incrementaron sus intercambios y visitas a la isla, al tiempo que las distintas resoluciones de la organización se abrieron progresivamente al intercambio con los movimientos nacional libertadores de todo el mundo y promovieron la creación de una instancia coordinadora del antiimperialismo latinoamericano que se volvió parte de

---

<sup>635</sup> *Ibid.*,17.

<sup>636</sup> “Saludo del camarada Salomón Corbalán en representación del Partido Socialista”, *Hacia la conquista de un gobierno popular... op. cit.*, 381.

las resoluciones organizacionales durante el congreso de 1965.<sup>637</sup> Los socialistas revivieron el discurso de la unidad continental en torno a los valores programáticos, simbólicos e ideológicos de la Revolución cubana, adscribiendo a su vocación expansiva y particularmente a su estrategia de continentalización.

En enero de 1966 se realizó en La Habana la primera conferencia Tricontinental, fundadora de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina (OSPAAAL), intento cubano por reactivar el movimiento tercermundista iniciado en Bandung e integrar formalmente a las naciones latinoamericanas al grupo de países afroasiáticos. La conferencia dio cuenta de las transformaciones ocurridas en el campo internacional entre la década de 1950 y 1960, remplazando la discusión sobre el subdesarrollo y la dependencia por el debate práctico sobre la revolución y el socialismo, inaugurando un lenguaje común global entre los revolucionarios del mundo.<sup>638</sup> La conferencia proclamó la necesidad de una segunda independencia en el Tercer Mundo, señalando que los procesos independentistas de los siglos XVIII y XIX beneficiaron principalmente a las burguesías criollas y terminaron por establecer nuevas relaciones coloniales. El antiimperialismo se transformó en el nuevo imperativo revolucionario de la época, relevando su importancia para la independencia y el despertar anticolonial de los pueblos débiles que tras los acontecimientos de Playa Girón y la invasión norteamericana de Puerto Rico, se reunían en La Habana para coordinar la acción global contra el enemigo común: el imperialismo en sus formas políticas, militares, económicas, ideológicas y culturales.<sup>639</sup>

La Conferencia contó con delegaciones de 82 países incluida una representación del Frente de Acción Popular chileno y la invitación especial del Secretario Nacional de la CUT, el socialista Oscar Núñez. La reunión discutió una estrategia común para la liberación de los pueblos en los tres continentes y la coordinación de la acción antiimperialista global. En este aspecto, el propio Núñez insistió en lo novedoso del encuentro, poniendo énfasis en que los asistentes son “protagonistas de un mismo proceso, que avanza impetuosamente y que acorrala a los defensores de la explotación del hombre por el hombre o de un pueblo por otro pueblo”,<sup>640</sup> y agrega, respecto del proceso de liberación que “es común a las tres regiones y el

---

<sup>637</sup> Pedro Valdés Navarro, *El compromiso internacionalista. El Ejército de Liberación Nacional. Los elenos chilenos, 1966-1971. Formación e identidad*, Santiago, LOM, 2018, 60-72.

<sup>638</sup> Aldo Marchesi, *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas de los años sesenta a la caída del muro*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019, 71-92.

<sup>639</sup> “Primera Conferencia de Solidaridad de los pueblos de África, Asia y América Latina por Fernando Álvarez Tabio”, *Política Internacional* 13, primer trimestre de 1966, 7-59.

<sup>640</sup> “Estrategia común contra el imperialismo discutirá la Conferencia Tricontinental”, *Las Noticias de Última Hora*, 2 de enero de 1966.

surge y se desarrolla por el ejemplo de los pueblos que avanzan a través de distintas formas de lucha en todas las latitudes”.<sup>641</sup> Pese a esta aparente comunidad de intereses, diagnósticos y métodos para llevar adelante la lucha por la revolución en el Tercer Mundo, fue el propio Salvador Allende en su discurso durante la sesión inaugural quien dejó abierta la posibilidad para que sea “el propio pueblo de Chile y las condiciones de nuestro país, las que determinen que hagamos uso de tal o cual método para derrotar al enemigo imperialista y sus aliados”.<sup>642</sup>

En el país la conferencia hizo eco por las encendidas declaraciones de Fidel Castro, quien durante el acto de cierre declaró que en América Latina la lucha antiimperialista tarde o temprano tomará la forma de la lucha armada. También trascendió una de las frases dichas por Salvador Allende en su discurso a la sesión inaugural de la reunión: “a la violencia reaccionaria se opondrá la violencia revolucionaria”. Si bien las palabras del senador fueron dichas en una intervención que revisó las nuevas condiciones del imperialismo y recalcó la necesidad de buscar un método revolucionario acorde a las particularidades chilenas, diversos medios, el presidente Frei y varios parlamentarios demócratacristianos y de derecha acusaron al FRAP y a la Tricontinental de promover la violencia política en el país. La campaña contra la izquierda se agudizó en marzo de 1966, cuando el propio Frei culpó a los partidos del FRAP y por su intermedio a la Tricontinental, de ser responsables de la huelga en el campamento minero de El Salvador que terminó con ocho trabajadores asesinados por carabineros. La parte del discurso de Allende que generó las principales acusaciones de la prensa y los parlamentarios es la siguiente:

La doctrina Johnson constituye para el pueblo chileno, como para todos los países de América Latina, una declaración explícita de que los imperialistas opondrán la violencia a cualquier movimiento popular que en nuestro continente esté en condiciones de alcanzar el poder. Ello determina que el movimiento popular chileno, que ha logrado señalados triunfos en la ampliación y profundización de la democracia en nuestro país, sepa ahora, claramente, que los Estados Unidos le impedirán por las armas el acceso democrático y legal al poder.

Ello determina, también, en consecuencia, nuestra obligación de acentuar la lucha; movilizar a las masas, vincular la acción antimperialista a las reivindicaciones cotidianas de la población: la huelga, la ocupación de tierras, la movilización colectiva y la toma

---

<sup>641</sup> *Idem.*

<sup>642</sup> Salvador Allende, “Conferencia Tricontinental de La Habana”, *Diario de Sesiones del Senado. Sesión 80*, 16 de marzo de 1966.

de conciencia de que a la violencia reaccionaria se opondrá y opondremos la violencia revolucionaria.<sup>643</sup>

Lo interesante del discurso de Allende es que expresó la ambigüedad propia de quien habla en representación de una fuerza política con posiciones cada vez más enfrentadas respecto de los métodos y vías para la toma del poder en Chile. La posición de Fidel Castro, y que ganó la adhesión mayoritaria al interior del PS, era clara y comenzó a ser explicitada también por los medios y círculos socialistas: la lucha armada es un estadio inevitable para la revolución en América Latina. Sin embargo, esta posición no fue representativa de la totalidad del partido y mientras figuras como Aniceto Rodríguez y el propio Allende apoyaban con entusiasmo la iniciativa de la Tricontinental, al mismo tiempo estaban convencidos de que las condiciones chilenas permitirían alcanzar el poder mediante las elecciones e impulsar transformaciones revolucionarias a través de las desprestigiadas instituciones de la democracia burguesa.

La conferencia también significó una fractura en las relaciones cubano-soviéticas que repercutió sobre las izquierdas de todo el continente, divididas entre la estrategia insurreccional promovida por La Habana y la política de coexistencia pacífica propuesta por Moscú. Durante y después del encuentro Fidel Castro no dudó en expresar sus desacuerdos con la URSS, separando aguas entre “revolucionarios auténticos” y “reformistas”.<sup>644</sup> La Tricontinental fue la formalización de la vocación expansiva propuesta por la política internacional cubana para el Tercer Mundo, sancionando un compromiso de solidaridad activa con la revolución antiimperialista en todas sus formas. En Chile, el PS adscribió a los valores de la conferencia y a los alcances estratégicos de este nuevo tipo de internacionalismo, apelando al derecho de los pueblos a defenderse de la penetración imperialista sin que hubiese una posición unánime frente a la lucha armada. La posición comunista en cambio esquivó el recurso de la violencia, exaltando los valores simbólicos y antiimperialistas de la Revolución cubana y la trascendencia de la organización tricontinental, sin desligarse de un componente nacionalista que relevó las particularidades del proceso político chileno para sostener la vía pacífica.<sup>645</sup> En palabras de la diputada comunista Julieta Campusano, el panorama de luchas antiimperialistas en África, Asia y América presentaba “una multiplicidad extraordinaria de formas y métodos” que otorga a cada experiencia de liberación nacional “matices y perspectivas propias”. En este sentido: “el

---

<sup>643</sup> *Idem.*

<sup>644</sup> Rafael Pedemonte, *Guerra por las ideas en América Latina, 1959-1973. Presencia soviética en Cuba y Chile*, Santiago, Ediciones UAH, 2020, 115-125.

<sup>645</sup> Rolando Álvarez, *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura. 1965-1990*, LOM, Santiago, 2011, 76-80.

camino de la liberación nacional se plantea de acuerdo a la situación objetiva de cada pueblo” y agrega que “allí donde se ejerce la violencia imperialista, el pueblo debe responder con la violencia armada. Pero lo importante es la lucha de las masas, que, en una forma u otra, van asestando golpes al enemigo imperialista y oligárquico y se van abriendo paso hacia su completa liberación”.<sup>646</sup>

La Tricontinental implicó un nuevo giro en la política internacional del PS, que actualizó sus diagnósticos sobre el imperialismo y el desarrollo del movimiento socialista a escala global, consolidando la mundialización de la reflexión intelectual del partido. La conferencia declaró su solidaridad con los pueblos en todo el Tercer Mundo, sancionó la validez de la táctica guerrillera para las luchas por la independencia nacional y reinterpretó la polémica tesis de la coexistencia pacífica. Sobre este último punto, la conferencia señaló que éstas serían válidas solo para la convivencia entre pueblos con distintos sistemas sociales, perdiendo toda validez práctica para la convivencia entre clases antagónicas o entre pueblos oprimidos y el imperialismo. De este modo, la coexistencia pacífica no es excusa para “limitar el derecho de los pueblos a hacer su revolución social”,<sup>647</sup> por el contrario, exige el repudio a la agresión imperialista y la repulsa solidaria frente a la intervención extranjera en todo el mundo. En este aspecto “frente a la táctica imperialista de guerras limitadas, la respuesta efectiva es el desarrollo de la guerra de la liberación en todas las regiones donde estén maduras las condiciones”.<sup>648</sup>

La conferencia Tricontinental sirvió como punto de encuentro para los movimientos y partidos revolucionarios latinoamericanos. Durante la misma, los socialistas empujaron la organización de una instancia americana y la creación de una orgánica regional expresiva de la lucha global contra el imperialismo, agendando una próxima conferencia cuyo fin era fundar la Organización Latinoamericana de la Solidaridad (OLAS), inspirada en el mismo espíritu de la primera conferencia de la OSPAAAL: coordinar los esfuerzos solidarios de las distintas vanguardias revolucionarias frente a la penetración imperialista. Los cubanos vieron en el PS a su principal aliado nacional en la tarea de organizar una facción sudamericana del Ejército de Liberación Nacional comandado por Ernesto Guevara, iniciando acercamientos con ese fin a partir de 1966 en medio de los preparativos para la incursión guerrillera del “Che” en Bolivia. Los distintos

---

<sup>646</sup> Julieta Campusano, “Objetivos y acuerdos de la primera conferencia de representantes de Asia, África y América Latina, celebrada en La Habana”, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 25 de enero de 1966.

<sup>647</sup> “Resolución política general de la I Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina, reunida en La Habana en el mes de enero de 1966”, *Política Internacional* 13, primer trimestre de 1966, 117.

<sup>648</sup> *Ibid.*, 112.

intercambios y visitas a la isla, las concepciones ideológicas compartidas y la simpatía socialista por la estrategia insurreccional motivaron los contactos entre la “oficina América” de la inteligencia cubana y los militantes socialistas Elmo Catalán, Arnoldo Camú y Beatriz Allende, quienes fundaron una sección chilena del ELN que actuó de modo más o menos independiente dentro del nuevo esquema de la revolución continental vigente en el partido.<sup>649</sup>

En este contexto, Fidel Castro invitó personalmente a un grupo de dirigentes socialistas atendiendo a su campaña de defensa de la Revolución cubana, la solidaridad internacionalista y los principios revolucionarios compartidos por ambos partidos.<sup>650</sup> La delegación que visitó la isla en abril de 1967 estuvo liderada por Aniceto Rodríguez como Secretario General y conto con Carlos Altamirano y Adonis Sepúlveda en representación de la Comisión Política. Los chilenos sostuvieron una serie de reuniones con miembros del Partido Comunista de Cuba (PCC) y altos funcionarios de La Habana que incluyeron al propio Fidel Castro, al presidente Osvaldo Dorticós y el Secretario General de la OSPAAAL Osmany Cienfuegos. Con motivo de la visita, la Comisión Política redactó una declaración que destacó las concordancias políticas y la convergencia de principios entre ambos partidos:

Los dos partidos estiman que el imperialismo yanqui ha devenido en el principal enemigo de la humanidad, guía y sostén de la reacción mundial y que su política agresiva en contra de los pueblos latinoamericanos, planteada a través de la doctrina Johnson y ensayada brutalmente con la invasión de Santo Domingo, ha determinado cada vez más la progresiva continentalización del proceso liberador latinoamericano y la necesidad de la lucha armada de sus pueblos como única manera de hacer frente en escala continental a la intervención imperialista en nuestra América en amparo de los gorilatos y regímenes regresivos.<sup>651</sup>

De regreso al país, Altamirano realizó una conferencia titulada “La Lucha Armada en América Latina”. El texto de la conferencia, publicado por la revista *Punto Final*, desató una polémica nacional respecto del compromiso democrático y los métodos subversivos en la izquierda, particularmente en el PS. Para Altamirano “en Cuba se está viviendo otro

---

<sup>649</sup> Valdés Navarro, *op. cit.*, 75-88.

<sup>650</sup> “Carta de Fidel Castro a Aniceto Rodríguez”, *Punto Final* 13, primera quincena de octubre de 1966.

<sup>651</sup> “Declaración del Partido Socialista sobre visita a Cuba”, *Arauco* 88, mayo de 1967, 2.

universo conceptual e ideológico; se escuchan otros temas; otros son los actores, protagonistas del rico y explosivo proceso histórico continental ya en marcha”.<sup>652</sup> La conferencia desarrolló las posiciones fundamentales de la estrategia cubana para América Latina, señalando que esta es principalmente armada y guerrillera, contra el imperialismo y a escala continental. Este último punto significaba que ningún país del continente estaba en condiciones de alcanzar su independencia por sí mismo, siendo una reivindicación de la “vieja estrategia bolivariana” donde “la lucha de cada pueblo es la lucha de todos, y la victoria de uno, asegura y afianza la victoria de todos”.<sup>653</sup> La adhesión formal a los principios de la estrategia continental fue puesta en contexto por el mismo senador, quien señaló que dichas adscripciones no importaban un pronunciamiento definitivo sobre los métodos de lucha, sino la constatación de que “más tarde o más temprano, la gran confrontación entre el imperialismo norteamericano y el proceso emancipador latinoamericano se dará en un plano armado; y para esa ocasión debemos estar preparados”.<sup>654</sup>

En julio de 1967, en la ciudad de La Habana, 27 delegaciones latinoamericanas se dieron cita en la primera conferencia de la OLAS. Siguiendo el espíritu de la unidad continental, la convocatoria fue enfática en señalar que la experiencia histórica de dominación compartida exigía a las vanguardias del continente “estudiar las experiencias de lucha común, las esperanzas que de ellas nacen y la organización de la batalla inaplazable contra el imperialismo”.<sup>655</sup> En Chile, la publicación de la conferencia de Altamirano y la constitución del comité nacional de la OLAS reactivó el debate público respecto a los métodos democráticos en la izquierda chilena. El Gobierno presentó una querrela contra Altamirano por los cargos de “injuria al presidente de la república”, “ofensas a las fuerzas armadas” y “apología de métodos o sistemas que propugnan la violencia como medio para provocar transformaciones económicas, sociales o políticas” por sus dichos sobre la lucha armada en la conferencia. La querrela desató las críticas del FRAP contra el presidente Frei, acusándolo de estar al servicio de intereses imperialistas y de promover en las Fuerzas Armadas una actitud beligerante hacia al movimiento popular.<sup>656</sup> En este contexto, la delegación chilena representada por Carlos Altamirano, Clodomiro Almeyda y Julio Benítez por los socialistas; y por Volodia Teitelboim, Jorge

---

<sup>652</sup> Carlos Altamirano, “La Lucha Armada en América Latina”, *Punto Final* 31, suplemento de la edición, segunda quincena de julio de 1967, 2.

<sup>653</sup> *Ibid.*, 4.

<sup>654</sup> *Ibid.*, 10.

<sup>655</sup> “La Organización Latinoamericana de la Solidaridad”, *Política Internacional* 17, primer trimestre de 1967, 13.

<sup>656</sup> Jaime Faivovich, “La izquierda esta procesada”, *Punto Final* 33, segunda quincena de julio de 1967, 3.

Montes y Carlos Cerda por los comunistas, partió a La Habana, mientras las diligencias judiciales en contra de Altamirano aún no estaban resueltas.<sup>657</sup>

La conferencia, pese a contar con una mayoría de delegaciones a favor de las tesis cubanas, planteó en sus documentos de discusión algunas opciones para los asistentes, de militancia mayoritariamente comunista, alineados con las tesis de la coexistencia pacífica y con la búsqueda de otras perspectivas de lucha en sus respectivos países. En este aspecto, una de las tesis planteadas por la organización indicaba “que el camino de la liberación de América Latina es el de la lucha armada. Y que si bien tácticamente es posible plantearse el empleo de todas las formas de lucha, estratégicamente solo la lucha armada puede conducir a la toma del poder”.<sup>658</sup> Las divergencias se replicaron en la delegación chilena, única con presidencia rotativa entre comunistas y socialistas, cuestión que a la postre le significó abstenerse respecto de varios puntos clave donde no existió acuerdo entre los partidos del FRAP.

Un desacuerdo extendido entre los partidos comunistas asistentes fue la creación de un comité permanente de la organización con altas atribuciones para coordinar la acción de los movimientos y partidos revolucionarios del continente. Para los delegados comunistas, una instancia de este tipo y orientada a la “continentalización” de la lucha armada significaba acabar con la posibilidad de que cada país decida, de acuerdo con sus particularidades, sus propias estrategias para conseguir su emancipación, por lo que se resistieron en bloque a una organización que podría transformarse en una nueva internacional.<sup>659</sup> Los informes preparados por los representantes cubanos y discutidos durante la reunión reconocían la necesidad de buscar variantes estratégicas según las condiciones de cada país. Al respecto, uno de los documentos señalaba:

Las condiciones del desarrollo económico y social de cada país tienen sus particularidades. No puede concebirse una táctica revolucionaria idéntica en Chile, Uruguay o Costa Rica, a la que podríamos elaborar para Brasil, Colombia, Venezuela, Guatemala, Perú o Bolivia. Es evidente que el desarrollo de la revolución en los diferentes países se adaptará a lo particular de cada uno de ellos. Las formas de lucha no pueden ser exactamente iguales a las que se plantean en su conjunto para América Latina. Esto es válido y debemos obviamente tenerlo en cuenta. Ahora bien, hay que determinar con precisión cual es la forma de lucha más

---

<sup>657</sup> “Altamirano Viaja hoy a La Habana”, *Las Noticias de Última Hora*, 29 de julio de 1967.

<sup>658</sup> “Representantes de 27 países asisten a la reunión de OLAS”, *Las Noticias de Última Hora*, 1 de agosto de 1967, 2.

<sup>659</sup> “OLAS: aprobados por unanimidad acuerdos de la Comisión N°1”, *Las Noticias de Última Hora*, 9 de agosto de 1967.



adelantada. Cuáles son los métodos más desarrollados y cuales los frentes y países en los cuales puede desarrollarse con mayor fuerza. Hablar de lucha guerrillera en Chile o en Uruguay, es tan disparatado y absurdo como negar esta posibilidad en Venezuela, Colombia, Brasil Guatemala o Perú.<sup>660</sup>

Pese a estos matices, la declaración final y las distintas resoluciones adoptadas terminaron afirmando la posición cubana, sancionando la lucha armada como un hecho “inevitable” en el combate contra el imperialismo en el continente, rechazando la validez de la coexistencia pacífica para América Latina y negando cualquier tendencia progresista de las burguesías latinoamericanas.<sup>661</sup> Las posiciones cubanas no reconocieron excepciones a estas tesis, señalando que en aquellos países donde el movimiento popular tiene abiertas las posibilidades por la vía de las instituciones, esta es una condición transitoria ante la insurgencia nacionalista en marcha y la respuesta imperialista coordinada. En este sentido, la opción cubana fue un intento por responder a la estrategia imperialista continental impuesta “desde arriba” por los EE. UU. con la continentalización “desde abajo” de la revolución antiimperialista.<sup>662</sup>

Para el PS, la OLAS fue la realización del viejo anhelo socialista en materia internacional: la creación de una estrategia común para la independencia económica y social latinoamericana, plateada desde y para el continente sin mediar influencia política de los “vaticanos ideológicos” europeos. Más allá de las tradicionales declaraciones sobre el enemigo común imperialista, la OLAS entregó directrices prácticas sobre el cómo combatirlo, transformando a cada proceso de liberación nacional en una parte integral de la lucha continental y global contra el imperialismo. Las resoluciones de la OLAS vinieron a zanjar en parte el debate respecto de la naturaleza de la revolución en América Latina: esta es nacional, antiimperialista y de clase, y necesariamente tomará la forma del enfrentamiento armado frente a una agresión inevitable del imperialismo. Para el PS, la acción electoral no quedaba descartada, sin embargo, el horizonte estratégico de la lucha guerrillera resultaba un estadio tan inevitable para Chile como para resto del continente, como reconociera el propio Altamirano frente a la prensa extranjera.<sup>663</sup>

---

<sup>660</sup> “Es disparatado y absurdo hablar de lucha guerrillera en Chile”, *Las Noticias de Última Hora*, 6 de agosto de 1967.

<sup>661</sup> “Resolución General del punto I de la agenda”, *OLAS. Primera conferencia de la Organización Latinoamericana de la Solidaridad*, s/1, 1967.

<sup>662</sup> Marchesi, *op. cit.*, 80-81.

<sup>663</sup> “Altamirano exalta la unidad de la izquierda chilena” En: *Las Noticias de Última Hora*, 6 de agosto de 1967.

La nueva estrategia continental obligó a discutir y redefinir la política socialista del Frente de Trabajadores. Sobre la proyección de estas definiciones en el debate interno, Clodomiro Almeyda comentó la necesidad de resolver en el próximo congreso, a realizarse en 1967, “una táctica que se compagine con la estrategia que hemos aprobado en la conferencia de la OLAS. En mi opinión, hay una consecuencia indudable: el Partido Socialista deberá marginarse de los procesos electorales concebidos como una vía de acceso al poder”.<sup>664</sup>

Las palabras de Almeyda dan cuenta de la influencia que ejercieron las distintas dinámicas internacionales y corrientes globales del pensamiento político de izquierda sobre las adscripciones y definiciones políticas del PS. La discusión internacional del socialismo tuvo un dinamismo innegable que se tradujo en distintos diagnósticos sobre la realidad mundial y continental que influyeron sobre las lecturas y modos de pensar el proceso político nacional. En este sentido, las distintas adscripciones internacionales y contactos con otras experiencias permearon el debate socialista aportando con discursos estratégicos, posiciones ideológicas y referentes simbólicos que resultaron fundamentales al momento de pensar un camino para la revolución chilena.

En este aspecto, la Revolución cubana tuvo una repercusión importante en las elaboraciones ideológicas y doctrinarias del PS, transformándose, al igual que la Yugoslavia socialista, en una experiencia concreta que logró dar respuesta a las expectativas de cambio social, transformación estructural, “democracia socialista” y antiimperialismo que el partido venía discutiendo de forma sostenida desde la década de 1950. En este proceso fueron también discutidas las dimensiones tácticas y estratégicas del Frente de Trabajadores, que pasó de las perspectivas nacional revolucionarias inspiradas en la revolución boliviana a inicios de la década de 1950, a transformarse en la versión chilena de la estrategia continental propuesta por la OLAS durante el XXII Congreso de Chillan en 1967, acorde con las transformaciones del debate interno durante el periodo.

Una cuestión similar sucedió con el discurso antiimperialista, fuertemente influenciado por distintas corrientes ideológicas y diplomáticas mundiales de mediados del siglo XX. El indoamericanismo de la década de 1930, el neutralismo de los 1950 y el tercermundismo de los 1960 fueron solo algunos de los matices que adquirió el discurso antiimperialista del PS, dando cuenta de la receptividad y la diversidad de fuentes intelectuales que intervinieron durante la trayectoria socialista. Del cardenismo al titoismo, los liderazgos internacionales y las alternativas diplomáticas reivindicativas

---

<sup>664</sup> “Carlos Jorquera. Lucha armada y lucha guerrillera”, *Punto Final* 35, segunda quincena de agosto de 1967.

de la soberanía y la autodeterminación acercaron a intelectuales y dirigentes del PS a distintas tendencias que, inclusive sin ser socialistas, tuvieron una gravitación importante para la discusión interna y la elaboración de alternativas para la revolución en Chile, América Latina y todo el Tercer Mundo. Las experiencias de otras naciones también resultaron fuentes importantes para el debate intelectual socialista, aportando con definiciones ideológicas y prácticas políticas novedosas que fueron discutidas con entusiasmo por los círculos y medios de difusión partidaria. Desde Belgrado hasta La Habana, los procesos nacional libertadores y antiimperialistas fueron analizados resaltando sus dimensiones modélicas y ejemplificadoras para la política propia, generando una tendencia a proyectar distintas aristas de estas experiencias hacia la política doméstica, el debate estratégico y la discusión programática.

En el caso yugoslavo, esta influencia estuvo ligada a la configuración de un camino propio e independiente de los “vaticanos ideológicos”, relevando en cambio, las particularidades nacionales como aspecto fundamental a la hora de decidir las formas y caminos para construir el socialismo. El ingrediente ideológico de Yugoslavia, país socialista y acusado de hereje por Moscú, posicionó a Belgrado como una alternativa de izquierda al liderazgo del referente político soviético. En este sentido, el ejemplo de la Yugoslavia socialista ganó simpatía y adhesiones en momentos que la política antibloquista y la condena al imperialismo soviético en Europa copaban el debate internacional del PS. Pese a las fluidas relaciones existentes entre ambos partidos, la discusión sobre el modelo yugoslavo fue paulatinamente relegada al debate sobre política internacional, resaltando el liderazgo global y “libertario” de Tito frente al emergente Tercer Mundo durante la década de 1950 y al grupo de países no alineados durante la década posterior. No obstante, las formas políticas de la “democracia socialista” y el modelo de autogestión obrera no desaparecieron del todo de la reflexión intelectual del partido, sirviendo como modelo permanente para la discusión sobre la movilización de masas, la gestión de unidades económicas y la participación popular directa en los asuntos públicos.

Es indiscutible que el referente cubano tomó un protagonismo superior a cualquier otra experiencia revolucionaria. Desde el primer momento, la Revolución cubana se tradujo en un debate ideológico sobre las dinámicas de la revolución en América Latina y en una discusión estratégica acerca de las vías para la conquista del poder que tensionaron el debate partidario. La OLAS fue el momento culmine de la influencia cubana en el PS, que se comprometió con los referentes simbólicos y también con las dimensiones estratégicas de la política expansiva promovida por La Habana para el continente. Esto llevó a los sectores más comprometidos con la “Doctrina OLAS” y su estrategia continental a perder su independencia e inventiva a la hora de diagnosticar y situar la

realidad chilena, valores constitutivos de la identidad doctrinaria “no dogmática” tradicionalmente agitada por intelectuales y dirigentes.

Durante la década de 1960 los alcances estratégicos y las dimensiones tácticas de la política de Frente de Trabajadores fueron constantemente discutidas. La derrota de la izquierda en las elecciones presidenciales de 1964 inauguró un periodo de crítica interna y faccionalismo que tendió a la radicalización discursiva y a la elaboración de nuevas perspectivas “revolucionarias” para el FT. Con la Revolución cubana como telón de fondo, el PS inició un proceso de definiciones que buscó depurar al partido de elementos reformistas y conciliadores, preparando al partido orgánicamente para un nuevo tipo de movilización de masas y tareas paraestatales, que agudizaron los extremos discursivos sobre la conducción política del partido entre la vía electoral y sistémica y los “métodos ilegales” sin que esto implicase —todavía— una sanción explícita por la lucha armada en América Latina.

Después de 1964 el debate socialista apuntó a la “justeza” del FT en lo nacional, abriéndose a nuevas posibilidades estratégicas para aportar en el combate internacional contra el imperialismo. El momento cumbre de este proceso de discusión y definiciones internas fue el XXII Congreso de Chillan, donde los socialistas adhirieron formalmente a la estrategia continental promovida por la OLAS y al horizonte estratégico de la lucha armada sin abandonar la acción institucionalizada. Lo anterior, le generó al FT un nuevo desencuentro entre un discurso rupturista y comprometido con la acción política disruptiva y un renovado afán institucionalista que buscó dotar de “contenido revolucionario” a cada acción sistémica, electoral y parlamentaria de los dirigentes y personalidades socialistas.

## 5. *¡Patria, revolución y socialismo!* La radicalización del socialismo chileno

A los socialistas les aprietan los zapatos o alguien les pisó un pie y todavía se lo tiene aplastado. De otra manera no se explica que sean tan gritones. No hay socialista con buen carácter, podrán estar de buen humor un rato, pero a la primera se ponen a chillar. Son verdaderos energúmenos de la política. Cuando uno los escucha queda convencido que harán la revolución en cinco minutos más, que saldrán a quebrar vidrios y al primer paco que pillen le van a quebrar los huesos. Salen y uno cree que van a eso. Diez minutos más tarde los encontrará en un café vociferando contra el orden establecido y sosteniendo que las condiciones ya están maduras.<sup>665</sup>

Con la adopción de la línea estratégica del Frente de Trabajadores se consolidó un marco ideológico y discursivo común para las distintas corrientes del socialismo, dando características particulares y marcos discursivos más definidos que dieron un nuevo sentido a las polémicas del PS después de 1953. Si bien la política del FT fue materia de interpretaciones divergentes y constantes desencuentros, también es cierto que desde su proclamación en 1955 la discusión ideológica, el disenso entre facciones y la trayectoria intelectual del socialismo chileno se articularon en torno a sus postulados, discursos y conceptos fundamentales.

Este capítulo ensaya una caracterización del proceso de radicalización discursiva e ideológica del PS durante la década de 1960. Contradiendo el lugar común que señala la inauguración de este momento como una consecuencia directa de la Revolución cubana, pretendo dar una visión de mediano plazo que sitúa las raíces del discurso ultraizquierdista en la llegada de las posiciones “revolucionarias” a los espacios dirigentes del partido durante la segunda mitad de la década de 1940.<sup>666</sup> Como se discutió en secciones anteriores, la intransigencia en torno a una política de alianzas con partidos social e ideológicamente afines y las perspectivas programáticas de la República Democrática de Trabajadores son el principio de una trayectoria ascendente hacia posiciones políticamente

---

<sup>665</sup> Eugenio Lira Massi, “La cueva del senado y los 45 senadores”, Santiago, Abumohor impresores, 1968, 10.

<sup>666</sup> Una lectura similar respecto de la duración de este proceso es la propuesta por Luis Ortega en el artículo *La radicalización de los socialistas chilenos durante la década de 1960*, *Universum* 23:2, 2008, 152-164. En una línea similar, pero situando el inicio del proceso de radicalización socialista en la década de 1950 está el trabajo de Julio Faúndez, *Izquierda y democracia en Chile... op. cit.*, 169-176.

disruptivas y socialmente movilizadoras. No obstante, el discurso rupturista y de masas convivió con la acción parlamentaria, la movilización electoral y los tiempos de la política formal, configurando una dinámica interna que con el tiempo evidenció el desencuentro entre el lenguaje principista y revolucionario y la política sistémica.

Desde su fundación el PS apuntó a la crisis integral de la república como la primera razón de su existencia en la vida política nacional, señalando fundamentalmente al retraso económico, la dominación imperialista y la acción regresiva de las oligarquías nacionales como elementos característicos del marco político-social chileno. Frente a éste, la propuesta del PS apuntó a la transformación radical de las estructuras tradicionales y la construcción de un nuevo régimen, apuntando principalmente a la necesidad de dinamizar un proceso social empantanado por la acción de las clases dirigentes tradicionales, culpables de haber impedido, en palabras de Julio Cesar Jobet, “todo reordenamiento económico y social, y cerrado el paso a las nuevas clases sociales, lo que mantiene al país en una crítica situación prerrevolucionaria”.<sup>667</sup>

Con distintos matices y alcances, los líderes e intelectuales del partido enfocaron su preocupación hacia las particulares condiciones del desarrollo de la lucha de clases en Chile. El retraso social y la dependencia económica fueron señaladas como consecuencia directa de una modernización frustrada, que logró que convivieran prácticamente empatadas las formas tradicionales de la economía latifundista con los modos productivos propios del extractivismo capitalista moderno. Lo anterior, habría creado una dinámica donde las distintas clases sociales aspiran, según Clodomiro Almeyda, “a convivir sin destruirse las unas a las otras, lubricadas en la cotidiana experiencia de una vida democrática tan formal como infecunda, que disimula el hecho básico de la inexistencia en Chile de una verdadera autoridad política encargada de resolver en un sentido u otro las contradicciones y conflictos sociales”.<sup>668</sup>

Uno de los grandes factores apuntados para explicar este inmovilismo social fue la penetración imperialista en la forma de inversiones, pactos militares y colaboración económica. El diagnóstico apuntó a la subordinación de una burguesía criolla “psicológicamente retrasada” y económicamente dependiente del imperialismo para sostener sus posiciones y, por lo tanto, impotente y desinteresada en asumir un rol transformador y modernizador. Estas dinámicas sociales explicarían la fisonomía del desarrollo capitalista en Chile, su falta de vitalidad industrial,

---

<sup>667</sup> Julio Cesar Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1951, 6.

<sup>668</sup> Clodomiro Almeyda, *Visión sociológica de Chile*, Santiago, ECPA, 1957, 20-21.

el carácter monopólico de la economía y la dependencia del capital extranjero y la actividad extractiva.

Frente al inmovilismo estructural de la sociedad chilena, el PS propuso la dinamización de sus lógicas entendiendo que las clases tradicionalmente llamadas a ejercer un papel transformador —las burguesías— eran incapaces de cumplirlo. En este aspecto, la fórmula socialista fue saltar la fase democrático-burguesa, lo que no significó eludir sus tareas modernizadoras, sino que impulsarlas a la par de las realizaciones propias de la construcción socialista. Siguiendo este diagnóstico, la revolución chilena planteada por los socialistas fue en principio democrática, y pretendió extender los derechos político-sociales ostentados por la burguesía liberal y las clases terratenientes al resto de la sociedad chilena, tendiendo a la liquidación de las posiciones institucionales —el Estado “de clase”—, económicas —la propiedad de la tierra y los monopolios— y políticas —la ficción de la democracia burguesa— que constriñen el proceso modernizador y revolucionario en el país.

Esta lectura sobre el proceso político social chileno fue seguida particularmente por los sectores reunidos en el Partido Socialista Popular, quienes plantearon en estos términos los principios elementales de la política socialista sancionados entre 1953 y 1955. El Frente de Trabajadores fue creado considerando estos diagnósticos sobre la “mecánica” del proceso social chileno y atendiendo a la necesidad política fundamental de dinamizar el mismo. De ahí que el afán clasista de la política del PSP estuviera sustentada en un largo debate teórico que, pese a ser adoptado como política oficial del PS reunificado, no clausuró el disenso entre las alternativas clasistas y rupturistas, y aquellas sistémicas y abiertas a la colaboración con la burguesía.

Después de 1957 la divergencia discursiva entre las reunificadas corrientes socialistas siguió siendo evidente, presentando posiciones encontradas frente al carácter de la revolución chilena y distintas actitudes frente al PR y el nuevo centro demócratacristiano. Los otrora socialistas populares y socialistas de Chile no profundizaron sobre las posiciones en disputa, enfocándose de lleno en las tareas unitarias del FRAP y las elecciones presidenciales de 1958. Pese a discrepancias episódicas, las diferencias entre ambas tendencias se mantuvieron en el plano de la discusión ideológica y proyectual, existiendo cierta unanimidad a la hora de apoyar la candidatura y el programa unitario de la izquierda, y de invocar los principios políticos del partido para condenar los llamados comunistas a la unidad con el PR y la DC.

La unanimidad en torno al Frente de Trabajadores no evitó que se formaran divergencias a la hora de interpretar sus postulados estratégicos y tácticos. Si bien no hubo dudas al declarar la “justeza” de la política socialista y su valor como una orientación forjada a la sazón de la experiencia partidaria, la práctica institucional y exclusivamente electoral

sostenida por el PS en el marco del FRAP motivó la aparición de voces críticas hacia el aparente abandono de los principios revolucionarios de la política del FT. El desencuentro sobre las vías y métodos de la revolución chilena se mantuvo latente durante la década de 1950 e inicios de 1960, llegando a un punto de quiebre durante el XX Congreso de 1964. Sin debatir exclusivamente sobre la lucha armada, un sector del partido vinculado a la Federación Juvenil Socialista y a diversos grupos escindidos, reclamó contra lo que consideraron el abandono de los principios socialistas y la desnaturalización de la línea del FT, siendo expulsados en masa por el Comité Central presidido por Raúl Ampuero.

Pese a la expulsión de estos sectores, la derrota en las elecciones de 1964 y el programa de reformas del nuevo Gobierno tuvieron un influjo capital en la radicalización experimentada por el PS los años posteriores. Después de las elecciones, la crítica apuntó al institucionalismo exacerbado y al discurso conciliador de las dirigencias en búsqueda del voto de sectores medios e independientes. La política sostenida a través del FRAP comenzó a ser evaluada críticamente, acusando el progresivo viraje de las directivas anteriores hacia las tesis comunistas de la coexistencia pacífica y la revolución por etapas en desmedro de la línea política propia.

Como se mencionó con anterioridad, la influencia de la Revolución cubana resultó un factor fundamental en la aparición de nuevos imaginarios políticos que reconfiguraron el debate socialista, colocando en el primer plano algunas discusiones que se daban por zanjadas dentro de la organización. Cuestiones como las formas de lucha, la adopción de la vía pacífica o electoral y el ejercicio parlamentario fueron debatidas con especial énfasis a partir de la experiencia castrista. Después de la elección presidencial de 1964, las distintas instancias organizativas del PS se abocaron a un proceso de esclarecimiento ideológico que tuvo como principal referente a la revolución caribeña, cuyo ejemplo alimentó las expectativas programáticas y llevó el horizonte estratégico del partido hacia la lucha armada durante su congreso de 1967. En este sentido, la Revolución cubana relevó el debate sobre los alcances estratégicos de la violencia y las opciones políticas parainstitucionales al interior del PS, sin ser el origen teórico de las posiciones rupturistas e intransigentes.

En este aspecto, la lectura crítica sobre la participación del partido en gobiernos de coalición durante el Frente Popular y la segunda presidencia de Carlos Ibáñez son hechos fundamentales para explicar el origen de las posiciones intransigentes. Como se expuso en el segundo capítulo, el fin de las directivas “colaboracionistas” y el recambio generacional de las cúpulas e intelectuales socialistas instalaron una nueva lectura sobre las burguesías nacionales, la acción del imperialismo y la dinámica social chilena que derivaron en una posición independiente y clasista consolidada con la publicación del programa de 1947. La accidentada participación socialista popular en el Gobierno ibañista sirvió como una verdadera verificación



para las posiciones más intransigentes y revolucionarias, que llevó a las distintas directivas a rechazar con aun más encono todo pacto con coaliciones socialmente híbridas y políticamente comprometidas con el “imperialismo y la reacción”.

Durante la división socialista, el PS de Allende insistió en formar una amplia alianza de partidos opositores, mientras que el PSP de Corbalán y Ampuero se decidió por la independencia intransigente y una estrategia de masas que propuso combinar la movilización sindical y la presión parlamentaria para forzar, desde fuera del Gobierno, algunas realizaciones prometidas en el programa septembrista. En su afán de reagrupar al “contingente popular ibañista”, el PSP fue enfático en señalar su compromiso con los principios de la afinidad ideológica, el contenido de clase y la vocación revolucionaria como condiciones previas frente a una eventual alianza, negándose por todos los medios a cualquier acuerdo que implique revivir una combinación de centro izquierda. La fundación del FRAP y la reunificación socialista proyectaron discursivamente estos valores, sin embargo, la actuación del socialismo fue principalmente sistémica y exclusivamente electoral-parlamentaria.

La radicalización de la década de 1960 fue un proceso en el que intervinieron diversos asuntos de importancia para la discusión ideológica del PS. Discursivamente, las facciones más radicales reclamaron un proceso de recuperación ideológica y rectificación política ante lo que consideraron una traición a la vocación de vanguardia y la tradición socialista, exigiendo la restauración de los valores originales que inspiraron el Frente de Trabajadores. En este sentido, los sectores críticos a la directiva insistieron en mostrar la contradicción entre el discurso revolucionario y la práctica sistémica, creciendo numéricamente y ganando progresivamente espacios de dirección partidaria después de 1964. Por otra parte, la nueva dinámica internacional abierta por la Revolución cubana fue proyectada en los asuntos internos, avivando un debate sobre los aspectos tácticos de la política del FT que terminó por abrir una nueva dimensión práctica con alcances estratégico-militares alineado con el proyecto continental impulsado por La Habana.

### **5.1 1964: Año de prueba para la revolución chilena y la unidad socialista**

En marzo de 1960, Clodomiro Almeyda escribió que la nueva década inauguraba “La hora de América Latina”. Con sus particularidades, el despertar anticolonial tocaba la puerta del continente después de haber sacudido a los pueblos asiáticos y árabes, anunciando una nueva era signada por la afirmación nacional y revolucionaria. Luego de años de gobiernos reformistas, nacionalismos “bonapartistas” y desilusiones populares “el centro de gravedad de los movimientos populares se desplaza rápidamente

hacia la izquierda”.<sup>669</sup> La Revolución cubana, las tesis del antiimperialismo chino y la creciente polarización de la Guerra Fría en el continente renovaron los horizontes estratégicos y los referentes revolucionarios de la izquierda latinoamericana. En Chile, los sectores a la izquierda de los tradicionales partidos socialista y comunista adscribieron a los nuevos referentes insurreccionales y revolucionarios, protagonizando una serie de escisiones inspiradas en los modelos de la guerrilla y las dinámicas de la disputa internacional por el Tercer Mundo.

El PS fue particularmente sensible a este proceso, proliferando las voces recelosas de las posibilidades políticas de la democracia burguesa y que reclamaron un nuevo tipo de *praxis*, capaz de superar el electoralismo y orientarse hacia el movimiento de masas y el mundo popular. Durante la primera mitad de la década una serie de disidencias sobre la conducción del partido, los alcances de la política parlamentaria y el papel del PS en el FRAP revivieron la dinámica fraccional, los procesos disciplinarios y las expulsiones. Acusando la presencia de grupos con doble militancia, las directivas iniciaron una serie de investigaciones, procesos disciplinarios y expulsiones dirigidos a salvar la “unidad teórica y práctica”<sup>670</sup> del partido, poniendo fin a la tradicional tolerancia ideológica de la organización. El PS había albergado desde la década de 1930 a distintas corrientes del trotskismo nacional que incidieron en el inconformismo de 1940 y se plegaron a la figura de Ampuero en 1946. Además, desde fuera del PS, distintos grupos y partidos adherentes a las ideas del trotskismo mantuvieron contactos permanentes con socialistas afines a las ideas “cuartistas” en el mundo sindical y mediante episódicas irrupciones en organizaciones de base mediante la táctica del “entrismo”.<sup>671</sup>

Esta oleada de medidas contra la disidencia interna obedeció a la considerable penetración de grupos trotskistas y otras vertientes de izquierda radical que mediante la doble militancia rompieron el equilibrio interno entre las posiciones reformistas y revolucionarias, y también, a la moderación discursiva de la directiva ante la proximidad de las elecciones presidenciales.<sup>672</sup> En este contexto, el año 1961 fue expulsado Oscar Waiss, exmiembro del Comité Central y figura fundamental del PSP durante la década de 1950. Waiss estuvo ligado a las corrientes trotskistas desde la década de 1930, ingresando al PS como militante de la Izquierda Comunista en 1936 y formando parte del grupo fundador del PST en 1940. Alejado de

---

<sup>669</sup> Clodomiro Almeyda, “La Hora de América Latina”, *Arauco* 5, marzo de 1960.

<sup>670</sup> “Por el fortalecimiento orgánico e ideológico del Partido”, *Boletín del Comité Central del PS* 20, mayo de 1962.

<sup>671</sup> Robert J. Alexander, *Trotskyism in Latin America*, Stanford, Stanford University Press, 1973, 88-110.

<sup>672</sup> Eugenia Palieraki, *¡La revolución ya viene! El MIR chileno en los años sesenta*, Santiago, LOM Ediciones, 2014, 56-57.

las funciones partidarias más visibles, en 1960 participó de una reedición no oficial del periódico *La Calle* y dirigió la serie *Cuadernos de información política*, desde donde difundió distintos textos del ala izquierda del PS. Su salida fue detonada por un artículo publicado en el periódico antes citado, donde criticó al presidente venezolano Rómulo Betancourt por condenar la “dictadura” de Fidel Castro y acusó a Raúl Ampuero de haber recibido dinero para sumar al PS a la condena pública contra la isla.<sup>673</sup>

En 1962 fundó la Oposición Socialista de Izquierda en un intento por vincular a los grupos expulsados con la militancia activa, formando una tendencia “recuperacionista” que funcionó dentro y fuera del partido.<sup>674</sup> En una carta dirigida a la oposición socialista, Waiss reclamó principalmente contra la asimilación del FRAP a las tesis y formas políticas de la vía pacífica en desmedro de las posiciones revolucionarias enunciadas por el PS. En este sentido, criticó el “desmantelamiento ideológico” impulsado por las directivas frapistas y su actitud “confucionista”, haciendo creer al movimiento popular que era posible realizar un cambio revolucionario a través de las instituciones del Estado de clase. Al respecto, Waiss ironizó señalando que la política del FRAP sostenía que “si triunfa Allende, si saca un solo voto más, el jefe del Estado Mayor del Ejército, el Embajador de los EE. UU. y el eminentísimo Sr. Cardenal llegarán a un local del FRAP y dirán en democrático coro: señores comunistas y señores socialistas, sírvanse hacer la revolución social, porque el poder está en sus manos ya que sacaron un voto más que nosotros”.<sup>675</sup>

Para Waiss, el planteamiento de la izquierda de cara a las elecciones presidenciales de 1964 partía de una premisa equivocada: pensar que una vez alcanzado el poder por la vía de las urnas las clases dominantes no se resistirán a un proceso de transformaciones, cuyo contenido revolucionario, buscaba justamente liquidar sus posiciones. En este aspecto, abogó por impulsar otros métodos como las huelgas, ocupaciones y corridas de cerco con la finalidad de no “encajonar” al movimiento popular chileno exclusivamente por la vía electoral. Al respecto señaló:

El error fundamental de toda la política *frapista*, y por ende también del Comité Central del Partido Socialista, radica en los métodos de lucha que se preconizan. Esos métodos están sincronizados con la estrategia general, o sea con el propósito de

---

<sup>673</sup> El artículo junto con otros documentos y una versión del propio Oscar Waiss sobre los hechos que detonaron su salida están en el folleto *Socialismo sin gerentes*, Santiago, Imprenta Victoria, 1961.

<sup>674</sup> Marco Álvarez Vergara, *La Constituyente revolucionaria. Historia de la fundación del MIR chileno*, Santiago, LOM, 2016, 41.

<sup>675</sup> El texto completo de la carta está inserto en el folleto del mismo autor *Basura teórica y traición política*, Santiago, El Gallo Rojo, 1964, 17.

alcanzar una mayoría electoral en las elecciones de 1964 o, en subsidio, en las de 1970 o 1976. Tal conducta los lleva a impedir que los obreros ocupen las fábricas o que los campesinos tomen posesión de las tierras. Quien preconice esos métodos es un ‘provocador’. Y el que se acerque a los cuadros intermedios del Ejército es un ‘golpista’. Se ha construido todo un vocabulario para castrar de sus impulsos revolucionarios a la clase obrera y atemorizar a los dirigentes con conciencia de clase.<sup>676</sup>

Otra de las corrientes críticas fue la de Tito Stefoni y el grupo de militantes socialistas reunidos en torno a la revista *Polémica*. Después de la proclamación de Salvador Allende como candidato presidencial en 1963, este grupo se sumó a los trabajos electorales destacando las perspectivas revolucionarias del programa frapista. No obstante, el propio Stefoni advirtió la presencia de tendencias “oportunistas y conservadoras” personificadas en el PC y la directiva socialista. Abogando por no divorciar los medios electorales de los fines revolucionarios de la candidatura, el grupo hizo un llamado a utilizar el espacio de los comités de campaña para movilizar “en forma conscientemente revolucionaria a las grandes mayorías pobres y oprimidas”. Y agrega: “esto implica una campaña de guerra, en que la necesidad de poner al desnudo la esencia del régimen, caracterizar las formas de la reacción y el imperialismo, develar su carácter de clase, se convierte en el nervio motor de la lucha”.<sup>677</sup>

Para el *Grupo Polémica*,<sup>678</sup> el problema no radicaba en la elección de la vía electoral como forma de alcanzar el poder, sino en el lenguaje conciliador y la pretensión constante de abrir la alianza hacia sectores ajenos a la clase obrera reeditando antiguas fases de colaboración. En este sentido, la crítica fue contra aquellas tendencias que buscaban “maniatar” un movimiento de masas intrínsecamente revolucionario en sus objetivos a un triunfo puramente electoral, comprometiendo al movimiento popular de antemano con las clases sociales antagónicas y la mantención de la institucionalidad “burguesa”. Haciendo eco de las disidencias al interior del socialismo, para Stefoni, la garantía del carácter revolucionario de la campaña estaba en el ala izquierda del PS, principal defensor del carácter

---

<sup>676</sup> Oscar Waiss, *El espejismo del 64*, Santiago, Imprenta Victoria, 1962, 10-11.

<sup>677</sup> Tito Stefoni, “Vía de Las Vertientes o Vía revolucionaria” *Polémica* 5, 1 de junio de 1963, 28.

<sup>678</sup> La revista salió publicada en dos épocas, la primera entre 1953 y 1955, la segunda en 1963. Durante el segundo periodo la revista estuvo dirigida por Tito Stefoni, Mahfud Massis y Juan Tagle, recibiendo las adhesiones y colaboraciones de socialistas e independientes de izquierda. Tras su salida del PS en 1964 Stefoni asumió la dirección del mensuario *El Gallo Rojo* ex órgano del Partido Comunista Revolucionario que pasó a funcionar como medió del PSP junto con una editorial del mismo nombre.

clasista del FRAP y cuya línea política se había transformado en una verdadera contención al “terrorismo ideológico” del PC y la “burocracia” socialista.<sup>679</sup>

Con distintos matices e intensidades en su crítica, las corrientes izquierdistas al interior del pensamiento socialista apuntaron contra lo que consideraban un lenguaje conciliador y una estrategia de poder equivocada en el FRAP. Más allá de la coyuntura de las elecciones presidenciales y del debate sobre las vías para alcanzar el poder, el debate giró en torno al potencial revolucionario de las fuerzas allendistas y la capacidad del FRAP para impulsar transformaciones estructurales en una eventual alianza con sectores burgueses e “independientes”. Para las corrientes críticas, la temprana apertura del FRAP a las fuerzas centristas y los llamados del PC a radicales y democratacristianos constituían una concesión política, que en el plano social se traducía en una nueva alianza con sectores regresivos y reacios a cualquier medida revolucionaria.

Pese a que el Comité Central realizó una verdadera purga en toda su estructura a partir de 1961, los preparativos para el XX Congreso, a realizarse en la ciudad de Concepción a inicios del año 1964, no estuvieron ajenos a la polémica. En enero de 1964 *Izquierda* describía entre los problemas de cara al torneo una autocrítica insana y mal intencionada que corría el riesgo de transformar al PS en una “organización de rostros enojados y hostiles”.<sup>680</sup> Ejemplo de la animosidad fue el voto político del Regional Santiago Sur, que además de criticar la falta de definiciones de izquierda en la campaña presidencial propuso como “sugerencia” al voto político que “la vía electoral no elimina las posibilidades de tomar el poder por la violencia. El pueblo debe organizarse tanto para las elecciones como para aprovechar cualquier coyuntura que se presente favorable para la conquista del poder”, y agrega que “la campaña popular no es un vehículo para ganar votos. Es también un medio de agitación y un movimiento de masas con un programa de clase, siempre a la ofensiva”.<sup>681</sup>

En el congreso, el informe de Ampuero reconoció la existencia de tendencias fraccionales que hicieron de la democracia interna terreno fértil para la división y las “influencias extrañas”. En particular, acusó la presencia de grupos influenciados por la disputa chino-soviética, “el embrujo de las acciones guerrilleras” e ideas trotskistas que pretendían fundar un tercer partido obrero a costa del FRAP.<sup>682</sup> En una entrevista posterior, Ampuero se refirió a estos “revolucionarios de fuente de soda”

---

<sup>679</sup> Tito Stefoni, “¿Hacia dónde va la campaña Allendista?”, *Polémica* 8, 15 de julio de 1963.

<sup>680</sup> “El PS marcha a la toma del poder”, *Izquierda* 14, 14 de enero de 1964.

<sup>681</sup> Partido Socialista (Regional Sur), “Voto político”, *Boletín de información política* 1, noviembre de 1963, 4-7.

<sup>682</sup> Raúl Ampuero, *1964: año de prueba para la revolución chilena*, Santiago, Editorial Prensa Latinoamericana, 26-29.

como tendencias dominadas por el infantilismo de izquierda y cuyo fin era desacreditar la conducción política frapista, introduciendo en el movimiento popular una “mezcolanza de concepciones románticas fraguadas al margen de la realidad política, y un afán por desencadenar ‘procesos revolucionarios’”.<sup>683</sup> Finalmente, el Congreso zanjó el desacuerdo respecto a las vías de acceso al poder señalando que el FRAP tenía posibilidades reales de conquistar la Presidencia de la República en las próximas elecciones, además, se expulsó del partido a los sectores críticos a esta posición. En este sentido, la instancia mantuvo la dicotomía discursiva entre la violencia de masas en un sentido retórico y la acción sistémica y parlamentaria, sin lograr legitimar esta posición frente a los sectores izquierdistas.<sup>684</sup>

Los trabajos de campaña habían acercado a los movimientos de izquierda fuera del FRAP con Salvador Allende, quien invitó a dirigentes trotskistas y líderes sindicales como Clotario Blest para solicitar sus apoyos formales al XX Congreso de Concepción.<sup>685</sup> Pese a estos acercamientos, una parte de la izquierda radical vio a las disidencias socialistas como una oportunidad para que el FRAP y particularmente el PS avanzarán hacia posiciones revolucionarias. Por ejemplo, *El Gallo Rojo*, mensuario del Movimiento Revolucionario Comunista, estimaba que las incidencias socialistas podían transformarse “en la crisis más positiva del movimiento revolucionario”, y que de su desenlace dependía “si la lucha actual por el poder los trabajadores ha de tomar un contenido revolucionario o ha de hundirse en un oportunismo puramente electoralista”.<sup>686</sup> Una vez terminado el congreso, el periódico destacó la existencia de una oposición de nuevo tipo conformada por las seccionales expulsadas y en vías de constituir un “nuevo Partido Socialista Revolucionario” con la intención de formar un polo que eventualmente podría forzar al PS a tomar definiciones revolucionarias, apelando principalmente al ala izquierda que se mantuvo dentro de la organización en torno a Clodomiro Almeyda y Salomón Corbalán.<sup>687</sup>

La publicación, que pasó a ser dirigida por Stefoni después de su salida del partido en junio de 1964, se refería a un grupo de militantes de las seccionales de Talca, Coquimbo y a grupos juveniles de Santiago y Concepción que fueron expulsados durante el torneo. Después del congreso los militantes que fueron arrojados o abandonaron de forma

---

<sup>683</sup> “Las revoluciones y las fuentes de soda”, *Izquierda* 16, 7 de marzo de 1964.

<sup>684</sup> Casals, *El alba de una revolución... op. cit.*, 112.

<sup>685</sup> Palieraki, *op. cit.*, 86.

<sup>686</sup> “Crisis del Partido Socialista: crisis del oportunismo en la campaña”, *El Gallo Rojo* 2, segunda quincena de febrero de 1964.

<sup>687</sup> “Partido Socialista: un congreso más”, *El Gallo Rojo* 3, primera quincena de marzo de 1964.

voluntaria la organización se abocaron a la formación de nuevos partidos y movimientos con la intención de unir a las desperdigadas fuerzas de “izquierda revolucionaria” reclamando el sentido clasista, el contenido insurreccional y revolucionario del PS y la política del Frente de Trabajadores. Uno de estos grupos, conformado por los militantes de la FJS, ingresó a la Vanguardia Revolucionaria Marxista (VRM) reclamando contra el entreguismo de la directiva ampuerista, el viraje del PS hacia las tesis de la vía pacífica y el desencuentro evidente entre el lenguaje revolucionario y la práctica electoral-parlamentaria.

En una declaración final firmada por, entre otros, Miguel Henríquez, Andrés Pascal Allende y Bautista Van Schowen bajo el título *¡Insurrección socialista!*, el grupo habló directamente a las bases del PS acusando que el revisionismo y la conciliación se habían tomado la dirección del partido, relegando el poder obrero y la revolución al “rincón de los sueños utópicos y ultraizquierdistas”. El grupo denunció la falta de democracia interna, el uso de la “fraseología” revolucionaria con el fin de contentar a las bases y la ratificación de un “programa y una orientación propicia a un pacto con la burguesía radical, (que) aplaudió la trayectoria revisionista del Comité Central y evitó plantear la autodefensa popular creando la organización armada de las masas para enfrentar la contra revolución gorila con algo más que declaraciones, votos de protesta o discursos parlamentarios”.<sup>688</sup> Para este grupo, era impensable una entrega pacífica del poder por parte de las clases antagónicas, sosteniendo, en cambio, que las condiciones políticas chilenas habían demostrado a través de la amplia movilización social producida por la campaña presidencial de Allende que las condiciones ya estaban maduras para escalar la movilización popular a nuevos estadios.

Para el grupo en la VRM, el Partido Socialista había capitulado en su afán de transformar el régimen, sancionando un programa presidencial que en lo medular mantenía la “democracia capitalista” sin afectar las estructuras del Estado burgués, llegando inclusive a asumir un compromiso de respeto a la ley y la institucionalidad burguesa durante la campaña presidencial. En esta línea, el manifiesto acusó a la directiva de haber remplazado el programa de un Gobierno de trabajadores “por un ‘Gobierno no socialista’ y que corresponde, sociológicamente, a una simple forma política de izquierda socializante, grata a la burguesía ‘laica, masónica y socialista’, como rezan los votos Radicales con extraña unanimidad”.<sup>689</sup>

En mayo de 1964 las secciones expulsadas de Coquimbo y Talca, el Movimiento Revolucionario Comunista, la Oposición Socialista de Izquierda y el Grupo Socialista Revolucionario de Santiago llamaron al

---

<sup>688</sup> Vanguardia Revolucionaria Marxista, *¡Insurrección Socialista!*, Imprenta Entre Cerros, 1964, p. 2.

<sup>689</sup> *Ibid.*, 3.

resto de las fuerzas de izquierda a formar un nuevo Partido Socialista Revolucionario. En su manifiesto, el grupo apoyó la candidatura de Salvador Allende reconociendo que el movimiento de masas que apoyaba la postulación del FRAP era, por su composición de clase y objetivos políticos, de “indudable naturaleza revolucionaria”. Sin desligarse del todo del tronco teórico socialista, el grupo declaró en sus definiciones iniciales que “al democrátísimo pequeño burgués de la dirección del movimiento popular que se obstina en la conservación de la república burguesa parlamentaria oponemos la República Democrática de Trabajadores”, y luego agrega:

Asumimos la responsabilidad de organizar la corriente revolucionaria que surge espontáneamente en el seno del movimiento popular. Esta corriente tomará forma concreta en los comités revolucionarios de la campaña, en la gradual transformación de los comités allendistas en organismos vivos políticamente, en organismos que critiquen, orienten y sostengan la campaña. Solo así el pueblo elevará su nivel político, se integrará como elemento y no como un instrumento dócil de la dirección burocrática y anti revolucionaria. Solo los trabajadores mismos conquistaran su emancipación; solo su organización de clase es garantía de ir hasta el fin.<sup>690</sup>

De esta confluencia de fuerzas emergió el Partido Socialista Popular, reuniendo a Oscar Waiss, Tito Stefoni, algunas de las corrientes purgadas por Ampuero y grupos de origen trotskista provenientes del Partido Obrero Revolucionario de Humberto Valenzuela.<sup>691</sup> El nuevo partido dio su apoyo formal a la candidatura a través de una carta abierta dirigida personalmente a Allende, donde reclamaron un lugar en el Comité Nacional de Campaña y proyectaron algunas de las tesis y diagnósticos enunciados durante las décadas anteriores en defensa del Frente de Trabajadores. Insistiendo en los diagnósticos sobre la dinámica de las clases sociales en Chile y en la imposibilidad de impulsar un cambio revolucionario exclusivamente por la vía de las elecciones y el Parlamento, el PSP insistió en que “la construcción de un poder político revolucionario es la herramienta insustituible de la revolución” y continua: “no queremos para el gobierno popular el destino de Marmaduke Grove, de Jacobo Árbenz o Joao Goulart. Lucharemos incansablemente contra todos aquellos que

---

<sup>690</sup> *Llamado a la formación de un Partido Socialista Revolucionario*, s/i, Imp. Fco. Javier 261, s/f, 1.

<sup>691</sup> Álvarez Vergara, *op. cit.*, 49.



pretendan adormecer al pueblo llamándolo a confiar en la fuerza del ‘legalismo’ demo burgués”.<sup>692</sup>

Otro grupo de escindidos unidos bajo el nombre de Unión Revolucionaria Marxista (URM) publicó en junio de 1964 su propio análisis de lo ocurrido en Concepción. Para este grupo, los hechos resultaron demostrativos de que cualquier intento por cambiar el “reformismo solapado” al interior del PS derivaría en la expulsión de los opositores, dando por finalizada la etapa de disputa ideológica al interior del partido. Según la URM, el grupo centro izquierdista que había asumido la dirección abandonó la política clasista y la vocación de masas gestada por los cuadros revolucionarios del socialismo durante la década de 1950. En desmedro de la política revolucionaria, el PS habría caído en el “galimatías tercerista y en la tontería del socialismo y sus vigorosas caracterizaciones”, abandonado la esencia del Frente de Trabajadores al aceptar pactos sindicales y acuerdos electorales con el PDC y el PR, clausurando el “camino revolucionario en el plano de la acción concreta”.<sup>693</sup>

En un tono muy similar al de la Oposición Socialista liderada por Weiss, la declaración cuestionó el electoralismo frapista y su tendencia a defender “el axioma” de la vía pacífica pasando por alto la insurgencia revolucionaria latente de las masas y la resistencia cierta de la “contrarrevolución” frente a un eventual Gobierno de izquierda. Para la URM, el FRAP estaba dilapidando la opción de “asestar el mazazo definitivo a la reacción y sus aliados” al obviar que el camino revolucionario chileno debía andarse en “dos pies”. En este sentido:

No son los votos ni los fusiles separadamente, los que entregan o confirman el triunfo del proletariado. La verdad es que mientras la victoria electoral confirmaría que la voluntad mayoritaria del pueblo ha sido ganada para los objetivos revolucionarios, el fusil - simbólicamente la fuerza- y el adecuamiento de las organizaciones para el combate en la defensa de la definición electoral, o en la toma del poder en ultimo termino representan efectivamente la justa salida política de este momento histórico.<sup>694</sup>

El lenguaje de los grupos escindidos fue en términos generales la reclamación de los valores revolucionarios y las proyecciones movilizadoras de la línea política socialista. Desde la protesta interna hasta la ruptura total con el PS, estos sectores evidenciaron el mismo discurso clasista, igual

---

<sup>692</sup> “Carta abierta del Partido Socialista Popular a la candidatura presidencial de Salvador Allende”, *El Gallo Rojo* 4, junio de 1964.

<sup>693</sup> Unión Revolucionaria Marxista, *A los militantes del Partido Socialista, a los revolucionarios y a todos los militantes del movimiento popular*, s/i, Impresora Delta, junio de 1964, 2.

<sup>694</sup> *Ibid.*, 3.

diagnóstico sobre la dinámica de las clases sociales y un discurso crítico de la institucionalidad democrática muy similar al expresado en los días que, mientras aún formaban parte del PS, criticaron al Comité Central y las directivas frapistas. Sin embargo, la ruptura con la organización dio paso a versiones más radicales que, sin abandonar la campaña presidencial, propusieron opciones parainstitucionales y derechamente armadas. Una vez fuera de la organización estos sectores no tuvieron problemas en proponer nuevos métodos para el desarrollo de la campaña e insistir en desarrollar “el poder revolucionario” que permitiese incluir efectivamente al movimiento de masas al cuadro del proceso transformador chileno.

La primera consecuencia de la radicalización partidaria fue el faccionalismo y la configuración de un nuevo polo revolucionario donde las escindidas fuerzas socialistas tuvieron una gravitación central.<sup>695</sup> Algo muy distinto sucedió con el PS, que después del congreso continuó firme en su política y discurso alineado con los principios frapistas, influido ciertamente por la posibilidad real de alcanzar la presidencia en las elecciones de septiembre. A penas terminado el torneo de Concepción, el FRAP logró una nueva victoria sistémica en la elección complementaria de Curicó eligiendo al militante socialista Oscar Naranjo, aumentando las expectativas sobre la candidatura y generando cierto optimismo en torno a las opciones presidenciales de Allende.

Los resultados de la elección complementaria de marzo reconfiguraron el escenario político rumbo a las elecciones presidenciales. Ante el triunfo de la izquierda, la DC giró su discurso de campaña hacia el anticomunismo y la defensa del régimen democrático ante un eventual Gobierno del FRAP, insistiendo en el carácter dicotómico de las opciones de “Revolución en Libertad” y “Revolución con Dictadura”. Los partidos liberal y conservador decidieron por su parte apoyar la candidatura demócratacristiana en desmedro de la postulación del radical Julio Duran, presentando a Frei como la única alternativa democrática frente a un posible Gobierno marxista. Finalizada en los hechos la alianza del PR con la derecha, el FRAP intentó sin éxito sumar los apoyos radicales a la candidatura de Allende, insistiendo en llamar a sus bases con posterioridad a la decisión radical de perseverar en la candidatura de Julio Duran.<sup>696</sup>

Frente al binomio discursivo democracia/dictadura propuesto por los partidos de derecha y la DC, el PS respondió instalando el dilema entre capitalismo y socialismo apelando a la reconfiguración de las fuerzas políticas después del *Naranjazo*. Tras el apoyo liberal y conservador a Frei, el PS caracterizó la candidatura demócratacristiana como una extensión de

---

<sup>695</sup> Tanto el PSP como el grupo de la VRM proveniente de la FJS fueron fuerzas fundamentales en la fundación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria en 1965.

<sup>696</sup> Casals, *La creación de la amenaza...* op. cit., 312-318.

la derecha, insistiendo en su compromiso con la continuidad del régimen y su incapacidad para impulsar cualquier tipo de transformación que atente contra los intereses representados en su candidatura. En palabras de Carlos Altamirano: “Democracia Cristiana, derecha e imperialismo aparecen unidos. Usando el mismo lenguaje, agitando la misma bandera raída del anticomunismo. Defendiendo las mismas condiciones de oscurantismo, de privilegios y de injusticia”.<sup>697</sup>

Sin embargo, los socialistas insistieron en las perspectivas democráticas de la transformación impulsada por el FRAP manteniendo la tónica radical del discurso partidario en función de los límites del régimen democrático. Como se indicó en el tercer capítulo, frente a la interpelación democratacristiana el PS insistió en los afanes democratizadores del programa frapista en respuesta a quienes advirtieron rasgos “totalitarios” en la postulación allendista. En este sentido, el discurso socialista fue enfático en señalar las perspectivas pacíficas y legales del proceso revolucionario propuesto por la izquierda y su programa. Al respecto, Raúl Ampuero en su discurso de cierre al pleno socialista de mayo de 1964, señalaba que el movimiento popular “ha aceptado un camino de acuerdo con las condiciones chilenas”. Y agrega:

Todas sus energías las está entregando en esta lucha y, usando de las reglas del juego de una democracia formalista y tradicional, busca hacer los cambios reales que abran la perspectiva hacia la construcción de una sociedad más justa. Un camino legal, pero revolucionario porque alterará las estructuras básicas en que se cimantan nuestras relaciones de producción. Sabemos que el socialismo es un proceso. Queremos llegar al socialismo, pero no buscando el camino brusco y violento. Queremos un proceso con plena y consciente participación de las masas.<sup>698</sup>

Tras la victoria de Eduardo Frei en la elección presidencial las voces oficiales lanzaron la consigna “una política socialista para el movimiento popular”, planteando como tarea inmediata del partido proyectar los poco más de 977.000 votos logrados por Allende en una composición parlamentaria equivalente en las elecciones legislativas de marzo de 1965. En este sentido, Mario Garay llamó a superar los errores de la campaña proclamando la oposición “irreductible” del PS al nuevo gobierno y la necesidad de corregir el “no haber esclarecido suficientemente ante las masas el carácter reaccionario del PDC, su natural compromiso con las

---

<sup>697</sup> Carlos Altamirano, “El verdadero dilema”, *Arauco* 53, junio de 1964, 4.

<sup>698</sup> Raúl Ampuero, “Mensaje del Partido Socialista al Pueblo de Chile”, *Arauco* 52, mayo de 1964, 5.

fuerzas regresivas del imperialismo y la burguesía nacional, debemos ahora esforzarnos obstinadamente en señalar la política derechista, anti popular y de sujeción a los intereses del imperialismo que Frei iniciará el próximo 4 de noviembre”.<sup>699</sup>

La derrota de Allende operó un efecto demostrativo para los sectores opositores dentro y fuera de partido, afirmando los discursos críticos hacia el PDC, las elecciones y la dirección “conciliadora” del PS frente a los partidos burgueses. Raúl Ampuero, en su rol de Secretario General, apuntó que las elecciones se perdieron por los poderosos intereses oligárquicos comprometidos con la DC, la propaganda anticomunista y “la inaudita deficiencia de los mecanismos electorales”, y agregó:

Es posible que en los medios populares las reacciones políticas sean variadas y no falten quienes pretendan resolver los problemas de nuestra estrategia con fórmulas simplistas. Descarto, desde luego, a quienes propician la revolución para mañana en la tarde; fuera de ignorar las razones de por qué se abstienen de hacerla, pienso que solo constituyen un pequeño grupo de ideólogos sin confianza en las masas.<sup>700</sup>

Entre estos “ideólogos” estaba Oscar Waiss quien solo unos días después de las elecciones publicó el folleto *Basura teórica y traición política*, donde repasó los hechos de la división, criticó el comportamiento de la “burocracia socialista” durante la campaña presidencial y reivindicó la línea “socialista revolucionaria” ahora seguida por el PSP. Para Waiss, la derrota de Allende se debía fundamentalmente a haber negado el carácter de clase del movimiento allendista y otorgar “personalidad popular” a la candidatura demócratacristiana, inaugurando una etapa de retroceso social y electoral propiciado por la misma izquierda. El gran problema fue la comunión de intereses entre ambas candidaturas, que proponían “reformas estructurales sin revolución, es decir, arrebatar privilegios importantes al capital extranjero y a la oligarquía dentro de los márgenes normales del régimen burgués capitalista”, y continua:

Las dos tenían apoyo de sectores reaccionarios, que esperaban hacer ganancias de pescadores en el río revuelto de las promesas electorales. Las dos rivalizaron en tranquilizar al electorado asegurando el más irrestricto respeto a las leyes fundamentales de la república. No se ve ahora, entonces, la razón para que muchos

---

<sup>699</sup> Mario Garay, “Una línea política para el movimiento popular”, *Izquierda* 28, primera quincena de septiembre de 1964.

<sup>700</sup> Raúl Ampuero, “La hora de la simulación”, *Aranco* 56, septiembre de 1964, 4.

trabajadores no esperen, con fe y entusiasmo, el cumplimiento de las promesas del señor Frei. A esos trabajadores nadie les dijo que no podían hacer cambios de estructura sin revolución socialista. Esos trabajadores van a hacer su propia experiencia, y esa etapa no puede evitarse con manifiestos o declaraciones. Solo aventureros sin escrúpulos podrían pensar en la ofensiva en tales momentos; solo imbéciles extremistas hablarían de una revolución para ‘mañana en la tarde’.<sup>701</sup>

Waiss llamó a aventar a las directivas del FRAP y sustituirlas por cuadros más jóvenes, cuestión que hizo eco al interior de la tienda socialista generando nuevos movimientos fraccionales y organizaciones autoconvocadas. Mientras el Comité Central preparaba el partido para las elecciones de marzo, dos regionales santiaguinos de la FJS publicaron un manifiesto exigiendo poner punto final a la política de “capitulación y derrotismo” y recuperar la esencia revolucionaria del Frente de Trabajadores. En este sentido, hicieron un llamado “a todos los militantes, organismos seccionales y regionales del país a defender de la manera más enérgica la integridad del socialismo revolucionario.” Y continúa:

Camaradas: declaremos el estado de emergencia revolucionaria dentro de nuestro Partido. Exijamos el enjuiciamiento político de la actual dirección partidaria. Exijamos un balance honesto, franco y revolucionario de lo ocurrido. Exijamos una política que abra realmente las vías de la conquista del poder por los trabajadores. Exijamos un Congreso Nacional Extraordinario al más breve plazo.<sup>702</sup>

El ambiente crítico fue progresivamente tomándose el debate partidario, y con él, se extendió una vez más un discurso rectificador y a favor de rescatar las perspectivas de masas y la política revolucionaria del FT. Aniceto Rodríguez, al ser consultado sobre el nuevo cuadro político y los métodos acordes para alcanzar el poder, apuntó que “la izquierda ha idealizado en exceso el régimen democrático burgués abandonando una posición de vigorosa crítica a lo falsamente representativo del sistema”, llamando a pensar nuevas formas organizativas capaces de hacer frente al “espejismo” de la política de promoción popular impulsada por los demócratacristianos.<sup>703</sup> En una línea similar, una nota de la redacción

---

<sup>701</sup> Oscar Waiss, *Basura teórica y traición política*, Santiago, El Gallo Rojo, 1964, 27.

<sup>702</sup> Federación Juvenil Socialista, *A los militantes del Partido y la Juventud Socialista*, s/i, Imprenta entre cerros, 21 de octubre de 1964, 2.

<sup>703</sup> “El gran debate de la izquierda”, *Izquierda* 30, primera quincena de noviembre de 1964.

aparecida en *Arauco* convocaba a rescatar la autonomía política e intelectual que daban una fisonomía particular, no dogmática y heterodoxa a la ideología del PS en desmedro de la vía pacífica. Haciendo eco del testamento político del recientemente fallecido comunista italiano Palmiro Togliatti, la nota llamó a rescatar el tradicional sentido “creador” de la ideología y a la actualización de la política socialistas de acuerdo con las nuevas realidades sociales. Al respecto, concluía: “el PS debe comprender que la hora actual le es potencialmente favorable, siempre que sepa transformarse en una realidad actuante orgánica e ideológicamente”.<sup>704</sup>

Una opinión mucho más crítica fue la expresada por el escritor Manuel Espinoza Orellana<sup>705</sup> a través de las páginas de *Arauco*, para quien los partidos del FRAP llevaban décadas combatiendo en el terreno electoralista y llevando al movimiento popular a través de los marcos institucionales de la democracia burguesa. En este aspecto, la campaña de 1964 se caracterizó por haber “diluido” la confrontación de clases en el colaboracionismo y por “desfigurar” la política de Frente de Trabajadores. Para Espinoza, la convivencia del PS “en un medio burgués en el que ha compartido las tácticas de las agrupaciones políticas de la pequeña burguesía, significan un largo trecho en la acumulación de errores que es necesario extirpar”. En este sentido:

La coexistencia permanente dentro de este largo periodo junto a instituciones seudodemocráticas y constitucionalistas ha contribuido a debilitar las perspectivas revolucionarias de nuestra acción. Y era lógico que así fuera, el peso de la constitucionalidad y del democrático pequeño-burgués se ha transformado en un volumen gaseoso que nos ha traspasado a todos agigantando la imagen de una mentalidad jurídico-constitucionalista ‘sui-generis’ (...) Nos han obligado a reconocer un sentimiento jurídico-constitucionalista imperante en la mentalidad del chileno, que le hace respetar las instituciones impuestas por la burguesía. Que ante esta realidad nosotros propiciamos y pretendemos realizar cambios de fondo dentro de la legalidad y del derecho burgués. Somos unos revolucionarios constitucionalistas. Y cuando teóricamente expresamos un pensamiento correcto en torno a nuestra doctrina marxista, y un enfoque serio del momento histórico mundial, nos apresuramos a añadir que no obstante nuestras ideas, nosotros sabemos que en Chile ‘las condiciones no

---

<sup>704</sup> “El testamento político de Togliatti y el Partido Socialista de Chile”, *Arauco* 57, octubre de 1964, 22.

<sup>705</sup> Fue dirigente sindical de la compañía de seguros de Valparaíso, articulista regular de la revista *Arauco*, director del Instituto Chino-Chileno de Valparaíso y escritor de novelas y crítica literaria.

están dadas' para proyectar una acción que conteste con nuestro lenguaje. No hay que asustar a la burguesía.<sup>706</sup>

Para Espinoza, Chile se había transformado en un sujeto de prueba de las tesis y formulaciones de la vía pacífica, señalando la existencia de una “idiosincrasia” constitucionalista que caracterizó la revolución chilena como un proceso ascendente de toma de conciencia por medio de la agitación en sucesivas campañas electorales, que culminarían con la elección presidencial de Allende. Siguiendo este razonamiento, el movimiento popular habría decidido dar la batalla en el campo de la democracia burguesa, claudicando en la misión “revolucionaria” de “derrocar a la burguesía y demoler las estructuras capitalistas, instaurando un gobierno democrático de trabajadores”. Y continúa: “hemos salido de otra elección presidencial y podemos decir que hay pruebas suficientes para demostrar que nuestro camino hacia el socialismo, con todas las características nacionales propias, no puede dejar de mano lo fundamental, la lucha irreconciliable entre las dos fuerzas sociales que el sistema capitalista genera: burguesía y proletariado”.<sup>707</sup>

En diciembre de 1964 se realizó el Pleno Nacional sin la presencia de Raúl Ampuero. Durante el torneo se profundizó la crítica al rol y posiciones del partido, y se instaló una tendencia que apuntó a recuperar las proyecciones políticas del Frente de Trabajadores. El informe del Comité Central fue decidor sobre este punto, al postular que la elección presidencial fue perdida, en gran parte, por no llevar adelante una política revolucionaria inspirada en una justa interpretación de la línea socialista. Según el informe, la campaña presidencial extravió “la concepción de que el movimiento popular constituía una alternativa rotunda, diametral y violentamente diferente de las que propiciaba la burguesía a través de sus fórmulas”. Y agregó que “las grandes masas, junto con anhelar cambios, buscan alternativas claras para producirlos; abominan de la componenda y de la conciliación; no entienden los llamados a las fuerzas que hasta ayer eran rotundamente adversarias”.<sup>708</sup>

Además, el documento realizó una dura crítica contra lo que consideró una serie de concesiones discursivas orientadas a ocultar el contenido marxista leninista de la candidatura, con el fin de no levantar resquemores y atraer a sectores que por la naturaleza misma del movimiento popular allendista se oponían a la candidatura presidencial del FRAP. Con estas concesiones, la directiva socialista habría capitulado frente

---

<sup>706</sup> Manuel Espinoza Orellana, “¿Cuál es el camino a seguir?”, *Arauco* 57, octubre de 1964, 13-14.

<sup>707</sup> Manuel Espinoza Orellana, “Violencia burguesa y violencia revolucionaria”, *Arauco* 58, noviembre de 1964, 65.

<sup>708</sup> Chelen, *Trayectoria del socialismo...*, *op. cit.*, 166.

a las presiones de la derecha al negarse a imprimir una “conducción revolucionaria” a la campaña. En este aspecto, el informe señala:

Tenemos que empezar por reconocer que los resultados electorales significan una negación con respecto a los procedimientos tácticos y el estilo político que se ha estado usando. En buenas cuentas, reconozcamos que esos resultados han echado por la borda las formas tradicionales y el espíritu que han presidido las acciones de izquierda. Esos resultados nos indican que de nada sirven las indefiniciones, las vacilaciones, las duplicidades, las conciliaciones, que más que un paso atrás y dos adelante, significan un retroceso en muchos pasos y reiniciar una ruta que deviene en confusión, desarme ideológico y desaliento para las grandes masas asalariadas. Lo afirmamos rotundamente, camaradas del Pleno, si algo ha caducado y ha sido desahuciado a la luz de los resultados de esta elección es la supuesta política de unidad nacional, que se traduce en una beligerancia limitada y condicionada con respecto a los enemigos seculares de la clase obrera.<sup>709</sup>

Resulta interesante constatar en estos debates las diferentes posibilidades interpretativas respecto del Frente de Trabajadores. Mientras el sector oficial lo reivindicó como política oficial del FRAP señalando la exclusión de los partidos burgueses de la alianza, los sectores críticos e incluso algunos escindidos reclamaron su ausencia en función de la falta de una “dirección revolucionaria” y una estrategia de masas. Si en 1947 una de las intenciones de la conferencia programática fue dotar al partido de un cuerpo doctrinario común y acabar con las tendencias fraccionales que aún persistían en la colaboración gubernativa, en 1964 el mismo cuerpo doctrinario fue la causa de los debates, las disputas y los enfrentamientos al interior del PS. En este sentido, las distintas corrientes internas reclamaron la mantención y/o recuperación de la línea política del PS aduciendo su “justeza” y contenido eminentemente socialista, transformándola en el eje de la discusión interna los años posteriores.

El debate interpretativo en torno a la política socialista versó principalmente sobre la colaboración con fuerzas representantes de la burguesía, y respecto al tipo y contenido de la movilización social a impulsar por los partidos populares en línea con el objetivo general de la izquierda: alcanzar el poder político y construir el socialismo. De esta forma, no es cierto que la justa aplicación de la línea política del Frente de Trabajadores rechace de plano cualquier esfuerzo electoral o la acción

---

<sup>709</sup> *Ibid.*, 164.



parlamentaria, por el contrario, esta debía ser dotada de contenido revolucionario y ejercida de forma independiente, sin conciliaciones ni componendas con los sectores “reaccionarios y regresivos”. En resumen, la recuperación de la línea política socialista implicaba cancelar “las experiencias que significaron reconocer hegemonía de los partidos de la burguesía en el movimiento popular”, animando en cambio “una violenta y permanente beligerancia con respecto a los partidos tradicionales que, de una u otra forma, defendían el estado de cosas existente: la institucionalidad, la legalidad, el juego político, la componenda bastarda, la indefinición, etc.”<sup>710</sup>

Sin embargo, también es necesario considerar las características que tuvo el desarrollo de la campaña presidencial para comprender el tono de la polémica. Por una parte, Allende se vio obligado, en parte por la campaña anticomunista, a moderar el discurso revolucionario y a apoyarse en las definiciones de carácter programático, apareciendo más cercano al reformismo que al lenguaje revolucionario reclamado por la izquierda socialista. Por otra, las características progresistas y el programa reformista de la DC, el cual también se presentó con un lenguaje revolucionario, extendió la idea de una comunión de intereses entre los candidatos del FRAP y el PDC. Por último, los sucesos de la elección complementaria de Curicó al provocar el reordenamiento de las fuerzas políticas de derecha detrás de la candidatura de Frei obligaron, desde el punto de vista electoral, al acercamiento del FRAP y de Allende en particular, al Partido de Izquierda Radical, el mundo católico y a los sectores medios en un intento por contrarrestar el nuevo escenario abierto tras el *Naranjaço*. Todo lo anterior, sin duda, también contribuyó a que al interior del PS se instalará la idea de la “traición” al contenido revolucionario del Frente del Trabajadores durante el desarrollo de la campaña presidencial.

La derrota electoral de 1964 inauguró un nuevo proceso de definiciones, esta vez, orientadas a la recuperación de la pureza ideológica de la línea política socialista. El Frente de Trabajadores se transformó en los años siguientes en una orientación política práctica, que impuso fines e incluso actitudes para la movilización social y el trabajo de masas. Después de las elecciones, la crítica a la experiencia “electorera” y conciliadora asumió el discurso de la recuperación ideológica promovida por las directivas que sucedieron a Ampuero, insistiendo en desmarcarse de la vía pacífica, agudizar los antagonismos de clase y dinamizar la acción partidaria. Como parte de este proceso, el PS modificó sus principios orgánicos con el fin retórico de adaptar la estructura partidaria a los nuevos horizontes estratégicos, la renovada política de masas y el alcance continental de la política antiimperialista promovida por la Tricontinental y la OLAS.

---

<sup>710</sup> *Ibid.*, 165.

## ***5.2 El PS a la izquierda de la izquierda: recuperación ideológica y radicalización discursiva. 1965-1967***

La crítica al trabajo electoral sostenido por el FRAP reclamó la actualización de los métodos, estrategias y discursos políticos que habían caracterizado a la izquierda tradicional desde 1956. El debate en torno a los resultados de la elección presidencial de 1964 dio cuenta de una revitalizada crítica al electoralismo y una evaluación negativa sobre las posibilidades de alcanzar el poder por medio de los caminos institucionales y burgueses, haciendo del fenómeno divisionista una realidad que no fue exclusiva del socialismo. La discusión respecto de las vías y métodos revolucionarios alcanzó al Partido Comunista, a los sectores de izquierda y a las juventudes del Partido Radical y de la Democracia Cristiana, que vivieron durante la segunda mitad de la década sus propias escisiones.

La discusión del PS después de 1964 versó sobre algunos aspectos previamente levantados por las facciones de izquierda socialista a inicios de la década, reavivando el debate sobre las proyecciones del Frente de Trabajadores y un juicio crítico de la política seguida por el partido en el FRAP. Pese a la actitud autocrítica asumida por el Comité Central después de las elecciones, el debate dio cuenta de un divorcio irreconciliable entre la línea política y las orientaciones de la directiva ampuerista. En este contexto, las voces críticas comenzaron a exigir la recuperación de la línea política, atendiendo a sus proyecciones clasistas y revolucionarias, a exigir la revisión exhaustiva de los principios orgánicos, y una actualización de la estructura partidaria de acuerdo con los métodos y objetivos estratégicos del Frente de los Trabajadores.

El análisis del fracaso electoral dio paso a una revisión de la política socialista que explicó las derrotas electorales de la izquierda en 1958 y 1964 como consecuencia directa de una práctica tradicionalmente institucionalizada y transaccional. Este diagnóstico evidenció abiertamente el divorcio entre las posiciones teóricas revolucionarias y discursivamente rupturistas, y la política institucionalizada y formalista sostenida invariablemente desde el Frente Popular. Tomando como hecho probatorio del fracaso la elección de Eduardo Frei, el llamado fue a romper la dinámica tradicional del partido en términos prácticos y discursivos, renovando la crítica hacia el parlamentarismo y el desprecio por la institucionalidad burguesa en su conjunto. Después del fracaso, el PS y el movimiento popular debían “romper con el ritualismo de la democracia burguesa”, “faltarles el respeto a los falsos sacramentos detrás de los cuales se ocultan

los intereses de la clase dominante” y entablar “una ofensiva al margen de la institucionalidad”.<sup>711</sup>

La administración demócratacristiana fue caracterizada como un Gobierno de fuertes tendencias progresistas, sin embargo, comprometido con la oligarquía y el imperialismo. Frente a este cuadro, en el PS se instaló la necesidad de agudizar los antagonismos de clase basados en los principios teóricos y prácticos del Frente de Trabajadores. Para Manuel Espinoza, una correcta aplicación de la política socialista “descarta toda posibilidad de colaboración parlamentaria en el actual Estado burgués”, y en cambio, propone la dinamización del proceso revolucionario desde el movimiento de masas y por fuera de la institucionalidad, descartando de plano cualquier posibilidad de un tránsito pacífico al poder. Al respecto, el mismo autor escribía en la revista *Arauco*:

No cabe pues una estrategia de oposición parlamentaria en el actual estado burgués. No cabe pues una estrategia de oposición legislativa al Partido Socialista. Su estrategia de oposición política y de denuncia deberá plantearla y proyectarla desde el seno mismo del movimiento popular. Cada parlamentario un activista; cada dirigente un activista, actuando todos permanentemente en los organismos de masas; denunciando los falsos manejos del gobierno, y colaborando revolucionariamente en los proyectos de beneficio popular. ¿Hay que construir casas para el pueblo? Colaboremos nosotros con el gobierno, conduciendo a los pobladores a la toma de terrenos, donde se construirán sus habitaciones. Conduzcamos a los campesinos a tomar la tierra para hacer efectiva reforma agraria. Llevemos a los obreros a la toma de fábricas y condúzcamelos a la generación de una revolucionaria huelga general.<sup>712</sup>

La oposición intransigente propuesta por Ampuero después de las elecciones parlamentarias de 1965 fue percibida como una medida insuficiente y reflejo de un institucionalismo excesivo por la cada vez más numerosa oposición interna. En este contexto, durante el mes de mayo se realizó un congreso autoconvocado del que participaron al menos tres comités regionales, reuniendo a las autodenominadas “bases revolucionarias” con la intención de acusar la crisis de dirección, responder las acusaciones sobre tendencias antipartido y exigir un congreso general en

---

<sup>711</sup> Hugo Zemelman, “Toma de posiciones frente al momento político”, *Arauco* 60, enero de 1965, 37.

<sup>712</sup> Manuel Espinoza Orellana, “El socialismo chileno frente a una encrucijada”, *Arauco* 60, enero de 1965, 23.

el más corto plazo posible. Para el grupo, la crisis del PS se debía a “la rebelión de las bases sindicales y juveniles en contra de un Comité Central que escamotea la aplicación práctica de la línea oficial del Partido, para adherir —soterradamente— a la táctica electorera y evolucionista del PC”.<sup>713</sup>

Los autoconvocados acusaron la actitud reformista, contrarrevolucionaria y cobarde de la directiva ampuerista al prohibir cualquier manifestación o huelga reivindicativa durante la campaña, argumentando “no asustar a la derecha” ni “instigar a un golpe de Estado”, reduciendo la combatividad del movimiento popular con la promesa de que una vez alcanzado el Gobierno se procedería a dar solución a las demandas de las organizaciones gremiales y sindicales.<sup>714</sup> Pese a que el congreso fue finalmente convocado para junio de 1965, Carlos Altamirano y Hugo Zemelman marcaron el tono del divorcio entre la directiva y los sectores opositores al abandonar las instancias de discusión previas al torneo, aduciendo la falta de garantías y posibles intervenciones de la directiva en las comisiones. En resumen, se instaló en las bases opositoras una actitud que exigió la renovación de las directivas como paso previo para la recuperación del sentido original de la política de FT, otorgando renovada vigencia al dilema planteado por el PSP una década atrás: Revolución Socialista o Miseria.

En su informe al XXI Congreso, Ampuero criticó la excesiva sensibilidad de algunos sectores frente a la derrota, y lamentó “la propaganda derrotista de los disidentes, el apoyo que encuentran en la prensa reaccionaria y el desaliento que inculcan en ciertos sectores de las bases” impidiendo el despliegue completo de la organización durante la campaña. No obstante, el Secretario General también criticó los intentos personales de Allende por atraer al PR y moderar el discurso de la campaña, proyectando una falsa imagen de la coalición popular en la opinión pública. Más allá de estos hechos puntuales, Ampuero presentó una crítica similar a las corrientes de izquierda al señalar que el gran error del periodo fue dar a la DC personería de aliado eventual en labores de oposición al Frente Democrático, empujados por la insistente inclinación del PC a buscar alianzas en el campo de la burguesía nacional escudado en las tesis de la vía pacífica.<sup>715</sup>

El congreso significó el recambio de la directiva y la derrota de la línea ampuerista. En este sentido, los acuerdos e informes apuntaron el

---

<sup>713</sup> Bases Socialistas Revolucionarias, *La burocracia socialista destruye el partido*, Santiago, Ediciones Frente de Trabajadores, 1965, 7.

<sup>714</sup> *Idem*.

<sup>715</sup> *Informe del Secretario General del Partido Socialista al XXI Congreso General Ordinario*, 9. (Documento mecanografiado, disponible en la colección de la Biblioteca Clodomiro Almeyda)

carácter regresivo del Gobierno demócratacristiano, fortalecieron el discurso antiimperialista y la crítica sistémica a la institucionalidad y la democracia burguesa. La tesis política redactada por Adonis Sepúlveda señaló el agotamiento de la colaboración con sectores burgueses, de la estrategia electoral y la tendencia reformista, señalando el comienzo de una nueva etapa caracterizada en lo internacional por una renovada agresividad del imperialismo norteamericano sobre Cuba y los movimientos insurgentes en todo el continente; y en lo nacional por el reflujo político del movimiento de masas después de las elecciones de 1964.

Para Sepúlveda, la victoria de la DC en las presidenciales y la elección parlamentaria de marzo abrían un escenario inédito, donde el movimiento popular debía hacer frente a un Gobierno que, con objetivos distintos, fue capaz de movilizar a sectores tradicionalmente de izquierda en torno a un programa que en muchos casos concordaba con la propuesta frapista. El objetivo inmediato del PS, por lo tanto, era recuperar la presencia y la confianza del movimiento de masas que se había volcado libremente en Eduardo Frei, y lograr una respuesta orgánica a la política de promoción popular y sindicalización agraria promovida por el Gobierno. En este sentido, la apuesta fue introducir desde abajo un elemento catalizador de las contradicciones entre el Gobierno y su contingente popular, impulsando una política “que no solo acompañe al poblador para la conquista del pilón y de la ampolla; o con el campesino para que organice su sindicato legal, sino que provoque y desarrolle en ellos una aspiración de poder y una reacción cada vez más violenta contra sus explotadores, sean éstos su patrón o el gobierno demócrata cristiano que ampara esa explotación”.<sup>716</sup>

El documento señaló que la estrategia “descarta de hecho la vía electoral como método para alcanzar nuestro objetivo de toma del poder”,<sup>717</sup> sin embargo, tal declaración no implicaba sustraerse de las elecciones. Utilizando el ejemplo del partido bolchevique y la experiencia leninista, Sepúlveda puso fin a la dicotomía entre insurreccionalismo y electoralismo expresando que la nueva estrategia seguiría la “Vía Revolucionaria”, que en la práctica, implicaba la utilización de todos los métodos y medios “que la lucha revolucionaria haga necesarios”. Y agrega: “la insurrección se tendrá que producir cuando la dirección del movimiento popular comprenda que el proceso social, que ella misma ha impulsado, ha llegado a su madurez y se disponga a servir de partera de la revolución”.<sup>718</sup> En consecuencia, la tesis política reveló una ruptura discursiva con la política “reformista” sostenida desde 1956, reclamando un cambio

---

<sup>716</sup> “El Partido Socialista en la revolución chilena (Tesis política del XXI Congreso)”, *Arauco* 79, agosto de 1966, 34.

<sup>717</sup> *Ibid.*, 35.

<sup>718</sup> *Ibid.*, 36.

cualitativo en el estilo de conducción política y una nueva orientación hacia el movimiento de masas y la agitación revolucionaria desde la tribuna parlamentaria, el movimiento sindical y en cada campaña electoral. Lo anterior implicaba imprimir un discurso rupturista, clasista y revolucionario a cada una de las instancias con presencia socialista, incluido el FRAP, donde el congreso reconoció abiertamente las diferencias tácticas con el PC.<sup>719</sup>

En los medios partidarios, el congreso fue presentado como un acto de reafirmación de la personalidad política e ideológica del partido, destacando la recuperación de las orientaciones del Frente de Trabajadores, su política de clase y sus perspectivas antiimperialistas. En este sentido, el XXI Congreso imprimió un aire de rectificación política y modernización de la labor partidaria, consolidando la crítica a las directivas precedentes, a la excesiva institucionalización del partido y a la actitud puramente “electorera” en desmedro del lenguaje revolucionario y la política de masas.<sup>720</sup> Pese a los aires renovadores, el torneo sancionó mantener la unidad popular en torno al FRAP y los partidos de izquierda, y en rescatar el sentido original de la política socialista insistiendo en las condiciones regresivas del PR y el Gobierno democristiano, los límites de la institucionalidad burguesa y el descarte de la vía pacífica a luz de los acontecimientos nacionales e internacionales.<sup>721</sup>

El discurso socialista después del congreso reasumió la impronta de masas y sus afanes dinamizadores del proceso político social chileno en oposición al reformismo democratacristiano. Lo anterior implicaba agudizar las contradicciones del Gobierno a través de los antagonismos de clase, intentando imprimir un sentido revolucionario a cada reforma estructural propuesta por la DC. Para el nuevo Secretario General Aniceto Rodríguez, los objetivos reformistas del Gobierno y su relación con elementos oligárquicos, católicos e imperialistas demostraban el agotamiento institucional chileno y las tendencias regresivas y antisocialistas de la Democracia Cristiana. En lo internacional, Rodríguez reafirmó el sentido autónomo y libertario de la política socialista, destacando la libertad doctrinaria y el derecho que cada pueblo tiene para decidir, de acuerdo con sus particularidades y lejos de cualquier tendencia internacional “monocentrista”, sus propios derroteros para la liberación nacional.<sup>722</sup>

La afirmación de la “personalidad ideológica” del socialismo chileno en lo nacional e internacional reactivó las opciones paraestatales, el discurso

---

<sup>719</sup> “Un contenido de clase para el FRAP”, *Las Noticias de Última Hora*, 1 de julio de 1965.

<sup>720</sup> “El XXI Congreso del PS”, *Las Noticias de Última Hora*, 30 de junio de 1965.

<sup>721</sup> “Resumen de resoluciones XXI Congreso General Ordinario del Partido Socialista”, *Arauco* 66, julio de 1965, 25.

<sup>722</sup> Héctor Suarez, “Socialismo fijó en Panimavida su nueva ruta”, *Las Noticias de Última Hora*, 1 de julio de 1965.

rupturista y un nuevo diagnóstico sobre el imperialismo en América Latina que repercutió en la evaluación del proceso político interno y relevó una vez más el sentido nacional de la ideología. Ante este escenario, el PS se propuso “canalizar la lucha verdadera contra el subdesarrollo y la penetración imperialista en Chile, como la más auténtica expresión de un gran movimiento revolucionario, nacionalista y antiimperialista, que aglutine a todos los chilenos que deseen sacudirse de los lastres —que se hacen día a día más provocativos y casi permanentes— del imperialismo de afuera y sus cipayos de adentro”.<sup>723</sup> Con la experiencia cubana, la doctrina Johnson y la política norteamericana del *Big Stick* como telón de fondo, el PS se puso del lado del internacionalismo proletario sin comprometer su autonomía política ni adhesión internacional. No obstante, el congreso insistió en promover un nuevo espacio de coordinación antiimperialista y socialista exclusivamente latinoamericano.

Las nuevas definiciones sobre política nacional e internacional del PS revelaron una vez más las diferencias con el PC sobre el estilo, contenido y conducción del FRAP. La divergencia versó una vez más sobre los alcances de la alianza popular, el papel de la burguesía progresista y la posibilidad de abrir la alianza hacia los sectores con “conciencia progresista” que apoyaron a Eduardo Frei. Después de las elecciones, el XIII Congreso comunista de octubre de 1965 insistió en la vigencia de la “vía no violenta” y en la necesidad de sumar al conjunto de los sectores progresistas a la alianza frapista, incluyendo a grupos demócratacristianos y católicos.<sup>724</sup> En tanto, el PS insistió en relevar los desacuerdos tácticos y llamó a los dirigentes comunistas a iniciar un diálogo que apuntase a superar las divergencias entre ambos partidos populares.<sup>725</sup> A través de un documento firmado por Aniceto Rodríguez, los socialistas reconocieron las diferencias a la hora de evaluar el carácter social de la DC, su Gobierno y el escenario internacional como puntos fundamentales de una desavenencia práctica evidente.

La carta insistió en el carácter regresivo de la DC y descartó de plano cualquier colaboración con los sectores progresistas dentro del Gobierno o fuera de él, realizando una fuerte crítica al etapismo y al programa de “apaciguamiento” de la lucha de clases impulsado por el PC. Al respecto, el documento señaló que las condiciones nacionales eran favorables para impulsar un cambio revolucionario, por lo que el PS declaraba el agotamiento definitivo de la política de asimilación del programa y los objetivos de la clase obrera a las “formas, mecanismos y aspiraciones de la burguesía”. Y agregaba:

---

<sup>723</sup> “El XXI Congreso del PS: vitalidad y acción”, *Arauco* 66, julio de 1965, 2.

<sup>724</sup> Luis Corvalán, “Seguir avanzando con las masas”, *Documentos del XIII Congreso general del Partido Comunista de Chile* 1, 1965, 7-67.

<sup>725</sup> “Intervención del Secretario General del Partido Socialista, camarada Aniceto Rodríguez, Unidad Socialista-Comunista: cimiento del movimiento popular”, *Ibid.*, 16-25.

Queremos establecer en la lucha diaria y permanente la alternativa: Democracia Cristiana burguesa o socialismo. Separar la lucha de los trabajadores en etapas: la primera, por el inmediato fortalecimiento del régimen democrático capitalista, aun considerando todas las medidas progresistas que ella pueda implicar y, la segunda, la lucha por el socialismo, postergada para un tiempo indefinido, la estimamos una política de apaciguamiento social que en el fondo significa no querer romper la actual correlación de fuerzas entre el mundo socialista y el imperialismo, lo que concretamente se traduce en una postergación de las aspiraciones revolucionarias de nuestro pueblo en beneficio de una supuesta pérdida de los niveles alcanzados por aquellos que han logrado avanzar más que nosotros. No aceptamos esta línea de supeditación que nos coloca en situación de peones de un tablero en el cual sus estrategias no nos consideran ni les interesa en particular nuestro destino.<sup>726</sup>

Influido por la Conferencia Tricontinental y las perspectivas abiertas por la próxima conferencia de la OLAS, el discurso socialista insistió en discutir “nuevos caminos”, formas de acción y conducción política para el FRAP. Al lenguaje, tradicionalmente antiburgués y clasista, se sumó una nueva arista directamente vinculada con las dinámicas “continentalizadoras”. El XXI Congreso inauguró un momento de definiciones que afectaron al PS en al menos dos asuntos importantes. Por una parte, el torneo convocó a una Conferencia Nacional de Organización (CNO) para el año siguiente, con la intención de reestructurar orgánicamente al partido en función de la política “revolucionaria” aprobada en el congreso; por otra, la nueva directiva instaló el Frente de Trabajadores como una orientación práctica irrenunciable, zanjando la discusión sobre la política de alianzas para colocar en el centro del debate el problema de las vías o formas de lucha. Las nuevas orientaciones exigían combinar la acción parlamentaria, electoral y sistémica con la opción paraestatal, de masas y clandestina, reflejando la influencia de los sectores de izquierda y la instalación de un nuevo diagnóstico sobre la revolución chilena y latinoamericana al interior del PS.

La adopción de nuevos principios orgánicos obedeció al marco discursivo e interpretativo del leninismo, incluyendo los conceptos del centralismo democrático, el internacionalismo proletario y la promoción de una estructura partidaria de cuadros que se extendió por el discurso socialista. En la práctica, los principios ideológicos, técnicos y políticos del

---

<sup>726</sup> Aniceto Rodríguez, “Al Partido Comunista de Chile en su XIII Congreso General Ordinario”, *Arauco* 77, junio de 1966, 58.



autoproclamado rol marxista de la organización debieron convivir con la tradicional práctica institucional y sistémica. En este aspecto, durante la segunda mitad de la década el PS afrontó un debate que evidenció la dicotomía entre las exigencias orgánicas de la ideología marxista y la estrategia continental cubana y las necesidades organizativas propias del tradicional trabajo electoral, parlamentario y sindical sostenido por los socialistas de modo invariable desde su fundación.<sup>727</sup>

Junto con el discurso rupturista emergió un nuevo estilo de conducción partidaria, abierto a un conjunto de acciones “dinamizadoras” del proceso político como las huelgas, tomas y corridas de cerco sin dejar de perseverar en la conquista de espacios institucionales. La nueva “vía revolucionaria” legitimó la presencia institucional del partido presentando los cargos representativos y las campañas electorales como una tribuna para la agitación programática y revolucionaria, lo que derivó en un viraje discursivo a todo nivel hacia el lenguaje rupturista como línea política oficial. Las caracterizaciones sobre la revolución chilena también fueron objeto de revisión, tendiendo a una radicalización del diagnóstico sobre la acción imperialista y los sectores regresivos nacionales que instaló la perspectiva estratégica de la violencia como un estadio inevitable en el desarrollo del proceso de liberación nacional.

Los documentos en torno a la CNO son decisores del aire actualizador y recuperacionista del torneo, insistiendo en la necesidad urgente de superar la contradicción insostenible entre la política revolucionaria y la conformación tradicional del Partido. Los objetivos y métodos sancionados en el XXI Congreso exigían una reestructuración orgánica que permitiese superar años de colaboración entre clases, electoralismo y reformismo de acuerdo con las favorables condiciones de lucha por el socialismo en Chile y todo el Tercer Mundo. En este aspecto, la convocatoria apuntaba que “los objetivos revolucionarios distantes a la generación fundadora se pusieron a la orden del día”, señalando que en Chile, “no hay solución real para los problemas del retraso, la miseria y la dependencia, sino a través de un desplazamiento de las clases poseedoras y el ascenso al poder de los trabajadores convertidos en clase gobernante”.<sup>728</sup>

Las nuevas orientaciones orgánicas siguieron el modelo de los partidos marxistas, tendiendo a la centralización de la toma de decisiones, la promoción del centralismo democrático en desmedro del asambleísmo, la limpieza del padrón de militantes pasivos y la subordinación de los “cuerpos auxiliares” como la brigada parlamentaria, universitaria y sindical a las orientaciones directas de la directiva. Sin embargo, el fin principal

---

<sup>727</sup> Rosenkranz y Pollack, *op. cit.*, 49-52 .

<sup>728</sup> Partido Socialista, *Conferencia nacional de organización*, Santiago, Imprenta Aleph, junio de 1966, 8.

esgrimido por el Comité Central fue conciliar las orientaciones revolucionarias del Frente de Trabajadores con una práctica militante y una organización partidaria acorde, que en palabras de Aniceto Rodríguez se resumía en la consigna de “un partido de cuadros realizando una política de masas”.<sup>729</sup>

En lo ideológico, el PS se definió en función de sus objetivos como una organización marxista-leninista, clasista, revolucionaria y representativa de los intereses históricos de los trabajadores manuales e intelectuales. Las resoluciones del torneo insistieron en la necesidad de un “partido de acción” y vanguardia, orientado a la “la transformación violenta de la sociedad capitalista chilena” y en franca beligerancia “contra el orden establecido y las clases que defienden ese orden”,<sup>730</sup> renovando el desprecio por la institucionalidad y extendiéndolo a la Iglesia, el Ejército y la policía.

En línea con estas definiciones, el PS se abrió a pensar formas orgánicas que le permitiesen actuar tanto en el plano de la legalidad como en el de la ilegalidad, insistiendo en el carácter inevitable del enfrentamiento con la burguesía y el imperialismo. En este aspecto la conferencia resolvió:

No puede haber una forma inmutable de organización del Partido. Sin embargo, el carácter y objetivos del socialismo determinan su estructura básica. Tanto la lucha en el seno de las masas, como la acción contra ese orden capitalista exigen determinadas características. Llevada a la práctica la condición esencialmente revolucionaria del Partido significa organizarse propiamente para el trabajo ilegal y oponer a la represión la organización y acción en el nuevo terreno. No podría tener el Partido una organización para la acción en el medio democrático y otra para la ilegalidad (debe ser una adaptación y no una nueva organización).<sup>731</sup>

Las definiciones de este periodo obligaron a explicitar el papel de las elecciones y la acción institucionalizada en el nuevo esquema organizativo, definición que se hizo urgente considerando la proximidad de las elecciones municipales fijadas para abril de 1967. Al respecto, para Adonis Sepúlveda “la vía electoral es un camino falso para conquistar el poder, pero nunca hemos dicho que las elecciones sean un vehículo que no deba utilizarse por los partidos revolucionarios cuando estos así lo estimen” y agrega: “estimamos que hay que liquidar el electoralismo demagógico y democratoide que hasta la fecha se ha presentado entre nosotros como un

---

<sup>729</sup> Partido Socialista, “Intervención del Secretario General del Partido, Camarada Aniceto Rodríguez, en el acto inaugural de la conferencia de Organización”, *Resoluciones de la primera conferencia nacional de organización*, Santiago, 1967, 14.

<sup>730</sup> “Resoluciones sobre principios básicos de organización”, *ibid.*, 19.

<sup>731</sup> *Ibid.*, 25.

fin en sí mismo, para transformar las luchas electorales, mientras preparamos nuevas condiciones, en un vehículo de agitación y propaganda que fomente la insurgencia revolucionaria del pueblo”.<sup>732</sup> En una dirección similar, Aniceto Rodríguez declaraba: “pensamos que para la compleja realidad chilena no existe propiamente un antagonismo entre ambos caminos (electoral y revolucionario) pero, también, los socialistas comprendemos que no es posible seguir cifrando esperanzas infundadas en simples procesos electorales”.<sup>733</sup>

Las definiciones del periodo dan cuenta de un fenómeno particular: la aparición de un discurso que desprecia cada vez más las estructuras políticas vigentes sin claudicar en la acción parlamentaria, el electoralismo y, en general, la inserción del PS en el sistema político formal a través de su participación en todos los espacios y mecanismos institucionales. La radicalización discursiva configuró una nueva tensión entre la política revolucionaria y el ejercicio institucional de la política, virando el lenguaje partidario hacia opciones parainstitucionales y rupturistas sin que esto implicase abandonar las prácticas propias del régimen democrático representativo.

Por el contrario, los medios partidarios insistieron en las perspectivas revolucionarias de la práctica parlamentaria y electoral, dando continuidad a la lógica formalista e institucionalizada del PS bajo un discurso cada vez más rupturista, que llevó el lenguaje de la insurrección y la revolución a los espacios tradicionales de la democracia burguesa. En este aspecto, analizando el resultado de las elecciones municipales de 1967, la revista *Arauco* comentaba que “el éxito del Partido Socialista ratifica su línea combativa y su posición intransigente en la lucha contra la reacción, el imperialismo y la mentira sistemática de la Democracia Cristiana.” y continua:

Al mismo tiempo confirma la exactitud de su posición teórica y política: el PS participa en el juego del sistema democrático-parlamentario, y defiende y utiliza las libertades públicas, en la medida que él ha sido conquistado y ampliado por el movimiento obrero; pero su acción democrática, electoral y parlamentaria, la subordina a su finalidad socialista y revolucionaria. El Partido Socialista no es reformista; es revolucionario y, por eso, agita simultáneamente la realización de reformas que extiendan la democracia y los beneficios sociales y económicos de los trabajadores junto a su organización y educación política, enfiladas hacia la conquista del poder y el establecimiento de un régimen

---

<sup>732</sup> “Estrategia del PS: combate de masas”, *Punto Final* 18, diciembre de 1966, 11.

<sup>733</sup> “Una vía revolucionaria para Chile”, *Punto Final* 11, septiembre de 1966, 3.

socialista a través de una República Democrática de Trabajadores.<sup>734</sup>

Cómo se mencionó en el capítulo precedente, el discurso socialista durante la década de 1960 se nutrió de los valores, lenguajes y experiencias de la Revolución cubana y su proyecto continental. Las nuevas caracterizaciones sobre el fenómeno imperialista y los alcances continentales de la lucha por la independencia permearon el discurso partidario, que vinculó el proceso emancipador chileno a la suerte de la revolución latinoamericana. Alineados con las tesis promovidas por La Habana, después de 1966 los socialistas discutieron respecto de los alcances tácticos y estratégicos de las formas insurreccionales y paraestatales en el marco de la nueva “vía revolucionaria” propuesta por el XXI Congreso. Discursivamente, la discusión estratégica asumió un tono militar que reconoció el enfrentamiento armado como un estadio inevitable del proceso de emancipación antiimperialista latinoamericano. No obstante, en Chile la penetración imperialista aún se expresaba por medio de la intervención económica y política a través de la DC y la Alianza para el Progreso, descartando momentáneamente formas más “agudas” de lucha.

La radicalización retórica y la asimilación de la estrategia continental cubana en el discurso partidario no fueron unánimemente aceptados, generando nuevos desencuentros y expulsiones. El año 1967 fue particularmente expresivo de las posiciones enfrentadas al interior del PS, evidenciando la divergencia de opiniones entre un sector cada vez más abierto al discurso insurreccional y quienes estimaban la enunciación de estas prácticas como una artimaña puramente discursiva y carente de todo realismo. En tanto, el PR reanudó los acercamientos con el FRAP haciendo resurgir, esta vez desde el sector vinculado a Raúl Ampuero, imputaciones contra la directiva aduciendo el abandono del sentido clasista del FT. Por último, la cercanía del PS con Cuba le granjeó severas críticas desde la derecha y el Gobierno, quienes además de apoyar las acciones legales contra Carlos Altamirano exigieron a los socialistas clarificar su compromiso democrático e institucional.

En julio de 1967 los senadores Raúl Ampuero y Tomas Chadwick fueron expulsados del partido, junto con ellos se suspendió la militancia de 6 diputados quienes hicieron llegar una serie de críticas a la directiva durante el pleno nacional. Acusando reiterados actos de indisciplina y un “personalismo enfermizo”, el Comité Central respondió diciendo que el grupo no esgrimió “ningún problema político, nada sustantivo en lo

---

<sup>734</sup> “Derrota de la Democracia Cristiana en las elecciones del 2 de abril”, *Arauco* 8, abril de 1967, 2.

doctrinario, ni reflejaron inquietudes teóricas en la pugna interna”.<sup>735</sup> En una línea similar, Aniceto Rodríguez defendió la transformación orgánica y el proceso de esclarecimiento ideológico impulsados por su directiva, asegurando que el PS se ubica “a la izquierda de la izquierda” y con la personalidad de una “auténtica vanguardia revolucionaria” frente al problema de la revolución chilena y latinoamericana.<sup>736</sup>

Los documentos del ampuerismo filtrados por *El Mercurio* apuntaron a Salvador Allende como articulador de una nueva política de conciliación con el PR, acusaron la ineficiencia del comité nacional de la OLAS, criticaron la retórica guerrillera al interior del PS y acusaron una serie de argucias reglamentarias para controlar el próximo congreso del partido. El propio Allende, en una carta dirigida a Ampuero, desmintió las acusaciones que lo vincularon con el radicalismo y ofreció retirarse de la vida pública —y de una eventual candidatura— en pro de evitar una nueva escisión, no obstante, defendió las perspectivas antiimperialistas de la política socialista en línea con las reuniones de La Habana. Al respecto, Allende expresó que sobre el problema de la guerrilla en el continente “no puede sino sustentarse una sola posición”. Y agrega:

Si los intereses imperialistas y las oligarquías criollas coaligadas a ellos no son lo suficientemente fuertes como para cerrar las vías legales, resulta viable la vía pacífica interna. Tal es, hasta hoy, el caso de Chile. Pero si se opone la brutalidad oficialista —que cada hora pierde más su fachada de formalismo democrático para caer sin recato en el gorilismo primitivo— la resistencia armada revolucionaria tiene que surgir contra la violencia reaccionaria. Y Ud. bien sabe que tras este proceso se encuentra el imperialismo, cada vez más decidido, como lo comprueban sus actitudes internacionales de todo orden, tanto respecto a América Latina como de Asia y África. El Vietnam, Cuba y Santo Domingo con sus crímenes y la guerra del cercano oriente exhiben con trágica frialdad las características de esta hora.<sup>737</sup>

Para Raúl Ampuero, la directiva socialista tenía “dos cabezas” representando “una curiosa alianza entre un grupo infantilista de izquierda, que querría hacer la revolución, pero que carece de capacidad organizativa y de ascendiente político para hacerla, y otro grupo con alguna influencia en

---

<sup>735</sup> “PS reafirma línea del Frente de Trabajadores”, *Las Noticias de Última Hora*, 19 de julio de 1967.

<sup>736</sup> Aniceto Rodríguez, “Hemos procedido con firmeza y cordura”, *Las Noticias de Última Hora*, 21 de julio de 1967.

<sup>737</sup> “Para salvar la unidad del PS. Allende ofreció retirarse de la vida política”, *Las Noticias de Última Hora*, 21 de julio de 1967.

la opinión pública, pero que jamás intentará realizarla”.<sup>738</sup> El senador crítico abiertamente el divorcio entre las palabras y los hechos, acusando a los dirigentes del PS de proyectar la imagen de un “tigre de papel”, olvidando que “la revolución no es una mera ‘técnica’ militar, independiente del espacio y el tiempo, sino un proceso social”.<sup>739</sup> Ampuero, uno de los principales responsables de la política de Frente de Trabajadores, no negaba que el proceso revolucionario pudiese adquirir las características de un enfrentamiento, sin embargo, discrepó de la tendencia a pensar la guerrilla como técnica y estrategia insustituible para el proceso revolucionario continental.

Raúl Ampuero, Oscar Núñez, Tomas Chadwick y otros expulsados del PS fundaron el Partido Socialista Popular, reivindicando los valores del “internacionalismo revolucionario” y la antigua crítica ampuerista a la imitación mecánica y a la importación de tesis políticas foráneas. Pese a fundar una nueva organización, el exjefe socialista acusó que el debate sobre la estrategia antiimperialista continental había roto con la tradición internacional libertaria e independiente de los vaticanos ideológicos que había caracterizado al PS. Para Ampuero, la discusión estratégica de la izquierda estaba dominada por dos fórmulas —la electoral y la guerrillera— igual de mecanicistas y esquemáticas. En noviembre de 1967, en vísperas de un nuevo congreso del PS, el senador expresaba:

Nosotros no hablamos de utilizar la ‘vía electoral’ para llegar al poder, sino de participar en las elecciones como una de muchas formas de lucha: otras serán las huelgas, los movimientos populares de opinión, las acciones sindicales, la organización de los campesinos, y en cierto momento puede ser incluso la acción armada. Nadie puede pronosticar cuales van a ser los caminos que seguirán los pueblos en marcha hacia un destino colectivo más justo.

Ahora, en cuanto a las guerrillas, lo que hemos criticado es la tendencia a suponer que es la única forma de lucha armada, en circunstancias que ella constituye una táctica militar que no excluye otras formas de lucha. La revolución soviética, que acaba de celebrar su medio siglo fue una insurgencia masiva, una insurrección popular. En otras partes, como Argelia, por ejemplo, la lucha por el socialismo tuvo la forma de una guerra de liberación contra los franceses, una guerra anticolonialista. De manera que la guerrilla en la forma esquemática en que algunos

---

<sup>738</sup> “Ampuero pronostica: PR no apoyará al FRAP”, *Punto Final* 34, primera quincena de agosto de 1967, 6.

<sup>739</sup> *Ibid.*, 7.

apologistas de ella la plantean en Chile, nos parece una simplificación en el orden militar, como la vía electoral es también una simplificación en el orden político.<sup>740</sup>

La estrategia antiimperialista promovida por la OLAS permeó el discurso, los diagnósticos y tesis políticas del PS, abriendo la política del Frente de Trabajadores hacia nuevas perspectivas de movilización. No obstante, el comité nacional de la OLAS fue una instancia de solidaridad más bien declaratoria y con poco trabajo práctico ante las divergentes opiniones frapistas respecto de los alcances de la organización. Esto no evitó que el discurso socialista defendiera e hiciese suyas las conclusiones de la política continental, llegando a adherir formalmente a las mismas durante el Congreso General de Chillan en noviembre de 1967. El discurso partidario comenzó a discutir oficialmente la estrategia insurreccional, las perspectivas armadas de la revolución latinoamericana y el agotamiento de la vía institucional. Sin embargo, los socialistas no abandonaron la lógica institucional ni terminaron de desligarse de la vilipendiada tradición republicana.

El antiimperialismo tomó un rol protagónico en el discurso partidario, que proclamó una oposición activa frente a la “yanquización” del proceso libertador global. En palabras de Salvador Allende, América Latina vivía una ebullición revolucionaria frente a la cual el imperialismo se “sitúa a la ofensiva o a la defensiva, según las circunstancias, pero siempre dentro de la gran línea de cerrar todos los caminos que conduzcan a nuestra liberación”. Para el senador, los métodos y el camino a seguir en la revolución chilena dependían directamente de la acción que el imperialismo y la reacción asumiesen frente al proceso, por lo que el movimiento popular podía practicar el electoralismo y el parlamentarismo mientras estos no estuvieran totalmente clausurados.<sup>741</sup>

Particularmente ejemplificador de esta política fue la acusación constitucional presentada por el PS contra la corte suprema en octubre de 1967, después del desafuero al senador Carlos Altamirano por sus dichos sobre la lucha armada en América Latina. Desde el espacio legislativo, la brigada parlamentaria acusó al máximo tribunal de trabajar al servicio de las clases dominantes, tergiversar la legislación chilena en favor de sus intereses e intentar censurar a la izquierda revolucionaria. En sus fundamentos políticos, el documento redactado por el Comité Central insistía en que “mientras subsista el actual régimen no solo utilizaremos todos los resortes

---

<sup>740</sup> Partido Socialista Popular, *Ampuero ahora. 50 preguntas y 50 respuestas de actualidad*, s/i, Santiago, 1968, 28.

<sup>741</sup> “Dice Allende: El camino a seguir dependerá de la acción imperialista”, *Punto Final* 35, segunda quincena de agosto de 1967, 7.

que él nos brinda para denunciar sus incongruencias, para desenmascarar sus mitos y mostrar sus injusticias y arbitrariedades, sino que exigiremos que las autoridades y los Poderes constituidos se mantengan dentro de la órbita de sus atribuciones y no se excedan del rol que se les ha encomendado”. Y agregaba:

Por eso no existe incompatibilidad entre esta acusación constitucional y la aseveración de que la justicia actúa al servicio de la clase dominante. El Ejecutivo y hasta el propio Parlamento son —en gran medida— también instrumentos de esa clase y tratan de favorecerla la mayor de las veces en desmedro de los intereses de la mayoría de los trabajadores. Pero esto no significa que el pueblo debe resignarse y soportar que se cometan toda clase de tropelías hasta que él conquiste el poder. Por el contrario, la lucha de clase es permanente. Por un lado, los empresarios, los terratenientes, los monopolios, el gran capital nacional y extranjero procuran acrecentar su influencia y cercenar los derechos de las masas. Por el otro, éstas combaten a los sectores privilegiados para arrancarles nuevas conquistas y mayor bienestar. Por un lado, los Poderes Públicos tratan de restringir las libertades populares y de recurrir a la violencia para defender a la minoría. Por el otro, la clase trabajadora exige cada vez con mayor intransigencia el respeto y la ampliación de las libertades ya alcanzadas y resiste el uso de la violencia reaccionaria. Si las clases poseedoras y las autoridades que las representan no tuvieran ningún freno, hace tiempo que habrían suprimido las garantías individuales y las libertades públicas que, a pesar de todas sus limitaciones, el pueblo está interesado en preservar.<sup>742</sup>

La radicalización discursiva del PS hacia opciones parainstitucionales y rupturistas entró en su punto más álgido con la adopción de la estrategia continental cubana. Sin embargo, la asimilación estratégica de la violencia en sintonía con la política continentalizadora se limitó a señalar la necesidad de “dinamizar” la acción partidaria, un discurso solidario y defensivo de los procesos de insurrección e insurgencia armada en todo el mundo, y una lectura del proceso político continental que destacó la “guerra de liberación” como un estadio superior e inevitable, aunque no inmediato, de la revolución en Chile y América Latina. Prácticamente en paralelo a esta trayectoria de radicalización discursiva, el FRAP y el PR vivieron nuevos acercamientos. Ambos partidos negociaron para conformar la mesa del

---

<sup>742</sup> “Acusación constitucional del Partido Socialista contra la Corte Suprema”, *Diario de Sesiones del Senado. Sesión ordinaria* 12, 24 de octubre de 1967.



Senado en diciembre de 1966 y en junio de 1967 el PR dio su apoyo a la socialista María Elena Carrera en las elecciones para suceder al fallecido senador Salomón Corbalán.

El Partido Radical, por su parte, vivió su propio proceso de izquierdización. Un sector progresista y abierto a un entendimiento permanente con la izquierda marxista se hizo con la dirección del partido en junio de 1967, introduciendo el lenguaje del marxismo y algunos elementos discursivos típicamente de izquierda en el vocabulario radical que reavivaron el debate respecto de la política de alianzas en la izquierda frapista.<sup>743</sup> Luis Corbalán, atendiendo al viraje radical, llamó al agrupamiento de los partidos populares con la pequeña burguesía revolucionaria ligada al Partido Radical y la Democracia Cristiana. Reconociendo en estos sectores “concepciones socialistas diferentes” a las del FRAP, el Secretario General del PC insistió en que en Chile y todo el continente “surge la posibilidad del entendimiento del proletariado revolucionario con los sectores revolucionarios de la pequeña burguesía, la posibilidad de atraer a las capas medias a la lucha por los cambios, tras la necesidad de poner en marcha, en cada país, la revolución antiimperialista y antifeudal”.<sup>744</sup>

El discurso socialista fue intransigente a la hora de rechazar una eventual colaboración con el PR, haciendo del debate sobre la “burguesía progresista” un tópico polémico para el FRAP. El problema de incluir al radicalismo en la combinación de izquierda tuvo su punto más alto en la definición de un candidato para las elecciones complementarias por la agrupación de Biobío, Malleco y Cautín en noviembre de 1967. Mientras el PC propuso apoyar al candidato radical Alberto Baltra, el PS se negó a sustentar una candidatura que, en su lectura, no representaba una plataforma antiimperialista, antioligárquica y de oposición al Gobierno. Pese a no existir un acuerdo entre las fuerzas del FRAP, el PC junto al Partido Social Demócrata se plegaron a la candidatura radical aduciendo que esta representaba “una sólida plataforma antiimperialista, antifeudal y antioligárquica”.<sup>745</sup>

Hugo Miranda, presidente del PR pidió formalmente el apoyo socialista a la candidatura de Baltra insistiendo en que su intención no era la de reeditar la fórmula del Frente Popular, liberando al PS de compromisos políticos posteriores tal y como sucedió con el apoyo radical a la senadora Carrera.<sup>746</sup>

---

<sup>743</sup> Casals, *El alba de una revolución... op. cit.*, 171-172.

<sup>744</sup> Luis Corbalán, *Unión de las fuerzas revolucionarias y antiimperialistas de América Latina*, Imp Horizonte, Santiago, 1967, 9.

<sup>745</sup> “PR Proclama hoy a su candidato”, *Las Noticias de Última Hora*, 3 de noviembre de 1967.

<sup>746</sup> “Miranda analiza proyecciones de la candidatura de Baltra”, *Las Noticias de Última Hora*, 5 de noviembre de 1967.

El PC hizo lo propio al señalar durante su declaración de apoyo al candidato que “los postulados antiimperialistas, antifeudales, antioligárquicos y democráticos indicados corresponden a los planteamientos que el FRAP ha venido, por su parte señalando en su programa”.<sup>747</sup> En entrevista con *Las Noticias de Última Hora*, el candidato radical insistió en las perspectivas antiimperialistas y antioligárquicas de su candidatura señalando que una nueva combinación de centro izquierda no implicaba reeditar el Frente Popular “sino abrir la perspectiva a un Gobierno Popular para 1970 que cuente con el apoyo de los obreros, campesinos y trabajadores intelectuales”.<sup>748</sup>

La negativa del PS ante las tratativas para ampliar la alianza de izquierda incluyendo a la burguesía progresista fue tajante. Para el senador Carlos Altamirano, la inclusión del PR tenía un fin puramente electoral y no ofrecía una verdadera solución a los problemas nacionales, en su opinión “ya no caben fórmulas híbridas, hipócritas o asexuadas en política. Todas han fracasado estrepitosamente: o se está por el capitalismo con todas las reformas que se quieran bajo la tutoría yanqui; o se está con el socialismo y la lucha emancipadora de los pueblos latinoamericanos”.<sup>749</sup> En este contexto, el XXII Congreso realizado en noviembre de 1967 concitó especial atención en los medios de izquierda, atentos a las definiciones tácticas, estratégicas y electorales de un socialismo cada vez más radicalizado en sus posiciones y discurso político.

Las instancias preparatorias del torneo dieron cuenta del ánimo mayoritario en favor de las posiciones más radicales. En este sentido, trascendieron a través de la prensa las posiciones del Congreso Regional de Santiago liderado por Clodomiro Almeyda, cuyas resoluciones reiteraron su completa adhesión a las perspectivas estratégicas de la OLAS y la lucha armada señalándolas como política oficial del PS. La política “no armada”, incluidas las elecciones y la práctica parlamentaria, quedaban subordinadas al inevitable choque armado contra el imperialismo y las burguesías nacionales, señalando que el Frente de Trabajadores “constituyó la fase decisiva en el proceso de radicalización política del Partido en su lucha en contra del colaboracionismo de clases. Que esa lucha se prolonga y enriquece en la estrategia de la lucha armada continental, que pasa a ser la política oficial del Partido”.<sup>750</sup>

La opinión extendida entre los personeros socialistas como Carlos Altamirano, María Elena Carrera y Aniceto Rodríguez presentó al congreso

---

<sup>747</sup> “Señala el PC: Postulación de Baltra coincide con el FRAP”, *Las Noticias de Última Hora*, 8 de noviembre de 1967.

<sup>748</sup> “Proyecciones de una candidatura”, *Las Noticias de Última Hora*, 16 de noviembre de 1967.

<sup>749</sup> “Altamirano explica porque PS no apoya a Baltra”, *Las Noticias de Última Hora*, 17 de noviembre de 1967.

<sup>750</sup> “Posición Socialista”, *Las Noticias de Última Hora*, 4 de noviembre de 1967.

como un momento de consolidación del proceso de recuperacionista iniciado después de 1964. Los documentos de la convocatoria insistieron con mayor énfasis en las tendencias regresivas y antinacionales del Gobierno demócratacristiano, el compromiso imperialista de la burguesía criolla y la inminencia del enfrentamiento armado a escala continental. En este aspecto, el diagnóstico inicial apuntó a que en Chile ya no cabían soluciones intermedias “o se rompe la estructura y la institucionalidad burguesa para darle forma a una república socialista o continuamos asimilados al sistema imperante, sin posibilidades y sin destino”.<sup>751</sup> Los acontecimientos parecieron favorecer el ánimo revolucionario. El 23 de noviembre, solo un día antes de la sesión inaugural, un masivo paro nacional de la CUT terminó con 5 huelguistas muertos en enfrentamientos con carabineros y militares. Mientras que en los círculos socialistas seguía resonando la muerte de Ernesto Guevara en octubre de ese año, cuya imagen adornó el presídium del torneo acompañado con las palabras de Fidel Castro “El deber de todo revolucionario es hacer la revolución”.

Los posibles contendores de Aniceto Rodríguez al cargo de Secretario General, Carlos Altamirano y Clodomiro Almeyda, dieron rápidamente su apoyo a la reelección del jefe socialista aduciendo que los problemas principales a tratar por el congreso eran de orden táctico, estratégico y práctico. El informe presentado por Rodríguez insistió en algunas de las posiciones sancionadas en Linares dos años antes señalando la necesidad de una política de cuadros con sentido de masas y la dinamización de la acción partidaria en los espacios sindicales, campesinos y poblacionales. Respecto al polémico asunto de la vía institucional, el documento señalaba que “no podemos generalizar la bondad de las elecciones ni el Parlamento burgués”, y agregaba que el PS “tendrá que combinar, por un tiempo prudente, las formas legales e ilegales de lucha preparando cada vez mejor a sus cuadros para aligerar el camino y adecuando sus estructuras internas para afrontar con éxito toda coyuntura revolucionaria que debemos tesoneramente apresurar”.<sup>752</sup>

Más allá del viraje estratégico hacia la vía armada, el PS se inclinó por un plan de acción capaz de crear y acelerar las condiciones para la toma del poder, instaurar un Gobierno popular y construir una sociedad socialista. Como principal orientación, el torneo insistió en la necesidad de clarificar los aspectos teóricos y prácticos de una política orientada a agudizar las contradicciones sociales mediante acciones concretas en el mundo campesino y el espacio sindical. No obstante, la adhesión formal a la política y resoluciones de la OLAS fue el motivo de las actualizaciones más

---

<sup>751</sup> “El PS llama a Congreso General”, *Las Noticias de Última Hora*, 13 de noviembre de 1967.

<sup>752</sup> “Tácticas para la conquista del poder en el centro del congreso del PS”, *Las Noticias de Última Hora*, 25 de noviembre de 1967.

importantes del debate y discurso político socialista. Al respecto, las tesis discutidas Chillan situaron la posición internacional como un aspecto básico de la política del PS, relevando el carácter global de la disputa entre las fuerzas populares nacionales y el imperialismo capitalista. En este sentido, el PS fundamentó una posición latinoamericanista en línea con las resoluciones de la OLAS y tercermundista de acuerdo con la OSPAAAL, adhiriendo formalmente a sus postulados orgánicos, estratégicos, tácticos y políticos. Lo anterior implicó reconocer como hecho objetivo que la revolución chilena “se entronca indisolublemente con el proceso continental y mundial de la lucha de clases”.<sup>753</sup>

La asimilación de estas tesis obligó a definir el rol de la violencia revolucionaria en el proceso emancipador chileno y latinoamericano, clarificándolo en las definiciones internas del PS. En este aspecto, los socialistas insistieron en su tradicional vocación latinoamericanista, su independencia respecto de las internacionales en su versión soviética y “socialdemócrata”, y la promoción de esfuerzos antiimperialistas comunes. El diagnóstico sobre la dinámica social latinoamericana tampoco cambió sustancialmente, indicando la falta de dinamismo de las burguesías y las clases dominantes, y la necesidad de impulsar simultáneamente las tareas democrático-burguesas con las de la revolución socialista. No obstante, las perspectivas militares abiertas por la experiencia cubana y su diagnóstico sobre la acción imperialista contribuyeron a modificar el clásico esquema de la revolución latinoamericana. El proceso emancipador “no puede darse sino en términos armados. No se trata de revoluciones simultaneas, sino de un periodo histórico de luchas hasta lograr la victoria total”.<sup>754</sup> Al respecto, las resoluciones sobre política nacional agregaban:

Los acontecimientos vividos en América Latina los últimos años, como consecuencia directa o indirecta de la gesta cubana, progresivamente ha continentalizado el proceso revolucionario, en la medida que el imperialismo ha ido acentuando su coordinada estrategia mundial contrarrevolucionaria para oponerla a los movimientos populares liberadores. A esa coordinación reaccionaria y agresiva, que encuentra múltiples expresiones en los planos económico, cultural y militar, los pueblos latinoamericanos y sus vanguardias más representativas han respondido legítimamente con los trascendentes principios de la OLAS, que ha venido a reiterar, en la época contemporánea, la decisión

---

<sup>753</sup> “El Partido Socialista en la lucha mundial y continental por el socialismo”, *Punto Final* 42, suplemento, 22 de noviembre de 1967, 10.

<sup>754</sup> “Acuerdo sobre situación internacional”, 7. (Documento mecanografiado disponible en la colección del la Biblioteca Clodomiro Almeyda)

unitaria y armada de los próceres y libertadores que ayer forjaron la independencia política de nuestros pueblos.<sup>755</sup>

Pese a la invocación de la violencia como un elemento central en el esquema de liberación continental, la lucha armada en sus distintas formas fue siempre mencionada en el marco de una estrategia global para América Latina y el Tercer Mundo. La lucha armada no fue propuesta como una tarea prioritaria ni inmediata, el socialismo tampoco avanzó decididamente en preparar a la organización para cumplir con dicha función. El enfrentamiento fue señalado como un estadio superior e inevitable, más no inmediato, ligado a la hipotética agresividad de una estrategia imperialista que se oponía con distintas intensidades al ascenso del movimiento popular en el continente. Al respecto, la tesis presentada por el regional Santiago Sur y utilizada como base de las resoluciones del congreso, señalaban que la lucha de clases en América Latina exigía distintas tácticas violentas, escalonando la lucha a través de las etapas de resistencia activa y lucha armada, donde la última “comprende una sucesión o combinación de las etapas de la guerrilla, la insurrección y la guerra revolucionaria. Cada etapa tiene sus particulares características y por lo tanto, sus tácticas específicas”.<sup>756</sup>

El esquema sobre la revolución chilena propuesto por el PS asimiló formalmente una concepción militar y escalonada de las formas de lucha. No obstante, el movimiento popular chileno se encontraba aún en la fase de resistencia activa, de acuerdo con la cual los esfuerzos partidarios debían “orientar a las masas en el uso de la violencia” promoviendo huelgas ilegales, ocupaciones y protestas callejeras en el entendido de que la agudización del enfrentamiento entre el movimiento popular y las burguesías nacionales desencadenarían las fases subsiguientes.<sup>757</sup> La radicalización alcanzó a la política de alianzas y de pactos electorales, que pese a estar “subordinados” a la estrategia general antes descrita, tenían plena vigencia en la política partidaria. El PS ratificó los principios clasistas del FT, negándose a una nueva combinación con el PR y restándose de apoyar a Baltra en las elecciones. Frente a la propuesta comunista, el PS pretendió sumar a los sectores descontentos de la DC y el PR sin tener que pactar con dichos partidos. Además, intentó dar nuevos bríos a la alicaída sección nacional de la OLAS señalando la necesidad de sumar a los sectores independientes de izquierda y grupos organizados con sentido

---

<sup>755</sup> “Resoluciones sobre política nacional”, *Punto Final* 46, suplemento a la edición, 16 de enero de 1968, 6.

<sup>756</sup> “Política nacional. Tesis aprobada en el Congreso regional Santiago Sur y aprobada en el Congreso General de Chillan como base para la resolución política”, 4. (Documento mecanografiado, disponible en la colección de la biblioteca Clodomiro Almeyda)

<sup>757</sup> *Idem.*

revolucionario y antiimperialista, ampliando el FRAP hacia la izquierda en un amplio “Frente Revolucionario de Trabajadores.

El XXII Congreso consolidó el viraje radical del PS. Fue una instancia que formalizó las adscripciones internacionales del partido, haciendo propias las resoluciones de la OSPAAAL y la OLAS. La adscripción a la política continental puso fin a la orfandad de orientaciones prácticas para impulsar la línea del Frente de Trabajadores fuera de la dinámica electoral y parlamentaria. A cambio, el PS hizo suyos los métodos y tesis políticas de la OLAS para explicar y proyectar el proceso social latinoamericano, consolidando el viraje discursivo hacia posiciones más radicales. No obstante, el proceso chileno seguía presentando condiciones para llevar adelante las formas de la democracia parlamentaria, permitiendo conjugar, al menos en lo discursivo, la vocación rupturista con la tradicional práctica institucional del partido.

El recurso de la violencia y el viraje hacia posiciones abiertamente rupturistas no restó al PS de la acción sistémica, que por el contrario, se comprometió a dar un “nuevo contenido” a las contiendas electorales. A esta nueva perspectiva obedeció la “abstención activa” en las elecciones complementarias, llamando a sus militantes a abstenerse de apoyar la candidatura radical de Baltra, y a sus dirigentes a explicar, en terreno, las perspectivas de esta política. Las elecciones “deben tener un objetivo táctico concreto que sea consecuente con la estrategia global, en que la lucha armada juega un papel siempre presente”, por eso “los socialistas estiman que no deben ir siempre a toda elección, sino que concurrirán a aquellas en las que puedan divulgar su programa y objetivos tácticos”.<sup>758</sup>

La radicalización del socialismo chileno y su viraje hacia una “vía revolucionaria” mantuvo el Frente de Trabajadores como línea oficial, sin embargo, agregó nuevas dimensiones estratégicas y prácticas en sintonía con el discurso global de la política internacional cubana y la “Doctrina OLAS”. Según Clodomiro Almeyda, los cambios en la situación latinoamericana después de la revolución en Cuba reclamaban la configuración de una estrategia de resistencia continental y armada a la estrategia imperialista desplegada en Playa Girón y la invasión de Santo Domingo, en la que La Habana ejercía de líder informal en un nuevo frente revolucionario y antiimperialista latinoamericano.<sup>759</sup> La asimilación de la violencia en la estrategia de poder obedeció tanto a la formalización de los valores de la OSPAAAL y la OLAS en los principios partidarios, como a la agudización progresiva del discurso radical al interior de la colectividad. La

---

<sup>758</sup> Manuel Cabieses, “Una línea para la revolución”, *Las Noticias de Última Hora*, 28 de noviembre de 1967.

<sup>759</sup> “La OLAS y la crisis política en América Latina”, *Estudios Internacionales* 3-4:1, octubre 1967-marzo 1968, 427-442.

estrategia global antiimperialista interpretó el discurso radical y la reclamación socialista por alejar la práctica partidaria del electoralismo y el formalismo, no obstante, en los hechos el viraje discursivo permitió al PS perseverar en los “métodos pacíficos”.

El discurso socialista denotó la influencia de la estrategia antiimperialista transformando al Frente de Trabajadores en la versión chilena de la política tricontinental y latinoamericana promovida por La Habana. Después de Chillan, el PS endureció su diagnóstico sobre el Gobierno demócratacristiano señalándolo como fascista y dictatorial, acusando la “ofensiva reaccionaria contra los trabajadores” como justificación para sostener la estrategia de resistencia activa en un contexto de conflictividad social ascendente. En un nuevo viraje discursivo, los parlamentarios y documentos oficiales del PS exaltaron el carácter represivo del régimen y su vinculación al imperialismo señalándolo como un apéndice de los intereses norteamericanos en el país. Si bien la política socialista tuvo algunos chispazos de realización práctica en el mundo campesino y sindical, la práctica de la “vía revolucionaria” siguió principalmente el camino de las elecciones y el Parlamento.

En este sentido, la adscripción a la estrategia antiimperialista global agudizó las ya radicalizadas lecturas socialistas sobre el proceso político nacional y latinoamericano. Al carácter regresivo de la alianza entre burguesías nacionales e imperialismo norteamericano se sumó una nueva percepción sobre este último, ubicándolo como “gendarme armado” del orden capitalista y el predominio burgués en América Latina. Lo anterior, además de instalar las perspectivas de un enfrentamiento armado como política oficial y transversalmente aceptada, cambió las perspectivas electorales del PS. Adhiriendo a la OLAS como “estado mayor de la revolución latinoamericana”, la política socialista apuntó a la configuración de un Frente Único Antiimperialista que, con el FRAP como espina dorsal, incluyese a los “revolucionarios auténticos” y a los sectores disconformes de la DC y el PR.<sup>760</sup>

No obstante, la radicalización discursiva debió convivir con nuevas jornadas electorales y presiones externas. Las elecciones parlamentarias de 1969 y las perspectivas de ampliar al FRAP hacia el resto de las fuerzas comprometidas con un programa de transformaciones relegaron el sentido clasista y las perspectivas armadas del Frente de Trabajadores a un segundo plano. Los socialistas siguieron participando de las elecciones y terminaron aceptando la incorporación del PR y pequeños grupos de centro e izquierda a una nueva combinación de Unidad Popular, que rompía de hecho con

---

<sup>760</sup> “El Partido Socialista contra el reformismo”, *Punto Final* 46, suplemento a la edición, 16 de enero de 1968, 1-6.

algunas de las posiciones más intransigentes del PS. No obstante, la discusión evidenció prontamente divergencias respecto de la conducción y los alcances del nuevo referente de izquierda.

Después de décadas agitando una política de unidad con los sectores progresistas, el PC logró incluir al radicalismo y a un nuevo sector católico de izquierda crítico de la experiencia demócratacristiana. Si bien el discurso radical no amainó, el PS justificó el viraje aduciendo que la fase de resistencia activa no excluye al movimiento popular de las elecciones, y que la reconfiguración de las fuerzas políticas tampoco clausuraba las perspectivas armadas del proceso revolucionario nacional. Sin embargo, en los hechos el PS afrontó una nueva elección presidencial detrás de un programa de reformas estructurales donde los espacios de la política formal ocupaban un lugar central en la estrategia de transición pacífica al socialismo. La elección de Salvador Allende como presidente de la República en 1970 fundó una nueva tensión al interior del PS, que insistió en un discurso revolucionario y antisistémico que chocó con las lógicas de la práctica electoral y parlamentaria. La radicalización discursiva transformó cualitativamente el diagnóstico sobre el proceso político chileno y latinoamericano, tensionando al PS entre las perspectivas institucionales y de masas de su estrategia política en medio de una coyuntura crítica para la experiencia partidaria: ser Gobierno.



## 6. ¿Qué hacer con la revolución? El Partido Socialista en el Gobierno

En primer lugar, nosotros queremos decir: que estamos en el Programa de la UP por su desarrollo y su aplicación consecuente. Pero estamos en esta línea para avanzar y para cumplir. Queremos que este proceso se vaya haciendo irreversible hacia el socialismo, para llegar al fin del periodo del compañero Allende con las banderas del socialismo flameando en este país.<sup>761</sup>

Nosotros representamos el viento de la historia, nosotros representamos las grandes banderas de los pueblos oprimidos que junto al nuestro están en la lucha, que nosotros hoy día, ayer y mañana, estamos en esta batalla, que más que la batalla del Partido Socialista es la batalla del pueblo de Chile, y más que la batalla del pueblo de Chile, es la batalla de la liberación continental latinoamericana, es la batalla de los pueblos del mundo por constituir una nueva sociedad.<sup>762</sup>

La organización de la Unidad Popular en octubre de 1969 significó la reconfiguración de la alianza de izquierda bajo la combinación política propuesta por el Partido Comunista, mientras que la opción de un “Frente revolucionario de Trabajadores” propuesta por los socialistas quedó sepultada. Durante los años de la Revolución en Libertad no solo el radicalismo viró hacia posiciones de izquierda, la Democracia Cristiana en el Gobierno sufrió una serie de tensiones respecto de la profundidad de las reformas impulsadas, gestando un polo rebelde que fue clave en la configuración de un sector cristiano y revolucionario. La movilización social impulsada por el Gobierno de Frei y las expectativas generadas en torno a las transformaciones alentaron un proceso de izquierdización extendido al sistema de partidos que tendió a la descomposición del centro político acercando, con distintas intensidades, al Partido Radical y a sectores de la Democracia Cristiana al FRAP.

En 1969, los radicales consolidaron su viraje izquierdista aprobando un programa de reformas que coincidía en varios puntos con las propuestas

---

<sup>761</sup> “El partido está siempre luchando por las causas más avanzadas, duras y definidas”, *Boletín del Comité Central del PS* 23, julio 1972, 7.

<sup>762</sup> Carlos Altamirano, “Sobre la acusación constitucional a la Corte Suprema decidida por el partido”, *Boletín del Comité Central del PS*, 25 agosto de 1972, 9.

del FRAP, mientras que el PDC vivió una escisión liderada por facciones de izquierda y militantes de las juventudes, quienes exigieron profundizar las reformas del Gobierno y avanzar en la construcción de un régimen socialista-comunitario. Después de las elecciones parlamentarias de marzo de 1969, donde el FRAP obtuvo casi el 30 % de los votos, el PC —que obtuvo su mejor resultado hasta el momento con poco más del 16 %— insistió en la unidad con la “burguesía progresista” señalando la necesidad de superar los márgenes de la alianza socialista-comunista para derrotar a una derecha en vías de recuperación electoral y evitar un Gobierno de continuidad demócratacristiana.<sup>763</sup> El PS, que había logrado poco más de un 12 % de los votos, terminó por aceptar la ampliación de alianza suscribiendo junto al FRAP una invitación a la que respondieron positivamente el PR, el grupo de escindidos del PDC reunidos en el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), y los pequeños Partido Social Demócrata (PSD) y Acción Popular Independiente (API).

Pese a los acercamientos con el centro, el PS no modificó su lectura respecto de los radicales. Las conclusiones del pleno realizado en julio de 1969 apuntaban que la ideología del PR “se define por la defensa de la sociedad burguesa”, negando “el legítimo derecho de los trabajadores de buscar otros métodos de lucha como la violencia revolucionaria”. No obstante, reconocieron en el viraje del radicalismo una nueva actitud de la burguesía progresista, ahora alineada con algunas de las transformaciones propuestas por las “fuerzas revolucionarias” del FRAP. En este sentido, el llamado socialista fue a configurar un Frente Revolucionario en el que tenían cabida “todos los partidos, organizaciones y personas abiertamente comprometidas en la lucha antiimperialista y que están por la sustitución del régimen capitalista por una sociedad socialista”.<sup>764</sup> El PS resaltó el compromiso programático por sobre cualquier divergencia, sin embargo, insistió en imprimir un carácter revolucionario, clasista y antiimperialista a la prematura campaña presidencial, impulsando la integración de grandes contingentes populares “a un movimiento social y político que trascienda lo simplemente electoral para orientarse hacia la liberación definitiva del pueblo de Chile”.<sup>765</sup>

El discurso socialista ratificó los acuerdos y las perspectivas estratégicas sancionadas en Chillan, apelando vagamente a las condiciones de la revolución chilena y a la subordinación de los sectores centristas a la dirección y al programa revolucionario para justificar el pacto con los radicales. La ampliación del frente de izquierda no estuvo exenta de

---

<sup>763</sup> Álvarez, *op. cit.*, 216.

<sup>764</sup> “Conclusiones del pleno nacional del Partido Socialista, celebrado los días 11, 12 y 13 de julio de 1969”, *Boletín del Comité Central del PS 2*, agosto-septiembre 1969.

<sup>765</sup> “¿El socialismo al poder!”, *Boletín del Comité Central del PS 2*, agosto-septiembre 1969.

polémica, siendo criticada como una expresión de la vieja política de frentes electorales agitados por la izquierda tradicional. Para Manuel Cabieses, articulista de la revista *Punto Final*, la temprana apertura de la coyuntura presidencial demostraba la supervivencia de la antigua lógica frentepopulista bajo un renovado discurso revolucionario y antiimperialista que desconocía la caducidad de las formas electorales como instrumento para acceder al poder. La crítica apuntaba contra el electoralismo de la izquierda tradicional, que habría adoptado las elecciones como una estrategia general que en los hechos subordinaba cualquier opción revolucionaria al resultado de las urnas.<sup>766</sup> En una posición distinta, Mario Garay del PSP, llamó a abandonar los sectarismos y la rigidez doctrinaria para afrontar un proceso de unidad con el centro que ya en 1968 se vislumbraba inevitable. No obstante, la nueva alianza debía estar condicionada a la toma del poder y no a la mera “participación” de la izquierda en el Gobierno como sucedió durante el Frente Popular, asegurando la transformación de las “bases materiales de la sociedad, las relaciones de propiedad y construir el socialismo”.<sup>767</sup>

Frente a las elecciones presidenciales de 1970, el PS intentó imprimir un sentido revolucionario a la campaña, planteando que la unidad debía practicarse desde la base y generando un entendimiento capaz de desbordar las direcciones partidarias, configurando un discurso abiertamente crítico de la experiencia reformista de Frei y explícito a la hora de plantear las metas socialistas de la candidatura de izquierda. La proyección de los acuerdos de Chillan situó la campaña presidencial como un espacio de acumulación de fuerzas y movilización de masas, insistiendo en que la agudización del enfrentamiento entre las reivindicaciones populares y el cada vez más represivo régimen burgués empujarían naturalmente la movilización popular hacia formas superiores de lucha. Con tal fin, los socialistas convocaron a una conferencia programática bajo la consigna “Unidad para la lucha por la conquista del poder y por la construcción del socialismo” para octubre de 1969, en un intento por generar orientaciones prácticas sobre estos asuntos.<sup>768</sup>

Pese a que las lecturas sobre la realidad represiva del régimen burgués y la caducidad de las elecciones se mantuvieron vigentes en el discurso partidario, la Unidad Popular asumió un lenguaje distinto. La política comunista de amplias alianzas tuvo un éxito tal que llegó a barajarse la posibilidad de un amplio bloque popular conformado por el PDC, el PR y el FRAP que corría el riesgo de dejar completamente aislados a los

---

<sup>766</sup> Manuel Cabieses, “Chile: el voto o el fusil”, *Punto Final* 73, suplemento a la edición, 28 de enero de 1969.

<sup>767</sup> Mario Garay, *La Cuestión de la Unidad*, Santiago, s/i, 1968, 29.

<sup>768</sup> “Conferencia Nacional del Programa del Partido Socialista. Octubre 1969”, *Boletín del Comité Central del PS* 2, agosto-septiembre 1969.

socialistas en su “Frente Revolucionario”. Pese a que esta opción fue desechada por comunistas y demócratacristianos, las posiciones del PC respecto de la vía no armada y la revolución por etapas fueron las que finalmente permearon el discurso unitario. Lejos de precipitar simultáneamente las transformaciones de la fase democrático-burguesa y la revolución socialista, la UP se propuso crear condiciones que permitiesen, en palabras de Salvador Allende, “abrir la puerta al socialismo”. El programa básico de la UP buscaba la profundización del proceso reformista iniciado por la Revolución en libertad, proponiendo una serie de medidas democratizadoras del régimen político y de alto contenido social, y una serie de modificaciones al régimen jurídico y de propiedad con carácter “antioligárquico, antiimperialista, antifeudal y antimonopólico”.<sup>769</sup>

Lejos de agitar la estrategia del Frente Revolucionario y de adherir a sus perspectivas armadas, la UP proyectó el etapismo comunista al plantear como objetivo principal del programa crear condiciones favorables para la construcción de un nuevo régimen socialista a través de las instituciones y lógicas del régimen democrático. La UP apuntó a superar el régimen económico-social existente a través de un nuevo Estado popular, aprovechando los instrumentos institucionales, constitucionales y la legalidad vigente para impulsar las transformaciones estructurales necesarias. En este sentido, el programa ofreció un “camino democrático hacia un socialismo democrático” con una fuerte orientación personalista y electoralmente pragmática, que relevo la figura del candidato presidencial y las perspectivas de un gobierno de coalición por sobre los discursos izquierdistas del PS y otros grupos.<sup>770</sup>

Las perspectivas electorales, pacíficas y legales de la UP configuraron un problema mayor para las líneas estratégicas abiertamente rupturistas. La redacción del programa en 1969 sintetizó las ambigüedades sin ofrecer una solución tajante a las mismas, sin embargo, obligó a los socialistas a definirse sobre el rol del aparato administrativo y de la democracia burguesa en el proceso revolucionario chileno. Ante las constantes interpelaciones de la DC y la derecha, el PS relegó las perspectivas “agudas” de lucha a un segundo plano sin abandonarlas, apareciendo episódicamente durante la campaña distintas posiciones al respecto. El Comité Central imprimió un sentido de esclarecimiento ideológico y educación política a la campaña, promoviendo un “estilo de conducción” que se limitó a un discurso crítico del reformismo de Frei y de agitación revolucionaria.<sup>771</sup> No obstante, algunos dirigentes insistieron en el carácter instrumental del régimen

---

<sup>769</sup> Faúndez, *op. cit.*, 175-181 y Torres, *op. cit.*, 314-320.

<sup>770</sup> Peter Winn, *La revolución chilena*, Santiago, LOM, Santiago, 2013, 39-45.

<sup>771</sup> “La lucha de clases debe jugar un papel principal en la campaña presidencial”, *Boletines del Comité Central del PS* 4, enero-marzo de 1970.

democrático y la legalidad burguesa, utilizada siempre según la conveniencia de las clases dominantes. Al respecto, Clodomiro Almeyda insistió en el carácter inevitable del enfrentamiento, al señalar que para los sectores conservadores “la lesión de los valores que para ellos son la base del actual orden social justifican el empleo de la violencia” y agrega:

De manera que tomar en cuenta, tomar conciencia de que nuestra flamante democracia vale para la extrema derecha solo cuando le es favorable y no para cuando le es adversa, no constituye sino el más elemental deber de una fuerza que actúa en política como lo es el Partido Socialista. Cuando éste ha sostenido que la pugna política mundial y continental tiende hacia la violencia, esta solo constatando un hecho objetivo. Y cuando en su quehacer político tiene presente esa circunstancia y no cae en el idealismo de creer que nuestras luchas políticas son versallescas y de que todos están dispuestos a jugar limpio, no hace sino comportarse racionalmente.<sup>772</sup>

Pese a las discusiones episódicas sobre el papel de la violencia, los medios socialistas se abocaron por completo a la coyuntura electoral y a las perspectivas transformadoras de un Gobierno de la Unidad Popular. La elección fue presentada como un enfrentamiento de caracteres históricos entre una opción capitalista y autoritaria representada por Alessandri, una alternativa reformista y continuista encarnada por Tomic, y la apertura de un proceso genuinamente “transformador y dinámico” con Salvador Allende. *Las Noticias de Última Hora*, en vísperas de la elección presidencial, insistían en señalar que un Gobierno de la UP “no representa amenazas para el pueblo chileno ni para la nación, significa solo el término del predominio centenario del poder los ricos. Representa la primera posibilidad de que el pueblo se abra verdaderamente el camino al poder. Significará independencia económica y el asentamiento real de la soberanía de Chile y el termino de la dependencia extranjera”.<sup>773</sup>

Los resultados de la elección dieron el triunfo a Salvador Allende con el 36 % de los votos, venciendo por un estrecho margen de 40.000 sufragios al candidato de la derecha Jorge Alessandri. Las elecciones demostraron la difícil correlación de fuerzas y anunciaron las dificultades del nuevo Gobierno para lograr mayorías parlamentarias. La Democracia Cristiana, que obtuvo un 28 %, se transformó en un actor clave para la estrategia de la Unidad Popular, enfocada a la configuración de una mayoría

---

<sup>772</sup> Clodomiro Almeyda, “El socialismo y la violencia”, *Las Noticias de Última Hora*, 27 de julio de 1970.

<sup>773</sup> “Proceso definitorio”, *Las Noticias de Última Hora*, 4 de septiembre de 1970.

social y política capaz de impulsar el programa revolucionario desde el Estado y el Parlamento. Al respecto, *Última Hora* resaltó la visita de Radomiro Tomić a Salvador Allende después de los comicios, destacando las convergencias entre el nuevo Gobierno y los sectores de “izquierda cristiana” como reflejo de una conciencia mayoritaria en favor del proceso transformador que iniciaba.<sup>774</sup>

La intención de la UP era transitar al socialismo por la vía de la institucionalidad vigente, lo cual constituía el sello distintivo de la experiencia chilena, primera en el mundo en que los partidos marxistas alcanzaban el poder mediante las elecciones. La correlación de fuerzas en el Parlamento y la estrategia de la izquierda obligaban a la negociación y al ejercicio institucionalizado de la política, tópicos particularmente conflictivos para el socialismo durante toda su trayectoria. Con la llegada de Allende a la presidencia, el PS enfrentó una serie de interrogantes que lo llevaron a polemizar respecto de las características del nuevo Gobierno, la profundidad y velocidad de las transformaciones y el rol de las fuerzas antagónicas en el proceso. El tópico de la legalidad y el respeto a la constitución configuraron un problema mayor para la reflexión socialista, tradicionalmente tajante a la hora señalar los límites de la institucionalidad y denunciar las ficciones del régimen democrático burgués. El PS afrontó desde el Gobierno la espinosa cuestión de los límites institucionales a la hora de impulsar una política revolucionaria que, de acuerdo con sus propias definiciones, debía tarde o temprano superar el formalismo y desbordar los márgenes de la formalidad. ¿Qué hacer con la revolución? Parece ser la pregunta más importante del debate socialista durante los tres años siguientes.

La mayoría relativa alcanzada por la izquierda en las elecciones presidenciales exigía, al igual que en 1958, la ratificación del resultado electoral en el Congreso Pleno. Desde el alessandrismo se propuso desconocer el resultado, extendiendo una invitación al PDC para votar en bloque contra la ratificación de Allende. Finalmente, la DC condicionó sus votos al “Estatuto de garantías constitucionales”, documento que buscaba impedir eventuales arbitrariedades contra las libertades públicas, el derecho de enseñanza y la ley de partidos políticos, y que fue aceptado por la UP y el propio Alessandri como salida política a la inusualmente extendida coyuntura presidencial. Para el PS, estos hechos demostraban que el triunfo electoral no había resuelto el problema de la toma del poder ni mucho menos derrotado la resistencia de las fuerzas tradicionalmente regresivas: la burguesía y el imperialismo.

El informe de Adonis Sepúlveda al pleno de octubre 1970 es decidor respecto de este punto. Alcanzada la presidencia correspondía iniciar la

---

<sup>774</sup> “El desafío de la historia”, *Las Noticias de Última Hora*, 6 de septiembre de 1970.

conquista del poder y la construcción del socialismo, no obstante, el derrotado de la revolución chilena debía ser capaz de cumplir con estas tareas “partiendo desde las actuales estructuras de carácter capitalista”. Según el informe, el desafío era mayúsculo considerando la heterogénea composición social de la Unidad Popular y los límites del aparato administrativo para impulsar medidas genuinamente revolucionarias. Alcanzada la presidencia no bastaban los decretos para quebrar la estructura del régimen capitalista, por lo que la acción partidaria estaría enfocada a “crear aceleradamente las condiciones para cambiar, durante el ejercicio de este gobierno, el carácter capitalista del sistema vigente para transformarlo en un régimen socialista”. Y agrega: “concretamente, la alternativa para el Partido Socialista es la siguiente: Ahora o nunca”.<sup>775</sup>

El socialismo se propuso en durante la presidencia de Allende realizar las distintas transformaciones sociales y reformas políticas que permitiesen hacer “irreversible” el proceso revolucionario. En términos concretos esto implicaba profundizar la reforma agraria, ampliar la base social de apoyos del Gobierno y avanzar hacia la incorporación de hecho del movimiento popular organizado al ejercicio del poder a través de la naciente área nacionalizada de la economía. Logrados estos objetivos, correspondería la legalización del nuevo Estado Popular, formalizando la incorporación masiva de los trabajadores al poder mediante una nueva constitución y una asamblea popular. La realización de este punto crucial dependía fundamentalmente “de la movilización de masas y de su incorporación al poder en la vida misma”, por lo que el llamado fue a buscar con urgencia “camino y conductos o mecanismos para que el pueblo sea en la práctica conductor de su destino, ese mismo pueblo será la fuerza invencible que institucionalizara su derecho a ser poder”.<sup>776</sup> El informe no cambió los diagnósticos respecto de la burguesía ni del imperialismo, sectores que después del 4 de septiembre aún conservaban su poderío financiero y controlaban parte del aparato administrativo. Al respecto, Sepúlveda señaló que “no debemos olvidar que estamos haciendo una revolución social” y que la práctica de la legalidad burguesa no clausuraba la lucha de clases, la que tendería a agudizarse “en la misma medida que avancemos en la conquista del poder económico y político”.<sup>777</sup>

Durante enero de 1971 se realizó el XXIII Congreso del PS en la ciudad de La Serena. El torneo, que contó con la presencia de Salvador Allende, estaba llamado a definir las principales orientaciones del partido en el Gobierno. La radicalización discursiva y la “recuperación” política

---

<sup>775</sup> “El gobierno popular y las tareas políticas del partido”, *Boletín del Comité Central del PS* 7, septiembre-noviembre de 1970, 8.

<sup>776</sup> *Ibid.*, 10.

<sup>777</sup> *Ibid.*, 11.

iniciada a mediados de la década de 1960 no evitaron que los socialistas formaran una nueva alianza con el PR. Tampoco se restaron de los procesos electorales, privilegiando esta vía por sobre las perspectivas estratégicas de la movilización de masas y el trabajo clandestino, llegando inclusive a aceptar un inédito compromiso de garantías constitucionales presionados por la DC. En este contexto, el torneo estuvo dividido entre la continuidad de Aniceto Rodríguez y un sector liderado por el senador Carlos Altamirano, representantes de dos alternativas de conducción política del Gobierno. Para Altamirano, quien a la postre fue elegido Secretario General, el triunfo de la UP abría un cuadro de clara división política y social entre “los que están por cambios estructurales y los que no aceptarán esos cambios, defendiendo sus intereses por la fuerza de las metralletas”.<sup>778</sup> Este cuadro exigía al PS replantear sus tareas frente al Gobierno y transformarse en un agente dinamizador del proceso social y un catalizador de las transformaciones.

Las operaciones para desconocer la elección de Allende en el congreso, el estatuto de garantías constitucionales y la acción de grupos armados de ultraderecha instalaron una percepción sobre la institucionalidad y las clases antagónicas que fue leída como una radicalización de su papel regresivo, señalando la necesidad estratégica de dar un “salto cualitativo” que permitiese derrotar definitivamente a las clases comprometidas con el orden. Para estos sectores, la toma del poder pasaba necesariamente por la transformación en un sentido socialista del aparato administrativo y del sistema económico, donde el movimiento de masas alrededor del Gobierno adquirió un papel fundamental. Al respecto, el propio Altamirano señalaba que el Gobierno de la UP debía impulsar una política de masas “que deberá promover los cambios de estructura política, social y económica que el país ha exigido a través de su mayoría soberana” y agrega:

Y ello no será posible ni manteniendo el aparato estatal burgués con su secuela de corrupción y vicios enquistados en una burocracia desmesurada, un aparato policial orientado a la represión del pueblo, un Parlamento conservador y obstruccionista y un sistema judicial clasista, ni enfrentando esta realidad con nuestras viejas formas partidistas. Los partidos de izquierda han vivido toda una existencia política aceptando sin protestas el juego electoralista, parlamentario y burgués.

La nueva coyuntura histórica nos plantea un extraordinario

---

<sup>778</sup> Carlos Altamirano, “El Partido Socialista y la Revolución Chilena. Enero de 1971”, Víctor Farías (ed.), *La izquierda chilena (1969-1973)*, Santiago, Centro de Estudios Públicos, 2000.



desafío, que debemos aceptar y resolver exitosamente: la revolución chilena solo será posible en la medida que las vanguardias de la clase trabajadora sepan revolucionarse a sí mismas, se incorporen sin temores a las masas populares y encuentren en ellas el dinamismo, la orientación y la fuerza que harán posible la conducción del pueblo chileno hacia la construcción del socialismo. El sectarismo partidista y el apego a las tradiciones del orden burgués son los grandes enemigos de la revolución.<sup>779</sup>

Las resoluciones políticas del congreso caracterizaron los primeros meses del Gobierno como un periodo de agudización de las contradicciones entre el poder de las masas y el poder de la burguesía, destacando como objetivo principal del periodo “afianzar el gobierno, dinamizar la acción de las masas, aplastar la resistencia de los enemigos y convertir el proceso actual en una marcha irreversible hacia el socialismo”.<sup>780</sup> El congreso reafirmó el sentido clasista de la revolución chilena, destacando la importancia de la unidad socialista-comunista para hacer frente a las contradicciones de clase aún vigentes al interior de la UP mediante el cumplimiento del programa y la movilización del contingente popular organizado. Las conclusiones y resoluciones dan cuenta de un momento de actualización discursiva, proyectando las perspectivas estratégicas desarrolladas durante la década anterior a las labores de gobierno. Si bien Allende insistió en su discurso a la sesión inaugural del torneo en las perspectivas legales y pacíficas del proceso chileno, las conclusiones reavivaron el lenguaje despreciativo de la institucionalidad burguesa y un tono principista enfocado al cumplimiento del programa revolucionario como objetivo principal.<sup>781</sup>

El PS ratificó las adhesiones internacionales y los planteamientos antiimperialistas suscritos en 1967. El informe sobre política internacional redactado por Walterio Fierro poco antes del congreso destacó las transformaciones de la estrategia imperialista norteamericana en el continente después de la Alianza para el Progreso, caracterizada por la intervención militar directa, el sabotaje encubierto a través de la CIA y la promoción de “dictaduras gorilas” con la finalidad de contener el ascenso de los movimientos populares en América Latina. El afán continental seguía estando vigente, sin embargo, las perspectivas abiertas por la revolución chilena cambiaron el peso específico del PS en el plano

---

<sup>779</sup> *Idem.*

<sup>780</sup> “Resolución política del XXIII Congreso”, *Boletines del Comité Central del PS* 9, enero-febrero de 1971, 4.

<sup>781</sup> “El Partido Socialista llama al pueblo de Chile”, *Boletines del Comité Central del PS* 9, enero-febrero de 1971, 20-22.

continental. Según el informe de la comisión internacional, el éxito de la revolución chilena pasaba por el cumplimiento del programa, la incorporación efectiva de las masas al poder y “la correlación de fuerzas internacionales que impidan al imperialismo yanqui intervenir abierta o encubiertamente para bloquear o torcer el curso del proceso revolucionario en nuestro país”. Al respecto, el documento señalaba “podemos sostener que las peculiaridades que se dan en el proceso político y social chileno no hacen de esta experiencia un proceso aislado, desconectado del contexto político latinoamericano y mundial”. Y concluye: “nuestra experiencia, con todo lo singular que ella aporta al proceso revolucionario mundial, debe insertarse en el camino de la liberación latinoamericana para que junto a Cuba socialista constituya una base de apoyo permanente a los pueblos explotados”.<sup>782</sup>

El congreso significó una actualización de la línea política, que comenzó a insistir en la participación protagónica y autónoma de las masas como garantes del cumplimiento del programa y elemento defensivo del proceso frente a una oposición —interna y externa— cada vez más beligerante. Pese a que esto no redujo la importancia del espacio parlamentario ni sacó la práctica partidaria de la legalidad, configuró una actitud que tendió a tensionar los límites de la institucionalidad desde la acción político-sistémica y la movilización social. La afirmación del contenido de clase y la centralidad del programa también se reflejó en la actitud aliancista del PS, reacio a la negociación con la DC y abierto a la colaboración con sectores de la izquierda extraparlamentaria. Las definiciones del PS plantearon la divergencia con el PC y el propio Allende, interesados en mantener puentes con la DC y una movilización popular disciplinada acorde a la estrategia de impulsar las transformaciones en el marco de la legalidad.

El asesinato de Edmundo Pérez Zujovic, político demócratacristiano de larga trayectoria y ministro del Interior durante el gobierno de Frei a manos de un comando de la ultraizquierdista de la Vanguardia Organizada del Pueblo en junio de 1971 tendió a la polarización de las fuerzas políticas. Después del atentado la DC viró hacia la oposición comenzando a colaborar en labores parlamentarias y pactos electorales con el Partido Nacional. Pese a que los demócratacristianos insistieron en que su oposición era de carácter “progresista” y autónoma de la derecha, el discurso de la DC reclamó contra el estado de agitación y eventuales restricciones del Gobierno a las libertades públicas, dando origen a un distanciamiento progresivo de la UP y sus partidos. La nueva posición del PDC fue criticada por los sectores progresistas favorables a la agenda

---

<sup>782</sup> Walterio Fierro, “Comisión política internacional”, *Boletines del Comité Central del PS* 8, diciembre de 1970, 16.

transformadora del Gobierno, quienes terminaron saliendo del partido fundando la Izquierda Cristiana, movimiento que a la postre integraría las filas de la UP.<sup>783</sup>

El pleno del PS en agosto de 1971 abordó la nueva situación política, destacando su ascendente conflictividad y la agudización de las maniobras opositoras contra el Gobierno. Ante la escalada de la “burguesía y el imperialismo”, el PS propuso “acelerar la gestión revolucionaria iniciada el 4 de noviembre” para alcanzar “la plenitud del poder político y reivindicar para el pueblo las fuentes de producción fundamentales, sentando las bases materiales necesarias para la construcción de la sociedad socialista”.<sup>784</sup> El emergente discurso maximalista del PS, sin embargo, apuntó fundamentalmente a la aceleración del proceso dentro de los contornos propuestos por la UP. El pleno exigió acrecentar el número de empresas nacionalizadas y bajo control de sus trabajadores, aumentar la cantidad de hectáreas expropiadas en el campo y terminar con las trabas jurídico-institucionales que impedían el desarrollo del proceso. Para el PS “ha llegado el momento de adecuar jurídicamente a la institucionalidad chilena a las transformaciones revolucionarias que están remodelando nuestra sociedad”.<sup>785</sup> Pese al discurso movilizador y a las perspectivas de masas planteadas en el torneo de La Serena, el pleno fue enfático en llamar a la disciplina popular condenando “las acciones espontaneístas de masas, expresadas en tomas inorgánicas e indiscriminadas de industrias y fundos, las que si bien contienen un fondo de justicia reivindicativa frente a una explotación centenaria, perturban el desarrollo de la política del gobierno en áreas de su actividad”.<sup>786</sup>

Hacia finales de 1971 el Gobierno enfrentaba una situación compleja. El proceso de nacionalizaciones y la promesa de no utilizar la fuerza en contra del pueblo generó una ola de tomas de terreno, ocupaciones de empresas y expropiaciones agrícolas que se había vuelto difícil sino imposible de controlar por parte de las organizaciones de masas afectas al Gobierno. Además, el reagrupamiento de la oposición en una alianza informal liderada por el PDC y el PN significó sonados reveses electorales para la UP, derrotada en las elecciones complementarias de julio de 1971 y enero de 1972. En tanto, el agotamiento del paquete de medidas económicas iniciales comenzó a mostrar los primeros síntomas de desabastecimiento, y con él, aparecieron también las primeras manifestaciones callejeras contra la administración de Allende.

---

<sup>783</sup> Luis Corvalán Márquez, “Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre”, Santiago, Editorial USACH, 2019, 145-148.

<sup>784</sup> “Pleno nacional del Partido Socialista”, *Boletines del Comité Central del PS* 15, agosto de 1971, 2.

<sup>785</sup> *Idem*.

<sup>786</sup> *Ibid*, 3.

En marzo de 1972 el Congreso aprobó una enmienda constitucional presentada por el PDC, la cual buscaba controlar los términos y condiciones del proceso de nacionalizaciones impulsado por el Gobierno. Debido a la trascendencia de la legislación, el Ejecutivo utilizó su poder de veto iniciando una serie de negociaciones con la DC que no llegaron a buen puerto. Una vez fracasado el acuerdo, una declaración conjunta de la DC y el PN sostuvo el derecho del Parlamento a rechazar el veto presidencial por mayoría simple de votos. La compleja situación legislativa proyectó el conflicto político como un choque entre poderes del Estado y entrampó la labor del Gobierno mediante el bloqueo parlamentario, situación que se agudizó en la medida que la DC y el PN asumieron posiciones comunes en el plano legislativo. La estrategia institucional de la Unidad Popular comenzó a chocar con la lógica inflexible de las negociaciones parlamentarias, entrampando las opciones legislativas del proceso a partir de ese momento.<sup>787</sup>

La agudización del conflicto político entre el Gobierno y la oposición, el recrudecimiento de la crisis económica y el bloqueo de la iniciativa legislativa del Ejecutivo endurecieron las posiciones socialistas, quienes comenzaron a rechazar con mayor encono las tendencias reformistas, la negociación con sectores de la burguesía y la burocratización del proceso derivada de su ritmo legalista e institucional. El discurso se abrió una vez más hacia el movimiento de masas, señalando la incorporación masiva de los trabajadores al poder como la clave para la defensa del Gobierno, la irreversibilidad del proceso y la conquista del poder. El pleno de febrero de 1972 fue el encargado de plantear rectificaciones a la estrategia del partido frente a los primeros síntomas de crisis gubernativa. Adonis Sepúlveda, Secretario General subrogante durante la reunión plenaria, señalaba que el periodo estaba caracterizado por una agudización de la lucha de clases expresada en la intensidad y coordinación de las acciones opositoras. Para el senador, la beligerancia de la derecha exigía profundizar y acelerar el proceso revolucionario hasta volverlo irreversible. Para que esto ocurra era necesaria la participación “real y efectiva de las masas en todos sus niveles y en todos los aspectos de la vida económica, política y social de Chile”. Y agrega:

Esta movilización debe expresarse no solo en el desfile callejero, en arrebatarle la calle a los momios y pijes fascistas, sino que también en una acción permanente de las masas por el control de la distribución de los productos alimenticios, en la lucha contra la especulación, en los trabajos voluntarios para elevar la producción,

---

<sup>787</sup> Julio Faúndez, *Democratización, desarrollo y legalidad. Chile. 1831-1973*, Santiago, Ediciones UDP, 2011, 216-220.

en el impedir el abuso de los arriendos, en una vigilancia revolucionaria de todos los mandatarios destacados por los partidos de la Unidad Popular en la gestión administrativa.<sup>788</sup>

El largo informe presentado por Sepúlveda al pleno realizó una detallada explicación de la estrategia seguida por el PS en 18 meses de gobierno, constatando la agudización de la lucha de clases como el principal elemento del periodo. Además, reconoció una serie de problemas derivados de las particulares condiciones de la revolución chilena. Conquistado el aparato administrativo, la UP habría logrado hacerse con una herramienta del poder burgués, evidenciando las contradicciones entre los objetivos socialistas perseguidos por los partidos populares y el carácter clasista del Estado. El carácter de clase del Estado fue apuntado como la limitante principal de la acción del Ejecutivo, determinando las características generales del proceso de transformación. Dirigiéndose principalmente a los sectores izquierdistas, Sepúlveda insistió en que “debemos ser conscientes de lo que podemos exigirle al gobierno y que no le podemos exigir”, señalando que “ahora que el Estado burgués está encabezado por la Unidad Popular no le podemos pedir al gobierno que destruya este Estado burgués, porque es parte de él, sino que cree condiciones para la destrucción de ese aparato”.<sup>789</sup> Y agrega:

¿Qué lecciones sacamos de nuestra experiencia? Es necesario utilizar al máximo, ‘sacarle el jugo’ a la actual institucionalidad, ‘exprimir’ sus posibilidades arrinconando a la burguesía dentro de su propia telaraña legal, haciéndola sufrir el peso de las instituciones creadas a su ‘imagen y semejanza’. Ellos crearon la ley de seguridad interior del estado, pues, que la sufran, aprobaron una ley de reforma agraria, pues, que la aguanten; otorgaron instrumentos legales para expropiar o intervenir empresas, que lloren ahora si se aplican masivamente; concentraron en el Presidente de la República la política exterior, bueno, que se quejen de rabia cuando éste lleva adelante una política internacional independiente y de desafío al imperialismo.<sup>790</sup>

El control de una parte del aparato administrativo del Estado, la agudización de la lucha de clases entre el proletariado organizado y una burguesía cada vez más sedicente y rebelde frente a la legalidad, y los

---

<sup>788</sup> “Pleno Socialista: Profundizar la revolución con participación del pueblo”, *Las Noticias de Última Hora*, 18 de marzo de 1972.

<sup>789</sup> Partido Socialista, “Informe del Comité Central al pleno de Algarrobo”, Víctor Farías (ed.), *op. cit.*, 1924.

<sup>790</sup> *Ibid.*, 1926.

cambios en la correlación de fuerzas entre las clases sociales producto de las medidas impulsadas por el Gobierno hacían de la situación una coyuntura revolucionaria en pleno desarrollo y aún por resolverse. Según el informe, la resolución de esta coyuntura en favor de los trabajadores y la revolución socialista pasaba, necesariamente, por la profundización y aceleración del proceso desde el Ejecutivo y con la participación masiva de los trabajadores. Apoyados en la creciente conciencia de clase, la ascendente organización del movimiento popular y las germinales expresiones de “democracia social” surgidas en el seno del movimiento popular organizado, la posición del PS fue la de incorporar a este contingente “en todos los medios de decisión”, o en otras palabras “que sea la masa la que dirija y participe en las acciones, pero esta participación no puede estar limitada por el sectarismo. Se trata de la participación de los trabajadores *como clase*, y por tanto, sin exclusiones de ninguna naturaleza dentro de su marco. *Trabajador que participa es trabajador que apoya a la revolución*”.<sup>791</sup>

El pleno delineó una doble estrategia. Por un lado, el Ejecutivo debía persistir en las realizaciones que la institucionalidad y la lógica transaccional del régimen democrático permitan, insistiendo en la ampliación de las conquistas y la aplicación intensiva de los instrumentos legales disponibles en orden a acelerar las expropiaciones y profundizar la participación de los trabajadores. Por otro, el PS debía propiciar la unidad desde la base, por encima de todo sectarismo y en función de incluir a las masas en el proceso. Lo anterior implicaba actuar por fuera de los límites partidarios, ampliando la base social de apoyos a todos aquellos sectores comprometidos y favorables a los cambios, valiéndose de las organizaciones populares ya constituidas —comités de la UP, sindicatos, gremios, federaciones estudiantiles, etc.— y las nuevas expresiones de organización colectiva —comités de administración, sindicatos campesinos, juntas de aprovisionamiento— para hacer frente a los distintos problemas y coyunturas del Gobierno, como la administración de la propiedad social, la expropiación agrícola y el control del desabastecimiento y la especulación de precios.

En este contexto, los socialistas viraron hacia posiciones aún más tajantes a la hora de rechazar negociaciones legislativas con el PDC para destrabar el curso del Gobierno, relevaron los límites de la institucionalidad burguesa señalando al Parlamento como una “trinchera reaccionaria” y exigieron con mayor enconó continuar con la marcha del Gobierno, señalando que el PS “no se prestará para el juego de las transacciones del Programa de la Unidad Popular. Al revés, su voluntad y toda su fuerza de partido arraigado en las masas trabajadoras constituyen la mejor garantía de

---

<sup>791</sup> *Ibid.*, 1953. Las cursivas son del original.

una profundización del proceso de cambios revolucionarios”.<sup>792</sup> La resistencia creciente de las fuerzas regresivas desde el Parlamento y las trabas puestas por instituciones como la Contraloría General de la República y el Poder Judicial al proceso de nacionalizaciones creaban un inmovilismo que resultaba peligroso para la supervivencia misma del proceso. En este sentido, la propuesta del PS fue un plebiscito que lograra destrabar la situación de empate social a la que había llegado la revolución chilena, buscando “una definición de los chilenos entre los que están por los cambios y los que quieren impedirlos”.<sup>793</sup> La posición socialista chocó con la estrategia del PC y del propio Allende, aún abierta a buscar acuerdos con la DC, aunque sean parciales, tratando de evitar que la oposición actuara en bloque y de destrabar las perspectivas legales de realización del programa.

A mediados de 1972 el conglomerado de Gobierno se reunió para dirimir las flagrantes divergencias entre los dos partidos más importantes de la UP, divididos entre una perspectiva legalista, negociadora y favorable a una consolidación de las conquistas ya logradas en el proceso, y otra, partidaria de la aceleración y profundización de este. La reunión se decidió por la propuesta del PC, compartida por el PR y la API, en orden a mejorar la situación económica, consolidar la administración del sector productivo ya nacionalizado y limitar la ampliación del área nacionalizada de la economía con la inclusión de 91 nuevas empresas estratégicas. Además, la reunión resolvió iniciar una nueva negociación con la DC, orientada a destrabar la discusión respecto del veto presidencial, evitar un enfrentamiento entre poderes del Estado y salvar el camino formal para las transformaciones. Pese a una serie de informaciones iniciales positivas respecto de las negociaciones, estas finalmente fracasaron.

El fracaso de las negociaciones planteaba el final de la vía legalista de la Unidad Popular. Según la oposición, después de aprobado el proyecto al Ejecutivo le quedaban como opciones promulgar la reforma constitucional o llamar a plebiscito. Terminadas las conversaciones entre la UP y la DC, esta última orientó su acción hacia una coordinación formal con la derecha en labores de oposición, la que finalmente terminó en una Confederación Democrática, alianza electoral abierta a todos los partidos opositores al Gobierno. Además, el fracaso de las negociaciones coincidió con un aumento de las acciones desde la Contraloría y los Tribunales de Justicia que tramitaron distintos recursos favorables a los propietarios afectados por los decretos de requisición y expropiación. En resumen, con el fracaso de las negociaciones se agudizaron las distancias políticas entre Gobierno y oposición, las divergencias en el seno de la UP y el conflicto entre los

---

<sup>792</sup> “Pleno del Partido Socialista”, *Las Noticias de Última Hora*, 18 de marzo de 1972.

<sup>793</sup> “Problemas, peligros y salidas para el proceso”, *Posición* 7, 30 de mayo de 1972.

distintos poderes del Estado, poniendo nuevas trabas a la estrategia legalista y formal del Gobierno.<sup>794</sup>

La nueva situación política después del fin de las negociaciones no clausuró las distancias y divergencias entre socialistas y comunistas a la hora de comprender el proceso político. Según Orlando Millas, ministro de Hacienda y miembro de la Comisión Política del PC, la correlación de fuerzas había cambiado desfavorablemente para el Gobierno y el movimiento popular producto de errores políticos y económicos “que podemos resumir como transgresiones al programa de la Unidad Popular”. Cabría entonces, “poner el acento en la defensa del Gobierno Popular, en su mantenimiento y en la continuidad de su obra” para lo cual “deberán hacerse concesiones y, al menos, neutralizar a algunas capas y determinados grupos sociales, enmendando desaciertos tácticos”.<sup>795</sup> Para Millas, la coyuntura exigía como tarea fundamental salvaguardar la hegemonía social de la clase obrera en la alianza con los sectores sociales comprometidos con el programa antiimperialista, antimonopólico y antioligárquico, formula que por lo demás, había llevado a Salvador Allende a la presidencia de la República. Para lograr lo anterior, se hacía indispensable terminar con las desviaciones “ultraizquierdistas”, la indisciplina de sectores del movimiento popular esmerados en tomas y expropiaciones indiscriminadas, y la dualidad estratégica al interior de la UP, cuestiones que solo contribuían a aislar a la clase obrera de sus aliados potenciales, ahora alineados con la derecha y las tendencias sediciosas.

La respuesta socialista vino de Arnoldo Camú, miembro de la Comisión Política, asesor de Salvador Allende y uno de los más destacados dirigentes de la facción chilena del Ejército Liberación Nacional. Para Camú, la propuesta del ministro implicaba un cambio de estrategia en el movimiento popular derivada de una errónea apreciación sobre las fuerzas sociales en disputa. La propuesta del PC fue criticada por ponderar la estrategia de la izquierda en función de las fuerzas enemigas, obviando que la tarea principal es la de unir a las grandes masas del proletariado detrás del movimiento social dirigido por la Unidad Popular. Para Camú “difícilmente se podría decir que esta tarea esta cumplida en Chile como para poner por encima de esta tarea y contradictoriamente a ella otras tácticas conducentes a la ‘captación’ o ‘neutralización’ de la pequeña o mediana burguesía y otros sectores medios y pequeños burgueses”. En este sentido, la estrategia de sumar o neutralizar a las capas medias resistentes al proceso por medio de concesiones no solo resultaría en un error estratégico, sino también en una

---

<sup>794</sup> Faúndez, *op. cit.*, 238-239.

<sup>795</sup> Orlando Millas, “La clase obrera en las condiciones del Gobierno Popular”, *El Siglo*, 5 de junio de 1972.



transgresión y una “dilación impermissible” al cumplimiento del programa y el objetivo de poder planteado por la izquierda.<sup>796</sup>

El PS no signó grandes esperanzas en las negociaciones con la DC, sin embargo, el fracaso de las tratativas sirvió como una demostración de las lecturas sobre la burguesía, su legalidad y sus posiciones frente al proceso revolucionario. En este aspecto, Adonis Sepúlveda acusaba a la oposición parlamentaria de haberse salido de legalidad violando “claras y terminantes disposiciones constitucionales que le dan prerrogativas y facultades al presidente de la República”.<sup>797</sup> La DC habría dado pruebas suficientes de su alineación con las fuerzas regresivas y contrarrevolucionarias, criticando la aplicación de leyes y disposiciones del Ejecutivo que en muchos casos fueron creadas o utilizadas por el Gobierno de Frei en un sentido “reformista” y “burgués”. La actitud de la oposición en el Parlamento y las presiones recibidas por el Ejecutivo desde Contraloría y la Corte Suprema reafirmaron las críticas contra la institucionalidad, la que fue percibida como una estructura clasista, resistente a la transformación y a la voluntad popular mayoritaria, sin que esto significase abandonar los espacios de la democracia formal. En este aspecto, Sepúlveda insistió en presentar cada proyecto de ley enviado por el Ejecutivo como un paso más dentro del proceso de consolidación revolucionaria y en transformar a cada elección en una verdadera demostración de fuerzas entre revolucionarios, reformistas y reaccionarios.

Los socialistas insistieron en la “inclusión de las masas al poder” y en la necesidad de acelerar el cumplimiento del programa como manera de hacer frente con éxito a la “ofensiva reaccionaria” sostenida desde el Parlamento, los Tribunales de Justicia y la Contraloría. Para Iván Núñez, articulista permanente del semanario *Posición*, el programa de la UP que originalmente se proponía la doble tarea de cumplir con la fase democrático-burguesa de la revolución y preparar las condiciones para la transición al socialismo debía actualizarse. El cuadro político después de las negociaciones haría aparecer de un modo “cada vez más nítido que la revolución chilena debe ser un proceso ininterrumpido” y que esta debe “profundizarse poniendo como centro de gravedad las tareas socialistas y planteándose como condición ineludible la conquista del poder por el proletariado”. Para Núñez, los hechos habrían demostrado la prescripción de las tesis etapistas de la revolución e instalado la necesidad de precipitar las tareas socialistas para salvaguardar la continuidad y el éxito del proceso. Al respecto, escribió:

---

<sup>796</sup> Arnoldo Camú, “Ganar, en primer lugar, a las fuerzas revolucionarias”, *Posición* 12, 4 de julio de 1972.

<sup>797</sup> “El partido está siempre luchando por las causas más avanzadas, duras y definidas”, *Boletín del Comité Central del PS* 23, julio 1972, 5.

Los porfiados hechos han demostrado que, tal como lo plantea el PS a través de su línea del Frente de Trabajadores, la revolución chilena o se plantea como socialista o deja de existir como revolución (...) en suma, no solo por respeto a la letra del programa de la UP sino por imperativo del proceso concreto este debe ser interpretado y cumplido como el programa para la revolución socialista. Lo contrario es reincidir en Chile en frustraciones reformistas, y con ello, abrir el paso al triunfo de la contrarrevolución.<sup>798</sup>

Pese a estas definiciones, los socialistas insistieron en utilizar la institucionalidad, pero dotándola de un nuevo significado. En julio de 1972 el partido resolvió presentar una acusación constitucional contra la Corte Suprema, el fin político del proyecto era terminar con el bloqueo institucional, y demostrar las tendencias reaccionarias y los intereses de clase representados en las instituciones del régimen capitalista. La acusación fue presentada como una acción contra un poder burgués que en los hechos defiende “la existencia del latifundio, la propiedad privada de grandes fábricas, industrias y monopolios, es decir, el sistema semicolonial y retardatario que se consigna en sus viejos códigos”.<sup>799</sup> En palabras de Carlos Altamirano, el bloqueo institucional al Gobierno y la intromisión de los Poderes Judicial y Legislativo en la labor del Ejecutivo son una expresión más de la lucha de clases en curso, superando lo meramente formal y jurídico para transformarse en los hechos en “un problema ideológico, en un enfrentamiento de intereses, en una lucha muy seria en que está de por medio el interés de la clase obrera, los campesinos chilenos de la patria, y por otro, el interés de los reaccionarios, de los latifundistas, de los viejos monopolistas chilenos, del imperialismo”.<sup>800</sup>

La acusación constitucional marcó un precedente en la actitud socialista frente a la legalidad y la institucionalidad, señalando el carácter irremediablemente burgués del aparato administrativo aún controlado por los partidos populares. Los distintos procesos administrativos y judiciales, la oposición parlamentaria y la coordinación de las fuerzas opositoras en el plano electoral y social resultaban expresiones del carácter clasista del Estado y el compromiso institucional con el orden capitalista, a penas magullado por las conquistas del Gobierno de la UP. El discurso de oposición, destinado a deslegitimar la legalidad del Ejecutivo también

---

<sup>798</sup> Iván Núñez, “El programa de la Unidad Popular es compromiso revolucionario”, *Posición* 14, 19 de julio de 1972.

<sup>799</sup> “Acusación constitucional contra la Corte Suprema”, *Boletín del Comité Central del PS* 24, segunda quincena de julio de 1972, 1.

<sup>800</sup> Carlos Altamirano, “Sobre la acusación constitucional a la Corte Suprema decidida por el partido”, *Boletín del Comité Central del PS* 25, agosto de 1972, 2.

contribuyó decisivamente a la consolidación de este diagnóstico, que señaló al Parlamento, los Tribunales y la Contraloría como “trincheras institucionales de la burguesía”. Ante este cuadro, los socialistas se decidieron una vez más por la profundización y aceleración del proceso mediante la inclusión de las masas al poder. No obstante, en esta ocasión el partido se abrió hacia las distintas expresiones de Poder Popular más allá de los límites partidarios y la dirección de la UP, señalando al movimiento social organizado como el elemento clave para dirimir la lucha de clases y el bloqueo institucional. Insistiendo en las tradicionales tesis de la revolución en los países dependientes, el PS propuso precipitar el proceso revolucionario, asegurando su continuidad e irreversibilidad mediante la inclusión, de hecho y “desde abajo”, del movimiento popular organizado en el curso del Gobierno.

### **6.1 *¡Avanzar sin transar!* Movilización de masas y Poder Popular en defensa del Gobierno y la revolución**

El Poder Popular fue uno de los tópicos fundacionales del programa de la UP. No obstante, su definición programática estuvo lejos de ser unívoca, haciendo referencia a la participación ampliada y organizada de las bases sociales en el Gobierno; un instrumento de transformación del sistema de poder y los medios de producción; y el germen de un nuevo Estado generado a partir de la movilización popular. Pese a que la pluralidad del concepto obedece tanto a las divergencias al interior de la izquierda como a la falta de un debate sistemático sobre el mismo, en términos generales el Poder Popular fue visto como un agente dinamizador de la red de organizaciones y bases sociales afectas al Gobierno y sus partidos, las que estaban llamadas a ampliar su penetración y radio de acción social dentro del marco institucional y las labores de gobierno. Esta visión tomó distancia de las nociones clásicas propuestas por el marxismo-leninismo, que vinculaban la idea del poder popular a las experiencias del comunismo y el consejismo, y a la generación de un poder paralelo y antagónico del aparato estatal burgués. Por el contrario, para la Vía Chilena al Socialismo el Estado burgués, controlado por los partidos populares, era el aparato fundamental y dirigente de las transformaciones, subordinando al movimiento popular organizado a sus orientaciones.<sup>801</sup>

En términos específicos, el Poder Popular tomaba forma en los miles de Comités de la Unidad Popular organizados durante la campaña, los cuales estaban destinados a representar a la izquierda en los territorios, defender el resultado electoral en caso de ser necesario y posteriormente

---

<sup>801</sup> Hugo Cancino, *Chile. La problemática del poder popular en el proceso de la Vía Chilena al Socialismo. 1970-1973*, Aarhus, Aarhus University Press, 118-132.

educar a los trabajadores. Sin embargo, la ausencia de tareas concretas los hizo desaparecer casi por completo después de las elecciones. El modo práctico por el que el Gobierno impulsó este tipo de poder bajo su objetivos fue mediante el área nacionalizada de la economía, donde el sistema de consejos administrativos transformó radicalmente las prácticas gerenciales y verticalistas preexistentes. Estas experiencias fueron inicialmente limitadas a las empresas que formaban parte del área de propiedad social (APS) y los marcos de acción institucional propuestos por el Gobierno. No obstante, las expectativas abiertas por el triunfo de Allende generaron un movimiento que desbordó con creces los límites inicialmente impuestos a la participación de los trabajadores, refrendado en el alto número de expropiaciones agrícolas, tomas de sitio e industrias fuera del plan económico y sin autorización del Gobierno. Una parte importante del movimiento popular, de hecho, actuó fuera del alcance y con total autonomía de las directrices de la UP.<sup>802</sup>

El autoproclamado rol de vanguardia del PS y su espacio en el Gobierno influyeron en el papel que los socialistas asignaron al movimiento popular en su estrategia después de 1970, abogando por la inclusión efectiva de los trabajadores al poder a través de los grupos afectos a los partidos y organizaciones de masas de la UP. No obstante, ante el recrudecimiento de la situación política a finales de 1971 el discurso partidario comenzó a asumir un tono distinto. Junto a la política de hacer irreversible el proceso revolucionario, emergió la idea de promover un gobierno obrero parcial en la producción y las organizaciones territoriales, llamando a la inclusión del movimiento de masas sin distinciones partidarias a labores de gobierno para la defensa de las conquistas ya logradas y la aceleración del proceso revolucionario. Con la entrada del movimiento popular organizado al aparato estatal el PS pretendía consolidar el proceso, buscando generar “cambios efectivos en las relaciones de producción que hagan imposible una vuelta al pasado. Esto significa el principio del cambio del carácter del Estado”.<sup>803</sup> Los socialistas plantearon que ante una reacción en ascenso solo quedaba la ofensiva: “consolidar lo hecho hasta ahora es importante, pero siempre que al mismo tiempo aumentemos la velocidad de nuestras conquistas. De contrario, corremos el riesgo de consolidar una situación desfavorable”.<sup>804</sup>

El discurso movilizador tomó mayor protagonismo después del fracaso de las negociaciones sostenidas entre la UP y la DC. Ante el cierre de la salida institucional, el PS abogó por “otros caminos” para seguir

---

<sup>802</sup> Frank Gaudichaud, *Poder Popular y Cordones Industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973*, Santiago, LOM Ediciones, 2004, 13-55.

<sup>803</sup> “Pensamiento del Partido en las Jornadas de El Arrayán”, *Boletín del Comité Central del PS* 19, enero-febrero 1972, 28.

<sup>804</sup> *Idem.*

adelante con los objetivos socialistas del programa, evidenciando nuevamente las divergencias al interior de la izquierda. En julio de 1972 las provinciales del Biobío del PS, MIR, MAPU, IC y el PR se reunieron junto a 139 organizaciones sociales, sindicales y campesinas en la ciudad de Concepción para fundar una Asamblea del Pueblo. Si bien no hubo una lectura homogénea respecto de los fines y principios de la asamblea, el PC y el propio Allende se apresuraron en condenar una reunión que aparentemente estaba fundando un poder paralelo al esquema institucional. Solo el MIR llamó a la creación de un poder popular alternativo mediante la conformación de consejos territoriales permanentes y la clausura del Parlamento, el que debía ser reemplazado por una asamblea popular al más breve plazo.<sup>805</sup> Los representantes del PS señalaron que la asamblea debía orientarse a ampliar las bases de apoyo del presidente Allende, y que la creación del poder popular no podía ser alternativo ni antagónico al Gobierno, por el contrario, contribuiría a complementar su gestión. En este aspecto: “pretender que esa asamblea haya querido o quiera erigirse en un poder paralelo es un grave infantilismo en quienes lo pudieran preconizar o una falta de imaginación y confianza en el pueblo en quienes desde su propio seno la atacan”.<sup>806</sup>

El PS reivindicó su posición a la izquierda de la UP, señalando que solo afianzando la alianza entre los sectores explotados y los partidos populares la izquierda podrá “arrastrar a su lado a grandes sectores de las capas medias que ahora vacilan, pues no tienen seguridad de como continuara el proceso y esto los desorienta y muchas veces los entrega en manos del enemigo”.<sup>807</sup> La reivindicación izquierdista del PS reorientó su política hacia las expresiones populares independientes y fuera de los márgenes de acción del Gobierno, reivindicando las tomas de fundos, industrias y la multiplicación de las organizaciones sociales autónomas como expresiones de poder. En este sentido, el apoyo de las masas se consigue “planteando en forma simultánea tareas democrático-burguesas y tareas socialistas. Esto se ha visto en forma irrefutable en el caso de la requisición de empresas, de la defensa de las industrias intervenidas y en la movilización masiva de los trabajadores cuando se trata de impedir su devolución”.<sup>808</sup>

El discurso izquierdista relevó como tarea principal la dinamización del proceso, una política de masas y el reagrupamiento de las fuerzas revolucionarias —dentro y fuera de la UP— en torno al PS. Los medios partidarios insistieron en recuperar el sentido de vanguardia y la política de

---

<sup>805</sup> Corvalán Márquez, *Los partidos políticos... op. cit.*, pp. 263-268

<sup>806</sup> Erich Schnake, “La Asamblea del Pueblo”, *Posición* 17, 8 de agosto de 1972.

<sup>807</sup> “La burguesía contra el Partido Socialista”, *Ibid.*

<sup>808</sup> “Izquierdismo: una posición ideológica”, *Posición* 20, 29 de agosto de 1972.

masas para hacer frente a la resistencia de la burguesía y el imperialismo, y también, para corregir las orientaciones reformistas en el seno de la UP. El modelo de la autogestión obrera, las experiencias del comunismo y la autodefensa coparon el debate partidario en la búsqueda de modelos y salidas alternativas al complejo cuadro político del país, relevando experiencias como la Comuna de París y las perspectivas de la acción directa como justas expresiones de resistencia y poder popular. Respecto de las organizaciones de masas, los socialistas promovieron su funcionamiento autónomo de las directivas del UP y libre de las trabas administrativas del Gobierno, apostando por un nuevo estilo de conducción que relevó las tareas políticas por sobre el control administrativo de las mismas. La preocupación del partido viró hacia las recientemente creadas Juntas de Abastecimiento y Control de Precios (JAP), centros de madres, juntas de vecinos, comités de vigilancia y cordones industriales, señalando la necesidad de integrar y coordinar la acción de estas organizaciones a todo nivel. En este sentido, *Posición* justificaba la nueva política señalando que los socialistas:

No estamos propiciando el espontaneísmo por principio o a ciegas, sino reconociendo una verdad válida para todos los procesos revolucionarios, y es que las direcciones y los cuadros del partido son, por su número relativamente escaso incapaces de dar origen o de manejar el conjunto enorme de iniciativas que nacen del seno mismo de la masa, que tendrá que desplegar energías inauditas para llevar a cabo la tarea histórica que todavía hay que cumplir: reglamentar y planificar la vida económica en beneficio de las propias masas y quitar el poder de hacer daño que aún conservan los capitalistas (...) hacen falta menos esquemas y mucha más preocupación por la realidad. La única exigencia es que realmente sean organismos representativos de los trabajadores. Creemos que los partidos de la UP deben ser los animadores de este movimiento que se ha iniciado en diversas partes del país y que creemos está destinado a tomar gran vuelo. En todo caso, nuestro Partido Socialista asume en esta tarea un rol principal.<sup>809</sup>

La crisis económica, los problemas de abastecimiento y una sensación generalizada de amenaza en contra de la propiedad privada sirvieron para radicalizar la oposición de gremios y sectores de la clase media, grupos cada vez más convencidos de que el Gobierno representaba una amenaza totalitaria y antidemocrática. La situación fue aprovechada por

---

<sup>809</sup> “A grandes males, grandes remedios”, *Posición* 18, 22 de agosto de 1972.

los partidos de oposición, llevando la confrontación política y la movilización hasta su punto más agudo con la paralización prácticamente total de los gremios bajo su influencia en octubre de 1972. En el Congreso las bancadas del Partido Nacional y la Democracia Cristiana agudizaron el bloqueo parlamentario y la utilización de las herramientas legales para trabar la acción del Ejecutivo, destacando el carácter inconstitucional, ilegal e ilegítimo del Gobierno. Lo que inicialmente fue un conjunto de demandas económicas y gremiales del transporte y el comercio adquirió rápidamente las dimensiones de un pliego puramente político, exigiendo el retorno del Estado de derecho, frenar las nacionalizaciones y poner fin al trabajo de las organizaciones de masas ligadas a la distribución y la producción. Con el pasar de los días se sumaron federaciones estudiantiles, asociaciones empresariales y colegios profesionales, extendiendo la protesta por todo el país en un paro general orientado a derribar el Gobierno.<sup>810</sup>

El Gobierno se valió de la legalidad decretando zonas de emergencia y utilizando a las FF. AA. en labores de orden público. *La Nación*, cuyo director era el histórico militante socialista Oscar Waiss, destacaba que el paro no obedecía a aspiraciones económicas, correspondiendo a “una pieza más de la maquinaria sediciosa, montada con escrupulosidad y cuidado por los que manejan estas ‘situaciones’”,<sup>811</sup> La hipótesis de la sedición fue aceptada unánimemente por los partidos de la UP, que llamaron a sus militantes al trabajo voluntario y pidieron duras sanciones judiciales contra los instigadores y organizadores del movimiento, argumentando que sus motivaciones no eran otras que precipitar la intervención de las Fuerzas Armadas para derribar al Gobierno legalmente constituido.<sup>812</sup> La respuesta a la paralización gremial vino principalmente desde el movimiento de masas. Las empresas nacionalizadas no dejaron de trabajar y muchas industrias se abstuvieron de sumarse al paro ante la opción de que los trabajadores reanudaran autónomamente las faenas. Las JAP y otras organizaciones de masas abrieron al público los comercios cerrados logrando palear, en parte, el desabastecimiento y el acaparamiento de artículos de primera necesidad. En su apoyo se articularon comités de vigilancia y se fortaleció la relación entre las organizaciones de la producción y la sociedad civil, dando vida a los Comandos Comunales, encargados de suplir los distintos rubros paralizados y mantener al país funcionando pese a las movilizaciones.<sup>813</sup>

---

<sup>810</sup> Manuel Antonio Garretón y Tomas Moulán, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*, Santiago, CESOC, 1993, 114-126.

<sup>811</sup> “Huelgas Políticas”, *La Nación*, 13 de octubre de 1972.

<sup>812</sup> “El pueblo y sus partidos responderán al plan golpista de la derecha”, *Las Noticias de Última Hora*, 17 de octubre de 1972.

<sup>813</sup> Gaudichaud, *op. cit.*, 34

Para hacer frente a los problemas de abastecimiento y transporte el PS llamó a multiplicar la creación de Comandos Comunales. La idea fue coordinar los esfuerzos de las organizaciones de base generando nuevas formas de colaboración orientadas a superar problemas concretos de distinto nivel, algunos estructurales como la producción industrial y el comercio, y otros muchísimo más cotidianos como la locomoción colectiva y el abastecimiento de enceres básicos. La gravitación del movimiento social organizado fue fundamental para sostener al Gobierno y mantener la actividad productiva, transformándose en una experiencia ejemplificadora de la “iniciativa creadora” y democrática del movimiento popular. La movilización de octubre fue para los socialistas una verdadera primavera proletaria, destacando el ingenio y el impulso creativo de las organizaciones sociales para hacer frente a los problemas diarios planteados por la paralización gremial.

El PS aprovechó la coyuntura para exigir nuevas requisiciones, multiplicar el número de organizaciones de masas y cumplir con mayor fuerza el programa de la Unidad Popular y sus tareas socialistas. Frente a la agudización de la lucha de clases, el “Poder Obrero” apareció como el elemento fundamental para dirimir el conflicto, por lo que los socialistas apoyaron la toma de industrias y la autogestión en las labores de abastecimiento y supervigilancia del comercio. Hacia finales de octubre de 1972, cuando el paro mostraba sus primeras señales de agotamiento, un manifiesto firmado por los representantes sindicales, campesinos e industriales del PS exigió al Gobierno expropiar todas las empresas paralizadas, cortar los contratos con los transportistas en huelga y organizar la economía con un sentido de clase, poniendo el énfasis de la producción en el APS y las industrias tomadas de hecho. El manifiesto cerraba diciendo que “el país no se ha detenido porque los trabajadores han desbaratado los planes de la burguesía y el imperialismo”.<sup>814</sup>

El paro fue leído como una coyuntura ejemplificadora del diseño político de la oposición, su desprecio por la legalidad y el compromiso total de la DC con la derecha. Además, resultó clarificador respecto de las falencias del trabajo de la UP en el plano social y del potencial movilizador de la izquierda frente a futuros enfrentamientos de mayor envergadura. Una vez finalizada la paralización, la orientación fue “crear las bases del poder obrero” multiplicando la formación de Comandos Comunales. La fundamentación de esta política fueron las dificultades del Gobierno para coordinarse con las distintas organizaciones sociales afectas a la UP, y la incapacidad de dirigir a las organizaciones formadas independientemente y las empresas espontáneamente tomadas. Los socialistas acusaron al

---

<sup>814</sup> “Para avanzar hay que destruir el poder burgués”, *Las Noticias de Última Hora*, 24 de octubre de 1972.



Gobierno de no promover mecanismos efectivos de participación obrera ni mantener canales de comunicación fluidos con el movimiento popular, dando muestras de “una gran falta de confianza en la masa” y de las pugnas internas entre tendencias “reformistas y revolucionarias” al interior de la UP. Para resolver estos problemas y hacer frente a una inminente contraofensiva de la oposición, no bastaba con nuevas concesiones a las clases medias ni con el control de las instituciones creadas por la burguesía, por el contrario, se debía crear una organización capaz de enfrentar con éxito y desde la base una nueva arremetida contra el Gobierno y el proceso en su conjunto, tal y como sucedió durante la paralización de octubre.<sup>815</sup>

El nuevo viraje hacia la política de masas obedeció a un diagnóstico sobre la situación política y la dinámica de clases sociales después del paro. Por una parte, quedaba probada la intención de la derecha y el PDC de derrocar a Salvador Allende mediante la articulación de un frente político con amplias perspectivas movilizadoras en las clases medias y sectores populares, utilizando los poderes del Estado aún bajo su control, y sin escrúpulos a la hora de romper la legalidad. Por otra parte, la práctica insurreccional de grupos terroristas de derecha, los intentos por involucrar a las Fuerzas Armadas y la ascendente ola de atentados y violencia callejera instalaban en el horizonte un enfrentamiento con costos sociales inevitables. Frente a este cuadro, los socialistas optaron por la articulación de un masivo movimiento de clase que sirviera como base de sustentación social al Gobierno, permitiéndole prescindir de los sectores medios, responder a nuevas tentativas sediciosas, seguir avanzando en el cumplimiento del programa y asegurar la irreversibilidad del proceso.

Sin hablar directamente de un poder paralelo, la intención de multiplicar los comandos comunales obedeció a la necesidad de crear una capacidad administrativa, económica y política independiente del Estado y de las formas “burguesas” de administración pública, comercio, producción y gestión empresarial. Lo anterior significaba promover el desarrollo de lógicas y prácticas socialistas —economía planificada, horizontalidad administrativa y autogestión territorial— para crear en los hechos las bases de un nuevo poder, capaz de reemplazar y prescindir del formalismo del Estado y las orientaciones políticas de la UP. Indudablemente, esta política fue también un intento por recuperar en alguna medida el control político de un movimiento cuyo “espontaneísmo” desbordaba con creces a las organizaciones de masas y directivas políticas de la UP.

La orientación hacia el movimiento social organizado y el desarrollo del poder popular relevaron la importancia del área de propiedad social, las organizaciones de base y las actividades industriales y agrícolas controladas

---

<sup>815</sup> “Crear desde ahora mismo las bases del poder obrero”, *Boletín del Comité Central del PS* 29, primera quincena de diciembre de 1972, 12.

autónomamente por los trabajadores. Estas formas de poder tenían su expresión más notable en el área de propiedad social, orientada a cumplir con los objetivos antimonopólicos y antimperialistas del gobierno mediante la requisición de empresas estratégicas y la nacionalización de los recursos naturales. Este sector de la economía era, por sus características y objetivos, cualitativamente distinta en su administración y desarrollo a las viejas empresas estatales, destacando el sistema de autogestión y planificación desde la base como factores esenciales para el desarrollo de las metas “socialistas” del gobierno.

En este contexto se desarrolló durante noviembre de 1972 el encuentro de trabajadores del APS. En su discurso inaugural, el presidente de la CORFO, ex ministro de Hacienda y militante socialista Pedro Vuskovic insistió en los factores cualitativos y los alcances políticos de este sector económico, bajo control obrero e inspirado en criterios distintos a los de la vieja propiedad estatal capitalista. En palabras de Vuskovic, el área social es “la avanzada en la transformación socialista de la economía chilena”,<sup>816</sup> destacando la importancia productiva del sector, pero también, el desarrollo de toda una “cultura proletaria” surgida por la iniciativa obrera al alero de la nueva propiedad. Obras de teatro, la publicación de novelas y poemarios obreros, funciones ambulantes de cine y la organización de conjuntos folclóricos en los lugares de trabajo también resultaban expresiones ejemplificadoras de este nuevo tipo de protagonismo popular empujado por el Gobierno. No obstante, el aspecto más destacado fue la respuesta de este sector a los problemas surgidos con la paralización gremial de octubre. Durante la movilización el área social habría demostrado la potencialidad de los trabajadores, quienes por encima de las trabas administrativas y técnicas “se hicieron cargo y fueron capaces de mantener el funcionamiento de la economía chilena”.<sup>817</sup>

Las FF. AA. cumplieron con su rol constitucional en las zonas de emergencia, siendo incluidas al gabinete durante la crisis con el fin explícito de afianzar la autoridad, el orden público y agregar un elemento “jurídicamente neutral” al Gobierno. Pese a que los institutos armados sostuvieron su subordinación a la autoridad legalmente constituida, también es cierto que abundaban los rumores golpistas y que eran frecuentes las interpelaciones políticas a la oficialidad. En este sentido, la inclusión de los militares al gabinete reforzó el discurso constitucionalista y legalista, sin embargo, los objetivos del PS en el Gobierno no variaron. Según Carlos Altamirano, la inclusión de las FF. AA. debía ser “un instrumento que,

---

<sup>816</sup> Pedro Vuskovic, “Las empresas del área social deben ser expresión del poder del pueblo”, *Las Noticias de Última Hora*, 22 de noviembre de 1972.

<sup>817</sup> Pedro Vuskovic “Superar viejas estructuras”, *Las Noticias de Última Hora*, 23 de noviembre de 1972.

sumado al potencial de combate del proletariado, asegure la continuidad y profundización del proceso revolucionario”.<sup>818</sup>

La presencia de oficiales en el gabinete, incluido el comandante en jefe del Ejército Carlos Prats, daba nuevas proyecciones al enfrentamiento social en los espacios institucionales. En este sentido, Walterio Fierro, destacó como la agudización del enfrentamiento entre clases había roto el normal funcionamiento de los poderes del Estado en torno a intereses sociales e ideológicos enfrentados. Ante este cuadro, las FF. AA. cumplirían una función de puente entre el campo de la legalidad manejado por el movimiento popular —el Ejecutivo, el aparato administrativo y la naciente área social— y el campo institucional controlado por la burguesía —el Parlamento, el Poder Judicial y la Contraloría—, determinando “los límites dentro de los cuales podrá moverse la acción administradora y de gobierno”.

Y agrega: Serán ellas —las FF. AA.— las que concederán la fuerza pública que permita el cumplimiento oportuno de las decisiones de los tribunales, sea cual fuere el contenido, más o menos político (o de clase), de tales decisiones. En la medida que las Fuerzas Armadas se han identificado con su condición respetuosa de la legalidad y la institucionalidad, y en la medida, también, que esta institucionalidad y legalidad ha pasado a ocupar, una vez más, el primer plano de la confrontación de clases, recibirán ellas la presión creciente de la burguesía y el imperialismo por restaurar su dominio perdido, y de las masas por avanzar resueltamente en las transformaciones revolucionarias. A fin de cuentas, será la lucha de masas, entonces, el factor decisivo que permitirá endilgar, más temprano o más tarde, el proceso revolucionario nuestro por el sendero más recto hacia el socialismo.<sup>819</sup>

Afianzado el carácter “legal” del Gobierno con la presencia militar en el gabinete, las divergencias al interior de la izquierda tomaron un renovado protagonismo frente a las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. El paro evidenció que comunistas y socialistas insistirían hasta el final en sus concepciones estratégicas, agudizando el debate entre las opciones de consolidar el Gobierno o profundizar el socialismo. La opción promovida por el PC consistía en delimitar el área social de la economía y fortalecer la producción ya nacionalizada, corregir los errores de dirección y

---

<sup>818</sup> Carlos Altamirano, “Drástico castigo contra los responsables del intento golpista”, *Las Noticias de Última Hora*, 8 de noviembre de 1972.

<sup>819</sup> Walterio Fierro, “La lucha de clases y el campo de la legalidad”, *Las Noticias de Última Hora*, 20 de noviembre de 1972.

persistir en atraer a los sectores de clase media para lograr la formación de una mayoría social favorable a los cambios. Mientras que el PS insistió en su concepción estratégica de terminar con el dominio del imperialismo, los monopolios, el latifundio e iniciar la construcción del régimen socialista. En la práctica, avanzar al socialismo significaba extender el área de propiedad social y liquidar inmediatamente el latifundio, pero también, incluir definitivamente a las masas con la perspectiva de construir “por debajo y encima de esta institucionalidad caduca” una “organizada movilización de masas, con la perspectiva de constituir un auténtico poder popular que sirva de respaldo al gobierno revolucionario de Salvador Allende”.<sup>820</sup>

En una carta dirigida al Secretario General del PC, Carlos Altamirano insistió en el papel protagónico de la clase obrera, señalando que la posición del PS rechazaba todo entendimiento con los grupos sociales antagónicos y cualquier transacción que signifique afectar el ritmo ascendente de la lucha revolucionaria de las masas. El Secretario General socialista señaló la necesidad de “abrir paso a una nueva institucionalidad”, capaz de impulsar las transformaciones revolucionarias que el Estado burgués capitalista se había demostrado impotente de realizar. Para Altamirano, “el gobierno de la UP solo tendrá sentido revolucionario en la medida que deje de apoyarse exclusivamente en dicha institucionalidad”, volviendo imperativa la constitución de “gérmenes del poder obrero”. En este sentido, “la participación e intervención directa de los trabajadores debe constituir el pilar fundamental para hacer irreversible el proceso, sentar las bases del poder popular, cambiar las relaciones de producción, iniciar la planificación socialista y educar política, técnica y administrativamente a las masas”.<sup>821</sup>

Para Altamirano, los trabajadores debían “vanguardizar” a otros sectores de masas, dirigiéndolos por sobre los obstáculos de la legalidad burguesa que entrampaban la marcha del proceso. En consecuencia, el PS propuso la creación de organismos independientes al poder constituido, que “nacen no dependientes del gobierno como tampoco en contra del gobierno, toda vez que ellos nacen para ayudar el proceso revolucionario, y el gobierno constituye hoy una palanca fundamental que impulsa ese proceso”.<sup>822</sup> Las definiciones en torno a un poder popular independiente y la prioridad por una estrategia de masas rompían con el esquema de poder planteado por Allende y el PC, en el que el movimiento de masas estaba delimitado principalmente a las empresas nacionalizadas y las organizaciones afectas al Gobierno. Sin embargo, las definiciones favorables al desborde institucional y al ejercicio informal del poder no

---

<sup>820</sup> Carlos Altamirano, “Una batalla más en esta gran guerra de clases”, *Boletín del Comité Central del PS* 32, febrero de 1973, 8.

<sup>821</sup> “El PS contesta a los compañeros del PC”, *ibid.*, 21.

<sup>822</sup> *Ibid.*, 22.

fueron posiciones excluyentes del PS. Después de octubre, el MAPU y la IC radicalizaron sus lecturas y vivieron sus propias discrepancias con el Gobierno, mostrándose favorables a la tesis de desbordar la institucionalidad mediante la configuración de un poder popular independiente. Lo propio hizo el MIR, que apoyó explícitamente a los candidatos del PS y la IC al Parlamento ante la convergencia de opiniones respecto al poder popular.

Los resultados de la elección, aunque favorables para el oficialismo que subió su representación parlamentaria, mantuvieron el cuadro general de la crisis y significaron el fin de la presencia militar en el gabinete. El 44,23 % obtenido por la UP seguía siendo insuficiente para destrabar el tránsito legislativo del Gobierno sin recurrir al PDC, mientras que el 55,49 % obtenido por la Confederación de la Democracia (CODE) seguía siendo insuficiente para destituir desde el Parlamento al presidente Allende. El PS, que pasó de 14 a 28 diputados y eligió a sus cinco senadores obtuvo menos votos que en las elecciones municipales, sin embargo, logró afirmarse como la primera fuerza de izquierda en el Parlamento y las más votada de la UP con un 18,37 %. Comentando las elecciones, Altamirano destacó que los resultados cerraban el camino electoral a la derecha para derrocar al Gobierno desde el Parlamento, por lo que se esperaba un aumento de la beligerancia y la acción sediciosa. Lo anterior, dejaba intacto el objetivo de cumplir el programa, la tarea de crear el poder obrero y abrir el paso a una nueva institucionalidad.<sup>823</sup>

Las resoluciones del pleno de marzo abordaron el cuadro político después de las elecciones y profundizaron las posiciones respecto del poder popular, explicitando la radicalizada posición socialista frente al Gobierno. Aduciendo la necesidad de defender el proceso revolucionario, el PS se abrió explícitamente hacia las organizaciones paraestatales y clasistas, señalando que el mejor camino para consolidar al Gobierno y defender sus conquistas era superar la fase democrático-burguesa iniciada por la UP e impulsar las tareas socialistas desde el movimiento de masas y el aparato administrativo. Considerando la experiencia de octubre, la propuesta fue “encontrar la adecuada correspondencia entre el uso del poder de gobierno y de la fuerza de las masas” y el “desarrollo acelerado de todas las formas de poder popular”, planteando que la participación de estas organizaciones “aseguran el desarrollo del poder popular alternativo a la institucionalidad burguesa pero no al gobierno. Sin depender del gobierno, el poder popular surgido desde la base lo complementa”.<sup>824</sup>

En este aspecto, el desarrollo del poder popular fue orientado principalmente al control y dirección independiente de las actividades

---

<sup>823</sup> “Entre la espada y la pared los que buscan la guerra”, *Posición* 41, 22 de marzo de 1973.

<sup>824</sup> “Resolución política del pleno del Partido Socialista”, *Posición* 44, 7 de abril de 1973.

económicas y productivas en manos del Estado, con miras a “ejercer plenamente el poder de decisión política que hoy radica en los mecanismos de la institucionalidad burguesa”.<sup>825</sup> El 19 de abril de 1973 el Partido Socialista celebró sus 40 años de vida en la política chilena con un acto masivo en el Estadio Nacional y una reunión solemne de su Comité Central en el Teatro Municipal de Santiago. Los discursos dieron cuenta del ambiente radicalizado, la vigencia de las perspectivas de vanguardia y las tareas de masas. En esta línea, el discurso de Adonis Sepúlveda fue expresivo de las expectativas sobre la resolución del proceso revolucionario al señalar que, cerradas las opciones parlamentarias y derrotado el paro patronal de octubre, la burguesía preparaba una nueva arremetida que clausuraba las perspectivas pacíficas para la resolución del conflicto social en curso. En este contexto:

La única política correcta está basada en radicalizar la lucha de clases; comprometer a los demás partidos de la Unidad Popular con la política de nuestro partido; producir en los hechos la dirección socialista del proceso; darle al área de propiedad social un carácter dominante en la ciudad y en el campo; transformar la participación en organización, administración, gestión y dirección de los trabajadores tanto de las unidades productivas como del Gobierno y, consecuentemente, del poder; poner a la altura de las circunstancias al Partido Socialista fortaleciendo su lucha ideológica y estratégica de Frente de Trabajadores, como una herramienta de ruptura de la actual formación social y económica y de la captura del poder popular revolucionario sobre la base de la aplicación profunda del programa de la UP, que inevitablemente nos llevara al socialismo.<sup>826</sup>

El cuadro de crisis institucional, bloqueo parlamentario y la emergencia de nuevas huelgas en el sector minero instalaron en el PS la perspectiva de un enfrentamiento decisivo contra la burguesía y el imperialismo, abriendo una nueva etapa de la lucha de clases en torno a la dicotomía “socialismo o fascismo”. En el periodo posterior a las elecciones de marzo, la acción opositora insistió en llamar a huelgas y a acusar la ilegalidad del Gobierno desde Parlamento. Mientras que la Contraloría se declaró incompetente para destrabar el conflicto entre poderes surgido a propósito del proyecto de reforma constitucional presentado por la DC,

---

<sup>825</sup> *Idem.*

<sup>826</sup> Adonis Sepúlveda, “El Partido ha sido y es venero de las inquietudes y ansias revolucionarias de las generaciones de ayer y de hoy”, *Boletín del Comité Central del PS* 34, abril de 1973.

sumando un nuevo revés institucional para el Gobierno y su estrategia legalista. En este contexto, se instalaron con fuerza en la UP el discurso contra la guerra civil, el compromiso irrestricto con el programa y la perspectiva de la movilización masiva para hacer frente a una inminente insurrección contra Allende. Además, la difícil situación institucional y el fracaso de los canales legales para dirimir el conflicto instalaron a las FF. AA. como un contingente político clave para decidir el proceso en favor del Gobierno o la oposición.

La salida de las FF. AA. del gabinete inició un deterioro de las relaciones entre el Gobierno y los institutos armados. La oficialidad insistió que su presencia en las labores ministeriales socavaba el principio de unidad y disciplina interna, cuestión que fue considerada por Allende para no insistir en el nombramiento de militares al gabinete. Las FF. AA. se instalaron como un contingente político en disputa que fue convocado desde la oposición, que acusó la existencia de grupos armados nucleados en torno a las organizaciones de masas afectas a la UP, y también desde el Gobierno y sus partidos, que insistieron en el rol constitucional y el origen popular de los uniformados.<sup>827</sup> El 29 de junio de 1973 el regimiento blindado N.º 2 dirigido por el Teniente Coronel Roberto Souper intentó tomar el palacio de La Moneda. El ataque fue instigado por miembros de Patria y Libertad con la pretensión de sumar a otros sectores disconformes de las FF. AA. en la tarea de derribar al Gobierno. El ataque, que fue repelido por el General Prats y motivó la petición de estado de sitio por parte del Ejecutivo, terminó por confirmar para el PS la ruptura total del Estado de derecho y del régimen burgués.

Carlos Altamirano acusó que el frustrado golpe fue agitado por la oposición desde el Parlamento y el Poder Judicial, dejando a la institucionalidad burguesa irremediabilmente dañada con el fin de derribar al Gobierno de Allende. Refiriéndose a los cursos de acción después del *Tanquetazo*, Altamirano pidió al Gobierno actuar sin contemplaciones con los responsables del movimiento y señaló la “obligación de atenderse a la nueva legalidad surgida como producto genuino de las profundas transformaciones sociales y económicas del país, y como fruto forzado de la conducta ilegítima y sediciosa de los grupos reaccionarios”.<sup>828</sup> Después de la asonada el enfrentamiento se tomó la lógica del partido, el que asumió una posición beligerante frente a la oposición, acusándola de buscar la ilegalidad del Gobierno desde el Parlamento e intentar que las FF. AA. interviniesen en favor de los intereses burgueses y en contra de Allende. Después del 29 de junio la vía institucional fue totalmente descartada en el discurso

---

<sup>827</sup> Garretón y Moulian, *op. cit.*, 135-144 y Valenzuela, *op. cit.*, 137-173.

<sup>828</sup> Carlos Altamirano, “Deberes y derechos del pueblo chileno en la hora actual”, *Boletín del Comité Central del PS* 36-37, junio-julio 1973, 4.

socialista, que a llamó a consolidar el proceso de facto apoyado en las organizaciones de masas. En una posición completamente opuesta, el propio Allende se encargó en insistir en el carácter del Gobierno al señalar que el proceso chileno

Tiene que marchar por los cauces propios de nuestra historia, nuestra institucionalidad, nuestras características, y por lo tanto el pueblo debe comprender que yo tengo que mantenerme leal a lo que he dicho, haremos los cambios revolucionarios en pluralismo, democracia y libertad, lo cual no significa ni significará tolerancia con los anti demócratas, tolerancia con los subversivos y tolerancia con los fascistas.<sup>829</sup>

La invocación en el Congreso de la ley de control de armas y el allanamiento de empresas ocupadas, locales de la CUT y hasta el Cementerio Metropolitano por parte de personal militar fue leída por el PS como la preparación de las condiciones que desencadenarían la guerra civil mediante el enfrentamiento de las FF. AA. con los obreros. Ante la amenaza, el deber de la clase trabajadora en su conjunto era no permitir “por motivo alguno, la vuelta atrás en la historia de la patria”.<sup>830</sup> La evidente fractura de las fuerzas militares y el rechazo del Parlamento al estado de sitio solicitado por el Gobierno terminaron de transformar las percepciones respecto de las FF. AA. y la oposición, y mientras el Partido Nacional declaró que los institutos armados no estaban obligadas a obedecer un Gobierno ilegítimo e inconstitucional, los socialistas llamaron abiertamente a la desobediencia de los suboficiales y soldados ante a una próxima intentona golpista: “no solo tienen el deber de negarse a acatar órdenes que signifiquen disparar contra el pueblo o participar en aventuras golpistas contra el Gobierno de los Trabajadores —sus hermanos de clase—, sino de oponerse activamente. Estamos seguros de que este criterio patriótico, nacional y revolucionario, prevalecerá”.<sup>831</sup>

Durante los tres años de Gobierno de la Unidad Popular el Partido Socialista paso de la vía institucional a intentar el desborde de ese camino, motivado por la crítica situación parlamentaria y el bloqueo de la acción del ejecutivo. Desde la perspectiva del PS, la vía chilena al socialismo había demostrado desde temprano que la sola acción institucional no bastaba, y

---

<sup>829</sup> “Palabras pronunciadas por el presidente de la República, Compañero Salvador Allende Gossens ante el pueblo reunido en la plaza de la constitución, 29 de junio de 1973”, *Textos de Salvador Allende (1973)*, Biblioteca Clodomiro Almeyda, 2016, 425.

<sup>830</sup> “Repulsa socialista a toda acción tendiente a desencadenar una guerra civil”, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados. Sesión 21*, 24 de julio de 1973.

<sup>831</sup> Carlos Altamirano, “Discurso a los trabajadores de los cordones industriales”, Farías (ed.), *op. cit.*, 4805.



que el problema del poder no pasaba exclusivamente por el control del Estado. El 4 de septiembre de 1970 había comenzado la revolución chilena y la construcción de un régimen completamente nuevo que se disponía, desde las lecturas del PS, a afectar un conjunto de intereses que hacían del enfrentamiento y el conflicto una situación inevitable. El éxito del Gobierno de la Unidad Popular pasaba por asegurar en el menor tiempo posible las transformaciones que hicieran de la revolución chilena un hecho consumado e irreversible. Sin embargo, la unidad de la oposición y su manifestación de masas durante el paro gremial de octubre de 1972 significaron un quiebre en la estrategia y también en las posiciones del partido. La cada vez más entrampada acción institucional, si bien necesaria y útil, demostró no ser suficiente por sí misma para afianzar el cambio revolucionario, instalando la necesidad política de desbordarla desde el movimiento de masas, levantado en brazo ejecutivo de las transformaciones incapaces de ser impulsadas desde la institucionalidad.

Uno de los problemas fundamentales planteados por el proceso chileno fue la diferenciación constante entre el control del aparato administrativo y la toma efectiva del poder político, haciendo del Gobierno una conquista necesaria pero insuficiente por sí misma para impulsar el cambio revolucionario. La Unidad Popular abrió un proceso de construcción socialista que se propuso crear nuevas formas de participación obrera y democracia avanzada que fueron rápidamente superadas por el movimiento popular. Ante los choques de las organizaciones de masas con los límites burocráticos y legales, el PS insistió en desbordar los escollos institucionales mediante la acción directa y la organización independiente, configurando una tensión permanente entre el PS y las demás fuerzas del Gobierno. El progresivo bloqueo de la acción institucional desde el Parlamento y los Tribunales demostró que el control del Estado no implicaba la toma del poder, escalando el desprecio socialista por la institucionalidad burguesa hasta su rechazo total como medio para impulsar transformaciones estructurales. Por esta razón, la política del partido se planteó la necesidad de crear condiciones que permitiesen la transformación radical y revolucionaria del orden socioeconómico nacional, pasando por medidas concretas como la organización popular independiente y la expansión del área de propiedad social a través de nuevas empresas controladas por sus trabajadores “de facto” y sin mediar decreto alguno. La radicalización del PS durante los años de la Unidad Popular fue el abandono paulatino de la posición estratégica de la alianza para actuar desde las premisas del Frente de Trabajadores y bajo el esquema de la revolución en el Tercer Mundo, propiciando la movilización popular como elemento dinamizador de los resortes otorgados por la institucionalidad vigente para cumplir con las tareas de la “revolución burguesa” y de la revolución socialista simultáneamente

Finalmente, los militares no se volcaron al proceso revolucionario ni los soldados de tropa desobedecieron sus mandos, tampoco se verificó la insurrección de los comandos comunales ni el funcionamiento del poder obrero. El Frente de Trabajadores y la revolución chilena habían fracasado. El 11 de septiembre de 1973, con 41 años de diferencia, los aviones volvieron a marcar el destino del socialismo. Esta vez las naves no eran rojas ni lanzaban panfletos llamando a la redención social, en cambio, anunciaban el fin —y el horror— del socialismo chileno hasta ese momento.

## A modo de conclusión: clasistas, antiimperialistas y revolucionarios

### I

Hasta aquí se ha revisado un proceso marcado por las divergencias, los debates, los desencuentros y sobre todo por la contingencia. Un proceso de definiciones largo, cuyo número de intervinientes y tópicos lo vuelven polémico, conceptual y teóricamente denso, pero de una riqueza política atípica y digna de relevar. Hablar del Partido Socialista, y en general, hablar de *socialismo* implica escarbar en un tópico de por sí complejo, con una larga trayectoria de interpretaciones vinculadas con la tradición republicana y progresista del siglo XIX y que mutaron hasta adquirir dimensiones insurreccionales, anticapitalistas y antiliberales orientadas a la construcción de una democracia de nuevo tipo. En síntesis, es hablar de una teoría política compleja que propone instituciones, ordenes sociales, formas de convivencia social y política en constante cambio, e inspiradas en experiencias tan disímiles como los socialismos reales, procesos nacional-desarrollistas y distintos gobiernos progresistas del siglo XX.

La fundación del Partido Socialista fue un momento de institucionalización y asimilación política para una parte de las distintas tendencias y sentidos comunes de orientación *socialista* existentes en el Chile de las primeras décadas del siglo XX. Los valores de la revolución del 4 de junio de 1932 lograron convocar a sectores provenientes de diversas tradiciones políticas y distintos grupos sociales. Anarquistas, socialistas de Estado, trotskistas provenientes de las organizaciones universitarias, los gremios profesionales y el mundo obrero convergieron en el nuevo partido, configurando una organización de discursos y sentidos políticos diversos. En el PS confluyeron un conjunto de reivindicaciones estatistas que veían en la transformación del Estado y el desarrollo económico nacional el principio de una nueva política redistributiva. También lo hicieron tendencias abiertamente revolucionarias, para las que la idea socialista incluía una profunda crítica a lo existente y una visión radical respecto de los cambios a impulsar en la sociedad chilena.

El PS fue un partido de humores, lenguajes, improntas y estilos de conducción ambivalentes que se transformaron en el sello distintivo de la organización. La acusación permanente de las directivas, la reclamación “recuperacionista” sostenida y la constante crítica generacional fueron elementos que también contribuyeron a la configuración del debate y a dar forma a las polémicas internas. Esta es una característica fundamental para explicar la zigzagueante trayectoria del partido y el pensamiento político

socialista. Las divisiones de la organización y las episódicas divergencias con el PC denotaron la convivencia de dos opciones políticas para comprender el proceso de transformaciones y los principios socialistas. En lo organizativo, esta divergencia se expresó en sucesivos enfrentamientos por el control del partido y en la expresión fraccional de los antagonismos internos, mientras que en lo intelectual el desacuerdo se materializó a través de una diversidad de lenguajes, discursos y marcos interpretativos sobre los más diversos asuntos de la realidad nacional e internacional del periodo.

Los momentos de colaboración ministerial tendieron a polarizar el debate entre las tendencias, produciendo escisiones y forzando definiciones de alcance ideológico, estratégico y político. El FT nace de la interpretación crítica de la experiencia acumulada, y particularmente, del balance negativo sobre la participación en los Gobiernos del Frente Popular y Carlos Ibáñez del Campo. La adopción de esta estrategia fue un momento de definiciones que cambió la fisonomía del debate político socialista, dejando zanjadas algunas cuestiones de importancia como la naturaleza de la revolución, la dinámica de las clases sociales y la política de alianzas a impulsar. No obstante, el debate respecto de las elecciones y sobre la pertinencia de impulsar nuevas formas de movilización social siguió vigente, llegando a su punto álgido durante la década de 1960. Como se demostró, estas definiciones dotaron de sentido a la política partidaria, definieron sus alternativas e inspiraron a los disidentes, superando las meras abstracciones y los ejercicios academicistas. Si bien estos últimos no estuvieron ausentes, se desarrollaron como respuesta a las cambiantes condiciones políticas nacionales e internacionales y obedecieron a las distintas configuraciones del debate interno.

Justamente, del encuentro entre doctrina, ideología y práctica política contingente es que la trayectoria del PS se vuelve novedosa y particular, configurando distintas etapas que obedecen tanto a las lógicas del partido como a las ideas y transformaciones del proceso político del periodo. En este aspecto, sería imposible hablar del desarrollo de las tesis que postulan la impotencia de la burguesía para realizar transformaciones revolucionarias sin comprender la crisis partidaria de la década de 1940 y la participación en gobiernos de coalición; del mismo modo, no podría comprenderse el proceso de radicalización si no se considera el factor de la Democracia Cristiana o se reconoce el influjo de las revoluciones del Tercer Mundo. El proyecto socialista, sus principios estratégicos e ideológicos, y las distintas tesis políticas cambiaron junto con las lecturas sobre la realidad nacional e internacional, volviéndose un proceso contingente y en construcción permanente. Ilustrativo de este punto fue la tensión entre las posiciones “revolucionarias” y las distintas directivas socialistas. El PS, insertó en el sistema político institucional desde su fundación, tuvo la intención de copar los espacios del Estado y utilizar la institucionalidad democrática, generando un debate ininterrumpido respecto de la “verdadera” vocación

transformadora de un partido que pese a su rupturismo discursivo siempre estuvo dispuesto a seguir los tiempos de la política formal, las coaliciones y la labor parlamentaria.

Las distintas discusiones de fondo y las coyunturas críticas aparecen como momentos claves en los que se definen cursos de acción y discuten los principios orientadores del partido. En este sentido, el disenso fue el principal motor del rico debate interno, otorgando a la trayectoria socialista contornos amplios y una voz propia sobre una diversidad importante de tópicos que en este trabajo son apenas mencionados u omitidos. La pretensión revolucionaria alimentó la imaginación política de los intelectuales y técnicos socialistas, que no solo abordaron el sentido clasista y antiimperialista de la política del PS, innovando en aspectos diversos como el arte, la economía, las organizaciones sociales y la administración del Estado. El discurso abierto a las experiencias internacionales también extendió los horizontes referenciales de la militancia socialista, haciendo eco de los debates internacionales más álgidos del periodo e importando discursos y modelos de acción política que repercutieron sobre el PS y toda la izquierda chilena.

Sin embargo, es posible esbozar, como se ha pretendido hasta ahora, la trayectoria del socialismo chileno en torno a tres conceptos claves que permiten ordenar parte importante de los debates políticos aquí abordados: clase, antiimperialismo y revolución. El desenvolvimiento de la reflexión política del PS permite distinguir las tensiones y transformaciones semánticas de estos conceptos, los cuales delinearón las dinámicas más importantes del debate interno. Lejos de ser estáticas, las ideas sobre la revolución, el antiimperialismo y la dinámica de las clases sociales fueron repetidamente debatidas, configurando distintos discursos y vocabularios políticos que respondieron tanto a las condiciones del desarrollo político-social chileno como al latinoamericano. Los socialistas jamás lograron un acuerdo unánime o una línea hegemónica que lograra acallar las voces críticas, es más, el PS adoleció durante prácticamente todo el periodo aquí abordado del faccionalismo, el ejercicio autoritario de las labores directivas y la indisciplina organizativa, elementos que se expresaron también en el campo de la reflexión política.

## II

La reflexión en torno al “contenido de clase” de la política socialista abarca tanto a la composición social del partido como al sujeto político a emancipar en sus formulaciones teóricas. En sus inicios, el PS reivindicó su rol como vanguardia de los trabajadores “manuales e intelectuales” relevando su posición privilegiada entre obreros, profesionales y empleados. Estas características lo llevaron a presentarse como un partido de nuevo tipo para la política nacional, arrojándose la representación del

conjunto de sectores explotados y comprometiendo los intereses de la clase obrera con los de una emergente clase media. El PS consolidó una alternativa política revolucionaria y socialmente más amplia que el obrerismo propuesto por el PC que resultó llamativa para un sector importante de las izquierdas del periodo. La convocatoria socialista al conjunto de los trabajadores y sectores explotados entendía que los profesionales, empleados e incluso pequeños comerciantes dependían exclusivamente de su trabajo y, por lo tanto, vivían una realidad de explotación en muchos casos compartida con el proletariado.

Una de las propuestas más importantes del Frente Popular fue promover la integración de los sectores medios y populares, lo cual fue particularmente exacerbado por el PS durante la campaña presidencial. Con la llegada al Gobierno y la consecuente institucionalización del partido no tardaron en aparecer las primeras críticas “clasistas”, las cuales apuntaron tanto a los orígenes sociales de la nueva militancia como a los objetivos políticos perseguidos por el partido en el Gobierno. La proliferación de militantes asociados a los cargos públicos motivó algunas de las críticas más enconadas entre los sectores “obreristas” del PS, quienes advirtieron en este tipo de militantes una de las causas para explicar la burocratización y el extravío de los principios revolucionarios. Por este motivo, buena parte del debate registrado durante la primera mitad de la década de 1940 obedeció a diferentes interpretaciones respecto de la necesidad de llevar adelante una política con “contenido de clase”. La articulación de la facción “inconformista” y su posterior escisión en el PST fue en principio un desacuerdo respecto de la actitud del PS frente al Gobierno, pero también un desencuentro notable respecto de los sectores sociales a representar y del rol de la clase obrera organizada en la política socialista.

La consolidación del marxismo como principio orientador de la organización después de 1947 transformó el debate respecto de *La Clase*. La interpretación y lectura del marxismo-leninismo en el PSP no fue para nada dogmática, sin embargo, no se alejó radicalmente de los esquemas generales con los que la izquierda revolucionaria del periodo entendía la lucha de clases. La consolidación de estas posiciones y la articulación del FT en la década de 1950 fue un momento en que los trabajadores “manuales e intelectuales” comenzaron a dar paso a “la clase obrera organizada” como entes políticos más importantes de la política socialista, sin que el partido dejase de utilizar con frecuencia la idea de una Revolución Democrática de Trabajadores Manuales e Intelectuales para referirse discursivamente a sus metas programáticas. Lo cierto es que la reinterpretación del contenido de clase relevó el papel del movimiento sindical en la estrategia de poder del socialismo, pero también subordinó la acción de los sectores medios y burgueses progresistas a la organización de un “frente comandado por la clase obrera”.

El antiimperialismo, termino ampliamente utilizado desde distintas matrices discursivas y no exclusivo de una doctrina política en particular, fue el concepto que sufrió mayores cambios en el desarrollo de esta trayectoria. Durante los años fundacionales las distintas tendencias se valieron del influjo aprista y del lenguaje indoamericano para resaltar la comunidad de orígenes y propósitos entre los países de Indoamérica. Además, esta posición incluyó una actitud crítica a las ideologías foráneas, las que fueron asimiladas en función de su pertinencia interpretativa para el proceso político nacional y continental. El PS también desarrolló una crítica permanente a los espacios de coordinación política internacional y se opuso a la importación “mecánica” de las teorías políticas extranjeras, no obstante, fue una organización receptiva de distintas corrientes intelectuales, tradiciones y modelos políticos revolucionarios y progresistas con sentido nacional y antiimperialista del periodo.

Durante la década de 1940 PS participó y protagonizó distintos encuentros del socialismo latinoamericano que proclamaron la unidad económica y política del continente como principio antiimperialista común y fundamental. Con el inicio de la guerra en Europa estas organizaciones modificaron sus posiciones antiimperialistas y morigeraron el discurso antinorteamericano, promoviendo el acercamiento estratégico a los Estados Unidos durante todo el periodo que duró el conflicto. Entre 1930 y 1945 distintas ideas de izquierda no comunista circularon con libertad en los medios partidarios, compartiendo el rechazo a la política internacional del Partido Comunista de la Unión Soviética y a toda instancia de coordinación política centralizada que no fuese latinoamericana. Finalizada la guerra, el PS fue receptivo a los cambios y transformaciones del escenario internacional diversificando aún más los discursos y las posiciones antiimperialistas que convivieron en la organización.

Durante la posguerra la reflexión antiimperialista tomó un nuevo sentido, que vinculó el programa de emancipación americana al resto de territorios en lucha por su independencia nacional en todo el mundo. El discurso antiimperialista mundializó los horizontes de la reflexión partidaria, que comenzó a mirar las instancias políticas “no comprometidas” con los bloques de la Guerra Fría y distintas experiencias de liberación nacional, que sin necesariamente adscribir al socialismo, representaron los valores antioligárquicos, antiimperialistas y revolucionarios que interesaban al PS.

Durante la primera mitad de 1950 el PSP sostuvo intercambios con experiencias políticas como el Gobierno del Movimiento Nacional Revolucionario boliviano y la Yugoslavia socialista de Tito, y miró atentamente los procesos de liberación nacional en todo el mundo. Figuras como Oscar Waiss, Julio Cesar Jobet y Clodomiro Almeyda contribuyeron a vincular el proyecto de emancipación latinoamericana con las nuevas dinámicas globales del fenómeno imperialista, renovando el discurso

antianqui y la sospecha a la política internacional soviética. Los socialistas adscribieron a la diplomacia de la tercera posición y se manifestaron contrarios a la política de bloques propia de la Guerra Fría, realizando una nueva caracterización sobre la realidad política y social del continente desde el esquema de la revolución en los países militarmente débiles y económicamente dependientes del Tercer Mundo. Esta adscripción importó un esquema sobre la revolución aplicable a la realidad chilena y latinoamericana, que rechazó las visiones etapistas de la revolución democrático-burguesa y desestimó la validez de las tesis de la vía pacífica.

El punto culmine de la política antiimperialista y tercermundista fue la participación del PS en la Conferencia Tricontinental y la Organización Latinoamericana de la Solidaridad (OLAS). En términos continentales la OLAS consolidó el liderazgo simbólico cubano sobre las izquierdas revolucionarias del continente, proceso que en Chile vivieron el PS y los sectores de a la izquierda del FRAP. La organización de “un estado mayor conjunto de la revolución latinoamericana” fue la materialización de un viejo anhelo socialista: coordinar los esfuerzos revolucionarios nacionales en pro de un proyecto continental. Las definiciones continentales implicaron transformaciones organizativas, estratégicas y discursivas que alinearon al PS con los valores insurreccionales y militares promovidos por La Habana. La definición de estos asuntos tensionó la convivencia del FRAP, que vio tensionadas sus pretensiones electorales por el nuevo discurso radical y militarizado de los socialistas, produciendo una serie de debates e intercambios con el PC sobre las formas de lucha y las vías de acceso al poder.

La revolución fue una expectativa compartida, pero con diversas implicaciones para las corrientes socialistas durante los primeros años. Las tendencias unificadas detrás de Marmaduke Grove insistieron en representar una revolución en marcha iniciada por el propio coronel el 4 de junio de 1932, imprimiendo una impronta novedosa y renovadora al discurso fundacional. La sublevación tomó distancias explícitas del ideal marxista, sin embargo, fue apoyada por un numeroso grupo de tendencias políticas de orígenes y trayectorias diversas. Mientras Grove ligó el proyecto revolucionario a la reforma del Estado y un proyecto redistributivo, desde la calle los grupos socialistas abogaron por la colectivización agraria, la nacionalización de la banca y exigieron armas para defender al Gobierno. Con la fundación del partido en 1933, estas dos opciones y expectativas revolucionarias debieron convivir en una misma organización.

El Frente Popular y la consolidación de una política de colaboración con el Partido Radical y el Partido Comunista instalaron de manera definitiva el problema de la revolución como un punto álgido del debate interno. La elección de Pedro Aguirre Cerda puso en el centro de la discusión las perspectivas revolucionarias de la participación socialista en el Gobierno, aumentando las expectativas entre algunos sectores que



exigieron radicalizar las realizaciones del programa frentista. Sin embargo, las directivas socialistas insistieron en señalar que un Gobierno del frente no era uno de carácter socialista, y que la negociación de puntos comunes con el “burgués” Partido Radical implicaba una postergación de los fines revolucionarios. El inconformismo reivindicó los valores de la revolución apelando al sentido obrerista y socialista de los mismos, cuestión que siguió siendo exigida por sectores disidentes con posterioridad a la salida de los inconformistas.

El socialismo vio enfrentadas sus expectativas sobre la revolución de modo constante, debatiéndose dos opciones respecto de la posibilidad transformadora de la participación socialista en el Gobierno. La intención de los sectores más radicales era fortalecer el papel de las organizaciones de masas en favor del programa, convencidos de que la movilización del movimiento obrero organizado garantizaba que el Frente Popular pudiese derivar en un gobierno transformador y socialista. Los sectores gradualistas, en cambio, estaban de acuerdo en que el cumplimiento del programa de reformas era vital y protestaron cada vez que este fue negociado, sin embargo, no estimaban dadas las condiciones para dar el salto a la “liquidación del régimen”. Para mala suerte de ambos sectores, la política de la directiva privilegio el camino del Ministerio, del que participaron incluso estando “políticamente” fuera del Gobierno, aduciendo que la presencia del PS en el gabinete era una prenda de garantía para el cumplimiento de las medidas más sentidas del programa. Por cierto, el desacuerdo respecto de la participación en el Gobierno así expresado explica en parte el periodo de escisiones y faccionalismo de la década de 1940.

El PSP continuó desarrollando las perspectivas del programa de 1947, su directiva y sus principales ideólogos correspondían al grupo que había impulsado las iniciativas de clarificación y discusión ideológica, incluyendo al senador Eugenio González, encargado de redactar la primera fundamentación teórica y programática de la República Democrática de Trabajadores. La reflexión en torno a la revolución tomó nuevos contornos durante los primeros años de 1950. Tanto el PSP como el PS prestaron atención a acontecimientos continentales y globales, participando de una discusión que sobrepasó los límites nacionales e insertó el problema de la revolución chilena en el proceso global de luchas por la liberación nacional, aportando una rica variedad de discursos y experiencias internacionales al debate partidario.

No obstante, fue el PSP quien adaptó el esquema de la revolución en los países dependientes a la realidad nacional. En Chile, país económicamente subdesarrollado y socialmente retrasado, las transformaciones de la modernización democrático-burguesa debían ser aplicadas a la par de la revolución socialista. Este diagnóstico rechazó el potencial progresista de las oligarquías y burguesías nacionales, acusando

que su ejercicio del poder estaba enfocado a la contención de cualquier transformación mayor que pudiese afectar su rol dominante. Por esta razón, la revolución debía saltar etapas en su desarrollo introduciendo una transformación acelerada donde la modernización económica y social del país debía ser realizada junto con la liquidación del régimen oligárquico, feudal y la dominación imperialista.

La transformación así planteada dejaba aún pendientes cuestiones fundamentales. La estrategia era clara y la posibilidad de la violencia patente, sin embargo, los socialistas no se plantearon la opción insurreccional ni se restaron del juego político institucional, optando en el plano social por acrecentar la influencia del movimiento sindical organizado. En el esquema planteado por el FT, el movimiento sindical y las organizaciones de masas asumían un rol dinamizador del proceso político que se entroncaba con la acción de los partidos populares en el Parlamento y en su lucha por conquistar el poder. En este contexto, el triunfo y la consolidación de la Revolución cubana fueron percibidas como hechos que confirmaban algunas de las tesis revolucionarias y antiimperialistas planteadas por el PS. No obstante, su punto más novedoso fue la introducción del repertorio de la guerrilla y la insurrección armada como opción estratégica fácticamente válida para el proceso político latinoamericano. Para los socialistas, acostumbrados a mirar América Latina como un conjunto, Cuba y su ejemplo demostraron una insurgencia popular latente y los alcances de la violencia imperialista, cambiando el sentido de la reflexión sobre las formas de acción política a partir de ese momento.

La experiencia cubana alimentó las expectativas insurreccionales de un sector importante del partido, mientras que las adscripciones a la Tricontinental instalaron el tópico de la violencia en el proceso revolucionario incluso antes que el congreso de Chillan en 1967, siendo común la opinión positiva sobre los avances y progresos del proceso cubano durante toda la década de 1960. Después de Cuba, la revolución socialista fue planteada en un esquema regional, en el que cada proceso de emancipación nacional quedó ligado al proceso continental de luchas por la liberación. El nuevo escenario de la revolución latinoamericana fue caracterizado por la creciente agresividad de los EE. UU. —agudizada después de la invasión en Playa Girón—, la dependencia política y el subdesarrollo económico, instalando las perspectivas de la violencia en los procesos nacionales ante una eventual agresión imperialista. Esta cuestión fue tratada públicamente en la opinión política nacional, que presionó al PS y al PC a tomar definiciones al respecto.

La estrategia continental replicada en el congreso de 1967 es un buen ejemplo de la dinámica del debate socialista. En Chillan se sancionó como lectura oficial del partido la inminente agresión imperialista y la solidaridad en el plano continental para con todos los movimientos libertadores de

América Latina y el mundo. Replicando el vocabulario militarista e insurreccional de la OLAS, la guerra de liberación apareció en el horizonte como una expectativa válida para el conjunto del proceso continental, del que Chile no fue una excepción. Sin embargo, el movimiento popular chileno se encontraba en una etapa temprana del proceso, que exigía una política de “resistencia activa” en desmedro de una orientación decididamente insurreccional y armada.

La eventualidad de la lucha armada importó un esquema escalonado y militarista para comprender el proceso político continental que concordaba con la propuesta de la OLAS, sancionando que el conflicto armado era inherente a cualquier proceso verdaderamente revolucionario. No obstante, y casi como una reedición de la consigna frentepopulista, las directivas insistieron en que no estaban aún configuradas las condiciones para pasar de la resistencia activa a la guerra de liberación. En cambio, el PS vivió un proceso de endurecimiento discursivo que comenzó a permear todas las instancias con presencia socialista, el verbalismo revolucionario ingresó al Parlamento, la Central Única y alcanzó también a las federaciones estudiantiles. La revolución y el enfrentamiento eran inminentes mientras el movimiento popular continuara en su ascenso político y organizativo. Sin embargo, mientras la vía de las urnas estuviese abierta para conquistar espacios institucionales las elecciones no quedaban descartadas. Más que una nueva forma de entender la revolución en América Latina, Cuba confirmó la posibilidad de su realización bajo el esquema socialista, y más que una preparación militar y belicista, la OLAS importó un esquema para comprender distintas fases e intensidades de la lucha revolucionaria y antiimperialista, que aplicadas al caso de Chile no configuraban —aún— las fases de confrontación más avanzadas.

La radicalización del discurso y las sanciones organizativas del partido después de 1965 fueron en la dirección contraria a la organización real de la izquierda en ese momento. Pese a la radicalización el partido no pudo —ni intento realmente— evitar que la alianza de izquierda se ampliara al PR ni que inclusive se llegase a conversar con sectores de la DC una eventual candidatura presidencial conjunta. El discurso radical, si bien fue polémico y difundido públicamente, siempre estuvo subordinado a los tiempos, lógicas y coyunturas de la política formal. La fase crítica de estos planteamientos dicotómicos fue el Gobierno de Salvador Allende, y pese a que el partido intentó inicialmente imponer sus posiciones por medio de la política formal, la agudización del conflicto institucional y la configuración de un escenario que ponía en riesgo la continuidad del proceso terminaron por radicalizar aún más la política socialista.

La aparente imposibilidad de llevar adelante reformas estructurales por medio de las instituciones instaló en el pensamiento socialista la perspectiva de desbordar la formalidad. La clave era la articulación del poder popular, que en la teoría implicaba la inclusión del movimiento social

organizado y autónomo al proceso revolucionario, y en la práctica, la articulación de las juntas de abastecimiento, seguridad y vigilancia, alentando la ocupación y administración autónoma de fundos y empresas. La violencia y las formas de lucha, tan debatidas antes de 1970, volvían a tomarse el discurso del partido, pero de una manera totalmente distinta a la cubanización de la década anterior. Lejos del imaginario barbudo y verde olivo, el PS sostuvo el enfrentamiento en el plano político, sosteniendo la tradición constitucional de las Fuerzas Armadas cada vez que sus parlamentarios y ministros fueron requeridos por la prensa y el Congreso ante la radicalidad de sus alocuciones públicas.

Esta posición fue sostenida mientras existió alguna posibilidad de avanzar en las reformas por medio de las instituciones, pero en la medida que esta opción fue bloqueada por la oposición y el Ejecutivo quedó enfrentado a prácticamente todos los demás poderes del Estado, el discurso tendió a sostener que la principal tarea de la revolución chilena era la consolidación de facto del proceso. Los problemas en el plano político-institucional renovaron la crítica contra la institucionalidad burguesa, la cual pese a ser importante para el movimiento popular se demostraba insuficiente por sí misma para el éxito de la revolución. La opción institucional fue poco a poco descartada, abogando por la autonomía del movimiento popular y el poder obrero como agentes cruciales para dirimir la crisis revolucionaria en curso. Solo después del paro gremial de octubre de 1972 y sobre todo después del golpe frustrado en julio de 1973, la opción institucional quedó totalmente descartada y el diálogo completamente cerrado. La propuesta fue radicalizar el poder popular y las tomas de fábricas y fundos, lo que no evitó que el Parlamento invocase la ley de control de armas generando allanamientos y las primeras acusaciones sobre vejaciones y malos tratos por parte los ocupantes de los lugares de trabajo.

Las Fuerzas Armadas fueron actores tensionados por los llamados de las fuerzas de Gobierno y oposición. Conforme aumentó la intensidad del conflicto político se instaló a las FF. AA. como los únicos actores capaces de dirimir la crisis, siendo interpelados desde dos interpretaciones de sus obligaciones constitucionales. Mientras la oposición exigió su intervención para poner fin a un gobierno ilegal e inconstitucional, Allende y la UP insistieron en su profesionalismo y subordinación a los poderes constituidos. En el caso del PS la interpelación a los militares tuvo dos niveles, y mientras a los oficiales se le recordó la tradición constitucionalista a la tropa se le llamó a desobedecer y resistir cualquier orden contraria al Gobierno apelando a sus orígenes populares. Pese a todo, los llamados a pasar a las fases superiores de lucha nunca llegaron a materializarse, pese a que finalmente la agresión sucedió tal y cómo lo habían previsto las posiciones continentales.

### III

La cuestión sobre la democracia política en el pensamiento del Partido Socialista es un asunto particularmente interesante. El desprecio sostenido hacia el formalismo institucional y la democracia liberal-representativa fue la razón principal para afirmar que la ideología socialista fue antidemocrática, no muy distinta a la del comunismo soviético, o bien, que su radicalización discursiva y vocación continental lo situaron como una organización insurreccional y de carácter castrista. Si bien el desprecio y la crítica constante del sistema oligárquico primero y burgués después fue una constante del discurso socialista, la reflexión respecto de la democracia difiere de la existente en los partidos comunistas de la época y su comportamiento práctico estuvo lejos de imitar el ejemplo cubano.

Durante la década de 1930 el PS nació proclamando su desprecio total al *status quo*. La corta República Socialista hizo del lenguaje antioligárquico, antipolítico y sobre todo antiinstitucional del grovismo una característica central en el nuevo partido. La reflexión sobre la democracia durante este primer momento se caracterizó por el rechazo a sus instituciones y sus personeros, imprimiendo afanes renovadores y redentores que hicieron del discurso fundacional uno crítico del régimen político, sus formalismos y sus símbolos. El recién reinstalado régimen democrático de 1932 fue percibido como una ficción perniciosa e interesada de una oligarquía que se resistía a perder sus posiciones de poder e influencia. El mismo golpe de Estado del 4 de junio fue presentado como una reacción justa y necesaria para encausar un régimen que ante la aguda crisis económica y la insistencia de la crisis política fue acusado de abandonar los causes legales y las formas democráticas cada vez que el Ejecutivo y las Fuerzas Armadas actuaron amparados en la “tendenciosa” figura legal de las facultades extraordinarias.

Pese a que las intenciones de los cabecillas del movimiento militar de junio desconocían de hecho la constitución de 1925 y pretendían una nueva constitución de carácter socialista —Dávila llegó a convocar a una asamblea constitucional con este motivo—, las tendencias no dudaron en participar de las elecciones presidenciales convocadas para restablecer el normal funcionamiento institucional en octubre de 1932. Incluso antes de organizarse como partido, los socialistas enfrentaron la política institucional, aunque manteniendo un marcado discurso renovador, redentor y anti *status quo* que promovió la figura de Grove como un hombre ajeno a la política partidaria y a la oligarquía y, por lo tanto, capaz de llevar a buen puerto el proceso refundacional iniciado el 4 de junio.

Este discurso se mantuvo persistentemente y con prioridad sobre las tendencias marxistas y maximalistas hasta la proclamación de Pedro Aguirre Cerda. Con la candidatura radical, el PS viró todo su aparato al triunfo del Frente Popular y comprometió todos sus esfuerzos ya no en la constitución

de una nueva república, sino en el cumplimiento del programa de reformas prometido a la opinión pública. Con este cambio, Grove y el partido perdieron buena parte del impulso inicial, y conforme se sucedieron las administraciones radicales el líder también perdió su influencia, legitimidad y control sobre la disciplina interna. Con las administraciones radicales los socialistas ingresaron de lleno a los tiempos de la política formal e institucional, plantando el germen de la crítica intestina de un sector en crecimiento, que se opuso a la burocratización, al contagio de la “peste” electoral y al entreguismo de una directiva acusada de estar más preocupada de su permanencia en el Gobierno que en imprimir un carácter socialista al cumplimiento del programa del Frente.

La persistencia en una acción no rupturista agrupó a las tendencias más radicales junto al sector inconformista de Godoy Urrutia, quienes articularon un lenguaje que insistió en desprestigiar la institucionalidad democrática burguesa, sus partidos oligárquicos y el sistema capitalista. El grupo revolucionario, compuesto por militantes provenientes de la Izquierda Comunista y grupos trotskistas liderados por los diputados inconformistas recrudeció la crítica al sistema democrático, al cual catalogaron de impotente, y a la totalidad de sus actores, a quienes estimaban comprometidos con intereses antipopulares. Desde 1940, el desarrollo de las tendencias clasistas y revolucionarias se mantuvo siempre ligada a un discurso que desprecia las posibilidades revolucionarias de la institucionalidad democrática y que desconfía del conjunto de partidos y movimientos que participaban de la misma, configurando un vocabulario en donde la liquidación del régimen burgués incluía acabar tanto con su modelo de desarrollo económico como con sus lógicas representativas. Estos grupos reivindicaron la movilización del movimiento obrero organizado como expresión democrática del cambio revolucionario, postulando que la superación de un régimen “clasista y oprobioso” pasaba por la inclusión efectiva del movimiento obrero organizado en el proceso de transformación. De este modo, solo una revolución socialista que liquide el régimen imperante podía dar paso a la democratización efectiva y al desarrollo de un régimen con plena libertad.

Hasta 1947, año de la fundamentación teórica, la democracia se debatía en función de la reforma o de la revolución, para los primeros bastaba con las conquistas institucionales mientras que para los segundos la participación efectiva de la masa —principalmente mediante el control obrero de las actividades productivas— era el imperativo democrático que defender e impulsar por el socialismo. La transformación del PS durante la segunda mitad de la década de 1940 complementó esta visión. La pérdida de influencia de las viejas directivas motivó una nueva reflexión encabezada por una generación distinta, que entendió el problema de la democracia ligándolo íntimamente al problema de la revolución. Los fines del partido, consolidados en la idea de una República Democrática de Trabajadores, fue

la primera definición importante y desarrollada cuyo centro fue el desarrollo de un ideal democrático de corte humanista y socialista.

Eugenio González fue el principal responsable de estas definiciones en lo ideológico, las que resultaron vitales en el desarrollo de la discusión teórica y doctrinaria al interior del partido. Fiel reflejo de la diversidad de corrientes intelectuales, experiencias políticas previas y al desarrollo de una ideología con sentido nacional, el programa de 1947 consolidó el esquema general del proceso revolucionario a impulsar en Chile, reflexionando respecto de sus alcances democráticos y la posición del partido respecto de la institucionalidad vigente. En este sentido, el programa sancionó que el fin de la revolución democrática de trabajadores es el desarrollo del ideal humanista, de la personalidad humana y del total de las potencialidades del hombre. El régimen de democracia plena fue planteado como una mezcla de control obrero y planificación socialista, otorgando al mundo del trabajo un papel relevante, pero supeditado a los principios del humanismo socialista.

El fin del socialismo seguía siendo la superación del *status quo* y la liquidación de un régimen liberal-burgués acusado de estar inspirado en ideologías sin sentido nacional ni vigencia histórica. La revolución socialista debía acabar con las instituciones y lógicas del mundo emergido después de la revolución francesa y ampliar sus conquistas en la construcción de una sociedad y un régimen político radicalmente distinto, democrático y socialista. De esta forma, la revolución, como principio orientador y discursivo, quedó ligada íntimamente al problema de la democracia, cuya ampliación en la sociedad chilena obedecía a la temporalidad y profundidad del proceso revolucionario: la revolución debe avanzar en la ampliación del régimen democrático al mismo tiempo que se desarrolla la creación del régimen socialista.

El giro hacia el Frente de Trabajadores entre 1953 y 1955 consolidó todo un vocabulario de desprecio al régimen demoliberal, vinculando los valores democráticos del PS a la superación del régimen burgués y a la construcción de uno bajo principios socialistas. Por tanto, la democracia no fue un valor exclusivo de los grupos burgueses ni ausente del pensamiento socialista, por el contrario: “toda revolución es esencialmente democrática, así como toda contra revolución es esencialmente antidemocrática”.<sup>832</sup> Con el endurecimiento de las posturas revolucionarias, la superación del antiguo régimen fue visto como una tarea esencialmente democrática, incluso cuando el desprecio constante al régimen institucional demoliberal convivió con la acción parlamentaria y el camino electoral durante toda la historia del socialismo chileno. El burocratismo y el excesivo electoralismo que

---

<sup>832</sup> “Consideraciones acerca de la revolución chilena”, *La Calle*, 1ra quincena de noviembre de 1955.

apuntaron las facciones críticas durante la década de 1960, fueron también leídas como acciones antidemocráticas que tendían a afirmar la vigencia de un régimen oprobioso de desigualdades e injusticia. Por esta razón, el discurso socialista sobre la institucionalidad se radicalizó al punto de afirmar que la participación del PS en el aparato burgués solo tiene sentido en función de su liquidación.

La llegada del PS al gobierno durante la Unidad Popular supuso el momento de aplicar los principios orientadores de la revolución chilena. El discurso socialista insistió con más vehemencia que antes en que su utilización constituía un “resorte” para impulsar las medidas revolucionarias. Esto permitió, en la medida que la vía institucional se volvió cada vez más impotente, configurar un discurso que privilegio la acción autónoma y por fuera de los cauces del Estado, que se tradujo en el poder popular y en el intento por precipitar, desde el movimiento social organizado, los cambios que consolidaran la revolución chilena. Esta opción por el movimiento de masas fue presentada como parte del cumplimiento simultáneo de las tareas democráticas y socialistas de la revolución chilena, y también, pese al fracaso, fue el giro más radical de toda la historia socialista.

Como toda organización abiertamente revolucionaria, el PS desarrolló durante toda su historia un discurso que desprecia el presente, el que siempre fue leído en función de su injusticia y caducidad. El lenguaje socialista al respecto fue siempre tajante y radical y, por cierto, particularmente virulento con las instituciones democráticas y el régimen representativo, al cual acusaron frecuentemente como un deformador de la voluntad popular en beneficio de los grupos dominantes. Por ende, la opción por una política de masas y la voluntad de incluirlas en prácticamente todos los aspectos de la revolución y su realización, configuraron el principal esfuerzo democrático socialista, incluyendo al movimiento popular de hecho y no a través de mecanismos representativos en la administración y control de todo el proceso de transformaciones. En consecuencia, la apuesta por el poder popular durante el gobierno de Salvador Allende fue un intento por poner la soberanía popular en acción, una forma radical y revolucionaria de democracia socialista que movilizó como nunca en la historia de Chile a los sectores de izquierda y al movimiento popular organizado.



## **Bibliografía**

### **Publicaciones periódicas**

*Arauco. Tribuna del pensamiento socialista*  
*Barricada. Órgano oficial de la Juventud Socialista*  
*Boletines del Comité Ejecutivo del PSP*  
*Boletines del Comité Central del PS*  
*Crónica*  
*Combate*  
*Consigna*  
*Claridad*  
*Crítica*  
*Dece*  
Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, 1939 – 1973  
Diario de Sesiones del Senado, 1939 – 1973  
*El Deber*  
*El Gallo Rojo*  
*El Mercurio*  
*Espartaco*  
*Grove*  
*Hoy*  
*Izquierda*  
*La Calle*  
*La Nación*  
*La Opinión*  
*Las Noticias de Última Hora*  
*Norte*  
*Nuevos Rumbos*  
*Política y Espíritu*  
*Política Internacional*  
*Polémica*  
*Posición*  
*Punto Final*  
*Principios*  
*Rumbo*  
*Trinchera*  
*Unidad*

## Referencias

- Alexander, Robert J. *Trotskyism in Latin America*. Stanford: Hoover Institution publication – Stanford University, 1973.
- Almeyda, Clodomiro. *Reflexiones Políticas*. Santiago: Prensa Latinoamericana, 1958.
- . “La OLAS y la crisis política en América Latina”. *Estudios Internacionales* 3-4:1 (1967-1968).
- . *Visión sociológica de Chile*. Santiago: ECPA, 1957.
- Álvarez Vergara, Marco. *La Constituyente revolucionaria. Historia de la fundación del MIR chileno*. Santiago: LOM, 2016.
- Álvarez, Agustín. *Objetivos del socialismo en Chile*. Santiago: Gutenberg Impresores, 1946.
- . *El tercer frente*. Santiago: Publicaciones del Partido Socialista, 1945.
- Álvarez, Rolando. *Forjando la vía chilena al socialismo. El Partido Comunista de Chile en la disputa por la democracia y los movimientos sociales (1931-1970)*. Santiago: América en Movimiento, 2020.
- . *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura. 1965-1990*. Santiago: LOM Ediciones, 2011.
- Ampuero, Raúl. *1964: año de prueba para la revolución chilena*. Santiago: Editorial Prensa Latinoamericana, 1964.
- . *Santiago: ciudadela del socialismo*. Santiago: Ediciones Combate, 1946.
- . “El carácter de la revolución chilena”. *Colección de documentos N°2*, Prensa Latinoamericana, s/f.
- . *Ampuero ahora. 50 preguntas y 50 respuestas de actualidad*. Santiago: S/I, 1968.
- Angell, Alan. *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*. Ciudad de México: Ediciones Era, 1974.
- . *Chile de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1993
- Aránguiz Latorre, Manuel. *4 de junio*. Santiago: Editorial Zig-Zag, 1933.
- Arne Westad, Odd. *The Global Cold War. Third World interventions and the Making of Our Times*. Nueva York: Cambridge University Press, 2005.
- Beezley, William y Judith Ewell (eds.). *The Human tradition in Latin America*. Oxford: SR Books, 1998.
- Bergel, Martín. *La desmesura revolucionaria. Cultura y política en los orígenes del APR4*. Lima: La siniestra, 2019.
- Bernard, Andrew. *El Partido Comunista de Chile, 1922-1947*. Santiago: Ariadna Ediciones, 2017.
- Bethell, Leslie. *Chile desde la Independencia*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.

- Bödeker, Hans. “Sobre el perfil metodológico de la historia conceptual. Temas, problemas, perspectivas”. *Historia y Grafía* 32 (2009): 131-168.
- Cancino, Hugo. *Chile. La problemática del poder popular en el proceso de la Vía Chilena al Socialismo. 1970-1973*. Aarhus: Aarhus University Press, 1988.
- Carrasco, Elicer. *Acerca del desarrollo histórico del Partido Socialista de Chile*. París: Taller Orlando Letelier, 1980.
- Casals, Marcelo. *El alba de una revolución*. Santiago: LOM Ediciones, 2010.
- . *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la campaña del terror de 1964*. Santiago: LOM Ediciones, 2016.
- Castillo Velasco, Jaime. *Las fuentes de la Democracia Cristiana*. Santiago: Editorial del Pacífico, s/f.
- . *Individualismo, colectivismo y comunitarismo*. Instituto de Derechos Políticos, 1971.
- . *Los caminos de la Revolución*. Santiago: Editorial del Pacífico, 1972.
- Charlín, Carlos. *Del avión rojo a la república socialista*. Santiago: Quimantú, 1972.
- Chelen, Alejandro. *Trayectoria del socialismo. Apuntes para una historia crítica del socialismo chileno*. Buenos Aires: Editorial Astral, 1967.
- . *La Revolución cubana y sus proyecciones en América Latina*, Editorial Prensa Latinoamericana, 1960.
- Chelen, Alejandro y Julio Cesar Jobet. *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista*. Santiago: Quimantú, 1972.
- Collier, Simon y William Sater. *Historia de Chile 1808-1994*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998.
- Collini, Stefan et al. “What is intellectual history?”. *History Today* 35:10 (1985).
- Comando Independiente Candidatura Presidencial de Eduardo Frei Montalva. *Curso de capacitación “El significado de las candidaturas presidenciales”*, 1957. (Documento mecanografiado, disponible en la colección de la Biblioteca del Congreso Nacional)
- Comité Nacional de Unidad del Socialismo. *Unidad, doctrina y acción del socialismo*. Santiago: Impresora Rosas, 1949.
- Comisión Nacional de Estudios Técnicos del Partido Socialista. *Esquema económico de Chile – 1962*. Santiago: Editorial Prensa Latinoamericana. 1962.
- Conferencia Episcopal de Chile. *Hablan los obispos: deber social y político en la hora presente*. Santiago: Publicación del Secretariado General del Episcopado de Chile, 1962.
- Conferencia Episcopal de Chile. *La Iglesia y el problema del campesinado chileno*. Santiago, 1962.
- Connolly, William. *The Terms of Political Discourse*. Nueva Jersey: Princeton University Press, 1993.

- Corkill, David. "The Chilean Socialist Party and the Popular Front. 1933-1941". *Journal of Contemporary History* 11:2/3 (1976): 261-273.
- Correa, Sofía et al. *Historia del siglo XX chileno*. Santiago: Sudamericana, 2001.
- Cortés, Alexis, "Clodomiro Almeyda and Roger Vekemans: The tension between autonomy and political commitment in the institutionalization of Chilean sociology, 1957-1973". *Current Sociology*, julio (2020).
- Corvalán Márquez, Luis. *Los Partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*. Santiago: Editorial USACH, 2019.
- . *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile. Izquierdas, centro y derecha en la lucha por los proyectos globales. 1950-2000*. Valparaíso: América en movimiento, 2018.
- . *Orígenes, trayectoria e identidades ideológicas de la milicia republicana, 1932-1936*. *Izquierdas* 29 (2016): 149-185.
- Corvalán, Luis. *Camino de Victoria*. Santiago: Horizonte, 1971.
- . *Unión de las fuerzas revolucionarias y antiimperialistas de América Latina*. Santiago: Imp. Horizonte, 1967.
- Cruz, Luis. *La República Socialista del 4 de junio*. Santiago: Ediciones de la biblioteca Clodomiro Almeyda, 2012.
- Devés, Eduardo. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. De la CEPAL al neoliberalismo*. Buenos Aires: Biblios, 2003.
- . "La circulación de las ideas y la inserción de los científicos económico-sociales chilenos en las redes conosureñas durante los largos 1960". *Historia*. 37:2 (2004): 337-366.
- Dinamarca, Manuel. *La República Socialista. Orígenes legítimos del Partido Socialista*. Santiago: Documentas, 1987.
- Drake, Paul. *Socialismo y populismo en Chile 1936-1973*. Valparaíso: Instituto de Historia, Universidad Católica de Valparaíso, 1992.
- . "Corporatism and Functionalism in Modern Chilean Politics". *Journal of Latin American Studies* 10:1 (1978): 83-116.
- Elgueta, Belarmino. *El socialismo chileno durante el siglo XX. Experiencias de ayer para una construcción de futuro*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2007.
- Farías, Víctor (comp.). *La Izquierda Chilena (1969-1973)*. Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000.
- Faúndez, Julio. *Izquierda y democracia en Chile. 1932-1973*. Santiago: BAT Ediciones. 1992.
- . *Democratización, desarrollo y legalidad. Chile. 1831-1973*. Santiago: Ediciones UDP, 2011.
- Fernández Abara, Joaquín. *El ibañismo (1937-1952): un caso de populismo en la política chilena*. Santiago: Instituto de Historia Universidad Católica de Chile, 2007.
- . "Nacionalismo y Marxismo en el Partido Socialista Popular (1948-1957)". *Izquierdas* 34 (2017): 26-49.

- . “Populismo, democracia y marxismo: el debate de la izquierda chilena y la candidatura de presidencial de Salvador Allende en 1952”. *Finis Terrae. Revista de Humanidades* 1, Tercera Época, (2013): 41-58.
- . “Allende, el allendismo y los partidos: El Frente de Acción Popular ante las elecciones presidenciales de 1958”. *Izquierdas* 23. (2015): 90-157
- Fernández, Camilo. El discurso del Partido Comunista de Chile sobre la democracia, 1956-1964. *Autoctonía* 2:2 (2018): 199-218.
- Fernández, Camilo y Pablo Garrido. “Progresistas y revolucionarios. El Frente de Acción Popular y la Vía Chilena al Socialismo. 1956–1967”. *Izquierdas* 31 (2016), 71-101.
- Fernando, Casanueva y Manuel Fernández. *El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile*. Santiago: Quimantú, 1973.
- Friedman, Jeremy. *The Shadow Cold War: The Sino-Soviet Competition for the Third World*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2015.
- Funes, Patricio. *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo, 2006.
- . *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina*. Ciudad de México: El Colegio de México, 2014.
- Furci, Carmilo. *El Partido Comunista chileno y la vía al socialismo*. Santiago: Ariadna, 2008.
- Garretón, Manuel Antonio y Tomás Moulian. *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*. Santiago: CESOC, 1993.
- Gaudichaud, Frank. *Poder Popular y Cordones Industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973*. Santiago: LOM Ediciones, 2004.
- Godoy, Cesar. *¿Qué es el inconformismo?* Santiago: Editorial Combate, 1940.
- González, Eugenio. *La crisis chilena*. Santiago: Espartaco, 1952.
- Grayson, George. *El Partido Demócrata Cristiano Chileno*. Santiago: Editorial Francisco de Aguirre, 1968.
- . “Chile’s Christian Democratic Party: Power, Factions and Ideology”. *The review of politics* 31:2 (1969): 147-171.
- Giller, Diego Martin. “¿Teoría de la dependencia? Orígenes y discusiones en torno de una categoría problemática”. *La Revista del Centro cultural de la Cooperación Floreal Gorini* 21:12 (2014): 1-30
- Hernández Toledo, Sebastián. “Apristas en Chile: circuitos intelectuales y redes políticas durante los años 1930”. *Revista de Historia y Geografía* 31 (2014): 77-94.
- Hove, Mark T. “The Arbenz Factor: Salvador Allende, US-Chilean relations and the 1954 US intervention in Guatemala. *Diplomatic History* 31:4 (2007): 623-663.
- Hübner, Manuel. *México en marcha*. Santiago: Zig-Zag, 1936.
- Huerta, María Antonieta. *Catolicismo social en Chile*. Santiago: Ediciones Paulinas, 1991.

- Huneus, Carlos y Javier Couso (eds.). *Eduardo Frei Montalva: un gobierno reformista. A 50 años de la "Revolución en Libertad"*. Santiago: Universitaria, 2016.
- Huneus, Carlos. *La Guerra Fría en Chile Gabriel González Videla y la ley maldita*. Santiago: Debate, 2009.
- Ibáñez, Bernardo. *El socialismo y el porvenir de los pueblos*. Santiago: Ediciones difusión popular, 1946.
- Jans, Sebastián. *El desarrollo de las ideas socialistas en Chile. II Parte*. CEME (en línea) disponible en: [http://www.archivochile.com/Historia\\_de\\_Chile/trab\\_gen/HCHtrabgen0016.pdf](http://www.archivochile.com/Historia_de_Chile/trab_gen/HCHtrabgen0016.pdf). (Consultado el 3 de enero de 2020)
- Jobet, Julio Cesar. *El socialismo a través de sus congresos*. Santiago: Editorial Prensa Latinoamericana, 1965.
- . *El Partido Socialista de Chile. Dos tomos*. Santiago: Editorial Prensa Latinoamericana, 1971.
- . *El socialismo en Chile*. Santiago: Imp. San Jorge, 1956.
- . *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*. Santiago: Universitaria, 1951.
- . *La línea de la liberación. Informe del comité central al XI Congreso del Partido Comunista de Chile*. Santiago: Imp. Lautaro, 1958: 30-31.
- . *Seguir avanzando con las masas. Informe al XIII Congreso del Partido Comunista de Chile*, Folleto N°1. Santiago: Imp. Horizonte, 1965.
- . *Socialismo y Comunismo*. Santiago: Ediciones Espartaco, 1952.
- . *Socialismo, Libertad y Comunismo*. Santiago: Imp. San Jorge, 1958.
- Khrushchev, Nikita. *Documents of the XXII Congress of the CPSU. Vol. I*. Nueva York: Crosscurrent Press, 1961.
- Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Buenos Aires: Paidós, 1993.
- Li, Danhui y Yafeng Xia. *Mao and the sino-soviet Split. 1959-1973. A new history*. Lanham: Lexington Books, 2018.
- Lilly, Carol S. *Power and Persuasion. Ideology and Rhetoric in the communist Yugoslavia. 1944-1953*. Oxford: Westview Press, 2001.
- Lira Massi, Eugenio. *La cueva del senado y los 45 senadores*. Santiago: Abumohor impresores, 1968.
- Löwy, Michael. *El marxismo en América Latina*. Santiago: LOM Ediciones, 2007.
- . "Trayectoria de la internacional socialista en América Latina". *Cuadernos Políticos* 29 (1981).
- Loyola, Manuel y Jorge Rojas (Comps.). *Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos*. Santiago: Impresora Vals, 2000.
- Marchesi, Aldo. *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas de los años sesenta a la caída del muro*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2019.
- Mendoza, Humberto. *¿Y ahora? El socialismo móvil de postguerra*. Santiago: Editorial Cultura, 1942.

- . *Socialismo, camino de la libertad*. Santiago: Imp. Cultura, 1945.
- Michaels, Albert L. “The Alliance for progress and Chile’s ‘Revolution in Liberty’, 1964-1970”, *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 18:1 (1976), 74-99.
- Mikoian, A. I. *Discurso pronunciado en el XX Congreso del PCUS*. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1956.
- Milos, Pedro. *Frente Popular en Chile: su configuración, 1935-1938*. Santiago: LOM Ediciones, 2008.
- Moraga Valle, Fabio. “¿Un partido indoamericanista en Chile? La Nueva Acción Pública y el Partido Aprista Peruano (1931-1933)”. *Histórica* 33:2 (2009): 109-156.
- . “El asesinato de Hector Barreto y la cultura política de la izquierda chilena en la década de 1930”. *Universum* 24:2 (2009): 114-138.
- . “El congreso de estudiantes latinoamericanos de Santiago: antiimperialismo e indoamericanismo en el movimiento estudiantil chileno (1935-1940)”. *Historia Crítica* 47 (2012): 187-213.
- Moulian, Tomás. *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende*. Santiago: LOM Ediciones, 2006.
- Niebuhr, Robert. *The search for a Cold War legitimacy. Foreign policy and Tito’s Yugoslavia. Balkan Studies Library, vol. 22*. Leiden: Brill, 2018.
- Nocera, Rafaelle. *Chile y la guerra. 1933-1943*. Santiago: Centro de investigaciones Barros Arana, 2006.
- Nunn, Frederick M. *The Military in Chilean History. Essays on Civil-Military Relations, 1810-1973*. Albuquerque: The University of New Mexico University Press, 1976.
- . *Chilean politics 1920-1931. The Honorable Mission of the Armed Forces*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1970.
- Núñez, Ricardo. *El gran desencuentro. Una mirada al socialismo chileno, la Unidad Popular y Salvador Allende*. Santiago: FCE, 2018.
- Ortega, Luis. “La radicalización de los socialistas chilenos durante la década de 1960”. *Universum* 23:2 (2008): 152-164, 2008.
- Ortiz, Claudio. “Al encuentro de la ilusión. Aspectos de la influencia de la Revolución cubana en el Partido Socialista chileno. 1959-1964”. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, 1996.
- Ortiz, Edison. *El Socialismo chileno de Allende a Bachelet (1973-2005)*. Santiago: Alerce talleres gráficos, 2007.
- Palieraki, Eugenia. *¡La revolución ya viene! El MIR chileno en los años sesenta*. Santiago: LOM Ediciones, 2014.
- Partido Comunista de Chile. *Materiales de discusión XI Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile*. s/1, 1958.
- . *Declaración de principios de la Democracia Cristiana*. S/I, 1957.
- . *Dice la Democracia Cristiana a los Partidos Comunista y Socialista*. S/I: Editorial del pacífico, 1963.

- . *Documentos de la Primera Convención Nacional N°2*. Santiago: Imprenta del Pacífico, 1959.
- . *Documentos del XIII Congreso general del Partido Comunista de Chile, N°1*, 1965.
- . *Tercera Declaración de Millabue*. Santiago: Imp. El Imparcial, 1964.
- . *Hacia la conquista de un gobierno popular. Documentos del XII Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile*. Santiago: Imp. Horizonte. 1962
- . *Programa del Partido Comunista de Chile*. Santiago: S/I, 1956.
- . *Unidad Socialista Comunista. Cimiento del movimiento popular. Documentos del XIII Congreso nacional del Partido Comunista de Chile*. Folleto N°2. Santiago: Imp. Horizonte, 1965.
- Partido Democratacristiano. *Un plan, un hombre, un gobierno. Plan Frei*. s/i, 1958.
- . *El abc de la Democracia Cristiana*. S/i, 1962.
- Partido Socialista de Chile. *El Socialismo ante el mundo de hoy*. Santiago: Ediciones Prensa Latinoamericana, 1965.
- . *Conferencia nacional de organización*. S/I: Imprenta Aleph, junio de 1966.
- . *El gobierno tranza la soberanía de Chile*. Santiago: Editorial Prensa Latinoamericana, 1966.
- . *El Partido Socialista acusa al Presidente de la República*. Santiago: S/I, 12 de octubre de 1948
- . *El Partido Socialista enjuicia al gobierno de la Democracia Cristiana*. S/I: Impresora Horizonte, 15 de enero de 1965.
- . *El Socialismo y la Unidad. Cartas del Partido Socialista al Partido Comunista. Colección de Documentos N°1*. Santiago: Ediciones Prensa Latinoamericana, 1966.
- . *Informe sobre posición política del Partido Socialista*. Santiago: Talleres Gráficos Claridad, 10 de enero de 1943
- . *La polémica socialista comunista*. Santiago: Editorial Prensa Latinoamericana, s/f.
- . *Política nacional. Tesis aprobada en el Congreso regional Santiago Sur y aprobada en el Congreso General de Chillan como base para la resolución política*. (Documento mecanografiado, disponible en la colección de la biblioteca Clodomiro Almeyda)
- . *Primer congreso de partidos democráticos y populares de América Latina*. Santiago: Talleres Gráficos Gutenberg, 1941.
- . *Resoluciones de la primera conferencia nacional de organización*. Santiago: S/I, 1967.
- . *El Partido Socialista acusa al Presidente de la Republica*. Santiago: s/i, 12 de octubre de 1948.
- . *Informe sobre posición política del Partido Socialista*. Santiago: Talleres Gráficos Claridad, 10 de enero de 1943.
- . *Una etapa de clarificación socialista*. Santiago: Impresores Claridad, 1944.



- . *XVIII Congreso General Ordinario del Partido Socialista*. Santiago: Editorial Prensa Latinoamericana, 1959.
- . *Por una democracia de trabajadores. Programa del Partido Socialista*. Santiago, Imprenta Victoria, 1948.
- . *El Partido Socialista y su 6° Congreso Ordinario*. S/I: Talleres Gráficos Gutenberg, 1940.
- . *Manifiesto que dirige el Partido Socialista al país*. Santiago: Editorial Cultura, enero de 1940.
- . (Regional Santiago Sur). *Boletín de información política*, N°1, noviembre de 1963.
- . *Acuerdos sobre política internacional XXII Congreso de Chillan*, 1967. (Documento mecanografiado disponible en la Biblioteca Clodomiro Almeyda)
- . *Tesis política, sindical y organizativa aprobadas por el Congreso de Unidad Socialista*. Santiago: s/i, julio de 1957.
- Partido Socialista Revolucionario. *Llamado a la formación de un Partido Socialista Revolucionario*. Imp. Fco Javier 261, s/f.
- Partido Socialista de Trabajadores. *Declaraciones fundamentales. Estatutos. Tesis para el 2° Congreso Nacional a celebrarse en Rancagua del 1° al 4 de mayo de 1941*. Ediciones Combate.
- Pedemonte, Rafael. *Guerra por las ideas en América Latina, 1959-1973. Presencia soviética en Cuba y Chile*. Santiago: Ediciones UAH. 2020.
- Pettinà, Vanni. *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*. Ciudad de México: El Colegio de México, 2018.
- Pinto, Julio (coord.). *Cuando hicimos historia: La experiencia de la Unidad Popular*. Santiago: LOM Ediciones, 2005.
- Pita, Alexandra y Carlos Marichal (ed.). *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana 1900-1930*. Ciudad de México: El Colegio de México, 2012.
- Pocock, J. G. A. *Pensamiento político e historia: Ensayos sobre teoría y método*. Madrid: Ediciones Akal, 2009.
- Pollack, Benny. "The Chilean Socialist Party: Prolegomena to its Ideology and Organization", *Journal of Latin American Studies*, 1:10 (1978), 117-152.
- . *Mobilization and socialist politics in Chile. Monograph series N°8. Centre for Latin-American Studies*. Liverpool: University of Liverpool, 1981.
- Quiroga, Patricio (comp.). *Salvador Allende Gossens. Obras escogidas. Dos tomos*. Concepción-Santiago: OIEC-LAR, 1988.
- Riquelme, Alfredo y Tanya Harmer (eds.). *Chile y la Guerra Fría global*. Santiago: Ril Editores, 2014.
- Rodríguez, Aniceto. *Forjando la Unidad Popular. Informe al XX Congreso General Ordinario del PSP*. (Documento mecanografiado disponible en la Biblioteca Clodomiro Almeyda)

- Rosenkranz, Hernan. *Revolutionary Social Democracy: The Chilean Socialist Party*, Londres: F. Pinter, 1986.
- Rosenkranz, Hernan y Benny Pollack. “Una ideología latinoamericanista: Apuntes sobre el Partido Socialista Chileno”. *Revista Nueva Sociedad* 37 (1978): 95-108.
- Salazar, Gabriel. *Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias críticas*. Santiago: Debate, 2010.
- Samaniego, Augusto. *Unidad sindical desde la base. La Central Única de Trabajadores. 1953-1973*. Santiago: Ariadna ediciones, 2016.
- Sánchez, Marcial. *Historia de la Iglesia en Chile. Tomo V. Conflictos y esperanzas. Remando mar adentro*. Santiago: Editorial Universitaria, 2019.
- Silva Solar, Julio. *El régimen comunitario y la propiedad*. Ediciones del dpto. de capacitación doctrinaria del PDC, 1964.
- Skinner, Quentin. Some Problems in the Analysis of Political Thought and Action. *Political Theory* 2:3 (1974): 277-303.
- Stavros Stavrianos, Leften. *Global rift: The Third World comes of age*. Nueva York: Morrow, 1981.
- Thomas, Jack R. “Marmaduke Grove. A political biography”. Disertación presentada para obtener el grado de Doctor en Filosofía, The Ohio State University, 1962.
- Torres Ramírez, Blanca. *Las relaciones cubano-soviéticas. 1959-1968*. Ciudad de México: El Colegio de México, 1971.
- Torres, Isabel. *La crisis del sistema democrático. Las elecciones presidenciales y los proyectos políticos excluyentes. Chile. 1958-1970*. Santiago: Universitaria, 2014.
- Ulianova, Olga (ed.) *Redes políticas y militancia. La historia política está de vuelta*. Santiago: Ariadna, 2009.
- Ulianova, Olga, Manuel Loyola y Rolando Álvarez (eds.). *El Siglo de los comunistas chilenos. 1912-2012*. Santiago: Ariadna Ediciones, Instituto de Estudios Avanzados Universidad de Santiago de Chile, 2012.
- Ulianova, Olga y Alfredo Riquelme (eds.). *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991. Tomo 2: Komintern y Chile 1931-1935*. Santiago: Ediciones DIBAM.
- Unión Revolucionaria Marxista. *A los militantes del Partido Socialista, a los revolucionarios y a todos los militantes del movimiento popular*. Impresora Delta, junio de 1964.
- Valdés Navarro, Pedro. *El compromiso internacionalista. El Ejército de Liberación Nacional. Los elenos chilenos, 1966-1971. Formación e identidad*. Santiago: LOM Ediciones, 2018.
- Valdivia, Verónica. *Subversión coerción y consenso*. Santiago: LOM Ediciones, 2018.
- . *La milicia republicana. Los civiles en armas. 1932-1936*. Santiago: DIBAM. 1992.

- Valenzuela, Arturo. *El quiebre de la democracia en Chile*. Santiago: Ediciones UDP, 2013.
- Vanguardia Revolucionaria Marxista. *¡Insurrección Socialista!* S/I: Imp. Entre Cerros, 1964.
- Varas, Augusto (Comp.). *El Partido Comunista en Chile*. Santiago: CESOC-FLACSO, 1988.
- Venegas, Hernán. “El Partido Comunista de Chile: antecedentes ideológicos de su estrategia hacia la unidad popular (1961-1970)”. *Revista de historia social y de las mentalidades* 7:2 (2003): 45-69.
- VV.AA. *Coexistencia o Guerra. Alternativa para la humanidad. Cuadernos de información política* 4. Ediciones Socialismo, 1960.
- Waiss, Oscar. “Cuba, una experiencia heroica”. *Cuadernos de información política*. N°3. Ediciones Socialismo, 1960.
- . “Vía Pacífica o Revolución. Ni dogmatismo ni revisionismo: Leninismo”. *Cuadernos de Información Política* 7. Ediciones Socialismo, 1961.
- . *¿A dónde vamos?* Santiago: Ediciones Marxistas, 1940.
- . *Amanecer en Belgrado*. Santiago: Editorial Prensa Latinoamericana, 1956.
- . *Basura teórica y traición política*. Santiago: El Gallo Rojo, 1964
- . *Chile vivo. Memorias de un socialista*. Madrid: Centro de Estudios Salvador Allende, 1986.
- . *El espejismo del 64*. Santiago: Imprenta Victoria, 1962.
- . *Frente popular y lucha de clases*. Santiago: Imprenta y Encuadernacions Lers, 1936.
- . *Nacionalismo y Socialismo en América Latina*. 2° edición. Buenos Aires Editorial Iguazu, 1961.
- . *Socialismo sin gerentes*. Santiago: Imprenta Victoria, 1961.
- Walker, Ignacio. *Socialismo y Democracia. Chile y Europa en perspectiva comparada*. Santiago: CIEPLAN-Hachette, 1990.
- Winn, Peter. *La revolución chilena*. Santiago: LOM Ediciones Santiago, 2013.
- Witker, Alejandro. *Historia Documental del Socialismo Chileno*. Guerrero: Universidad Autónoma de Guerrero, 1983.
- Yoclevzky, Ricardo. *La Democracia Cristiana chilena y el gobierno de Eduardo Frei (1964-1970)*. Ciudad de México: Ediciones UNAM, 1987.

**E**l presente trabajo reconstruye la trayectoria político-intelectual del Partido Socialista de Chile entre los años 1932 y 1973, revisando su irrupción y desenvolvimiento en la vida política nacional a través de momentos claves para el desarrollo de la reflexión partidaria. Como se expone en sus páginas, estos momentos frecuentemente sobrepasaron los límites de la vida partidaria, estando ligados a acontecimientos y procesos propios del desarrollo político global, continental y nacional del siglo XX. Se argumenta que durante el periodo en cuestión se registraron una serie de debates que dieron cuenta de distintas etapas en el desarrollo organizativo, social e intelectual del socialismo chileno contemporáneo. Estos debates se enmarcaron en tres conceptos clave y que fueron frecuentemente discutidos durante toda la trayectoria: clase, antiimperialismo y revolución. En distintos momentos, y con significados diversos, las tendencias se definieron a sí mismas y a su organización como clasista, antiimperialista y revolucionaria, sin que existiera un consenso sobre el alcance político y programático de estas definiciones.

**Pablo Garrido González** es licenciado en Ciencia Política por la Universidad Diego Portales y Magister en Historia por la Universidad de Santiago de Chile. Actualmente cursa sus estudios doctorales en la Universidad Libre de Berlín como becario de ANID Becas Chile. Sus investigaciones tratan sobre la izquierda chilena y el pensamiento revolucionario durante el siglo XX.

